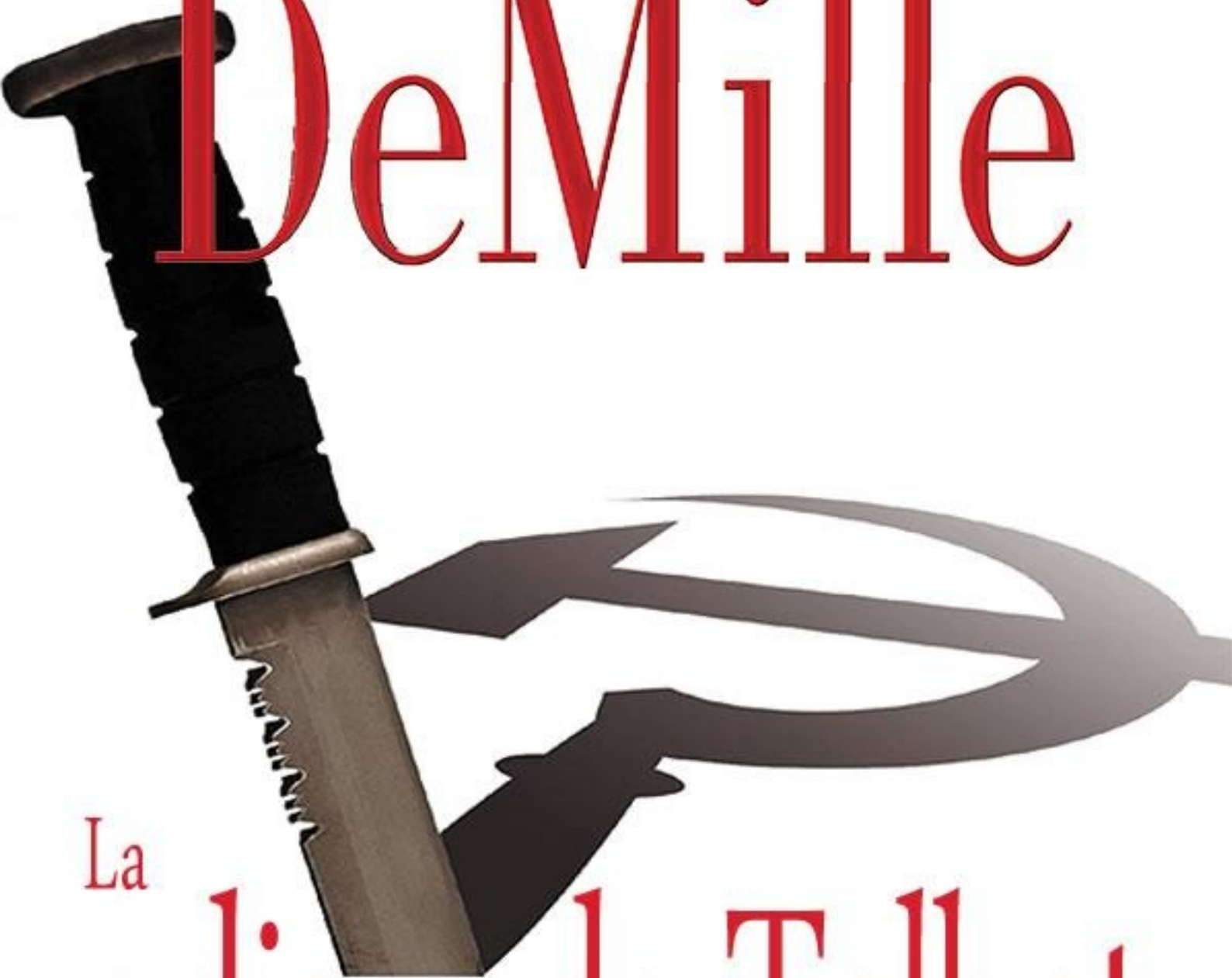


# Nelson DeMille



La

odisea de Talbot

Lectulandia

Algo pasa en la lujosa residencia de las afueras de Nueva York propiedad de la embajada soviética ante la ONU. Algo que un pequeño grupo de personas procedentes de los servicios secretos estadounidenses, y ahora reunidos en torno a un bufete de abogados, barrunta pero no acierta a conocer en todas sus dimensiones.

Sin embargo, el peligro es inmenso: si el proyecto soviético se llevara a cabo, supondría la virtual desaparición de Estados Unidos. Y sin disparar un solo tiro. Las esperanzas de que pueda frustrarse se llaman Katherine Kimberly, abogada de la firma de abogados, y Tony Abrams, expolicía, que en una lucha desigual habrán de enfrentarse a enemigos poderosos y mortalmente despiadados...

La odisea de Talbot es una novela imaginativa y trepidante, concebida como un ingenuo enfrentamiento maniqueo entre buenos y malos, estilizada al máximo para dejar como desnuda la acción en toda su pureza. Una novela de aventuras sin otras consideraciones.

**Lectulandia**

Nelson DeMille

# **La odisea de Talbot**

ePub r1.0

Titivillus 25.04.16

Título original: *The Talbot Odyssey*  
Nelson DeMille, 1984  
Traducción: Alicia Dellepiane Rawson  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



3

años aniversario

*más años libros, más años libres*

edición conmemorativa



*A la memoria de Clark DeMille  
y Morris Wasserman*

## **Agradecimientos**

Debo una muy especial gratitud a Judith Shafran por su paciencia y su inspirada tarea como responsable de la edición.

También quiero agradecer a Joseph E. Persico por compartir conmigo sus conocimientos sobre la Oficina de Servicios Estratégicos, a Daniel Starer por su cuidadosa investigación y a Herbert F. Gallagher y Michael P. Stafford por su competencia en la fraternidad de los abogados.

También estoy en deuda con Ginny Witte por su fe, con Bernard Geis por su esperanza y con Daniel y Ellen Barbeiro por su caridad, así como con el reverendo D. P. Noonan por su absolución.

## **En lo que se refiere a personas y lugares**

Los personajes principales de esta novela son totalmente ficticios. Se han incluido dentro de la trama nombres de personas que son de dominio público.

Hombres y mujeres de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), vivos y muertos, se mencionan como muertos solamente con el propósito de dar mayor verosimilitud a la acción. Aquellos hombres y mujeres mostrados con vida en la historia lo estaban mientras escribía esta narración. Los veteranos de la Oficina de Servicios Estratégicos no han colaborado con esta novela. La organización de Veteranos de la OSS que aparece en esta novela no pretende parecerse a la actual organización antes mencionada.

La casa de fin de semana de la misión soviética ante las Naciones Unidas en Glen Cove, Long Island, se describió con cuidado y exactitud, pese a que se tomaron algunas licencias literarias. La ciudad de Glen Cove y sus alrededores también se describieron de manera semejante, con algunas licencias literarias.



**I**

**El 1 de mayo**

## Prólogo

—Así acabará el mundo —dijo Viktor Androv—, no con un estallido ni con un gemido... sino con un blip, blip, blip... —Su rostro ancho se distendió en una mueca irónica mientras señalaba las consolas electrónicas que ocupaban las paredes del largo desván, débilmente iluminado.

El alto y maduro estadounidense que permanecía de pie a su lado replicó:

—Realmente no es el final, Androv. Es el cambio. Y por lo menos será incruento.

Androv se dirigió hacia la escalera, mientras sus pisadas resonaban con fuerza en el desván.

—Sí, por supuesto —respondió. Se volvió en la penumbra y examinó al estadounidense. Todavía era apuesto para su edad, con ojos de un azul claro y el pelo totalmente blanco. Sus modales y su comportamiento, con todo, eran demasiado aristocráticos para el gusto de Androv—. Vamos, tengo una sorpresa para usted. Un viejo amigo suyo. Alguien a quien no ha visto en cuarenta años.

—¿Quién?

—El almacenero. ¿Nunca se preguntó qué había sido de él? Ahora es un capitalista. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la escalera—. Sígame. Los escalones están muy poco iluminados. Tenga cuidado.

El corpulento soviético de mediana edad encabezó la marcha por la angosta escalera hasta un cuarto con las paredes de madera, apenas iluminado por un candelabro de pared.

—Es una lástima que no pueda reunirse con nosotros para la celebración del 1 de mayo. Pero, como todos los años, hemos invitado a estadounidenses amigos nuestros. ¿Y quién sabe? Incluso después de tantos años, alguno de ellos podría reconocerle.

El estadounidense no replicó.

Androv continuó hablando.

—Este año hemos invitado a los veteranos de la brigada Abraham Lincoln. Aburrirán a todo el mundo con sus cuentos sobre la cantidad de fascistas que mataron en España hace cincuenta años.

—Estaré muy bien en mi habitación.

—Bueno. Le mandaremos vino. Y comida. Aquí la comida es muy buena.

—Eso he oído.

Androv se palmeó el abdomen de buen humor y dijo:

—Bien, el próximo Día del Trabajo, Moscú importará muchos alimentos de Estados Unidos en condiciones comerciales muy favorables. —Sonrió en la penumbra, y luego abrió un panel en la pared—. Venga —entraron en una gran capilla estilo isabelino—. Por aquí, hágame el favor.

El estadounidense cruzó la capilla, ahora convertida en oficina, y se sentó en un sillón. Miró a su alrededor.

—¿Es su oficina?

—Sí.

El estadounidense hizo un gesto de asentimiento. Como no podía imaginarse un despacho más grande o más elegante en aquella mansión, supuso que el embajador soviético ante las Naciones Unidas debía de tener menores lujos. Viktor Androv, el jefe de la KGB en Nueva York, era evidentemente muy importante.

—Su viejo amigo estará aquí dentro de poco —dijo Androv—. Vive cerca. Mientras, podemos tomar una copa.

El estadounidense miró hacia el fondo de la capilla. En donde una vez estuviera el altar, colgaban retratos de Marx, Engels y Lenin, la Trinidad Roja. Volvió su mirada hacia Androv.

—¿Sabe cuándo va a ocurrir el golpe?

Androv sirvió jerez en dos copas.

—Sí —pasó la copa al estadounidense—. El fin llegará el mismo día en que comenzó —levantó la copa—, el 4 de julio. *Na zdorovie.*

El estadounidense respondió:

—*Na zdorovie.*

Patrick O'Brien se encontraba en el piso sesenta y nueve, en la azotea del edificio de la RCA del Rockefeller Center, y miraba hacia el sur. Los rascacielos parecían una hilera de montañas en medio del valle de edificios más bajos del centro de la ciudad, que luego volvían a subir en los elevados peñascos de Wall Street. O'Brien habló al hombre que tenía al lado sin volverse.

—Cuando era un niño, los anarquistas y comunistas solían tirar bombas en Wall Street. Mataban a algunas personas, en su mayoría trabajadores, empleados y mensajeros; gente básicamente de su propia clase. No creo que nunca tocaran a un capitalista de esos de sombrero de copa o que hayan interrumpido sus negocios durante más de cinco minutos.

El hombre que se encontraba a su lado, Tony Abrams, cuyos difuntos padres fueron comunistas, sonrió irónicamente.

—Se trataba de una acción simbólica.

—Supongo que ahora puede llamarse así. —O'Brien miró hacia el Empire State, aproximadamente a un kilómetro de distancia. Luego dijo—: Aquí arriba se está muy tranquilo. Esto es lo primero que nota cualquiera acostumbrado a Nueva York: el sosiego. —Miró a Abrams—. Me gusta venir aquí al atardecer, después del trabajo. ¿Había subido antes alguna vez?

—No —Abrams trabajaba en la firma de abogados O'Brien, Kimberly y Rose, del piso cuarenta y cuatro del edificio de RCA desde hacía más de un año. Lanzó una mirada hacia la prácticamente desierta azotea. Tenía forma de herradura, con la pequeña estructura que contenía el ascensor en el centro. Las baldosas eran de terracota y había unos cuantos pinos en macetas. Un puñado de turistas, la mayoría orientales, permanecía ante la baranda de hierro y sacaba fotos de la iluminada ciudad. Abrams agregó—: Y confieso que tampoco he estado en la estatua de la Libertad ni en el Empire State.

O'Brien sonrió:

—Ah, un verdadero neoyorquino.

Ambos hombres permanecieron en silencio un rato. Abrams se preguntaba por qué O'Brien le había pedido que compartiera su observación del crepúsculo. Trabajaba de auxiliar, estudiaba Derecho por las noches, nunca había visto el despacho de O'Brien y jamás había hablado con él durante tanto tiempo.

O'Brien parecía absorto en la contemplación del paisaje que se extendía hacia la bahía. Buscó en sus bolsillos y luego preguntó a Abrams.

—¿Tiene una moneda de veinticinco centavos?

Abrams se la dio.

O'Brien se acercó al telescopio automático montado sobre una columna y colocó la moneda. La máquina zumbó. O'Brien consultó una tarjeta en el visor.

—Número noventa y siete. —Hizo girar el aparato para que la aguja señalara ese número—. Allí está —contempló durante todo un minuto, luego dijo—: Esa dama del puerto todavía me da escalofríos. —Se enderezó y miró a Abrams—. ¿Es usted un patriota?

Abrams pensó que era una pregunta personal y cargada de intenciones, replicó:

—No he tenido ocasión de comprobarlo.

La expresión de O'Brien no mostró ni aprobación ni desaprobación ante esa respuesta.

—Venga, ¿quiere mirar?

La máquina hizo un ruido y dejó de zumbar.

—Me temo que se terminó el tiempo —dijo Abrams.

O'Brien miró severamente el aparato.

—No ha durado tres minutos. Mande una carta al *Times*, Abrams.

—Sí, señor.

O'Brien se metió las manos en los bolsillos.

—Hace frío aquí arriba.

—Quizá debiéramos entrar.

O'Brien pasó por alto la sugerencia y preguntó:

—¿Habla ruso, Abrams?

Abrams miró de reojo al hombre mayor. No era la clase de pregunta que se hacía a menos que se conociera la respuesta.

—Sí, mis padres...

—Bien —O'Brien asintió—. Alguien me lo había dicho. Tenemos algunos clientes que hablan ruso. Judíos emigrados que viven en Brooklyn. Creo que cerca de su barrio.

Abrams asintió.

—Me falta práctica, pero seguramente podré comunicarme con ellos.

—Muy bien. ¿Sería mucho pedirle que perfeccione su ruso? Puedo conseguirle casetes de aprendizaje del departamento de Estado.

Abrams lo miró.

—De acuerdo.

O'Brien fijó su vista hacia el oeste durante varios segundos y luego dijo:

—Cuando usted era detective, algunas veces hizo guardia en la misión soviética ante las Naciones Unidas en la Sesenta y Siete Este, ¿no es así?

—Cuando abandoné la policía, asumí el compromiso de no hablar de mi trabajo.

—¿Hizo eso? Claro, usted trabajaba en inteligencia. La Patrulla Roja.

—Ya no la llaman así. Suena demasiado...

—Demasiado como lo que es. Por Dios, vivimos en una época de eufemismos ¿no le parece? ¿Cómo la llamaban cuando no estaban los jefes?

—Patrulla Roja —respondió sonriendo.

O'Brien también sonrió y luego continuó:

—En realidad, usted no estaba protegiendo la misión soviética, sino espiándola... Conoce muy bien a los personajes principales de la delegación soviética ante las Naciones Unidas.

—Probablemente.

—¿Qué pasa con Viktor Androv?

—¿Qué pasa con él?

—¿Estuvo por los alrededores de Glen Cove?

Abrams se volvió y contempló cómo el sol se ponía sobre Nueva Jersey. Por último respondió:

—Yo solamente era un policía de la ciudad, señor O'Brien. No James Bond. Mi autoridad terminaba en el límite de la ciudad. Glen Cove está en el condado de Nassau.

—Pero estuvo allí.

—Posiblemente.

—¿Conserva notas sobre esa gente?

Abrams contestó con cierta impaciencia.

—Mi trabajo no era vigilarlos al estilo del FBI. Mi responsabilidad se limitaba estrictamente a observar los contactos que ellos hacían con grupos o individuos que podían ser un peligro para la ciudad de Nueva York y su gente.

—¿Como quiénes?

—Las bandas habituales. Grupos portorriqueños de liberación, Panteras Negras, movimientos de resistencia. Eso es todo lo que me interesaba. Mire, si los soviéticos robaban fórmulas de un laboratorio de investigación en medio de la ciudad o envases para galletas de queso, me importaba un pimiento. Eso es todo lo que puedo decir sobre ese tema.

—Pero como ciudadano le habría importado y habría informado al FBI, cosa que hizo en alguna ocasión.

Abrams miró a O'Brien en la penumbra. Ese hombre sabía demasiado. O quizá estaba especulando. O'Brien era un excelente abogado y ése era su estilo en el tribunal. Abrams no respondió.

—¿Está preparado para los exámenes de julio?

—¿Lo está usted?

O'Brien sonrió.

—Los hice hace mucho. Creo que en una habitación muy grande.

Abrams había oído que Patrick O'Brien tenía la desconcertante costumbre de cambiar de tema, como si fuera algo casual.

—¿Va a investigar lo de las bombas de Wall Street?

O'Brien le miró.

—Oh... no. Simplemente, hoy es 1 de mayo, el Día del Trabajo. Me acuerdo de

los festejos que solía ver en Union Square. ¿Alguna vez estuvo en alguno de ellos?

—En muchos. Mis padres solían llevarme. Y yo solía ir cuando estaba en la policía. Algunas veces de uniforme. Los últimos años, de forma clandestina.

O'Brien no habló durante un rato; por último dijo:

—Mire hacia allá. El centro financiero de Estados Unidos. En realidad, del mundo. ¿Cuál sería el efecto de un arma nuclear de bajo alcance en Wall Street?

—Podría interrumpir cinco minutos de negocios.

—Quisiera una respuesta seria.

Abrams encendió un cigarrillo y respondió.

—Cientos de miles de muertos.

O'Brien asintió.

—Las mejores mentes de las finanzas de la nación evaporadas. Sería la ruina para millones, el caos y el pánico nacional.

—Posiblemente.

—Seguido por el desorden social, la violencia en las calles y la inestabilidad política.

—¿Por qué estamos hablando de armas nucleares en Wall Street, señor O'Brien?

—Es simplemente un feliz pensamiento para el Día del Trabajo. Evocación de un morenito anarquista o comunista arrojando una de esas bombas en forma de bola de billar con una señal luminosa. —O'Brien sacó una petaca y bebió un trago—. Estoy resfriado.

—Tiene buen aspecto.

O'Brien rió.

—Se supone que debería estar en la casa de George Van Dorn en Long Island. Si surge el tema, yo estaba resfriado.

Abrams asintió. Ser cómplice de pequeños engaños, en especial uno que tenía que ver con el socio de O'Brien, George Van Dorn, era algo que podría conducir a otros mayores, y Abrams lo sabía.

O'Brien sirvió otra medida y pasó la tapa a Abrams.

—Coñac. Es bueno.

Abrams bebió y le devolvió la tapa.

O'Brien volvió a servirse y luego guardó la petaca. Parecía perdido en sus pensamientos.

—Información —dijo—. Ésta es una civilización que descansa casi por entero en la información; para lo que fabrica, acumula, recupera y distribuye. Hemos llegado a un punto de nuestro desarrollo en el que no podemos funcionar como sociedad sin esos miles de millones de pedacitos de información. Piense en todas las transacciones de garantías y préstamos, cambios de monedas, balances de cuentas de ahorro, tarjetas de crédito, transferencias internacionales de fondos, informes de multinacionales... La mayoría de eso se maneja allí abajo. —Hizo un gesto hacia la distancia—. Imagine a millones de personas tratando de demostrar lo que habían

perdido. Nos veríamos reducidos a una nación de pobretones.

—¿Estamos hablando otra vez de armas nucleares de bajo alcance en Wall Street?

—Quizá. —O'Brien caminó por la azotea y se detuvo en la barandilla del lado oriental. Miró hacia el complejo del Rockefeller Center—. Qué lugar más increíble. ¿Sabía que en esos edificios hay alrededor de dos hectáreas de terrazas con jardines?

Abrams se acercó.

—No creo que lo supiera.

—Bueno, pues es así. Y eso le costará otra moneda. —O'Brien recibió la moneda y la depositó en otro visor electrónico. Se inclinó y ajustó el foco y movió el aparato—. Glen Cove está a cuarenta kilómetros y un mundo de aquí. Estoy tratando de localizar los fuegos artificiales de Van Dorn.

—¿Fuegos artificiales?

—Es una larga historia, Abrams. En pocas palabras, Van Dorn, que vive en la casa de al lado de los soviéticos, los molesta. Debe de haber leído algo sobre ello.

—Es posible.

O'Brien volvió a enfocar el aparato.

—Van a abrirle un juicio en el condado de Nassau. Están obligados a contratar abogados locales, por supuesto. Venga. Eche una mirada.

—¿A los abogados locales?

—No, señor Abrams, a Glen Cove.

Abrams inclinó su alto cuerpo sobre el visor y ajustó el foco. La llanura de Hempstead se elevaba hacia la escarpada costa norte de Long Island, una zona de riqueza, privilegio y exclusividad. Pese a que podía ver muy pocos detalles desde tanta distancia, sabía, como sugería O'Brien, que miraba hacia otro mundo.

—No veo el resplandor rojo de los cohetes —comentó.

—Ni bombas que estallan en el aire, estoy seguro. Tampoco podrá ver que nuestra bandera todavía está allí, sobre el fuerte de Van Dorn, pero yo le aseguro que está.

Abrams se enderezó y miró su reloj.

—Bueno, hasta Drácula necesita un buen abogado. Pobre Jonathan Harker. Cuando estaba en aquel siniestro castillo, supo que algunas veces hay dificultad para salir.

Abrams sabía que tenía que estar emocionado por la oportunidad de estar en la azotea con su jefe, pero se estaba impacientando con las meditaciones de O'Brien.

—No estoy seguro de entenderle —dijo.

O'Brien sonrió.

—Muy pocos empleados de la firma me dirían eso. En general, sonríen y asienten hasta que aclaro lo que quiero decir.

Abrams se reclinó contra la baranda. Algunos turistas caminaban todavía por allí. El cielo estaba de color rosa y el paisaje era agradable.

O'Brien volvió a escrutar por el telescopio hasta que éste dejó de funcionar.

—Maldición. ¿Tiene otra moneda, Abrams?



—No, no tengo más.

O'Brien se puso en marcha y Abrams le siguió.

—Bueno, el asunto es que a fin de mes voy a despedirle. A usted le van a emplear Edwards y Styler, que son abogados en Nassau, Garden City. Representan a los soviéticos en el juicio contra Van Dorn.

—Eso parece muy poco ético, ya que ahora trabajo para usted y el señor Van Dorn. ¿No le parece?

—A la larga, los soviéticos van a tener que aceptar que Edwards y Styler visiten su sede un día que los moleste Van Dorn. No será hoy, pero es probable que la próxima vez que Van Dorn planee una fiesta, lo hagan. Posiblemente el Día de los Caídos por la Patria. Usted acompañará a los abogados Edwards y Styler y luego me informará de lo que se discutió.

—Mire, si de verdad George Van Dorn molesta a los soviéticos, merece que le pongan un pleito y perderlo. Mientras tanto, los soviéticos deberían interponer un requerimiento judicial para que él desista de su actitud.

—Están haciéndolo a través de Edwards y Styler. Pero el juez Barshian, amigo mío casualmente, tiene dificultades para decidir el caso. Hay una línea muy fina entre importunar y los derechos constitucionales que tiene el señor Van Dorn de dar una fiesta de tanto en tanto.

—Lo siento, pero por lo que he leído, me parece que el señor Van Dorn no es un buen vecino. Está actuando con mezquindad por un patriotismo mal entendido.

O'Brien sonrió suavemente.

—Bueno, eso es lo que debe parecer, Abrams. Pero se trata de algo más que un caso civil.

Abrams se detuvo y miró hacia el lado norte de Manhattan, en dirección al Central Park. Por supuesto que era algo más que un caso civil. Lo demostraban la pregunta sobre si hablaba ruso, su patriotismo, su época en la Patrulla Roja y toda la conversación aparentemente deshilvanada y trivial. Así era como O'Brien jugaba a las cartas.

—Bueno —dijo—. ¿Qué se supone que debo hacer una vez que esté en la casa de los soviéticos?

—Mucho más de lo que Jonathan Harker hizo en el castillo de Drácula. Ser curioso.

—Jonathan Harker murió.

—Peor. Perdió su alma inmortal. Pero como usted va a ser abogado, como el señor Harker, esto se convertirá en un mérito en su carrera.

Abrams sonrió a pesar de sí mismo.

—¿Qué más me puede decir sobre esto?

—Por el momento nada más. Puede pasar un tiempo antes de que vuelva a tratar el tema con usted. No debe comentarlo con nadie. Si seguimos adelante, deberá informarme directamente a mí y a nadie más, sin hacer caso a nadie que diga que

actúa en mi nombre. ¿Comprendido?

—Comprendido.

—Bien. Por ahora voy a darle esas casetes para estudiar ruso. Si no pasa nada, al menos habrá mejorado el idioma.

—¿Para sus clientes judíos emigrados?

—No tengo esos clientes.

Abrams asintió, luego dijo:

—Tengo que estudiar para sacar el título.

El tono de O'Brien fue inesperadamente cortante:

—Señor Abrams, no va a haber exámenes en julio...

Contempló a O'Brien en la tenue luz. El hombre parecía serio, pero Abrams sabía que no tenía sentido pedir una aclaración a esa asombrosa afirmación.

—En ese caso —dijo Abrams—, quizá deba estudiar ruso. Puedo necesitarlo.

O'Brien sonrió burlón.

—Es muy probable que le resulte útil en agosto. Buenas noches, señor Abrams.

—Se volvió y caminó hacia los ascensores.

Abrams lo observó durante un instante y luego contestó:

—Buenas noches, señor O'Brien.

Peter Thorpe miró hacia abajo desde el helicóptero alquilado. Desde la altura, el pueblo de Glen Cove, de trescientos años de antigüedad, parecía acurrucado en el canal de Long Island.

La casa de fin de semana de la misión soviética ante las Naciones Unidas se hizo visible. Era una mansión isabelina de paredes de granito, techos de pizarra, ventanas con parteluz, frontones y chimeneas. Se extendía en dos grandes alas para formar una T, con el agregado de una tercera ala más pequeña, construida al final del cruce sur de la T. Formalmente llamada Killenworth, la propiedad fue edificada por el archicapitalista Charles Pratt, fundador de lo que uno de sus hijos convirtió en la Standard Oil. La casa tenía unas cincuenta habitaciones y se levantaba sobre una pequeña colina rodeada de quince hectáreas de bosques. Todavía quedaban algunas propiedades en la Costa de Oro de Long Island en medio de los suburbios invasores, incluidas cinco o seis propiedades de Pratt, una de las cuales era un asilo. Peter Thorpe había estado allí varias veces, aunque no para visitar a los ancianos.

También era visible allá abajo, en lo que alguna vez fue el distrito de Gatsby<sup>[1]</sup>, un gran grupo, reunido ante las puertas de la propiedad soviética.

Thorpe miró hacia atrás, a los rascacielos de Manhattan, y se fijó un rato en el edificio de las Naciones Unidas. Preguntó al piloto.

—¿Ha llevado alguna vez a soviéticos?

El piloto hizo un gesto de asentimiento.

—En una oportunidad. El verano pasado. ¿Puede creer que exista ese lugar? Dios. Eh, ¿dónde está su castillo?

Thorpe sonrió.

—El que está directamente al norte de los soviéticos.

—De acuerdo... ya lo veo. —Un grupo de estrellas estalló de repente en el lateral del helicóptero; el asombrado piloto gritó—: ¿Qué diablos? —y tiró de la palanca. El helicóptero viró bruscamente.

Thorpe lanzó una carcajada.

—Son fuegos artificiales. Mi anfitrión debe de estar haciendo su festejo del Día del Trabajo. Gire y tome hacia el norte.

El helicóptero tomó una nueva dirección.

Thorpe contempló el tránsito en Dosoris Lane. El alcalde, Thorpe lo sabía, era violentamente anticomunista y llevaba una batalla junto a sus electores contra los inoportunos vecinos soviéticos.

En realidad, Glen Cove tenía una larga historia de peleas con los soviéticos desde

que compraron la propiedad después de la Segunda Guerra Mundial. Los policías del pueblo que azuzaban a los rojos en los años cincuenta solían detener a cualquiera que entrara o saliera por sus puertas y ponían multas por cualquier infracción, pese a que nunca se pagaban. Hubo una etapa de disminución de las tensiones, aproximadamente durante el período de la distensión soviético-estadounidense, pero las denuncias a los comunistas de los años cincuenta habían recrudecido, no sólo en Glen Cove sino en todo el país.

Posteriormente, como represalia por la tajante prohibición del alcalde a los soviéticos de frecuentar los lugares de diversión del pueblo, Moscú había vetado a los diplomáticos estadounidenses el río Moscova o algo igualmente tonto. *Pravda* publicó un largo artículo denunciando a Glen Cove como bastión del «delirio antisoviético». La nota, que Thorpe leyó en una traducción de las oficinas de la CIA en Langley, Virginia, era tan idiota como las irregularidades del alcalde Dominic Parioli que la originaron.

Thorpe reflexionó sonriendo que Glen Cove también era un dolor de cabeza para el departamento de Estado. Pero finalmente, el último verano, el gobierno federal aceptó pagar al pueblo los cien mil dólares anuales del impuesto sobre la propiedad, que perdía porque la mansión soviética estaba exenta de tributos. A cambio, el alcalde Parioli estuvo de acuerdo en dejar de molestarlos. Pero desde donde Thorpe estaba sentado en ese momento, a seiscientos metros por encima del pueblo, no parecía que Glen Cove tuviera intención de cumplir su parte del acuerdo.

—¿Qué diablos pasa allá abajo? —preguntó el piloto.

—El populacho ejerce sus derechos de libertad de expresión y reunión —replicó Thorpe.

—Desde aquí parece un verdadero alboroto.

—Es lo mismo. —Pero para ser justo con el pueblo, pensó Thorpe, las circunstancias habían cambiado desde el acuerdo de Glen Cove con Washington. Había insistentes informes en la prensa nacional sobre avanzados equipos electrónicos de espionaje en la propiedad soviética. Los residentes se quejaban de interferencias en la televisión, que les resultaban tan inquietantes como el espionaje electrónico que las provocaba.

Sin embargo, el propósito de esos equipos electrónicos no era impedir la transmisión del partido de fútbol del lunes por la noche. El verdadero blanco del espionaje electrónico era la industria de defensa de Long Island: Sperry Rand, Grumman Aircraft, Republic Aviation y la concentración de compañías de alta tecnología electrónica. Thorpe sabía que los soviéticos también estaban espionando por medios electrónicos a las comunidades diplomáticas de Manhattan y Long Island.

La eterna pregunta era: ¿dónde conseguían los soviéticos ese equipo de alta tecnología? La respuesta del departamento de Estado era siempre la misma: a través de sus valijas diplomáticas, que no siempre eran «valijas», sino a menudo grandes cajas embaladas, protegidas de la investigación o el embargo por la inmunidad

diplomática. Sin embargo, Thorpe sabía que eso no era verdad. Casi todo el equipo que usaban para espiar a la industria de defensa local provenía de ella misma. Había sido comprado a través de una serie de estúpidas sociedades y entregado por un helicóptero justo en el patio de los soviéticos. Algunas de las piezas sensibles que no podían comprarse eran robadas y transportadas de una manera intencionadamente confusa, que incluía camiones, botes y por último helicópteros. Thorpe dijo al piloto:

—¿Cuando llevó a los soviéticos en el helicóptero, llevaban cajas?

El piloto se encogió de hombros y contestó:

—Ajá, y suficiente equipaje como para un crucero de dos años. También cajas con alimentos. Pero yo no sabía que eran soviéticos y tampoco el remitente. Yo tenía que recoger a un grupo en el helipuerto de East Side y llevarlo hasta una propiedad en Long Island. Pero venían con esas cajas y baúles. Así que cargamos todo y me dijeron que volara a Kings Point, que fue lo que hice. Antes de aterrizar, dijeron que fuera a Glen Cove y allí fui. Entonces señalaron ese lugar de ahí abajo y aterricé. Estaba esperando un camión de esos que entregan comestibles. Un grupo de tipos bajó todo muy rápido y me despidieron. Diablos. No supe que eran soviéticos hasta un mes más tarde, cuando vi una foto del lugar en el *Times*. Era algo sobre impuestos, pases para la playa y cosas por el estilo. De todos modos, tampoco me dieron propina.

Thorpe asintió.

—¿El camión tenía algún cartel?

—No lo sé. No recuerdo.

—¿Alguien le preguntó sobre ese viaje?

—No.

Thorpe se frotó la barbilla. De golpe el hombre se había vuelto menos comunicativo, lo que podía significar varias cosas.

—¿No se puso en contacto con el FBI? —preguntó Thorpe—. ¿Ellos no se pusieron en contacto con usted?

El piloto habló con irritación.

—Eh, basta de preguntas. ¿De acuerdo?

Thorpe sacó su billetera.

—CIA.

El piloto lanzó una mirada al documento.

—Ajá. ¿Y qué? Solía volar con muchos de la CIA en Vietnam. No eran tan entrometidos como usted.

—¿Qué le dijeron? Me refiero a los del FBI.

—Me dijeron que no hablara con ustedes. Mire, no quiero quedar en medio de ninguna pelea. ¿Entiende? Ya he dicho bastante.

—No diré nada.

—Bueno... aclárelo con ellos si quiere saber algo más. No les diga que hemos hablado. No sabía que usted era de la CIA. Dios santo, qué personajes.

—Tómelo con calma. Simplemente vuele.

—Me siento como un chófer que llevara siempre asaltantes. Soviéticos, el FBI, la CIA. ¿Cuál es el próximo?

—Nunca se sabe. —Thorpe se echó hacia atrás mientras el helicóptero comenzaba a descender en vertical. La miniguerra entre el pueblo y la propiedad soviética tenía algo de ópera cómica. Quizá más cómica todavía era la abierta hostilidad de otro propietario local, George Van Dorn, el anfitrión de Thorpe ese fin de semana. Peter Thorpe miró hacia las propiedades colindantes, dos pequeños feudos que compartían una semifortificada frontera común, dos mundos separados por la filosofía política y empeñados en una especie de liza medieval. Una parte era divertida, pensó, pero la otra parte, no.

Una fuente de colores proveniente de una candela romana subió al cielo por encima del helicóptero.

—No es necesaria una maniobra evasiva —dijo Thorpe.

—Esto puede ser peligroso —replicó el piloto.

Thorpe señaló al piloto el helipuerto iluminado de Van Dorn, que en otro tiempo fuera la pista de tenis. Van Dorn proclamaba que el tenis era un deporte de maricas y mujeres. Thorpe, que jugaba al tenis, había sugerido a Van Dorn que si tuviera como invitados a mujeres o maricones debería complacerlos, pero no tuvo éxito.

En la pista estaban pintados los números de la frecuencia de radio. El piloto preguntó con incredulidad:

—¿Se supone que debo pedir por radio permiso para aterrizar?

—Es mejor que lo haga.

—Oh, por el amor de Dios... —Buscó la frecuencia y habló por el micrófono—. Éste es AH 113. Instrucciones para aterrizar. Fuera.

Una voz resonó como respuesta y Thorpe oyó por el micrófono abierto:

—Ésta es la estación Van Dorn. Manténgase a la vista. ¿Quién es su pasajero?

El piloto parecía asombrado mientras miraba a Thorpe.

Thorpe sonrió.

—Dígale que es Peter, solo y desarmado.

El piloto repitió las palabras de Thorpe con tono desabrido.

El radiooperador contestó:

—Proceda a aterrizar. Fuera.

—Roger, fuera. —El piloto volvió a colocar su transmisor en la frecuencia de la compañía y dijo a Thorpe:

—Ahora conozco dos casas que debo evitar.

—Yo también. —Thorpe podía ver claramente la mansión de Van Dorn, una gran casa blanca colonial, muy majestuosa, pero no tan grande como el palacio de su enemigo. Thorpe sintió el aire caliente por la entrada de la cabina y olió el perfume de las flores. Desde la piscina, vacía pero iluminada, dos hombres lanzaban fuegos artificiales, como con un mortero, pensó Thorpe, contra un posible contraataque—. Si

los soviéticos consiguen un permiso para lanzar fuegos artificiales —dijo al piloto—, les van a contestar.

—Ajá —gruñó el incómodo piloto—. Y si vuelvo a tener mi viejo Cobra voy a destruir a esos hijos de puta. Y también a esos idiotas.

—Amén, hermano.

El helicóptero bajó hasta la cancha de tenis, donde se posó.

Stanley Kuchick sentía que el sudor le corría por debajo de la camisa. Se preguntó qué le harían los soviéticos si lo atrapaban en su propiedad. Durante décadas los estudiantes del colegio de Glen Cove habían pasado por aquellos muros y entradas prohibidas al ir y volver del colegio. Corrían historias sobre estudiantes que habían penetrado en esa tierra extranjera, pero siempre se referían a estudiantes de un pasado remoto. Algunos decían que eso era un sentimiento de desorientación basado en la convicción de que ninguno de ellos, chicas o muchachos, había tenido valor para vengar el insulto que suponía la existencia de aquellos muros burlones.

Entonces apareció Stanley Kuchick con el material adecuado. Esa noche iba a probar que aunque no era exactamente el chico más grande de su clase, era el más valiente. Diez de sus compañeros lo vieron escalar la verja entre los terrenos del YMCA y la propiedad soviética y lo observaron desaparecer entre los árboles. Su misión era clara: obtener pruebas irrefutables de su profunda penetración en el territorio enemigo y una cita en Sal's Pizza en cualquier momento antes de las diez de la noche. Sabía que si fracasaba no podría volver a poner un pie en el colegio de Glen Cove.

Stanley levantó sus prismáticos y enfocó la gran mansión, a unos doscientos metros de distancia. Sombras moradas oscurecían la ancha terraza norte, pero pudo ver cierta actividad alrededor de la casa. Unos pocos hombres y mujeres estaban sentados en tumbonas tomando bebidas. Deseó que todos estuvieran dentro de la casa.

Controló su cuchillo de la marina para asegurarse de que no se había deslizado de su vaina y luego recorrió con los dedos su pintura de camuflaje: en realidad, sombra verde de ojos de su madre, ayudada por unos toques de lápiz de cejas marrón. Iba bien con cualquier temperatura, incluso cuando hacía calor y transpiraba mucho. Llevaba el uniforme de faena de su tío Steve de la época de Vietnam y sus zapatillas negras de gimnasia.

Comió un caramelo y guardó el papel en su bolsillo. Se estremeció.

Dos hombres se acercaban hacia donde estaba por un sendero de grava, a unos diez metros de distancia. Se fijó en si traían perros; no era así y respiró con algo de alivio. Incluso si los hombres chocaban con él, podría escaparse corriendo. Había hecho los cien metros en un muy buen tiempo y sabía que lo mejoraría si tenía a unos soviéticos tras él.

Stanley permaneció totalmente inmóvil hasta que las dos figuras surgieron entre los arbustos del sendero. Reconoció al hombre bajo y gordo con ojos saltones: *Sapo*. Había visto a *Sapo* unas pocas veces en el pueblo y una vez en la playa. Incluso *Sapo*



había hablado con los compañeros de clase de Stanley hacía un par de años sobre asuntos culturales o algo así; tenía muy buen inglés. Cuando los soviéticos jugaban al tenis en las canchas del pueblo, la mayoría casi no sabía devolver la pelota cuando uno se la pedía. Pero *Sapo* recogía la pelota, sonreía y la devolvía. *Sapo* estaba bien. Stanley trató de recordar su nombre. Anzuff o Androv o algo así. Sí, Androv. Viktor Androv.

El otro hombre tenía aspecto refinado, con el pelo peinado hacia atrás, un traje como el que Stanley usó para su primera comunión y gafas oscuras. Pensó que parecía un tipo rudo, probablemente un asesino. Un hombre de SMERSH.

Los dos hombres hablaban ruso y Stanley pudo oír la palabra *amerikanski* una y otra vez. Cambió de lugar su cuerpo lentamente, abrió su bolsa y sacó su cámara Minolta de bolsillo. Enfocó a los hombres y sacó tres rápidas tomas. Volvió a guardar el equipo en la bolsa y esperó hasta que estuvieron fuera de su vista durante un minuto, antes de cambiar de posición. Escuchó. Todo parecía tranquilo.

Stanley se lanzó a correr por un espacio abierto del terreno, cubriendo cincuenta metros en menos de seis segundos. Se zambulló en una depresión y permaneció inmóvil. Se sentía muy expuesto, pero no había otro lugar para ocultarse. Miró si había micrófonos, pero no pudo encontrarlos, pese a que pensaba que ése era un lugar ideal para colocar alguno. Al disminuir su respeto por las medidas de seguridad de los soviéticos, aumentó su audacia. Bueno, pensó, quizá sus medidas de seguridad eran buenas. Sólo que no habían contado con Stanley Kuchick.

Stanley sentía respeto por las historias de su tío Steve sobre el cursillo de evasión que hizo en Panamá. Él le había regalado su viejo manual sobre infiltración, patrullas de reconocimiento y supervivencia en campo abierto. Stanley lo había practicado con mucha naturalidad en los bosques cerca de su casa, aunque algún instinto salvaje se le había despertado por las fotos de hombres arrastrándose entre los arbustos.

Espió por el borde del hoyo. Los soviéticos no daban señales de entrar en la casa. No creía que lo hicieran porque se estaba cálido y agradable. Tendría que proceder justo delante de sus narices.

Stanley sabía que ese día era fiesta para los soviéticos. Muy pronto llegarían los soviéticos de las Naciones Unidas. Ya había localizado a una docena caminando por los jardines, además de los que estaban en la terraza. Había planeado eso durante algún tiempo... Día M menos seis, Día M menos cinco... pero en ese momento pensaba que era temerario. En realidad, una idiotez.

Por los menos no había visto chicos. Algunas veces los soviéticos llevaban a sus chicos. Los niños podían ser un problema porque corrían incansables entre los árboles y por el campo. Había oído que cuando no estaban allí los llevaban a un lugar más lejano, llamado Pioneer Camp, que era como un campamento de *scouts*. Pero apostaba a que en lugar de aprender cosas de campamento, aprendían a ser espías.

Stanley pensó en ello durante un rato y luego recordó su misión. El lugar en donde se encontraba era lo más lejos que podía llegar en la propiedad de los

soviéticos.

El muchacho vaciló y luego se incorporó y comenzó a gatear. Sabía que ninguno de los chicos de su clase podría pasar por aquella alcantarilla. Ser pequeño tenía una cantidad de ventajas.

Al acercarse a la casa, vio que había raíces de sauces llorones que crecían dentro de la alcantarilla. Al principio las usó para apoyarse, pero luego se hicieron tan tupidas que tuvo que cortarlas con su cuchillo. Oyó unos chirridos y vio que unos ojillos rojos lo miraban. Golpeó la alcantarilla con el mango del cuchillo y gruñó: «¡Fuera de aquí!». Le latía el corazón con fuerza y tenía la boca seca.

Stanley permaneció inmóvil. Aunque no era claustrofóbico, comenzaba a sentirse nervioso. ¿Y si quedaba atascado? El aire fétido le provocaba náuseas y la oscuridad total le daba miedo. Se sentía opresivamente encerrado y tuvo súbita urgencia por incorporarse y correr, correr libremente. El sudor cubría su cuerpo y comenzó a temblar. Pensó en regresar pero no creía que pudiera hacerlo entre las raíces. «Bueno, muchacho, no puedes quedarte aquí». Siguió avanzando hasta que llegó a la unión de varias alcantarillas. El aire era mejor allí y respiró con fuerza. Miró hacia arriba y vio un caño vertical que subía unos seis metros hacia la superficie. Tenía una reja de metal en el extremo y pudo ver las primeras estrellas de la noche brillando en el cielo. «Un pedazo de torta». Se arrodilló, soltó la linterna del cinturón y apuntó al caño. Vio el primer travesaño de metal que llevaba a la superficie. Volvió a colgar la linterna, tomó aire y comenzó a subir hasta que llegó a la reja de metal. La empujó y la levantó ruidosamente sobre el suelo de cemento. Escuchó durante unos segundos y luego sacó la cabeza y miró a su alrededor. Un mástil blanco se levantaba a unos tres metros de distancia. Entonces vio lo que buscaba: la bandera rojo oscuro de la URSS.

El mástil estaba rodeado por un seto de un metro de alto. Las plantas lo ocultaban, a menos que alguien observara desde alguna ventana. Miró hacia las ventanas, pero no pudo ver nada. Se arrastró hasta que alcanzó el mástil. Tomó el cuchillo y respiró con fuerza. Luego escuchó.

Oyó música que venía de los ventanales parcialmente abiertos sobre la terraza. La noche estaba silenciosa y se preguntó si oirían cuando bajara la bandera. Vaciló. Quizá fuera mejor que se marchara, pero luego miró la bandera roja con la hoz y el martillo amarillos y la estrella de cinco puntas y supo que no podría irse sin ella.

De golpe, se oyó un ruido como el disparo de un rifle y casi perdió el control de su vejiga. Permaneció esperando. Por encima de su cabeza vio una lluvia de estrellas —rojas, blancas y azules— que caían chisporroteando. Siguieron estallando los fuegos artificiales y Stanley rió suavemente. El viejo loco Van Dorn dándosela a los soviéticos otra vez. Y no tenía dudas de a dónde estarían fijos los ojos de los rojos en ese momento. Se deslizó con facilidad por entre los arbustos. Comenzó a bajar la cuerda que sujetaba la bandera, hasta que cayó sobre su cuerpo. Esperaba que fuera más pesada; además tenía un color curioso. Pero ya la tenía.

Stanley no perdió tiempo. Cortó la cuerda y se ató la bandera en su cintura. Se

preparaba para correr cuando se encendieron las luces. «¡Oh, diablos!». Aunque la primera regla de las patrullas era no regresar por el mismo lugar, Stanley se volvió y despacio se metió en la boca abierta. Rápidamente se hundió y colocó de nuevo la reja en su lugar. «Bueno..., bueno... tuviste suerte...»

A mitad de camino, oyó una voz que le gritaba:

—¡Deténgase! ¡Alto! Vamos a disparar. —Una luz intensa iluminó la cañería. Stanley se dejó caer los últimos tres metros y se metió rápidamente en una alcantarilla. «Dios mío...» Acababa de darse cuenta de que estaba en la que llevaba a la mansión. No tenía otro remedio que seguir adelante.

El tránsito en Dosoris Lane era un lío y por una buena razón, pensó Karl Roth. Había una amenaza de incidente internacional y todos deseaban verlo o tomar parte. Giró su viejo camión de transporte y dijo con leve acento centroeuropeo:

—Vamos a llegar tarde.

Maggie Roth, su esposa, miró hacia la parte trasera del camión.

—Espero que la comida no se estropee. —Ella también tenía el mismo acento, que sus vecinos estadounidenses encontraban encantadoramente inglés, pero que para los londinenses era identificable como judío de Wapping Lane.

Karl Roth asintió.

—Hace calor para ser uno de mayo —el marcador de presión del motor comenzó a subir—. Maldición. ¿De dónde salen todos estos coches?

—Son de la explotada clase trabajadora, Karl. Vienen de las pistas de tenis, del club de golf y del club náutico. —Maggie rió—. Además, Van Dorn está dando otra fiesta de venganza.

El rostro de Karl se puso ceñudo.

—Androv dijo que tenía una sorpresa para nosotros.

Maggie volvió a reír pero sin ganas.

—Podría sorprendernos pagando las malditas cuentas a tiempo, ¿no?

Roth sonrió nervioso.

—Por favor, pórtate bien con él. Me pidió que nos quedáramos a tomar una copa. Ésta es una gran fiesta para ellos.

—Podría haberte dicho que fuéramos nosotros —rezongó—. En cambio, tenemos que entrar por la puerta de servicio como mendigos y quedarnos en la cocina para ayudarlos con la comida. Una sociedad sin clases. ¡Tonterías!

Roth resopló de exasperación.

—Si nos quedamos mucho tiempo, el FBI podría notarlos.

—Ya han notado tus idas y venidas. Te dije que andan detrás de algo.

—¡No digas eso! —respondió indignado—. Ni se lo menciones a Androv.

—No te preocupes. ¿Crees que quiero terminar como los Carpins?

—¡Cállate!

El camión pudo avanzar un poco más. De golpe, un cohete estalló en el aire con una lluvia de estrellas rojas, blancas y azules que iluminaron el cielo. Mucha gente saludó alborozada y los coches comenzaron a tocar las bocinas.

Roth se burló.

—Más provocaciones. Ésa vino de la propiedad de Van Dorn, ese cerdo reaccionario.

—Él paga sus cuentas —hizo notar Maggie Roth—. ¿Y por qué no conseguimos pedidos para su fiesta, Karl? Hubiéramos podido encargarnos de las dos. Le caes bien a Van Dorn. Eres malditamente amable con él. Sí, señor Van Dorn; no, señor Van Dorn. De todos modos, es Van Dorn, Karl. Quizá se dio cuenta de que curioseas cuando vas allá. O quizá cree que andas detrás de alguna criada. —Rió—. Si supiera lo que eres realmente...

Karl Roth dejó escapar otro suspiro de exasperación. «Maggie debería tener cuidado», pensó. El camión avanzó apenas un par de metros. Se oían gritos de enfado en la carretera. Los coches de la policía estaban estacionados en el arcén derecho; a la izquierda pudo ver los portones de hierro de la propiedad soviética. Gente con carteles bloqueaba la entrada y la policía trataba de mantener el orden.

Desde su ventajosa posición, Roth pudo ver varias limusinas tratando de entrar por los portones. La policía detenía a cada coche y controlaba las licencias y los registros. Roth dijo:

—Más provocaciones.

—¿Dónde está nuestro registro? No quiero que me pongan una multa. Nosotros no tenemos inmunidad diplomática.

—Allí. En la guantera. ¡Dios, qué lío!

Otro cohete hizo un arco en el aire y estalló. Maggie Roth sonrió.

—El señor Van Dorn está apuntando para que estallen sobre los soviéticos.

—¿Por qué lo encuentras divertido?

—Porque es gracioso. ¿No lo crees así?

—No.

Maggie permaneció en silencio durante un rato y luego dijo:

—¿Te has dado cuenta de que en los últimos seis meses hemos entregado comida como para un largo asedio?

Roth no contestó.

—Y todos esos productos envasados y deshidratados —agregó Maggie—. Esos hijos de puta sólo compran lo mejor, lo más nuevo, y ahora quieren latas, alimentos deshidratados... Bueno, Karl, ¿qué es todo esto?

Otra vez no contestó.

El tono de Maggie era cortante.

—Los malditos están planeando la tercera guerra mundial, eso es lo que sucede. Bueno, Glen Cove está a salvo, ¿no es así, Karl? Ellos no tirarían una bomba sobre su propia gente, ¿no?

—¡Cállate la boca!

Maggie se retrajo en un malhumorado silencio, luego murmuró:

—Espero que la maldita mayonesa se estropee y se les envenene toda la comida.

Stanley Kuchick yacía de espaldas en la alcantarilla, con los brazos alrededor de la cabeza y ésta inclinada bajo la inamovible reja de metal. Los ojos se le llenaron de lágrimas. «Estúpido... retrasado mental... Stanley, eres un imbécil...» Miró hacia la reja; era todo lo que lo separaba del sótano de la mansión. Pensó en volver hacia atrás, pero si quedaba atrapado en algún tramo de la cañería, moriría y se pudriría hasta que apestara y llamaran a un fontanero y... ¡puf!

Sabía que los soviéticos lo esperarían al comienzo de la alcantarilla, pero después de un rato se darían cuenta de que había tomado ese camino. Llegarían pronto y le gritarían que saliera y dispararían sobre él. «Jesús, María y José...» Con ira y frustración cerró los puños y golpeó la reja, mientras las lágrimas le corrían por la cara.

Oyó algo parecido a un tintineo y se detuvo. Empujó otra vez la reja y ésta se levantó. Empujó con fuerza, arrojando la pesada reja por el aire con una energía que no imaginaba. La reja cayó sobre el piso.

Antes de que la adrenalina abandonara sus músculos paralizados por la fatiga, Stanley se agarró de los bordes de la abertura; empujando y pateando al mismo tiempo, se elevó y cayó después al suelo.

Permaneció sobre el piso frío durante unos segundos, respirando pesadamente, sintiendo que su cuerpo se estremecía. Respiró profundamente y se puso de pie, inseguro. «Bueno, no estuvo tan mal».

Stanley se sacudió la ropa y se la arregló y controló su equipo. Todo estaba en su lugar, incluyendo la bandera.

Rápidamente miró a su alrededor. Se encontraba en el cuarto de calderas. Había tres grandes calderas y tres calentadores de agua.

Abrió una puerta de madera y pasó a un cuarto sin luz. Encontró la perilla y encendió una lamparita. Miró a su alrededor. Pilas y pilas de cajones llenos de latas de alimentos se alineaban en las paredes. «Dios, pueden alimentar a un ejército».

Encendió su linterna y caminó por el lugar, leyendo los nombres familiares de los productos hasta que llegó a una puerta. Escuchó, pero no pudo oír nada. La abrió y entró en una habitación llena de ficheros. Abrió un cajón y lo iluminó. Sacó un puñado de papeles y miró las letras rusas. «Qué idioma de locos...» Los guardó en su bolsa y continuó la marcha.

Pudo ver las ventanas del sótano, pero todas tenían rejas. Sabía que debía encontrar la puerta del sótano que llevaba al exterior. Podía oír débilmente la música, conversaciones y risas que provenían de la habitación de arriba. Continuó recorriendo la zona.

La luz de la linterna descubrió algo en la pared y caminó hacia allí. Eran tres grandes tableros de electricidad. Abrió uno de ellos. Estaban escritos en ruso, lo que hizo pensar a Stanley que ningún electricista estadounidense había realizado la instalación de ese nuevo sistema. Stanley sacó su cámara, enfocó directamente a un tablero y apretó el disparador. Se dirigió hacia los otros tableros y también los fotografió. Así podría probar que había estado dentro de la mansión.

Stanley recorrió el lugar con la linterna e iluminó algo en el suelo a la derecha de los tableros eléctricos. Se acercó rápidamente y se arrodilló. Era un enorme generador, hecho en Estados Unidos. Estaba parado; Stanley sospechó que debía funcionar automáticamente cuando había alguna interrupción en la corriente eléctrica. Siguió iluminando la pared. Había un gran tanque de combustible en un rincón, probablemente para el generador. «Dios, estos tipos no corren ningún riesgo».

Se puso en pie y se movió por la habitación. Vio una bomba eléctrica de agua. Tampoco funcionaba y Stanley supuso que tendría el mismo sistema que el generador. Movié la cabeza pensativo. «Comida... combustible... electricidad... agua... Unos verdaderos mierdas... listos para cualquier cosa». Siguió caminando.

Pasó por una arcada de madera a una habitación llena de muebles y herramientas de jardín. Recorrió las paredes con la linterna hasta que finalmente enfocó unos escalones de piedra que llevaban a una puerta. «Bueno, Stanley, es hora de volver a casa».

Abrió la puerta con un crujido y salió al aire frío de la noche.

Encontró en la bolsa su última chocolatina con almendras, muy cara pero su preferida. Masticó pensativo el chocolate mientras inspeccionaba el jardín. Un poco más allá se veía una cerrada hilera de árboles. Terminó el chocolate, se limpió la boca y las manos y se colocó en posición de carrera. Esperó, miró, escuchó, tomó aire y murmuró: «Bueno, pies, a trabajar». Salió corriendo por el espacio abierto en dirección a los árboles. Estaba a menos de cinco metros del borde del bosque cuando oyó un ladrido y un grito.

—¡Alto! ¡Deténgase!

—Seguro... sí, cualquier día. —Siguió corriendo hasta llegar a los árboles. Las ramas azotaban su cara y lastimaban sus brazos, y sintió un arañazo en el ojo derecho. Una rama de pino le cruzó la boca y gritó de dolor—: Oh, maldición. Dios mío, nunca más... nunca más...

Una de las candelas romanas de Van Dorn estalló en el aire; Stanley pudo ver de dónde venía y cambió su rumbo hacia allí.

Había caminos más fáciles para salir de la propiedad soviética, pero la casa de Van Dorn estaba más cerca y por consiguiente era su mejor posibilidad. En realidad, su única posibilidad.

Mientras corría por el bosque, el cambio de vegetación le indicó que se acercaba al límite del territorio de los soviéticos. Encontró un alambre de púas. Con una maldición, lo cortó con su pinza y pasó rápidamente. A la distancia podía ver las

luces de la propiedad de Van Dorn.

Podía oír a los soviéticos que lo llamaban desde detrás. Y el ladrido de los perros. De repente apareció un muro de piedra; como era bajo lo saltó corriendo; luego disminuyó la marcha para recuperar el aliento. Técnicamente había llegado a territorio neutral, un pasaje que no se utilizaba y que separaba las dos propiedades. Tierra de nadie. Dio unos pocos pasos hacia la propiedad de Van Dorn, pero se dio cuenta de que estaba demasiado tembloroso. Un sudor frío le corría por el cuerpo y sentía náuseas. Vomitó. Respiró varias veces para recobrase y comenzó a moverse, mitad corriendo, mitad caminando.

Oyó detrás un ruido como de disparo y se agachó. El cielo se iluminó con una bengala con paracaídas. Los soviéticos habían lanzado uno de los suyos, por accidente o a propósito, pero el joven estaba fuera del círculo de luz y continuó moviéndose. Se preguntó si la bengala atraería a alguien amigo. Pero no quería ninguna atención, lo único que deseaba era hacer lo que pensaba y llegar a la cita en Sal's Pizza.

Llegó a un cerco de madera con puntas, de unos tres metros de alto. El límite de la propiedad de Van Dorn. Stanley dio un golpe al cerco.

—Maldito muro de Berlín... —Unos diez centímetros de cedro lo separaban de la libertad.

Comenzó a correr en dirección al oeste siguiendo el muro. Vio una elevación en una parte del terreno cercano al muro. Desde esa elevación la altura no era imposible. Tomó impulso para poder saltar. La luna iluminaba débilmente los árboles lejanos y el terreno entre ambas propiedades. Stanley miró a su izquierda y vio a seis soviéticos y dos perros que se aproximaban hacia donde él estaba. Sabía que le quedaba una sola oportunidad, si es que la tenía.

Uno de los soviéticos gritó:

—¡Alto! ¡Deténgase!

Stanley gritó en respuesta:

—¡Después de vosotros!

Los soviéticos soltaron los perros y Stanley apeló al último resto de energía que le quedaba para correr velozmente. Mientras los perros lo perseguían, consiguió llegar a la elevación, saltó el cerco y quedó colgado del borde. Uno de los perros le mordió las zapatillas. Se liberó de una patada. Un soviético gritó:

—¡Alto! ¡Deténgase! ¡Vamos a disparar!

Stanley gritó a su vez:

—¡Siéntate aquí arriba, estúpido! —Se balanceó durante un momento sobre las puntas del cerco y luego se dejó caer sobre el suelo rocoso. Suelo estadounidense. Final del partido.

Stanley se puso de pie, se volvió y comenzó a correr alejándose del cerco, riendo y llorando, luego bailando y dando aullidos a la luna.

—¡Lo hice! —saltó batiendo palmas—. ¡Stanley, eres el mejor!



Se ajustó la bandera alrededor de la cintura y comenzó a correr. Algo le impulsó a volverse hacia el cerco. Las puntas se recortaban contra el cielo del anochecer y por encima pudo ver la silueta de un hombre.

—¡Oh, no! ¡No pueden hacer eso! ¡Atrás! ¡Alto! ¡Deténgase! *Nyet! Nyet!* ¡Propiedad privada! ¡Estados Unidos! —Stanley se volvió y comenzó a moverse con la rapidez con que sus agotadas piernas se lo permitían.

El terreno era muy despejado, salvo algunos abedules. Stanley trató de ocultarse en los campos de flores salvajes. El terreno se fue volviendo más duro y pedregoso hasta que le pareció como engrudo. «¿Qué diablos...?». Era arcilla, arcilla blanca. Era una de las zonas de la Costa Norte formadas en la época de los glaciares, quince mil años antes. Había pedregullo, rocas y esa extraña arcilla que a Stanley le parecía excremento de perro. Muy pronto se dio cuenta de que había elegido el camino equivocado para llegar a la propiedad de Van Dorn.

Volvió a oír a los soviéticos, pero sin los perros. Supuso que cinco de ellos habían pasado a la cerca y el otro más gordo se había quedado con los perros. Se preguntó qué los impulsaría a seguirlo. Él corría para salvar su vida. ¿Cuánto les pagarían a esos tipos?

Ya no lo llamaban, pero podía oír sus pasos; no detrás de él, sino hacia el oeste a unos cuarenta metros. «Hijos de puta». Stanley apeló a sus últimas reservas de energía y comenzó a trepar por la arcilla. «Voy a ponerles un juicio, se lo diré a Van Dorn... están en una propiedad estadounidense. Qué se creen...»

Oyó pasos a la izquierda del costado del despeñadero. Habían encontrado un sendero y se movían rápidamente. «Oh...» Directamente allá abajo, a unos cuantos metros, oyó algo y miró. A la luz de la luna vio a un soviético colocado allí para detenerlo si trataba de escapar deslizándose hacia abajo. El hombre empuñaba algo que parecía un revólver y sonreía con una horrible mueca.

Stanley permaneció al lado de la elevación casi vertical. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y se dio cuenta de que después de toda esa locura no iba a ganar.

Algunos coches más atrás del camión de Karl Roth, un chófer de uniforme trataba de conducir una limusina entre el tráfico de Dossoris Lane.

Katherine Kimberly, sentada en el asiento trasero, observaba al joven inglés que la acompañaba. Marc Pembroke era innegablemente apuesto, pese a que tenía un toque siniestro. Poseía todo el encanto y educación propios de su clase, pero también su cinismo y afectada indiferencia. Katherine hizo notar:

—Mejorará una vez que pasemos la propiedad de los soviéticos.

Pembroke replicó amablemente:

—Es una suerte que el señor O'Brien no haya venido con nosotros. A su edad, la gripe puede traer complicaciones.

—Tiene un resfriado. —Katherine creyó detectar un tono que sugería que Patrick O'Brien, socio mayoritario de la firma de abogados a la que ella pertenecía, había dado una excusa. Estudió a Pembroke durante un momento. Estaba vestido con un traje de franela blanca a rayas finas, un sombrero de paja, camisa blanca y corbata roja de seda haciendo juego con el pañuelo de bolsillo. Los zapatos eran blancos y negros. Katherine pensó que estaba vestido como para filmar una película de los años veinte. No creía que George Van Dorn pudiera apreciar semejante afectación. Sin embargo, Pembroke irradiaba una intensa virilidad—. El señor O'Brien en general tiene una salud excelente. El Día del Trabajo del año pasado se lanzó en paracaídas desde un helicóptero y cayó en la pista de tenis de George. —Sonrió.

Pembroke contempló a la mujer de cabello rubio. Era extremadamente bonita. Llevaba un vestido de color malva que combinaba con su cutis pálido. Se había quitado las sandalias y notó que sus pies tenían callos: recordó que era una aficionada a correr en maratones.

Pembroke miró de reojo su perfil. Tenía lo que en el ejército llamaban dotes de mando. Había oído decir que era muy buena en los juicios y eso le resultaba muy fácil de imaginar.

La joven levantó la mirada y sus ojos se encontraron. No bajó modestamente los ojos, como acostumbraban a hacer las mujeres, sino que siguió mirándolo de la misma forma en que él lo hacía. Por último Pembroke dijo:

—¿Puedo servirle un trago?

—Por favor.

Pembroke miró a la atractiva pareja joven que ocupaba los asientos plegadizos. Joan Grenville llevaba pantalones blancos con un blusón azul marino. Su marido, Tom, vestía un formal traje azul, del tipo que usaban los empleados de la firma O'Brien, Kimberly y Rose. Pembroke, que no era un empleado, se preguntó si Tom

Grenville intentaría hacer méritos con Van Dorn, un socio mayoritario en la firma, y usar ese deprimente atuendo durante todo el fin de semana.

—¿Puedo ofrecerles también a ustedes una copa? —preguntó Pembroke.

—Si estás dando, yo recibo —contestó Joan.

Tom Grenville con una sonrisa forzada explicó a Pembroke:

—Mi esposa solamente comprende el idioma de Manhattan.

—¿De veras?

—Voy a servir las copas. ¿Todos quieren *whisky*? —Buscó las copas en el pequeño bar.

Joan Grenville se dirigió a Katherine con voz irritada.

—Debimos haber tomado el helicóptero con Peter.

—Incluso en el helicóptero, Peter se las arreglará para llegar tarde —replicó Katherine.

Marc Pembroke le sonrió.

—Ésa no es forma de hablar de tu novio.

Katherine se dio cuenta de que había sido un poco ingenua y que Pembroke la estaba provocando. Contestó:

—En realidad, generalmente llego demasiado temprano y luego le acuso de llegar tarde.

—La teoría de la relatividad del tiempo —dijo Pembroke— fue descubierta observando a los hombres y mujeres que se esperaban.

«No —pensó Katherine—, no me está provocando, sino que me está tentando». Y ella no iba a dejarse llevar por ese hombre astuto y encantador.

—La temperatura también es relativa. Los hombres habitualmente sienten demasiado calor cuando la mujer se siente cómoda. ¿Por qué no te quitas la chaqueta?

—Prefiero tenerla puesta.

«Y por una buena razón», pensó. Había descubierto que llevaba una pistola.

La limusina apenas se movía. Grenville alcanzó las copas a todos.

—Debemos de ser las únicas personas de este país que celebran, ¿cómo se llama?, el Día de la Lealtad. También es el Día Internacional del Derecho o algo así. —Chupó un cubito de hielo—. Bueno, la mayoría de los que vamos a casa de Van Dorn somos abogados y la mayoría de nosotros es leal, así que supongo que encaja bien —mordió el cubito.

Joan se sobresaltó.

—No hagas eso. Dios, qué horrible fin de semana pasaremos. ¿Por qué Van Dorn monta semejante espectáculo? —Miró a Marc Pembroke.

Pembroke sonrió.

—Tengo entendido que el señor Van Dorn nunca pierde la oportunidad de molestar a sus vecinos.

Joan Grenville terminó su *whisky* de un largo trago y luego dijo sin dirigirse a nadie en particular:

—¿Volverá a tirar cohetes contra ellos? Dios, qué dolor de cabeza tengo.

—Imagínate el dolor de cabeza que tendrán ellos —respondió riendo Tom Grenville.

—Esto es un poco mezquino. George se rebaja haciéndolo.

Joan Grenville movió la cabeza asintiendo.

—Lo hará de nuevo. ¿No? Me refiero al Día de los Caídos por la Patria. Luego otra vez el 4 de julio. Tom, tenemos que irnos de la ciudad. No puedo soportar las banderas, la música marcial, los fuegos artificiales y todo eso. Realmente no es divertido. —Se volvió otra vez hacia Pembroke—. Los ingleses no se comportan así, ¿no es verdad? Quiero decir, que sois civilizados.

Pembroke se frotó el labio y replicó:

—Solamente en los últimos tiempos, creo. ¿Os quedáis a pasar el fin de semana?

El súbito cambio de tema la pilló desprevenida.

—No... quiero decir, sí. Nos quedaremos. ¿Y tú?

Pembroke asintió.

Tom Grenville no pareció notar la corriente que pasaba entre su esposa y el inglés y se sirvió otro trago. Hubo un golpe seco en la ventanilla del vehículo detenido y Grenville la bajó. Un policía con casco preguntó:

—¿A dónde Van Dorn o dónde los soviéticos?

—Van Dorn —contestó Grenville—. ¿No tenemos aspecto de capitalistas?

—Para mí todos parecen iguales, amigo. Vayan por el arcén y salgan de este lío.

Grenville dio instrucciones al conductor a través del intercomunicador y la limusina giró lentamente, saliendo de la línea del tránsito.

Antes de llegar a la entrada principal de los soviéticos pasaron por la YMCA, cuyas pistas de tenis y unos pocos edificios formaron anteriormente parte de Killenworth. Grenville dijo a su mujer:

—Éstos son los cuarteles del FBI. La CIA usa la casa de ancianos de Glengariff, más arriba.

—¿A quién le importa? —contestó Joan.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Pembroke.

—Chismes de la zona —respondió Grenville encogiéndose de hombros.

La limusina pasó delante de las puertas principales de la propiedad soviética, avanzando muy lentamente entre los coches y motos de la policía. Katherine pensó que debía de haber por lo menos cien manifestantes, encabezados por el alcalde de Glen Cove, Dominic Parioli, con un gran altavoz y un sombrero de copa como el del Tío Sam.

Tom Grenville inclinó su cabeza en dirección a los manifestantes.

—Alrededor de una cuarta parte de ellos son agentes del FBI, unos pocos son de la CIA, con gente del pueblo y policías de civil. Para no mencionar uno o dos espías de la KGB. Si no fuera por todos los agentes dobles, Parioli no podría reunir más de diez personas. —Lanzó una risita.

Los manifestantes comenzaron a cantar *América* mientras los policías trataban de hacer pasar a los vehículos entre la muchedumbre y los cohetes estallaban sobre sus cabezas. A la distancia, también podían oírse los altavoces de Van Dorn con la canción *América*.

Un grupo separado de manifestantes, formado por miembros de la Liga de Defensa Judía y judíos rusos emigrados, gritaba estribillos antisoviéticos en ruso, a través de un megáfono instalado en la casa de la propiedad. Un grupo de la escuela secundaria azuzaba a unos pocos guardias soviéticos uniformados de aspecto torvo.

Por último, Joan Grenville tomó la palabra.

—Pido a Dios que se calmen. Esto me pone nerviosa.

—Lo dejaremos atrás en un minuto —respondió su esposo.

—Creo que Joan está hablando en un sentido más amplio —hizo notar Katherine

—. Esto también me pone nerviosa.

Pembroke asintió y colocó su vaso en el bar.

—Creo que oigo los tambores de guerra.

Stanley Kuchick colgaba de la saliente del despeñadero. No creía poder trepar un centímetro más, sin embargo se negaba a dejarse caer en los brazos de los soviéticos que estaban abajo. Sobre su cabeza oyó ruido de pasos. Respiró profundamente y continuó trepando, consciente de lo que hacía.

De golpe cayó pesadamente sobre el angosto sendero. Tardó unos instantes antes de darse cuenta de dónde estaba y mirar lo que lo rodeaba. Lo primero que vio fueron pies y piernas. Piernas que subían y bajaban hacia él. Estaba atrapado. Se preguntó qué harían con él.

Una voz dijo:

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? Ésta es una propiedad privada.

Stanley levantó la mirada para contestar y entonces se dio cuenta de que el hombre hablaba en un buen inglés con acento estadounidense. Un hombre que estaba abajo respondió jadeante.

—Nosotros atrapamos a este ladrón. Nos robó.

Stanley se incorporó para quedar sentado. Dos hombres, estadounidenses, estaban de pie a un metro y medio de distancia, a su izquierda, en el estrecho sendero. Cuatro soviéticos permanecían en fila india a unos tres metros a su derecha, en la cuesta. El primero, un hombre joven, de aspecto recio, de uniforme marrón, habló con tono enojado:

—Robó una bandera. Espiaba en una propiedad diplomática.

—Oh, estupideces. Espías, una mierda. En todo lo que piensan ustedes es en espías.

—Tiene la bandera. ¿La ve?

Instintivamente, Stanley tocó la bandera que le envolvía la cintura. Su otra mano se movió hacia el cuchillo.

El estadounidense que había hablado antes contestó bruscamente:

—No veo ninguna bandera.

Stanley miró al estadounidense. Vestía un traje y era viejo, con pelo blanco y papada. El muchacho pensó que debía de ser el propio Van Dorn. Durante un rato nadie se movió ni habló. Stanley pasó los dedos por el mango del cuchillo.

El otro estadounidense, un joven de pelo rubio y traje blanco, se acercó a Stanley y se arrodilló a su lado.

—Hola. Me llamo Marc. ¿Cómo te llamas?

Stanley levantó los ojos y lo miró. Después de todo no era estadounidense, probablemente era inglés.

—Stanley —contestó.

—Stanley, es todo un equipo el que llevas.

Stanley miró al inglés de arriba abajo y deseó decirle «mira quién habla», pero contestó:

—Camuflaje.

—Ya veo. Tú cara no es normalmente verde, ¿no? ¿Estás bien?

—Supongo que sí.

—Bueno, no tengas miedo. Ahora estás a salvo.

Stanley miró a los soviéticos y asintió dudoso. Dijo muy suavemente:

—Tienen revólveres.

Marc Pembroke asintió y susurró en respuesta:

—Estoy seguro de que los tienen. Así que aparta tu mano del cuchillo. No serviría de nada. Tenemos que hablar con ellos a nuestro modo.

Stanley obedeció.

Pembroke habló con voz normal.

—¿Es una bandera soviética la que tienes alrededor de la cintura? —sonrió levemente.

El muchacho dijo que sí con la cabeza.

—¿Dónde la conseguiste, Stanley?

—De su mástil.

La sonrisa de Pembroke se ensanchó.

—No me digas.

El hombre mayor se acercó y dijo ásperamente:

—¿La robaste de su mástil?

—Sí, señor.

—¿Eres lo bastante mayor como para tomar una copa, muchacho? Te invitaré a un trago.

—No, señor. Muchas gracias.

El cabecilla de los soviéticos habló con impaciencia.

—Nosotros tomar bandera. Nosotros llamar FBI. Ésta es una ofensa federal.

Van Dorn estiró una mano y ayudó a Stanley a ponerse de pie.

—Como tú quieras, muchacho. ¿Quieres quedarte con la bandera?

Stanley pareció sorprendido de que lo consultara.

—Bueno... yo...

Pembroke habló con Van Dorn en un tono más bajo.

—Realmente no puede guardársela, George.

—¿Por qué no? —aulló Van Dorn—. La robó. Es suya. Eso es el capitalismo estadounidense. —Van Dorn rió de su propio chiste.

Pembroke se mostró molesto.

—No seas tonto, George. Ya es suficiente. Ahora sé un buen vecino.

—A la mierda con ellos. —Se frotó la gruesa papada y luego dijo—: Les voy a decir lo que haremos. Les voy a mostrar cómo funciona el comunismo. Dame tu

cuchillo, muchacho. Vamos a cortar esa maldita bandera en siete pedazos y cada uno tendrá un trozo para limpiarse el culo. —Rió.

Stanley sabía que era mejor no hacerle caso. Ese viejo Van Dorn, pensó, era un tipo raro. Miró al grupo de soviéticos que en ese momento parecían un poquito más cerca. Le pareció que estaban enojados y a punto de hacer algo. Deseó que Van Dorn se callara y dejara hablar al inglés.

—Han invadido mi propiedad —dijo Van Dorn—. ¿Entienden que en este país hay propiedad privada? Lárguense.

El soviético más alto dio un paso adelante y sacudió la cabeza.

—Nosotros tomar bandera. Dejar chico aquí. Llamar FBI.

—Traten de hacerlo —respondió Van Dorn.

Hubo un largo silencio y luego Marc Pembroke desató la bandera y la desenrolló de la cintura de Stanley.

—Lo lamento, muchacho, pero es de ellos. —Pembroke hizo un movimiento como para arrojársela y luego la retuvo. El soviético alto con uniforme subió por el angosto sendero; se detuvo a corta distancia del muchacho y lo miró.

Stanley le devolvió la mirada y notó que el uniforme estaba sucio y cubierto de cardos. Sonrió.

El soviético tomó la bandera de la mano de Pembroke y al dar el tirón la pasó por la cara de Stanley. Pembroke empujó al muchacho hacia atrás.

—Muy bien, el incidente ha terminado. Fue sólo una travesura. Nosotros nos ocuparemos de castigar al muchacho.

El soviético más alto pareció cobrar valor.

—Nosotros esperamos aquí. Muchacho queda aquí. Llamamos FBI.

Pembroke sacudió la cabeza.

—Nosotros nos vamos, amigo. Con el muchacho. Me disculpo en nombre de los ciudadanos de Glen Cove, del pueblo estadounidense y del gobierno de Su Majestad, la Reina. Ahora váyanse.

Van Dorn, que había permanecido en un inusual silencio, agregó en un tono bajo y amenazador:

—Fuera de mi propiedad. —Levantó los brazos y apuntó con un gran revólver al soviético corpulento. Sacó el seguro del gatillo—. La próxima vez... si vuelven a cruzar este cerco... traigan los féretros. Tienen diez segundos para irse. Nueve, ocho...

Nadie se movió. Entonces el soviético más alto dijo a Van Dorn:

—¡Cerdo capitalista!

—Siete, seis... —Van Dorn disparó. Todos se tiraron al suelo, excepto Van Dorn. El eco del disparo resonó hasta que la noche volvió a quedar quieta y silenciosa.

Pembroke se puso de rodillas, con una pistola en una mano, con la otra manteniendo a Stanley en el suelo.

—Eso fue un aviso —dijo Van Dorn—. Empiecen a moverse.



Los cuatro soviéticos se pusieron de pie y rápidamente se alejaron por el oscuro sendero. Van Dorn bajó su revólver y luego lo deslizó en una gran cartuchera que llevaba debajo de su chaqueta.

—No se puede dejar que esos imbéciles se le lleven a uno por delante.

Pembroke guardó su revólver y ayudó a Stanley a ponerse de pie. El muchacho estaba visiblemente conmocionado, pero parecía aprobar lo que Van Dorn había dicho.

Pembroke estaba algo irritado. Habló con tono cortante a Stanley.

—¿Qué se supone que eres? ¿Un comando?

Stanley murmuró algo, enfurruñado. Se le estaba pasando la impresión y se sentía enojado y estafado.

Van Dorn se frotó las mejillas y dijo alegremente:

—Eh, yo tengo una bandera soviética. ¿La quieres?

Los ojos de Stanley se agrandaron.

—Claro que sí. —Hizo una pausa, luego prosiguió—: ¿Dónde la consiguió?

Van Dorn rió.

—En el Elba, Alemania, 1945. Fue un regalo. No hice ninguna locura para conseguirla. Creo que te la mereces. Vamos, te daré una Coca-Cola o lo que quieras y te lavarás antes de volver a tu casa.

Comenzaron a subir por el sendero.

—¿Vives por aquí? —preguntó Van Dorn.

—Sí, señor.

—¿Conoces el camino?

—Claro. —Stanley se sentía mucho mejor. Recordó sus fotos, y las fichas del archivo de los soviéticos que llevaba en su bolsa. Y si Van Dorn le daba una bandera, podría mostrarla... pero quizá lo que pasó realmente sería una historia mejor. Tendría que pensarlo.

—¿Haces esto a menudo? Quiero decir, entrar en la propiedad de ellos —preguntó Pembroke.

La respuesta de Stanley fue cautelosa.

—Salté el cerco un par de veces, pero nunca llegué cerca de la casa.

—Si no hubiéramos oído toda la conmoción, los perros y los gritos —comentó Van Dorn—, ahora estarías en la casa.

Stanley no creía que hubieran podido oír algo desde tan lejos y con todo el estruendo de la música.

Llegaron al final del sendero y comenzaron a caminar por un terreno llano y abierto, que tenía una serie de gradas en un extremo.

—Éste es un campo de polo —dijo Van Dorn—. Pero supongo que lo sabes, ¿no? No serás el chico que roba mis tomates, ¿no es verdad?

—No, señor. —Stanley miró por sobre el campo de polo. A cada lado de las gradas había dos postes altos, cada uno con un altavoz. En ese momento estaban

silenciosos y Stanley se preguntó si tendrían micrófonos direccionales apuntando hacia la propiedad soviética. Quizá de esa manera podían saber lo que sucedía. En el extremo más lejano vio una gran casa blanca iluminada.

Van Dorn volvió a frotarse la papada y luego le preguntó:

—¿Te gustaría hacer algún trabajo en mi propiedad? Los sábados, después del colegio. Pago bien.

—Por supuesto.

—Entonces ahora podremos hablar un poco de tus aventuras.

Stanley vaciló y luego dijo:

—Supongo que sí.

Van Dorn colocó un brazo protectoramente sobre los hombros del muchacho.

—¿Hasta dónde te acercaste a la casa?

—Hasta las alcantarillas de desagüe.

Van Dorn asintió pensativo. Luego dijo con una sonrisa:

—No llegaste a entrar en la casa, ¿no?

Stanley no respondió de inmediato.

—Creo que sí.

Van Dorn levantó las cejas.

—¿Qué llevas en la bolsa? —preguntó Pembroke.

—Cosas.

Caminaron durante un rato acercándose a la gran casa, en donde Stanley pudo ver que había una fiesta.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Pembroke.

—Ya sabe, cosas de exploradores.

—¿Qué son las cosas de exploradores, muchacho?

—Ya sabe, pintura de camuflaje, linterna, cámara, chocolatinas, mapas, todo eso.

Van Dorn se detuvo. Miró a Marc Pembroke, que lo miraba a su vez. Van Dorn asintió imperceptiblemente.

Pembroke sacudió la cabeza.

Van Dorn volvió a asentir, esa vez con firmeza.

Stanley los observaba. Tenía la curiosa sensación de que no sería lo último que vería de la propiedad soviética.

## **II**

### **La carta de Wingate**

Katherine Kimberly leyó:

Querida señorita Kimberly:

Un curioso y quizá irreversible incidente ocurrido me impulsa a escribirle. Como debe de saber, su difunto padre, Henry, estuvo alojado aquí, en Brompton Hall, durante la guerra. Después de su muerte, un oficial estadounidense vino a buscar sus efectos personales. El oficial insistió mucho en recobrar todo lo que perteneciera a su padre. Esto se hizo, presumo, no tanto por el aspecto sentimental, de consideración a la familia del mayor Kimberly, como por razones de seguridad, ya que su padre, como estoy segura de que usted sabe, estuvo implicado en un trabajo de inteligencia de naturaleza muy importante.

El coronel Randolph Carbury se retorció pensativo el bigote blanco mientras contemplaba a la atractiva mujer sentada ante el escritorio. Era, pensó, un notable espécimen estadounidense, de cerca de cuarenta años como él sabía, pero con aspecto de tener treinta. El largo cabello era de color rubio claro y la piel pálida tenía algunas pecas por el bronceado de la primavera. Le habían dicho que era una corredora y no lo dudaba ante su figura y sus bien torneadas piernas.

Katherine levantó la mirada de la carta y sus ojos se encontraron con los del inglés sentado frente a ella.

Carbury inclinó la cabeza en dirección a la carta.

—Por favor, continúe.

Katherine volvió a mirar el encabezamiento en letras doradas:

Lady Eleanor Wingate, Brompton Hall, Tongate, Kent.

La letra era manuscrita con tinta negra, con unos trazos tan perfectos que Katherine pensó que podrían haber estado impresos. Levantó la mirada hacia Carbury. Tenía el rostro rígido, casi sombrío.

—¿Le gustaría tomar una copa? —Indicó un aparador y Carbury se puso de pie sin decir una palabra y se dirigió hacia allí. Katherine continuó leyendo:

Colaboramos en todo lo posible dadas las circunstancias, pero Brompton Hall es una casa muy grande y casi no había personal para realizar una búsqueda en los lugares que un hombre con el trabajo que tenía su padre

hubiera podido elegir para dejar a salvo documentos importantes.

Quizá pueda darse cuenta de a dónde conduce todo esto. Hace unos pocos días, estábamos sacando cosas para dejar Brompton Hall a sus nuevos dueños. En uno de los armarios en el cuarto de documentos —una especie de archivo familiar— había un paquete envuelto en papel encerado que contenía una caja de despachos del ejército de Estados Unidos. Mi sobrino, Charles, que supervisaba el trabajo, me lo mostró de inmediato.

Dentro de la caja estaban muy bien guardados unos papeles, la mayoría codificados y sin importancia en la actualidad. También había cartas atadas en un paquete. Resultaron ser unas conmovedoras cartas de su hermana Ann, que entonces tendría unos cinco años. También había algo de importancia, un diario cerrado con llave.

Después de deliberar, decidí abrirlo para asegurarme de si se trataba del diario de su padre y, si lo era, decidir si había algo demasiado doloroso como para que usted lo leyera. Resultó que había referencias que me concernían a mí y a su madre. Pero decidí no destruirlas. Usted es lo suficientemente adulta como para entender el amor, la soledad y la guerra.

Sin embargo, la mayor parte del diario no es personal. Hay páginas con notas que creo que usted y su gobierno deben tener en cuenta.

Katherine hizo una pausa en la lectura. Todo eso era demasiado abrumador como para asimilarlo de golpe, pensó. No obstante no era totalmente inesperado. Eleanor Wingate era un nombre que le resultaba vagamente familiar de la época de su niñez, aunque no podía ubicarlo en un contexto. En ese momento, el recuerdo y el contexto eran claros. Y la visita de Randolph Carbury tampoco era inesperada, pese a que quince minutos antes era un total desconocido para ella. Sabía que algún día, Carbury o alguien como él, aparecería como caído del cielo. Era inevitable que el fantasma de su padre la alcanzara. Siguió leyendo:

Las circunstancias que rodearon a la muerte de su padre en Berlín, fueron, creo, muy misteriosas, ya que falleció algunos días después de finalizada la guerra. Nunca tuve mucha fe en la versión oficial de lo sucedido. Además, su padre me dijo en una oportunidad: «Eleanor, si muero sin por lo menos una docena de testigos de fiar que testifiquen que la causa de mi muerte fue enteramente natural, sabrás que los soviéticos finalmente me atraparon».

Yo le contesté: «Henry, querrás decir los alemanes». A lo que él replicó: «No, me refiero a nuestros aliados, los asesinos solapados».

Y hubo algo más: el oficial estadounidense que vino a buscar las cosas de Henry. No me gustaron su conducta ni su aspecto. ¿Por qué vino solo para registrar esta casa tan grande y reclutó a mi escaso personal para un asunto tan agotador? ¿Por qué al día siguiente vino otro oficial con la misma misión?

Este segundo oficial pareció no creer que hubiera venido alguien antes que él. Dijo que el ejército había sabido de la muerte de Henry solamente unas horas antes.

En ese momento, yo estaba tan apenada que no presté atención hasta varias semanas después. Traté de hacer averiguaciones. Pero todavía funcionaba la seguridad de tiempo de guerra y fue inútil.

Bueno, el diario de su padre aclara muchas cosas.

Katherine miró a Carbury y dijo suavemente:

—¿Talbot?

Los ojos de Carbury se abrieron un poco.

—Sí. Talbot y el Matalobo. No me di cuenta de que usted supiera. ¿Cuánto sabe?

—No lo bastante. —Dio la vuelta a la página de la carta y continuó leyendo:

Ver las cosas de Henry en esa caja me ha traído muchos recuerdos y ha reavivado la vieja sensación de culpa, no por nuestra relación, que no era culposa (mi marido murió en Malta al comenzar la guerra y su madre había iniciado los trámites para divorciarse de su padre en Washington), sino culpable por no haberme comunicado con usted para decirle tantas cosas buenas sobre su padre, que fue un hombre notable.

Bueno, tengo muy poco más para decir. Voy a Londres a vivir con mi sobrino Charles Brook.

Estas últimas semanas han sido raras y también tristes: cerrar Brompton Hall, los papeles de su padre, los recuerdos sobre «la mejor época y la peor época».

Pero la intención de esta carta es avisarle de la existencia de la caja de informes y más específicamente, el diario, que nombra gente que todavía puede estar con el gobierno de su país o muy bien situada en la sociedad estadounidense y la menciona de una manera que me temo que anticipa graves consecuencias para su país y para todos nosotros. Por lo menos uno de esos hombres bien conocidos está muy cercano al presidente.

Esta carta será entregada por un amigo en el que confío, Randolph Carbury. Espero que él la encuentre en la firma de abogados, a la que me dijo que usted está asociada. El coronel Carbury es un antiguo militar del servicio de inteligencia y un excelente juez de situaciones y personas. Y en su opinión, usted es la que debe recibir el diario.

Mi primer pensamiento fue entregarlos a mi gobierno, al suyo o a ambos simultáneamente, en fotocopias. Pero Randolph parece pensar y estoy de acuerdo, en que el material debe ir a las manos de los que están en peligro.

O'Brien, Kimberly y Rose era, por supuesto, la firma de su padre y la mayoría de los oficiales de inteligencia de la OSS que estuvieron en

Brompton Hall estaban también asociados a la firma. Si no soy indiscreta, el coronel Carbury indica que la firma todavía tiene lazos con el servicio de inteligencia aquí y en Estados Unidos. También, Carbury mencionó que su hermana, Ann, está conectada de alguna manera con el servicio de inteligencia de Estados Unidos. Quizá deba mostrarle el diario a ella —o a gente de confianza en su firma— para una evaluación crítica. Ruego que no sea tan serio y peligroso como parece, pese a que estoy segura y temerosa de que lo sea.

Mis mejores deseos, Eleanor WINGATE.

Katherine permaneció en silencio durante un rato y finalmente dijo:

—¿Por qué no fue directamente a ver a mi hermana?

—No es fácil localizarla, ¿no le parece?

—Sí, tiene razón.

—Y si me daban a elegir, prefería tratar con usted.

—¿Por qué?

—Porque, como indica *lady* Wingate y los dos sabemos, la firma a la que usted pertenece tiene algo más que un interés nostálgico en estos asuntos. Ahora está en sus manos. Distribuya la información como le parezca, pero, por favor, sea precavida.

—¿Puedo llamar al señor O'Brien para que venga a reunirse con nosotros?

—Yo no lo haría.

—¿Por qué no?

—Casi todos los de esa época y profesión somos automáticamente sospechosos. Incluyéndome a mí mismo, por supuesto.

Katherine se puso de pie y miró por la ventana del piso cuarenta y cuatro de su oficina. Cruzando la Quinta Avenida se alzaba la complicada arquitectura de la catedral de St. Patrick, con su planta de cruz latina. En el café de abajo, las mesas estaban vacías. Era una inusual tarde nublada de mayo, un día lleno de humedad y sombras grises.

El coronel Carbury también se puso de pie y siguió la mirada de la joven.

—Este panorama ha cambiado considerablemente desde la época en que aquí estaban las oficinas de la Coordinación de Seguridad británicas. La última vez que estuve ante esta misma ventana fue en 1945. Sin embargo, todavía están los edificios más altos, el Waldorf, Saks, St. Patrick, el Regis y me parece que de nuevo estoy en 1945 y me veo allí abajo, un joven que cruza la avenida...

Se apartó de la ventana.

—Me vuelvo a ver en esta oficina con mis socios estadounidenses: el general Donovan, Clare Boothe Luce, y su jefe, Patrick O'Brien, que nunca llegaba a una reunión sin unas botellas para liberar el espíritu. Al principio era vino de Argelia, luego un Corvo de Sicilia y por último champán... Conocí a su padre aquí, un domingo. Una niña pequeña estaba con él, pero creo que era su hermana Ann. Usted

debía de ser muy pequeña.

—Sí, sería mi hermana —respondió Katherine.

Carbury asintió. Su mirada pasó por una pared de la que colgaban fotografías antiguas en blanco y negro.

—Qué bravos y puros éramos. Qué guerra ésa. Qué tiempo aquél. —La miró de reojo—. Quizá fue, señorita Kimberly, el único momento de la historia en que los mejores y más brillantes estaban en el gobierno, unidos por un propósito sin distinciones de clase o de política... o eso era lo que pensábamos.

Katherine escuchó los recuerdos de Carbury, sabiendo que no se desviaba de su meta, sino que simplemente tomaba el camino más largo para llegar.

Carbury la miró directamente a los ojos.

—El pasado regresa para atraparnos porque es un pasado imperfecto, una base incierta sobre la que construimos demasiado.

Katherine se alejó de la ventana.

—¿Tiene el diario de mi padre?

El coronel Carbury caminó hasta el centro de la habitación.

—No lo tengo conmigo. Por ahora sólo he traído la carta. —Hizo un gesto hacia las tres hojas de papel color crema que estaban sobre el escritorio de Katherine. Sus ojos se encontraron con los de ella y pareció apreciar su cautela. Habló suavemente —: No es pura casualidad que la firma de O'Brien, Kimberly y Rose ocupe las mismas oficinas que mi gente usó durante la guerra. Creo que Patrick O'Brien decidió instalarse aquí. Nostalgia, continuidad... karma si usted lo prefiere. —Sonrió—. Pasé un tiempo en la India.

De repente, Carbury pareció cansado y volvió a sentarse en la silla, junto al escritorio.

—¿Le molesta? —Encendió un cigarrillo y observó el humo—. Es difícil explicar a alguien tan joven lo maravilloso que resultaba este edificio en 1940. Diseño futurista, aire acondicionado, ascensores veloces, restaurante con buena comida. Nosotros los ingleses nos tratábamos bien, eso puedo decírselo. Pero en realidad no era muy divertido, porque todos estábamos dolorosamente informados de lo que pasaba en nuestra isla.

—Creo que puedo valorar lo que me dice.

Carbury asintió distraído.

—Sin embargo, sabíamos que nuestra misión en Estados Unidos era la contribución más importante al esfuerzo de guerra. Vinimos a Nueva York unas mil personas, para pelear en una clase diferente de guerra. —Miró a su alrededor en la gran oficina como tratando de recordar la de entonces—. En realidad, para hacer entrar a Estados Unidos en la guerra. Para conseguir dinero y armas, recopilar información para cabildeos, peticiones y súplicas... íbamos por mal camino. Algunos nos llamaban los guerreros del *whisky*. Y supongo que debíamos de beber un poco de más. —Se encogió de hombros.



—La historia ha registrado la aportación de ustedes —dijo Katherine.

—Sí, pero solamente desde hace poco. Yo viví lo suficiente como para verlo. La mayoría no. Ésa es la naturaleza del trabajo clandestino. —Apagó el cigarrillo—. Es una manera solitaria y frustrante de servir al propio país. ¿No le parece?

—Soy abogada. Mi hermana Ann es la que está en inteligencia.

—Sí, por supuesto. —Carbury quedó como suspendido en el espacio durante un rato y Katherine pudo darse cuenta de que debajo de un exterior correcto había un hombre consumido por la emoción.

—¿Cuándo podré ver el contenido de la caja? —preguntó Katherine.

—Esta noche.

—Esta noche tengo un compromiso.

—Sí, ya lo sé. El Arsenal del Séptimo Regimiento. Mesa catorce. Yo estoy en la treinta y uno con mis compatriotas.

Katherine asintió.

—Allí arreglaré con usted los detalles para entregársela.

—¿Dónde va a hospedarse, coronel?

—En mi antiguo hotel... El Ritz-Carlton.

—El Ritz-Carlton fue demolido.

—¿Ah, sí? —Se puso de pie—. Tendré que encontrar otro lugar. —Tendió la mano y ella se la estrechó. Luego dijo—: Leí el diario, por supuesto, y esto es muy serio. Esta noche discutiremos la forma de proceder.

—Muchas gracias por haber venido.

—Fue un placer. Usted es tan hermosa como su madre —hizo un gesto hacia un retrato de la pared—, y sospecho que tan inteligente como su padre. Muchas gracias por la bebida y perdóneme otra vez por no haber llamado para concretar una cita. Vine directamente desde el aeropuerto.

Mientras caminaba hasta la puerta, Katherine se preguntó qué habría hecho con el equipaje.

—¿Cómo puedo localizarle antes de esta noche?

—Me temo que no va a poder. Suena un poco paranoico, pero soy muy cauteloso.

—Yo soy igual.

—Bien. —Se volvió para acercarse una vez más a la ventana y mirar hacia abajo. Habló con calma, casi como para sí mismo—. Las cosas no siempre son lo que parecen, pero hay una explicación lógica para todo. No siempre es una explicación tranquilizadora, pero siempre es lógica. Debemos recordar eso en los días venideros.

Katherine abrió la puerta y Carbury se aproximó.

—Por favor, ahora considere que usted está trabajando. Seguridad, discreción y extrema precaución personal.

—Si usted es quien dice ser y la carta es lo que aparenta, entonces, gracias, coronel. Si usted no es quien parece, entonces es usted el que debe tener mucho

cuidado —respondió Katherine.

—Buenos días —saludó sonriente Carbury, y se marchó.

Katherine volvió a su escritorio y apretó el intercomunicador.

—¿Señor Abrams, podría venir? De inmediato, por favor.

Dobló la carta de Wingate y la deslizó en el bolsillo de su *blazer* de lana.

Tony Abrams abrió la puerta de la oficina que daba a la biblioteca. Katherine lo miró en el vano de la puerta con las brillantes luces de la biblioteca a sus espaldas. Era un hombre alto, de piel morena, cabello negro y ojos negros hundidos. No le gustaba vestir el traje típico de los abogados. Parecía que solamente tenía trajes oscuros y camisas blancas, todos notoriamente parecidos. Las corbatas —y tenía una gran cantidad— eran siempre de colores, como para evitar que lo confundieran con un empleado de una funeraria. Sus movimientos eran lentos y ágiles y su temperamento era taciturno. No habían cambiado más de una docena de palabras desde que se conocieron, pero de alguna manera tenían una buena relación.

Katherine hizo un gesto hacia la puerta.

—Un inglés llamado Carbury —tendió la tarjeta de Carbury— acaba de irse. Alto, delgado, bigote blanco, de unos setenta años. Debe de estar buscando su abrigo en la recepción. Por favor, sígalo y averigüe dónde se aloja. Luego me llama.

Abrams recibió la tarjeta y sin decir una palabra se marchó.

Katherine caminó lentamente hasta el aparador. Miró la foto enmarcada en plata: el mayor Henry Kimberly, vestido de uniforme, sin gorra, de manera que su cabello claro le caía sobre la frente con aire juvenil. Era una instantánea sacada en el exterior, en tonos sepia. En el fondo se veía una pared de piedra que de pequeña ella imaginaba como un fuerte. En ese momento se preguntó si sería Brompton Hall.

Tomó la foto y la miró de cerca. Los ojos de su padre, como los de ella, eran grandes y muy claros. Recordó la única cosa bonita que su madre dijera sobre él: «Tiene ojos que resplandecen en una habitación».

Leyó la dedicatoria: «Para mi pequeña Kate. Te quiere, papá». Dejó la foto en su sitio. Tomó la botella de *whisky* y se sirvió un poco en un vaso con agua.

Llevó el vaso hasta la ventana y lo apretó contra su pecho. Miró hacia la ciudad y suspiró profundamente mientras sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas. El paisaje de la ciudad se disolvió en un borrón acuoso y se secó los ojos con el dorso de la mano. «Sí —pensó—, un día de grandes sombras grisáceas».

Tony Abrams cruzó la recepción y vio a Randolph Carbury que se aproximaba a los ascensores mientras se ponía un impermeable.

Abrams sacó su abrigo del guardarropa y se dirigió hasta el nivel de los ascensores. Apretó el botón y esperó; al abrirse las puertas entró junto con Carbury. Bajaron hasta la salida.

Siguió a Carbury por el gran vestíbulo y juntos se enfrentaron al aire frío y húmedo de la calle.

Abrams estableció una distancia de diez metros para seguir a Carbury por el costado de la pista de patinaje, luego por el paseo hasta la Quinta Avenida, en donde Carbury dobló hacia el norte.

Mientras caminaba, Abrams consideró que estaba siguiendo a un hombre al que no conocía con un propósito que no conseguía vislumbrar. A los cuarenta y tres años, se encontraba haciendo lo que había hecho a los treinta y tres como policía de la ciudad de Nueva York. Por lo menos entonces sabía los porqués y los motivos de sus tareas. En ese momento, conocía muy poco de las obligaciones que debía cumplir para la firma O'Brien, Kimberly y Rose. Como aceptar ir a la propiedad de los soviéticos el lunes, Día de los Caídos por la Patria. Pero Patrick O'Brien le había asegurado que le informarían de todo antes de ir. Sospechaba que la idea que tenía O'Brien de una información completa no debía coincidir con la suya propia.

Carbury se detuvo, ostensiblemente para mirar lo que le rodeaba. El instinto de Abrams le dijo que ese hombre era un profesional, hecho que Katherine Kimberly había omitido.

Abrams se detuvo y miró un escaparate de una librería mientras Carbury esperaba el cambio de luces. Siempre que seguía a alguien, Abrams recordaba el sabio consejo de su madre: «Busca un trabajo que no sea en la calle». En Bensonhurst, el sector de Brooklyn donde había crecido, el mundo estaba dividido con nitidez en trabajos en un lugar y trabajos en la calle. Los trabajos en el exterior significaban pulmonía, golpes de calor e innumerables accidentes. Los trabajos de interior con chaqueta y corbata y toda su variedad, eran seguros. Sin hacer caso, había entrado en la policía. Un poco de interior, un poco en la calle, alguna vez una corbata. Su madre no estaba del todo contenta, pero decía a sus amigas: «Es detective. Un trabajo de oficina. Usa traje».

Se había licenciado con el número uno en la facultad John Jay de Justicia Criminal. Luego ingresó en la facultad de Derecho Fordham. Fue entonces cuando tuvo ocasión de ver la firma de O'Brien en acción. Había estado observando un caso de fraude de mercaderías para una clase de derecho y parecía que el acusado tenía más abogados que las páginas del dictamen del fiscal. El ayudante del fiscal estaba

mareado, en realidad intimidado. Abrams se sintió impresionado, como policía y como estudiante de derecho, y unas pocas semanas más tarde se presentó y consiguió un trabajo como pasante en el estudio de O'Brien, por unas horas al día. Luego, un año después, Patrick O'Brien le ofreció un puesto estable y el pago de sus estudios. En esa época, parecía que buscaban un detective, alguien con conocimientos del trabajo y sin la traba de pertenecer a la policía, pero después de la conversación del Día del Trabajo con O'Brien, ya no estaba seguro de para qué le querían.

Randolph Carbury cruzó la calle y se detuvo nuevamente para observar cómo jugaban a las cartas en la calle. Abrams sospechó que Carbury estaba tratando de determinar si alguien le seguía. Si era así, trataría de despistarle. En una situación de uno a uno, no iba a ser difícil. Abrams consideró la desgraciada perspectiva de tener que regresar ante Katherine Kimberly con las manos vacías. Pero también tuvo en cuenta que no estaba contento por la forma en que generalmente debía tratar de adivinar el sentido de las tareas que le encomendaban.

Había algo decididamente falso en la prestigiosa firma de O'Brien, Kimberly y Rose; Adams tenía una clave: como la firma del difunto general William Donovan, que estaba unos pocos pisos más abajo, la firma de O'Brien tenía conexiones con el servicio de inteligencia desde la Segunda Guerra Mundial. No sólo Patrick O'Brien era un exoficial de inteligencia, sino que también lo había sido Henry Kimberly. El difunto Jonathan Rose fue asistente de Allen Dulles en Berna durante la guerra y asistente de John Foster Dulles en el departamento de Estado durante el gobierno de Eisenhower. Abrams también había visto un buen número de hombres y mujeres del servicio de inteligencia que pasaban por la firma por asuntos legales. Si había algo irregular, estaba en sus conexiones y asociaciones. Esa noche, en la cena, sabría algo más.

Carbury continuó caminando hacia el norte. Abrams le siguió. Sus pensamientos volvieron a Katherine Kimberly. Era una mujer con sangre fría. Imaginaba que tomaba duchas frías en invierno y permanecía frente a una ventana abierta para secarse. La Reina Helada, era como la llamaba, aunque ciertamente no se lo decía.

Sin embargo, cuando le llamó a su despacho, casi le impresionó su aspecto. Tenía una palidez fantasmal, estaba muy perturbada y no hizo nada para ocultarlo. Todavía existía esa barrera de hielo entre ellos, pero era evidente que tenía fisuras y que parecía más humana y vulnerable, en esos pocos instantes, de lo que nunca supusiera.

Era evidente que su entrevista con Carbury le había provocado una emoción muy profunda. Carbury era inglés, un coronel de la Segunda Guerra Mundial. Su tarjeta decía retirado y no indicaba el arma, pero decididamente el hombre no era de intendencia. Más bien parecía pertenecer a inteligencia o a alguna clase de trabajo policial. Abrams, después de más de veinte años, podía ver los signos. Eso no explicaba lo que había provocado una transformación tan asombrosa en Katherine Kimberly, pero era una pista.

Pensó que debió haberle preguntado si se encontraba bien. Pero entonces quizá lo

trataría mal por haberlo notado, aunque se preguntaba por qué sentía eso.

Carbury pasó el Plaza Hotel y se encaminó hacia el oeste en el Central Park South y luego entró en el St. Moritz. Abrams esperó un minuto y luego entró en el vestíbulo del hotel.

Carbury estaba comprando un ejemplar del *Times*. Luego se acercó a la recepción, habló brevemente con el conserje y se dirigió a tomar el ascensor.

Abrams se detuvo ante los periódicos. El encabezamiento del *Times* decía: EL PRESIDENTE HABLA ESTA NOCHE EN LA CIUDAD. Un subtítulo anunciaba: SE DIRIGIRÁ AL SERVICIO DE INTELIGENCIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. El *Post* informaba simplemente: EL PRESI HABLA ESTA NOCHE A EX FANTASMAS. El *News* indicaba: ELEGANTE REUNIÓN PARA MUCHACHOS DE CAPA Y ESPADA. Lo que hizo recordar a Abrams que todavía no había retirado su esmoquin.

—Maldición —murmuró.

Anduvo por el vestíbulo y se aproximó al conserje.

—¿Tiene registrado a un coronel, un tal Randolph Carbury?

—Sí, señor. Habitación 1415.

Abrams se dirigió hacia las puertas de entrada. Resultó más fácil de lo que pensaba. ¿Demasiado fácil? Se volvió y caminó hasta la cabina telefónica.

—Coronel Carbury, habitación 1415.

Después de una pausa, el operador respondió.

—Lo lamento, señor. La habitación 1415 no está ocupada.

—¿Tiene registrado a Randolph Carbury?

—Un momento... No, señor, no hay nadie con ese nombre aquí.

El primer impulso de Abrams fue regresar hasta el mostrador del conserje y tener una charla con él, pero era mejor que Carbury creyera que lo había engañado.

Abrams salió y permaneció en la entrada. Se estaba haciendo tarde y comenzaba a incomodarse. Si Carbury estaba registrado en algún lugar de la ciudad bajo su propio nombre, Abrams podría descubrirlo en pocas horas. Katherine Kimberly abusaba de su tiempo y sus zapatos de cuero.

Cruzó Central Park South y entró en una cabina telefónica desde donde podía ver el St. Moritz. Comenzó a lloviznar.

Llamó a un amigo del distrito diecinueve y le dio la información, luego llamó a Katherine Kimberly.

—Estoy frente al St. Moritz...

—¿Está alojado allí?

—Eso es lo que quiere que yo crea.

—¿Quiere decir que sospecha que lo siguió?

—Estuvo tratando de despistarme, luego quiere decir que sabe que lo sigo, ¿no le parece?

—Pensé que usted era bueno para eso.

Abrams se tomó unos segundos para controlar el tono de su voz.

—Se suponía que debía decirme que el hombre es un profesional.

—Oh... perdone —hizo una pausa—. ¿Creerá que usted lo ha perdido?

—Quizá. Mire, no puedo seguirlo indefinidamente. Tengo que ocuparme de controlar los registros en otros hoteles. Voy a irme.

—No. Quédese con él. Quiero que vea si está a salvo en ese hotel o en el que esté.

—¿A salvo? Eso significa que alguien está tratando de hacer algo contra él. Tiene mucho que aprender sobre cómo dar informes.

—Lo lamento, no tuve tiempo. Me dejó con la impresión de que alguien desea hacerle daño.

Abrams miró al otro lado de la calle; luego recorrió el parque con la mirada. Sacó la 38 especial de la policía de su funda debajo del brazo y la deslizó en el bolsillo del abrigo.

—Probablemente crea que lo persigo para matarlo. Diablos, probablemente llame a la policía. Eso es todo lo que necesito, que me detengan por provocar disturbios.

—Nosotros le defenderemos. No habrá cargos.

Iba a contestar, pero en cambio rió.

Inesperadamente, Katherine también rió, una risa genuina, clara y casi infantil y le sorprendió.

—Tenga cuidado —le previno—. Quédese allí. ¿De acuerdo, señor Abrams?

Encendió un cigarrillo.

—De acuerdo, señorita Kimberly. Pero escuche, he decidido no ir a esa cena de esta noche.

—Tiene que ir —respondió bruscamente; luego suavizó el tono—. Me temo que es una obligación.

Abrams dio una chupada al cigarrillo y miró hacia el hotel a través de la lluvia.

—Mi traje de etiqueta está en la tintorería. No puedo ir a buscarlo mientras estoy aquí.

—Haré que lo recojan y se lo envíen.

—Bien. Me cambiaré en la cabina telefónica.

—Présteme atención. El coronel Carbury va a ir adonde vamos esta noche, así que también necesita cambiarse. Por lo tanto tendrá que ir a su hotel...

—También tendría que haberme dicho eso. Lo cambia todo.

—Ahora lo sabe. Así que quédese con él hasta entonces.

—¿Sabe que yo vivo en Brooklyn?

—Sí, y me gusta. Así que vaya a la casa que tenemos en el 184 de la calle Treinta y Seis Este, adonde le enviaré su traje. Puede vestirse allí, a menos que prefiera la cabina telefónica. ¿Cuál es su tintorería?

Vaciló y luego le dio el nombre de una casa de alquiler de ropa, maldiciéndola en silencio por hacerle revelar que no tenía un traje de etiqueta.

Le hizo repetir el nombre y la dirección y Abrams se preguntó si disfrutaría al hacerlo.

—Voy a llamar a la agencia Burke y tendrán dos detectives con un coche con radio listos para ayudarlo. ¿Podrán localizarle ahora?

—Lo harán si les dice que se den prisa. Desgraciadamente, Carbury está saliendo del hotel. Yo llamaré más tarde a la agencia Burke.

—Llámeme a mí también. Estaré aquí hasta las cinco y cuarto. Luego estaré en el hotel Lombardy. Pregunte por la *suite* de Thorpe.

Colgó y cruzó la calle. Carbury se encaminaba hacia el sur por la Sexta Avenida. Eran las cinco pasadas, la peor hora para el tránsito. Las luces de los escaparates iluminaban la acera y Carbury era apenas visible mientras cruzaba la calle Cincuenta y Ocho.

Abrams se apresuró para alcanzarlo. La conversación telefónica, de alguna manera, le quitó el malhumor. Estaba otra vez interesado. El hotel Lombardy no era exactamente un hotel. Cada *suite* era de alguien que pagaba más por ella que lo que costaría comprar toda una manzana en su antiguo barrio de Brooklyn. «Viajas por los círculos adecuados, Reina Helada». La *suite* de Thorpe. Peter Thorpe, una vez se lo presentaron en la oficina. También anotó eso, aunque no era asunto suyo.

Carbury tomó bruscamente por la calle Cincuenta y Cuatro. Abrams lo siguió. Carbury caminaba ligero al costado de la larga pared del museo de Arte Moderno. Abrams se mantuvo detrás y en la acera opuesta. Más adelante, en la intersección con la Quinta Avenida, vio a Carbury cruzar hacia su acera, mirar para ambos lados y luego subir los escalones de un antiguo edificio de piedra. El club University.

Abrams esperó quince minutos; luego entró en una cabina telefónica. Llamó a su contacto en el distrito diecinueve.

—¿Phil, qué has conseguido?

—Tu hombre llegó al Kennedy hace dos días. Dio la dirección del St. Moritz pero no está registrado allí. Va a llevar tiempo llamar a cada hotel de la ciudad. Además, pudo usar otro nombre o alojarse en un apartamento, en un club privado o un lugar que no lleve registros. Si es urgente...

—No; gracias, Phil.

—Me debes una. Quiero que sigas a mi mujer.

—Ella me pidió que te siguiera a ti.

El hombre rió.

—¿Cómo te trata la vida, Abrams? ¿Ya has conseguido el título?

—Todavía no.

—¿De qué se trata esto?

—Nada criminal. —Abrams mantuvo la vista en la puerta del edificio en donde entró Carbury—. Algo matrimonial... una estupidez.

—Bueno, atrapa al tipo con los pantalones bajos y apriétale las pelotas. ¿Quizá cruza el Atlántico en estos días por un trasero? Dios, yo no cruzaría por eso ni la calle.

—Seguro que lo harías.

—¿Por qué no vienes ya por aquí?

—Te invitaré a tomar algo.

—Esta noche no. El presidente va a estar en el Arsenal del Séptimo. El Servicio Secreto y el FBI andarán por el maldito lugar. A mí me mandan al techo. Diablos, tengo que irme.

—Bueno. Mira, no te molestes con las llamadas. Creo que lo tengo.

Abrams colgó y llamó a Katherine Kimberly. La secretaria le dijo que no estaba, pero que esperaba que la llamara más tarde al Lombardy. Llamó a la agencia de detectives Burke y les pidió que le enviaran un coche a la esquina nordeste de la Cincuenta y Cuatro y la Quinta.

Abrams cruzó la Quinta Avenida y se detuvo en la esquina de la cita, desde donde tenía una buena vista del edificio. El trabajo había salido bien y se felicitaba por ello. Suponía que el policía montado que cumplía un castigo también debía felicitarse cuando hacía un buen trabajo limpiando la bosta de los establos.

Se apoyó contra un poste de la luz y se subió el cuello del abrigo. Se dio cuenta de que si Katherine Kimberly iba caminando al Lombardy debía pasar por donde él estaba. Por qué pensaba en eso, se preguntó.

A su alrededor, los vehículos iban y venían en la peor hora para el tráfico. Miró a través de las ventanas iluminadas del edificio del otro lado de la calle. «Alguien quiere hacerle daño». Un asunto muy peligroso. Carbury también debía pensar eso. Y sin embargo, nadie avisaba a la policía, lo cual era muy revelador.

Patrick O'Brien, Katherine Kimberly, trajes de etiqueta y casas particulares en la ciudad, rebaja en los impuestos y créditos e inversiones. Dinero, poder, estatus. Había descubierto que los abogados casi nunca tomaban demasiado en serio la ley. Casi no había ley en los libros, incluyendo el asesinato en primer grado, que no estuviera abierta a la interpretación. Comprendían la compleja sociedad en la que vivían y la manejaban desde cada punto de poder en la Tierra. El resto de la nación tenía que arreglárselas lo mejor que podía. Como una vez le dijo un capitán de la policía: «Un abogado sólo es un picapleitos, dos son un estudio jurídico, tres o más son un cuerpo legislativo».

El padre de Abrams, un gran partidario de la igualdad, solía instruirlo: «Todos somos peregrinos en la misma travesía». Es verdad, pensó Abrams, pero algunos peregrinos tienen mejores mapas.



Katherine Kimberly caminó por el corredor desierto del piso cuarenta y cuatro hasta el final donde una puerta de metal tenía un cartel en el que se leía ARCHIVO INACTIVO.

Apretó el timbre. Se corrió la mirilla y luego la puerta se abrió lentamente. Entró en una habitación débilmente iluminada y con olor a humedad.

El lugar estaba lleno de archivadores de roble de una clase que ya no se usaba. Al final de un pasillo, entre ellos, había una única ventana mugrienta, como suelen serlo las ventanas con barrotes de acero. La lluvia golpeaba contra ella; la habitación estaba demasiado calurosa. Katherine oyó que la puerta se cerraba detrás de ella y se volvió.

—Hola, señorita.

—Buenas tardes, Arnold. —Miró al anciano inglés, mientras sus ojos se acostumbraban a la escasa luz.

—Estaba haciendo té, señorita.

—Muy bien. —No aceptar té era entrar con el pie equivocado con Arnold, como había descubierto con anterioridad.

Arnold se ocupó de preparar el té en un juego de porcelana que había sobre una mesa.

—¿Conoce al coronel Randolph Carbury?

Arnold asintió. Enchufó el calentador eléctrico, en donde estaba la tetera. Miró las latas de colores de té Twining's.

—¿Cuál prefiere? Me queda un poco de Earl Grey.

—Bueno. ¿Hay una ficha de él?

—¿Del Earl? —Se rió de su propia broma—. Oh, Carbury. Sí, por supuesto. —Empujó una silla y la joven se sentó.

Observó cómo colocaba el té en la tetera de porcelana. No, pensó Katherine, no era casualidad que el estudio jurídico de O'Brien, Kimberly y Rose se mudara de Wall Street a ese edificio en el Rockefeller Center después de la guerra. La OSS, donde trabajó Patrick O'Brien durante la guerra, tenía sus oficinas en ese edificio. Y, como Carbury recordó con nostalgia, lo mismo sucedió con la Coordinación de Seguridad inglesa, que ocupó la *suite* que en ese momento pertenecía a la firma de O'Brien. Nostalgia, karma, quizá algo más.

Cuando los ingleses dejaron su lugar en el piso cuarenta y cuatro, retuvieron el uso de esa habitación. También dejaron una buena cantidad de fichas y personal para cuidarlas, incluyendo el archivero, sargento Arnold Brin, quien en ese momento era el único que quedaba. Esa habitación y el propio Arnold eran parte de los restos y

desechos de lo que una vez fue un imperio, dejados en tierra por la marea.

En una oportunidad, Katherine hizo notar a O'Brien lo costoso que era mantener ese servicio que podría haber terminado cuarenta años atrás. O'Brien le respondió:

—Fue un regalo que nos hicieron.

—¿Pero quién lo paga?

—Los monarcas tienen un discreto fondo dado por el Parlamento para fundaciones reales. Parte de ese dinero se utiliza en otro tipo de funciones.

—¿Para el servicio de inteligencia?

—Sí. —O'Brien sonrió—. Si deseas conocer un secreto, te diré que el Congreso, durante la Segunda Guerra Mundial, sentó un precedente parecido. Volaron diez millones de dólares en fondos no verificados para que los usara el general Donovan a su criterio. Algún día te lo contaré.

La cacerola de cobre silbó y Arnold echó el agua hirviendo en la tetera.

—¿Le gusta fuerte, no? Vamos a dejarle unos cinco minutos.

Katherine miró hacia el pasillo central de los archivos. De acuerdo con lo que decía O'Brien, el servicio de inteligencia inglés algunas veces visitaba el archivo. Pero la OSS del general Donovan, con quien se suponía se relacionaba el archivo, fue inesperadamente disuelta después de la guerra. Casi dos años más tarde, la OSS renació como CIA, pero al restablecerse la relación con los servicios de inteligencia británicos, la CIA al parecer pasó por alto ese servicio. Patrick O'Brien y sus amigos veteranos de la OSS no olvidaron sin embargo el legado inglés y lo heredaron, por omisión o porque fue planeado así. No estaba segura de cuál de los dos motivos era el real.

También sabía que muchas de las fichas de la OSS nunca pasaron a la CIA, sino que permanecían en ese edificio, algunos pisos más abajo.

Arnold puso las tazas y cucharas sobre la mesa.

—Ni azúcar ni crema —dijo, y sirvió el té.

—Muchas gracias.

Arnold desapareció entre los archivos y regresó al poco rato con una carpeta.

—Carbury, Randolph, mayor. El mismo hombre, un rango nuevo. —Encendió una polvorienta lámpara de lectura y luego sacó una pequeña fotografía de documento de identidad—. ¿Es éste el hombre?

Katherine contempló la vieja foto.

—No tengo forma de identificarlo. —¿Por qué, se preguntó, supone que puedo hacerlo, a menos que también suponga que me he encontrado con Carbury? Miró a Arnold, que pareció algo incómodo.

—Lo que quiero decir, señorita, es si ha visto alguna foto de él.

—No. —Comenzó a preguntarse si Carbury habría estado en esa habitación antes de encontrarse con ella. Pero incluso si hubiera sido así, no tenía nada de sospechoso. Podía tener acceso a los archivos, suponiendo que sus credenciales estuvieran en regla. Eso, de acuerdo con O'Brien, estaba estipulado en el legado.

Katherine recorrió las páginas de la delgada ficha. Básicamente era un legajo personal, muy informal, a diferencia de los gruesos legajos de los agentes fascistas que trabajaron en Estados Unidos. No había detalles de operaciones, pero sí números en código de referencias a las operaciones en las cuales Carbury había trabajado. Randolph Carbury parecía que no era un guerrero del *whisky*; estaba muy considerado y tenía muchas condecoraciones.

Luego miró un telegrama en clave de la Western Union con el texto decodificado escrito en lápiz. La firma le llamó la atención y leyó el texto fechado el 12 de febrero de 1945.

Al mayor R. Carbury:

Otra vez debo presionarle para más específicas referencias a la luz difundida por los Cazadores de la Luna. Este año se espera para el 16 de octubre, para ese tiempo, Marte estará en el ocaso, disminuirán las condiciones favorables que ahora se tienen para la caza. Se necesita rápidamente un martini.

CHURCHILL.

Katherine releyó el mensaje. Incluso puesto en limpio era obtuso, otra precaución frente a personas no autorizadas. Los Cazadores de la Luna supuso que era el nombre de la operación. Después de haber leído suficientes comunicaciones ambiguas de la época de la guerra, uno aprendía a interpretarlas. Volvió a mirar el arrugado telegrama. La «luz difundida», requerían un informe de situación. «Marte estará en el ocaso», la guerra debía terminar. «Disminuirán las condiciones favorables», las fuerzas en tiempo de guerra también terminarían, haciendo la caza más difícil o algo por el estilo.

«Se necesita rápidamente un martini». Katherine se pasó la mano por el cabello y pensó. El tema era la caza y todo concordaba hasta entonces. Caza y luna con una mitológica referencia a Marte. Cosecha Churchill.

Volvió a pensar en la carta de Wingate; el conocimiento de la carta que tenía el coronel Carbury estaba relacionado con *Matalobo*, la operación de inteligencia de Estados Unidos durante la guerra para detectar a un agente doble soviético muy bien colocado en la OSS. También era posible que Cazador de la Luna fuera el nombre clave de los ingleses para la operación norteamericana *Matalobo*.

Si eso era cierto, entonces la última línea se aclaraba. «Se necesitará rápidamente un martini» no era un grito de frustración espontáneo, que en cualquier caso el señor Churchill arreglaría con *whisky*. Era Churchill cambiando una metáfora basada en la palabra *Matalobo*. En el *slang* estadounidense, martini es una bala de plata. ¿Quién necesitaba con urgencia una bala de plata? El legendario hombre lobo.

Katherine dedujo eso del siguiente razonamiento: el más infame hombre lobo representado por Lon Chaney hijo, en los filmes clásicos del tiempo de la guerra, se

llamaba Lawrence Talbot. Y Talbot era el nombre en clave para el desconocido agente doble soviético que era el blanco de la llamada operación *Matalobo* o Cazador de la Luna. La joven sonrió.

Suponiendo que la última línea se tomara literalmente, Churchill estaba dando la orden de matar a Talbot, si podían encontrarlo. No arrestarlo ni llevarlo ante un tribunal, sino matarlo directamente, como se hace con una criatura salvaje. Y pensó que sabía por qué. No era por revancha. Era porque Talbot estaba en un puesto tan importante que si se sabía podría causar un daño irreparable en la confianza y la moral de la gente. También era porque los juicios a los agentes soviéticos no eran prudentes, ni política ni diplomáticamente, en esos días de la alianza con la Unión Soviética durante la guerra.

Katherine volvió a sentarse y bebió su té. Talbot nunca recibió esa bala de plata. Durante años después de la guerra rondó por los recuerdos y la memoria colectiva de la inteligencia estadounidense e inglesa; de vez en cuando su trabajo sangriento era descubierto: un asesinato en el fondo de un barranco. Luego silencio. Había teorías: había muerto de muerte natural, finalmente lo habían matado o quizá, simplemente, se había retirado. O una teoría más inquietante: había dejado de correr los normales riesgos de ser un agente doble y se había convertido en un agente dormido para poder continuar escalando posiciones en la carrera elegida por él. «Un hombre muy conocido que está cerca del presidente de ustedes». Un hombre que controlaba sus apetitos de traición hasta llegar a la posición en la cual pudiera saciar plenamente ese apetito. «Serio y peligroso». Volvió a prestar atención a la carpeta. Pasó rápidamente por los memorandos, telegramas y notas. Vio un largo memorando dirigido a Carbury, de William Stephenson, jefe de la Coordinación de Seguridad británica en Estados Unidos, el hombre conocido como *El Intrépido* y superior de Carbury durante la guerra. El memorando parecía pertinente e hizo una nota mental para leerlo más tarde.

Hojeó el resto de la carpeta y miró su reloj. Allí había más, mucho más y debería pasar varios días con ese material. Terminó su té y miró a Arnold por encima del borde de la taza. Estaba leyendo un viejo ejemplar del *Daily Mirror*. Cerró la carpeta.

—¿Conoce personalmente a Carbury?

Arnold dejó de lado el periódico.

—Los conocí a todos. Carbury destacó porque estaba más interesado en los rojos que en los nazis. Tenía una clase diferente de trabajo, si entiende lo que quiero decir.

—Guiñó un ojo como para acentuar sus palabras.

Katherine observó a Arnold en la tenue luz. El hombre era más que un vestigio, más que un anacronismo, era un espécimen aprisionado para siempre en el ámbar del archivo. Pese a sus cuarenta años en Estados Unidos, mantenía el acento y los modales que ella imaginaba eran los de un oficial británico durante los años de la guerra. En el pasado mencionó una esposa y un hijo que vivían en Nueva York, pero hacía tiempo que no los nombraba.

El hombre parecía relativamente simple y abierto en la superficie, pero tenía algo de complejo y furtivo. Y había momentos, pensó, en los que revelaba una presencia, una conducta y un refinamiento al hablar que eran más de un oficial que de un sargento. Recordó una frase dicha por un actor en una vieja película inglesa de espionaje: «Mi nombre es sargento Williams. Sargento no es mi rango. Williams no es mi nombre».

—¿Hay algo contra Carbury?

—Nada que yo sepa. —Su tono se volvió repentinamente cortante—. Una vez más, fuimos acompañados por un buen grupo de malditos traidores, ¿no? —Acercó el legajo y habló de cualquier cosa—. No los microfilmamos ni lo pasamos por el ordenador. Por lo menos mientras yo viva. ¿Sabe por qué? Bueno, señorita, hay una especie de sentimiento en los viejos legajos, pedazos de papel, notas escritas aquí y allá, entrelíneas y puntas dobladas, hasta manchas de café. Esa clase de cosas. Las hojas tienen su personalidad. Dicen cosas que no están escritas. Usted puede comprenderme, ¿no es cierto?

Katherine asintió.

—La sombra en algunas de esas páginas, por ejemplo, indica que hubo otra hoja adjunta durante muchos años y dejó su marca y ahora falta...

Arnold sacudió la cabeza con entusiasmo.

—Es exactamente así. Se dio cuenta de lo que quería decir.

Hubo un momento de silencio y Katherine comprendió que ya no sucedería nada más.

Arnold levantó la carpeta.

—¿Eso es todo, entonces?

—No. Wingate. Eleanor Wingate.

Arnold se concentró en el nombre.

—¿Brompton Hall? —dijo Katherine.

—Ah, sí, sí... *Lady Eleanor Wingate*, esposa... viuda del mayor Lesley Wingate. Brompton Hall... el alojamiento del Servicio de Inteligencia estadounidense... —Se puso de pie, llevó la carpeta entre la fila de archivos y regresó con otra que dejó sobre la mesa.

—¿Es posible que alguien saque algo de un legajo? —preguntó Katherine.

—Alguien tiene que autorizar eso.

—¿Quién?

Arnold se sentó y se sirvió más té.

—Bueno, es muy complejo, señorita, muy complejo. Verá, estos archivos no están en actividad, como sabe. Son solamente archivos históricos, mantenidos para el estudio y la investigación, como hace usted. Pero en ocasiones una parte de algo se vuelve interesante otra vez y se manda a Londres. Pero no es razón para que...

—Ya veo. ¿Y usted está seguro de que en realidad nadie puede robar algo de esos legajos?

—Oh, sería un mentiroso si dijera eso. Simplemente no hay posibilidad humana para evitarlo. Estoy solo y mis sentidos no son lo que eran.

Katherine abrió la carpeta marcada *Brompton Hall*. Tenía una breve descripción de la mansión y los terrenos, incluyendo la reproducción de una antigua lámina. Alguien había puesto una marca al lado de una frase que decía: «La torre sur tiene un interesante e inusual cuarto de documentos».

También había una corta biografía de los Wingate y un cable con el resultado del control de seguridad que mencionaba el buen carácter de sus compañeros. Katherine pensó que se parecía mucho a las cartas que se necesitan para entrar en un buen club de las afueras. Y de hecho, constató que había una lista de los clubes a los que perteneció el mayor Wingate.

El sistema inglés de revisar era, reflexionó, todavía bastante más quijotesco que el de la gente del Servicio de Inteligencia estadounidense. Levantó la mirada.

—Arnold, no es posible que un hombre sea miembro de Boodle y del Partido Comunista, ¿no?

—Ah, señorita —rió Arnold—. Ahora usted se está divirtiendo un poco con nosotros.

Katherine dio la vuelta a la página y encontró una lista escrita a máquina con los nombres de los oficiales de inteligencia estadounidenses alojados en Brompton Hall. Entre ellos algunos le resultaron familiares, encontró el de su padre. Había una anotación hecha a mano: *KIA5/?/45 REF Misión Alsos REF Cazador de la Luna*.

Había oído hablar de la misión Alsos, una coordinación de misiones inglesa y estadounidense para recuperar científicos atómicos alemanes. Cazador de la Luna, ahora estaba segura, era *Matalobo*. Cerró la carpeta y miró a Arnold.

—¿Tiene algo sobre Alsos o Cazador de la Luna?

—Ya no, señorita. Hace mucho que pasó.

—¿Dónde puedo encontrar información sobre esos temas?

Arnold miró a su alrededor como si tratara de recordar si tenía algo.

—No lo sé. Sospecho que en Moscú.

Katherine estudió el rostro de Arnold, pero no pudo decidir si le estaba haciendo una broma. Se puso de pie.

—¿Podrá estar aquí mañana y el domingo?

Arnold también se puso de pie.

—Si usted lo necesita...

—Bueno.

—¿Qué va a necesitar, señorita?

—Todavía no lo sé. Una cosa parece llevar a la otra, ¿no es verdad?

—Siempre pasa así en los archivos, señorita. Puede leer una ficha docenas de veces y no significa nada. Estas fichas han sido leídas miles de veces. Pero luego, un mes más tarde, usted lee otra ficha o alguien dice algo inocentemente y —levantó las manos y juntó los dedos—, todo concuerda.

Lo miró durante un minuto, pero no dijo nada.

Arnold levantó su taza y miró pensativo el líquido oscuro. Habló como si pensara en voz alta.

—Es la secuencia de los hechos más que otra cosa. En especial las fechas. Mire siempre las fechas. Un hombre no puede estar en dos lugares al mismo tiempo, ¿no? Y los antecedentes. Ponga mucha atención a los antecedentes. Me refiero a la juventud. Una persona se revela temprano. La gente parece tener conversiones de una clase de política a la otra, pero eso es un poco una tontería, porque el niño es el padre del hombre, si se da cuenta de lo que quiero decirle.

Katherine se dirigió hacia la puerta.

—Usted entendió qué es lo que estoy buscando. Reúna lo que pueda.

Arnold se puso de pie y la siguió llevando un gran libro negro.

—¿Señorita?

Katherine se volvió y se enfrentó al libro abierto, un registro con tiras de papel cubriendo las firmas anteriores. Los dedos de Arnold estaban colocados para prevenir que un accidente dejara al descubierto las firmas. Se dio cuenta de que había dos curvas de la firma anterior que podían ser de Randolph Carbury. Firmó en la línea sin cometer el mismo error y agregó la fecha y la hora.

Arnold cerró el libro.

—Que pase una buena velada, señorita. Si se acuerda, tráigame la lista de invitados. Siempre disfruto leyendo viejos nombres.

Sacó el seguro y abrió la puerta.

—Las listas son más cortas cada año. Eso es un poco triste. Los héroes no deberían morir de muerte natural, ¿no le parece? En hospitales y cosas así. Hay enfermeras y médicos, y nadie sabe que está viendo morir a un héroe.

Parpadeó ante la brillante luz del corredor y Katherine se dio cuenta por primera vez de lo increíblemente viejo que era. Arnold parecía perdido en sus pensamientos; luego dijo suavemente:

—Pero no todos eran héroes, ¿no es verdad? Había un buen número de traidores que murieron de muerte natural y obtuvieron una buena necrológica en el *Times*, funeral militar y todo lo demás. Esos hombres y mujeres deberían haber terminado sus vidas en la horca cuarenta años atrás. —Se frotó el escaso cabello—. No hay reglas que limiten la traición, ¿no es verdad?

Katherine se dio cuenta de que la pregunta era retórica.

—Le veré mañana. —Se volvió y caminó por el corredor. Después de lo que pareció un largo rato, oyó que la puerta se cerraba. Las frases crípticas, las metáforas y la filosofía de la vida que Arnold musitaba, resultaban a veces un poco pesadas. Pero no estaba del todo equivocado.

Se dijo a sí misma que estaba más preocupada por un actual acto de traición que por algo sucedido cuarenta años atrás. Además, por lo que O'Brien le dijo a Talbot, se sabía que éste envió a muchos agentes a la muerte. Uno de ellos pudo ser su padre.

Llegó hasta una puerta sin rótulo, la entrada trasera de la *suite* de Patrick O'Brien, que daba directamente a su despacho privado. Se detuvo y levantó la mano para golpear, pero vaciló. «Seguridad, discreción y extrema cautela personal... Todos los de esa época son sospechosos... Distribuya la información como le parezca más conveniente. Pero sea cautelosa». Se volvió y continuó su camino.

La semilla de la desconfianza, plantada incluso antes de que ella naciera, había crecido y dado a luz el fruto de la sospecha y el fruto había caído maduro a la tierra y vuelto a ser semilla una y otra vez.

Se detuvo abruptamente.

—¡No, maldita sea! —volvió sobre sus pasos, golpeó en la puerta de O'Brien y entró.



Tony Abrams permaneció en la entrada de la tienda Gucci en la esquina de la Cincuenta y Cuatro y observó cómo Katherine Kimberly se abría paso entre la multitud de la Quinta Avenida, llevando la cartera y el portafolios en una mano y el paraguas en la otra. Caminaba con paso decidido. Tenía un estilo regio y arrogante, pensó Abrams. No lo vio, seguramente no veía a nadie. Al pasar por la entrada donde se había refugiado la llamó.

—Señorita Kimberly.

Se volvió y tardó un segundo en reconocerlo.

—Oh, señor Abrams —frunció las cejas—. ¿Dónde está Carbury?

Abrams hizo un gesto señalando el edificio del otro lado de la calle.

Katherine miró en esa dirección y vio la mansión de granito.

—El club University.

—Creo que tiene instalaciones para pasar la noche.

—Sí, las tiene. —Miró nuevamente a Abrams. La lluvia brillaba en su pelo negro y le caía por la cara. Se acercó más y levantó el paraguas para proteger a ambos—. ¿Están aquí los detectives privados?

—Están observando las dos únicas puertas —respondió—. Carbury está a salvo adentro. Lo seguirán hasta el Arsenal.

—¿Por qué está aquí todavía?

—¿Dónde debería estar?

—En la calle Treinta y Seis, vistiéndose para la comida. Todavía es temprano y ya que está aquí... ¿por qué no echa una mirada al club y ve qué puede descubrir?

Abrams puso una expresión que esperaba transmitiera disgusto.

—No tiene que hacerlo... Probablemente esté cansado y empapado...

—¿Por qué piensa eso?

—Bueno, haga lo que le parezca mejor.

Su voz, pensó Abrams, era tan fría como el tiempo. Siempre era más amistosa por teléfono.

—No creo que parezca un titulado universitario, con dinero y relaciones.

—Simúlelo.

Abrams no contestó.

—O use el camino directo y muestre sus credenciales.

—Prefiero ser un poco cauteloso con las credenciales.

—Comprendo. Pero ya sabe que si algo sale mal, nosotros nos haremos cargo.

—Como usted diga. Voy a pensarlo.

—Bien. —Se alejó un paso—. Oh, señor Abrams, Carbury tiene algo importante

para entregar esta noche. Otra gente puede querer lo que él tiene.

—Magnífico.

—Llámeme antes de las siete y media si pasa algo. Le veré a las ocho, señor Abrams.

La observó alejarse. Luego se volvió, cruzó la calle y entró en el vestíbulo con columnas de mármol del club University. En la enorme recepción de altos techos pudo ver a varios hombres sentados en sillones de cuero, con los rostros ocultos por el *Wall Street Journal*. En la parte de atrás, al lado de la chimenea, Carbury estaba sentado leyendo el *Times* de Londres.

Abrams caminó por un pasillo en el rincón más alejado, que conducía hasta los ascensores. En un gabinete, un grupo de hombres permanecía de pie observando silenciosamente el precio de las cotizaciones, con aspecto muy juicioso, pensó Abrams. Pero de vez en cuando podía notarse un movimiento de los ojos o los nudillos de una mano que se ponían blancos al apretar el asa del portafolios. Se imaginó que así debieron ser los hombres de 1929 excepto que subían por los ascensores para bajar arrojándose por las ventanas.

Investigó el lugar y notó una escalera y el olor a cloro de una piscina en el sótano. Otros escalones conducían al bar y al comedor. Había averiguado que el edificio tenía siete pisos, cada uno de los cuales cumplía una función, como biblioteca, juego de pelota o salón de billar. La mayoría de los pisos eran habitaciones para huéspedes y la única forma de acceso eran la escalera o los ascensores.

Un empleado del club se le aproximó.

—Disculpe, señor. ¿Puedo ayudarle?

—No. —Abrams regresó al vestíbulo. Sabía que debía irse antes de ponerse en evidencia, pero sin embargo decidió que quería llevarse algo con él, una buena información para entregarle más tarde a Katherine Kimberly, como un buen perdiguero deja una gran codorniz delante de su ama. Sonrió por la comparación.

—Señor, a menos que esté esperando a un socio, deberá marcharse. —La voz del empleado era insistente.

Abrams mostró sus credenciales.

—Necesito cierta información.

El hombre sacudió la cabeza.

—Tendrá que hablar con el encargado del club. Lo siento, agente, son las reglas.

Abrams agitó un billete de veinte dólares doblado entre los dedos.

El hombre vaciló, luego tomó el billete sin decir una palabra y le hizo un gesto para que lo siguiera. Abrams notó que tenía el nombre en una tarjeta.

—Adelante, Frank.

Pasaron por el corredor cercano a los ascensores y descendieron por las escaleras hacia la entrada de servicio.

Abrams habló mientras caminaban.

—Yo también solía pertenecer a un club. Los Diablos Rojos. Teníamos la casa en

el sótano de Bari Pork Store, en la avenida Dieciocho, Bensonhurst. En la ventana de ese negocio había un gigantesco cerdo con una corona dorada.

El hombre le indicó una puerta que daba al callejón.

—Buenas noches, agente.

Abrams encendió un cigarrillo.

—¿Eres italiano, Frank? Yo soy judío, pero me divertía mucho allí. De todas maneras, un día mi madre me vio dentro de una tienda en la que vendían cerdo. Se detuvo frente a la ventana donde estaba el gran cerdo y lloró.

El hombre casi sonrió y luego dijo:

—Mire, agente, tengo que regresar. ¿De qué se trata todo esto?

—En realidad, era un club muy exclusivo, como éste. No se permitían *femminas*, ni *melanzane*, ni Ricans. *Capisce*? Toleraban a los judíos y a los protestantes de la misma manera en que uno puede tolerar a unos pocos marcianos en un vecindario. Aprendí mucho en el sótano del negocio de cerdos, Frank. Aprendí la diferencia entre un canalla y un simulador.

El hombre sintió el peligro y miró para todos los lados del desierto corredor.

—Eh... ¿usted es policía?

Abrams sacó la 38 del bolsillo y apuntó al estómago del hombre.

—No.

El rostro del hombre palideció y luego jadeó:

—Eh... eh... —miró fijamente al cañón de la pistola—. Eh...

—Aprendí que cuando uno quiere algo razonable de un hombre, algo que no sea asunto de él y ese hombre se vuelve obstinado, entonces hay que acercarse directamente. Mírame a mí, Frank, no mires a la pistola. Eso es. Háblame sobre el coronel Randolph Carbury.

Frank asentía para demostrar que estaba de acuerdo.

—Seguro... seguro... se registró como Edwards... habitación 403... hace dos días... viene de Londres... se va el lunes... Eso es todo lo que sé. ¿Está bien?

—¿Visitantes? ¿Mujeres?

El hombre seguía moviendo la cabeza, pero contestó.

—No lo creo.

—¿Tiene algo en la caja de seguridad?

—¿En la caja de seguridad...? Oh, creo que... Sí, vi un portafolios que tiene su nombre en una tarjeta...

—¿Llamadas telefónicas?

—No lo sé... una de larga distancia... desde Londres.

—¿Se queda mucho tiempo? ¿Sale mucho?

—Creo que siempre está fuera... —el hombre sabía que hablaba con un profesional—. ¿Está bien?

—¿Qué dice de él el personal?

—Oh... es un tipo agradable. Tranquilo. Educado. No da problemas. A pesar de

que le gusta la bebida. ¿Está bien?

—Está bien. Vamos a su habitación.

—Eh... vamos... ¿qué es todo esto?

—Muévete.

Frank se volvió hacia el ascensor.

—No tengo la llave. Se lo juro por Dios.

—Claro que la tienes. —Abrams guardó el revólver en el bolsillo—. No te pases de listo, Frank, y todo saldrá bien. —Entraron en el ascensor, subieron al piso de la biblioteca y luego pasaron por una puerta hasta un pequeño corredor al que daban cinco puertas numeradas.

Frank encontró su llave maestra y se acercó a la puerta 403. Abrams le tocó el brazo y lo hizo a un lado. En la puerta colgaba el cartel de NO MOLESTAR y pudo oír la radio. Abrams tomó la llave, abrió la puerta y la empujó unos centímetros. La habitación estaba iluminada y tenía puesta la cadena de seguridad.

Frank susurró apurado:

—Está en la habitación.

Abrams golpeó la cadena que estaba sostenida con un pedazo de cinta.

—Un viejo truco, Frank. Cálmate. —Empujó al hombre para que entrara y cerró la puerta.

La habitación tenía sólidos muebles de caoba, aunque algo viejos.

—Quédate aquí —dijo Abrams. Realizó un rápido recorrido por el dormitorio, armarios, baño, sin esperar encontrar nada que un hombre como Carbury deseara esconder. El hecho de que se hubiera tomado el trabajo de hacer pensar que había alguien en la habitación, no significaba que ocultara algo. Solamente quería decir que trataba de desanimar a cualquiera que entrara en la habitación para esperarlo. Un procedimiento común, pero que indicaba que el hombre había tomado precauciones. Abrams se volvió a Frank—. ¿Alguna vez sacó el portafolios de la caja de seguridad?

—Que yo sepa, no.

Abrams miró el armario abierto. El esmoquin sugería que Carbury tenía intenciones de asistir esa noche a la cena.

Frank comenzaba a ponerse nervioso.

—Por favor... mire... si me pescan aquí, mi trabajo...

—Ahora estás preocupado por tu trabajo. Antes era por tu vida. Vuelve a preocuparte por tu vida.

—De acuerdo.

Abrams miró el reloj. Carbury podría pensar en darse una ducha.

—Bueno. Frank, vamos.

Dejaron la habitación y Abrams volvió a colocar la cadena de seguridad con la cinta. Frank cerró con llave y tomaron el ascensor hasta la planta baja.

Abrams se detuvo en la salida de servicio.

—Gracias, Frank. Escucha, ¿crees que esto podrá afectar la decisión del comité

para aceptarme como socio?

—No, señor —respondió Frank sonriendo valerosamente.

—Bien. Bien. No les digas nada sobre el sótano con el cerdo. ¿Entendido? O de mi entrada ilegal o que te amenacé con la pistola. *Capisce?* —Puso un dedo sobre los labios del hombre—. *Omertà*.

Frank asintió calurosamente y se alejó rápidamente hasta salir corriendo.

Abrams salió por la puerta de servicio y se encontró en una zona llena de contenedores de basura. Caminó por el oscuro callejón hasta el frente del edificio y pasó por el arco de piedra a la calle Cincuenta y Cuatro. La cruzó y se aproximó a un camión sin identificación. Un detective privado estaba sentado en el lugar del conductor.

—¿Alguna novedad? —preguntó Abrams.

El detective, un expolicía como Abrams, llamado Walter, entrecerró los ojos por la poca luz.

—No. Pero me parece que alguien quiere hacerle algo a ese Carbury. Eso puede ser peligroso.

Abrams encendió un cigarrillo.

—Puede llevar un portafolios. No le quite los ojos al portafolios.

—¿De qué se trata esto, Abrams?

—No lo sé. Pero esté preparado a hacer cualquier cosa para protegerlo a él y a lo que lleve. El estudio jurídico lo respalda.

—¡Hurra!

Abrams se alejó del camión y cruzó la Quinta Avenida, abriéndose paso entre los transeúntes. Se preguntó si se había sobrepasado en esa tarea. Pero le parecía que Katherine Kimberly estaba muy ansiosa y él había obrado de acuerdo con eso. Se dio cuenta de que él también estaba ansioso, no por Carbury, sino por la evaluación que Katherine Kimberly hiciera de su trabajo.

¿Pero qué diablos sabía ella de esa clase de trabajo? Se sentaba en su torre de marfil del piso cuarenta y cuatro y le daba tareas con tanta confianza en sí misma como su antiguo capitán... Nunca se le ocurría que debía confiar en él. Sin embargo, en lugar de sentirse resentido, aceptaba el juego de ella y la ayudaba, incluso protegiéndola algunas veces. Ése era un tipo de lealtad que había dado a muy pocos de los muy buenos jefes para los que trabajó.

Pensó que quizá estaba interesado en ella, pero sabía que eso no podía ser, porque nada sacaría de eso sino dolor. Y ningún hombre racional deseaba el dolor. Por otra parte, tenía curiosidad, no interés.

Después de un rato, levantó la mirada y se sorprendió al ver que había caminado casi veinte manzanas y se estaba aproximando a la calle en donde se hallaba la casa a la que iba. Caminó hasta una cabina telefónica, pensando mientras marcaba el número del Lombardy que nunca antes había sido huésped en una casa así y, por cierto, nunca le habían enviado un esmoquin a una de ellas. Recordó su frase favorita

de Thoreau: «Cuidate de todas las empresas que requieran ropas nuevas».

Katherine Kimberly entró en el vestíbulo del hotel Lombardy. El conserje, Maurice, se apresuró a darle la bienvenida.

—*Monsieur* Thorpe está en su piso, *madame*. —Maurice recibió su paraguas y la acompañó hasta el ascensor, abrió la puerta con una llave y la hizo pasar.

Mientras subía, reflexionó, no por primera vez, que ella no tenía una llave del ascensor o del apartamento. La explicación de Peter fue simple y casi directa, aunque extravagante, como era su costumbre: «Mi corazón es tuyo, mis posesiones son tuyas, pero la *suite* pertenece a mi padre y está alquilada al gobierno por un dólar al año, igual que mi padre. Sólo la gente de la CIA puede tener una llave».

El ascensor se detuvo en el piso veintidós que era el primero de los tres pisos del *penthouse*. Pasó al pequeño vestíbulo.

Una voz retumbó en el micrófono.

—¡Permanezca frente a la televisión y ponga las manos sobre su cabeza!

El rostro de Katherine mostró una mezcla de impaciencia y diversión.

—Abre la maldita puerta.

La puerta zumbó y Katherine la abrió penetrando en una gran antesala. Pasó a una gran sala de estar, cuyas paredes opuestas eran balcones que servían de corredores para las habitaciones del segundo piso. Los balcones se conectaban por un pasadizo que tenía el largo de la espaciosa habitación. Miró a su alrededor y dejó caer su cartera y el portafolios en el sofá; luego se quitó el impermeable. Por los altavoces del estéreo sonaba la música de la última película de James Bond. Katherine sonrió.

—¡Peter! ¡Idiota!

Se dirigió al bar, en donde una jarra con martinis le esperaba con dos copas heladas. Se sirvió una para ella. Los ventanales que daban a la terraza se abrieron súbitamente y dejaron entrar una ráfaga de aire frío.

Entre las cortinas apareció Peter Thorpe, vestido solamente con unos raídos *jeans*.

Contempló durante un momento su cuerpo musculoso que se recortaba contra las luces de los altos edificios de atrás.

—¿Estás loco?

Los ojos azules de Peter se entrecerraron con un brillo malévolo.

—Es un oficio muy sucio, señorita Kimberly. Si fueras una agente soviética, estarías muerta. —Cerró los ventanales y avanzó hacia ella—. ¿Ves esto? —Mostró un limón medio pelado—. Es una granada. ¡Agárrala! —Se la arrojó. Katherine la atrapó con una mano y se la devolvió.

El limón golpeó contra su pecho desnudo. La muchacha rió pese a su disgusto.

—¿Por qué estás bajo la lluvia medio desnudo?

—No quería mojar mi traje. —Sonrió y la abrazó.

—Eres muy extraño, Peter. Debe de ser el cabello rojo. —Le acarició el largo pelo mojado.

Peter le pasó las manos por debajo de la blusa.

—¿Tuviste un buen día?

—Un día interesante.

Se besaron y luego Peter escondió su cara en el cuello de Katherine.

—¿Tenemos tiempo para un baile ligero?

Katherine sonrió.

—No, pero haremos un hueco para uno lento.

—Bien. —Le besó el cuello y tomó la bandeja con la jarra de martini del aparador.

Katherine tomó su cartera y lo siguió por la escalera de caracol. Thorpe la miró por encima del hombro.

—¿Qué es lo que hizo interesante el día?

Iba a contestar y lo pensó mejor. Peter era muy curioso en lo que se refería a O'Brien, Kimberly y Rose.

—Mucha actividad para la reunión de esta noche. Llegaron un buen número de extranjeros y gente que no es de la ciudad.

—No hay nada más insoportable que los exespías —dijo Thorpe.

—Son gente interesante. Vas a disfrutar la velada.

—Quizá. Pero estoy un poco cansado de oír lo grandiosa que era la OSS y lo asquerosa que es la CIA.

—Nadie dice eso.

—Te está creciendo la nariz, Kate. —Sonrió—. A lo mejor soy muy sensible. Mi padre solía aburrirme durante horas con historias de cómo la OSS ganó la guerra.

Le tomó del brazo.

—Mi jefe es un antiguo OSS y recluta a docenas. —Se detuvo frente a la puerta de su dormitorio—. El comedor de Langley sirve ahora ciruelas y Geritol. —Rió.

—Hombres y mujeres experimentados pueden ser útiles. —Katherine abrió la puerta y Peter entró primero, dejando la bandeja sobre un mueble.

—No es la experiencia lo que me preocupa... algunos de esos viejos personajes de la OSS son muy extraños. Y con curiosos antecedentes...

Katherine lo miró.

—¿Y eso significa...?

—Ya sabes... riesgos de seguridad. —Bebió el martini—. Hay un grupo marginal en la OSS... no pasarían una investigación normal de seguridad hoy en día. Sin embargo, los traen de nuevo con criterios especiales... eso me molesta.

—Basta de hablar de negocios.

—De acuerdo. —Dejó el vaso y se sacó los *jeans* colgándolos de una silla.

Katherine comenzó a desvestirse.



Thorpe abrió la cama matrimonial y la observó colgar la ropa en su armario.

—Deberíamos casarnos.

Se volvió y sonrió.

—Tienes razón. ¿Pero quién nos querría?

Le devolvió la sonrisa y se acostó en la cama.

—Ven aquí. Quiero mostrarte mi nueva máquina decodificadora.

—La veo. ¿Funciona bien? —Se aproximó a la cama.

—Hay que encenderla.

—Tiene aspecto de haberse encendido sola.

Rió y se acostó en la cama a su lado.

Katherine oyó sonar insistentemente el teléfono desde algún lado, pero no le importó. Luego se hizo el silencio y otra vez volvió a sonar el teléfono. Sintió que el sueño la abandonaba y sus sentidos comenzaban a reaccionar mientras Peter se sentaba en la cama. La luz amarilla del teléfono guiñaba, indicando que no llamaban a su número privado.

—Una llamada del conmutador. Al diablo con eso.

—Puede ser para mí.

Peter la miró.

—Entonces contesta.

Katherine se apoyó en un codo y se estiró para alcanzar el aparato. La operadora dijo:

—El señor Abrams para la señorita Kimberly.

—Muy bien. —Se oyó un clic y luego habló—: Katherine Kimberly... —Tenía la voz ronca y se aclaró la garganta.

—¿Sí? —miró a su alrededor al enorme dormitorio. En la otra pared estaba la chimenea. Por el reloj de la repisa pudo ver que habían dormido casi una hora.

Abrams vaciló y luego dijo:

—Seguí su consejo y entré en el club.

—¿Está registrado allí?

—Sí. Pero no con su nombre. Está allí desde el miércoles... se va el lunes.

Katherine observó cómo Peter salía de la cama y comenzaba a hacer flexiones, al parecer desinteresado en la conversación. Pero lo conocía muy bien y sabía que estaba escuchando. Habló con tono calmado.

—Muy bien, dé instrucciones a los detectives para que no lo pierdan de vista hasta que llegue al Arsenal.

—Ya lo hice.

Tardó unos segundos para controlar su incomodidad.

—Por supuesto. Le veré entonces en el Arsenal.

—De acuerdo. —Y colgó.

Se sentó en la cama, con sus largas piernas desnudas cruzadas.

Thorpe terminó con sus flexiones.

—¿Quién era?

—Tony Abrams.

—Oh, el supersabueso. Le conocí. ¿Recuerdas?

—Fuiste grosero con él.

—¿Hice eso? —Siguió con sus ejercicios—. Me disculparé la próxima vez que lo vea.

—Bien. Eso será esta noche.

Thorpe se detuvo en medio de una flexión.

—Oh, diablos. ¿No le habrás invitado, Kate?

—¿Por qué no?

—Porque no encaja. Le harás sentirse incómodo.

No respondió.

Thorpe comenzó una serie de ejercicios con las piernas.

Katherine lo observó. Tenía algo de exhibicionista y también seguramente de *voyeur*. Peter, pensó, era pura energía animal, su presencia en una habitación le recordaba a un tigre enjaulado, gruñendo y clavando las uñas en un hueso, amenazador y potencialmente peligroso. Sin embargo, en otras ocasiones podía ser amable y encantador. Era un hombre complejo, intrigante. Pero los espías, como los actores, eran capaces de sufrir metamorfosis en sus personalidades. Había un Peter Thorpe que le gustaba y otro Peter Thorpe que no le gustaba. Pero, pensó, él... o ellos, nunca eran aburridos.

Corrió la sábana.

—¿Todavía eres miembro del club University?

Thorpe se sentó y sacudió la cabeza como si tratara de recordar.

—Lo era... hasta hace cuatro noches, el lunes, creo que tú estabas fuera de la ciudad...

—¿Ebriedad o desorden?

—No estoy seguro. Recuerdo que trataba de quitar algo de mi cara pero era el piso.

Sonrió y volvió a mirar el reloj.

—Tenemos que ponernos en marcha. —Comenzó a levantarse.

Thorpe se puso de pie y se dirigió hasta la cama. Puso las manos a los costados de ella y se inclinó.

—¿Qué sucede, Kate?

Se agachó, pasó por debajo de su brazo y salió de la cama.

—No es asunto tuyo.

—¿Puedo ayudar?

Kate se agachó ante la chimenea y prendió el gas. Llamas azules se curvaron sobre los leños de roca volcánica.

—Hay mucha luz aquí. ¿Por qué las luces son siempre tan brillantes?

—Para poder verte mejor, querida. —Se acercó a una pared y movió una llave. La habitación quedó a oscuras a excepción del brillo de la chimenea. Cambió la música del estéreo por una casete de Willie Nelson y luego sirvió dos martinis y se agachó al lado de ella frente al fuego. El fuego calentó sus cuerpos e iluminó los pechos de Katherine y sus mejillas. Por un rato, ninguno de los dos habló.

—¿Conoces al coronel Carbury? —preguntó Katherine.

Thorpe se volvió para mirarla.

—¿Carbury?

Lo miró a los ojos.

—¿Lo conoces?

—Bueno... muy poco. Es amigo de mi padre. Un inglés, ¿no?

Terminó su martini, se puso de pie y se dirigió a la cómoda. Sacó de su cartera la carta de Eleanor Wingate y regresó al lado del fuego. Le mostró la carta sin entregársela.

—Te la dejaré leer con la condición de que no la comentarás con nadie. Ni con tu gente ni siquiera con tu padre. Te darás cuenta del porqué si aceptas esa condición.

Peter tendió la mano y ella le alcanzó la carta. Thorpe desdobló las páginas y comenzó a leerlas a la luz del fuego. Bebió su martini, pero sus ojos no abandonaron la carta ni por un momento.

Levantó la mirada y le devolvió la carta.

—¿Dónde está el diario?

—Tiene que entregarlo —dijo suavemente—. ¿Qué piensas, Peter?

Thorpe se encogió de hombros mientras se ponía de pie. Encontró un paquete de cigarrillos en la repisa de la chimenea y sacó uno, manteniéndose de espaldas a Katherine mientras contestaba:

—Vale la pena seguir adelante.

Katherine se acercó y contempló su apuesto rostro. Pensó que estaba más agitado de lo que revelaban sus palabras.

—Pobre Kate. Esto debe de ser muy desagradable después de tantos años.

—Sí... como cosa personal, pero estoy más afligida por las otras implicaciones que tiene.

—¿Lo estás? Supongo que es normal. No conocías a tu padre.

Le colocó una mano en la mejilla y torció el rostro de Peter para poder verlo.

—¿Sabes algo sobre esto?

—No. Pero he entendido por tu conversación con Abrams que Carbury estará esta noche en la cena. ¿Es entonces cuando va a entregarte el diario?

—Sí. Vino esta tarde a mi despacho sin cita previa. Dijo que acababa de llegar en avión. Pero creo que está aquí desde el miércoles. De todos modos, hablamos y me entregó esta carta. Dijo que me daría el diario esta noche.

Thorpe asintió lentamente.

—Qué raro... me refiero a que Carbury ha venido a Nueva York para ver cómo mi padre recibe un premio y, por lo que yo sé, mi padre no está enterado.

—Puede saberlo. Vosotros no sois muy expresivos.

Thorpe pareció no haberla oído. Se sentó en el sofá y encendió el cigarrillo.

Su humor había cambiado notablemente. A Katherine le hubiera gustado creer que era preocupación por ella, pero ésa no era una característica de Peter Thorpe.

—Hiciste bien en hacerlo seguir.

Katherine aceptó el poco habitual cumplido sin una palabra.

—¿Piensas que esto es serio? ¿Cómo dice en la carta... grave y peligroso?

Thorpe se dirigió hasta la cómoda.

—Es muy posible. —Se sirvió otro martini—. Me gustaría ver el diario.

Katherine tomó su ropa del armario y se dirigió hasta la puerta.

—¿Llegaron mis cosas?

Thorpe asintió distraído.

—Sí... sí. Eva dejó todo en el cuarto de huéspedes.

Katherine se detuvo en la puerta.

—¿Dónde está ella?

—¿Quién?... Oh, Eva... —Se encogió de hombros—. En algún lugar. Salió.

Thorpe pareció irritado por su distracción.

—A propósito, no me gusta el vestido azul. Es muy frío.

—¿Quién te ha preguntado? —Salió al balcón que rodeaba el salón y dobló por el pasillo. Thorpe la siguió, llevando su copa. Katherine se detuvo y contempló la lluvia que caía suavemente por una ventana que Thorpe había hecho abrir recientemente.

—Qué vista. ¿Te gusta?

—Me fascina... no la vista, sino el hecho de que puedas hacer que tu padre gaste una fortuna en abrir una ventana en el piso veintitrés, en contra de las leyes de construcción y pasando por alto las objeciones de la comunidad. Eso es lo que me fascina, el hecho de que consigues lo que quieres, no importa lo que cueste a otra gente en tiempo, dinero o molestias.

—Me gusta esa vista. No lo hagas más grande de lo que es. Puedo ver Harlem desde aquí. Me pregunto qué hará esta noche la gente pobre. Probablemente lo mismo que nosotros.

—Eso es vulgar, insensible y cruel.

—Sí, así es... Sin embargo, me pregunto... —Tomó un sorbo de su martini.

—Algunas veces no tienes... no tienes corazón, Peter, ni conciencia social ni sentido de la propiedad ni...

—¡Basta! No vas a darme un sermón. Soy un egoísta y un esnob. Lo sé. Me gusta como soy.

Katherine se encogió de hombros y se encaminó a su habitación.

Thorpe la llamó.

—Escucha, voy a vestirme rápidamente y te dejaré aquí. Tengo que encontrarme

con una persona. Te veré en la cena.

Contestó sin volverse, pero su voz estaba teñida de desilusión y quizá de ira.

—No llegues tarde.

—No voy a retrasarme mucho. Tú sabes dónde está todo. Te dejo en libertad.

Katherine entró en el cuarto de huéspedes y cerró la puerta. Reflexionó que en ese apartamento no había nunca nada de ella de forma permanente. Otra mujer hubiera sospechado pero ése no era un apartamento en el sentido normal, era un refugio de la CIA y todo lo que sucedía allí debía apreciarse en ese contexto.

Los agentes en tránsito a veces dormían allí, como lo hacían hombres y mujeres cuya posición no era muy clara para ella. En una ocasión tuvieron que interrogar a un desertor en ese lugar y Katherine no pudo ir durante un mes.

Y aunque la decoración estaba pasada de moda, tenía refinamientos de alta tecnología como el sistema de seguridad y como ella sabía, un sistema completo de grabación. Se preguntó si tendrían cámaras. Arriba, en el tercer piso, había una gran instalación electrónica. Nunca había visto ese piso, pero había veces en que podía oír el ruido de las máquinas y sentir las vibraciones.

No le gustaba ese lugar. Pero allí era donde vivía Peter cuando estaba en Nueva York, que en esa época era la mayor parte del tiempo. Y, por el momento, deseaba estar en donde él estuviera.

Tony Abrams llegó a una casa vieja de ladrillos en la calle Treinta y Seis, en una manzana de elegantes residencias particulares. Para los neoyorquinos que hicieran una apreciación del valor de las propiedades en la ciudad, esa manzana de residencias privadas, situada en una parte de las tierras más valiosas de Estados Unidos, anunciaría: dinero. Colocadas en el barrio de Abrams en Brooklyn, esas angostas casas de piedra parecían monótonas. A diferencia de las residencias, cuyas puertas principales estaban en lo alto de una escalera para dar privacidad y permitir que la zona de servicio estuviera abajo, la puerta de esa casa quedaba al nivel de la calle. A cada lado de la puerta había una lámpara y a la izquierda una gran ventana con barrotes de hierro. Era una casa con más reminiscencias de las antiguas de Filadelfia o de Boston que de las de Nueva York.

Abrams espió a través de la ventana hacia una salita. En la chimenea brillaban unos leños; dos hombres y dos mujeres estaban sentados bebiendo. Los hombres llevaban pajarita; los identificó como George Van Dorn, socio mayoritario de O'Brien, Kimberly y Rose y Tom Grenville, que pronto sería socio. Las mujeres, con vestidos de noche, eran probablemente las esposas. Como vivían en urbanizaciones, usaban el alojamiento de la compañía para pasar una noche en la ciudad.

Levantó un llamador de bronce y lo dejó caer tres veces.

Una atractiva joven de unos veinticinco años, con mallas negras y jersey de cuello alto blanco abrió la puerta.

—¿Señor Abrams?

—El señor Abrams.

La joven sonrió.

—Por favor, entre. Está empapado. Mi nombre es Claudia.

Entró en el recibidor. Se dio cuenta de que la joven tenía acento. Centroeuropeo quizá. Le entregó el abrigo.

—¿Dónde está su sombrero?

—En el despacho de mi tío.

Pareció confundida.

—Sus ropas están arriba. ¿Ha estado antes aquí?

—En mi reencarnación anterior.

Claudia rió.

—La segunda puerta a la izquierda... Bueno, venga, le acompañaré. —Colgó el abrigo en una percha sobre un radiador e inició la marcha.

Pasaron por la sala y siguieron por un estrecho corredor de techo bajo. La joven abrió una puerta y lo hizo entrar en un cuarto muy pequeño amueblado con lo que

debía de ser verdadero Chippendale. Su traje de etiqueta estaba en una caja sobre una cama de cuatro pilares; la caja decía: «Murray Ropa de Etiqueta. Venta y Alquiler».

—Hay una bata sobre la cama —dijo Claudia—. El cuarto de baño está cruzando el vestíbulo y aquí, en el ropero, tiene todo lo necesario para el baño y para afeitarse. Cuando termine baje a tomar un cóctel con los Van Dorn y los Grenville. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

Abrams pensó que ella conocía bastante el idioma como para hacerle un chiste de doble sentido. Mientras la joven se echaba hacia atrás el rebelde cabello negro, Abrams la observó más detenidamente.

—¿La he visto en la oficina?

—Puede ser. Soy una clienta.

—¿De dónde es usted?

—¿De dónde? Oh, soy rumana. Ahora vivo aquí. En esta casa.

—¿Como invitada?

—No soy la amante de nadie, si es eso lo que quiere decir. Soy una refugiada política.

—Yo también. De Brooklyn.

Hubo unos instantes de silencio durante los cuales se observaron. Era, pensó Abrams, atracción sexual a primera vista. Se quitó la chaqueta y la corbata y las colgó en el ropero. Vaciló con los botones de la camisa, luego miró a Claudia quien lo contemplaba abiertamente. Se quitó la camisa y la arrojó sobre la cama. Su mano bajó a la hebilla del cinturón.

—¿Va a quedarse?

Sonrió y abandonó la habitación. Abrams terminó de desvestirse y se colocó la bata. Encontró el cuarto de baño, un lugar pequeño que podría haber sido un gran guardarropa. Se duchó y se afeitó, luego regresó a la habitación. Abrió la caja y comenzó a vestirse maldiciendo la camisa y el cuello duro. Murray había olvidado los zapatos y tendría que ponerse los suyos, que eran apenas aceptables. Se miró en el gran espejo mientras luchaba con la pajarita.

—Espero que los demás estén así.

Abrams bajó al salón. Tom Grenville, un buen mozo unos cinco años más joven que Abrams y mil veces más rico, dijo a su esposa:

—Joan, Tony está estudiando derecho.

George Van Dorn contestó la pregunta que las mujeres estaban pensando.

—El señor Abrams fue policía durante mucho tiempo.

Kitty Van Dorn se acomodó en su asiento.

—Eso suena muy interesante. ¿Cómo es que eligió esa carrera?

Abrams la observó. O era mucho más joven que su marido o se dedicaba a las vitaminas, ejercicios y cirugía plástica. Se preguntó cómo sería una mujer de mediana edad que todavía se llamaba Kitty.

—Siempre quise ser policía.

Joan Grenville, una atractiva rubia con pecas, preguntó:

—¿Dónde vive?

Abrams se sirvió un *whisky* y respondió:

—En Brooklyn. —Notó que la voz de Joan tenía algo de jadeante.

—Oh... entonces este lugar le conviene. A nosotros también. Vivimos en Scarsdale. Está más lejos que Brooklyn.

—¿Desde dónde?

Joan sonrió.

—Desde aquí. El centro del universo. Yo quiero volver a la ciudad, pero Tom no. —Miró a su marido, quien no le prestó atención.

Al mirar más detenidamente a Joan, Abrams observó que llevaba un sencillo vestido blanco de seda. Se había quitado los zapatos y no tenía las uñas pintadas ni mucho maquillaje en la cara. Salud y riqueza, pensó. Delgada y pulcra, linda y aniñada, quizá hasta inteligente.

Kitty Van Dorn agregó:

—Nosotros vivimos en Long Island. Glen Cove. George usa este lugar muy a menudo. ¿No es cierto, George?

Van Dorn gruñó; se acercó al aparador y habló mientras se servía un trago.

—Kimberly, Henry Kimberly padre, compró este lugar a principios de siglo. Pagó tres mil dólares por esto. Creo que se lo compró a un Hamilton o a un Stuyvesant... no me acuerdo a cuál. De todas maneras, Henry Kimberly, hijo, vivió aquí unos pocos años después de casado. Cuando estalló la guerra, llevó a su familia a Washington. Luego se fue al exterior y lo mataron. Una lástima. —Levantó el vaso—. Por Henry. —Bebió.

Abrams permaneció al lado de la chimenea y observó cómo bebía Van Dorn.

—Henry Kimberly fue oficial de la OSS, ¿no?

—En efecto —respondió Van Dorn y trató de reprimir un eructo—. Yo también. ¿Qué habitación tiene, Abrams?

—¿Habitación? Ah, segundo piso, la segunda a la izquierda.

—Ésa era la *nursery*, la habitación de Kate. Henry y yo solíamos ir a jugar con ella. Henry adoraba a esa chiquilla. Y a su hermana Ann, también. —Un aire de melancolía pasó por sus rudas facciones—. La guerra es una mierda.

Abrams asintió. La conversación se generalizó.

—Mi padre también era de la OSS —dijo Grenville—. Todo un grupo de hombres y mujeres de la firma fueron reclutados por Bill Donovan. Los que lo criticaban decían que la sigla OSS quería decir «Oh, Somos Sociales» —sonrió.

—¿Quiénes eran los críticos de Donovan? —preguntó Abrams.

—La mayoría de los izquierdistas y parásitos que colgaban de Roosevelt. Parásitos.

Hubo un largo silencio en la habitación, roto finalmente por Van Dorn, que se estaba sirviendo otro trago. Miró por encima del hombro a Abrams.



—Puede ser que encuentre muy interesante esta velada.

Kitty Van Dorn hizo un sonido que sugería que no opinaba lo mismo.

Tom Grenville revolvió su trago con el dedo.

—Usted es amigo de Kate, ¿verdad? Ella llamó para avisar que usted venía.

—Sí. —Abrams encendió un cigarrillo. La conversación tenía algo de irreal. Ninguno de esos hombres había cambiado palabra con él en la oficina; sin embargo, la actitud de los dos era levemente condescendiente, pero como si quisieran ser amistosos. Le recordaba la primera entrevista en el sótano del Bari Pork Store a donde lo habían arrastrado con el propósito de romperle la cara y había salido convertido en un Diablo Rojo.

Joan Grenville se levantó de su silla y se arrodilló en la alfombra, a un paso de donde él estaba. Tomó un atizador y removió el fuego, luego volvió la cabeza y lo miró.

—¿Va a quedarse esta noche aquí, señor Abrams?

—Tony. —Miró hacia abajo y vio la blanca curva de sus senos y las puntas rosadas—. No lo sé, señora Grenville. ¿Y usted?

Asintió.

—Por favor, llámeme Joan.

Abrams se volvió, evitando los ojos de Tom Grenville y se acercó al aparador aunque no deseaba otra copa.

—¿Alguien necesita algo?

Nadie respondió.

—Será bienvenido si decide quedarse —dijo Van Dorn.

—Nadie viaja en metro a Brooklyn tan tarde —agregó Kitty Van Dorn.

—Claro —replicó Abrams—. Pero podría tomar un taxi.

Otra vez se hizo un silencio. Abrams no sabía si era divertido o embarazoso, si era la democracia en acción o un acto de *noblesse oblige*. Lo estaban intentando, pero a él le dolía un poco la cabeza.

George Van Dorn tomó su cigarro del cenicero y lo encendió.

—¿Claudia le dio todo lo que necesitaba, Abrams?

—Sí, muchas gracias.

—Bien. —Exhaló una nube de humo gris—. Ella es una clienta, ¿sabe? No es una empleada o algo parecido.

—Es lo que me dijo.

—¿Lo hizo? —Se ubicó en un sillón—. Su abuelo era el conde Lepescu, un líder de la resistencia rumana durante la ocupación alemana. Supongo que eso la convierte en condesa o algo parecido. Va a quedarse un tiempo aquí.

Abrams lanzó una mirada a Joan Grenville, sentada con las piernas cruzadas contemplando el fuego.

—Los rojos lo atraparon —continuó Van Dorn.

Abrams lo miró.

—¿A quién...?

—Al conde Lepescu, el abuelo de Claudia. No les gustan los títulos. Lo mataron. Llevaron a la familia a una especie de campo de concentración. La mayoría murió. Un buen premio por pelear contra los nazis. La guerra es una mierda. ¿Ya dije eso?

—George —lo retó Kitty Van Dorn—, por favor, cuida tu lenguaje.

—Los soviéticos también son una mierda. Fusilan gente. —Terminó su bebida—. Después de la muerte de Stalin, lo que quedaba de los Lepescu fue puesto en libertad. El padre de Claudia entró en una fábrica. Se casó con una muchacha que trabajaba allí y dio a luz una hija: Claudia. Volvieron a arrestar al padre y desapareció. La madre murió hace pocos años. Tratamos de conseguir que Claudia saliera de allí durante bastante tiempo.

—¿Quiénes trataron?

—Nosotros. Por último pudimos traerla el otoño pasado. Ahora estamos tratando de conseguirle la ciudadanía.

—¿Por qué?

Van Dorn miró a Abrams.

—¿Por qué? Lo debíamos. Pagamos.

—¿Quién debía?

—O'Brien, Kimberly y Rose.

—Pensé que se refería al antiguo servicio de inteligencia de ustedes.

Nadie habló. Tom Grenville se acercó a la ventana.

—El coche está afuera. Sería conveniente que nos pongamos en movimiento.

Van Dorn contempló su reloj.

—¿Dónde diablos está Claudia? Esa chica tarda años en vestirse.

Abrams dejó su copa sobre la repisa.

—¿Ella viene?

—Sí —contestó Grenville—. ¿En qué mesa está usted?

—Creo que en la mesa catorce.

Tom Grenville levantó las cejas.

—En esa mesa están O'Brien y Katherine.

—¿Sí?

Van Dorn tiró la ceniza de su cigarro en el vaso.

—Ésa es también mi mesa. La firma ha tomado once mesas este año. Solíamos tener veinte o treinta... —Apagó el cigarro—. Una de ustedes, señoras, deberá decirle a su alteza que se dé prisa.

Claudia apareció con un vestido de noche de seda negra con zapatos y cartera plateados.

—Su alteza está lista. La camarera de su alteza está de huelga. Su alteza se disculpa.

—Estás elegantísima —dijo Kitty Van Dorn.

Abrams pensó que hubiera podido apostar su sueldo a que alguien diría eso.

Claudia miró a Abrams.

—¿Viene con nosotros?

Abrams asintió.

—Si hay sitio...

—Hay sitio para todos. Vamos —dijo Van Dorn.

Se colocaron los abrigos y salieron a la noche fría y lluviosa. Un Cadillac los esperaba y un chófer con uniforme gris les abrió la puerta. Abrams subió el último y se instaló en un asiento portátil.

George Van Dorn encontró rápidamente el bar y comenzó a servirse.

—Estas cosas parecen tener mejor gusto en vehículos en movimiento, barcos, aviones, coches...

Kitty Van Dorn lo miró con preocupación.

—George, va a ser una larga noche.

—No, si sigue bebiendo así —observó Joan Grenville. Rió y Abrams vio cómo su marido le daba una patada en el tobillo.

Al arrancar el coche, Van Dorn levantó su copa.

—Por el conde Ilie Lepescu, el mayor Henry Kimberly, capitán John Grenville y por todos aquellos que no están con nosotros esta noche.

Permanecieron en silencio mientras la limusina seguía su camino por Park Avenue. Claudia se inclinó hacia adelante y apoyó una mano en el muslo de Abrams. Se echó hacia atrás y la miró. A la débil luz del coche tenía un aire ligeramente semítico y pensó que su destino era comprometerse con mujeres que eran la imagen de sí mismo. No había una Joan Grenville o Katherine Kimberly en su vida y no parecía que fuera a haberlas. Lo cual, pensó, definitivamente era lo mejor.

George Van Dorn pareció que iba a hacer otro brindis, pero en lugar de eso le alcanzó su vaso a Abrams.

—Liquídalo —dijo.

Su esposa le palmeó la mano como si hubiera hecho algo notable. Van Dorn, muy complacido también por resistir a la tentación, se veía satisfecho.

Sin embargo, había algo en Van Dorn que apagaba su satisfacción. Abrams lo veía en sus ojos y en la conducta de Van Dorn cuando estaba con O'Brien. Patrick O'Brien no soportaba a los tontos y Van Dorn no lo era. Formaba parte de ese círculo íntimo que Abrams llamaba la Sombra de la Firma, el otro O'Brien, Kimberly y Rose, el que defendía a los agentes de inteligencia *pro bono* y enviaba y recibía mensajes en código por télex. George Van Dorn era una de las pocas personas que tenía acceso al cuarto del Archivo Inactivo.

Abrams encendió un cigarrillo. Pensó que él era bueno para desvelar misterios. Ése había sido su trabajo y su vida. Nunca se cansaba de los misterios, se cansaba de las soluciones, que eran, en casi todos los casos, insípidas, decepcionantes y comunes.

Si tenía un defecto como detective era su tendencia a imaginar o esperar que al fin

de la tarea hubiera algo interesante o complejo. Pero eso nunca sucedía. Los dramas humanos eran muy a menudo comedias sin intención; las motivaciones humanas eran deprimentemente triviales.

Sin embargo, había seguido las pistas, hizo correr a los zorros al campo y aceptó que le dieran palmadas en la cabeza. Pero siempre había deseado encontrarse con una bestia más peligrosa.

Si uno analizaba y pensaba en ello —que es lo que hacía desde el uno de mayo— había una explicación lógica para cada una de sus sospechas sobre la firma en la que trabajaba. Sin embargo, la mayor parte de las evidencias circunstanciales tomadas de forma acumulativa, rechazaban ser explicadas así. Todavía era un policía, no podía desdeñar lo que veía y sentía, ni lo que O'Brien le dijo en la terraza aquella tarde.

El coche disminuyó la marcha al aproximarse al grupo de vehículos que llegaban al Arsenal.

Abrams apagó su cigarrillo. Sí, esa noche sería reveladora. El lunes, el Día de los Caídos por la Patria, cuando él entrara en la propiedad soviética de Glen Cove, podría encontrar algunas respuestas.

El chófer se bajó y abrió la puerta.

George Van Dorn anunció:

—Última parada.

Abrams se bajó primero y caminó hasta la entrada. Sentía en sus entrañas que el asunto de Carbury no era otro de los casos horribles de O'Brien, sino una pieza de un gran rompecabezas. Carbury, O'Brien y compañía, la gente de la casa de la calle Treinta y Seis, los de la OSS, Katherine Kimberly, Glen Cove y las meditaciones de O'Brien sobre Wall Street y la posibilidad de que fuera a desaparecer. Qué mezcla de claves y piezas. Pero si se las doblaba y torcía un poco, estaba seguro de que todas encajarían en su lugar.

Katherine colocó cuidadosamente sus ropas de calle en el portafolios. El cuarto de huéspedes tenía un aspecto desolado y todo el piso, pese a su lujo, tenía ese algo de las cosas que pertenecían al gobierno. Permaneció tendida desnuda en la cama durante unos minutos.

El padre adoptivo de Peter Thorpe, James Allerton, era en realidad el dueño del piso y los muebles. La difunta madre adoptiva de Peter, Betty, había decorado las habitaciones antes de la guerra, cuando era su hogar. Muchos de los muebles eran antiguos. En las paredes había Turners originales, comprados en 1930 cuando Turner no estaba de moda y el mundo no tenía dinero. También había esculturas de Rodin y gobelinos. Si uno quisiera evaluar esas obras de arte tendría que pensar en más de un millón de dólares. Sin embargo, por lo que ella sabía, nunca había faltado allí algo más que una toalla, pese a toda la gente que iba y venía. Ésa era una compañía en la que nadie robaba.

Katherine pensó en el ama de llaves, Eva, una mujer polaca de unos cincuenta años. Reflexionó que las amas de llaves cambiaban periódicamente como consecuencia directa de la situación política o militar. En los últimos años, las mujeres eran polacas. Anteriormente eran del sudeste de Asia. Antes de su época, debieron de ser húngaras, cubanas y checoslovacas. Eran, pensó, mujeres que tenían la decisión política y moral de arriesgar sus vidas por un ideal. Habían traicionado a sus países y eran tradicionalmente tratadas con ambivalencia y sospecha por todas las agencias de inteligencia. Pero Eva y el resto de ellas tenían a la Compañía por deudora y la Compañía pagaba.

Lo que les faltaba en habilidad para ser buenas amas de llaves, lo suplían con dedicación. De todos modos una verdadera criada hacía el trabajo real y las amas de llaves escribían sus informes o sus memorias y vigilaban a los huéspedes. Ése era el espejo por el que Katherine debía pasar cada vez que subía al ascensor.

Katherine fue hasta el tocador y distraídamente se maquilló. Luego se miró al espejo. Tenía el cabello desarreglado y una marca en el cuello como resultado de la actividad amorosa.

En un nivel emocional sabía que ese lugar estaba mal, pero en un nivel intelectual y profesional lo aceptaba. Lo que sucedía cuando ella no estaba caía en esa zona gris de moralidad conveniente sancionada por la seguridad nacional. Lo que sucedía allí tampoco era asunto suyo. Por otro lado, podía serlo. Pensó en el tercer piso.

Se levantó y se dirigió hacia el cuarto de baño. Escuchó para ver si se oía el ruido de la ducha en el lado opuesto, pero no oyó nada. Abrió el botiquín y se pasó un líquido astringente por el cuello.

—Maldición —exclamó.

Katherine oyó que se cerraba la puerta del corredor y entró rápidamente en el dormitorio. Espió por la mirilla y vio a Peter Thorpe, vestido de etiqueta y bajando rápidamente por la escalera. Katherine abrió la puerta y dio un paso. Iba a llamarlo, pero cambió de idea.

Comenzó a cerrar la puerta y luego se detuvo. Más allá estaba la estrecha escalera que llevaba al tercer piso. Tomó la bata del armario y salió.

Katherine subió por la escalera a oscuras y tropezó con una puerta. Tenía dos cerraduras cilíndricas y probablemente también una alarma. Vaciló y por último dio la vuelta al pestillo y empujó. La pesada puerta crujió y pudo entrar en la habitación.

El cuarto parecía un desván y no estaba muy iluminado, pero tenía luces fluorescentes. Katherine identificó un télex, una radio de onda corta, una imprenta, varias pantallas de vídeo, una terminal de ordenador y algo que podía ser un polígrafo. En un rincón lejano había una mesa con ruedas, una camilla de hospital con correas. No le gustó lo que veía.

No pudo identificar a las otras máquinas. Dio otro paso y dejó que la puerta se cerrara.

Sus ojos se acostumbraron a la luz y notó, casi trente a ella, una gran consola electrónica. Detrás de la consola había una figura sentada. La figura se levantó y se volvió hacia ella.

Katherine contuvo la respiración y se movió hacia la puerta.

—¿Sí?

Katherine dejó escapar un suspiro. Era Eva. La alta y huesuda mujer de cabello gris.

Recuperó algo de su compostura.

—Quería echar un vistazo.

—¿El señor Thorpe se lo permite? —Eva se acercó más.

—No le he preguntado.

—Creo que usted no tiene nada que hacer aquí. —Se puso directamente frente a Katherine.

Katherine tuvo que levantar los ojos para encontrar la mirada de Eva. Se sentía expuesta, indefensa, sujetándose la bata con un brazo para que no se abriera. Controló su voz.

—¿Y usted sí?

—Yo trabajo aquí. Para el señor Thorpe. No de la misma manera que usted...

—¿Con quién cree que está hablando?

—Perdóneme... mi inglés... quizá eso pareció...

—Buenas noches. —Katherine apeló a su valor y dio la espalda a la mujer. Buscó la manija de la puerta, esperando a medias que la retuviera, pero eso no sucedió. Abrió la puerta y salió al corredor.

Eva la siguió. Sacó una llave de su bolsillo y rápidamente cerró la puerta con

doble llave y luego siguió a Katherine por las escaleras.

—No es prudente entrar en esa habitación.

Katherine no le respondió. Descendió con paso normal y cuidadosamente medurado.

—Ese cuarto es secreto. Secretos del gobierno. ¿No se lo dijo el señor Thorpe?

Otra vez Katherine no le respondió. Llegó hasta el balcón y se volvió hacia Eva, quien permaneció a unos pocos pasos, sobrepasándola una cabeza de estatura. Con un movimiento apenas perceptible, Katherine se puso en guardia.

Eva pareció notarlo y una sonrisa pasó por sus labios. Usó un tono que parecía el de una maestra enseñando a un niño.

—En mi país la matarían por espiar.

—No estamos en su país. Estamos en mi país.

Eva pareció algo molesta, luego retomó su actitud impasible.

—Es verdad. Pero deberé informarlo.

—Haga lo que quiera. —Katherine pasó rápidamente al lado de la mujer y entró en su habitación, cerró la puerta y luego espió por la mirilla y vio muy cerca el rostro de Eva mirando hacia la puerta. Katherine vaciló ante el cerrojo y luego lo cerró con fuerza. Al oír el sonido, Eva sonrió y se alejó.

Katherine se sentó en el borde de la cama. Se sentía molesta, humillada y furiosa. Nunca más haría el amor en ese apartamento. De hecho, pensó, nunca más pondría un pie allí. Sus ojos se fijaron en una botella de vino que estaba en la mesita. Sacó el corcho, se sirvió en un vaso y bebió.

Se recostó en la cama y cerró los ojos. Trató de tranquilizarse y aclarar su mente. No, pensó, era un error el no volver. Le debía a Peter por lo menos ese grado de confianza. También sentía curiosidad. Más que eso, Patrick O'Brien había sugerido de manera muy indirecta que encontraba a Peter y a las operaciones de éste un poco desagradables.

Se sintió a la deriva y su mente se volvió confusa... En algún lugar estaba la clave, siempre lo había sentido. Una llave que Eva poseía, y Arnold poseía y había una llave maestra para muchas cerraduras, muchas puertas y escándalos. Todos parecían saberlo, O'Brien, Peter, James Allerton, su hermana Ann, el novio de su hermana, Nicholas West... Su padre lo había sabido también, el coronel Carbury lo sabía. Era como un gran secreto de familia que los niños presentían pero no conocían, que los adultos vivían con él pero nunca lo mencionaban.

Esa noche, pensó, habría un consejo de familia. Esa noche se lo dirían a la pequeña Kate.

Peter Thorpe entró en el segundo piso del salón de cócteles del club University y se encaminó al bar.

—Buenas noches, Donald.

El barman sonrió.

—Buenas noches, señor Thorpe.

—Siento lo de la noche pasada.

—Ah, no es problema.

—Recuerdo que me miré en el espejo del bar... me sentía arrastrado por un fuerte viento que nadie más aquí parecía notar.

Donald lanzó una carcajada.

—¿Qué desea tomar?

—Agua mineral, por favor.

El barman volvió a reír y le alcanzó una botellita de Perrier.

Thorpe abrió un ejemplar del *Times* y le echó un vistazo.

—No puedo creer en la cantidad de crímenes que se cometen en la ciudad. Es una locura.

—Sí, pero la mayoría de los crímenes afectan a gente que se conoce entre sí. ¿Sabía eso? Y tampoco de nuestra clase de gente. Chocolates y chicanos.

—¿Chocolates y chicanos?

Donald sonrió mientras secaba un vaso.

—Sí, ya sabe. —Miró al empleado latinoamericano y bajó la voz—: Negros y portorriqueños. —Guiñó un ojo.

Thorpe le devolvió la sonrisa.

—Eres muy bueno para las bromas, Donald. Me gustó tu definición de la mujer. ¿Tienes otra?

—Sí. ¿Qué obtiene cuando cruza un negro con un francés?

—¿Qué?

—Un Black Custeau. —Golpeó el mostrador con el repasador mientras reía.

Thorpe levantó su vaso de agua mineral.

—A tu salud. —Bebió—. A propósito, ¿sabes algo de un hombre llamado Carbury? Se supone que está registrado aquí, pero...

Donald recorrió una pila de tarjetas.

—No, no.

—Un inglés. De edad, alto, delgado, quizá con bigote.

—Oh, Edwards. Viene mucho al bar.

—¿Está aquí desde el miércoles?



—Sí, Edwards. Habitación 403. Estuvo aquí hará unos diez o quince minutos, tomó una copa y se fue.

—¿Llevaba ropa de etiqueta?

Donald se rascó la cabeza.

—No... no... ropa de *sport*. —Donald pareció notar por primera vez la vestimenta de Thorpe—. Eh, va a una gran fiesta, ¿no?

Thorpe dobló el periódico.

—¿Alguna vez oíste hablar de la OSS?

El joven barman sacudió la cabeza.

—La Segunda Guerra Mundial —lo apremió Thorpe.

—Oh sí, solían hacer espectáculos para entretener a las tropas.

Thorpe rió.

—No, Donald, eso era la USO. ¿Y qué sabes de la KGB? ¿Y MI6?

—La KGB... seguro, espías soviéticos. MI6 me suena familiar...

—¿Y la SS?

—Claro. Los nazis.

Thorpe sonrió.

—Hace que uno se pregunte, ¿no?

—¿Sobre qué?

—Oh, sobre la vida. Sobre héroes y villanos. Sobre cosas como lo bueno y lo malo, glorias pasadas, sacrificio, deber, honor, país... sobre recordar... Una buena memoria no necesariamente es algo bueno, Donald.

—Ya...

—La comida de los veteranos de la OSS, Donald. La Oficina de Servicios Estratégicos, predecesora de la CIA. —Señaló la primera página del *Times*—. Allí es a donde voy. Juntan a todos los miembros para recordar. Recuerdan demasiado. Eso es peligroso.

—Eh, ¿va a oír el discurso del presidente?

—En efecto. —Thorpe empujó un sobre cerrado por el mostrador—. Hazme un favor, Donald. Busca por el club, por el salón de billar, la biblioteca, ve si puedes localizar a Edwards. Dale esto.

Donald puso el sobre debajo del mostrador.

—Seguro... ¿Quiere que se lo dé a él o que lo ponga en su casilla de mensajes?

—No, quiero que se lo des personalmente, antes de que se vaya. Incluso puedes llamar a su habitación. Probablemente se esté vistiendo para la cena. Pero no digas mi nombre. ¿De acuerdo? —Thorpe le guiñó el ojo con aire de conspirador.

Automáticamente, Donald le devolvió el guiño, pese a que parecía confundido.

Thorpe le deslizó un billete de diez dólares por el mostrador y Donald lo guardó en su bolsillo. Thorpe miró su reloj.

—Ni el tiempo ni la ensalada marchita esperan por ningún hombre, amigo mío. —Se bajó del taburete—. Por supuesto conoces a T. S. Eliot: «El tiempo presente y el

tiempo pasado son quizá ambos presentes en un tiempo futuro, y tiempo futuro contenido en tiempo pasado». Bueno, Donald, ese futuro estará aquí pronto. La marejada del futuro, que comenzó a agitarse hace cuarenta años atrás, nos barrerá a todos. De hecho puedo darte la fecha exacta: el fin de semana del 4 de julio. Ya lo verás. Recuerda cuando lo oigas.

—Seguro, señor Thorpe; que pase una buena noche.

—Me temo que tengo otros planes.

Thorpe miró por la ventanilla del coche. El tránsito en Park Avenue había disminuido y pudo ver que más adelante el camino estaba bloqueado. La policía montada iba y venía y en el lado izquierdo de Park Avenue, entre las calles Sesenta y Seis y Sesenta y Siete, en el lado opuesto al Arsenal del Séptimo Regimiento, unos pocos cientos de manifestantes cantaban detrás de las barreras de la policía. El taxista preguntó:

—¿Qué diablos pasa ahora?

—El presidente va a hablar en el Arsenal.

—¡Diablos! Deberían habérmelo dicho. ¿Para quién va a hablar?

—Para mí. Y se me hace tarde. Voy a continuar andando. —Pagó al conductor y comenzó a caminar entre el tránsito detenido. Las limusinas estaban estacionadas en doble y triple fila alrededor de la entrada del Arsenal. Del otro lado de la calle, los manifestantes agitaban carteles con consignas antinucleares y entonaban una canción de los años sesenta sobre la era de la destrucción.

Thorpe asintió. «Eso es lo que van a tener». Pasó por el cordón de policías uniformados y se aproximó a la entrada del Arsenal. Contempló la estructura de piedra y granito de cien años de antigüedad. Esos funcionarios de la OSS siempre se reunían en el Waldorf o en Pierre, pero en ese momento, con las molestias que suscitaban, se habían mudado a esa estructura más segura. Las torres se elevaban en la noche, pero el efecto total era más bien el de un lugar para un espectáculo que para una batalla.

Thorpe subió por una escalera, pasó la hilera de policías y entró en el Arsenal a través de unas puertas macizas de roble.

El vestíbulo estaba recubierto con paneles de madera y lleno de retratos marciales. Colgando del alto techo había banderas con los colores del regimiento. Los candelabros eran de los primeros de Tiffany's y todo el aire del lugar era del siglo XIX, cosa que Thorpe, un caballero de Park Avenue, casi no tomaba en cuenta. Había sido un lugar en donde la clase alta de Nueva York jugaba a los soldados los fines de semana y todavía cumplía la función de proporcionar una atmósfera festiva a los del East Side que poseían, o creían poseer, una parte del servicio nacional.

Los invitados que llegaban tarde iban entrando y una cantidad de hombres del Servicio Secreto permanecía por allí con ropa semiformal. Unos pocos trataban de parecer camareros o botones. Los que llevaban chaquetas largas, Thorpe lo sabía,

estaban armados.

Un policía hizo que Thorpe circulara hacia la derecha para esperar su turno ante el detector de metales, y luego someterse a la revisión de los hombres del Servicio Secreto.

En el lado más alejado del detector había un corredor y sus anchas puertas se abrían hacia los salones de recepción. Thorpe entró en una habitación llena de abrigos y dejó su impermeable. Volvió al corredor, lo cruzó y entró en un salón en donde servían bebidas antes de la cena. Encontró un vaso con martini y lo tomó.

—Mal sistema llegar tarde para el presidente, Peter.

Peter se volvió y vio que Nicholas West se le acercaba.

—Peor sería llegar temprano y estar sobrio.

Se estrecharon las manos.

—¿Llegas ahora? —preguntó Nicholas.

Thorpe sonrió.

—Tuve que atender negocios de la Compañía. ¿Cuál es tu excusa, Nicko?

—Me quedé atascado en La Guardia.

Thorpe tomó a West del brazo.

—¿Qué te parece si nos escapamos de esta aburrida reunión y nos vamos a la ciudad? Conozco un lugar en la Cuarenta y Seis Oeste con prostíbulo en el piso de arriba.

West lanzó una risita forzada mientras sus mejillas enrojecían.

Thorpe observó a West. Aun con pajarita parecía con arrugada ropa de *sport*. West tenía cuarenta y un años, pero parecía tener treinta, pensó Thorpe. Era profesor de Historia en la Universidad de Washington cuando, en 1967, él y otros jóvenes historiadores fueron reclutados por Richard Helms, el director de la CIA, para preparar una historia enciclopédica sobre la OSS y la CIA. El proyecto secreto resultó algo continuado e interminable y West se convirtió en el jefe. Thorpe tomó otro martini de una bandeja y bebió un trago.

—¿Cómo va ese libro, Nick?

West se encogió de hombros.

—Constantemente aparece nueva información y es necesario reescribirlo.

Thorpe asintió.

—Descubrir nueva información debe de ser como una patada en el trasero. ¿Encontraste editor?

—En realidad —respondió sonriendo West—, ya hay dos tomos en la imprenta.

—¿Qué tal las ventas?

—Cien por cien. Se imprimirán diez ejemplares de cada tomo y luego se destruirán las grabaciones.

—¿Quiénes van a tener los libros?

—Bueno, el director, por supuesto va a tener un juego. —Miró a Thorpe—. El resto de la distribución es secreta.

—Envíame el juego.

—Consigue una orden del director.

—Claro. ¿Cuáles son los volúmenes que van a imprimir?

—Los años de la OSS, 1942 a 1945, y los dos años que precedieron a la fundación de la CIA en 1947. —West miró a su alrededor. Estaba vacío, a excepción de los camareros—. Será mejor que entremos.

—No hay prisa. —Terminó su copa y se volvió hacia West—. Me gustaría ver algo de ese material. Mi ordenador puede tener acceso al tuyo y estamos en el mismo negocio.

West lo miró atentamente.

—Si necesitas saber algo y tienes la adecuada autorización, te mostraré lo que quieras.

Thorpe sacudió la cabeza.

—Esas cosas se hacen mejor entre compañeros.

—Tendré que pensarlo.

—De acuerdo. —Thorpe encendió un cigarrillo y se sentó ante una gran mesa. Sabía que West estaba nervioso por llegar tarde, lo que hacía más fácil tratar con él.

Thorpe observó la palidez de West. Por la naturaleza de su trabajo y porque su necesidad de saber era ilimitada, se había convertido, casi por accidente, en la persona con más conocimientos en la CIA. En una oportunidad alguien dijo: «Si la KGB tuviera la posibilidad de elegir al hombre que más desean para interrogar entre el presidente, el director de la CIA y Nicholas West, elegirían a West». Thorpe arrojó su cigarrillo a la chimenea.

—¿Alguna vez se te cruzó mi nombre?

West evitó la mirada de Thorpe y fijó la vista en la puerta que daba al salón de baile.

—Vamos, Peter.

Thorpe se levantó de un salto y lo siguió.

—¿Te pone nervioso llevar tantas informaciones en tu mente?

West asintió.

—No he tenido una buena noche en años. —Pasaron por la puerta al área del salón de baile. Un hombre del Servicio Secreto le pidió su invitación y la mostró. El hombre controló en la lista de invitados y le hizo un gesto de que pasara. Thorpe mostró la suya y pasó.

—Ésta es la última oportunidad para escaparnos, Nicko.

West sacudió la cabeza y se dirigió hacia las cortinas, pero Thorpe le puso la mano en el hombro.

—Detente, comienza la ceremonia.

West obedeció. Sentía la mano de Thorpe que apretaba su hombro, hasta que finalmente la quitó. Peter Thorpe le ponía incómodo. Todo en él era excesivo: demasiada fuerza física, una personalidad desbordante, demasiado buen mozo y

demasiado dinero. Sin embargo, de alguna manera morbosa, West se sentía atraído por Thorpe.

—¿Tienes niñera esta noche? —preguntó Thorpe.

West se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Puedes librarte de él?

—Algunas veces.

—Yo lo haré por ti. Podemos perderlo e ir más tarde al prostíbulo.

—A él no le importa si voy a un prostíbulo. No le importa lo que hago siempre que no deje un portafolios en la embajada soviética o me apunte en un crucero a ninguna parte.

Peter rió.

—Es agradable ver que todavía puedes hacer bromas.

West miró a Thorpe.

—Por lo que sé, tú eres mi niñera esta noche.

—Yo no, Nicko.

West sonrió.

—Supongo que no. —En pasadas ocasiones se había comprometido profesionalmente por tener charlas indiscretas con Thorpe. Pero si había algo que nunca haría, sería comprometerse personalmente, uniéndose a Thorpe en sus escapadas. Thorpe era, de alguna manera, un amigo, pero también era, y West lo sentía, un seductor de hombres tanto como de mujeres. West sentía que Thorpe quería una parte de él, una parte de su alma, pese a que no podía imaginarse por qué.

—Cuando estás conmigo, Nicholas, nada malo te puede suceder.

—Cuando estoy contigo, nunca me pasa nada bueno.

Thorpe rió y luego cambió de expresión. Colocó el brazo sobre los hombros de West y lo acercó en un abrazo de una intimidad algo desagradable. Le habló suavemente en el oído.

—Van a agarrarte, Nick. Te quieren en Moscú y van a tenerte.

West estiró el cuello y miró a Thorpe.

—No. La Compañía me protege.

Thorpe vio que West palidecía. Sonrió tristemente y sacudió la cabeza.

—No pueden protegerte para siempre, y tú lo sabes. Incluso no quieren protegerte porque tú sabes mucho, demasiado, amigo mío. Cuando hayan terminado de usarte, no van a ponerte Nueva Identidad Programada, el NIP, sino el RIP. Es así como lo hacen. Dios te ayude, Nick, pero tu destino oscila entre Moscú y el cementerio de Arlington.

West sintió que se le secaba la boca. Inconscientemente se inclinó para acercarse a Thorpe.

Thorpe le palmeó la espalda.

—Yo puedo ayudarte. Todavía nos queda algo de tiempo.

# III

## Reunión

Peter Thorpe y Nicholas West entraron en el salón de baile, que en realidad era el salón de adiestramiento, tan grande como un campo de fútbol. El lugar estaba brillantemente iluminado por inmensas lámparas. En ambos extremos del salón había galerías con capacidad para un millar de personas. Allí arriba no había invitados, pero cada diez metros un hombre del Servicio Secreto vigilaba con prismáticos. Los rifles, Thorpe lo sabía, estaban colocados sobre los bancos.

Thorpe miró hacia el salón. Estaba adornado en rojo, blanco y azul y tres grandes banderas, estadounidense, inglesa y francesa, colgaban sobre el estrado, en donde había un gran retrato en sepia del fundador de la OSS, el general William, *Salvaje Bill*, Donovan.

Había, calculó Peter, unas doscientas mesas, con vajilla de plata y porcelana, copas de cristal y manteles azules.

—¿Dónde está nuestra mesa? —preguntó Thorpe.

—Mesa catorce, cerca del estrado.

Thorpe miró al estrado que se levantaba a lo largo de la pared norte. Reconoció a Ray Cline, un exoficial de la OSS y antiguo director asistente de la CIA.

La guardia de gala de la marina iba a rendir honores a la bandera y los presentes se pusieron de pie. La banda del ejército comenzó a tocar el himno nacional y los casi dos mil hombres y mujeres lo entonaron.

West se puso firme y se unió al canto.

Thorpe volvió a mirar hacia el estrado. A la izquierda de Cline estaba Michel Burke, exoficial de la OSS y antiguo presidente de las empresas Yankees y Madison Square Garden. Cercano a Burke se encontraba Charles Collingwood, el locutor y cronista de las actividades de la OSS durante la guerra, y junto a él, Clare Boothe Luce. A la izquierda de ella se hallaba Richard Helms, exoficial de la OSS y exdirector de la CIA, el hombre que reclutó a West. Thorpe se volvió hacia West.

—Allí está tu antiguo jefe, Nick. No te olvides de agradecerle el trabajo.

West dejó de cantar y murmuró algo que pareció una obscenidad. Thorpe sonrió.

—Él ya salió y tú todavía estás dentro.

Terminó el himno y la banda comenzó a tocar *Dios salve a la reina*.

—Eh, esto me recuerda algo. ¿Conoces al coronel Randolph Carbury?

West permaneció con las manos apretadas detrás de la espalda.

—He oído hablar de él. ¿Por qué?

—Va a estar aquí esta noche. Más para investigar.

West asintió.

La banda terminó el himno británico y atacó *La Marsellesa*. Thorpe miró hacia el

estrado. Flanqueando al presidente de Estados Unidos estaban Geoffrey Smythe, presidente de los veteranos de la OSS, y el padre adoptivo de Thorpe, James Allerton, invitado de honor. A la izquierda de Allerton se encontraba Bill Casey, exmiembro de la OSS y actual director de la CIA.

—Los alumnos están muy bien —hizo notar Thorpe.

Finalizó el himno francés y el arzobispo de Nueva York rezó una oración.

Thorpe parodió las palabras de la oración del cardenal.

—Señor Dios, protégenos de los hombres lobo durante la noche. —Se volvió a West que lo miraba, y dijo—: ¿Has oído el aullido recientemente?

West no respondió.

—Más para investigar —dijo Thorpe.

El cardenal terminó su oración y todos se sentaron. Geoffrey Smythe comenzó a darles la bienvenida.

—No tuve intención de asustarte hace un rato —explicó Thorpe.

West casi lanza una carcajada.

—Me aterraste. —Lo miró de reojo—. ¿Estoy en problemas?

—De ninguna manera. Estás en un gran peligro.

—Acláralo.

—Lo siento, es así: para la KGB el asunto es mantenerse alerta. En cuanto a la Compañía, tienes que fabricarte tu póliza de seguro. ¿Comprendes?

West movió la cabeza asintiendo.

—Algo como... «En caso de muerte intempestiva o desaparición, los siguientes documentos y declaración jurada serán entregados al *New York Times* y al *Washington Post*...».

—Exactamente.

Otra vez West movió la cabeza aprobando.

—Te ayudaré con los detalles —agregó Thorpe.

—¿A cambio de qué?

—Sólo por amistad. —Sonrió y tomó a West por un brazo—. Vamos a enfrentarnos a la furia de una dama que ha tenido que esperar. Tú te harás cargo de la culpa. Ya tengo bastantes problemas.

Katherine Kimberly observó a Thorpe con expresión de disgusto en el rostro.

—Nick se quedó atascado en La Guardia —dijo Thorpe, dando un beso a Katherine en la mejilla.

West agregó:

—Lo siento, fue culpa mía. Nos quedamos charlando en el vestíbulo. ¿Cómo estás, Kate? —se inclinó y la besó.

Katherine le tomó la mano y sonrió.

—¿Sabes algo de Ann?



—Hablé con ella anoche. Está bien. Te manda saludos.

West miró hacia los que estaban en la mesa.

—Señor O'Brien, es un placer verle. —Se estrecharon las manos.

West observó a Patrick O'Brien. Era un hombre de unos sesenta años, con el pelo rubio encanecido, rostro rubicundo y penetrantes ojos azul oscuro. West sabía que se mantenía en un estado físico excepcional y que todavía saltaba en paracaídas, aunque no hiciera falta. Realizaba esos saltos cuando se sentía inspirado en las planicies de Jersey Pine, solo y de noche, a veces sin luna, como las noches que necesitaban para saltar cuando Europa estaba ocupada.

O'Brien señaló a la pareja sentada a su mesa.

—Ya conocen a Kitty y George Van Dorn, por supuesto. —Thorpe y West los saludaron y ocuparon sus lugares.

Katherine hizo un gesto al otro lado de la mesa.

—Y éste es mi amigo Tony Abrams, que trabaja en la firma.

Abrams estrechó la mano de West. Se inclinó hacia Thorpe, pero éste se estaba sirviendo de una botella de Stolichnaya, lo miró con indiferencia y dijo:

—Sí, ya nos conocemos. —Levantó la copa con el líquido claro—. Alguien tuvo bastante memoria como para recordar mi preferencia por el vodka ruso. *Na zdorovie*. —Bebió media copa y dejó escapar un suspiro. Luego se dirigió a la mesa en general—. Les resultará extraño que yo, un patriota y frío guerrero, beba vodka ruso. —Miró directamente a Abrams—. Bebo vodka ruso con el mismo espíritu con que los guerreros prehistóricos bebían la sangre de sus enemigos.

—¿Una demostración de desprecio? —preguntó Abrams—. ¿O para darse valor?

—Ninguna de las dos cosas, señor Abrams. Me agrada el sabor. —Se lamió los labios y sonrió.

—Hablando de sangre —dijo Abrams—, tiene manchado el puño derecho, señor Thorpe.

Peter Thorpe dejó la copa y observó el puño de su camisa. Una mancha rojiza se destacaba cerca de los gemelos de ónice. La frotó con los dedos y luego preguntó:

—Parece sangre, ¿no?

—Sí, así es —respondió Abrams.

Katherine mojó la punta de la servilleta en agua.

—Mójalo antes de que se seque.

Thorpe sonrió mientras recibía la servilleta.

—Hay tres frases que son comunes a todas las mujeres del mundo: saca la basura, tengo dolor de cabeza y mójalo antes de que se seque. —Frotó la mancha—. Decididamente es sangre.

Katherine habló con evidente frialdad.

—¿Te cortaste?

—¿Cortarme? No, no me corté.

George Van Dorn habló desde el otro lado de la mesa.

—Entonces es posible, señor Thorpe, que considerando su profesión, haya cortado a otro. —Sonrió.

Thorpe le devolvió la sonrisa.

—Probablemente es *ketchup* —intervino Kitty Van Dorn.

Thorpe puso los ojos en blanco en señal de desdén.

—¿*Ketchup*? *Madame*, no he visto una botella de ketchup desde mis días de estudiante. Ahora bien, Katherine está pensando en lápiz labial, pero puedo disculparme a mí mismo y decir sangre. Reconozco la sangre cuando la veo. —Miró a Abrams—. Es muy observador, señor Abrams. Debería ser detective.

—Lo fui.

El Glee Club de los cadetes de West Point se reunió cerca del estrado y comenzó con un popurrí de canciones.

Thorpe levantó la voz para hacerse oír y preguntó a Abrams:

—¿Sus padres no eran una especie de agitadores bolcheviques? ¿Leon y Ruth Abrams? Creo que los arrestaron durante una violenta huelga de trabajadores del textil.

Abrams observó a Thorpe. Sus padres habían tenido cierta notoriedad en esos días y se los mencionaba en los libros que estudiaban el movimiento obrero en Estados Unidos, pero no eran tan conocidos como para que Thorpe los recordara y los relacionara con él por el apellido.

—Sí, Leon y Ruth eran mis padres. ¿Es usted un estudioso del movimiento obrero?

—No, señor, soy un estudioso de los rojos.

Katherine dio una patada a Thorpe por debajo de la mesa.

—Esto es interesante —dijo Peter a Katherine—. Muy colorista. Tony es hijo de héroes del folclore estadounidense. —Se volvió a Abrams—. ¿Por qué Tony?

Abrams sonrió débilmente.

—Mi nombres es Tobias, y el diminutivo es Toby. Pero crecí en un lugar donde todos eran Dino o Vito. Así que Toby se volvió Tony.

—América, el crisol de razas. ¿Ya está mezclado aquí?

Hubo un incómodo silencio y luego Thorpe dijo:

—¿Sus padres todavía son comunistas, señor Abrams?

—Están muertos.

—Lo siento mucho. ¿Mantuvieron su fe?

—Los padres de mi madre regresaron a la Unión Soviética durante la Depresión. Fueron arrestados en las purgas de Stalin. Presumiblemente murieron en un campo de prisioneros.

Thorpe asintió.

—Eso debe de haber sacudido la fe de sus padres en la justicia y la hermandad de la revolución.

—Es lo más probable. —Abrams encendió un cigarrillo—. La familia de mi

padre, que nunca salió de la Unión Soviética, fue asesinada por los alemanes alrededor de 1944, más o menos en la misma época en que sus padres verdaderos fueron asesinados por los alemanes. Es un mundo muy pequeño.

Thorpe miró detenidamente a su interlocutor.

—¿Cómo sabe eso de mis padres?

—Lo leí. Soy un estudioso de la OSS.

Thorpe se sirvió más vodka y miró a Abrams.

—Sabe, Abrams, usted puede ser justo lo que la firma necesita.

—No me han pedido que forme parte de ella.

—Oh, ya lo harán. ¿Qué diablos cree que hace aquí? ¿Por qué cree que...?

Lo interrumpió Katherine.

—¿Peter, viste al coronel Carbury al venir hasta aquí? No está en su mesa.

—Casi no lo reconocería. Todos los ingleses son iguales. —Se puso a jugar con una cuchara para revolver su bebida—. Quizá se quedó atascado en algún lado. —Se echó hacia atrás en su silla y pareció sumirse en sus pensamientos.

Los cadetes dejaron de cantar y los camareros sirvieron el plato de pescado.

—¿Trabaja con Kate? —preguntó West a Abrams.

—Soy pasante.

Katherine agregó:

—El señor Abrams está estudiando para abogado.

—Buena suerte —dijo West—. Mi novia, Ann, la hermana de Kate, también es abogada. Trabaja para una firma estadounidense en Múnich.

Thorpe volvió de sus pensamientos y se incorporó en el asiento.

—Trabaja para la Agencia Nacional de Seguridad, Abrams. Toda la maldita familia está llena de fantasmas.

—Estás de un humor insoportable, Peter —dijo cortante Kate. Se puso de pie—. Discúlpeme, señor Abrams, ¿querría acompañarme al vestíbulo?

Abrams se puso de pie y la siguió.

Thorpe pareció no prestarles atención. Murmuró:

—Todo este maldito lugar está lleno de fantasmas. ¿Saben cómo se puede saber si hay un fantasma? —Levantó su bol con ensalada—. La ensalada se marchita. Dios, necesitamos un exorcista.

Kitty Van Dorn anunció que su marido y ella iban a recorrer otras mesas. Los ojos de George Van Dorn, abotargados por la bebida, parecieron aclararse súbitamente y miró directamente a Thorpe.

—Está aquí para ver cómo rinden homenaje a su padre. Compórtese. —Tomó a su esposa del brazo y se alejaron.

Thorpe pareció ignorar la reprimenda y dijo a O'Brien:

—Pásame la botella de vodka, por favor.

O'Brien lo miró severamente.

—Ya es suficiente, Peter. Más tarde tenemos algo importante que discutir.

Los ojos de Thorpe se encontraron con los de O'Brien y luego se apartaron.

—Supongo que debo comer algo... —Se dedicó al plato de salmón.

O'Brien, West y Thorpe comieron sin hablar. West observaba de reojo a Thorpe. No le desagradaba pensar que iban a ser hermanos políticos. Thorpe era un hombre raro. Su nombre completo era Peter Jean Broulé Thorpe, de padre estadounidense y madre francesa, ambos agentes de la OSS. Era comprensible, reflexionó, que Katherine se sintiera atraída espiritual y emocionalmente hacia él, porque tenían historias parecidas, pese a tener personalidades tan distintas.

Thorpe levantó la mirada.

—Me siento mejor.

O'Brien se inclinó hacia West.

—¿Peter le informó sobre el asunto de Carbury?

—Solamente que el coronel Carbury está en Nueva York.

—Yo tampoco estoy muy informado —aclaró Thorpe.

O'Brien les hizo un resumen de los acontecimientos del día y agregó:

—Katherine y yo creemos que esto está relacionado con Talbot.

West asintió.

—Eso es lo que me comentó Peter.

O'Brien miró fijamente a Thorpe durante un momento.

—¿Te lo dijo Katherine?

Thorpe sacudió la cabeza.

—Sí... No... Saqué mis propias conclusiones al leer la carta de Wingate.

—Ya.

Thorpe agregó rápidamente:

—El asunto es que Carbury debería estar aquí, en este salón, para aclarárnoslo. Creo que Abrams lo perdió.

—Katherine y Abrams tomaron todas las precauciones —dijo cortante O'Brien—. Carbury puede haber decidido evitar un lugar conocido. Puede haber despistado a nuestra gente y enviarnos más tarde un mensaje para encontrarnos en un lugar seguro y...

Thorpe lo interrumpió.

—Esta noche éste es el lugar más seguro de Estados Unidos. Y además, desde el punto de vista personal, tiene que querer estar aquí.

O'Brien asintió lentamente.

—Sí... Quizá todavía esté en el club; sabemos que está registrado con el nombre de Edwards.

—Yo no contestaría si el botones me llamara estando de servicio —dijo sonriendo Thorpe.

O'Brien volvió a asentir.

—Entonces aceptemos que está tomando precauciones y aparecerá cuando le parezca oportuno; si no, podemos suponer...

—Lo peor —dijo Thorpe—. Mi experiencia en general es que la gente que llega tarde, está muerta. Pero voy a tener en cuenta un secuestro.

Katherine se aproximó con Abrams y los tres hombres se pusieron de pie.

—Hablé con la agencia Burke —dijo Katherine—. Los detectives siguieron a Carbury hasta aquí... o creen que lo hicieron. Uno de ellos fue lo bastante honrado como para admitir que el hombre al que seguía, alto, delgado, un hombre mayor con bigote, con traje de etiqueta y llevando un portafolios, podría no haber sido el que les señaló un empleado del club. Cuando lo vieron aquí en el vestíbulo, más cerca, sospecharon que habían estado siguiendo a alguien equivocado. De todos modos, el hombre presentó su invitación y pasó por el detector de metales. Los detectives no pudieron seguirlo y lo dejaron para hacer el informe.

—Les dije que todos los ingleses eran iguales —dijo Thorpe.

Todos volvieron a sentarse y O'Brien tomó la palabra:

—Carbury puede haber enviado a alguien parecido a él para despistar a cualquiera que quisiera seguirlo. Desgraciadamente alejó a la gente que lo protegía.

Abrams se aclaró la garganta.

—Hay otra posibilidad. El doble no es un subordinado de Carbury, sino de otra persona.

Thorpe asintió.

—Ésa es una posibilidad. Va a ser necesario un trabajo de caza. —Miró a Abrams—. Una entrada ilegal.

Abrams observó a la gente que lo rodeaba. Era evidente que se trataba de un caso de importancia, no uno de los habituales en el estudio jurídico; era un caso personal que los implicaba a todos. También era evidente que poner una pista falsa demostraba el plan y la organización de alguien con alto grado de profesionalidad. Sin embargo, ni O'Brien ni Katherine, Thorpe o West parecían especialmente sorprendidos. No, concluyó, no era un caso de fraude comercial.

—No quiero que lo hagan los detectives —dijo O'Brien—. Que sea uno de nosotros. —Se volvió hacia Abrams—. ¿Cree que podrá entrar en su habitación del club?

Abrams se encogió de hombros.

—Quizá.

O'Brien miró a Thorpe.

—Seguro. —Thorpe sonrió—. Qué equipo. Peter y Tony juntos violando una habitación. Dios, qué degradación.

—Los detectives han vuelto al club. Démosle algo de tiempo —dijo Katherine.

Se sirvió el plato principal y Kitty y George Van Dorn regresaron a la mesa. La conversación se centró en la gente que se hallaba presente. Kitty Van Dorn se refirió a los del estrado.

—El presidente está muy bien esta noche.

Thorpe levantó los ojos y miró hacia el estrado.

—Sí, se le nota muy vivaz. Es ese nuevo líquido para embalsamar.

Katherine se inclinó y le habló suavemente al oído.

—Si no te portas bien voy a cortarte la garganta.

Thorpe le tomó la mano y se la apretó, luego volvió a mirar hacia el estrado y captó la mirada de Bill Casey. El hombre estaba, como de costumbre, hosco. Casey hizo un gesto de reconocimiento, pero de ninguna manera amistoso, y Abrams lo notó. Era, pensó, la mirada de un policía a un delincuente juvenil del vecindario.

Thorpe sonrió con una mueca a su jefe y luego habló en voz baja a Katherine.

—Si hay alguien capaz de convertirse en el hombre lobo, ése es Bill Casey. Encaja en el contexto general. Lo mismo sucede con Cline, Colby, y Helms... Lo mismo que otros muchos aquí, incluyendo a tu jefe y mi padre. Dios ¿eso no te aterra? A mí, sí.

Katherine miró a Patrick O'Brien, luego a James Allerton, sentado al lado del presidente y conversando con él.

Thorpe siguió su mirada y dijo:

—Sí, alguien que puede estar muy cerca de tu presidente.

Katherine lo miró.

—No.

—¿Absolutamente por encima del reino de la imaginación?

Katherine se volvió y se sirvió un trago.

Abrams se encontró al lado de Katherine en el largo bar colocado en un rincón del salón. Pidió un trago y para evitar cualquier conversación se volvió y miró a su alrededor. Unos pocos hombres y mujeres vestían uniforme y también había uniformes extranjeros. Aunque la invitación especificaba esmoquin, algunos hombres llevaban pajarita blanca y frac. Abrams pensó que era la clase de gente que regresa a casa y se pone ropa de etiqueta para sentirse cómoda.

Se sacudió una mancha imaginaria de su camisa y controló su ropa. De alguna manera indefinida, se notaba que era alquilada, excepto los malditos zapatos.

—¿De dónde era el esmoquin? —preguntó Katherine.

Abrams irguió la cabeza con prontitud.

—¿Qué? Oh, de Murray, en Lexington... ¿Por qué?

—Me preguntaba si lo habría traído de Inglaterra.

—Oh, Carbury... No, el de él era de Lawson. En la zona de Wall Street. El recibo decía que lo encargaron dos días atrás.

Katherine se alejó unos pasos y Abrams la siguió.

—¿Qué es lo que habrá hecho en ese tiempo? —preguntó Katherine.

—Por lo pronto, alquilar un esmoquin —respondió, bebiendo un sorbo de su copa.

La muchacha lo observó detenidamente.

—¿Hay alguna cosa más? Algún detalle que pueda saber...

—No.

Le mantuvo la mirada durante unos instantes y luego dijo:

—Aprecio el riesgo que corrió. En especial considerando que no sabe de qué se trata todo esto.

—Mientras menos sepa, mejor.

—A propósito, no le he dicho a nadie que usted estuvo en la habitación de Carbury. —Sonrió—. Le dije que le protegería.

—No soy muy cauteloso por naturaleza, pero me gustaría presentarme este verano al examen final sin ningún delito pendiente.

—Entiendo perfectamente su posición. —Vaciló para agregar luego—: No le dije que entrara en la habitación... y me pregunto por qué lo hizo.

Evitó la pregunta para volver al tema anterior.

—También se pregunta si habré encontrado algo sobre lo que no le he hablado.

—Se olvidó decirme de dónde provenía el esmoquin.

La miró fijo y luego sonrió.

—Sí, lo olvidé. —Y pensó: «Y usted se olvidó de decirle a O'Brien que entré en

la habitación de Carbury y creo que éste debe de haber olvidado decirle que me pidió que vaya a Glen Cove el lunes y habrá muchos olvidos más muy convenientes antes de que esto termine».

—Supongo que Peter lo ha puesto de mal humor —dijo pensativa—. No voy a disculparme por él. Pero siento lo sucedido.

—Peter Thorpe no influye en mi humor.

No le contestó y Abrams notó que su mente ya se ocupaba de otra cosa. Llevaba un sobre e inesperadamente se lo dio. Abrams lo tomó, la miró de reojo y luego lo abrió. Eran las fotocopias de tres hojas manuscritas. Echó una ojeada a la primera página y vio que era una carta personal. Volvió a mirar a Katherine.

—Vamos. Léala.

Comenzó a leer y mientras lo hacía, comprendió que Katherine acababa de tomar una importante decisión con respecto a él. Terminó la carta, la guardó en el sobre y se lo devolvió.

Esperó unos segundos a que Abrams hablara y luego preguntó:

—¿Qué le parece?

—Sin comentarios.

—¿Por qué no?

—Está fuera de mi ámbito.

—Piénselo como un caso criminal... un problema para un detective.

—Ya lo hice. Pero sigue siendo algo fuera de mi medio de acción.

—Bueno, por lo menos dedíquele un pensamiento.

—De acuerdo. —Dejó la copa en el mostrador. La carta, si era auténtica, confirmaba parcialmente sus sospechas sobre el trabajo de la firma de abogados. Dio un paso hacia Katherine y dijo con voz tranquila—: Una pregunta: O'Brien, Kimberly y Rose es una tapadera de la CIA, ¿no? ¿Cómo lo llaman... una compañía concesionaria?

La respuesta de Katherine fue sacudir la cabeza.

Abrams se sorprendió y supo que su cara lo demostraba.

—¿Entonces quiénes diablos son?

Otra vez sacudió la cabeza.

Abrams se frotó la barbilla.

—Estará de acuerdo conmigo en que esto es raro.

—Quizá. —Se acercó al bar y buscó la lista de invitados.

—Primero, por orden alfabético, James Jesus Angleton, exoficial de la OSS, exjefe del contraespionaje de la CIA. Se le considera el padre del contraespionaje. Como resultado de su asociación con el doble agente británico Philby y su fracaso para descubrir lo que era Philby y también por algunas otras cosas extrañas, se sugirió que Jim también era un agente soviético. Si es verdad... bueno, es demasiado terrible como para pensarlo siquiera. De todas maneras, Jim fue despedido por Bill Colby por razones que nunca estuvieron claras. El siguiente sospechoso posible.



—Basta. —Abrams la miró intensamente. Tenía la impresión de que se estaba apresurando demasiado—. No tengo interés en sospechosos. Pensé que eso era evidente.

—Lo siento... supongo que tiene razón —parecía desconcertada—. No estoy acostumbrada a hablar con... gente normal. —Lo consideró por un momento—. Quizá lo juzgué mal... y quizá he dicho demasiado. Perdóneme. —Le dio la lista de invitados y se marchó.

Abrams regresó al bar y repasó la lista de invitados. Había una buena cantidad de personas con apellidos franceses o centroeuropeos, exluchadores de la resistencia, supuso. También había caballeros ingleses y sus damas, una pareja Romanov y otros con título, incluyendo a su nueva amiga, la condesa Claudia. Miró por encima del hombro hacia la mesa de Grenville, pero Claudia estaba de espaldas. La banda comenzó a tocar y decidió sacarla a bailar, pero vio que se ponía de pie para hacerlo con Tom Grenville.

Abrams pidió otra copa y volvió su atención a las otras mesas. Había algo común en el ambiente que podía describirse con una palabra: «orgullo». Cierta arrogancia y hasta sentimentalismo, pero el sentimiento general era el de «un trabajo bien hecho». Los años no habían apagado los recuerdos, la edad y los achaques no se notaban en los pasos decididos y las voces resonantes. No importaba que cada año fueran menos o que el mundo no fuera el mismo que en 1945. En este lugar, esta noche, pensó Abrams, era otra vez el Día de la Victoria.

Katherine golpeó con los dedos contra la lista para sacarlo de su ensoñación. Se puso a su lado y preguntó.

—¿Busca a alguien en particular?

—No —y agregó—: ¿quiere tomar una copa?

—No, muchas gracias. ¿Pareció brusca la forma en que me fui?

—Parecía molesta.

Se forzó a sonreír.

—Nuestra conversación termina así a menudo, ¿no?

Abrams pareció vacilar y Katherine sintió que se debatía entre pedirle disculpas e invitarla a bailar.

—Vamos a bailar —dijo Katherine.

La banda tocaba *Según pasan los años*. Ella se acomodó dócilmente en sus brazos y Abrams sintió el cuerpo que se apretaba contra el suyo, olió sus cabellos, su jabón, su perfume. Al principio bailaban muy conscientes de sí mismos, pero luego Abrams se relajó y la joven hizo lo mismo y la proximidad de sus cuerpos no fue tan embarazosa.

—¿Nunca ha estado casado? —preguntó Katherine.

—No... estuve comprometido una vez.

—¿Puedo preguntar qué pasó?

Abrams miraba a Claudia que bailaba con Grenville. Volvió a mirar a Katherine.

—¿Qué pasó...? Oh, teníamos diferentes ideas políticas. Así que nos separamos.

—Eso es raro.

—Ella era una extremista en los años sesenta, luego paz y amor o lo que sea. Una activista antibelicista y defensora de los derechos civiles. Después fueron las ballenas, seguido por los indios norteamericanos y el medio ambiente. Luego las luchas antinucleares. Cualquiera cosa que fuera mal, allí estaba Marcy con un cartel y una camiseta. Su vida cronológica era paralela a los sucesos de la televisión de la noche. Así como los artistas tienen períodos, el período azul, ella tenía el período de la ballena, el de los indios... ¿me comprende?

—¿El activismo y el idealismo no le atraen?

—Ningún «ismo» me atrae. Vi demasiado de todo eso en mi infancia. Arruina la vida de la gente.

—Algunas veces ayuda a la humanidad.

—Apesta. Para mí, apesta.

Bailaron en silencio y finalmente Katherine dijo:

—¿Entonces usted la dejó? Porque ella se comprometía tanto...

—Ella me dejó. Porque le confesé que era republicano de toda la vida. —Sonrió—. La idea de dormir con un republicano, me explicó, le daba náuseas. —Lanzó una breve carcajada.

Katherine lo pensó durante un momento.

—Pero usted la quería a pesar de todo.

Abrams nunca se imaginó que el tema del amor y las relaciones de otras personas pudieran interesar a Katherine Kimberly.

—Nunca hubo un momento aburrido. ¿Puede imaginarme volviendo a casa con uniforme de policía y encontrando el salón lleno de revolucionarios negros?

—No, en realidad no.

—Era una situación tensa.

—Me alegro de que ahora lo encuentre divertido.

—No puede saber lo divertido que es hasta que hace el amor envuelto en una bandera cubana y la calefacción apagada en invierno como protesta por el precio del combustible y preguntándose si ella olerá la hamburguesa que uno comió, porque se suponía que había que boicotear la carne, y el retrato del Che lo mira con esos ojos como los de Cristo y dos invitadas lesbianas están durmiendo en el salón... —Miró a Katherine rápidamente y vio que su expresión era tensa—. Lo lamento. ¿La estoy molestando?

Sacudió la cabeza.

—No, estoy tratando de no reírme.

Siguieron bailando hasta que terminó la música. La tomó del brazo y volvieron al bar. Abrams abrió la lista de invitados.

—Veo que su hermana debía ser el octavo comensal de nuestra mesa.

—No pudo venir. Le iba a decir que si quería podía traer a alguien, pero me

olvidé. Si no está buscando a nadie en particular, quizá está buscando sospechosos.

—Solamente estoy interesado en estos nombres. En realidad, para ser honrado, le diré que estoy impresionado.

Katherine pidió vino blanco.

—¿Algo más que quiera saber?

—Sí. ¿Por qué están todos aquí?

—Es una cena anual —contestó sonriendo—. Esta noche es en honor de James Allerton, el padre de Peter, que va a recibir la medalla general Donovan. Y, por supuesto, se honra la memoria de los muertos y la del general Donovan, al que, como habrá notado, en las conversaciones se lo llama simplemente el General. ¿Encuentra todo esto interesante?

Abrams la miró, con la espalda apoyada contra el mostrador, la copa en una mano y el cigarrillo en la otra. Muy diferente de lo que solía ser en la oficina.

—La frase «la red de los muchachos» no me abandona.

Katherine echó una bocanada de humo.

—Aquí no hay ninguna red, éste es un grupo muy mezclado. El único denominador común es haber compartido un período de camaradería hace cuarenta años. La OSS tiene una gama que va de prostitutas a princesas y de criminales a cardenales.

Abrams pensó que no había tanta distancia entre ellos como ella parecía suponer.

—Es entretenido pensar que alguno de aquí, quizá más de una persona, puede ser un agente soviético. —Miró a su alrededor.

—Eleanor Wingate no dijo en realidad eso... ¿Por qué dijo «entretenido»?... Debió querer decir intrigado.

—Yo estoy entretenido.

Pensó un momento.

—No le gustamos mucho, ¿no? Supongo que le haría muy feliz poner en evidencia a alguien colocado en un puesto muy alto. Tengo entendido que la policía siente gran satisfacción en poner en evidencia a los poderosos.

—Solamente en la televisión. En la vida real, uno queda liquidado al declarar en la corte, y al ser interrogado por alguien de O'Brien, Kimberly y Rose le hacen pedazos. Si, como supongo, el sospechoso o los sospechosos, se ajustan a cierto perfil, ¿por qué se lo dijo al señor O'Brien?

—Porque confío en él.

Abrams sacudió la cabeza.

—Y supongo que mostró la carta a Thorpe.

—Sí. No está calificado para ser sospechoso, por supuesto. Ni usted tampoco.

—Me alegro de que el señor Thorpe y yo tengamos tanto en común. ¿Se lo ha dicho a alguien más o piensa hacerlo?

—Hay más gente en... nuestro círculo de amigos a los que se lo dirá esta noche.

—Está haciendo las cosas más difíciles para usted.

—Las investigaciones internacionales siempre son difíciles. Por eso quiero su ayuda.

—¿Por qué yo?

Se inclinó hacia él.

—Usted es inteligente, ingenioso, exdetective. Confío en usted y me gusta.

—¿Me he ruborizado?

—No, está pálido.

—Es la misma cosa.

Katherine agitó la mano.

—Terminé mi alegato. ¿Le gustaría bailar?

—Pareceríamos locos. La orquesta ha dejado de tocar.

Miró a su alrededor.

—Oh... —lanzó una carcajada.

—¿Puedo hacerle una pregunta obvia, señorita Kimberly? ¿Por qué no deja esto en manos de profesionales?

—Eso es complicado. ¿Por qué no se lo pregunta después al señor O'Brien?... Y puedes llamarme Katherine.

—Sí, estuvimos bailando. ¿Cómo te llamaré el martes en la oficina?

—Si estamos bailando, Katherine. Si no, señorita Kimberly.

Abrams no estaba seguro de si le gustaba su sentido del humor.

Abrams vio a Thorpe sentado solo. Se encaminó a la mesa y se sentó a su lado.

Thorpe lo observó francamente y comentó:

—Solamente yo y tú, Tony.

—Tú y yo.

—Eso es lo que dije. Simplemente puedo decirlo como quiero porque soy un licenciado de Yale, mientras que tú tienes que cuidar tu inglés.

—Es cierto —Abrams comenzó a comer.

Thorpe señaló con el cuchillo en dirección a Abrams.

—¿Qué te dijo Kate? Y no me digas ¿sobre qué?

—¿Sobre qué?

Thorpe se levantó a medias de su silla.

—Escúchame, Abrams...

—Tu cara está roja y estás levantando la voz. Nunca vi a uno de Yale haciendo eso.

Thorpe se inclinó sobre la mesa y chocó el vaso de Abrams con el cuchillo.

—Cuidado con lo que dices.

Abrams continuó ocupado con su comida.

—Mira... realmente no me importa que seas judío...

—¿Entonces por qué lo mencionas?

El tono de la voz de Thorpe se volvió conciliador.

—No me importan tus antecedentes, tus padres, que hayas pertenecido a la policía de Nueva York, que no es mi gente preferida, tu posición modesta en la vida, tus deseos de ser abogado y tampoco me importa que estés sentado aquí, pero...

Abrams levantó la mirada del plato.

—¿Qué te pareció que mencionara la sangre en tu puño?

—... pero me importa que mi novia esté tratando de meterte en este asunto, señor Abrams, que de hecho muy bien puede no ser el asunto de nadie. Creo que todo es una estupidez.

—¿Entonces por qué preocuparse por ello? ¿Has probado este pollo?

—Escucha atentamente y luego olvida lo que te dije. Katherine, O'Brien y unos pocos más son detectives aficionados, diletantes. Conoces esa clase de gente de tu época de detective. Se están dejando enredar por la intriga. No les des ánimos.

Abrams dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato y colocó la servilleta sobre la mesa.

—Si hay algo que hacer —continuó Thorpe—, deberá ser manejado por profesionales, como yo, no por...

Abrams se puso en pie.

—Discúlpame, necesito tomar aire... —se fue.

Thorpe tamborileó los dedos contra la mesa.

Después de unos minutos, Nicholas West regresó a la mesa. Thorpe lo miró de reojo.

—Todavía quiero ver esos libros, Nick.

West demostró un desacostumbrado fastidio.

—Esta noche nada de negocios. —Se sirvió un trago.

Thorpe comenzó a hablar, pero West casi no le prestaba atención. Estaba pensando en Thorpe. Como responsable del Servicio Interno de Contacto, Thorpe dirigía el más grande círculo de espías aficionados del mundo. La operación había crecido tanto que Thorpe tenía en su departamento un ordenador que contenía los nombres de miles de civiles, sus itinerarios en el extranjero, ocupaciones, capacidad, integridad, y zonas de experiencia. Y toda la operación costaba relativamente poco. Cada persona que se comprometía a «hacer un poquito por el país» lo hacía sin recibir compensación alguna, los únicos premios eran vivir una aventura y recibir una palmada en el hombro dada por Thorpe o por sus ayudantes.

Thorpe se dio cuenta de que West no le prestaba atención y lo tomó del brazo.

—De acuerdo, nada de negocios. ¿Cuándo vas a Múnich a ver a tu prometida?

—No tengo permiso para ir a Múnich. Ann va a venir aquí a fines de junio o principios de julio, en vacaciones.

—Oh, ¿cuándo es el gran día?

—Todavía no está decidido.

—Debe de ser muy frustrante vivir juntos en países separados. De todos modos, estoy ansioso por ser tu hermano político. Entonces confiarás en mí.

—¿Y cuándo te casarás tú?

—¿Qué te parece una boda doble el 4 de julio? Eso gustaría a todos los patriotas y a los fantasmas. Quizá podríamos usar la propiedad de Glen Cove. Sí, eso sería muy bonito.

West sonrió.

—Te refieres a la propiedad de Van Dorn, ¿cierto? ¿No a la propiedad soviética?

Thorpe sonrió a su vez, pero no respondió.

Los camareros trajeron el postre y West se dedicó al suflé de chocolate.

—No quiero romper mi regla de no hablar de negocios esta noche —dijo West—, pero este asunto de Talbot suena siniestro. Espero que no desate una de esas olas de histeria en la Compañía.

Thorpe se encogió de hombros.

—Dios, ¿qué hará esa gente sin su Cucu? Talbot. Basura. Si hay un Talbot, ahora debe de tener ciento cinco años. —Thorpe se inclinó hacia West—. ¿Sabes quién es Talbot? Yo te lo diré. Es el diablo en nuestras cabezas. Es el espíritu demoníaco, el monstruo, la pesadilla... —Thorpe bajó la voz—. No existe, Nick, nunca existió. Es a

quien estos viejos culpan por sus errores.

—Puede que tengas razón —comentó lentamente West.

Thorpe iba a responderle cuando Katherine se acercó a la mesa y se sentó. Habló con tono preocupado.

—Hemos llamado a todas partes y no hay señales de Carbury.

Thorpe no pareció particularmente preocupado.

—Voy a llamar a mi gente y haré que se pongan en contacto con el FBI.

—También quiero que Tony use sus contactos con la policía —respondió Katherine—. ¿Dónde está Tony?

—Es viernes por la noche, ¿no? Probablemente fue a la sinagoga.

La voz de Katherine sonó enojada.

—Has estado grosero toda la noche. ¿Qué diablos te pasa?

—Creo que tuve un mal día —dijo Thorpe con gesto contrito—. Me disculparé con todos.

—Eso no lo arregla —replicó Katherine con un suspiro de exasperación—. ¿Tú y Ann peleáis? —preguntó a West, que parecía molesto.

—Algunas veces —respondió West con una sonrisa de compromiso.

—Entonces quizá sea culpa nuestra, de las mujeres Kimberly. Mi madre es una bruja. —Se volvió a Thorpe—. Acepto tus disculpas.

Thorpe resplandeció y levantó la copa.

—Todos para uno y uno para todos.

Chocaron las copas y bebieron. West miró de reojo a Katherine y luego a Thorpe. West estaba en una posición que le permitía saber de Peter Thorpe más de lo que éste deseaba. West había leído el legajo personal de Thorpe y sus informes de evaluación. Lo había hecho con la excusa de su investigación histórica, pero en realidad era por su preocupación personal por Katherine.

Recordó que una de las evaluaciones había caracterizado a Thorpe como un «entusiasta heterosexual». Alguien había escrito en el margen: «Esto quiere decir que caza a las mujeres». West imaginaba que Katherine lo comprendía y aceptaba.

West miró a los ojos de Thorpe mientras hablaba con Katherine. Había pequeños destellos de locura, como una puerta que se abre y vuelve a cerrarse, dejando esa sensación, pero sin ninguna prueba positiva. Recordó algo más en el legajo de Thorpe, el informe de un psicólogo de la CIA, escrito en el claro inglés que impulsaba la Compañía por encima de la jerga de los psicoanalistas civiles. Después de una larga entrevista —probablemente con ayuda de drogas— el analista había escrito: «A veces se comporta y habla como si estuviera en Yale. Disfruta de las tareas clandestinas pero prefiere las más peligrosas, como si estuviera en una fraternidad estudiantil».

El psiquiatra había agregado algo que West consideraba perturbador: «Thorpe padece de aburrimiento, debe vivir al borde de un abismo para sentirse totalmente vivo. Se considera a sí mismo superior al resto de la humanidad por conocer secretos

importantes y por pertenecer a una organización secreta y a una minoría. Eso evidencia una personalidad inmadura. Por otra parte, sus relaciones con sus padres, aunque son buenas, son superficiales y no establece lazos de amistad con los hombres. Su actitud con las mujeres puede ser descrita como de aparente encanto, pero con desprecio interior».

West observó a Thorpe. Era claro, al menos para West, que Peter Thorpe era un hombre que luchaba contra una monumental fuerza interior, un hombre cuya mente se encontraba en un torbellino sobre asuntos muy serios.

Había dicho algunas cosas a Katherine, pero no consiguió nada y abandonó la empresa. Sin embargo, Ann fue más receptiva. Ella tenía otras informaciones — conversaciones informales con agentes, rumores y cosas semejantes— y, aunque no concretó nada, West podía darse cuenta de que estaba preocupada.

Sabía qué tenía que hacer, juntar todos los informes de Thorpe y de aquellas operaciones en las que había tomado parte, pero lo había dejado de lado y ya había llegado el momento de hacer una evaluación total de Peter Thorpe.

Súbitamente, Thorpe se volvió hacia West.

—Te noto pensativo, Nick. ¿Qué pasa por tu cabeza?

West sintió que se ruborizaba y fue incapaz de desviar la mirada.

Tuvo la desagradable impresión de que Thorpe sabía lo que había estado pensando. Aclaró la garganta y dijo:

—Me estaba preguntando: si encuentran a Carbury muerto, ¿creerás en la existencia de Talbot?

Los ojos de Thorpe se entrecerraron y se acercó a West y habló suavemente.

—¿Si encuentras una oveja con la garganta destrozada, Nick, creerás en los lobos o en el hombre lobo? —Sonrió lentamente, con una sonrisa lobuna, pensó West—. Nueva York no es el lugar menos adecuado para que un hombre aparezca con un cuchillo en el corazón.

West trató de contenerse, pero sus ojos se clavaron en la mancha del puño de la camisa de Thorpe.

Thorpe le sonrió ampliamente, dejando al descubierto una hilera de dientes blancos. West se puso de pie y se disculpó.

Thorpe volvió su atención a Katherine que se estaba sirviendo café.

—Este hombre es muy impresionable. Me pone nervioso.

—Nunca advertí que algo te pusiera nervioso.

—Nicholas West pone nerviosa a mucha gente de la Compañía.

—Parece que tuvieras la conciencia sucia.

—Yo no tengo conciencia, ni sucia ni de ninguna manera.

—Entonces debes de ocultar algo —dijo sonriendo.

Thorpe no le devolvió la sonrisa.

—Si lo hiciera, no lo haría por mucho tiempo ante este inofensivo hombrecito, ¿no?



Katherine lo observó detenidamente.

—Tienes razón.

Thorpe asintió para sí mismo como si hubiera decidido algo.

—Por otra parte, estoy preocupado por él. Hay demasiada gente que quiere sacarlo del camino. —Encendió un cigarrillo y exhaló el humo—. Para usar una analogía familiar, Nicholas West es como la cabeza de una vaca que come demasiado tiempo en los campos de los archivos de inteligencia hasta que engorda demasiado. El granjero, dueño de la vaca, quiere sacrificarla, los lobos del bosque la quieren en sus estómagos, —miró a Katherine—. Pobre Nick.

La mesa de Patrick O'Brien estaba ocupada otra vez. West hablaba con Katherine, O'Brien con Kitty y George Van Dorn. Claudia había ocupado el lugar vacío y charlaba con Abrams. Thorpe permanecía en silencio. Unas cuantas personas bailaban una melodía de los años treinta. Abrams observó a Thorpe. El hombre había bebido mucho durante esa noche, pero se le veía sobrio. Volvió a mirar a Claudia y respondió a su pregunta.

—No, mis padres no me enseñaron ruso.

—Qué lástima. Yo sé ruso. Podríamos haber tenido conversaciones secretas.

—¿Sobre qué?

—Sobre cualquier cosa. Te enseñaré unas pocas palabras y estoy segura de que recordarás.

Abrams no respondió y Claudia cambió de tema. Habló animadamente de su vida en Estados Unidos, tocando el brazo de Abrams de cuando en cuando. En un momento dado le preguntó:

—¿Te estoy tocando demasiado?

A lo que él contestó:

—No demasiado, pero no en el lugar adecuado.

Claudia rió.

Abrams dejó que su mente regresara a cuando O'Brien le presentó a algunos de sus amigos y clientes. La mayoría, como John Weitz, Julia Child y Walt Rostow, era gente rica, famosa, poderosa o las tres cosas juntas. Abrams no se preguntó por qué le concedían ese raro honor. Había una cierta psicología en el reclutamiento para las organizaciones más clandestinas que era común a todas las que conocía, desde la Mafia a los underground, comenzaban por hacer que uno llevara mensajes, luego había algunos actos de indiscreción. Después uno era introducido al círculo íntimo y le presentaban la gente más importante que podía o no ser parte del grupo, pero que dejaba que uno creyera que era afín. Luego, cuando finalmente uno estaba psicológicamente listo, lo mandaban en una misión para probarlo. Una misión que le habían avisado que llegaría, pero que uno no hubiera imaginado unos meses o semanas antes. En ese caso, la misión en Glen Cove, que suponía que era para probarlo.

Claudia interrumpió sus pensamientos.

—Pienso que deberías pasar la noche en la residencia del centro.

Abrams la miró.

—¿Te parece? A lo mejor no hay sitio. Supongo que los Grenville se quedan, ¿no?

—Olvídate de Joan Grenville, amigo mío —respondió sonriendo Claudia—. Esos de clase larga no son para ti.

—Se dice clase alta.

De golpe el salón enmudeció porque el presidente de los veteranos de la OSS, Geoffrey Smythe, se puso de pie y dio la bienvenida a todos y presentó a los invitados del estrado.

Tras una corta introducción dijo:

—Tengo el especial honor de presentarles esta noche al invitado que les hablará, que es probablemente el único hombre de este país que realmente no necesita una presentación. Damas y caballeros, el presidente de Estados Unidos y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas.

La parte militar de la concurrencia se puso de pie, levantó sus copas e hizo el brindis tradicional: «¡Por el comandante en jefe!». Siguió una salva de aplausos mientras el presidente ocupaba su lugar en el podio.

El discurso del presidente fue interrumpido varias veces por aplausos. Por último dijo:

—Y finalmente, envió mi mensaje presidencial al personal superior de la CIA, expresando mi deseo de ver revivir el espíritu de cuerpo, la dedicación, el estilo y la bravura de la antigua OSS. Muchas gracias a todos.

Abrams miró a su alrededor. Bill Casey tenía una sonrisa en su cara. Era evidente, pensó Abrams, que había regresado a los buenos tiempos.

William Colby, jefe del comité de premios, se puso de pie y anunció:

—El propósito de esta reunión es honrar la memoria del fundador de la OSS y presentar la medalla general Donovan, que esta vez me toca a mí el honor de entregar.

Colby leyó luego un texto:

—Los veteranos de la OSS otorgan la medalla Donovan a un individuo que haya prestado servicios distinguidos a los intereses de Estados Unidos, el mundo libre y la causa de la libertad. Este año, nos sentimos especialmente orgullosos de otorgarla a un hombre que estuvo presente en el nacimiento de la OSS, un hombre cuya carrera es paralela en muchos sentidos a la del general Donovan.

Colby miró a su izquierda y luego prosiguió:

—James Allerton es el fundador de la firma de abogados de Wall Street, Allerton, Stockton y Evans. Fue amigo y consejero del general Donovan y de cada presidente estadounidense desde Roosevelt hasta nuestro actual jefe de Estado.

»El presidente Roosevelt lo nombró coronel durante la Segunda Guerra Mundial y como tal sirvió en el grupo del general Donovan. Después de la guerra, el presidente Truman lo eligió para el equipo que proyectó la ley de Seguridad Nacional, que hizo nacer a la CIA. El presidente Eisenhower lo nombró embajador en Hungría.

»En 1961 fue nombrado por el presidente Kennedy representante ante la Comisión de Valores y Divisas. Pero James Allerton era un oficial de inteligencia y

sentía la antigua atracción del intangible mundo de capa y espada, que todos nosotros comprendemos —Colby esperó que las risas cesaran antes de proseguir—. James Allerton ofreció sus servicios a Kennedy en ese sentido y fue nombrado consejero presidencial para el Servicio de Inteligencia Militar.

»Desde entonces, los consejos de James Allerton han sido recibidos por cada presidente en asuntos muy delicados en las áreas de inteligencia y planeamiento de la seguridad nacional.

»James Allerton —continuó Colby— sirve ahora en el equipo de Oficiales de Inteligencia Nacional, que, como ustedes saben, es un pequeño grupo de importantes analistas, conocidos extraoficialmente en Washington como los Hombres Sabios, que aconsejan al presidente en asuntos de extrema importancia para el país y el mundo.

La voz de Colby anunció que llegaba el final del discurso:

—La larga carrera de James Allerton representa las cualidades que se necesitan para recibir la medalla Donovan por parte de los veteranos de la OSS. Damas y caballeros, me permito presentarles a un querido amigo personal, el honorable James Prescott Allerton.

Todos los presentes se pusieron de pie y un largo y fuerte aplauso se extendió por el salón. Allerton se levantó y caminó hasta el podio. La alta figura se veía algo encorvada, pero con gran dignidad. Sus ochenta años casi no se notaban en su rostro vigoroso, enmarcado por espeso pelo blanco, pero sus movimientos eran los de un hombre de su edad.

Colby deslizó por encima de la cabeza de Allerton la cinta azul y enderezó la medalla de oro en el centro de su pecho. Los dos hombres se estrecharon las manos y Allerton quedó solo en el podio.

Los claros ojos azules se llenaron de lágrimas, que secó con un pañuelo. Terminaron los aplausos y todos volvieron a sentarse.

James Allerton dio las gracias a Colby y al comité y expresó su reconocimiento al presidente y al resto de los ocupantes del estrado.

Abrams observó a Thorpe mientras su padre hablaba con voz fuerte y una entonación que sugería colegios privados, universidades de la Ivy League<sup>[2]</sup> y el desaparecido mundo de antes de la Segunda Guerra Mundial en lugares como Bar Harbor, Newport, Hyannis Port y Southampton.

Ser el hijo de un padre famoso tenía desventajas bien conocidas y haber seguido sus pasos en la misma carrera, pensó Abrams, estaba lleno de peligros, psicológicos y de toda clase.

Cuando Allerton tenía la edad de Thorpe, reflexionó Abrams, ya estaba en el grupo de Donovan como coronel, ayudando a ganar una gran guerra, cambiando el mundo, dueño de su destino y del destino de muchos otros. Pero éstos eran otros tiempos, pensó. Incluso los hombres y las mujeres que tenían potencial de grandeza estaban condenados a la oscuridad y a la frustración en una edad que ya no siente la llamada de la grandeza. Abrams consideró que tenía algunas pautas del carácter de

Peter Thorpe, o de la falta de él.

Abrams volvió su atención al estrado, en donde James Allerton hablaba elocuentemente de sus años en la OSS. Pudo notar que la audiencia estaba muy conmovida por los recuerdos.

Entonces Allerton dejó de hablar e inclinó la cabeza por un momento. Cuando levantó la mirada, recorrió lentamente los rostros de los veteranos y los invitados hasta que su voz recuperó la firmeza. Entonces dijo:

—El mundo perdió millones de hombres y mujeres buenos en esos horribles seis años de guerra y nosotros fuimos los más humildes. Pero los recordamos... a cada uno de ellos, de diferentes maneras, cada día. Y los recordamos esta noche. —James Allerton suspiró, movió la cabeza, tocó su medalla y terminó diciendo—: Muchas gracias a todos. —Abruptamente abandonó el podio y tomó asiento. Toda la gente se puso de pie casi al mismo tiempo. Hubo un largo instante de silencio y luego estallaron los aplausos.

El presidente se puso de pie, se acercó a Allerton, lo abrazó y hubo más ovaciones. Todos los del estrado miraban a Allerton mientras lo aplaudían.

Abrams no tenía experiencias anteriores como para juzgar este acontecimiento, pero le pareció que esta cena debía de ser la más lograda de todas. Trató de sentir lo que los demás sentían: triunfo, reivindicación, rejuvenecimiento, pero no pudo. O se había estado allí con ellos o no se había estado.

Lo más cercano a esa experiencia, pensó, eran las reuniones en sus clases del colegio secundario. Había salido en el diario por arrestar a un homicida y lo invitaron a comer a un restaurante italiano, en donde tuvo que hablar. Luego fue a su casa con una antigua novia, recientemente divorciada, e hizo el amor. Nunca se había sentido tan bien en su vida. No fue algo de importancia mundial, pero para él fue toda una experiencia.

Abrams se sentó antes que los demás y terminó su copa. Admitía que se sentía forastero, pero ¿era un forastero que quería entrar o quería seguir así? Miró a la gente que lo rodeaba y luego se fijó en Patrick O'Brien. Con anterioridad, O'Brien le había abierto la puerta para permitirle echar un vistazo a otro mundo, un mundo de conspiración y secretos.

Pensó que debía de ser su destino comprometerse con un infierno o con otro. Primero fueron los Diablos Rojos, luego las operaciones secretas en la policía.

En ese momento casi toda la concurrencia estaba en movimiento, iban de una mesa a otra, estrechándose las manos y saludando a los del estrado. Una falange de hombres del Servicio Secreto llevó al presidente hacia una salida.

Peter Thorpe captó la mirada de Abrams y le hizo un gesto señalando la puerta.

Abrams se puso de pie. Era el momento del trabajo sucio.

Peter Thorpe se detuvo ante la puerta de la habitación de Randolph Carbury. Habló en voz baja.

—¿Traes armas?

—Esta noche no —contestó Abrams.

—No, ni siquiera yo pude traerla con la multitud que había. —Thorpe sostenía la llave que había conseguido del encargado, que permanecía cerca de ellos—. Oigo la radio. El cartel dice «No molestar».

—Molesta.

Thorpe abrió la puerta y la empujó unos centímetros.

—Tiene puesta la cadena.

Abrams vio la cadena que él había vuelto a colocar en su lugar.

—Parece que él está.

—¿Coronel Carbury? —preguntó Thorpe.

—Empuja.

Thorpe se encogió de hombros, dio un paso atrás y empujó la puerta con el hombro. La cadena se soltó; Thorpe entró en la habitación trastabillando y cayó al suelo.

Abrams sonrió y entró tras él. Tocó la cadena que colgaba.

—La dejó puesta al salir. Es un viejo truco. ¿Estás bien?

El rostro de Thorpe estaba enrojecido cuando se puso de pie.

Abrams sacó la llave y se la alcanzó al encargado.

—Vaya a dar un paseo.

Thorpe miró a Abrams como si se preguntara si lo había hecho a propósito.

Abrams miró detenidamente a Thorpe, preguntándose si Thorpe sabría algo de la cadena y estaba disimulando.

Los dos miraron por la habitación.

—Bueno, aquí no hay signos de violencia. —Caminó hasta el cuarto de baño y dijo—: Aquí tampoco hay nada.

Abrams notó que la caja del esmoquin estaba vacía sobre la cama.

—Carbury se vistió para la cena.

Thorpe regresó al dormitorio y se arrodilló al lado de la cama.

—Éste es el único lugar en donde se puede colocar un cadáver en esta habitación.

—Miró debajo de la cama—. ¿Carbury? ¿Está allí? —Se incorporó—. Bueno, parece que ha salido.

—Quédate allí para no dejar huellas digitales, pelos o pistas por todos lados —dijo Abrams—. Voy a revisar la habitación.

—Tony en acción —replicó Peter sonriendo—. ¿Necesitas una lupa y una gorra con visera?

Abrams revisó la habitación por segunda vez durante aquella noche. Thorpe hizo unas cuantas acotaciones, pero Abrams no le respondió. Una vez que terminó la búsqueda dijo de golpe:

—¿Ya has estado aquí esta noche?

—¿Y tú?

—Yo estaba en el club. Pero no pude subir. Contesta a mi pregunta.

Thorpe se dirigió hasta la ventana y miró a la calle.

—En realidad, saqué un libro de la biblioteca, tomé un trago y me fui.

—¿Coincidencia?

Thorpe volvió la cabeza y sonrió.

—Ni tú ni yo creemos en coincidencias. Al menos en nuestro trabajo. Estuve aquí por la misma razón que tú.

Abrams pareció sumirse en sus pensamientos.

—¿En qué estás pensando, genio?

—Ya lo sabes —respondió Abrams mirándolo.

—Dímelo, tú, Tony.

—En la sangre del puño, Peter.

—Lo sé, lo sé —Thorpe sacudió la cabeza como si considerara un problema abstracto que no tuviera nada que ver con él—. ¿Qué podemos hacer con eso?

—Pensamos que es algo chapucero y de aficionados. —Abrams se acercó a Thorpe.

—No te acerques —dijo Thorpe.

Abrams se detuvo y sonrió.

—Debo parecerle un poco tonto, pero quiero tu puño. Arráncalo.

Thorpe le devolvió la sonrisa.

—Ven a buscarlo. —Se quitó el impermeable.

Abrams se encogió de hombros.

—Pensé que dirías eso. —También se quitó el impermeable y dio unos pasos hacia Thorpe, dándose cuenta de que no sólo quería el puño, sino un pedazo de ese hombre.

Thorpe levantó los puños.

—Era del equipo de boxeo de Yale, Abrams. Mejor que seas bueno.

Abrams se movió, adelantando el hombro izquierdo, con las piernas flexionadas y los puños protegiendo su cara. Thorpe hizo lo mismo. Pero Abrams no pensó ni por un momento que su contrincante fuera a boxear, así que cuando la pierna izquierda de Thorpe voló por el aire con el pie apuntando directamente a la ingle, Abrams pudo reaccionar. Bajó las manos e interceptó el pie de Thorpe. Pero la patada de Thorpe fue tan enérgica que Abrams cayó al suelo sujetando el tobillo de Thorpe, quien de un tirón se desprendió de ambos zapatos.

Rápidamente Abrams se puso de pie y retrocedió. Thorpe sonrió lentamente.

—Muy listo. Si te hubiera dado esa parada, estarías cantando con voz de falsete durante un mes. Bueno, ¿todavía quieres mi puño?

Abrams asintió.

Thorpe puso cara de desconsuelo.

—¿Cómo voy a explicarle a Katherine que estás en un hospital? —Se acercó a Abrams lanzando golpes al aire.

Abrams retrocedía hacia la puerta.

Thorpe se colocó a cierta distancia.

La mano derecha de Abrams se dirigió hacia su espalda, como buscando el picaporte. Thorpe sonrió y dio un paso rápido para colocar su patada. De repente, la otra mano de Abrams también sujetó el picaporte. Thorpe vio, demasiado tarde, lo que iba a suceder. Los pies de Abrams se levantaron del suelo, con el cuerpo sostenido por las dos manos apoyadas en el picaporte y sus talones golpearon a Thorpe en el abdomen y lo lanzaron contra la cama; de allí rodó al suelo.

Abrams sabía que con ese golpe no lo dejaría fuera de combate y se arrojó sobre él. Muy cerca tuvo que detenerse en seco.

Thorpe se puso de pie con un cuchillo negro muy largo y delgado en la mano. Habló tratando de recuperar el aliento.

—Es de ébano... pasa por el detector de metal y los rayos X... Puedo atravesarte el corazón con él. ¿Quieres probar?

Los ojos de Abrams buscaron a su alrededor y descubrió una pesada lámpara de mesa.

Thorpe sacudió la cabeza.

—No lo hagas. Mira. —Mantuvo firme la mano con el cuchillo y dobló la manga de la chaqueta dejando el puño de la camisa al descubierto—. Ya no tengo la mancha. El encargado del baño de hombres tenía quitamanchas. Los establecimientos militares son muy quisquillosos en lo que se refiere a la apariencia personal.

Abrams mantuvo la mirada en el cuchillo.

Thorpe lo bajó y lo guardó en un costado del pantalón.

—¿Hacemos una tregua?

Abrams asintió.

Thorpe se palmeó la costura donde había deslizado el cuchillo.

—Vamos, te invito a un trago. Lo necesitamos. —Se puso los zapatos. Recogieron sus impermeables y salieron.

Esperaron el ascensor en silencio. Thorpe encendió un cigarrillo y luego habló como si pensara en voz alta.

—Los policías buscan cosas como motivo, oportunidad, pistas... como el puño por ejemplo. En mi negocio, tenemos necesidades diferentes. No nos importa saber el nombre del acusado. Eso no tiene importancia. Queremos saber el nombre del que lo empleó. No tratamos de cerrar un caso contra un asesino. Siempre consideramos que



el motivo para un asesinato o un rapto es perfectamente legítimo... desde nuestra perspectiva. Así que no hablamos de legalidades. La policía piensa en términos de crimen y de castigo. Nosotros pensamos en términos de transgresión y compensación.

Abrams no contestó nada.

—La Ley de Seguridad Nacional de 1947 —continuó diciendo Thorpe— no nos permite arrestar. Con eso suponían que nos mantendrían en la legalidad. Una idea idiota. ¿Qué harías con gente a la que no puedes arrestar y someter a juicio en un tribunal especial?

Abrams encendió un cigarrillo.

—Se supone que el FBI debe proceder a detenciones; y luego observar cómo un fiscal federal manda el caso al diablo. O ver cómo el defensor trata de sacar a la luz toda clase de informaciones que pertenecen a la seguridad nacional. Bueno, no tomamos ese camino.

Llegó el ascensor y Thorpe hizo un gesto para que Abrams entrara. Éste sacudió la cabeza, Thorpe se encogió de hombros y entró solo. Se cerraron las puertas. Abrams tomó el siguiente ascensor.

Mientras bajaba, Abrams pensó: si Thorpe mató a Carbury ¿por qué lo hizo él? La personalidad de Thorpe, por lo que Abrams podía darse cuenta, era la del hombre que puede asesinar como parte de su tarea diaria, por razones que puede no entender totalmente o que ni siquiera le importan. También era del tipo que mataría a cualquiera que supusiera la menor amenaza a su bienestar personal o felicidad. Entonces, ¿había sido una misión oficial o una cuestión personal? Abrams se reunió con Thorpe, quien le guió por el salón con paneles de roble.

—¿Has oído hablar del Escuadrón de Homicidios Especiales?

Abrams se aproximó al bar sin contestarle.

—Un puñado de policías de Nueva York que aparece solamente cuando se supone que un cadáver acabó así como resultado de una decisión oficial. Estos detectives, casualmente, han recibido entrenamiento especial en una granja en Virginia. ¿Me comprendes? Así que no vayas golpeando puertas de esa manera. Podrías llamar en la puerta equivocada.

Donald, el barman, se aproximó.

—Hola, señor Thorpe. ¿Terminó la fiesta?

—En efecto.

—¿Cómo estaba el presidente?

—Fantástico. Lo verás en el noticiario de las once, Donald, este grupo necesita alcohol. Stolichnaya y sírvete tú una copa. Mi amigo bebe *whisky*.

—¿Cómo quiere el *whisky*? —preguntó Donald a Abrams.

—En copa.

Donald fue a servirles.

Thorpe encendió otro cigarrillo.

—Me duele el estómago.

—Debe de ser por el pescado.

Thorpe sonrió.

—Eres bueno, Abrams. Debo reconocerlo.

Por un rato ninguno de los dos habló.

—¿Qué piensas de los viejos muchachos?

Abrams contestó en tono mesurado.

—Unos viejos chochos bastante inofensivos. Como para hablar del poder y la política. Aunque pienso que ya están fuera de eso.

—Eso es lo que pensaba yo. El hecho es que no es así. Los uso en mi negocio.

Abrams pensó que O'Brien diría que él usaba a Thorpe.

—¿Cuál es tu negocio?

—Algo llamado el Servicio Interno de Contacto. ¿Cuál es tu espacio?

—Un metro ochenta y seis.

Thorpe rió.

—Me caes bien. Siento lo de antes, durante la cena.

—Gracias. —Abrams observó a Thorpe. Cuando Thorpe peleaba con él, Abrams sabía que no corría ningún peligro personal. Ahora sabía que estaba en un peligro extremo.

Llegaron las bebidas. Thorpe levantó su copa.

—Muerte a los enemigos de mi país.

—*Shalom*.

Ambos hombres permanecieron en silencio. Donald se inclinó y habló despacio.

—Aquel individuo recibió su mensaje.

Thorpe asintió y le guiñó un ojo.

Donald volvió a hablar en tono normal.

—Eh, estuve pensando... eso que dijo sobre el 4 de julio...

—Bueno. Vamos a necesitar un buen barman. En una propiedad en Long Island.  
¿Podrás ir?

Donald pareció momentáneamente confundido.

—Claro... seguro...

Thorpe se volvió hacia Abrams.

—¿Puedes guardar un secreto? Voy a pedirle a Kate que se case conmigo. Estoy planeando la boda para el 4 de julio.

—Felicidades.

—Gracias. —Thorpe jugó distraídamente con una cuchara. Abrams miró a su alrededor. Muy exclusivo. Láminas de caballos en las paredes. Lámparas con luz verde. Abrams se abotonó el impermeable.

—Vamos.

Thorpe le sujetó de un brazo.

—¿Has hablado de esto con alguien que no sea de la firma?

Abrams pensó que ésa era la pregunta precisa antes de meterle un balazo en la

cabeza. Se apartó y caminó hasta la puerta. Thorpe lo siguió. Bajaron las escaleras y Abrams se dirigió a una cabina telefónica. Salió unos pocos minutos más tarde.

—¿Has avisado a la policía? —preguntó Thorpe.

Abrams asintió.

—Posiblemente sea lo mejor. Hará feliz a O'Brien.

Caminaron hasta la puerta. Todavía llovía.

—¿Esta noche vas a quedarte en el centro? —preguntó finalmente Thorpe.

—Quizá.

—¿Quieres regresar al Arsenal?

—Si tú vas para allá...

El portero detuvo un taxi y subieron. Thorpe sacó dos puros de su bolsillo.

—Ramón Allones. Hechos a mano en La Habana. Los consigo por un negociante canadiense que trabaja para mí. —Ofreció uno a Abrams—. Vodka soviético y cigarros cubanos. ¿Qué diría la gente del Servicio de Seguridad Interna?

Abrams examinó el cigarro.

—No lo sé, pero mi tío Bernie diría que es *shtick*.

—¿Qué?

—*Shtick*. Es una palabra en yidish que quiere decir afectación. Como la capa impermeable que llevas. O el encendedor Dunhill de oro.

Thorpe pareció molesto.

—No. Eso es desenvoltura. Estilo.

—*Shtick*.

—Creo que no me gusta el yidish. —Encendió el cigarro y ofreció fuego a Abrams, que sacudió la cabeza.

—Lo guardaré para una ocasión especial. —Se guardó el cigarro en la chaqueta—. No has propuesto que miráramos en la caja de seguridad del club.

—¿Qué? Oh... por el diario... Diablos. —Se inclinó hacia el conductor.

Abrams lo empujó para atrás.

—No me hagas perder tiempo.

—Por lo menos participa en el juego. Tenemos que decirle a O'Brien que revisamos la caja de seguridad.

—Eres un chapucero, Thorpe. No prestas atención a los detalles. Si quieres jugar, por lo menos recuerda qué es lo que se supone que debes hacer y decir.

Thorpe asintió.

—Es un insulto para tu inteligencia y te pido disculpas. —Dejó caer la ceniza en el suelo.

—¿El diario era valioso? —preguntó Abrams.

—¿Valioso? —Thorpe pensó durante un momento y luego respondió—: Créeme si te digo que es un asunto de extrema seguridad nacional. Carbury iba a entregar datos sumamente delicados a un grupo de aficionados, muchos de los cuales suponen un alto riesgo a la seguridad, pese a que no pudimos hacérselo entender.

—¿Está muerto?

—No. Por supuesto que no. Está muy bien.

Abrams asintió. Muerto.

—¿Estás aturdido? ¿Te hubiera gustado quedarte en casa?

—No, fue una velada agradable —contestó Abrams.

—La noche todavía es joven y cargada de aventuras —dijo sonriendo Thorpe.

—¿Sí?

—Cuenta con ello.

Abrams se echó hacia atrás en el asiento. Un hombre, pensó, es conocido por la compañía que tiene, pero una mujer no siempre puede ser juzgada por el amante que elige.

Katherine Kimberly miraba con ansiedad hacia las puertas más alejadas del salón de recepción.

Nicholas West se acercó con dos copas de *whisky*.

—Toma. Relájate.

Katherine bebió el *whisky*. El salón de recepción, en la planta baja del Arsenal, daba sobre Park Avenue. Estaba lleno de gente, ruidoso y con olor a humo. Sobre un aparador había toda clase de licores para tomar después de la cena. Los muebles eran franceses, de nogal oscuro, las paredes revestidas de paneles de roble y la alfombra era oriental. Encima de la chimenea de mármol colgaba un gran retrato de George Washington pintado por Rembrandt Peale. En la pared opuesta, se hallaba un retrato de Jorge VI, que parecía haber atraído a los ingleses de ese lado del salón.

Uno de ellos, Marc Pembroke, captó su mirada y se aproximó. Katherine no lo veía desde la fiesta del 1 de mayo en la mansión de Van Dorn. Se enteró de que hubo algún problema entre Pembroke y Joan, la mujer de Tom Grenville, pero seguramente fue mucho más culpa de Joan que de Pembroke.

Pembroke saludó a Katherine y West.

—¿Tienes noticias de Carbury? —preguntó.

Katherine sacudió la cabeza. No tenía mucha confianza en Pembroke, pero O'Brien le había dicho que podía hablar con él, dentro de ciertos límites. Pembroke tenía acceso al archivo inactivo y se entendía con Arnold.

Pembroke también meneó la cabeza.

—Esto es muy perturbador.

Katherine sabía que Pembroke vivía y trabajaba en Nueva York desde hacía mucho tiempo. Tenía una oficina en el edificio británico del Rockefeller Center, muy cerca del edificio de Katherine. En su puerta ponía TECNOLOGÍAS BRITÁNICAS, pero ni ella ni nadie parecían saber para quién trabajaba. Recordó que le había visto una cartuchera y un arma debajo del brazo el día que iban a la mansión de Van Dorn.

—¿Dónde está Peter? —preguntó Pembroke.

—Ha salido, pero volverá pronto —fue la respuesta de Katherine.

—Quería hablar con él.

—Se lo diré. —Marc Pembroke y Peter tenían relaciones de negocios. De alguna manera, pensó, Pembroke le hacía recordar a Peter, pero eso no le inspiraba más confianza o afinidad. Marc Pembroke era la clase de hombre que las mujeres notan y los hombres evitan. Tenía algo increíblemente duro y no se sintió sorprendida al descubrir que estaba armado. En realidad, la habría sorprendido que no fuera así.

Apostaría, sin miedo a perder, a que Pembroke usaba el arma.

Mientras Pembroke y West hablaban, Katherine se disculpó y fue al encuentro de Patrick O'Brien. Estaba de pie, al lado de una ventana por la que entraba la lluvia y podía ver Park Avenue. Katherine se puso a su lado.

—Observando a Tony Abrams, creo que puede resultar una ayuda. ¿Hablaste con él? —dijo O'Brien.

—Sí. No está muy convencido. Está algo confundido sobre quiénes somos, pero necesitamos a alguien como él. Alguien que no tenga lazos personales con ninguno de nosotros y que pueda evaluar objetivamente las evidencias. Alguien —agregó— que positivamente no esté del otro lado. —Sonrió súbitamente—. Creo que va a disfrutar sacando a la luz que uno de nosotros es un traidor.

O'Brien la miró de reojo pero no dijo nada.

Katherine recordó el día en que se licenció en la facultad de Derecho de Harvard, el *alma mater* de su padre. Patrick O'Brien apareció inesperadamente y le ofreció un puesto en la antigua firma de su padre. Aceptó y se trasladó a Nueva York.

Luego se casó con un cliente, Paul Howell, y vivió con él en su piso de Sutton Place. Patrick O'Brien siempre fue amable con Howell, aunque no le gustaba. A la larga, Katherine se dio cuenta de que a ella tampoco le gustaba, pero Howell quiso oponerse al divorcio. Patrick O'Brien habló con él, pero eso le hizo volverse más obstinado. A partir de entonces, Paul Howell sufrió una serie de desgracias, incluida una investigación por fraude comercial. Luego se le rompió el ordenador de su casa de cambios. Al tiempo, sus mejores corredores se fueron, llevándose la cartera de clientes. A eso siguieron más desgracias, como si fueran las plagas del Antiguo Testamento. Hasta que un día Paul la llamó a la oficina y gritó.

—¡No quieren renovarme el contrato de mi piso! ¡Tienes que decirle que se detenga!

—¿A quién? —Katherine pensó que estaba loco.

—¡A O'Brien! ¿Quién diablos si no?

Katherine estaba asombrada y no dijo nada.

Paul volvió a gritar.

—¡Te concederé el maldito divorcio!

Y en unos pocos meses lo obtuvo. Paul Howell se trasladó a Toronto y nunca se supo más de él.

Katherine observó a O'Brien que bebía una taza de café.

—Si Tony Abrams se niega a trabajar con nosotros, no creo que debamos hacer nada contra él.

O'Brien sonrió con aire paternal y le palmeó el brazo.

—Siempre y cuando no le hayas revelado mucho sobre la compañía.

—No lo hice. —También recordó el día, unos cinco años atrás, cuando entró sin anunciarse al despacho de O'Brien, con la boca seca y el corazón latiéndole precipitadamente y dijo lo que tenía preparado:

—¿Puedo pertenecer o hay que ser un veterano de la OSS?

O'Brien le contestó sin vacilar:

—Puedes pertenecer. Necesitamos gente joven.

—¿Eres el jefe?

Su rostro permaneció impasible, inescrutable, muy distinto de su habitual expresividad.

—Somos iguales entre iguales.

—¿Cuáles son los objetivos?

—Traer los pollos al gallinero. Vengar las traiciones. Vengar las muertes, incluyendo la de tu padre. Encontrar a los traidores que aún estén entre nosotros. Encontrar al peor traidor, el hombre cuyo nombre clave es Talbot, y matarlo. Y completar la gran misión que nos asignaron en 1942: eliminar cualquier poder dedicado a nuestra destrucción.

—Esa tarea fue terminada por Truman en 1945 —contestó Katherine, señalando un documento firmado por Harry S. Truman, que colgaba enmarcado de la pared.

—Nosotros no reconocemos esa orden. Nacimos de la necesidad, vivimos de la necesidad, somos inmortales. No en un sentido físico, por supuesto, sino en el contexto de una sociedad inmortal. Debemos reorganizarnos de tiempo en tiempo, enfrentarnos con compañeros, contratarlos y echarlos, pero no estamos fuera del negocio. Al menos hasta que terminemos lo que nos propusimos.

Su mente quedó aturdida por lo que O'Brien le decía, pese a que hacía años que lo sospechaba. Le había dejado ver pequeños detalles, esperando pacientemente hasta que ella sacara las conclusiones adecuadas y llegara a una decisión correcta. Katherine le había preguntado algo sobre la forma de operar, el cómo, el porqué y el dónde. La contestación de O'Brien fue:

—¿Crees que nosotros no vimos lo que iba a suceder después de la guerra? Cuando terminaron con nosotros, como todos los gobiernos que usan a la gente, intentaron tirarnos a la basura, pero calcularon mal. No comprendieron totalmente los talentos que habían reunido. La guerra actuó como un catalizador, juntándonos dentro de una organización.

»Los vimos afilando sus cuchillos para terminar con nosotros después de hacerlo con los nazis. Así que tomamos precauciones. Comenzamos a funcionar clandestinamente. Guardamos archivos y grabaciones en diferentes lados. Algunos están aquí, en estas oficinas. Hicimos un contacto muy cercano con los Servicios de Inteligencia británicos, los cuales, nosotros lo sabíamos, iban a sobrevivir en el mundo de posguerra. Y robamos dinero. Sí, lo robamos. Tenemos una sección llamada Fondos Especiales. Tenemos un sistema bancario mundial de más de ochenta diferentes monedas circulantes. Había cerca de setenta y cinco millones de dólares en esas fundaciones, una fortuna en esos días. El Congreso y el presidente nos dieron ese dinero de mala gana, sin engaños ni miramientos, dijeron que «por las disposiciones de la ley y las ordenanzas relacionadas con el gasto de los fondos del gobierno». En

realidad no podían hacer otra cosa. No se puede manejar un equipo que se supone se comprometerá con asesinatos, secuestros, sabotajes, contiendas económicas y propósitos deshonrosos, sin fondos no verificables. También —y al decirlo una sonrisita cruzó su rostro—, nosotros efectivamente ganamos dinero en algunas de nuestras operaciones. La mayoría de nosotros somos, después de todo, hombres de negocios y abogados.

Luego se acercó a Katherine y le dijo con calma:

—Durante los últimos treinta y cinco años hemos cumplido una gran parte de lo que nos propusimos, pese a que no puedo darte detalles. Pero quiero decirte que hemos descubierto y eliminado a una cantidad de estadounidenses e ingleses que trabajaban para el otro lado. —Le había colocado una mano sobre el hombro—. ¿Todavía quieres formar parte?

—¿Sabes quién mató a mi padre? Quiero decir... ¿no fue un accidente, no es cierto?

—No fue un accidente. Las personas que arreglaron su muerte también arreglaron la muerte de otros buenos hombres y mujeres, incluyendo, creo, a los padres de tu nuevo amigo, Peter Thorpe. Casi me agarraron a mí, también. Y casi consiguen quedarse con el mundo libre después de la guerra. De todas maneras, finalmente sabremos todo lo que debe saberse sobre ellos.

Katherine se había puesto de pie diciendo:

—Nunca conocí a mi padre..., siempre me sentí estafada..., pero siempre me consolé a mí misma con el hecho de que había muerto en la guerra, como tantos otros. Pero esto es diferente. No soy vengativa por naturaleza, pero me gustaría...

O'Brien había asentido.

—Hay motivos personales que combinan bien con los motivos políticos. ¿Estás con nosotros?

—Sí.

Esa noche llamó a su hermana Ann, que en esa época estaba en Berna, y le preguntó:

—¿Tú también formas parte?

Después de una breve vacilación la respuesta fue:

—Sí.

—Ahora yo también.

Después de recordar todo eso, Katherine miró nuevamente a Patrick O'Brien de pie al lado de la ventana con la mirada fija. Parecía haber alguna cualidad especial en esos hombres y mujeres que los mantenían mentalmente alerta y psíquicamente sanos. Sin embargo, comprendían, como le dijo O'Brien, que eran mortales y por eso comenzaron a reclutar gente. Nicholas West era uno de éstos. De alguna manera, el hecho de que West también perteneciera a la organización le parecía bien. Nick era inteligente, cuidadoso e incapaz de comprometerse en algo perverso o deshonroso.

Katherine pensó en Peter. Pertenecía solamente de una manera periférica y eso, lo



sabía por instinto, era una buena decisión por parte de O'Brien.

Una espontánea imagen de Tony Abrams cruzó su mente. Abrams realmente no deseaba entrar y eso le gustaba. O'Brien también prefería a los reclutas renuentes.

Luego pensó en los Van Dorn. George Van Dorn también estaba pese a que, por la naturaleza del grupo, uno nunca sabía eso de forma clara. A Katherine no le gustaba particularmente Van Dorn y sentía que O'Brien tenía una relación rara con él. Si tuviera que proponer un candidato a traidor durante cuarenta años, elegiría a George Van Dorn.

Su mente recorrió los nombres de Tom Grenville, James Allerton y toda la otra gente con la que se fue comprometiendo con el correr de los años. En el mundo convencional, la gente se juzgaba por ciertos niveles aceptados. En el mundo de las sombras, nadie era lo que parecía ser y por consiguiente, no se podía hacer un juicio, excepto al final.

Patrick O'Brien le había dicho algo al empezar y en este momento pensaba en ello.

—Debes comprender —le había dicho entonces— que no podríamos haber eliminado a tantos de nuestros enemigos y haberles causado tantos traspies sin consecuencias negativas para los nuestros. Debes estar prevenida, Katherine, hay un factor de riesgo inherente a este juego. Has asistido a algunos entierros de hombres y mujeres que no murieron de muerte natural.

Al recordar eso, lo miró y dijo:

—¿Crees que Carbury está muerto?

—Por supuesto.

—¿Esto es el comienzo de algo?

—Sí, creo que sí. Hay algo terrible en el aire. Lo sentimos desde hace un tiempo. Por otra parte, tenemos información de que los soviéticos no esperan que nosotros estemos por aquí después de este verano.

Volvió a mirarlo.

—¿No esperan..., quiénes son los que no van a estar?

—Nosotros. Estados Unidos. Parece que han descubierto la forma de hacerlo, con un daño mínimo o inexistente para ellos. Evidentemente es algo tecnológico. Algo tan avanzado que no tendremos defensa. Era inevitable que un lado o el otro pudiera adelantarse algunas generaciones en tecnología. Mientras más avanzamos, un lado o el otro da un paso más, como en una carrera de caballos. Pero tenemos razones para creer que han creado una especie de tiempo maligno que los colocará en el siglo que viene dentro de pocos meses. Son cosas que suceden. La historia está llena de esos ejemplos: el acorazado *Monitor* reventando los barcos de madera de los confederados. Nuestras bombas atómicas que volaron dos grandes ciudades en pocos segundos...

Katherine trató de formular varias preguntas, pero las palabras se negaron a salir de su garganta.

—Sabemos que sus planes dependen de una persona o personas que puedan abrir las puertas de la ciudad durante la noche, un sargento de guardia. Alguien con la llave.

—Alguien como Talbot —dijo Katherine.

O'Brien asintió.

—Estábamos tan cerca... el diario..., los documentos... —dijo suavemente Katherine.

O'Brien agitó la mano en señal de desprecio.

—Eso no es importante.

—¿Qué quieres decir?

—Yo escribí el diario... o lo hice escribir. No era de tu padre. Lo lamento. El diario era carne chorreando sangre y sé que si hay una bestia lo va a oler y se descubrirá a sí misma. Lo hizo. Desgraciadamente Randolph Carbury, que era el que sujetaba la carne, también fue comido. Pero ahora tenemos una pista que seguir, las huellas del lobo en la tierra húmeda.

Katherine apoyó su copa de *brandy* en la ventana.

—¿Qué había en el diario?

—Uno de nuestros antiguos falsificadores lo escribió con tintas diferentes. El diario en blanco se compró en Londres en un negocio de antigüedades. La caja de informes era mía. El empleado que encontró todo era uno de mis hombres. Eleanor creyó que todo era auténtico. Casi todos los que tuvieron algo que ver creyeron que era verdad.

—Pero... ¿a quién nombraste? ¿Dijiste quién era Talbot...?

O'Brien se frotó el mentón.

—¿Cómo iba a hacerlo? Si pudiera decir quién es, lo mataría. El diario está lleno de conjeturas, pero si Talbot está leyendo ahora el diario tiene que estar muy incómodo. Sabe que hay fotocopias y va a revelar más cosas sobre él en su búsqueda de las fotocopias.

—Eleanor Wingate está en peligro —dijo súbitamente Katherine.

Se produjo una extraña transformación en la cara de O'Brien.

—Está muerta. Brompton Hall se incendió.

Katherine lo miró fijamente.

—Tú sabías que eso iba a suceder.

—Mandé a un amigo para que la vigilara, pero al parecer lo mataron junto con ella y el sobrino. En cuanto a Carbury, sabía que el material era falso y por eso fue de visita a Brompton Hall el día que encontraron el diario. Carbury fue también el que sugirió a Eleanor que te enviara esa carta. Sabía que era peligroso llevar ese material y al parecer no fue capaz de protegerse.

—Yo traté de protegerlo.

—Sí. Pero tú o Eleanor Wingate hablasteis de eso con alguien más y por eso él está muerto.

—Se lo dije a Peter.

—Lo sé.

No hablé durante largo rato.

—Peter puede haber pasado la información a través de los canales normales.

—Puede haberlo hecho. Supongo que lo hizo. Pero por lo menos tenemos algunos indicios.

—Hay gente muerta.

—Eso le da más autenticidad a todo. —La miró—. Siempre te dije que éste era un asunto peligroso. Y muy pronto se va a volver más peligroso y sangriento. Te sugiero que vayas armada.

Katherine asintió. Se suponía que sabía que bajo la superficie de esa organización, detrás de los espías aficionados, la red de información de los viejos, el espionaje industrial, el sabotaje o cualquier otro juego con el bloque del Este, existía ese potencial de súbita violencia. Era parte de su propósito original; los cuarenta años pasados no les habían dado ninguna razón para abandonar la violencia como una opción legítima.

—Estoy preocupada por Ann.

—Preocúpate por ti misma. Ann comprende mejor que tú el peligro en el que está.

—Y Nick. —Pensó en ese hombre encantador con la misma preocupación que si pensara en un niño jugando en medio del tránsito.

—Tiene muchas fuentes de peligro. Tengo guardias privados para cuidar de él.

Miró a O'Brien. Tenía la agradable e infantil sensación de que Patrick O'Brien podría vencer a cualquiera. Pero eso también quería decir que el Talbot más peligroso que podía imaginar era Patrick O'Brien.

Abrams y Thorpe entraron en el salón. Con un insólito gesto de hospitalidad, Thorpe fue hasta el aparador y sirvió un coñac para Abrams. Sonrió y levantó su copa.

—Por la verdad.

Abrams no bebió.

Patrick O'Brien y Katherine Kimberly se les acercaron.

—¿Encontraron algo en el club? —preguntó O'Brien.

—Carbury se vistió para la cena —contestó Thorpe—. Preguntamos, pero nadie parece recordar haberlo visto irse. Hice que controlaran la caja de seguridad. No había nada. Y en su habitación no había nada que pudiera revelar algo.

O'Brien se volvió a Abrams.

—¿Llamó a sus contactos en la policía?

—Sí. Les dije que podía ser un asunto de seguridad nacional. Ellos se pondrán en contacto con el FBI. Puede que quieran más información.

—Deles lo que necesiten, dentro de ciertos límites. No nombre a la firma.

Nicholas West se aproximó y durante unos minutos los cinco hablaron; luego O'Brien captó la mirada de James Allerton, quien se disculpó con la gente que lo saludaba y se unió al grupo. Se inclinó y besó a Katherine.

—Estás adorable como siempre. —Se volvió a Thorpe—. No te molesto, ¿cierto, Peter?

—No más que lo habitual, James.

Allerton pasó por alto su observación y tomó la mano de West.

—Nicholas, estoy encantado de que hayas venido. ¿Está Ann contigo? ¿O todavía está en Berna?

—No, señor..., en Múnich.

Allerton miró a O'Brien.

—Por Dios, Patrick, esto es algo *déjà vu*, ¿no es cierto? El viejo Arsenal, las antiguas caras, incluso las canciones de antes. Berna. No puedo pensar en Berna sin pensar en Allen Dulles. ¿No es verdad?

West se aclaró la garganta.

—En realidad, la transfirieron... a Múnich. Quiero decir que está en Múnich.

Allerton sonrió plácidamente y se dirigió a West:

—Es un lugar prestigioso, Berna. Todavía es el centro de los hechos. Era la ventana a Europa en esa época...

O'Brien interrumpió.

—James, querríamos tener una reunión...

—Esta noche nada de negocios. Ésa es la regla. Puede esperar hasta el mediodía

de mañana. —Sonrió a Katherine—. ¿Bueno, cuándo me vas a convertir en abuelo, jovencita?

Katherine intentó una sonrisa forzada.

—Señor Allerton, permítame presentarle...

Allerton continuó hablando.

—Debería decir ¿cuándo va a casarse contigo el tonto de mi hijo? —Se volvió a West—: Y tú. ¿Qué estás esperando? Ve a Berna mañana y cástate con la hermana de esta muchacha.

—Déjeme presentarle a Tony Abrams —dijo Katherine—. Está en nuestra firma.

Allerton pareció notar por primera vez a Abrams. Tendió la mano y su mirada pasó por encima de Abrams. Luego se fijó en él con mirada apreciativa.

—¿Lo está pasando bien?

Abrams sintió la mano seca y huesuda en la suya.

—Sí, señor. —Pensó que era la clase de pregunta que le harían si fuera un adolescente en un bautismo—. Felicidades por su medalla. Un discurso muy interesante.

Allerton sonrió amablemente, luego pareció notar las expresiones de todos.

—¿Es algo serio?

O'Brien asintió.

—Bueno, entonces vengan. Hay una habitación vacía debajo del vestíbulo. Discúlpenos, señor Abrams. Tómese una copa.

—Muchas gracias.

Al pasar, Katherine le tocó un brazo.

—No vayas muy lejos.

Abrams observó cómo Allerton, O'Brien, Thorpe, West y Katherine se abrían camino entre la multitud. Murmuró para sí: «Sí, señor. Lo estoy pasando bien».

Se dirigió al aparador, volcó el *whisky* que le sirvió Thorpe en un canasto de basura y eligió Strega, recordando la variedad de licores que los italianos solían preparar en sus casas. Sirvió el líquido amarillo en una copa alta y bebió de un trago la mitad del contenido. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas antes de que el fuego quemara su estómago.

—*Mamma mia...*

Vagabundó por el salón, reconociendo algunas caras por los periódicos o la televisión, unas pocas por los libros de historia y algunas de la oficina. Clara Boothe Luce, sentada en una silla, se encontraba rodeada de una corte de hombres y mujeres de edad. Sterling Hayden, el actor, del que O'Brien dijo que había sido agente de la OSS en el grupo de Van Dorn, hablaba con los Van Dorn y los Grenville. Joan Grenville descubrió a Abrams y le sonrió. Claudia no estaba por allí.

Abrams abandonó el salón y se dirigió a la cabina telefónica del vestíbulo. El detector de metales había sido retirado, lo mismo que los hombres del Servicio Secreto, y la gente paseaba con mayor libertad, sin esa sensación de paranoia que

engendra siempre la presencia de hombres armados. Llamó al distrito diecinueve y preguntó por el capitán Spinelli.

—¿Algo interesante desde que hablé contigo?

—Tenemos todo controlado. La oficina se está ocupando. Phil me dijo que querías que nos encargáramos de ese tipo, Carbury. ¿Qué diablos pasa, Abrams?

—Se ha perdido. Eso es todo lo que puedes saber.

—De ninguna manera. Oigo ruidos. ¿Dónde estás?

—En la calle tomando unas copas con Arthur Goldberg, Bill Casey y Clara Boothe Luce.

—Tienes voz de borracho..., oh, estás en el Arsenal. ¿Hay alguna conexión allí? ¿Todavía está el presidente?

—Ya se fue. No hay ninguna conexión excepto que Carbury venía para acá.

—¿Qué tiene que ver eso con la seguridad nacional?

Abrams notó que un hombre detrás de él parecía querer usar el teléfono. Cerca había otras personas. Contestó a Spinelli en italiano, con el acento fuerte de un dialecto. Spinelli lo interrumpió.

—Tu italiano apesta, Abrams. Ven aquí ahora y firma ese informe de persona extraviada.

Abrams no hizo caso y siguió hablando en italiano.

—Mantenme fuera de esto.

A su vez Spinelli tampoco le hizo caso.

—¿Tú o ese tipo que estaba contigo, Thorpe, tocasteis algo en la habitación?

—No, flotamos por allí. Escucha, Thorpe es la Compañía.

—¿La Compañía...? Oh, esa Compañía. ¿Estás seguro?

—Seguro.

—¿Y tú en qué estás?

—En cosas malignas. Procede con cuidado con Thorpe. Verifica todo lo que tenga que ver con él estos días. Y cuídate, Dom.

—De acuerdo... Gracias...

—Gracias por tenerme al tanto. —Abrams colgó y regresó al salón.

Allí se encontraba O'Brien que lo estaba buscando. Invitó a Abrams a sentarse y él se sentó a su lado.

—Kate está informando al señor Allerton, Peter y Nick. Vamos a charlar un momento.

—Muy bien.

—¿Qué piensa de nuestros amigos?

—Pasé un buen rato. Agradezco a la señorita Kimberly que me haya invitado. Mire, ya ha pasado la medianoche y creo que debo irme.

O'Brien pareció no haberle oído.

—Ella tiene muy buena opinión de usted.

—¿Personal o de mi trabajo?

O'Brien sonrió.

—Su trabajo difícilmente puede provocar admiración. —Lanzó una mirada por el salón—. ¿Ha tenido oportunidad de hablar con alguien?

—No, pero parece que el general Donovan había juntado un verdadero grupo. Hitler nunca hubiera tenido oportunidades de ganar. —Encendió un cigarrillo—. Es una lástima que la CIA no pueda tener tantos talentos.

O'Brien asintió.

—En tiempos de guerra se pueden reclutar millones, triunfadores, genios en el arte y las ciencias... pero en tiempo de paz ¿qué clase de hombre o mujer se puede conseguir por un modesto empleo en los trabajos de inteligencia? En el lado opuesto, la KGB les paga muy bien y disfrutan de privilegios y prestigio que superan al término medio de los ciudadanos soviéticos. Ellos consiguen lo mejor de lo mejor. —Sacudió la cabeza—. Si uno quisiera comparar la educación y los niveles intelectuales de ambas organizaciones, la CIA quedaría segunda. Ése es un hecho fatal al que hay que enfrentarse.

—Como nuestros equipos de aficionados jugando contra los que ellos llaman equipos de aficionados.

—Ésa es una comparación muy justa. —O'Brien volvió a recorrer el salón con la mirada—. ¿Ha cambiado de idea sobre su visita a Glen Cove después de lo que se enteró esta noche?

—Dije que iría.

—Bastante justo. Se encontrará con los abogados Edwards y Styler en sus oficinas el lunes, el Día de los Caídos por la Patria, a las cuatro. Recibirá instrucciones de un amigo mío. Llegará con los abogados a la propiedad soviética a eso de las siete. La fiesta de George Van Dorn estará en su apogeo.

—¿Qué es exactamente lo que debo hacer una vez que esté allí?

—Se lo dirán ese día.

Abrams miró fijamente a O'Brien, quien contestó la pregunta no formulada.

—Aunque le encuentren espiando, no van a matarle. Es territorio soviético, pero no es la Unión Soviética. Pero no deje que lo atrapen.

—Una pregunta más, algo que aquí no tiene sentido. Si los soviéticos tienen un gran trabajo entre manos, como usted sugirió de pasada, algo que puede aplazar un examen final y suprimirnos a todos nosotros, ¿por qué se molestan con un juicio sin importancia?

—Usted era un policía del servicio secreto. Conteste su propia pregunta.

Abrams asintió.

—Quieren que parezca que siguen con sus asuntos habituales.

—Exacto. Que no hicieran nada con las provocaciones de Van Dorn o el alcalde Parioli sería muy sospechoso. Así se nos presenta una oportunidad, parte por buena suerte y casualidad, parte planeada, para poder espiar su puesto de mando.

—Ya veo. ¿Y mis credenciales, mi autenticidad, está todo en regla?

—Nunca he mandado a un hombre o una mujer a una misión a menos que la cobertura fuera perfecta.

Abrams sabía, lo mismo que O'Brien, que la única protección perfecta era taparse la cabeza en la cama, como cuando era niño, y quería alejar las cosas malas.

O'Brien, como era su costumbre, cambió abruptamente de tema.

—Me gustaría que esta noche se quedara en la residencia del centro. Katherine le llamará por la mañana y podrán ir a la oficina. Hay una habitación con ficheros y la ayudará a buscar algunos datos. Use su revólver.

Abrams lo observó.

—Kate puede estar en peligro. Usted la cuidará, ¿no es cierto?

Ese cambio de lo prosaico a lo intrigante lo pilló desprevenido.

—Sí, voy a cuidarla.

O'Brien tomó dos copitas de licor de una bandeja que les ofrecía un camarero y alcanzó una a Abrams.

—Nos gustaría que se uniera a la firma.

—Me siento halagado. —Evocó muy vívidamente cómo se había sentido cuando le preguntaron si quería unirse a los Diablos Rojos, un recuerdo que no estaba totalmente fuera de lugar. Recordó que se había sentido halagado y asustado.

—Como ya debe presumir, la OSS no se disgregó en realidad. Y le aseguro que no somos unos conspiradores paranoicos. No apoyamos el secreto por sí mismo, como muchas sociedades clandestinas. No tenemos señales secretas ni apretones de mano especiales ni insignias, cargos, rangos o uniformes. Es más un sentimiento que una organización verdadera.

Abrams encendió un cigarrillo y dejó caer el fósforo en un cenicero. Se dio cuenta de que estaba oyendo cosas que, una vez conocidas, lo colocaban en una situación comprometida. Consideró la posibilidad de irse, pero no lo hizo.

Durante los diez minutos siguientes, O'Brien describió la naturaleza y la sustancia de su grupo. Cuando terminó, Abrams lo miró y sus ojos se encontraron.

—¿Por qué yo?

—Porque usted entiende el crimen. Encuéntrenos al asesino o secuestrador de Randolph Carbury y las cosas que nos interesan comenzarán a colocarse en su sitio.

Abrams no contestó.

O'Brien miró su reloj y se puso de pie.

—Puede haber bastante riesgo personal. Si quiere discutir algo más, podemos unirnos a los otros en una habitación privada en la otra punta del Arsenal. La habitación es muy interesante. ¿Puedo mostrársela?

Abrams permaneció sentado un largo rato.

—¿Me puede dar algo más de tiempo para pensarlo?

—Puede regresar a casa y dormir. Pero sospecho que no va a dormir muy bien.

Abrams tomó un trago de su copa y se puso de pie.

—Vamos a ver esa habitación.



Abrams siguió a Patrick O'Brien hasta un recinto con grandes columnas y vagas reminiscencias de una sala del trono egipcia. La parte superior de las paredes tenía un friso que representaba a guerreros de diferentes períodos de la historia. El cielo raso era negro con vigas; había estatuas clásicas colocadas a intervalos en el salón débilmente iluminado.

Los ojos de Abrams se acostumbraron a la oscuridad y pudo ver una gran chimenea de azulejos color azul cobalto. En el centro de la habitación había una espesa alfombra persa y una gran mesa ornamentada que parecía un altar de sacrificio. Las ventanas que daban a la calle eran de vidrios coloreados.

Dos camareros de uniforme rojo colocaban sillas alrededor de la chimenea y otro empujaba una mesita rodante con el servicio de café. Luego se alejaron en silencio.

James Allerton se hallaba frente a la chimenea. Katherine estaba sentada en el lugar opuesto a él, con Thorpe y West a la izquierda. O'Brien hizo un gesto para que Abrams se situara cerca de la chimenea y ocupó la silla vecina.

Abrams se sorprendió al oír que West era el primero en saludarlo.

—Me alegro de que haya decidido reunirse con nosotros para tomar café.

—Nunca rechazo un café —respondió Abrams. Sospeché que entre esa gente el decir una cosa para significar otra era todo un arte.

—Sé que usted dudaba —continuó West—; a mí me sucedió lo mismo. Pero nunca lamenté mi decisión. Somos todos como imaginarios detectives aficionados. —Golpeó el brazo de la silla para dar más énfasis a sus palabras—. Voluntarios, como durante la guerra.

Abrams pensó que o bien West no entendía los hechos o no estaba totalmente enterado de los propósitos del grupo. Y se dio cuenta entonces, en un momento de agudeza de ingenio, de que si se quedaba con ellos, nunca sabría más que un pequeño fragmento de todo. Por otra parte, podría no saber nunca e incluso sentir que pertenecía a algo que no era más siniestro que una tertulia de café. A menos, por supuesto, que le pidieran que hiciera algo como volarle los sesos a alguien.

Miró a James Allerton, que parecía algo incómodo. Katherine le dirigió una breve sonrisa. Luego se fijó en Thorpe, quien lo observaba abiertamente, como si estuviera pensando en la mejor manera de disponer de su cuerpo.

—Vamos a comenzar —dijo O'Brien—. Necesitamos algunos antecedentes. ¿Nick?

West golpeó la carta de Wingate que tenía sobre las piernas.

—Esto parece ajustarse a los hechos que conocemos. Primero, hay tres informes sobre la muerte de Henry Kimberly y no coinciden.

West miró a Katherine.

—Nunca te dije nada de esto. Ann lo sabe... De todas maneras, la versión última y oficial es que el mayor Kimberly estaba en Berlín dirigiendo una avanzada de oficiales de la OSS un día después de que la ciudad cayera en poder de los soviéticos. Esto era el 3 de mayo de 1945.

West hizo una pausa. Abrams imaginó que terminar un pensamiento con una fecha era un hábito de historiador.

—La excusa de la presencia del mayor Kimberly era que estaba allí buscando lugares para acomodar a las fuerzas de ocupación estadounidenses. En realidad, estaba para rescatar a una docena de agentes que había dejado caer en paracaídas en la zona de Berlín. Estaba preocupado por ellos, en especial por protegerlos de los soviéticos.

Patrick O'Brien asintió y luego agregó:

—Era una misión peligrosa. Berlín había caído, pero todavía no se había firmado la rendición de los alemanes y quedaban bandas de fanáticos de la SS cometiendo asesinatos por las carreteras y entre las ruinas. También existía la posibilidad, como descubrimos, de ser detenidos por el Ejército Rojo. —O'Brien miró por un rato el fuego—. Le dije a Henry que tuviera cuidado. Quiero decir, sabíamos que la guerra había terminado hacía menos de una semana. Nadie quería tener el honor de ser la última baja. Le sugerí que no usara las credenciales de la OSS frente a los soviéticos. Henry también era cauteloso con ellos.

Por primera vez, James Allerton tomó la palabra.

—En ese aspecto, Henry no era tan ingenuo como muchos de nosotros entonces, incluyéndome a mí. —Miró a Katherine—. Pero se sentía profundamente comprometido con sus agentes... es la razón de la fatal misión de Berlín. —Hizo un gesto para que West continuara.

—De acuerdo con el informe de la misión, había un agente en particular al que el mayor Kimberly quería recuperar, Karl Roth, un judío alemán refugiado y comunista que trabajaba para la OSS. Otro agente había informado por radio que Roth había sido atrapado por los soviéticos y puesto en libertad. Cuando le pidieron informes por radio, Roth explicó que le habían liberado porque los convenció de que era comunista. Al parecer la radio de Roth todavía era controlada por Kimberly. También dijo que los soviéticos le habían pedido que trabajara para ellos en la OSS. Explicó que había aceptado para que lo liberaran.

O'Brien interrumpió.

—Ésta no fue la primera señal de que los soviéticos trataban de conseguir agentes nuestros con antecedentes comunistas. Henry pensó que resultaría nefasto para el posible establecimiento de cualquier servicio de inteligencia después de la guerra.

West terminó su café y continuó.

—Hubo un último radiomensaje de Karl Roth. En él informaba que estaba enfermo y muerto de hambre. Preguntaba «¿cuándo llegáis?». Daba su posición, una

carretera cerca de Hennigsdorf Roth había sido asignado a la misión Alsos. Dijo que había localizado a dos científicos alemanes pero necesitaba ayuda para sacarlos. En esa época, Roth tenía dos puntos en contra de su credibilidad: sus antecedentes comunistas y el haber dejado de informar de su contacto con los soviéticos, hasta que se le interrogó sobre ello. Por otra parte, había dicho que los soviéticos trataron de que se uniera a ellos, pero eso, de todas maneras, era algo que él esperaba que la OSS creyera.

Otra vez intervino O'Brien.

—Nadie de la OSS en Londres se atrevía a decidir qué hacer con Roth: ¿ir en su ayuda o dejarlo? Mandamos por radio todos los detalles a Henry y le dijimos que tomara la decisión, pero que procediera con cautela.

Abrams escuchaba mientras West y O'Brien continuaban informando. En ese momento podía ver a dónde se dirigían. Todo se dirigía al aquí y ahora. Era una historia con raíces en un pasado turbulento, una época en que el mundo estaba en el caos, un tiempo en que los ejércitos se movían en lo que podía culminar en una guerra apocalíptica, que esa gente sin duda veía muy cercana.

—No se supo nada más de Karl Roth después de ese mensaje, hasta que volvió a aparecer. Informó a las fuerzas estadounidenses de ocupación en Berlín que los soviéticos le habían arrestado y mantenido durante tres años en prisión. Reclamaba que le pagaran lo que se le debía, pero su contrato original con la OSS se perdió y nadie sabía qué hacer. Se estableció su trabajo por declaraciones de exmiembros de la OSS y le pagaron una cantidad. De todos modos nunca fue adecuadamente interrogado y sus tres años de desaparición no fueron satisfactoriamente explicados.

Abrams recorrió lentamente la habitación, que le parecía algo así como una cámara celestial. Sus ojos fueron de Allerton a O'Brien que le recordaron a dos ancianos sacerdotes guardianes de los olvidados secretos de una religión arcana.

—Roth se ofreció para trabajar con las autoridades estadounidenses e inglesas de ocupación en sus respectivas zonas, pero lo rechazaron. Entonces volvió a Inglaterra, encontró a su madrina de guerra, una muchacha con la que se casó cuando vivía en Londres, que se dedicaba a la venta de verdura y por último les permitieron venir a Estados Unidos, diciendo una vez más que eso era lo que la OSS le había prometido.

Thorpe sonrió.

—Y ahora Karl Roth es asesor del presidente en asuntos de estrategia nuclear.

West lanzó una mirada a su alrededor y luego miró de reojo a Allerton y O'Brien.

—Y por lo que se sabe —miró a Thorpe—, él y su esposa tienen un negocio de comestibles en Long Island.

Thorpe sonrió otra vez.

—Bueno, eso no era exactamente a donde creía que ibas a llegar, Nick. —Thorpe reflexionó un momento—. A lo mejor está interesado en mi sección. Aunque tiene unos antecedentes algo sombríos y confusos...

—Ese hombre debería ser interrogado —afirmó Katherine.

O'Brien se sirvió más café.

—Me ocuparé. —Jugó distraído con su pajarita—. La misión Alsos fue un éxito, pero la misión soviética equivalente a Alsos fue mejor. Parecían estar un paso por delante de nosotros en la localización y secuestro de físicos nucleares alemanes. Si se considera que la mayoría de ellos trataba de encontrarnos a nosotros y no a ellos, es raro que los soviéticos lo hicieran tan bien. Y como Alsos tenía total prioridad y secreto, Henry, yo y otros llegamos a la conclusión de que alguien, quizá más de una persona, muy bien situada en un cuartel general de Eisenhower, en Alsos mismo o en la OSS, les decía a los soviéticos el cómo, qué, dónde y cuándo. —O'Brien se inclinó hacia adelante—. Por último llegamos a estar casi seguros de que la filtración principal provenía de la OSS. Era uno de nosotros. Alguien al que veíamos todos los días, con el que comíamos y bebíamos...

Allerton pareció salir de un sueño.

—Sí... allí buscamos el nombre en clave de Talbot para ese agente doble. Lawrence Talbot es el que se convertía en hombre lobo las noches de luna... Un filme muy popular en la época. —Allerton sonrió—. Para los intelectuales de entre nosotros, *talbot* es también un antiguo término anglosajón para denominar al lobo depredador. Entonces comenzamos la operación para ponerlo al descubierto y... eliminarlo. Le llamamos Bala de Plata...

O'Brien se aclaró la garganta.

—En realidad se llamaba *Matalobo*.

—Sí, eso es, Patrick. El tiempo atenúa cosas que en su momento parecieron muy importantes.

—Bala de Plata —dijo O'Brien— fue el nombre angloestadounidense para el final de la operación. —O'Brien sacó algo del bolsillo—. Uno de nuestros extravagantes oficiales mandó hacer esto a un platero de Londres. —Mostró una bala de plata calibre 45—. Era para dispararle a Talbot en la cabeza.

Durante un rato nadie dijo nada, hasta que O'Brien agregó:

—Talbot era la peor clase de traidor. No limitó su traición a robar y pasar secretos, como la mayoría de los traidores. Mandaba hombres y mujeres a la muerte. Muchas veces me lo he imaginado, palmeando a los hombres, abrazando a las mujeres, ajustándoles los paracaídas, deseándoles suerte..., sabiendo que... —O'Brien miró a Allerton.

—Uno podría pensar que un hombre así —dijo suavemente Allerton—, un hombre que ha perdido su alma... puede ser fácilmente encontrado..., que sus ojos revelarían la corrupción de su corazón.

Abrams escuchaba. Se había vuelto para ellos tan poco molesto como un sirviente de confianza, sabían que escuchaba, pero no esperaban que hablara a menos que le hablaran ellos. Era, pensó, no muy distinto de una sesión donde el detective tenía que guardarse sus ideas geniales. Lanzó una mirada a Katherine preguntándose si las referencias a su padre le resultarían dolorosas.

West retomó la narración.

—Henry Kimberly informó por radio dos veces al día durante una semana; luego mandó lo que sería su penúltimo mensaje en clave, que todavía está en el archivo. Decía. —West lo repitió sin vacilar—: «De mayor importancia: con referencia a Alsos: contacto con almacenero»; ése era Karl Roth, «Almacenero informó la localización de dos duendes», éstos eran los científicos atómicos, «Los recobramos». —West hizo una pausa y continuó—: El último mensaje de Henry Kimberly, un día más tarde, informó que había establecido contacto con las autoridades soviéticas para buscar archivos de la Gestapo y para interrogar a oficiales capturados de la Gestapo que podían tener información sobre la pérdida de oficiales de la OSS. Las últimas líneas de su mensaje decían: «Ejército Rojo ayuda. La Gestapo revela el arresto y ejecución de la mayoría de los miembros de nuestra misión. Seguirán nombres. Trataré ayudar la búsqueda o tramitarla. Continuaremos operación rescate». —West miró a Allerton—. ¿Recuerda esto, señor?

Allerton asintió.

—Sí. Fue lo último que oímos de Henry. Hubo algunas sospechas, por supuesto, sobre que habían sido los soviéticos y no la Gestapo los que atraparon a nuestros agentes. Temimos que Henry pudiera sufrir la misma suerte. —Henry firmó su mensaje con su nombre en código: Diamante dijo O'Brien—. Si hubiera estado bajo control de los soviéticos tendría que haber usado la firma Pizarra, que era la señal para avisar que lo habían capturado.

—¿Por qué supusieron que enviaba el mensaje controlado por los soviéticos? —preguntó Thorpe.

—Lo pensamos porque si Henry había sido capturado y sin embargo firmó su mensaje como Diamante, era señal de que los soviéticos sabían que ése era su nombre en clave; por tanto, no podía usar la señal de Pizarra. El operador de la OSS que recibió su mensaje reconoció el estilo de Henry para telegrafiar, así que aceptamos que era él quien lo enviaba, pero con un revólver apuntando a su cabeza.

—Era aterrador pensar que los soviéticos supieran el nombre en clave de Henry, que fue elegido diez minutos antes de que cruzara las líneas soviéticas. Y que supieran nombres en clave como Almacenero y Duende —intervino Allerton.

O'Brien asintió y luego agregó:

—Pensamos que podríamos persuadir a los soviéticos para que lo dejaran. Se llevó personalmente una nota muy enérgica a los cuarteles del Ejército Rojo en Berlín. La contestación decía: «El mayor Kimberly no es conocido aquí». —O'Brien habló directamente a Katherine—. Tomé uno de los primeros vuelos estadounidenses a Berlín. Cuando llegué, había otro mensaje del Ejército Rojo diciendo que el mayor Kimberly y tres oficiales que lo acompañaban habían muerto a causa de una mina dejada por los alemanes, un accidente muy común, que nosotros, y los soviéticos también, usábamos para deshacernos de la gente indeseable. De todas maneras, reclamé los cuerpos... las cenizas en realidad. Los soviéticos cremaban los cadáveres

por razones de tiempo y sanidad... —Miró a Katherine directamente a los ojos—. Nunca te di todos los detalles...

Por primera vez, Katherine supo que la tumba en Arlington contenía una urna con cenizas.

—¿Cómo sabías que eran de mi padre?

O'Brien sacudió la cabeza.

—Confiamos en que fuera así y que no hubiera muerto en el Gulag.

Katherine asintió. Sabía que en esa época los rusos enviaban a hombres sanos a la Unión Soviética para reparar los daños de la guerra. Trató de imaginar a ese hombre que fuera su padre, joven, orgulloso, audaz, reducido a la esclavitud en una tierra extranjera, sólo por haber ido a cumplir una misión de clemencia. Sintiendo día a día que la vida dejaba su cuerpo. Y sabiendo, por supuesto, que nunca regresaría a casa. Levantó la mirada y trató de controlar su voz.

—Por favor, continúa.

West siguió hablando.

—Indudablemente el mayor Kimberly tuvo que abandonar la excusa de que buscaba alojamiento para los estadounidenses, para poder averiguar sobre sus agentes. Pero ninguna circunstancia revelaría a los soviéticos la misión Alsos o la conexión de Karl Roth con ello. Por lo tanto, esos dos últimos mensajes, que fueron enviados bajo coacción, en los que mencionaba estos hechos, eran su manera de decir que los soviéticos sabían la existencia de Alsos y Roth, igual que conocían nuestros códigos.

—Creo que estás agrandando demasiado esa teoría. Yo no tengo los datos que tú tienes, pero me parece que esa misión fracasó por culpa de los agentes de campo. Por ejemplo, es evidente que Karl Roth lo traicionó. La filtración estaba allí, no en Londres o en Washington.

West observó detenidamente a Thorpe.

—Buen análisis. De hecho ésa fue la versión oficial en esa época... Sin embargo, si aceptas que el mensaje del mayor Kimberly fue enviado bajo la dirección del servicial Ejército Rojo, entonces deberás considerar el mensaje más detenidamente. Kimberly era, después de todo, un oficial de inteligencia entrenado y sin ninguna duda un hombre valiente y resuelto. Trata de leer el mensaje como está, mirando las primeras letras. —West repitió—: *Trataré ayudar la búsqueda o tramitarla*. Ni siquiera está bien escrito.

Thorpe se enderezó en el asiento.

—Talbot.

West asintió.

—En ninguna parte de mis investigaciones existe la palabra en código *Talbot*, pero existe en conversaciones privadas de Henry Kimberly, el señor O'Brien, el señor Allerton y unos pocos más. El mayor Kimberly, durante los interrogatorios de los soviéticos, debe de haber sabido o deducido por las preguntas que había un traidor en

un lugar muy alto de la OSS. Cualquier buen agente hubiera llegado a esa conclusión. El mensaje por radio le dio la última oportunidad de prevenir a sus amigos.

Allerton se frotó la cara.

—Yo vi el mensaje y sabía lo de Talbot... pero, por Dios, nunca hice la conexión... era un espía malísimo.

Abrams se hacía preguntas. Su experiencia con códigos era casi nula, pero esas líneas en particular lo impresionaron la primera vez que West las dijo. Códigos con las primeras letras era la clase de claves que usaban los niños o los enamorados. Era difícil de creer que ni Allerton ni O'Brien lo hubieran notado cuarenta años atrás. Abrams llegó a la conclusión de que ambos lo habían hecho sin mencionárselo al otro. Interesante.

West sacó una pipa y tabaco.

—Nada de esto es lo que podríamos llamar brillante, excepto lo siguiente —y recitó parte de la carta de Eleanor Wingate—: «el diario, que nombra gente que todavía puede estar con el gobierno de su país o muy bien colocada en la sociedad estadounidense... Por lo menos uno de esos hombres bien conocidos está muy cercano al presidente». —West levantó la mirada y O'Brien se volvió hacia Abrams.

—¿Qué piensa usted ahora de todo esto?

Abrams pensó que las claves eran viejas; los rastros, fríos; la evidencia, circunstancial y las teorías, exageradas; como caso criminal era un fracaso. El acusado había escapado a tiempo y aunque lo atraparan, nunca podrían juzgarlo. Pero como una *vendetta* personal tenía posibilidades, aunque ese grupo no usaba la palabra *vendetta*. Ésa era una palabra cuyo significado y naturaleza había podido apreciar en Bensonhurst y en la policía. Una larga memoria y grandes rencores. O'Brien y Allerton lo planteaban con más delicadeza. Sin embargo, el resultado era el mismo. Recordó la bala de plata.

—¿Señor Abrams?

—Creo que esta vez va a encontrar a su hombre.

—¿Por qué? —preguntó O'Brien, inclinándose hacia adelante.

—Porque sabe que usted ha descubierto la pista y él está corriendo para escapar. Mató a Carbury. Para usar una analogía, el bosque es más pequeño y menos espeso que hace cuarenta años. El número de animales ha disminuido. El lobo, el hombre lobo, está dejando un rastro muy claro. Y también creo que volverá a matar.

O'Brien se quedó mirando hacia la oscuridad del gran salón. El fuego de la chimenea iluminaba las paredes de forma intermitente, dando la impresión de que los guerreros se movían.

—Sí, volverá a matar —dijo O'Brien—. Tiene que hacerlo.

La enorme limusina se alejó del oscuro edificio del Arsenal, dio una vuelta en redondo y se encaminó por Park Avenue en dirección sur. Peter Thorpe, en uno de los asientos plegables, encendió un cigarrillo y dijo a West:

—Tengo la impresión, Nick, de que te has ocupado de este problema durante mucho tiempo. Mucho antes de la aparición y desaparición del coronel Carbury. Sin embargo, no recuerdo que lo mencionaras en ninguna conversación anterior de nuestro grupo.

West, en el otro asiento plegable, jugueteó con su pipa.

—La naturaleza del problema..., las implicaciones del perfil de Talbot... sugerirían que cualquiera de los antiguos miembros de la OSS, dentro o fuera de la CIA o en el gobierno, podría ser... la persona equivocada para discutir el tema...

Thorpe sonrió a O'Brien y Allerton que estaban sentados frente a ellos.

—Excluidos los presentes, por supuesto.

West evitó mirar a los demás.

—Incluidos, por supuesto. —Hizo un gesto hacia Abrams y Katherine sentados adelante—. Excepto tú, Kate y el señor Abrams.

Thorpe sonrió lentamente.

—¿Por qué siempre te subestimamos, Nick?

West continuó:

—Ann es la única con la que he discutido esto. En realidad... por eso nos conocimos.

Tony Abrams le observó atentamente. West, pensó, era un hombre que fácilmente podría ser subestimado. Su porte, sus actitudes, juzgados con instintos primitivos, podrían resultar inofensivos, pero para los hombres del siglo xx, el cerebro de West era un peligro, una amenaza para traidores y gente con fuerza física y energía, pero con mentes comunes como Peter Thorpe. Intuitivamente, Abrams supo que Thorpe tenía miedo de West.

La limusina se desplazaba lentamente entre el tránsito del viernes por la noche. Permanecieron en silencio hasta que O'Brien dijo:

—Es totalmente imposible que el gobierno estadounidense, los servicios de inteligencia y los militares, que en ese orden son los tres blancos mejores para la KGB, no hayan sido infiltrados. Maldita sea, la mitad de la gente que estuvo esta noche en el Arsenal, incluyendo dos antiguos directores de la CIA y el actual, podrían encajar en la descripción de Eleanor Wingate. —O'Brien miró a su alrededor—. ¿Parezco un paranoico?



Katherine se maravilló por la forma en que O'Brien podía elaborar una idea y luego atormentarse como si fuera real. Pero, pensó, aunque la idea fuera falsa, las acciones y reacciones de la gente a las que O'Brien observaba, eran reales. La muerte o desaparición de Carbury era real y las muertes en Brompton Hall también. O'Brien era un maestro de la ilusión y lo contemplaba con una mezcla de admiración y ansiedad.

—Las preguntas importantes son: ¿hasta dónde llegan las infiltraciones soviéticas y cuáles son sus objetivos... si existen? —preguntó West.

O'Brien sacudió la cabeza.

—Lo único que puedo decir es que algo malévolamente flota en el aire. Creo que los soviéticos han descubierto la forma de alcanzar su objetivo final.

—¿Se refiere a un ataque nuclear? —quiso saber Thorpe.

—No. —O'Brien quitó importancia a la pregunta con un gesto de la mano—. Ésa no fue nunca una opción para ellos, como no lo es para nosotros.

—¿Entonces qué? —preguntó Katherine—. ¿Biológico? ¿Químico?

O'Brien no respondió.

—¿Cómo se relacionan el coronel Carbury y la carta de Eleanor Wingate con esto? —volvió a preguntar Katherine.

—Como se relacionan con todo —respondió O'Brien—, puede ser que la persona o personas que revela el diario sean necesarios de alguna manera para el plan soviético. —O'Brien se encogió de hombros—. Necesitamos más hechos. Dejémoslo así por ahora.

Abrams no podía comparar las insinuaciones de O'Brien sobre una guerra apocalíptica con el juego de la policía diciéndole a un sospechoso que sabían todo sobre él y sus cómplices para luego dejarlo ir y seguirle para descubrir lo que querían. Era evidente que O'Brien sospechaba que alguno de los que estaban en el coche era un cable que llegaba hasta Moscú. Sin embargo, Abrams no podía dejar de pensar que O'Brien era demasiado hábil como para ser así en realidad. Demasiado locuaz. Demasiadas respuestas a preguntas no formuladas. Demasiado tranquilo ante la sugerencia de que él podría ser Talbot.

«Esto es increíble —pensó Abrams—. Pero realmente sucede». Sentía como si caminara en medio de un tornado y terminara aterrizando en la tierra del mago de Oz. Pensó que si iba a su casa a dormir, cuando despertara no estaría el esmoquin en el suelo. No tendría dolor de cabeza por haber bebido mucho, volvería a su trabajo, Katherine Kimberly le daría unas notificaciones para entregar y la vida seguiría su ritmo de la misma manera aburrida. Eso era lo que pensaba, sólo que no era verdad.

La realidad era que se había implicado de una manera que jamás imaginó. Lo que también era cierto era que el coche estaba lleno de conspiración, sospechas y miedo. Profesionalmente, se podía hablar de temor por la existencia del país, pero a pesar de ese matiz, Abrams sentía que el miedo fundamental de esa gente era por sus propias vidas.

Casi podía oír la voz de su padre diciendo: «No te afilies a nada. No te comprometas con el programa de nadie».

O uno de los consejos fundamentales de su madre: «Cuando veas gente que murmura entre sí, vete a otro lado. Solamente tú y Dios deben susurrarse entre sí».

Los consejos de comunistas que se volvieron sionistas, pensó. Buen consejo. Era una lástima, reflexionó, que nunca les hubiera hecho caso. Después de todo, era el hijo de famosos conspiradores. Ellos tampoco siguieron sus propios consejos hasta tener cincuenta años. Le quedaban unos cuantos años por delante. A menos que O'Brien tuviera razón, en cuyo caso él y todos los demás tendrían solamente unas semanas o meses por delante.

Mientras la limusina avanzaba entre el tránsito, James Allerton preguntaba quién conocía la misión de Carbury; una buena pregunta, pensó Abrams.

—Se lo dije al señor O'Brien —dijo Katherine—. Luego a Peter.

—¿A nadie más? —preguntó con amabilidad, pero significativamente.

Katherine vaciló.

—No... Bueno... Arnold en el archivo... Quiero decir, le pedí la ficha del coronel Carbury. Pero tuve la impresión de que sabía que Carbury estaba en Nueva York.

Thorpe miró a Abrams.

—¿Cuánto sabías del asunto?

—Sabía que tenía que seguir a un hombre llamado Carbury.

Thorpe se frotó el mentón.

—Con todo tendrías que haber demostrado mejor juicio, Kate.

Se ruborizó enojada.

—No seas absurdo. Demostré tener muy buen juicio.

—Pero no se lo tendrías que haber dicho a nadie, incluso a mí, hasta después de tener el diario. Ahora nos has complicado a todos.

Lo miró desafiante.

—El mismo Carbury o *lady* Wingate pudieron ser el origen de la filtración. La información progresa en forma geométrica y no tenemos forma de saber a quién se le dijo, aquí o en Inglaterra. Así que mantengamos la paranoia entre nosotros en un nivel mínimo.

Thorpe pareció arrepentido. Tomó la mano de Katherine.

—Te pido disculpas.

La limusina se detuvo frente al Lombardy. Thorpe levantó la mano de Katherine y la besó. Salió del coche y preguntó a Allerton:

—¿Te quedas aquí?

Allerton sacudió la cabeza.

—Sabes que no me gusta este apartamento. He tomado una habitación en el United Nations Plaza.

Abrams observó a Katherine, pero no hizo ningún ademán de seguir a Thorpe. Éste se volvió y se marchó sin despedirse.

La limusina siguió hasta detenerse ante el United Nations Plaza Hotel. Allerton buscó en su bolsillo y sacó la medalla. La contempló y luego miró a O'Brien.

—Esta medalla debería ser tuya.

—No, James, te la mereces.

Allerton sonrió y se le humedecieron los ojos.

—Cuando era joven, pensaba que habíamos peleado en la guerra para terminar con todas las guerras. Luego, en mi madurez hubo otra guerra. Y ahora, en mis años finales, los tambores de la guerra suenan otra vez... —Miró a Katherine, West y Abrams—. Para ustedes esta locura es una forma normal de vida. Pero yo les aseguro que hubo una época en que los hombres y las mujeres civilizados pensaban que la guerra ya no era posible.

Katherine se inclinó y lo besó en la mejilla.

—Le veré antes de que regrese a Washington.

El portero ayudó a Allerton a descender de la limusina. West dio la dirección del Princeton Club.

Cuando el coche se detuvo en la calle Cuarenta y Tres, West se dirigió a O'Brien.

—Gracias por invitarme. Espero haber sido de alguna utilidad.

—Como siempre. Tenga cuidado.

—Tengo protección.

—También la tenía Randolph Carbury. Buenas noches.

La limusina se encaminó hacia el este y se detuvo frente al edificio de apartamentos de Sutton Place, O'Brien bajó del coche y agachó la cabeza para hablar.

—Bueno, Abrams, bienvenido a la firma. Cuídese. Buenas noches, Kate. —Cerró la puerta del coche.

Tomaron rumbo hacia el sur otra vez. Después de un largo silencio Katherine dijo:

—Me gustaría que te quedaras en la casa de la calle Treinta y Seis.

—¿Dónde vas a quedarte tú?

—En mi piso del West Village.

Abrams permaneció un minuto en silencio, luego asintió.

—Bueno.

—Te iré a buscar por la mañana. Iremos a la oficina. Para ver el archivo inactivo.

—De acuerdo.

El coche dobló por la calle Treinta y Seis.

—Me alegro de que estés en este asunto —dijo Katherine.

Abrams encendió un cigarrillo. Después de un rato Katherine dijo:

—Algunas veces creo que hemos nacido con un instinto de revancha. Es casi tan fuerte como el instinto de supervivencia o el sexual. Muchas de las personas que has conocido esta noche no tendrán paz hasta que no cumplan con sus viejas metas. ¿Cuál es tu motivo?

—El sexo.

Lo miró dudosa y luego sonrió. La limusina se detuvo frente a la casa. Abrams abrió la puerta.

—Ten cuidado esta noche —dijo Katherine.

Abrams reflexionó que la mayoría de la gente decía «buenas noches», pero los de

este grupo decían «ten cuidado».

—Si hay un asesino suelto, sería más prudente que te quedaras aquí... o en el Lombardy.

—Me gusta dormir en mi propia cama. Te veré después. Por la mañana, temprano.

Abrams cerró la puerta y miró alejarse el coche.

Levantó el llamador y lo dejó caer. Claudia abrió la puerta casi de inmediato.

—Me has hecho quedarme levantada. Ya han llegado todos.

—¿Quiénes son todos?

—Los Grenville y los Van Dorn. ¿Lo has pasado bien?

—No.

—Te vi llegar. ¿Por qué no se quedó ella con el lunático de Thorpe en el horrible piso del Lombardy?

—Quizá lo haga. ¿Qué es lo que tiene de horrible aquel piso?

—Todo... cuando vas al cuarto de baño, el water analiza tu orina y manda los resultados a la CIA. Pasé allí una semana cuando vine de Rumania. Tenía miedo de desvestirme con la luz encendida. O apagada. Tienen aparatos para ver en la oscuridad.

Abrams colgó el impermeable en un perchero del vestíbulo.

—¿Es un refugio de la CIA?

Claudia no contestó.

—¿La misma habitación? —preguntó entonces Abrams.

—Voy a indicarte el camino.

Abrams entró en la sala y vio a Joan Grenville acurrucada en el sillón. Sonrió a Abrams, quien pasó de largo siguiendo a Claudia. Eran cerca de las tres de la madrugada y su cuerpo necesitaba descansar. Observó el ondulante movimiento del cuerpo de Claudia. Si le dieran la posibilidad de elegir entre dormir y sexo, considerando su edad y estado de salud, creía que podría permanecer despierto todavía un rato más.

Había un teléfono sobre una mesa y en ese momento sonó. Abrams lo atendió antes de que Claudia pudiera hacerlo. Era O'Brien. Su voz era tranquila y sin emoción.

—Hay un télex de Inglaterra. Brompton Hall fue destruida por un incendio.

—Bueno. —Abrams tuvo la impresión de que O'Brien lo sabía desde hacía rato. Pero a veces es mejor pretender que una fuente de información es la usual y tomar nota de las reacciones de la gente. Luego se podía lanzar otra noticia y observar nuevas reacciones—. ¿Cadáveres?

—Tres. Tendrán que identificarlos.

—¿A qué hora sucedió?

—A la una de la madrugada, a las ocho de la noche hora local. Más o menos cuando nos dimos cuenta del retraso de Carbury.

—¿Puede deducir algo de eso?

—Sí, puedo. Después de que Katherine me habló por primera vez de Carbury, llamé a un amigo en Kent y le pedí que fuera a Brompton Hall y vigilara. Eso fue a las cinco de la tarde, hora de Nueva York. Mi amigo me llamó desde Brompton Hall a eso de las siete de la tarde y todo estaba bien allí. Pero a las ocho nada estaba bien.

—Quizá su amigo fue la razón de que todo no estuviera bien en Brompton Hall.

—Posiblemente, pero él también murió.

—*Lady Wingate* y su sobrino deben de ser los otros dos.

—Parece que no tenemos mucha suerte cuidando a nuestros testigos.

—No. Bueno, Abrams, trate de dormir bien.

—De acuerdo.

—Tengo que llamar a los otros. —Colgó.

—¿Malas noticias? —preguntó Claudia.

—Como decía Thoreau sobre las noticias, cuando uno ha leído algo sobre un descarrilamiento de trenes, ha leído sobre todos los descarrilamientos.

—¿Eso qué quiere decir?

—Pregúntaselo a Thoreau.

—¿Henry Thoreau? Está muerto.

—¿De verdad? Ni siquiera sabía que estuviese enfermo.

—Qué broma más estúpida.

—Así es.

—¿Para quién era?

—Para mí.

Claudia descendió por la escalera.

Abrams trató de encajar esa nueva información con lo que ya sabía, pero su mente estaba demasiado confundida. Todo lo que pudo pensar fue que eso significaba violencia y deseo de crimen, sumado a los requisitos de llevar adelante unas operaciones internacionales complejas y audaces. Muertes por télex y gente situada en su lugar para ejecutar esas órdenes. KGB, CIA. La red de O'Brien. Podría ser cualquiera, pensó. Lo cual también significaba cierta temeridad por parte de los asesinos; ésa era la única luz en el panorama.

Abrams siguió a Claudia por la escalera. La joven se volvió y le dijo:

—Buenas noches. —Se detuvo ante el nuevo tramo de escalones.

Abrams estaba molesto.

—Voy a bajar a tomar un trago —dijo.

Claudia sonrió.

Abrams se detuvo frente a la puerta de su habitación. Primero escuchó, luego abrió la puerta, quedándose a un lado. Entonces encendió la luz. No había lugar para esconderse, excepto debajo de la cama, y mantuvo los ojos fijos en esa dirección mientras sacaba el revólver del cajón de la cómoda. Abrió el tambor, controló las seis balas, probó el seguro y el gatillo. Satisfecho al comprobar que todavía poseía un arma mortal, se guardó el revólver en el bolsillo.

Bajó y se reunió con los Grenville. El fuego estaba apagado y el cuarto estaba iluminado por varias velas. Joan, medio reclinada en el sillón con un vaso en la mano, lo miró intrigada.

—¿Por qué no estás en la cama con Claudia?

Abrams se sirvió un vaso de soda y notó que Tom Grenville dormía en un sillón.

—Me gustan las velas —continuó diciendo Joan—. En especial en una casa construida antes de que hubiera electricidad.

Abrams se sentó en el sillón y Joan tuvo que retirar sus piernas.

—Siempre hubo electricidad —respondió Abrams.

—Sabes lo que quise decir.

Joan bebió un trago.

—¿Estás cansado?

—Sí.

—¿Pasaste una velada agradable?

—¿Comparada con qué?

Joan miró a su marido y lo llamó:

—¡Tom, despierta!

Grenville ni se movió.

Joan se volvió hacia Tony Abrams.

—Está del otro lado. La gente duerme, él entra en estado de coma.

Abrams miró a Grenville. Realmente parecía fuera de combate, pero su presencia física lo inhibía.

—¿Eres miembro del grupo? —preguntó a Joan.

Tardó un rato en contestar.

—No. —Después de una pausa—: Hago aerobio.

Abrams sonrió.

—Y juego al tenis. Cosas que prolongan el buen estado físico. ¿Y tú? —agregó.

—Fumo, uso revólver y me meto en situaciones peligrosas.

—Encajas bien. Podría darte un consejo, pero no tendría sentido.

—¿Tu marido pertenece?

—No puedo hablar de eso.

—¿Tienes miedo?

—Tienes toda la razón del mundo. —Estiró las piernas y uno de sus pies se apoyó en el muslo de Abrams.

Abrams pensó que había bastante tensión sexual en esa situación. Recordó cuando su prima segunda Letty dormía en su casa. Después de viajes nocturnos al baño y a la cocina, terminaron haciéndolo en el sofá a las tres de la madrugada. Abrams hizo un gesto hacia Grenville.

—Te ayudaré a subirlo, si quieres.

Joan no contestó, pero en cambio colocó ambos pies sobre los muslos de Abrams. Éste le tomó un pie y comenzó a masajearlo.

—Eso me hace bien. Odio los tacones altos.

Abrams se dio cuenta de que sentía muy pocos deseos hacia ella y que tenía cosas más importantes que hacer que seguir sus instintos.

Miró a Grenville y le pareció que estaba despierto. Mientras consideraba eso, un ruido lo puso en estado de alerta.

Joan también lo había oído y miraba hacia arriba. Alguien estaba caminando por el cuarto de Abrams.

Abrams se puso de pie y subió las escaleras de a tres escalones por vez. Permaneció al lado de la puerta escuchando. Alguien estaba dentro. Sacó el revólver, dio un paso atrás y empujó la puerta. Miró cautelosamente.

Claudia estaba sentada en la cama. Llevaba una bata blanca de seda. Abrams habló para sí mismo.

—¡Dios mío! La locura es interminable.

Claudia le miró de reojo.

—Entra y cierra la puerta.

Abrams entró en el dormitorio, cerró la puerta y guardó su revólver.

—¿Qué te hizo pensar que quería que vinieras?

Claudia dejó a un lado la revista que estaba leyendo y se enderezó, dejando entrever sus senos.

—No soy una prostituta —dijo con seriedad—. No me acuesto con cualquier hombre. Me gustas. Creo que yo te gusto.

Abrams se volvió y abrió la puerta chocando con Joan Grenville que evidentemente estaba escuchando.

—Lo siento, señora Grenville, parece que tengo un conflicto de horarios...

Inesperadamente ella sonrió.



—Si quieres, ven después. Estoy en el tercer piso. Segunda puerta a la derecha. La dejaré sin cadena. Despiértame. A cualquier hora antes de que amanezca.

—De acuerdo. —La miró alejarse y luego regresó a su habitación. Abrió un cajón. No habían tocado su libreta ni sus otras pertenencias.

Claudia se inclinó para mirar.

—¿Crees que vine aquí para robarte?

Abrams se acercó a la cama.

—Estaba buscando mi chalina para rezar. —Colocó el revólver sobre la mesa de noche. Luego se quitó la pajarita y la chaqueta del esmoquin. Terminó de desvestirse, se arrodilló ante Claudia y le abrió la bata. Tenía un cuerpo redondeado, con caderas anchas. Le acarició las piernas, brazos y nalgas, y pudo detectar el buen estado de sus músculos. Se preguntó qué clase de trabajo haría en Rumania.

—¿Haces aerobic?

—¿Qué es eso? ¿Volar? ¿Por qué me cuesta entenderte?

—No me lo explico. —Se inclinó y la besó en la boca y luego recorrió su cuerpo. De golpe, Claudia lo empujó y se cubrió con la bata.

—Ven. Sígueme. —Tomó una manta y se la colocó sobre los hombros.

Abrams la vio salir por la ventana.

—Ven, es una escalera de incendio. Ya no llueve y es una noche preciosa. ¿Alguna vez has hecho el amor al aire libre?

Abrams se encogió de hombros y buscó a su alrededor algo de ropa para ponerse. Claudia lo llamó.

—Trae las almohadas. Ven. —Se deslizó por la ventana y permaneció en el descansillo de la escalera de incendios. Abrams tomó dos almohadas, metió el revólver en la funda de una de ellas y salió a encontrarse con Claudia.

El cielo comenzaba a aclararse y hacia el oeste brillaba la luna. Abrams miró a los edificios vecinos, todos mucho más altos que la casa de cuatro pisos. Todavía algunas ventanas estaban iluminadas.

—Esto es hermoso. Me encanta hacer el amor al aire libre.

Abrams sonrió.

—Vamos. Sube primero.

Abrams comenzó a subir por los escalones húmedos. Dijo por encima del hombro:

—Ten cuidado, están resbaladizos.

Claudia se detuvo en el descansillo del tercer piso.

—Tengo *whisky* en mi habitación. Sigue que te alcanzo enseguida.

Abrams continuó subiendo y al pasar por las ventanas oscuras del cuarto piso miró por encima del parapeto. La terraza estaba cubierta con ripio. No había nada más que una ancha chimenea de piedra en el centro de la azotea.

Abrams trepó por el parapeto y se dejó caer en la azotea. Caminó alrededor de la chimenea hasta que encontró un sector relativamente seco y dejó caer las almohadas.

Miró hacia abajo mientras el suave viento acariciaba su cuerpo y pensó: «Sí, esto tiene que ser diferente». Muy hermoso.

Oyó crujir el ripio a su izquierda. En la oscuridad, vio dos siluetas con capuchas de esquí moviéndose rápidamente en su dirección. Una figura llevaba una palanca y la otra una bolsa negra. Abrams pensó que eran las herramientas de dos ladrones. Pero en un instante supo que eran cualquier cosa menos ladrones. Eran asesinos profesionales.

Estaba a unos tres metros de la escalera de incendios y a la misma distancia de las almohadas en donde tenía escondido el revólver. Los hombres se encontraban a menos de cinco metros de él. Abrams dio tres largos pasos y se agachó para sacar el revólver. Lo tomó por el cañón sin tiempo para enderezarlo. Se preparó para sacarlo de la funda, pero el hombre más cercano a él le lanzó una violenta patada que lo alcanzó en un costado de la cabeza. El otro hombre se apresuró y lo golpeó con la palanca en un codo paralizándole el brazo derecho. Abrams sintió que el dolor le subía hasta el hombro. Volvió a pensar que eran profesionales.

Le sujetaron los brazos a los costados y lo hicieron poner de espaldas. Uno de los hombres le apretó la boca con una mano enguantada. El otro levantó algo que parecía una cachiporra. El primer hombre se arrodilló sobre su pecho, le abrió la boca y le apretó la nariz.

Abrams pudo ver que la cachiporra era en realidad una botella y sintió que el líquido le corría por los labios y se derramaba por su cara. Trató de escupir, pero se deslizó por su boca abierta. Tardó unos segundos en identificar el líquido ardiente. No era veneno ni ácido, sino *whisky*. Adivinó que era su marca preferida. Así no parecería un asesinato, sino un borracho que había caído de la azotea. Comenzó a moverse, pero una mano le apretó los testículos. Dejó de agitarse.

Lo mantuvieron aprisionado contra el ripio por lo que le pareció un largo tiempo, aunque probablemente fueron unos pocos minutos. Comenzó a sentir los efectos del alcohol y trató de librarse. De golpe, los dos hombres lo volvieron y tomándolo de los brazos y las piernas comenzaron a llevarlo hasta el borde de la azotea.

Abrams veía que el parapeto se acercaba rápidamente; más allá de él encontraría el vacío de una caída desde un cuarto piso. Esperó hasta que aflojaron la presión a muy poca distancia del parapeto. Sintió que se preparaban para arrojarlo al espacio. En ese último instante, Abrams se agitó violentamente, soltando su brazo derecho. Sus hombros chocaron contra el muro de piedra, haciendo que los dos hombres lo soltaran.

Abrams se colocó en posición de defensa con la espalda contra el parapeto. Tomó dos puñados de ripio y los arrojó a los rostros de los hombres. Con el pie izquierdo golpeó a uno de ellos en la ingle. El otro aprovechó para darle un puñetazo en la mandíbula, derribándolo.

Abrams cayó de espaldas, aturdido. El hombre se inclinó, buscando su garganta. Abrams le colocó los dos pies en el estómago, lanzándolo del otro lado del parapeto.

La noche interrumpió su quietud con el agudo grito.

Abrams se puso de pie. Comenzó a seguir al otro hombre, pero el alcohol hacía más lentos sus movimientos y el dolor del hombro aumentaba. El brazo derecho todavía estaba adormecido por el golpe en el codo y el ripio le lastimaba los pies.

El hombre estaba trepando por la cuerda que usaron para descolgarse cuando Abrams lo alcanzó. Agarró la cuerda y tiró violentamente, pero el hombre tenía zapatos y guantes de cuero; pudo seguir trepando y desapareció en el techo.

Abrams regresó vacilante hasta las almohadas, recogió su revólver y comenzó a descender por la escalera de incendio.

Claudia estaba en el descansillo. Lo miró.

—¿Qué te ha pasado? Tienes olor a *whisky*.

La miró fijamente.

—Tropecé. —La tomó de un brazo y la hizo bajar hasta la habitación—. Olvidaste el *whisky*.

—No pude encontrarlo.

Abrams comenzó a vestirse.

—¿Dónde está la manta?

Claudia no respondió la pregunta, pero dijo:

—¿A dónde vas?

—De vuelta a Brooklyn, donde estoy seguro.

—Pero... no hemos...

—Creo que he perdido las ganas. Buenas noches.

—¿Qué...? —Lo miró y tocó su codo lastimado—. Tienes magulladuras por todas partes.

—Buenas noches. —Se dio cuenta de que su voz sonaba pastosa.

Claudia vaciló y luego se marchó rápidamente.

Abrams esperó, luego tomó su revólver y salió al corredor. Subió las escaleras hasta la habitación de Joan Grenville. Abrió la puerta sin golpear y la encontró dormida, envuelta en las mantas, pero sentada. La lámpara estaba encendida y un libro yacía sobre la cama. Se sorprendió al oír que roncaba.

Cerró la puerta con cerrojo y controló la ventana. Se sentó en una silla con el revólver sobre el regazo y cerró los ojos.

Sus pensamientos eran confusos, pero pese al alcohol, llegó a la conclusión de que si había tenido algunas dudas sobre la realidad de lo que oyera, en ese momento no las tenía. Como un soldado en el frente, había tenido la suerte de sobrevivir en su primer día. La suerte o la casualidad ya no tendrían ningún papel en su futura supervivencia. Era difícil de matar, pero ellos no dejarían de intentarlo.

Sin embargo, tenía una ventaja sobre los demás. Conocía el nombre de uno de sus enemigos: condesa Claudia Lepescu. Pero no sabía qué hacer con ese interesante descubrimiento. En contraste con su trabajo como policía, no tenía compañeros ni socios. Estaba solo. Comenzó a apreciar el terror y la soledad de los trabajos en el

servicio de inteligencia.

Miró a Joan. Se preguntó cómo encajaba ella en todo eso. Su instinto le decía que era lo que parecía ser. Hasta podría ser útil, si no fuera tan inepta.

Pensó que lo que debería hacer era poner una buena distancia entre esa gente y él. Pero algo dentro de él —quizá tan poco complicado y simple como el patriotismo— le decía que se quedara para ver el final. Se preguntó cuál sería la próxima víctima de Talbot. Quienquiera que lucra, se aseguró, no sería Tony Abrams.

# **IV**

## **Revelaciones**

A las ocho y media de la mañana, Katherine Kimberly entró en la casa de la calle Treinta y Seis con su propia llave. Lanzó una mirada a la sala y vio a Tom Grenville acostado en el sofá, los zapatos y la chaqueta del esmoquin tirados en el suelo.

Entró en la pequeña cocina y puso a calentar el café.

Tony Abrams, vestido con su traje oscuro, entró por la puerta de atrás. La observó, de espaldas a él, echando crema en una jarrita. Llevaba una blusa blanca, pantalones color caqui y zapatillas para correr. Como pasa cuando uno ve por primera vez en ropa de fin de semana a gente del trabajo, Katherine no parecía Katherine.

—Buenos días —la saludó.

Se volvió y sonrió.

—Estabas despierto. Tienes un aspecto horrible. ¿Una noche muy pesada?

La miró a los ojos para buscar alguna señal de sorpresa o desilusión porque él siguiera con vida.

—Pudo ser peor. —Encontró dos tazas en el aparador—. Estaba preocupado por ti.

Katherine abrió su bolso y sacó una pistola automática.

Abrams miró la Browning del 45. Hubiera esperado algo más pequeño, pero por la forma en que la empuñaba se dio cuenta de que se sentía cómoda con ella.

—Supiste lo de Brompton Hall, por supuesto

Guardó la pistola en su bolso.

—Sí. Los muertos fueron identificados como lady Eleanor Wingate, su sobrino Charles Brook y Ronald Hollings, amigo del señor O'Brien. Están realizando las autopsias.

Abrams sirvió el café.

—¿Estuviste sola anoche?

—Ésa es una pregunta insolente.

Abrams la miró con firmeza.

—¿Estoy en el caso o no?

Katherine replicó con frialdad.

—Fui a mi piso de la calle Carmine. Sola. Estabas en el coche cuando...

—Podrías haber sido discreta. ¿Por qué no regresaste al Lombardy?

Pareció molesta.

—No tenía ganas de quedarme allí.

—¿Te sugirió Thorpe que fueras a tu casa?

Asintió.

Abrams bebió su café.

—¿Tienes tu habitación allí?

—Sí.

—Y tu ropa de calle y sus cosas quedaron allí. ¿Entonces no es extraño que te haya enviado hasta tu casa en la calle Carmine? ¿No sabía que tenías una cita conmigo aquí por la mañana?

—Dios, eres un policía. —Tomó un trago de café—. No, no me parece extraño. El piso en el Lombardy, si quieres saberlo, es el extraño. Es un refugio de la CIA o algo por el estilo. No se pregunta si hay sitio o no allí.

Abrams asintió y dejó el café.

—¿Cómo está tu estómago esta mañana?

—¿Mi estómago...? Bien...

Abrams le hizo un gesto para que le siguiera a la puerta trasera.

Salió con él al patio. Más allá de la ventana trasera del comedor había un banco de hierro blanco con las dos patas rotas. Sobre el banco había tirado un cuerpo. Era evidente por la postura que el cuerpo estaba roto, la cabeza había dado contra las piedras del suelo.

Katherine contempló la figura.

—Un ladrón, por el aspecto.

Katherine miró hacia arriba, pero no dijo nada.

Abrams se inclinó sobre el cadáver y le levantó la capucha. La piel blanca del muerto contrastaba con las magulladuras y la mancha de sangre en la boca. El rostro era el de un hombre de unos treinta años con facciones que podrían ser esclavas. Abrams corrió la capucha y dejó al descubierto una mata de espeso cabello negro. Observó su dentadura a través de la boca abierta.

—Por el corte de pelo y su dentadura puedo adivinar que el hombre es extranjero. No lo reconoces, ¿no?

Katherine se acercó más y lo observó.

—No... —Se volvió y regresó rápidamente a la cocina. Abrams la siguió. Tomaron café en silencio hasta que Katherine preguntó:

—¿Qué hacías en la azotea?

—Nunca dije que estuviera en la azotea. —Tomó el teléfono y marcó el número de la casa del capitán Spinelli—. Habla Abrams.

La voz de Spinelli sonó adormilada.

—No tengo novedades sobre Carbury.

—Ven al 184 de la calle Treinta y Seis Este. Hay un cadáver en el patio.

—Oh, diablos, Abrams, ¿qué mierda pasa contigo?

—Te llamaré más tarde.

—¿Dónde estás?

—Te dije la dirección.

—¿Tiene que ver con Carbury?

—Bueno, esta casa pertenece a ellos o la usan O'Brien y los demás. Algunos

están durmiendo aquí. ¿Qué te parece, Sherlock?

—Me parece que tengo ganas de darte una patada en el trasero. Quédate allí.

—Te llamaré por teléfono. —Colgó.

Abrams y Katherine dejaron la casa. El día era claro y apacible y todavía quedaba el olor de la lluvia de la noche. Abrams miró a su compañera a la luz del sol. Posiblemente no habría dormido más de cinco horas, pero no se le notaba.

Katherine sintió que la miraba de otra manera.

—¿Por qué no vamos caminando? —sugirió.

No hablaron hasta llegar a la avenida Lexington, en donde se detuvieron para esperar el cambio del semáforo.

—¿Qué supones que buscaba ese hombre? —preguntó Katherine.

—La platería.

Cruzaron la avenida y doblaron hacia el norte. Casi no había tránsito y la ciudad tenía un aire adormilado, como después de una borrachera. Doblaron por la calle Cuarenta y Dos.

—Te gustará Arnold. Es tortuoso y excéntrico.

—¿Qué esperas encontrar allí?

—Uno no espera encontrar nada en los archivos. Sin embargo todo está allí. En una ficha, lo que falta es tan importante como lo que está. Es un asunto de deducción, intuición, y suerte. ¿Eres bueno para mirar archivos?

—Nunca me lo preguntaron. Voy a tener que pensarlo.

Caminaron en silencio por la zona de la estación Grand Central que para Abrams no había cambiado desde la época de su juventud.

—No tengo confianza en Peter Thorpe —dijo Abrams.

Katherine no respondió inmediatamente, pero cuando lo hizo no había reproche en su voz.

—Por supuesto que no. ¿Quién la tiene? Es un oficial del servicio de inteligencia. Miente, hace trampas y roba. Pero no hablamos de confianza en este negocio. Hablamos de lealtad. Peter es leal.

—¿A quién?

—A su país. —Lo miró—. Cualquier sugerencia en contra podría ser un asunto muy serio.

—Sería una imprudencia de mi parte pretender eso —replicó y cambió de tema—. A propósito, gracias por sugerir que durmiera en la casa del centro. Fue conveniente.

—Pensé que lo sería. Úsala cuando quieras.

Caminaron por la Quinta Avenida y cruzaron por la esquina norte al lado de la Biblioteca Pública. Abrams notó unas marcas negras en la vereda, una flecha señalaba al sur a la silueta del edificio del Empire State. Al lado de las flechas estaba escrito «GROUND ZERO 0,6 kilómetros<sup>[3]</sup>». Katherine también lo vio y dijo:

—¡Qué estupidez!



Abrams había visto eso en varios lados de la ciudad, con flechas apuntando al Empire State con la distancia marcada.

—La gente tiene miedo —dijo Abrams.

—No hay nada que temer —contestó Katherine—, excepto al mismo temor.

—Creo que un misil de diez megatones cayendo en la calle Treinta y Cuatro me pondría nervioso.

—Esta histeria nuclear se alimenta de sí misma.

—El señor O'Brien está muy preocupado por algo.

—No por misiles nucleares.

—¿Por qué entonces? ¿Contaminación de las aguas?

—Algo... no guerra biológica o química..., algo más letal... no puedo imaginarme qué.

—Yo tampoco.

Continuaron subiendo por la Quinta Avenida hacia el Rockefeller Center.

—¿Qué pasaría con Talbot si lo encontraras?

—¿Qué crees tú?

—¿Y si por ejemplo Talbot fuera Patrick O'Brien?

Contestó sin vacilar.

—No importa que fuera mi mejor amigo. Él moriría. Ella moriría. Ellos morirían. Abrams la miró.

—Volviendo a los años treinta, E. M. Forster escribió: «Si tengo que elegir entre traicionar a mi país y traicionar a mi amigo, espero tener el valor de traicionar a mi país».

—Es idiota.

—Pero interesante. El concepto de traición es interesante. Lee la Declaración de Independencia. Es el documento más traidor de su época. El rey Jorge tenía el derecho legal de colgar a los cincuenta y seis traidores que firmaron ese documento.

Katherine se detuvo ante la entrada del paseo del Rockefeller Center.

—Muy bien. ¿De qué se trata? ¿De que no tenemos derechos legales para disponer de Talbot?

—Ése es tu problema. Un problema moral. Mi punto de vista es práctico. Talbot no tiene corrupción en su corazón o culpa en sus ojos, como sugirió James Allerton. No pierde su alma en luna llena ni le crece pelo ni apesta a sangre. Tiene un halo en su cabeza y huele a rosas.

—Pero tú dijiste que podías ver la culpa en los ojos de un hombre...

—Pero mi observación era para demostrar lo contrario. Los criminales muestran su culpabilidad. Talbot no es un criminal, es un patriota. Pregúntaselo a él.

—Ya veo...

—Mis padres... sí, eran traidores... pero eran gente que alimentaba a los pobres cuando podía, se hacía cargo de amigos indigentes y de su familia, reía, hacía el amor y hacía tortillas de patatas. Talbot es una versión aristocrática de ellos. Podría muy

bien ser O'Brien, Allerton, George Van Dorn o una docena de los que conocí anoche. Su prole podría ser... cualquiera.

Katherine asintió.

—De acuerdo..., gracias por traer algo de cruda y fría objetividad en todo esto.

—Para eso me habéis invitado. —Caminó en dirección del edificio de la RCA. Katherine le siguió—. Tampoco confío en ti.

Katherine se esforzó en sonreír.

—¿Lo dices en sentido profesional o personal?

—En ambos.

—¿Y qué pasa con Nick?

—Antecedentes universitarios. Incierto desde el punto de vista de la seguridad. Nunca confíes en un intelectual. Además, hace demasiado tiempo que está en un trabajo que parece no gustarle. Muy sospechoso.

—¿Los Grenville? ¿Claudia?

—Las energías de Joan Grenville están dirigidas a traicionar a Tom Grenville. Tom Grenville da la impresión exterior de que su idea del sexo oral es hablar con un santo. Pero por dentro es una persona muy diferente; eso puede sugerir que representa otros papeles. En cuanto a Claudia, nunca hay que confiar en un extranjero.

Caminaron alrededor de la pista de patinaje. Katherine se detuvo frente al edificio de la RCA.

—¿Crees que yo tengo algo que ver con el hombre de anoche?

—Tuve ese presentimiento.

—Pero yo insistí para que te unieras a nosotros.

—Es verdad. Pero si yo fuera sospechoso, no estaría mal proponer a alguien de fuera. Diversificar las sospechas. Y asegurarme de que encontrara su fin si era demasiado peligroso.

—Tú no representas esa clase de peligro —contestó sonriendo.

Abrams mantuvo la puerta abierta y entraron en el vestíbulo del edificio de la RCA.

—Pero para beneficio de este razonamiento, si alguien hubiera tratado de asesinarme, eso probaría que soy un verdadero peligro. ¿No?

Katherine contuvo una carcajada.

—Quizá. Por otra parte, asesinato, como sabes, es una palabra legal que connota fechoría. Si alguien trató de matarte, podría ser, como tú sugeriste, un acto patriótico al cumplir su deber con el pueblo.

Sonrió débilmente y pensó: «Putas».

El vestíbulo principal del edificio de la RCA era puro *art déco*, pensó Abrams, otro retorcimiento de antes de la guerra, pero extrañamente moderno después de medio siglo, como un escenario para un filme de Flash Gordon.

El nivel más bajo del vestíbulo tenía una cafetería, donde Abrams se sentaba a veces para observar a los patinadores a través de las ventanas. En la parte de arriba había tiendas, como en el vestíbulo principal. En una ocasión Abrams encontró una tienda especializada en objetos militares: fotos, estatuas y placas. Había bronce con el busto del general Donovan; sus clientes principales debían de ser los jóvenes abogados de Donovan Leisure, O'Brien Kimberly o alguna de las otras firmas legales relacionadas con la OSS. Abrams sonrió ante la idea de un grupo de jóvenes abogados haciendo una genuflexión ante el busto.

—¿Te he visto sonreír? —preguntó Katherine—. ¿Recordaste algo desagradable? ¿Quizá algún amigo está enfermo?

Abrams la miró y ensanchó su sonrisa.

—Dios sabrá por qué, pero me gustas.

—Esto me arregla el día. —Se dirigió hacia el ascensor y se detuvo ante un pequeño escritorio. Escribió sus nombres y el destino en un libro. Llegaron al piso cuarenta y cuatro, ocupado totalmente por la firma de O'Brien. En el corredor, un guardia privado la saludó al reconocerla y le indicó que firmara otro libro.

—Me alegro de no haberme parado para ir al servicio —observó Abrams.

Katherine hizo como si no hubiera oído mientras miraba el libro. Vio los nombres de unos pocos abogados y la firma de Arnold a las ocho de la mañana.

Camaron por el largo corredor y se detuvieron ante la puerta con el cartel FICHERO INACTIVO. Katherine llamó.

—¿Me dejará entrar Arnold? —preguntó Abrams.

—Voy a usar todo mi encanto —respondió sonriendo Katherine y volvió a llamar. Detrás de la puerta se oía el silbido de la tetera con agua hirviendo.

Abrams se acercó y movió el picaporte. La puerta se abrió con su familiar chirrido. Miró hacia el interior.

Katherine se adelantó y entró en la habitación. Abrams la empujó hacia atrás y sacó su revólver. Ninguno de los dos habló. La tetera hervía sobre el calentador eléctrico.

Los ojos de Katherine se acostumbraron a la tenue iluminación y pudo ver el cuerpo que yacía al costado de la mesa. Los dos escucharon, pero sólo se oía el silbido de la tetera.

Abrams se puso el revólver al costado y se aproximó al cuerpo.

Arnold Brin, en mangas de camisa y con pantalones grises, yacía de boca, con la cabeza torcida y la mejilla apoyada sobre una corbata. La corbata, notó Abrams, era de un color azul que combinaba con el rostro de Arnold. La lengua de éste salía de su boca y llegaba hasta la corbata. El ojo que se veía estaba muy abierto. Abrams se arrodilló y tocó la mejilla.

—Caliente. Una hora o menos.

Katherine sintió que le temblaban las piernas y se dejó caer en una silla, pero al darse cuenta de que era la de Arnold se puso de pie rápidamente y se apoyó contra un mueble del archivo.

—Oh... —su voz era casi inaudible—. Oh, Dios...

Abrams miró a la mesa. Estaba preparada para tomar el té; una caja de galletas había caído al suelo debajo del escritorio. Tomó una lámpara del escritorio y la colocó en el suelo. Examinó el ojo abierto, luego forzó la boca de Arnold, miró y olió. Luego se puso en pie y colocó la lámpara en su lugar.

Katherine seguía apoyada contra el archivo con los ojos cerrados. Abrams pudo ver que lloraba. Volvió a examinar la mesa. Tomó uno de los bizcochos y los olió.

—Probablemente se atragantó, pero no creo que fuera envenenado.

Katherine abrió los ojos.

—¿Qué...?

—Lo que al parecer pasó —Abrams apagó el calentador—, es que no preparó té. Eso podría haberlo salvado.

—¿De qué estás hablando?

—Comenzó a comer uno de esos bizcochos sin manteca o dulce... Su boca y quizá su garganta estaban secas, el flujo de saliva es menor en las personas mayores. Quizá los músculos de la garganta no habían tragado nada desde la noche anterior... en gente de su edad no es un accidente raro.

—¿Accidente?

—Se atragantó con un bizcocho. Pude ver parte de él en su garganta.

Katherine miró a Abrams y luego a Arnold. No habló durante un rato, después preguntó:

—¿Crees eso?

—No. Lo asesinaron. Uno de los mejores casos que he visto. Lo agarraron, por lo menos, dos hombres que probablemente usaban guantes para no dejar marcas en la piel o huellas digitales. Le deben de haber puesto alumbre en la boca para secarla, quizá le echaron anestésico para adormecerle la garganta. Pienso que probablemente le apretaron el esófago para que no pudiera tragar. Le metieron el bizcocho en la garganta y lo sujetaron hasta que se ahogó y murió. Gente muy hábil.

Katherine respiró profundamente.

—El médico que haga la autopsia va a pasar un mal rato con esto. Pero si sabe que está frente a un asesinato quizá encuentre algo más. —Abrams encendió un

cigarrillo—. Me pregunto por qué esta gente se molesta en simular accidentes. — Pensó durante un momento y luego dijo—: Probablemente para ganar tiempo. Así no se encienden automáticamente todas las alarmas.

—En parte es verdad —dijo asintiendo Katherine—. Pero también porque prefieren que parezca un accidente. Hay un cierto orgullo... en hacer las cosas con refinamiento... Es la forma habitual.

—¿De verdad? ¿Es un honor? —Tiró su cigarrillo y lo aplastó—. Bueno, ésta es la cuarta vez que no hay clara evidencia de asesinato. Carbury se desvaneció sin dejar rastro, Brompton Hall incendiada, Arnold se ahoga por accidente. Dios, hasta un policía puede ver el sistema.

Katherine lo miró.

—¿Los cuatro?

—Oh... mi borracho, el que cayó de la azotea.

—Tú estabas en la azotea. Ese hombre trató de matarte.

Abrams asintió.

—¿Qué?... ¿Cómo diablos llegaste a la azotea?

—Por la escalera de incendios.

—Sabes lo que quiero decir.

—Sería más revelador preguntarse en primer lugar cómo fui a parar a la casa.

Vaciló antes de responder.

—Claudia me lo sugirió. Tú le gustabas.

Abrams no dijo nada. Katherine agregó:

—Para ser honrada y más exacta, el señor O'Brien y Peter también sugirieron que te quedaras, supongo que cada uno por su cuenta e independientemente de Claudia.

Abrams continuó en silencio.

Katherine parecía haber superado la impresión de la muerte de Arnold. Su tono fue brusco.

—¿Pero qué te hizo ir a la azotea?

—El destino.

—Sabes... Tony..., no siempre es una buena política ser reservado. Algunas veces la gente necesita ayuda.

—Supongo, Kate, que toda la gente que trata con tu gente necesita toda la ayuda que pueda conseguir. Pero no del origen del problema.

Katherine pareció desconcertada, pero dijo tranquilamente:

—¿Por qué querría matarte alguien?

—No lo sé, pero siempre es halagador. —Abrams tomó el teléfono del escritorio de Arnold y marcó el número de la comisaría. Contestó una voz de hombre que Abrams sabía que era de un detective contestando desde la escena del crimen.

—Con el capitán Spinelli.

—¿Quién habla?

—Abrams.

—Un momento.

Spinelli se puso al teléfono.

—¿Cómo sucedió esto, Abrams?

—No me lo explico. Escucha, me fastidia estropear el sábado, pero tengo otro cadáver.

—Suéltalo de una vez.

—Edificio de la RCA. Estudio jurídico de O'Brien y Asociados. Habitación del archivo inactivo. El guardia te indicará.

Hubo un largo silencio. Luego Spinelli dijo:

—¿Qué demonios pasa contigo, Abrams? ¿Qué eres, una especie de nube negra?

—Comamos juntos.

—Una mierda. Mantente lejos de mí. No... quédate ahí.

—Lo siento, tengo que irme. Escucha, parece un ahogo accidental con la comida, pero no es así. Díselo al médico, ¿de acuerdo? Y recuerda, éste es un asunto raro. Cuídate. *Arrivederci*. —Colgó y se volvió hacia Katherine—. ¿Tiene sentido que busquemos las fichas o debemos suponer que se las llevaron?

Katherine estaba examinando el libro de salida de fichas.

—Arnold sacó catorce fichas. —Miró en la zona de trabajo de Arnold—. Pero no están aquí.

Abrams asintió, Katherine pensó por un momento.

—Arnold debía de conocer por lo menos a una de las personas, o no hubiera abierto la puerta.

—Es cierto.

—Alguien que tenía acceso a este cuarto.

—¿Cuánta gente hay?

—Mucha. Ingleses, estadounidenses, algunos franceses e incluso unos pocos alemanes. Y además un grupo de israelíes cazadores de nazis.

—¿Tienes esa lista?

Katherine echó una mirada al cuerpo de Arnold.

—La guardaba en su memoria. Cada grupo tiene solamente su lista.

Abrams pensó un momento.

—Él no sabía que en ese momento estuviera en peligro. Charló con la persona o personas que había dejado entrar... Debieron de hablar de las fichas que estaba juntando. Quizá le dejaron completar el trabajo. Sabían lo que estaba haciendo. Por qué estaba aquí un sábado. Sabían que ibas a venir pronto.

Los ojos de Katherine miraron con temor hacia el oscuro rincón del archivo.

—¿Pueden estar aquí todavía?

Abrams sacudió la cabeza.

—Lo dudo. —Permaneció pensativo—. En algún momento Arnold debió de notar que estaba en peligro... y debió de intentar... —Abrams miró el escritorio y luego movió unos papeles con cuidado—. Aquí no hay nada... si trató de dejar un mensaje,

ellos lo encontraron. —Abrams se volvió hacia el cuerpo y examinó con pericia los bolsillos, los zapatos, calcetines y la ropa—. Nada, no encuentro nada...

Katherine se le acercó.

—Quizá deberíamos..., deberíamos mirar por aquí.

—No. Es mejor que nos vayamos antes de que lleguen los mejores policías de Nueva York.

Dejaron la habitación y caminaron rápidamente por el corredor brillantemente iluminado. Katherine se aproximó al guardia.

—¿Pasó alguien por este corredor aparte de Arnold Brin?

El guardia sacudió la cabeza.

—No, pero están las escaleras de incendio.

Katherine miró el libro de firmas. Encima de los nombres de ella y Abrams, estaban los de tres abogados y Arnold Brin.

—¿Estos tres están todavía en la oficina?

—Creo que sí. No los he visto marcharse.

—Muchas gracias. —Katherine miró a Abrams mientras esperaban el ascensor—. Arnold no hubiera dejado entrar a ninguno de esos tres.

Abrams asintió.

—No parece difícil saltarse a este guardia. ¿Lo conoces?

—Sí. Está aquí desde hace años... lo que no quiere decir nada.

—Así es —contestó Abrams y luego pensó un momento—. Los policías hacen preguntas sobre empleados nuevos o gente de la limpieza nueva... los primeros sospechosos. En tu juego la gente necesita dos décadas antes de abrir una puerta o encender la luz en una situación crítica.

—Es algo exagerado pero...

—De todas maneras, Spinelli investigará al guardia y a los tres abogados.

Llegó el ascensor y entraron.

—Me siento culpable por lo de Arnold. Si yo no se lo hubiera pedido, él no habría estado aquí.

—Muy cierto.

—Podrías ser más simpático.

—Fue un comentario estúpido. Si hoy no fuera sábado, sería viernes. Si el padre de Hitler hubiera usado un preservativo, Arnold no sería el encargado del archivo británico de la Segunda Guerra Mundial en el Rockefeller Center. ¿Y qué?

Siguieron en silencio. Al llegar al entresuelo, Abrams dijo:

—No quiero encontrarme en el vestíbulo con Spinelli.

Bajaron por la escalera y salieron a la Sexta Avenida. Comenzaron a caminar en dirección al sur.

El sol calentaba y la calle comenzaba a recobrar su vida. Abrams lanzó una mirada a las zapatillas de Katherine y vio que estaban gastadas.

—¿Corres?

—Sí.

—¿Lo has hecho por Brooklyn?

—Sí, en Prospect Park. Algunas veces por el puente de Brooklyn, cruzándolo hacia Heights Promenade.

—Podría correr por el Prospect Park; quizá debiéramos hacerlo juntos algún día.

—¿Qué te parece el domingo por la mañana?

—¿Voy a ser absuelto por ser el Día de los Caídos?

—Claro —contestó sonriendo Katherine.

Siguieron un rato en silencio hasta que Katherine preguntó:

—Bueno, ¿y ahora qué?

Abrams tardó un rato en responder.

—Tengo que regresar a la casa, buscar mi esmoquin y devolverlo a Murray. Luego regresaré a Brooklyn, abriré mi correspondencia, juntaré algo de ropa para quedarme en la calle Treinta y Seis y...

—Todo eso es tan trivial... mundano.

—La mayor parte de la vida es así.

—Ha muerto gente. Hay una amenaza a la seguridad nacional...

—Napoleón, durante su campaña en Austria, escribió una larga carta a su sastre en París, quejándose por su ropa. La vida debe continuar.

—Supongo que sí. Escucha, debo almorzar con Nick. Ven con nosotros.

—No puedo.

—Me gustaría discutir estos nuevos acontecimientos: lo de Brompton Hall, la muerte de Arnold, el atentado contra tu vida.

—Ya hemos discutido muchas cosas. Esperemos al informe de Spinelli y lo que digan de Inglaterra.

—Bueno... —Katherine asintió—. ¿Puedes hacer algo mientras tanto?

—También tengo ropa en la lavandería. Y deberemos tratar de que no nos asesinen. Mira mucho por encima de tu hombro.

Se detuvieron en la calle Cuarenta y Dos y Abrams agregó:

—Voy a regresar a la casa del centro. ¿Adónde te diriges?

—Si alguien trató de matarte allí, ¿para qué vas a quedarte?

—¿Estaré seguro en mi piso?

—No.

—¿Entonces? Tómalo con calma ¿de acuerdo? Llámame mañana para correr.

—Espera. —Sacó una hoja de papel de la cartera y se la dio.

La miró. Decía JFE 78-2763.

—Estaba escrito por Arnold en el libro. No es el número de una ficha. ¿Significa algo para ti?

Abrams contempló la hoja de papel.

—Me parece... familiar... pero no lo identifico.

—Sus asesinos fueron muy tontos al no leer su libro de anotación de fichas.



Tenías razón, Arnold se dio cuenta de que algo andaba mal y trató de dejar un mensaje. No hay otra razón para que haya puesto esas letras y números en donde se suponía que tenía que firmar yo.

—Suenan lógicos.

—Tú sabes lo que significan esas letras y números, Abrams. No trates de engañarme.

Sonrió y le devolvió el papel.

—Llámame Tony.

—Te voy a llamar algo peor si no dejas de jugar conmigo. He sido correcta contigo. Trátame de la misma manera.

Levantó la mano.

—De acuerdo. Cálmate. Es un número de la biblioteca.

—Por supuesto. Vamos a la biblioteca y miremos a qué libro pertenece.

—¿A qué biblioteca?

—A la más lógica. Dobla a la izquierda. Camina.

Dieron la vuelta por la calle Cuarenta y Dos y caminaron rápidamente por la Quinta Avenida. Subieron los escalones de la entrada entre las estatuas de los leones reclinados.

Una vez dentro, subieron hasta el tercer piso, a la sala principal de lectura. Abrams entregó el número al bibliotecario.

Esperaron a que les dieran el libro.

—Cuéntame algo sobre tu hermana Ann.

Katherine pensó un rato y luego contestó:

—Es mayor que yo, un poco más seria y académica, no ha estado casada...

—No quiero tener una cita con ella —dijo bruscamente Abrams—. ¿Qué hace?

Katherine le miró de reojo. Su forma de hablar la desconcertaba.

—Ann trabaja para la Agencia de Seguridad Nacional. Códigos cifrados, criptografía... cosas por el estilo. Espionaje electrónico. Nada de capa y espada, solamente radios y satélites.

Antes de que Abrams pudiera contestar, se encendió el número pedido con una luz roja y se acercaron rápidamente al mostrador. Miraron las letras doradas de la tapa.

—*Grecum est non potest legere*. Eso es griego para mí.

—Oh, esperaba que no fueras a decir eso.

—Lo siento, me pareció apropiado.

—Bueno, no necesitas saber griego para leer el título. *La Odisea*, de Homero. — Abrió el libro y recorrió las páginas. El texto también estaba en griego clásico y había numerosas marcas en el margen y trozos de papel que Katherine dejó en su lugar.

—¿Arnold leía griego? —preguntó Abrams.

—Una vez vi un libro en griego en su escritorio. Ésa es una de las razones por las que pensé que no podía ser un simple sargento. Siempre sospeché que era oficial de

inteligencia, lo que indicaría que esas fichas tienen más importancia de lo que creíamos.

—La clave no es este libro en particular. La clave, si hay alguna, tiene que estar en el título *La Odisea*. O el autor, Homero. —Durante un momento permaneció pensativo—. ¿Esos nombres tienen algún significado para ti? ¿El nombre en código de alguien?

—No...

—¿Y qué me dices del protagonista Odiseo o de su nombre en latín, Ulises?

Sacudió la cabeza.

—Entonces —dijo Abrams— quizá el argumento..., la historia. Ulises, después de la caída de Troya, se embarca para regresar a casa...

Tiene una serie de desgracias... Circe, las sirenas... y todo eso. Se supone que ha muerto, pero diez años después regresa. ¿Es así?

—Básicamente... luego está el final de la historia... después de diez años de guerra y otros diez de vagabundear, su esposa Penélope no lo reconoce. Pero él había dejado su arco en casa y era el único que sabía usarlo. Arroja una flecha para probar que es él. —Pensó mientras sacudía la cabeza—. Pero no sé qué quiso decir Arnold.

—Bueno, estás familiarizada con los personajes. Piensa en ello. Un consejo, piénsalo sola.

Asintió y miró su reloj.

—Tengo una hora antes de almorzar. Voy a ir contigo.

—¿Hasta Brooklyn? ¿Tienes pasaporte?

—No dejes que te influyan las bromas idiotas de Peter.

Abrams devolvió el libro y comenzó a caminar hacia la sala de catálogos. Katherine lo siguió.

—Te manejaste muy bien con él. No le hagas caso.

Abrams pensó que no hacer caso de Peter Thorpe era como desdeñar una sombra en la ventana. Atravesaron el vestíbulo y se dirigieron a la escalera.

—Deduzco que tus cosas todavía están en el Lombardy. ¿Por qué no vamos a buscarlas?

—Bueno. —Katherine vaciló—. Pero... tú no puedes subir.

—¿No me puedes dejar subir?

—No.

—Quizá cuando no haya nadie. ¿No tienes una llave?

—No.

—¿Puedes tratar de hacerme entrar?

Hubo una larga pausa, lo suficiente como para indicarle que la lealtad de Katherine hacia Thorpe no era total.

—Tengo que pensarlo —contestó.

Pasaron por el área de recepción y salieron a la escalinata de la biblioteca, donde la gente se sentaba a leer y oír radio.

—¿Qué importancia tienen las fichas que faltan?

—Al parecer son muy importantes —respondió Katherine—. O no hubieran asesinado a Arnold Brin.

Abrams encendió un cigarrillo. Tomaron por la Quinta Avenida.

—Ésa es una conclusión lógica. Pero me pregunto...

—¿Te preguntas qué?

—Ellos deben de saber menos que nosotros. Tienen un secreto, la identidad de Talbot. Nosotros tratamos de descubrir ese secreto. Pero no saben exactamente hasta qué punto nos acercamos a su secreto. Por lo tanto tienen que cubrir todos los ángulos.

—Sí... sugieres que Talbot o sus amigos volverán a matar otra vez.

—Y otra y otra. La mitad de los asesinatos de pandillas en Nueva York se cometen para silenciar a alguien que no sabe nada. Para algunas organizaciones es más fácil anular todas las posibles fuentes de peligro que tratar racionalmente el problema. Yo, por ejemplo, sé muy poco; sin embargo, alguien trató de apartarme del camino.

—Dijiste que te sentías halagado.

—Eso fue una frase. El motivo es lo importante. Encuentra el motivo y encontrarás al sospechoso.

—¿Cuál es el motivo? ¿Eres un posible peligro para ellos?

—Sigo pensando que es más personal que político.

—¿Personal?

Abrams asintió.

—Simplemente porque mi único contacto con tus amigos fue anoche. Quizá pisé a alguien en el baile.

—Eso es muy improbable.

—Solamente en teoría. En la práctica, la gente que mata lo hace por las razones más increíbles y mezquinas. Cuando uno se cruza en el camino de un asesino y hace o dice algo equivocado, él lo considera carne muerta; uno camina y respira solamente porque él necesita de tiempo para planear tu muerte. Se siente increíblemente vivo sabiendo que tiene ese poder de vida y muerte.

—¿Nosotros estábamos anoche en esa misma función?

—Como sabrás, algunos asesinos son externamente encantadores, usan esmoquin y hacen bromas. Pero por dentro son personalidades tortuosas, muy sensibles, que imaginan insultos o perciben amenazas a su existencia. Entonces se vuelven psicóticos, vengativos y asesinos. Esto a menudo se manifiesta demostrando gran cordialidad hacia su víctima. ¿Anoche conocí a alguien así?

Katherine no contestó.

Abrams tiró su cigarrillo.

—Sabes que si puedo pensar en alguien así, aunque no esté seguro, debo seguir sus reglas y protegerme de la manera más directa, eliminando la amenaza. Quiero

decir ¿por qué correr el riesgo?

—Creo que es mejor que te deje para que hagas solo tus diligencias.

—Bueno, ten cuidado.

Comenzó a bajar las escaleras, vaciló y luego se volvió. Abrams notó que estaba pálida.

—Mira... algo que no hacemos en la firma es tomar decisiones unilaterales. En cuanto a ti... antes de realizar una acción directa... por favor, consúltame.

Asintió.

Katherine se volvió y caminó por la Quinta Avenida.

Abrams se sentó en la escalera al lado de un viejo borracho con una botella de vino. El borracho le preguntó:

—¿Tiene unas monedas?

Abrams le colocó dos monedas de veinticinco centavos en la mano.

—Gracias, compañero. —Luego con la facilidad para relacionarse de los alcohólicos dijo—: Mi nombre es John. ¿Y el suyo?

—Odiseo o Ulises.

—Vaya nombre. ¿Tienes un cigarrillo?

Abrams le dio un cigarrillo y se lo encendió.

—Sabes, John, la mente humana es capaz de cosas increíbles. Incluso tu mente, John. De otra manera no habrías sobrevivido tanto tiempo en las calles.

El viejo borracho asintió.

—¿Qué te parece si me das un dólar?

—Arnold Brin, me dijeron, tenía una buena mente. Supongo que debía venir a menudo por aquí. Pero él no era un superviviente como tú. Vio que se le acercaba la muerte, pero desdeñó el instinto básico de sobrevivir para tratar de dejar una señal, tuvo la presencia de ánimo suficiente como para dejar un mensaje que sirviera para que otros sobrevivieran.

El borracho se puso de pie, se tambaleó y volvió a dejarse caer. Muchas radios transmitían diferentes programas. Un grupo de estudiantes leía bajo el león del lado sur. Abrams se inclinó hacia el borracho.

—*La Odisea*, John. La historia de Odiseo. Resumiendo mucho, es la historia de un fantasma que después de ganar la guerra y después de muchos años de vagabundeo, regresa a casa desde la muerte. Ahora bien, ¿qué trataba de decirnos Arnold, John?

El borracho volvió a ponerse de pie e intentó dar un paso.

—Dímelo.

—No estás intentándolo, John.

—Dímelo tú. —El borracho se balanceó hacia la acera.

Abrams se puso de pie. Subiendo las escaleras se aproximaba un detective de homicidios que Abrams reconoció. Con él iba un hombre que no era policía pero podía ser del FBI. Bueno, pensó Abrams, la pista era evidente para el ojo entrenado

de un policía, pero el significado podría no ser tan evidente para alguien de fuera. Abrams se volvió y dejó pasar a los dos hombres, luego bajó la escalinata y se encaminó hacia el sur.

Arnold, reflexionó, había escrito para los iniciados. Había dejado abreviado algo para la gente con la que compartió experiencias comunes y el mismo tipo de pensamientos. O que había aprendido lo suficiente como para poder llegar a la conclusión lógica. Abrams también había llegado a una conclusión, deduciendo un significado posible y lógico del mensaje, pese a que por lógico que fuera, eran tan inaudito que él mismo no podía creer en la respuesta a la que había llegado.

El antiguo bimotor Beechcraft se elevaba a cuatro mil quinientos metros. El piloto Sonny Bellman controló el indicador: ciento sesenta nudos. Habló por el micrófono.

—Pine Barrens adelante. Casi diez minutos hasta el lugar del salto.

Patrick O'Brien asintió para sí. Estaban a unos cincuenta kilómetros al oeste del río Toms, en Nueva Jersey. Diez minutos más y estarían en la zona más desolada de las planicies.

O'Brien miró por la ventanilla. La noche era clara y la luna brillaba, iluminando el cielo y la tierra bajo él. No era una noche para saltos militares, pero sí una buena noche para hacerlo por deporte. Cruzó las piernas y se apoyó contra el fuselaje.

Esos saltos del domingo por la noche eran para él una especie de experiencia religiosa, un recordatorio de la muerte, y un ritual. Caería en Pine Barrens, haría una pequeña fogata y pasaría la noche pensando, hablando consigo mismo, recordando y olvidando. Antes del amanecer, informaría su posición por radio a un antiguo amigo, un granjero retirado, y el hombre lo buscaría en un lugar convenido en el camino más cercano.

O'Brien se lavaría en la caravana de su amigo y se cambiaría de ropa, después se afeitaría y desayunaría en los bosques. En general compartía una taza de café con su amigo. Cuando llegaran al túnel Holland, O'Brien estaría listo para la batalla, un irónico cambio de la secuencia de los acontecimientos en tiempo de guerra.

O'Brien sabía en su cuerpo, mente y corazón que ya no habría más saltos después del verano y saboreaba esas noches de los domingos de la forma en que los hombres mayores saborean la mayoría de las cosas que saben que están llegando a su fin. El ruido del motor, al disminuir su potencia, le sacó de esa ensoñación. Sus ojos inspeccionaron la cabina vacía, apenas iluminada por el rojo de la lámpara de aviso. En la espectral luz rojiza divisó las paredes del fuselaje y pudo ver los rostros imaginarios que desde otro tiempo se volvían lentamente hacia él. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Después de un rato miró hacia la mampara que separaba la cabina del piloto y luego observó su reloj. Muy pronto Bellman le pondría la luz verde.

Se puso de pie y controló su paracaídas mientras caminaba hasta la puerta. Permaneció allí mirando por la pequeña ventana oval. Una nube tapó la luna, arrojando una sombra sobre el desolado paisaje. Luces que tintineaban aquí y allá le recordaron las luces de los guerrilleros de otros tiempos.

Uno nunca sabía quién controlaba esas señales luminosas. Pensó que ciertamente una de las experiencias más temibles para el hombre moderno era arrojarse desde un avión a un territorio ocupado sin saber cuál sería el recibimiento.

Y después de haber sobrevivido a esos terrores, uno tenía que completar su

misión. Y para un agente secreto, que lo capturaran no significaba un campo de prisioneros, sino un campo de concentración, torturas, interrogatorios y casi siempre una bala en la nuca. Aunque siempre quedaban las cápsulas con veneno.

Sin embargo, había sobrevivido. Otros no. Pero eso hacía que sintiera que debía algo. Se lo debía a aquellos que terminaron sus vidas en la batalla, en las cámaras de tortura, con veneno o con una bala en la cabeza, para continuar la misión. Inmediatamente después de la guerra tuvieron encuentros con ciertos caballeros de la Gestapo, pero ese año, él y sus amigos se encontraron con el enemigo final: las fuerzas de seguridad del estado soviético.

O'Brien volvió a mirar su reloj. Se preguntó por qué Bellman no había encendido la luz verde. Controló sus cosas, cuchillo, mochila y cantimploras.

Cuántos saltos puede hacer un hombre, pensó, antes de que le falle la suerte. Todos, decían, excepto el último.

Sonny Bellman se volvió hacia el hombre que ocupaba el asiento de la derecha.

—Se acerca el momento del salto.

El hombre asintió, se puso de pie y sacó el paracaídas del asiento.

—Me pregunto si no se molestará conmigo —dijo Bellman.

—Al señor O'Brien le encantan las sorpresas —respondió el hombre.

—Le gusta saltar solo. Pero supongo que estará bien.

—Nadie va a decir nada, se lo prometo. —Peter Thorpe levantó una pesada cachiporra de goma y golpeó la base del cráneo del piloto. Bellman dejó escapar un sonido de sorpresa y luego cayó sobre el tablero de control. Thorpe le apartó y conectó el piloto automático. Miró su reloj y gimió:

—Dios mío, qué fin de semana.

Se acomodó el paracaídas, abrió la puerta y entró en la cabina.

La luz de la cabina del piloto hirió los ojos de O'Brien. La puerta volvió a cerrarse. Thorpe se acercó a O'Brien.

—¿Bellman? ¿Qué sucede?

Thorpe volvió a quejarse.

—Por Dios, Pat, ¿por qué quieres saltar en Pine Barrens un domingo por la noche? —Se detuvo a unos pocos pasos de O'Brien—. La mayoría de la gente de tu edad está jugando al ajedrez.

O'Brien colocó la mano sobre su cuchillo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Todo el mundo tiene *shtick*, que quiere decir desenvoltura. La mía no siempre funciona bien. Pensé que debía ocuparme de la tuya. —Rió suavemente—. ¿Te importa?

—Me importa que no hayas preguntado.

—Lo siento, Pat. —Peter miró por la ventana—. Dentro de pocas semanas habrá

luna llena. Ha caído una estrella. Pide un deseo.

O'Brien lanzó una mirada a la puerta de la cabina.

—Escucha, Pat, este asunto de Talbot me preocupa.

O'Brien no contestó.

—En realidad, Pat, me preocupas tú.

—Pues deberías estar preocupado. Estamos muy cerca.

—¿Lo estáis? Me lo estaba preguntando.

O'Brien habló con voz controlada.

—¿Cuál es tu motivo?

Thorpe se encogió de hombros.

—No estoy seguro. No es político. Quiero decir, ¿quién en su sano juicio iba a ponerse del lado de esos tarados? Estuve dos veces en Moscú, Dios, qué porquería, nunca encontré tantos estúpidos aburridos.

—¿Entonces, por qué? —O'Brien sacó la traba del cinturón que sujetaba el cuchillo.

Thorpe vio el movimiento.

—Olvida eso, Pat.

—Simplemente dime por qué.

Thorpe sacudió la cabeza.

—Bueno, es algo muy complejo. Tiene que ver con el peligro... Algunos hombres saltan de los aviones... otros corren en carreras automovilísticas... Yo traiciono. Cada día es una aventura cuando uno comete un pecado capital. Cuando uno sabe que cada día puede ser el último. ¿Recuerdas?

—Estás enfermo, Peter.

—Probablemente. ¿Y qué? La locura, como la drogadicción, tiene que ser alimentada. La Compañía provee comida, una verdadera fiesta para los hambrientos. Pero no para mí. Yo necesito el alimento definitivo. Necesito la sangre de toda una nación.

—Peter..., escucha, si deseas alterar la historia, y supongo que ése es tu motivo definitivo, puedes hacerlo ayudando a realizar nuestros planes. Puedes volverte un agente triple. Ése sería el acto que coronaría...

—Oh, tranquilo. Eres demasiado charlatán. Maldito abogado. Escucha ¿cuántas veces tienes la oportunidad de ver morir a una nación? Piensa en ello, Patrick, una civilización altamente desarrollada y compleja sucumbiendo por su propia tecnología. Y yo puedo quedarme en una colina y observarlo, ver el fin de una época de la humanidad y el comienzo de otra. ¿Cuánta gente a través de los siglos ha estado en una posición tan singular para causar un cambio tan súbito y catastrófico en el curso de la historia de este planeta?

O'Brien escuchó el ruido del motor y luego habló con un tono que sugería que aceptaba lo que Thorpe había dicho, pero que le quedaba un último pensamiento desagradable.



—Muy bien, Peter. ¿Pero qué clase de mundo será? ¿Podrás vivir en ese mundo? Thorpe agitó la mano con un gesto de desprecio.

—Soy muy adaptable —rió.

—No quedará nada para ti. Nadie a quien traicionar...

—¡Ya es suficiente!

O'Brien deseaba preguntarle cómo iba a suceder eso, pero como era un oficial de inteligencia entrenado, sabía que se estaba enfrentando a su propia muerte y no había razón para permitirse satisfacer su propia curiosidad. No iba a poder informar o actuar con esa información y mientras más preguntara a Thorpe, más sabría Thorpe lo poco o mucho que O'Brien sabía.

Thorpe pareció leer los pensamientos de O'Brien.

—¿Estás muy lejos de saber, Patrick?

—Ya te lo dije. Muy cerca. No vas a conseguirlo.

—Tonterías. —Thorpe se frotó la barbilla—. En una oportunidad, Katherine me dijo, y también lo he oído en otros lados, que tú eras el mejor hombre del servicio de inteligencia. Eres valiente, resuelto, agudo, imaginativo y todo lo demás... Entonces... Sé que eres bueno... ¿pero hasta dónde? Quiero decir, si sospechabas de mí, ¿por qué no actuaste antes de que te atrapara? Podría haber sido detenido, interrogado y torturado por lo menos hace un año. ¿Te estás volviendo lento? ¿Has dejado que los sentimientos de Katherine hacia mí te apartaran del camino? O quizá no sospechabas de mí. Sí, es eso. En realidad no sabes nada.

—Hace años que estoy detrás de ti, Peter.

—No lo creo...

El avión tropezó con un bache de aire y Thorpe perdió el equilibrio y cayó sobre una rodilla. O'Brien, que había estado esperando eso, se dirigió de inmediato hacia la puerta.

Thorpe sacó un revólver, apuntó y disparó. El ruido resonó en la cabina.

O'Brien, con la mano en la puerta, se inclinó, chocó contra la puerta y cayó hacia atrás. Thorpe apuntó y volvió a disparar. El ruido resonó otra vez en la cabina.

O'Brien yacía de espaldas a los pies de Peter, apretándose el pecho. Thorpe se arrodilló a su lado y le examinó la herida. Habló con voz calma y casi consoladora.

—Relájate, Pat. La primera era una bala de goma, probablemente te rompió una costilla. La segunda era una cápsula de pentotal sódico. Creo que has tenido suficiente.

Lo sentó.

—Tenemos que charlar, amigo mío; nos quedan dos horas de combustible y otras seis cápsulas de droga si es necesario.

O'Brien comenzó a sentir el efecto de la droga. Sacudió violentamente la cabeza. Luego tomó su cuchillo y de un tajo lastimó la nariz de Thorpe.

Thorpe se cayó hacia atrás con una mano en la cara y la sangre corriendo entre sus dedos.

—Hijo de puta..., traicionero...

O'Brien comenzó a levantarse y luego se tambaleó hacia atrás. Se sentó apoyado en el fuselaje con el cuchillo levantado.

Thorpe lo apuntó con el revólver.

—¿Te gustaría averiguar de qué es la tercera bala? No es de plomo, pero desearías que lo fuera.

O'Brien bajó el brazo y el cuchillo cayó sobre su regazo.

Thorpe permaneció con el pañuelo contra la nariz durante un rato, luego dijo:

—¿Te sientes mejor, Patrick? Bueno, te he subestimado. Sin rencores, vamos a comenzar. ¿Cuál es tu nombre?

—Patrick O'Brien.

—¿Tu ocupación?

—Abogado.

—No exactamente, pero es bastante aproximado. —Le hizo otras preguntas por el estilo y luego—: ¿Conoces a un hombre llamado Talbot?

—Sí.

—¿Qué otros nombres tiene?

O'Brien permaneció en silencio durante un rato.

—No lo sé.

Thorpe resopló de fastidio.

—¿Estaban vigilándome?

—Sí.

—¿Realmente sospechaban de mí? —Pensó durante un momento y luego sacó una jeringa—. No creo que tengas suficiente pentotal sódico. Vamos a probar con algo diferente. —Se acercó cautelosamente y le quitó el cuchillo. Con la otra mano clavó la aguja en la espalda de O'Brien y le inyectó surital.

Luego Thorpe se arrodilló cerca de O'Brien.

—Muy bien, vamos a esperar un minuto. —Sacó un cigarrillo y se lo colocó en la boca. Todavía apuntando a O'Brien sacó su Dunhill y lo encendió.

O'Brien vio que Thorpe cerraba los ojos y se movió. De pie a medias, alcanzó la manilla de la puerta, que comenzó a abrirse dejando entrar una fuerte ráfaga de aire frío. Thorpe se lanzó sobre O'Brien y le agarró por el tobillo, mientras éste trataba de arrojarle al vacío. Thorpe tiró violentamente de la pierna de O'Brien y comenzó a atraerle hacia sí.

O'Brien dejó escapar un gemido de dolor pero continuó tirando para caer. Thorpe se abrazó a la pierna, en lucha contra la corriente de aire.

—¡Viejo hijo de puta! —Thorpe sabía que estaba perdiendo la batalla contra el torbellino de aire. O'Brien le dio una patada con la pierna libre. Por último, Thorpe gritó—: ¡Está bien, hijo de puta, muérete! —Se dejó caer él también, agarrado todavía al tobillo de O'Brien.

Instintivamente Thorpe miró hacia arriba y vio cómo desaparecían las luces de

navegación del Beechcraft.

Los dos caían a una velocidad que, Thorpe lo sabía, les daba menos de ochenta segundos para abrir el paracaídas. Aferrándose con fuerza a la pierna de O'Brien, Thorpe levantó la cabeza y vio el movimiento de la mano de O'Brien intentando tirar de la cuerda para abrir el paracaídas. Thorpe le apretó la pierna con las dos manos y los cuerpos de los dos giraron. O'Brien tenía los brazos abiertos. Thorpe se abrazó al cuerpo de O'Brien y se estiró hasta quedar cara a cara. Gritó:

—¿Sabes quién es Talbot?

Los ojos de O'Brien estaban semicerrados y la cabeza le colgaba de costado. Murmuró algo que pareció ser «sí».

—¿Cuál es el nombre de Talbot? —volvió a gritar Thorpe; pudo ver que las facciones de O'Brien se contorsionaban en una mueca de dolor y los dientes le mordían el labio dejando un rastro de sangre. Ataque al corazón.

Thorpe miró hacia abajo para calcular el tiempo que le quedaba. Miró el rostro ceniciento de Patrick O'Brien y tuvo la seguridad de que no volvería a abrir su paracaídas. Thorpe gritó:

—¡Feliz aterrizaje! —Soltó el cuerpo de O'Brien y lo empujó para apartarlo del suyo. Se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de la tierra. Oh mierda, pensó y tiró de la cuerda. Todo dependía de ese segundo. Si el paracaídas no se abría, ya era tarde para el de emergencia. Pero se abrió perfectamente. Thorpe miró hacia abajo para controlar la caída de O'Brien, pero lo perdió de vista en la oscuridad del bosque. Thorpe cayó, rodó de espaldas y se puso de pie de un salto. Se limpió la arena de la cara.

—No estuvo mal —dijo. Sentía esa increíble excitación que sobreviene después de llegar a tierra—. Condenadamente bien.

Mientras recogía su paracaídas, pensó en O'Brien. Había sido un fuerte adversario. Esperaba tener más problemas con el piloto y menos con O'Brien, considerando su edad. Pero los viejos zorros eran muy fuertes. Por eso llegaban a viejos.

Se preguntó qué harían las autoridades con un avión que se estrellaba en las colinas de Pensilvania, sin pedir ayuda, fuera de su curso y con su pasajero aplastado en Nueva Jersey. Su carcajada interrumpió el silencio y la quietud de la noche.

Guardó el paracaídas en la mochila y sacó la antena del transmisor. Se sentó en un montículo de arena, abrió una caja de chokolatinas y esperó al helicóptero que vendría a recogerlo.

Esa noche reclamaba dos víctimas y tenía que trabajar deprisa antes de que las ovejas se aterraran y huyeran en estampida.

«Por lo menos —pensó—, estoy ayudando a eliminar sospechosos».

El pequeño helicóptero LOH que llevaba a Peter Thorpe aterrizó en el helipuerto de la calle Treinta Oeste. Thorpe se cambió la ropa que llevaba por una chaqueta de *sport*, corbata y pantalones.

El piloto, contratado por Lotus Air, una empresa propiedad de la CIA, no conocía ni el nombre ni la misión de su pasajero. Tampoco habían conversado y el piloto no lo había mirado durante el viaje. Si en una semana o dentro de un año informaban en las noticias que habían encontrado un cuerpo con el paracaídas sin abrir en Pine Barrens, Nueva Jersey, el piloto no asociaría las dos cosas.

Thorpe observó alejarse al LOH y luego recogió su mochila y la arrojó al río. Caminó por las calles solitarias y entró en una cabina telefónica. Marcó el número del Princeton Club y se comunicó con West.

—Nick, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Creo que me voy a dormir. Tengo que salir mañana temprano para Washington.

—Déjame invitarte a tomar una copa.

—De verdad no tengo ganas.

—Podemos terminar temprano. Tengo ganas de tomar un Negroni y detesto beber solo.

Hubo un corto silencio y luego West respondió:

—De acuerdo..., bueno... ¿Dónde y cuándo?

—Te encontraré en mi club. Estaré allí dentro de diez minutos. —Thorpe colgó.

Peter Thorpe entró en el Yale Club y se sentó en un pequeño sofá al lado de West, que miraba su martini. Thorpe pidió un Negroni y observó de reojo a West.

—Temí que no recordaras la palabra clave.

West le miró sin decir nada.

—Mira, Nick, este asunto de Talbot está revolviendo el avispero, tendrás que esconderte por un tiempo.

West asintió, recuperó la voz y preguntó:

—¿Quiénes... ellos o los nuestros?

—Nuestra gente. Langley ha estado todo el fin de semana en estado de alerta. Ya sabes cómo es eso. Comienzan a tomar decisiones a derecha e izquierda y se vuelven muy sensibles. Y ya tomaron una decisión con respecto a ti.

—¿Qué...?

—Bueno, no planean eliminarte ahora, pero quieren dejarte en las montañas... Deberás quedarte allí un tiempo.

Los ojos de West parecían más alertas.

—Entonces quizá lo mejor sea que me presente y...

—No. No hagas eso.

—Pero... no me importa que me pongan en el congelador.

—Si supieras lo que hacen a la gente en las montañas, pensarías de otra manera.

West contempló a Thorpe con una mezcla de curiosidad y temor.

—¿Qué...?

—Termina tu copa —dijo Thorpe. Le trajeron el Negroni y Thorpe lo probó—.

No es malo. Nunca lo había tomado. Mira, Nick, para guardar las apariencias trata de sonreír y de que te vuelva algo de color a la cara.

West bebió su martini.

—¿Estás armado? —preguntó Thorpe.

—No.

—¿Chaleco?

—No..., no uso eso.

—¿Y un transmisor?

West se tocó la hebilla del cinturón.

—Microminiatura. Puedo ser rastreado por aire, coche o por una radio receptora.

—¿Está activado ahora?

—No. ¿Por qué iba a estarlo?

—¿Cómo lo activas?

West se mojó los labios.

—Se oprime, tiene resortes como si fuera un reloj de pulsera.

—¿Tienes circuito para sonido?

—No.

Thorpe sabía que era verdad porque llevaba un detector y no había encontrado nada.

Contempló un rato a West y luego dijo:

—¿Veneno?

West asintió.

—Siempre.

—¿Dónde? ¿En qué forma?

West vaciló, luego se tocó el anillo de promoción.

Thorpe lanzó una mirada al anillo de Princeton.

—¿Tiene un compartimento para la pastilla?

—No... la piedra... cianuro suspendido en un trozo de azúcar, coloreado con tintura para confundirse con el ónice. Una tenue capa de poliuretano para mantenerlo brillante y preservarlo de la mezcla... hay que morderlo...

—Y la muerte, dicen, es instantánea. —Thorpe sonrió—. ¿Qué otra cosa pensaron esos tipos? ¿Ése es el único veneno?

West sacudió la cabeza.

—Una cápsula convencional. Me olvidé de ella. Está en mi habitación.

Thorpe sonrió.

—Te olvidarías de tu trasero si no lo tuvieras pegado.

—Cuéntame algo más sobre las montañas.

Thorpe miró hacia adelante mientras hablaba.

—Irás a las montañas como Nicholas West. Volverás convertido en otra persona.

—Eso es el Programa de Nueva Identidad.

—No exactamente. Van un poco más allá de la cirugía plástica y una nueva licencia de conductor, amigo mío. Tratamientos de electroshock, drogas e hipnosis. Cuando terminan con tu cerebro, ya estás neutralizado.

West lo contempló con los ojos muy abiertos.

—Ése es el nuevo significado de neutralizar —continuó Thorpe—. Nada de problemas para nuestra gente si tú no has cometido un crimen. Simplemente una pequeña alteración de la memoria y ya no serás una enciclopedia andante.

West se dejó caer hacia atrás.

—Oh... Dios mío..., no pueden hacer eso.

—Cierto. Es ilegal y nunca violarían tus derechos civiles. Pero supongamos que lo hagan. Entonces lo que tienes que hacer es mantener tu cerebro alejado de ellos por un tiempo.

West terminó su martini.

—¿Cuándo... cuándo tengo que...?

—¿Cuándo? ¡Esta noche! No hay mañana.

—¿Mis cosas...?

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Ya sabes... libros..., ropa...

Thorpe rió.

—Si dejas que te lleven a las montañas, ni siquiera vas a recordar tu nombre, mucho menos te acordarás de tus cosas. No te preocupes por detalles idiotas. Por otra parte, necesitas algún seguro sobre tu persona. Si tienes algún material escondido para ser abierto en ciertas circunstancias, tendrás tu oportunidad. West se frotó la cara.

—No puedo conseguir ahora nada.

Thorpe pensó durante un momento.

—Quizá pudieras ir a tu oficina por la mañana temprano y de forma natural juntar algunos documentos, hojas del ordenador y luego huir.

West se quedó inmóvil durante un largo rato, luego levantó la mirada.

—Quizá, si pudiera acceder a mi ordenador de la oficina... desde el tuyo del Lombardy...

Thorpe asintió lentamente pero no dijo nada.

West lo miró de reojo.

—Supongo que ésa es la mejor forma de hacerlo.

—Parecería.

—Pero... ¿cómo puedo hacer eso? El acceso dejará una constancia que te señalará.

—¿Hace eso? —preguntó Thorpe.

—Sí, es muy segura. Grabará tu entrada, más la información que se pide e identificará la estación de tu ordenador. Langley lo descubriría de inmediato.

Thorpe habló con tono indiferente.

—Una vez que esté dentro de tu ordenador, puedo hacer lo que me dé la gana. Si puedo entrar, puedo borrar toda huella de mi incursión.

West lo miró por un rato.

—El ordenador no va a permitirlo. Les dirá...

Thorpe sonrió.

—Me hago amigo de los ordenadores muy rápido, una vez que pongo las manos en ellos. —Encendió un cigarrillo—. Verás, es como la diferencia entre violación y seducción. Ambas implican penetración, pero una es violenta y torpe y la otra es tierna. Una vez que seduzca a tu ordenador, no se lo dirá a la policía. ¿De acuerdo? Déjame a mí preocuparme por la técnica.

West estuvo de acuerdo.

—Mira, Nick, el único problema verdadero que tenemos es si ellos han hecho algo para que no puedas acceder al ordenador, la versión moderna de quitarte la llave del cuarto de baño de los ejecutivos.

West sonrió débilmente.

—Pero si actuamos pronto —continuó Thorpe—, esta noche, creo que podemos suponer razonablemente que nadie le ha dicho a tu ordenador que eres persona *non grata*. Mañana será una de las primeras cosas que hagan. Primer paso para convertirte en un ser despersonalizado.

West asintió y se llevó la copa a la boca con manos temblorosas.

—Dime, ¿por qué corres estos riesgos por mí?

Thorpe se inclinó sobre la mesa.

—No soy un buen tipo, Nick. Pero alguna de la gente para la que trabajamos tampoco es buena. —Suspiró profundamente—. Si los dejo que te revuelvan el cerebro y que te pongan a lavar ventanas en una granja, entonces no podría soportarme... quiero decir que no podría enfrentarme a Katherine o Ann...

Ante la mención de Ann a West se le alargó la cara. Pidió otro martini a un camarero.

—También, para ser totalmente honrado, quiero entrar en la mente de tu ordenador. Como se ve, esta noche mis deseos coinciden con tus necesidades.

—¿Por qué deseas conocer el cerebro de mi ordenador?

—Como te he dicho muchas veces, Nick, necesito información de los viejos que recluto para mi Servicio de Contacto Interno.

West asintió. Siempre había pensado que esos legajos informáticos de espías

aficionados se le negaban a Thorpe de manera irracional.

—Pero deberé estar presente cuando accedas al ordenador —dijo West.

—No lo haría de otra manera. Sé que eres leal, Nicko. Pero has leído bastantes historias de casos para saber que incluso la lealtad no es una garantía contra esos paranoicos en posición de perjudicarte. Tu lealtad terminará cuando termine la de ellos. No son el gobierno o la nación. Tú sabes eso, profesor.

West se pasó las manos por la cara.

—Pero... ¿por qué? —Su voz estaba llena de angustia—. ¿Qué he hecho yo?

—Oh, diablos, Nick, hemos visto esto una docena de veces. No has hecho nada. Sabes demasiado. Lo mismo pasa con otra mucha gente, pero en tu caso los pones muy nerviosos. No eres verdaderamente de la Compañía. Fuiste reclutado por un capricho de la suerte por un director anterior y todos se olvidaron de ti y de tu departamento hasta que un día se dieron cuenta de que sabías demasiado sobre algunos jefes. Ése es el fondo de la cuestión. El que Moscú quiera a Nick es solamente un pretexto para justificar que se libren de ti.

West miró con nerviosismo a su alrededor.

—Por favor, Peter, en voz más baja...

—Oh vamos, calma. Éste es el Yale Club, por Dios. La mitad de los negocios ilegales de la nación se hacen en este lugar. —Thorpe se puso de pie—. Bueno, piénsalo. No te estoy presionando. No es tan importante para mí.

West se aferró al brazo de Thorpe.

—De acuerdo, de acuerdo. Solamente dime qué debo hacer. ¿A dónde puedo ir esta noche?

Thorpe sacó una llave de su bolsillo y miró a su alrededor.

—Habitación 1114. Allí es a donde tienes que ir. Hay un hombre. Es un actor. No sabe nada. Su principal virtud es que se parece a ti. Dios lo ayude a él y a su carrera. Cambia tus ropas con él. Se irá de aquí, con la pipa en la boca, y con suerte hará que le siga cualquiera que te esté vigilando. Eso probablemente incluya a varios de la CIA, KGB y los estúpidos de O'Brien. Con más suerte podrá llegar a la habitación de tu club sin que nadie se dé cuenta hasta mañana. Con eso estamos comprando tiempo.

West se puso de pie y dijo de repente:

—Así fue como desapareció Carbury.

—¿Y qué? ¿Quieres ser original? Esto funciona. Una vez me liaron a mí de ese modo. Tú siéntate en la habitación 1114 hasta que alguien vaya a buscarte. No hay teléfono, así no tendrás la tentación de llamar. Te dejaré una novela de espionaje para leer. —Thorpe sonrió.

West asintió y Thorpe le dejó caer la llave en el bolsillo, y le palmeó el hombro.

—Tómalo con calma, Nick. Te veré en el Lombardy antes del amanecer. Sigue las instrucciones.

Thorpe observó cómo West caminaba solitario hacia el ascensor. Subió sin que nadie pareciera notarlo.



Thorpe bajó la escalera y se detuvo en el vestíbulo. Allí observó a un hombre y a una mujer que leían. Podían estar trabajando para cualquiera. Thorpe sonrió para sí. Espías vigilando a espías. También se le ocurrió que el FBI y el departamento de policía de Nueva York podrían estar representados esa noche, gracias a Tony Abrams. Indudablemente la policía estaba en su caso, no en el de West. El pensamiento de que lo siguieran detectives de la ciudad era desagradable. Frunció el entrecejo. Abrams. ¿Qué diablos se creía ese tipo? Abrams había sido un blanco fácil el viernes por la noche. Pero en ese momento era difícil. Sin embargo, era vulnerable. Era vulnerable a través de Katherine.

Esperó en la salida vigilando a la gente que se encontraba detrás. Todos sabrían que había tomado una copa con West en la noche de su desaparición. Pero eso no serviría de ayuda.

Nicholas West era un hombre difícil. Thorpe era una de las pocas personas que tenían acceso a él y que gozaban algo de su confianza. Secuestrar a gente protegida era muy difícil, por eso algunas veces era mejor dejar que el hombre se secuestrara a sí mismo.

El hombre parecido a West bajó las escaleras con las ropas de West y fumando en pipa. Pasó al lado de Thorpe sin dirigirle la palabra. Bajaron hasta la recepción. Ninguna de las personas visibles se levantó pero a los pocos instantes el hombre y la mujer los siguieron.

Afuera, Thorpe descubrió a por lo menos dos más, pero en la calle iluminada supo que ninguno dudaba de que estaban siguiendo a Thorpe y a West. Se encaminaron hacia el Princeton Club. Thorpe sintió que lo seguía un verdadero desfile de gente. Confió en que no tropezaran entre ellos. Dios, qué circo. Se dirigió al hombre que caminaba a su lado:

—Voy a llevarlo a la habitación del Princeton Club, pero tendrá que cambiar de apariencia y salir antes del amanecer. ¿El tipo le dio su llave?

El hombre asintió.

—¿Quién era el otro de la habitación? Yo no esperaba encontrar a nadie. No dijo una palabra. Parecía mudo.

—Es otro actor. Este lugar está lleno de actores.

Thorpe miró hacia la calle. Nueva York seguía con su ritmo mientras él representaba una comedia que muy pronto se convertiría en una tragedia. Se preguntó cómo se vería la ciudad después del fin de semana del 4 de julio. Lamentaba no poder quedarse a verlo.

Peter Thorpe entró en el vestíbulo del club University. Había solamente dos hombres sentados a una mesa, a los que reconoció como socios. Se sentó en una banqueta al lado del mostrador.

—¿Donald, todavía aquí?

El barman se volvió y sonrió y luego miró su reloj.

—Me faltan cinco minutos. Hoy cerramos a medianoche. ¿Qué desea tomar, señor Thorpe?

—Oh, un agua tónica.

—Una buena bebida para el domingo por la noche. ¿Qué tal pasó el fin de semana?

—Yendo y viniendo.

Donald le abrió la botella.

—Me parece que le vi en el noticiario. Pasaron una nota sobre la gente que estaba en el Arsenal. ¡Qué fiesta!

—Cierto. —Thorpe se sirvió el agua tónica—. Escucha, tengo deudas aquí, no me la pongas en la cuenta. —Le pasó un dólar que Donald se guardó en el bolsillo.

—¿Alguien te habló sobre ese Edwards?

Donald asintió tristemente.

—Un policía llamado Spinelli. Oiga, no le dije nada acerca del sobre.

—Oh, puedes hacerlo. Tengo que hablar con Spinelli y se lo diré. Así que si lo hiciste no hay problema.

Donald se sirvió una Coca-Cola.

—Bueno... no lo sabía y pensé que usted no quería que lo dijera, así que primero preferí preguntárselo. Después le puedo decir a él que lo había olvidado. ¿No le parece?

—Claro, te lo agradezco. —Bebió el agua tónica.

Donald miró a su alrededor y habló despacio.

—¿Qué pasó con ese Edwards? Su nombre era Carbury, ¿no? Usted lo sabía.

Thorpe se encogió de hombros.

—En realidad no sé mucho. —Se tapó la boca para evitar un eructo—. Disculpa. Esto hace bien... No, en realidad no sé nada. Piensan que ha sido asaltado.

—Oh, Dios. Eso no me parece bien. Quiero decir, un inglés de clase alta; le da mala fama a la ciudad. —Sacudió tristemente la cabeza—. No salió nada en los periódicos.

—¿De veras? A propósito, ¿cuándo hablaste con Spinelli?

—Oh... el viernes por la noche. Cuando los policías vinieron aquí para revisar la habitación de Edwards. Solamente me hizo unas pocas preguntas. Pero luego volvió el sábado a eso de las cuatro. Cuando estoy de servicio. Esa vez fue más insistente. Me hizo un montón de preguntas y tuve la sensación de que ya había hablado con usted. Pero luego pensé que debía de haber hablado con ese tipo que estuvo con usted el viernes por la noche. ¿Recuerda?

Thorpe asintió.

—¿Pero dijiste que no le mencionaste que yo buscaba a Edwards?

—No, no le dije nada. Diablos, eso no es asunto de ellos. ¿Cierto? Me imaginé que si usted quería, se lo diría. Hay que proteger la privacidad de los socios. ¿No es

así?

—Muy cierto. ¿Cuándo te citaron?

Donald pareció un poco sorprendido e incómodo.

—Mañana. Mi día libre. ¿Quién lo necesita? —Donald cambió de tema—. Ah, eso del 4 de julio. Me gustaría trabajar... pero ya sabe, nos pagan triple en día de fiesta.

—¿Bromeas? Quizá lo haga yo. —Thorpe rió—. Bueno, no hay problema. ¿Conduces?

—No, supongo que también necesitaré transporte.

—Lo tendrás. —Thorpe miró su reloj—. Bueno, es hora de irme. —Le deslizó un billete de veinte dólares—. Gracias.

—Gracias a usted.

Thorpe se bajó de la banqueta.

—¿A dónde te diriges? El barman se encogió de hombros.

—A casa. No pasa nada el domingo por la noche.

—No, no sucede nada. ¿Metro, taxi o el autobús?

—Metro. Al norte del Bronx.

—Ten cuidado.

—No me diga.

—Acabo de hacerlo.

Katherine Kimberly se sentó recta en su cama, con el corazón latiéndole apresuradamente mientras su mano buscaba la Browning automática de la mesa de noche. Dejó de moverse y permaneció inmóvil, tratando de orientarse. «Teléfono. Maldito teléfono». Respiró hondo y tomó el teléfono.

—¿Sí? —Miró su reloj, eran las seis menos cinco.

—Buenos días. ¿Te he despertado? —Era Thorpe.

Katherine se aclaró la garganta.

—No. De todos modos tenía que despertarme para atender el teléfono.

Thorpe rió.

—Qué broma terrible. ¿Vas a correr hoy?

—Sí. ¿Dónde estabas anoche? Estuve buscándote hasta la medianoche.

—Ah, el perverso camina de noche. Antiguo proverbio latino.

—Latino o lo que sea, no has contestado la pregunta.

—La pregunta no puede ser contestada por teléfono, querida. ¿Cuándo vas a entender este negocio?

—No me des lecciones.

—Lo siento. Escucha, ¿vas a ir a la fiesta de Van Dorn?

Katherine tomó un vaso de agua de la mesa de noche. Después de un trago contestó:

—¿Me llamas a las seis de la mañana para preguntarme eso?

—No quería perderte. Sé que vas a correr. La fiesta empieza a las cuatro. Los fuegos artificiales y la música, a la caída del sol.

—Oh, Dios...

—Me gusta el espectáculo. Mira, voy a tener mi lancha en la calle Siete, en el puerto. Quedemos a las... digamos a las cuatro.

—¿No quieres ir en coche?

—No, quiero flotar. Evitar el tránsito de la fiesta. Podemos llegar al puerto de Glen Cove en cuarenta minutos.

—¿Sabes si va a ir Pat O'Brien? No sé nada de él.

—¿Sabes una cosa? Si no fuera un hombre mayor y tu jefe, tendría celos de las atenciones que tienes con él.

—Le tengo cariño.

—Todos le quieren. Es un caballero. Yo trato de imitarlo. De todos modos hablé ayer con él. No puede ir.

—Oh... ¿Y qué pasa con Nick? ¿Cuánta gente puede ir en la lancha?

—Puedo llevar cinco. Pero Nick tiene una reunión temprano en Washington, a

pesar de lo festivo. Ahora debe de estar rumbo al aeropuerto. ¿No quieres ir sola conmigo?

—Solamente pensaba que podríamos ofrecernos para llevar a alguien más. Quizá a los Grenville.

—Volvieron a su urbanización el sábado por la mañana, tan pronto como la policía terminó con ellos.

—¿Qué piensas de lo que sucedió?

Thorpe tardó en responder y luego dijo:

—Sospechoso. Lo discutiremos más tarde. De todas maneras le ofreceré un sitio a Claudia.

Katherine miró por la ventana de su dormitorio. La luz del amanecer comenzaba a penetrar en la habitación.

—También sabes lo de Arnold, por supuesto.

—Por supuesto. La policía te está buscando.

—Los veré en mi oficina el martes.

—Una verdadera abogada. ¿A dónde vas a correr esta mañana?

—A Brooklyn.

—¿Vas a correr sola?

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, ten cuidado con los asaltantes.

—Todavía no me he encontrado un asaltante que pueda conmigo. —Vaciló y agregó—: Tony Abrams corre conmigo.

Thorpe calló un instante.

—Ah, eso es interesante.

—¿Por qué?

—No sabía que corría. ¿Por qué él? No tiene tu velocidad, ya lo sabes.

—Voy a correr desde su casa.

Dejó pasar un minuto y agregó:

—Puedes venir con nosotros. Te hará bien.

—Tú puedes levantar pesas conmigo, practicar kárate y correr en la carrera de obstáculos.

—No estoy con ánimos para eso. Además, creo que tu conducta el viernes fue muy grosera. ¿Qué te pasó?

—Estaba presionado por ciertas cosas...

—De todas maneras no estuviste el sábado por la noche, tampoco el domingo y ahora me llamas a las seis de la mañana. ¿Dónde estás?

—En el Lombardy. En realidad en el maldito desván. Con el ordenador. Estuve trabajando toda la noche. Todo el fin de semana. Te lo explicaré más tarde.

Katherine suspiró profundamente.

—Bueno..., te veré a las cuatro.

—Espera. Quizá pueda reunirme contigo. ¿Cuándo y dónde empezáis?

—En el ayuntamiento, alrededor de las siete. Luego por el puente de Brooklyn.

—Muy temprano. ¿Y después?

—Tengo que estar en la casa de Tony a las ocho. En el 75 de la calle Henry. Si quieres encontrarte conmigo ve allí más tarde. —Le dijo la ruta que pensaba seguir.

—Pensé que Abrams se quedaba en la casa de la calle Treinta y Seis.

No contestó durante unos segundos.

—Creo que ya se fue.

—¿Por qué? ¿Asustado?

—Precaución. Tú también deberías tenerla.

—Y tú. Puedes quedarte en el Lombardy después de esta noche.

—Lo pensaré.

—Bueno, a lo mejor me encuentro contigo en Brooklyn. Si no, te espero en el puerto a las cuatro.

Katherine colgó y salió de la cama. Se puso un kimono corto y entró en el pequeño salón. Se inclinó sobre el sofá.

—Tony. —Lo sacudió.

Abrams abrió los ojos y Katherine se dio cuenta de que no dormía.

—Yo me ducho primero.

—De acuerdo. —Se sentó y bostezó.

—Lamento lo del sofá.

—¿Qué posibilidades había?

—Bueno... yo podría haber dormido en el sofá...

—Casi no me hubieras dejado sitio. ¿Y por qué malgastar una buena cama dejándola vacía?

—Sabes lo que quise decir.

Retiró las piernas del sofá, con la sábana enroscada alrededor del cuerpo. Se frotó los ojos, bostezó otra vez y dijo:

—¿Alguien ha tratado de matarte esta noche?

—No —respondió sonriendo.

—A mí tampoco. Me hubiera venido bien un poco de acción.

—Enseguida termino. —Se volvió y regresó al dormitorio.

Abrams se puso de pie. Sacó la funda y el revólver de debajo de la almohada y los dejó sobre la mesa. Fue hasta la pequeña cocina y encontró zumo de naranja en la nevera. Se sirvió en un vaso de papel y recorrió el salón.

Era pequeño, pero de buen gusto. El escritorio era de acrílico y se dio cuenta de que debía de costar miles de dólares. El apartamento, que Abrams sabía que era propiedad de Katherine, era antiguo, por lo menos de hacía cien años, y el vecindario no tenía nada de recomendable, salvo que le habían puesto Greenwich Village Oeste, lo que le parecía que era ampliar un poco la zona.

Miró por la ventana. Dios, pensó, este lugar era viejo cuando los indios vivían en la manzana de al lado.

La calle estrecha era pintoresca y estaba tranquila y sin gente.

Especuló sobre qué podía decir ese lugar sobre su dueña. La había imaginado como una mujer del East Side, cuya única ocupación era el observar los cambios de los escaparates en Bloomingdale. Luego descubrió que corría, que era amiga de O'Brien, a quien Abrams respetaba, y toda clase de cosas positivas. Sin embargo, todavía estaba Thorpe.

Bebió el zumo y observó la habitación. Los Kimberly debían de sentir una atracción especial por las casas viejas, pensó. Un psicoanalista diría que la clave era la nostalgia de una niñez feliz. Quizá también el Village le recordaba a Georgetown, en donde vivió con su madre.

Abrams oyó un ruido a su espalda y se sobresaltó.

Katherine se detuvo en la puerta.

—Oh... perdón...

—Está bien. Y corro con este pantalón.

Reprimió una sonrisa y le miró a la cara. «Calzoncillos blancos. Blancos». Pensó en los slips multicolores de Peter.

—Quería decirte que te sirvieras lo que quisieras. Veo que ya lo has hecho. Prepara café si quieres. Hay... bueno, hay cosas en la nevera.

—Sí, una patata y está quemada.

Katherine soltó una carcajada.

—No cocino con frecuencia. Pero hay huevos.

Abrams la miró. Ya había tenido conversaciones de este tipo antes, pero después de hacer el amor. En este caso no sucedía; por eso estaba tan torpe.

—Tomaré algo cuando llegue a casa.

Vaciló y luego dijo:

—A lo mejor Peter se reúne con nosotros por el camino. Espero que no te moleste.

—Es tu novio, no el mío.

—No va a ponerse desagradable. Me refiero a que se moleste porque yo corra con otro hombre. —Rió—. Eso no suena bien.

Abrams terminó su zumo.

—Voy a tomar un taxi hasta casa y nos encontramos a las ocho.

—Bueno. Si vas por Houston y la Siete puedes conseguir un taxi a esta hora.

Abrams recordó a una chica que daba esa clase de informaciones impresas en un mapa cuando uno se quedaba por una noche.

—Gracias.

Se iba a volver y súbitamente dijo:

—¿Te gustaría ir a la fiesta de George Van Dorn esta tarde?

Abrams sacudió la cabeza.

—Una función de O'Brien por fin de semana es suficiente.

—Bueno, piénsalo. ¿De acuerdo? Puedes ir con Peter y conmigo en una lancha.

—Sacudió la cabeza—. Oh, parece que quisiera sobornar a un chico. Lo que quiero decir es que se va en cuarenta minutos. Puedes volver en tren si te aburres... Va a haber gente que conoces... ¿Por qué me suena tan maternal?

Abrams dejó el vaso en la cocina. Pensó que no parecía maternal sino turbada.

—En realidad tengo otro compromiso.

—Oh... bueno, voy a arreglarme. —Entró en el dormitorio, cerró la puerta y luego volvió a abrirla—. ¿Dónde tengo la cabeza esta mañana? ¿Necesitas usar el cuarto de baño?

—No —fue la respuesta—, termina de arreglarte. Puedo aguantar quince minutos. Mientras me caliento para correr. Colina arriba, colina abajo.

Katherine miró al piso desordenado; luego le miró burlona y desapareció en su dormitorio.

Abrams oyó la ducha. Tomó el teléfono y marcó un número.

—Spinelli. Habla Abrams.

La voz del capitán Spinelli sonó ronca y adormilada.

—Bueno, el judío errante. ¿Dónde mierda estás? ¿Por qué no estás en tu casa?

—Dormí en la calle Treinta y Seis.

—Una mierda. ¿Dónde estás?

—En el lado oeste del Village.

—¿En dónde?

—Apartamento 4 B. Escucha, ¿qué dijo el médico forense de la causa de la muerte de Arnold Brin?

—Ahogo accidental. —Spinelli se aclaró la garganta—. No hay evidencia de nada.

—Faltan fichas.

—Imposible probarlo. ¿Qué diferencia hay? Nosotros sabemos que fue un asesinato. ¿Cómo es que no te han asesinado todavía?

—El fin de semana no ha terminado. ¿Algo más sobre el que saltó en la calle Treinta y Seis?

—Sí. Hubo una lucha en la azotea. Tres hombres. Pero adivino que ya lo sabes. Tenemos tus huellas digitales en la escalera de incendio, muchacho.

—Bueno, tuve bastante sentido común para usarla para bajar. ¿Qué pasó con el cadáver?

—Un extranjero. Probablemente de Europa del Este, aunque la ropa era estadounidense. ¿Qué pasó allí arriba? ¿Quién podría querer matarte, exceptuándome a mí?

—Te lo diré más tarde. Mientras tanto, vigila a Claudia Lepescu.

—Estamos vigilando a todos... a todos los que podemos encontrar. Estamos tratando de localizar a esa mujer, Kimberly. ¿Podrás creer que no hemos podido hallar su dirección? Ni en la guía. Todo el mundo tiene un teléfono, ¿no? Entonces debe de usar un alias. ¿Puedes creer que una abogada de categoría use un alias?



Tratamos de encontrar algo en los otros personajes de esta obra, pero no hay nada sobre ellos. Todos deben de tener un alias. Pero hay más que eso, ¿no? ¿Dónde está esa gente para la que trabajas, Abrams? ¿Dónde viven?

—O'Brien vive en Sutton Place, pero no estoy seguro de la dirección. Van Dorn tiene una propiedad en Glen Cove. Los Grenville mencionaron Scarsdale. Thorpe está en el Lombardy. Kimberly en el 39 de la calle Carmine. Busca en la asociación de abogados.

—Cierran el fin de semana. Pero voy a ir a la oficina de O'Brien el martes bien temprano y encontraré a todos allí, incluido tú.

—Escucha, ¿llamaste a la CIA a propósito de Thorpe?

—Sí. Un muro de piedra. Espera a que necesiten un favor. Imbéciles. El FBI coopera, pero parecen un poco inquietos con este asunto. De todos modos controlé a Thorpe por los canales normales, por si tenía ficha en la policía...

Abrams pudo oír cómo Spinelli encendía uno de sus cigarrillos y luego tosía.

—Aspira profundamente —dijo Abrams.

—Mierda —fue la respuesta después de que pudo controlar la tos—. Hay algo sobre Thorpe en el condado de Nassau, hace unos siete años. Thorpe y su esposa Carol iban en lancha por Long Island Sound. Ella se perdió en el mar. Hay un informe de los guardacostas.

—¿Conclusiones?

—¿Qué diablos podían decir? Accidente. Los accidentes en barcos son casi crímenes perfectos. De acuerdo con algo que leí, la CIA se libró de por lo menos tres personas con ese método en la bahía Chesapeake. Dios, deberían patentar el método.

—Sin embargo, pudo ser un accidente.

—Por supuesto. Solamente Peter y Carol lo saben. Peter declaró a los guardacostas. Carol no fue hallada. Se hizo una ceremonia en el mar, el marido estaba visiblemente trastornado. No hubo cargos.

Abrams permaneció en silencio durante un rato.

—Supongo que no se puede usar ese método muy a menudo.

—No. Puedes hacerlo más o menos cada siete años. Una esposa, un socio, un yerno. Es la ley de las probabilidades. Así que controlé los informes de los guardacostas en los últimos veinte años. Nada. Entonces me di cuenta de que no todos los asuntos marítimos caen bajo la jurisdicción de los guardacostas. Así que investigué en otros lugares. Maryland tenía lo que buscaba. En la ensenada de la bahía de Chesapeake, en 1971. Un hombre cayó al mar. Capitán Peter al timón. Volvió a rescatar al infortunado hombre y... oh, no, pasó por encima de la cabeza del tipo. Pero no todo se perdió. El hombre todavía vive. El capitán Peter tuvo un problema con la hélice y el hombre recibió un afeitado, un corte de pelo y una lobotomía. De todos modos, ese accidente era muy del tipo de los de la Compañía. No hubo proceso. —Spinelli hizo una pausa, luego Agregó—: Ese tipo es un maldito asesino a sangre fría.

—No saques conclusiones apresuradas.

—Bueno. De todos modos, ¿cómo está involucrado en todo esto James Allerton? Ésa es una de las razones por las que todos están tan nerviosos. Porque es James Allerton, ¿no?

—Así es. En realidad, Allerton es el padre adoptivo de Thorpe.

—¿Es una broma?

—No es una broma. Allerton también es amigo del desaparecido coronel Carbury. ¿Has encontrado algún rastro de Carbury?

—No, pero sé cómo desapareció. Era un doble.

—¿Encontraste al doble?

—Claro.

—¿Quién lo contrató?

—Se lo pregunté, pero no quiso hablar.

—¿Muerto?

—Acertaste. Lo encontraron flotando. Aparente suicidio, pero yo soy astuto, Abrams. Todas las muertes sospechosas y sin identificar pasan por mí. Tenía ficha por un asunto en un *cabaret*, luego investigué en la Asociación de Actores y alguien pudo hacer una identificación positiva. El muerto era un tipo llamado Larson.

—¿Cómo lo conectaste con Carbury?

—Bueno, por una parte era un actor. Además, recibimos una foto de Carbury y una descripción: peso, altura, edad. Ese Larson podía pasar por él. Además vestía las ropas de Carbury. Por otra parte, el informe médico dice que Larson fue vestido después de su muerte. Probablemente lo ahogaron en una bañera, lo secaron, lo vistieron con esa ropa y lo tiraron al río. Nos estamos enfrentando a gente muy astuta. Peligrosa de verdad.

—Ciertamente. —Sin embargo, pensó, con todas sus astucias y sus tonterías de capa y espada, no podían con el departamento de homicidios de la ciudad—. Muy buen trabajo, Spinelli.

—Muchas gracias, señor Abrams. Quizá por eso yo soy capitán y tú todavía estás estudiando.

—Quizá. Escucha, ¿volviste a hablar con el camarero, Donald?

—Teníamos una cita para esta mañana a las nueve, pero Donald vino mucho más temprano. Llegó a eso de la una de la madrugada. Está en la camilla de al lado del actor. Le asaltaron en el Bronx. Le partieron la cabeza con un cortahielo.

—Dios.

—Sí. Ah, lo del cortahielo fue un detalle, ¿no te parece? Un camarero..., un cortahielo... Bueno, de todas maneras, ¿cómo es que todavía vives? ¿Cómo vamos a encontrarte, Abrams? ¿Aplastado por una montaña de notificaciones? —Spinelli rió con ganas.

Abrams llevó el teléfono hasta la nevera y se sirvió más zumo. Tomó un trago.

—Nicholas West. ¿Lo vigilas?

—Sí. Todo el mundo lo vigila. ¿Quién diablos es?

—Un hombre con un montón de respuestas.

—Bueno, no podemos ni hablar con él. De todos modos se oculta en el Princeton Club.

—De acuerdo y qué pasa...

—Suficiente, ahora es tu turno, Abrams. Dime todo lo que sabes. ¿Qué es esa firma de O'Brien, por ejemplo? ¿Por qué toda esa mierda cae en mi césped? ¿Por qué no va a Newark, Berlín u otro lugar cualquiera?

—Este teléfono puede estar intervenido.

—Oh, termina con eso.

Abrams comprendió que no iba a decirle nada a Spinelli sobre O'Brien y los veteranos de la OSS y eso le sorprendió, pero no demasiado. Oyó que dejaba de correr el agua de la ducha.

—Tengo que cortar.

—Tu apartamento está vigilado, lo sabes. Lo mismo que la casa de la calle Treinta y Seis.

—Lo sé. Vigila también el 39 de la calle Carmine. Gracias.

—Sí, gracias una mierda. Tan pronto como vayas a tu casa a cambiarte los calcetines voy a arrestarte. Tengo una orden para hacerlo. Será mejor que te hagas a un lado.

Abrams terminó su jugo de naranja.

—Mira, revoca la orden de arresto y estaré en tu oficina mañana a las nueve de la mañana.

—Ya tenía una cita esta mañana a las nueve con el camarero. Estáis viniendo muy temprano al depósito.

—Hoy tengo cosas que hacer. Mañana sabré más.

Spinelli tardó en contestar.

—Muy bien. Mañana a las nueve. —Dudó y luego agregó—: Mira, Tony..., cuídate ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Abrams colgó y se quedó parado en medio del salón. Oyó el secador de pelo de Katherine. Pensó que podía ponerse los pantalones para ir al cuarto de baño. Por otra parte, ella ya lo había visto en calzoncillos y no quería parecer vergonzoso. La lógica de esas cosas era muy confusa.

Katherine apagó el secador de pelo y apareció nuevamente con su kimono.

—¿Vas a ducharte? Puedo secarme el pelo en el dormitorio. Hay cosas para afeitarse en el baño... Tengo disponibles navajas y cepillos de dientes.

—¿Tienen mi nombre en el mango?

—Posiblemente. Búscalos. —Regresó al dormitorio y enchufó el secador de pelo.

Abrams se colgó la cartuchera del hombro y entró en el dormitorio. Katherine estaba sentada en un sillón con un cepillo y el secador y no notó su presencia. Abrams vio la puerta del cuarto de baño y entró. El baño por lo menos era moderno,

lo que significaba que debía de ser del año 1955.

Se quitó los calzoncillos y se colocó frente al espejo. En el botiquín estaban todos los elementos para afeitarse. Olió la botella de loción para después de afeitarse; era el aroma de Thorpe.

Abrams se afeitó, luego se duchó. Se secó y se puso una bata. Con los calzoncillos en una mano y la funda y la pistola en la otra, abrió la puerta y entró en el dormitorio.

Katherine estaba de pie frente a su armario vestida con pantalones para correr y una camiseta en las manos. Se miraron sin hablarse durante un momento que pareció larguísimo y luego Abrams se volvió y salió de la habitación.

Abrams se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo. Reflexionó que había recorrido un largo camino desde la mañana del viernes, cuando al llegar a su trabajo encontró una pila de memorandos y notas, todos firmados «Kimberly».

Se oyó un golpe en la puerta y Katherine preguntó:

—¿Puedo entrar?

—Claro.

Katherine entró en el salón, vestida con los pantalones de algodón blanco y la camiseta azul. Llevaba las zapatillas y los calcetines en la mano. Le miró de arriba abajo, vestido solamente con su bata verde.

—No vas a ir muy lejos vestido así. —Sonrió, se sentó en un sillón y comenzó a ponerse los calcetines. Abrams descubrió que le estaba mirando las piernas. Después de unos segundos en silencio, ambos dijeron al mismo tiempo:

—Lo siento. —Y sonrieron.

—Debí haber llamado cuando salí del baño —dijo Abrams.

—Bueno..., yo debí haberme vestido cuando oí que cerrabas la ducha.

—Tendremos que hacerlo juntos la próxima vez.

Katherine se ató las zapatillas.

—Vi que colocaste la ropa sobre la mesa de la cocina. ¿Por qué no te vistes allí y seguimos hablando?

—De acuerdo. —Abrams se dirigió hasta el rincón y comenzó a vestirse.

—No podemos escondernos aquí para siempre —dijo Katherine.

—No. —Se metió la camisa en el pantalón y se colocó la cartuchera en el hombro—. Sugeriría que cualquiera que esté vivo esta noche se quede en la casa de la calle Treinta y Seis. La policía la vigila.

Katherine asintió.

—Eso suena lógico. Claudia va a disfrutar la compañía.

Abrams no respondió. Se sentó en el sofá frente a la joven y comenzó a ponerse los calcetines y los zapatos.

Katherine se puso de pie, se estiró y se tocó la punta de los pies.

—Bueno, vamos a hacer una buena carrera. Dentro de una hora estaré en tu casa.

—Bien. —Se puso de pie y se colocó la chaqueta—. ¿Hay un grupo que se

encuentra en el ayuntamiento?

—Sí. La gente se marcha entre las siete y las ocho. Estaré bien.

Abrió la puerta y miró el pequeño corredor, luego se volvió hacia Katherine.

—Toma un taxi hasta el ayuntamiento.

—Por supuesto. —Lo miró—. Tony..., comienzo a sentirme culpable por haberte metido en esto.

—De todos modos no tenía planes para este largo fin de semana —respondió sonriendo.

Katherine no dijo nada y Abrams la miró.

—¿Dónde crees que nos encontraremos con Peter Thorpe?

Le devolvió la mirada antes de responder.

—En cualquier lugar de nuestra ruta.

—Bueno, estaremos alerta. Katherine asintió.

Abrams cerró la puerta, empuñó su revólver y comenzó a bajar los cuatro pisos por la escalera.

Peter Thorpe caminó por el desván iluminado y se detuvo ante la camilla de hospital. Miró a Nicholas West, que yacía desnudo, con las piernas sujetas por correas negras, lo mismo que los brazos y el pecho.

A un lado de la camilla había dos atriles para goteo endovenoso, un monitor para el corazón, una mesita rodante con instrumental médico y dos consolas eléctricas. Del cuerpo de West salían tubos y alambres. Cualquiera que viera esa escena pensaría que se trataba de un paciente en estado terminal; de hecho era así.

Thorpe se puso unas gafas negras y observó unos instantes a West.

—¿Cómo estás, Nicko?

West se las arregló para mover la cabeza mientras parpadeaba por la brillante luz de los reflectores.

—Bien. —Thorpe se acercó más—. Podría ser peor, lo sabes.

La cabeza de Thorpe hizo sombra sobre la cara de West, quien pudo así abrir los ojos y enfocarlos en las negras y curvadas gafas de sol, tratando de recordar, en su mente adormecida por las drogas, el nombre de un animal, hasta que murmuró:

—Un topo..., eres un topo...

Thorpe rió y dijo:

—Cuando era chaval, Nick, solía seguir a los topos por sus túneles..., llevaba una pala conmigo y cuando los descubría acurrucados los partía en dos.

West no dijo nada.

—La imagen de esos topos estúpidos y ciegos —dijo Thorpe sonriendo—, creyendo que estaban a salvo en sus tristes túneles, comiendo su comida, pero dejando una huella inconfundible, siempre me calmaba, Nick. Y cuando la pala los partía en dos me preguntaba qué pasaría por sus débiles cerebros. ¿Por qué la naturaleza los hizo tan inadecuados para sobrevivir? ¿Hay alguna pala colocada sobre mi cabeza? Debemos discutir eso.

Thorpe se retiró hacia atrás y la luz volvió a dar de lleno en el rostro de West obligándolo a cerrar los ojos. Thorpe sonrió y se dirigió a Eva.

—¿Cómo están sus signos vitales?

La robusta mujer polaca contestó:

—Es un hombre saludable. Buena presión sanguínea, bien el corazón y la respiración. —Eva controló el catéter insertado en el pene de West y señaló a la bolsa con orina—. Su orina es clara.

Thorpe apagó el foco. West abrió los ojos y los dos hombres se miraron durante un rato. Por último Thorpe habló.

—Pobre Nick. Pero tú siempre supiste que estabas condenado a estar desnudo en

una mesa como ésta. ¿No?

West asintió.

—... supe...

Thorpe se inclinó sobre él.

—¿Alguna vez pensaste que podía ser mi mesa?

West abrió la boca y las palabras salieron despacio y trabajosamente.

—Peter..., por favor..., no me hagas esto...

—¿Por qué no? —preguntó irritado—. Se lo he hecho a gente que lo merecía menos que tú. —Thorpe agregó—: A gente que respetaba más que a ti.

—Peter..., por el amor de Dios... te diré lo que quieras..., por favor, esto no es necesario.

Thorpe miró en el tablero.

—El analizador de la voz dice que estás mintiendo, Nick. —Miró al polígrafo—. Y el detector de mentiras dice lo mismo. Ya sabes lo que sucede cuando haces trampa.

West sacudió la cabeza violentamente.

—¡No! ¡No! ¡No!

—Sí, sí, sí. —Thorpe hizo un gesto a Eva que aguardaba expectante con dos pinzas de conexión en las manos. Colocó las pinzas en el escroto de West.

Thorpe movió el dial del transformador de corriente.

—¡No! ¡No! ¡N...! —El rostro de West se contorsionó súbitamente en una mueca de agonía y gritó mientras su cuerpo se arqueaba—. ¡Ahhh..., ahhh!

Thorpe apagó el transformador.

—Sabes, Nick, yo fui el que perfeccionó este método de interrogación. Extraoficialmente se llama el método Thorpe. Siempre quise vincular algo siniestro a mi nombre, como la ley de Lynch o *Monsieur Guillotin*...

Los ojos de West se pusieron en blanco y la saliva comenzó a correrle por la comisura de la boca.

Thorpe continuó hablando:

—Es una combinación de drogas y *shock* eléctrico. Combino eso con falta de libertad física para dar al sujeto la sensación de desamparo. —Bostezó—. Dios, estoy cansado.

—... oooh...

Thorpe pareció no oírlo.

—También te están dando una dieta equilibrada con azúcar, vitaminas y proteínas para que tu cerebro funcione. ¿Te has dado cuenta de que los prisioneros muertos de hambre no pueden recordar las cosas que les preguntan, aun cuando quieren hablar? También uso algunas drogas experimentales para la memoria. Una técnica muy avanzada. —Thorpe se puso la mano en el bolsillo e hizo sonar monedas—. Y por supuesto, tengo el polígrafo y el analizador de la voz para saber cuándo estás mintiendo y sólo entonces recibes una descarga. El interrogador profesional debe

reprimir sus naturales tendencias sádicas. Infligir dolor por gusto propio es contraproducente. Provoca resentimiento y resistencia por parte del prisionero. Tú recibes descargas solamente cuando te lo mereces. —Miró a Eva y luego a West—. Tenemos que ser modernos. ¿Estás de acuerdo?

West trató de hablar, pero su lengua parecía fuera de control y los sonidos fueron ininteligibles.

Thorpe le palmeó el muslo.

—Vamos, vamos. ¿El gato te ha comido la lengua? Relájate un minuto.

—Está ganando tiempo —dijo Eva—. El *shock* eléctrico le hace perder el habla, pero él pretende que es peor de lo que en realidad es.

—Quizá. Pero dentro de unos días ya tendré mi camino hecho. Cuando se hunda, hablará y hablará e incluso dará información que no le haya pedido. Y será grabado en colores y buen sonido.

—Los estadounidenses están demasiado enamorados de sus trucos —dijo irritada Eva.

Thorpe rió mientras oprimía el botón de retroceso de la grabadora de vídeo y luego apretó el botón de sonido.

Eva movió con fuerza la cabeza de West y le abrió los ojos.

En el vídeo, frente a la cara de West, se encendió la luz y se oyó su voz. Las palabras: «¡No! ¡No! ¡N...!» se oyeron junto con sus desgarradores gritos.

West observó su propia imagen gritando y retorciéndose de agonía.

Thorpe apagó el aparato.

—¿Ves lo que te decía, Nick? ¿Te gustaría ver durante horas cosas así? Es casi tan malo como la realidad, ¿no, compañero? Mírate. Estás sudando como un cerdo.

Eva resopló de disgusto.

—Otro refinamiento en el método Thorpe es el uso del placer para reforzar la verdad. Por ejemplo... —Le golpeó las costillas—. Presta atención. Contesta con cuidado. ¿Hay alguien además de ti, que esté familiarizado con el contenido de la ficha de Talbot?

West parpadeó y sacudió la cabeza, luego recordó que debía contestar con una frase completa.

—No..., excepto Ann... Ella conoce la ficha de Talbot... Nadie más.

Thorpe fijó la vista en los dos detectores de mentira. Luego asintió.

—Muy bien, Nick. Muchas gracias. —Hizo un gesto a Eva.

Eva liberó la correa del pecho de West, quien respiró profundamente. Le echó aceite y le frotó la espalda sudada.

Thorpe apretó un botón de la consola y los suaves compases de la sonata *Claro de Luna* de Beethoven inundaron el lugar.

—Tienes un gusto dulzón para la música, Nick.

Thorpe se volvió hacia Eva, que masajeaba las piernas de West.

—Te lo dije, Eva, lo he visto funcionar montones de veces. Todos tratan de evitar



el dolor, pero eso no satisface la psiquis humana ni pone al prisionero de tu lado. El cuerpo y la mente también necesitan placer. —Thorpe apagó la música—. Esto me tortura a mí. —Lanzó una carcajada.

West se aclaró la garganta.

—Monstruo...

—Otro paso del método Thorpe —explicó sonriendo—, señor West, es dejar que el prisionero lo insulte a uno. En los malos y viejos tiempos esto te hubiera dejado con la mandíbula rota. Pero mientras los detectores demuestren que realmente lo crees, no recibirás castigo.

—Lo creo.

Thorpe asintió.

—También a veces uso el sexo si considero que el prisionero lo requiere como un premio por decir la verdad. —Se inclinó y le susurró—: No te preocupes, si uso sexo no será ella. —Rió—. Eso no es placer. Lo sé... tengo que servirla una vez por semana.

Eva pareció turbada, pero sonrió mientras se limpiaba las manos en una toalla.

Thorpe se aproximó a West.

—Bueno, profesor, vamos a continuar. ¿Por qué consideraste que O'Brien no era Talbot?

West contestó casi adormilado.

—Estaba comenzando a hacerse notar..., no había verdaderas evidencias..., lo estaban colocando en situaciones comprometidas..., era manejado... por Talbot...

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Trataron de matar a O'Brien... después de la guerra. Un verdadero intento..., un accidente de caza en Utah..., una bala en el estómago, casi muere...

—Nunca supe eso.

—Un secreto... en el archivo...

—¿Entonces por qué no dedujiste quién trataba de acusar a O'Brien durante la guerra? ¿Por qué no sabes quién es Talbot?

—Supongo..., supongo... que son tres personas..., no una... Una Trinidad... probablemente desconocidos entre ellos.

Thorpe se frotó el mentón y luego se inclinó hacia West.

—¿Uno de ellos podría ser mi padre?

West contempló a Thorpe durante largo rato, luego cerró los ojos y se desmayó.

Eva le pasó sales delante de la nariz, West volvió la cabeza y Eva le pegó una bofetada.

Thorpe repitió la pregunta.

West asintió.

—Sí... sí..., es posible...

—¿Cuán cerca estaba O'Brien de la verdad?

—Él pensaba que estaba cerca.

Thorpe miró a los detectores.

—Ésa es una forma tramposa de responder, Nick. No me hagas trampas.

—Se da cuenta, esos aparatos pueden ser engañados —dijo Eva.

—Por un rato —respondió sonriendo Thorpe—. Es así como paso los interrogatorios anuales de la Compañía. Pero junto con torturas, tiempo y técnica, el método Thorpe funciona.

Eva tomó un bisturí de la mesa de instrumentos.

—Si le saco un testículo, hará cualquier cosa para proteger el otro.

West volvió la cabeza hacia ella.

—¡No!

—Yo soy el que interroga, no tú. Vete —dijo impaciente Thorpe.

Eva tiró el bisturí y se retiró.

Thorpe miró de reojo a West y pudo ver el terror en su mirada. Sonrió. El último refinamiento del método Thorpe era esa espada de Damocles. Un bisturí colgando sobre el prisionero.

West dijo suavemente:

—Peter, por favor..., no puedo pensar con ella cerca de mí.

—Bueno, bueno. —Thorpe puso una mano sobre el brazo de West—. No le vamos a dar ninguna razón para que use el bisturí.

West asintió.

Thorpe se sentó al lado de la camilla.

—Muy bien, profesor, otro método mío es dejar que me hagan preguntas. Dispara.

West miró durante un tiempo a Thorpe y luego preguntó:

—¿Para quién trabajas?

—Para la KGB, por supuesto. —Sonrió—. En realidad soy mayor. Los soviéticos adoran los rangos. Creen que me siento honrado al ser mayor. Tienen más conciencia del rango que los nazis.

—Si eres oficial de la KGB, ¿por qué no sabes quién es Talbot?

—Ellos no me dirían eso. Quieren ver si yo puedo descubrirlo. Si yo puedo, entonces la CIA, tú o Patrick O'Brien pueden hacerlo.

—¿De quién sospechas?

—Uno, mi padre. Pero creo que Pat O'Brien es, era, Talbot. O algún otro que, por forzado que parezca, podría ser también Talbot.

—O'Brien...

—Está muerto, Nick. ¿Próxima pregunta?

West permaneció un rato en silencio, hasta que preguntó:

—¿Carbury...?

—Lo confieso. —Thorpe encendió un cigarrillo—. Después de que Kate empezó con los detectives privados, Carbury se volvió vulnerable. Saqué la traba de su cuarto y cuando regresó a cambiarse le aplasté la cabeza con un bastón. Lo puse en una

bolsa grande de basura junto con el bastón y el esmoquin y lo bajé por la ventana, donde lo recogieron unos amigos míos. Por suerte tenía su portafolios; más tarde te mostraré lo que tenía. Sin embargo, desgraciadamente, dejé pasar la sangre en el puño de mi camisa y el señor Abrams lo notó. El señor Abrams lo pagará con su propia sangre. La pregunta siguiente.

—Estás loco...

—¡Una pregunta!

West se pasó la lengua por los labios.

—¿Por qué es tan importante Talbot? ¿Por qué la Unión Soviética ordena asesinatos en tierra norteamericana e inglesa para protegerlo? ¿Por qué no lo sacan del país...?

—Evidentemente, Nick, lo necesitan en el país —respondió Thorpe.

—¿Por qué?

Thorpe se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Pero sé que los días de Estados Unidos están contados. Lo más probable es que el fin llegue en el fin de semana del 4 de julio. Eso van a decírmelo para que esté preparado... y a salvo.

—¿Ya te lo han dicho?

—No. —Thorpe tiró su cigarrillo al suelo—. Pensé que quizá supieras algo.

—No.

La mano de Thorpe ya estaba colocada en el dial y envió una descarga eléctrica a West.

West gritó con toda la fuerza de sus pulmones y su cuerpo se arqueó contra las correas que lo sujetaban. Se mordió la lengua y un hilo de sangre le corrió por entre los labios.

—Oh..., oh..., no... —Se le llenaron los ojos de lágrimas y Thorpe se las secó con un pañuelo.

—Vamos, vamos... ¿Por qué me obligas a hacer esto? —preguntó Thorpe.

West lloraba.

—Peter..., por favor..., trata de entender... Estoy condicionado para no responder... Dame una segunda oportunidad... antes de hacer esto...

Thorpe sacudió la cabeza.

—Te estoy reacondicionando, Nick. Los libros sobre psicología infantil y conducta de los animales dicen que uno debe ser consecuente con los premios y los castigos. *El manual del torturador*, sí, existe, yo ayudé a reescribirlo, dice lo mismo. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí.

—Y te prometo que seguiré al pie de la letra el libro. Nunca perderé la paciencia contigo, nunca actuaré por motivos personales, sean malignos o bondadosos. He tenido a otros amigos en esa camilla.

—Dios...

—¿Qué sabes de los planes soviéticos?

West suspiró profundamente y contestó:

—Creo... tiene que tener que ver con... Peter, escucha, escúchame... Van a matarte... no van a dejarte con vida... sabiendo... esto...

Thorpe miró al detector y dijo suavemente:

—¿Lo crees, no es cierto? —Miró su reloj—. Ahora no tengo tiempo para quedarme contigo. —Se levantó del taburete—. Lo primero es lo primero, que es una de las frases favoritas de Katherine. Lo primero que tengo que hacer es finalizar los planes para secuestrarla.

West se las arregló para levantar la cabeza.

—¿A quién...?

—A Katherine. Mientras lo haga voy a matar a Abrams.

—¿Tony Abrams...? ¿Por qué?

—No me gusta. Pero desde un punto de vista práctico, puede volverse un problema. De todos modos pronto tendrás compañía. Esta noche, Kate estará a tu lado. Qué coro vais a hacer. Una canción estereofónica.

—Estás enfermo. Todos lo saben. Ann lo sabe, yo lo sé.

Thorpe fue a mover el dial pero se contuvo, respiró con fuerza y alejó su mano.

—No me vas a vencer, mierdecita.

«Compostura». Thorpe se inclinó hasta que sus rostros quedaron casi juntos.

—Déjame darte algunas noticias de tu amada Ann.

—Ann...

—Está muerta.

—No. No.

—Sí..., y voy a matarte también a ti. No me importa que lo sepas, porque el saber que Ann está muerta y que tú también morirás, no va a alterar el ritmo de tus interrogatorios.

—Tú no debiste..., no pudiste... Ella no está muerta.

—Ella sí está muerta. —Thorpe empujó con un dedo la frente de West—. Aquí es donde voy a meter la bala en tu cabeza. ¿Crees eso?

—S-sí...

Thorpe miró los detectores.

—Ésta es una de las pocas preguntas que produce una respuesta dudosa. —Tamborileó los dedos sobre la frente de West—. Créelo. Aquí. ¡Bang! Y eso es un favor porque no tengo nada personal contra ti. A gente con la que tenía problemas le llevó dos semanas morir.

West contempló a Thorpe y luego dijo:

—¿Cómo puedes... con Katherine...?

Thorpe se enderezó y comenzó a alejarse.

—En un nivel profesional, poseo información que quiero tener. Personalmente, va a gustarme ver a esa puta arrogante atada en la mesa y aullando. Qué película voy a

hacer.

—Peter..., si tienes alma..., algo de corazón...

—No lo tengo. Y hablando de pelotas, vigila a Eva.

—Peter... Katherine no sabe nada que yo no sepa.

—Lo descubriremos. Esta noche los dos estaréis aullando para llamar mi atención.

—¡Ann no está muerta!

—Deja de preocuparte por las chicas Kimberly, West. No hay nada que puedas hacer por ellas. O por nadie, incluyéndote a ti.

Thorpe se dirigió hasta la puerta y luego se volvió.

—Dentro de unas pocas horas tendré los primeros vídeos tuyos y de Katherine para mandar a Glen Cove. Mis amigos soviéticos estarán deleitados y divertidos con ellos. Querían hacerlo ellos, pero como la mayoría de las cosas que hacen, torturan muy mal.

La voz de West sonó sorprendentemente fuerte.

—Te van a matar a ti, loco.

—No mientras te tenga a ti. No mientras me necesiten. Y voy a asegurarme de que me necesiten hasta...

—El final. Entonces te liquidarán. No tienes un lugar en sus planes.

—Siempre hay un lugar para hombres como yo, Nicko. —Thorpe permaneció en silencio un rato y luego dijo—: Dentro de unas pocas semanas, basado parcialmente en lo que me digáis tú y Katherine, sabremos con certeza cómo hay que proceder. Sabremos si Estados Unidos vivirá o morirá. Pero en cuanto a vosotros dos, ya podéis consideraros muertos. Hablaremos más tarde, compañero.

Katherine Kimberly corrió por el lateral del puente de Brooklyn y comenzó a subir. La mañana había amanecido clara y fría y el panorama era magnífico.

Unos pocos vehículos pasaron en dirección contraria y comenzó a mirarlos más que al paisaje. Una camioneta aminoró la marcha. Katherine apresuró el paso y miró por encima del hombro. Llegó hasta un grupo de corredores.

El hombre asomó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—Eh... ¿quiere que la lleve?

Le lanzó una mirada y en un segundo, basada en el instinto y la experiencia, supo que era inofensivo. Lo desdeñó y siguió corriendo. La camioneta aceleró y se alejó.

Katherine permaneció con el grupo y los siguió por la rampa de salida alrededor de la plaza Cadman y luego hacia el sur por la calle Henry. Un muchachito que iba a su lado le preguntó con la entonación local:

—¿Está corriendo?

Sonrió ante la pregunta tan obvia.

—¿Eh... puedo correr con usted?

—Claro... no. No, no es seguro. —Aceleró y puso distancia entre ella y el niño.

Los otros corredores se alejaron por Cranberry dirigiéndose hacia Brooklyn Heights Promenade. Katherine continuó sola calle abajo por Henry, con un paso más ligero y mirando a cada rato por sobre su hombro. Estaba sudada y notaba la respiración mucho más pesada de lo que debería.

Vio el edificio de Abrams, de muchos pisos. Apuró la carrera. Cortó camino y empujó las puertas de vidrio. Se apoyó contra las paredes del vestíbulo y recuperó el aliento. Luego miró su cronómetro; el recorrido en treinta y nueve minutos no estaba mal.

Trató de empujar las puertas interiores que daban al ascensor, pero estaban cerradas. Se volvió para buscar el portero electrónico, pero un hombre que se hallaba dentro le abrió la puerta. Vaciló y luego entró rápidamente. Apretó el botón del ascensor y esperó. El hombre permaneció en el centro del vestíbulo observándola. Llegó el ascensor y subió hasta el sexto piso.

Apretó el timbre en el apartamento 6C. Oyó que corrían el cerrojo y luego se abrió la puerta.

—Entra.

Lanzó un profundo suspiro y entró en el pequeño recibidor.

—¿Te han seguido? —preguntó Abrams.

—No lo creo... pero hay un hombre en la entrada. Traje castaño, corbata...

—Policía. —La miró de reojo—. ¿Algo va mal?

Se esforzó por sonreír.

—Me tengo a mí misma para eso. —Se dio cuenta de que se alegraba de estar allí. Se sentía segura junto a él. Miró su ropa de entrenamiento azul; en la sudadera tenía las iniciales de un gimnasio—. ¿Ésta es la moda de Brooklyn?

—Eso es. Avisa a los asaltantes que soy pobre pero que voy armado. —La hizo pasar al salón. Katherine echó una mirada; no era lo que había esperado. Abrams notó su mirada, pero no hizo comentarios.

—¿Estás armado? —preguntó volviéndose hacia él.

—Sí, y tú también. Levanta tu camiseta.

Vaciló y luego obedeció. Abrams sacó un cinturón de nailon para usar con cartuchera, se lo pasó por la cintura y lo cerró apretando los bordes adherentes.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. —Sacó una cartuchera y la abrochó al cinturón. Katherine se bajó la camiseta.

Abrams le alcanzó una automática de menor tamaño.

—Es una Beretta 7,65. Descargada. Pruébala.

Katherine controló el seguro y el gatillo.

—Es ligera.

—Especial para corredores. No va a molestarte mucho.

—¿Molestará a algún otro?

Abrams sonrió.

—No tiene mucho poder y es un poco inexacta, pero es fiable. —Le dio dos cargadores de siete balas cada uno.

Cargó la pistola y guardó el otro cargador en el bolsillo con cierre de su pantalón. Luego colocó la pistola en su funda y se la acomodó.

Abrams la observaba y dijo:

—Sé que estás acostumbrada a tu propio revólver, pero esto es lo mejor que he podido conseguir.

—Está muy bien. De verdad.

Abrams pensó que la conversación tenía la curiosa cualidad de parecer como si él le hubiera regalado un reloj barato y ella tratara de ocultar su decepción.

—¿Quién te enseñó a usar armas?

—Peter. —No lo pensó, y preguntó—: ¿Tú qué usas?

Abrams se golpeó el pecho.

—Mi 38 en una funda bajo el brazo. Siéntate un momento.

Katherine se sentó en el sofá y volvió a mirar la habitación.

Abrams se sentó en una silla de cuero crudo.

—Cuando estaba en la policía pude hacer algunas buenas inversiones.

Katherine pareció molesta.

—Lamento haber parecido sorprendida.

—Bueno, la gente de asuntos internos estuvo más sorprendida aún cuando me

hicieron una visita inesperada. Literalmente pusieron patas arriba la casa buscando una maleta con dinero.

Otra vez se mostró turbada.

—Pero tú podías explicar...

Abrams se echó hacia atrás.

—El padre de Marcy era corredor de Bolsa. Ella nunca supo que yo hacía negocios con él. —Sonrió.

Katherine le devolvió la sonrisa.

—De todas maneras la gente del departamento se quedó satisfecha, pero me quitaron de inteligencia y me mandaron a Staten Island, con uniforme, para vigilar a los pájaros. Me di cuenta de que no iba a llegar a nada y en esa época el señor O'Brien me ofreció el trabajo estable; así que dejé la policía.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Te acuerdas? Bueno, aquella oferta no podía haber llegado en mejor momento.

Hubo un largo silencio y luego Katherine dijo:

—No estás sugiriendo que el señor O'Brien tuvo algo que ver con...

—Estoy sugiriendo que el señor O'Brien podría hacer que acusaran al papa de herejía si eso viniera bien a sus propósitos.

—Bueno... —Recordó las desgracias que ocurrieron a su exmarido—. Bueno... él no es malo. Quiero decir, siempre hay una razón...

—Estoy seguro. Pero eso no es una excusa. No para manejar la vida de la gente. De todas maneras no hay pruebas. ¿No es verdad? Y realmente no le guardo rencor.

Katherine cambió de tema.

—Tienes buen gusto para la decoración.

—En realidad, el primo Herbie es decorador, tío Sy se ocupa del negocio de muebles y tía Ruth de las alfombras. Ya sabes cómo es eso.

—No, no lo sé. —Se puso de pie—. Creo que es mejor que salgamos.

Abrams permaneció sentado.

—¿Peter no iba a buscarnos aquí?

—No lo creo. Seguramente más tarde.

Se puso de pie.

—Espera. —Desapareció en la cocina y regresó con dos vasos con un líquido castaño—. Mi receta privada.

Katherine recibió el vaso y lo miró con aire de sospecha.

—¿Qué es esto?

—Manzanas, plátanos, copos de trigo y... lo olvidé. Todo lo que entra en la licuadora.

—Qué receta. —Bebió—. No es muy malo.

Abrams vació su vaso.

—Buenísimo. Bien, el cuarto de baño está pasando ese vestíbulo.

—Volveré en un minuto.



Abrams la vio marcharse. Sabía que estaba muy confusa. Su amante podría ser un traidor y un asesino. La gente que la rodeaba moría y su propia vida probablemente estaba en peligro. Para colmo, creía realmente que el mundo iba a llegar a su fin. Y probablemente, pensó, se imaginaba que él quería acostarse con ella. Ése, debía admitirlo, podía no ser el mejor momento para abordar ese tema. Sin embargo sabía que debía hacerlo.

Regresó.

—Estoy lista. —Lo miró.

Abrams recordó algo que O'Brien le dijo en un momento de sinceridad: «Ella es accesible. Pero como en una guerra, hay que buscar el punto de acceso». Lo consideró y luego recordó otro dicho: «En la guerra no hay lugar para dos errores».

—Katherine...

Lo miró detenidamente.

—No, Tony, una cosa por vez.

—Yo solamente estoy considerando una cosa esta vez.

—Una persona por vez. ¿De acuerdo?

—Suenan razonable.

Sonrió lentamente.

—No pareces muy convencido.

—Ni tú tampoco. —Le señaló la puerta.

Katherine comenzó a caminar y luego se volvió súbitamente.

Abrams la tomó entre sus brazos y la besó. Después de un momento, Katherine lo empujó suavemente.

—Tenemos cosas que hacer... lo primero es lo primero.

—La tercera guerra mundial o lo que diablos sea puede esperar.

—No... vamos... —Sonrió—. Vamos a quemar las frustraciones.

Abrams asintió y la siguió. Peter Thorpe era su mayor frustración en ese momento y consideró que tendría cierto placer en quemarlo.

Nicholas West sintió la presencia de alguien y abrió los ojos, parpadeando por la luz.

La figura de Thorpe apareció sobre él.

—¿Cómo estás, muchacho?

West sacudió la cabeza.

—Sufriendo.

—Todo es relativo. Bueno, vamos a comenzar —Thorpe se sentó en el banquillo.

West movió la cabeza de un lado para el otro.

—¿Katherine...?

—Todavía no —respondió sonriendo Thorpe—. Pero va a venir, ya está viniendo.

—Thorpe encendió un cigarrillo.

—Mi pipa... —dijo West.

—Sí, te voy a dar tu pipa, después de que discutamos ciertas verdades. —Thorpe sopló humo sobre la cara de West y luego dijo—: ¿Qué hacía Ann para la Agencia de Seguridad Nacional?

West se pasó la lengua por los labios resecaos.

—Agua...

—Dios, Nick, si das la vuelta al asunto una vez más... —Thorpe se bajó del banquillo, fue hasta la nevera y regresó con un vaso de papel con pedazos de hielo. Dejó caer unos pedacitos en la boca abierta de West—. ¿Qué es, cuál era el trabajo de Ann con la Agencia?

West farfulló algo y Thorpe se acercó más.

—¿Quéé?

West escupió en la cara de Thorpe.

Thorpe se echó hacia atrás.

—¡Hijo de puta! —Se secó la cara con un pañuelo.

—Mentiras igual dolor, verdad igual placer.

El rostro de Thorpe enrojeció, pero luego sonrió.

—Muy bien, muy astuto. La venganza del gusano. ¿Es eso, Nick?

—Tu técnica es mala —respondió Nick—. Te odio, estoy resentido y voy a resistir.

Thorpe miró a los detectores de mentiras.

—Dices la verdad, pero eso es el principio. Tu heroísmo no va a durar mucho. Ahora, cuéntame algo sobre Ann.

West vaciló y luego respondió:

—Se ocupa de descifrar códigos.

—Códigos de los soviéticos. Específicamente oye las comunicaciones entre

Moscú y las misiones diplomáticas soviéticas de Nueva York, Washington y Glen Cove. ¿Es verdad?

—Verdad.

—Hace seis semanas, la sección de Ann Kimberly notificó a la CIA y a otras agencias de inteligencia en Washington algo interesante. Es lo siguiente: en la noche del 12 de abril de este año, todo el movimiento radial entre Moscú y Glen Cove cesó durante seis segundos; luego se reinició.

Thorpe estudió el rostro de West, luego agregó:

—Como tú probablemente sabes, la comunicación es continua, aunque no se diga nada. Éste es un procedimiento de seguridad para que la gente que escucha no tenga interferencias por aumento o disminución del tráfico radial. Así, esos seis segundos de interrupción fueron dignos de mención, pese a que no fue algo importantísimo. Después del informe de rutina de la Agencia de Seguridad Nacional, el informe del FBI fue que esa noche hubo varias tormentas eléctricas en Long Island y que la casa de propiedad soviética, en la parte más alta de la zona, recibió la descarga de un rayo. Fin del misterio.

West se pasó la lengua por los labios sin decir nada.

—Pero espera —continuó Thorpe—. De acuerdo con la Agencia de Seguridad Nacional y otros organismos familiarizados con avances electrónicos, algo no estaba claro. De modo que se hicieron más averiguaciones. Y hete aquí que un hombre había visto el rayo que cayó sobre la casa de los soviéticos.

Thorpe apoyó los codos en la camilla.

—Solamente que no cayó sobre la casa. Cayó sobre una antena colocada en el terreno a cierta distancia de la casa. El hombre vio eso, además conocía esa antena y juró que había una extensión que nunca viera antes. ¿Cuál es tu conclusión, Nick?

—Un pararrayos —respondió West.

—En efecto. Estaban tratando de atraer el rayo a ese pararrayos. ¿Verdad?

—Sí.

—¿Entonces por dónde diablos salió la energía, Nick? El pararrayos debía estar conectado a tierra, no a la casa. Hasta los estúpidos soviéticos saben cómo funcionan los pararrayos.

West no dijo nada.

—Bueno, les dije a mis amigos soviéticos que este hecho no había pasado inadvertido y se sintieron muy molestos. Me dijeron que prosiguiera averiguando. Alta prioridad.

West permaneció en silencio.

Thorpe tiró el cigarrillo al suelo y dijo:

—Por supuesto, lo más notable fue que después de que atrajeran esa fuente de energía a propósito, sus luces, radios y al parecer todo lo demás no fue dañado. Y de hecho, todo volvió a funcionar otra vez a los seis segundos. Conclusión: estaban jugando a ser Ben Franklin, experimentando con la electricidad. ¿Pero con qué

propósito? ¿Nick?

—La Agencia... —respondió vacilante Nick—... llegó a una conclusión privada... Dijo a las otras agencias que olvidaran el asunto... Sus conclusiones fueron clasificadas como secreto de estado...

—Ya sé eso, maldita sea. Nunca vi esas conclusiones. Pero quizá tú lo hiciste. Quizá Ann pudo ver esas conclusiones. Tuviste un rápido encuentro con ella el 29 de abril en Washington. En algún momento entre apasionados abrazos, te contó esas conclusiones. ¿Cuáles eran?

West no respondió.

Thorpe buscó el dial.

—Silencio equivale a mentira. Tres segundos, dos, uno...

—¡Espera! ¡Espera! Ella dijo... Ellos estaban probando... detener la energía... como interruptores automáticos... deseaban... hacer que sus sistemas eléctricos y electrónicos fueran invulnerables a las tormentas eléctricas... para que no hubiera interrupciones en la radiocomunicación.

Thorpe examinó el detector. Por último habló:

—Verdad hasta ahora. Pero hay más, ¿no? De otra manera mis amigos de Glen Cove no estarían tan nerviosos. ¿Qué otra cosa dijo Ann?

—Nada.

Thorpe hizo girar el dial.

El cuerpo de West se arqueó. Se le abrió la boca, pero no salió sonido alguno. Su vejiga se vació en el tubo y los latidos de su corazón bajaron peligrosamente.

Thorpe apagó la corriente.

—Bueno, hiciste que te diera una buena. Pero ahora quedarás inutilizado por unos pocos minutos.

El cuerpo de West se agitaba de forma espasmódica. Su piel estaba pálida y seca y los ojos se habían girado y sólo se veía el blanco.

—Estoy seguro de que ese experimento de Glen Cove tiene algo que ver con el Golpe, es así como llaman los soviéticos a su plan para destruir a Estados Unidos o como dicen ellos, para traer paz eterna al mundo... ¿Nick?

El rostro de West se había vuelto gris ceniza y su respiración era irregular. Thorpe miró al monitor del corazón.

—Oh, Dios. —Rápidamente se puso de pie, tomó una jeringa de la mesa de instrumentos y la clavó en el hombro de West—. Así. Esto te traerá de vuelta al mundo de los vivos.

Thorpe esperó ansiosamente durante varios minutos observando el monitor del corazón.

—Si se detiene tu corazón de gallina, en lugar de tener convulsiones, tendría yo la culpa... —Esperó y luego dijo—: ¡West! ¿Puedes oírme?

West asintió lentamente.

—Bien. ¿Listo para seguir conversando?

West sacudió la cabeza.

—Tú... casi... me matas...

—Casi no cuenta. Por otra parte es difícil matar a alguien con ese voltaje. Ya lo intenté una vez. Cuando llegue el momento tendrás tu bala. Te lo he prometido.

—Ahora... la quiero... ahora.

—Oh, no. Eres un cobarde. —Thorpe se sentó nuevamente en el banquillo—. De acuerdo, yo voy a hablar y tú escucha. —Thorpe ajustó el polígrafo—. Piensa en lo que te estoy diciendo. Primero, Moscú está preocupado porque parte de su plan pueda ser descubierto. Una de las maneras en que puede suceder es a través del espionaje electrónico de la Agencia Nacional de Seguridad. Así que me vas a decir lo que Ann te contó.

—Ann... no está... muerta... deberías haberla... secuestrado...

—Lo intentamos. Pero murió. En realidad se suicidó. Muy mal manejado. Dos más para Siberia —rió.

—Tú... a Siberia...

—Cállate. De todas maneras, otra forma por la que ese plan podría fastidiarse es por la CIA si se empeña con su misión de encubrir estos esquemas idiotas. Con la ayuda de tu código autorizado, mi ordenador está ahora mismo explorando el de Langley para conseguir las palabras claves y los nombres que me harán saber si hay algún sospechoso en la operación Golpe de Moscú. —Thorpe contempló el papel del polígrafo y vio que West estaba muy agitado—. ¿Saldrá algo?

La lengua de West se agitó dentro de su boca y luego dijo:

—Está lleno... de cosas sobre ti...

Thorpe asintió.

—Descansa tranquilo, también estoy investigando eso, amigo mío. De hecho, muy pronto me tomaré un largo descanso sabático.

—Tú eres como yo... sabes demasiado. No tienes amigos... ni un lugar donde esconderte...

—Siempre está China. —Lanzó una carcajada—. Pero para continuar, otra fuente de problemas son los muchachos de la red de O'Brien. Están en algo. Pero van a hacerles creer que un grupo de árabes terroristas volará Wall Street con una pequeña arma nuclear. No es mala idea, pero no sirve.

Thorpe estiró los brazos y las piernas.

—Tengo calambres en los músculos. —Rió, y agregó—: Por otra parte, Nick, no creo que O'Brien y la Compañía se traguen eso. Tampoco lo hace la gente en mi Compañía. Verás, Nick, hasta donde puedo determinar, los soviéticos tienen una obsesión con el concepto de troika, el trineo con tres caballos. Están fascinados con la trinidad, tres actuando como uno.

West miró fijamente a Thorpe y trató de pensar con claridad. Thorpe estaba llegando a algo. Así como Thorpe siempre le había subestimado a él por su fragilidad física en comparación con su fortaleza, él, West, había subestimado la capacidad de

Thorpe para la seducción, intuición y comprensión.

Thorpe chascó los nudillos y miró a West.

—Por otra parte —continuó—, en realidad han formulado tres planes independientes para destruir Estados Unidos. El primero es la destrucción nuclear del centro financiero. El segundo que intentaron hacerme creer, es el acceso a todos los ordenadores estadounidenses, civiles y militares, y la destrucción simultánea, alteración o robo de todo lo que está almacenado en los bancos de memoria.

Thorpe se frotó el mentón mientras reflexionaba.

—Y ahora Nick, tú y yo hemos llegado al tercer plan, que creo que es el único que van a cumplir. Los otros dos planes parecen reales para aquellos de nosotros que los descubramos porque eran y quizá todavía sean opciones verdaderas. Nada más falso que la verdad. Y así todas las fuerzas de la inteligencia occidental, incluyéndote a ti y a mí, Nick, e incluyendo analistas privados como O'Brien y compañía, fueron movilizados para descubrir los detalles de esos dos planes. Pero algo hizo que O'Brien pensara. Se dio cuenta de que había un tercer plan y comenzó a operar con esa premisa. Recibió información de que los soviéticos estaban adquiriendo cierto tipo de exótica tecnología electrónica. Alertó al gobierno de sus descubrimientos iniciales. Y ese aviso se volvió a filtrar hacia los soviéticos. Así nos encontramos todos en un dilema. Los soviéticos están tratando de enterarse de cuánto saben los estadounidenses y qué defensas tienen. Estados Unidos trata de averiguar si el golpe va a darle en la cara, el estómago o en la ingle, o en ningún lado. Y se pregunta si quizá no debería golpear primero.

Thorpe miró a West.

—Mientras estamos en eso, Nick, queremos saber el quién, cuándo y cómo. Ya sabemos cuándo, el 4 de julio. Sabemos el porqué como resultado de una especie de darwinismo político, el mundo de hoy está reducido a dos especies dominantes. Solamente una puede sobrevivir.

West dejó escapar un profundo suspiro.

—Estás loco... ¿Por qué sientes esa necesidad de dominar...?

—¿Por qué sientes la necesidad de no hacerlo? —Thorpe encendió un cigarrillo y fumó pensativo—. De todos modos el problema final en Moscú es este asunto de Talbot. —Thorpe se agachó y recogió un estuche de cuero—. Éste es el que llevaba el coronel Carbury. —Abrió la tapa y volcó el contenido sobre el estómago y el pecho de West—. Un diario y cartas personales de la difunta Ann Kimberly al difunto mayor Henry Kimberly. El difunto señor O'Brien y su gente encontrarían que este diario es muy útil para descubrir a Talbot, que era, después de todo, uno de ellos.

Thorpe levantó el diario sobre el pecho de West.

—¿O debería decir tres de ellos? Sí, como tú, Henry Kimberly llegó a la conclusión de que quizá había tres traidores en lugares destacados. Vamos a leer este diario juntos para tratar de deducir lo que dedujo el mayor Kimberly. —Thorpe golpeó la frente de West con el diario—. Presta atención.

—Vete a la mierda.

—Kimberly parecía saber quiénes eran esos traidores, pero nunca escribió sus nombres, usando sólo la expresión Talbot Uno, Dos y Tres, como los antiguos hebreos que no escribían o pronunciaban el nombre de Dios.

Thorpe abrió el diario y leyó:

—«He reducido los nombres de los oficiales de la OSS que podrían ser responsables de habernos traicionado a los soviéticos. Uno es un ayudante muy cercano a Donovan, y lo conozco. El otro, un alto oficial en el contraespionaje de la OSS, es un querido amigo. El tercero es un oficial de la OSS de la sección política, un hombre que con seguridad hará carrera política después de la guerra. ¿Cuál es Talbot? Quizá todos ellos». —Thorpe levantó la mirada—. Fin de la nota.

Dejó el diario a un lado.

—Sabes, Nick, si este diario hubiera caído en manos de O'Brien o en manos de la CIA, se habría precipitado una investigación general que hubiera podido llegar a la identificación de Talbot. Pero una vez más, Dios está del lado de los ateos y este mensaje desde la tumba permanecerá sin entregarse. —Thorpe miró a West y luego controló los detectores—. ¿Estuviste oyendo lo que dije?

—Sí.

—¿Mi padre adoptivo, James Allerton, podría ser ese amigo querido?

—Sí.

—¿Tienes alguna teoría sobre los otros dos? ¿Puede ser que uno de ellos o los dos estén vivos?

—El que describe como un alto oficial de contraespionaje de la OSS.

—¿Y el que describe como un político en potencia?

—No lo sé... no tengo información sobre él.

—¿Cuál es el nombre del oficial de alto rango?

—Yo... no estoy seguro... tengo varios nombres que encajan...

—Dame los nombres.

—Dame algo que me guste.

Thorpe lanzó una carcajada.

—¿Quieres tu pipa?

—Sí.

Thorpe tomó la pipa de West de la mesa del instrumental y le puso tabaco. Colocó la pipa en la boca de West y acercó el encendedor al tabaco. West chupó con fuerza.

—Éste no es tu tabaco, por supuesto. Ése estaba mezclado con alcaloide de nicotina. Así que si te preguntas por qué no te mueres, ésa es la razón.

West miró de soslayo a Thorpe.

—Trataste de engañarme, tramposo hijo de puta. Yo te pregunté acerca de los venenos.

De repente, West mordió la boquilla. Thorpe se la sacó de la boca.

—No, no, Nick, también le he cambiado la boquilla. ¿Creías que era un imbécil

como tú? Tengo mundo, compañero. Ahora has perdido el privilegio de poder fumar.  
—Dejó la pipa a un lado.

El cuerpo de West se estremecía y las lágrimas le caían por la cara.

Thorpe tomó a West de las orejas y le levantó la cabeza.

—Mira, tonto, yo soy un profesional. Tú eres un aficionado. No puedes ganarme, así que olvídale. Estás totalmente indefenso y sin esperanzas. Estás a mi merced. Aquí vas a perder tu alma y tu corazón. Cuando termine contigo, tu ego va a ser inexistente. Ni siquiera podrás suicidarte, pero yo te ahorraré el problema. Kate no va a tener tanta suerte. La dejaré vivir como una especie de mascota doméstica.

West levantó la cabeza y habló lentamente.

—Vas a pagar por esto... de alguna manera, por alguien... serás castigado...

Thorpe sonrió.

—Cuando un prisionero comienza a volverse místico y religioso, es señal de que está en las últimas. Acabaré contigo antes de lo que había pensado.

West apoyó la cabeza en la camilla y comenzó a llorar. Thorpe juntó el contenido del estuche y apagó el polígrafo.

—Lo lamento, pero tengo que volver a irme. Entretente solo. Volveré pronto.

—Vete a la mierda.

Thorpe se acercó al dial del transformador.

—No haberme dicho que esa pipa era peligrosa para tu salud fue una mentira por omisión, que infortunadamente no registraron los detectores. De todas maneras, fue una mentira...

—¡No! ¡No! ¡Por favor! —El cuerpo de West comenzó a arquearse en respuesta a la corriente que pasaba a través de él. Entre sus dientes apretados salió un grito.

Thorpe sonrió mientras continuaba pasando corriente.

—Esto es casi cómico. Deberías verte... Bueno, lo verás en el reestreno. Kate también lo verá. Y Eva. Y los soviéticos se van a reír mucho. Dios, Nick, pareces medio loco.

Thorpe apagó el transformador.

—Cuando regrese me vas a querer decir más cosas sobre Talbot y Ann Kimberly. Me dirás lo que sabes sobre O'Brien y sus amigos, incluyendo Katherine Kimberly, George Van Dorn y el resto de esos arrogantes hijos de puta. Y también vas a contarme lo que sabes sobre los soviéticos de Glen Cove. Tus respuestas podrán determinar si los fuegos artificiales, picnics y discursos de este próximo 4 de julio serán o no los últimos.



Abrams la observó corriendo un poco por delante de él. Tenía un buen paso, largo, ágil y gracioso.

Miró a su alrededor, pero nadie parecía seguirlos, ni caminando ni en algún vehículo. Se encontraban cerca del final de la Cuarta Avenida; habían recorrido la mayor parte del trayecto desde el piso en metro. La ruta que Katherine eligió y comunicó a Thorpe incluía una serie de parques conectados por subterráneo, con pequeñas calles entre medio. Pensó que era como si Katherine hubiera elegido a propósito un territorio peligroso. Y, por supuesto, lo había hecho.

Lo raro, reflexionó mientras corría tras ella, era que ninguno de ellos reconocía abiertamente que lo que comenzó como una cita para correr el domingo, se había convertido en algo muy parecido a poner un señuelo.

Eso era debido en parte al delicado tema que había de por medio. Pero también a la forma refinada que tenían de hablar, en donde nadie decía las cosas, sino que las indicaban, las embrollaban o aludían a ellas. Esa manera irritante de comunicarse, observó, era común a los abogados, a la gente de las empresas y a la gente elegante en general. Prefería la forma de hablar de los policías.

Abrams sintió que la sangre le corría por las venas y el comienzo de la sensación de excitación que le producía correr.

Doblaron por la calle Sesenta y Siete y siguieron hasta Owl's Head Park, el primer lugar del posible encuentro con Peter Thorpe. Abrams levantó la mirada y vio que Katherine estaba a unos cien metros de él y la llamó:

—¡No te alejes! —gritó.

—¡Corre más ligero! —fue la contestación.

Putá. Aceleró su carrera.

La intención original de Abrams había sido llevarla por el vecindario de los judíos rusos, en donde los hombres giraban la cabeza al ver pasar a las mujeres corriendo con las piernas desnudas. No estaba seguro del porqué de esa idea. De todos modos ella había planeado la ruta basada más bien en consideraciones tácticas que en el paisaje o en la parte social. Sin embargo, si alguna vez volvían a correr juntos, allí sería adonde irían. Abrams acortó la distancia mientras se aproximaban al parque.

Otro lugar al que deseaba llevarla era a uno de los nuevos barrios de judíos rusos con sus carteles en letras cirílicas y la combinación de ruso y yidish en las calles llenas de gente. Ésas, reconocía, eran sus verdaderas raíces y estaba fascinado con la vitalidad de ese vecindario, por la proliferación de negocios de los emigrados.

Entraron en el parque por un sendero, la siguió cortando camino por el césped y comenzaron a trepar por la gran colina que dominaba el parque. Abrams sintió que el

sudor le corría por la correa de la funda del revólver. Pensó en Peter Thorpe y se preguntó en dónde lo encontrarían y qué sucedería. El método preferido parecía ser la muerte por accidente.

Katherine había llegado a la cúspide de la colina y lo esperaba contra el claro cielo azul. Las gaviotas volaban por sobre su cabeza y más allá de las gaviotas se veía un helicóptero gris.

Abrams recorrió los últimos veinte metros y se detuvo en la cima. Se inclinó y respiró profundamente, luego se enderezó y miró a su alrededor.

—Parece que estamos solos.

Asintió mientras recuperaba el aliento.

—Es temprano... podemos quedarnos diez minutos aquí...

—De acuerdo. —Abrams miró hacia el norte, a la vista panorámica del puerto de Nueva York, la estatua de la Libertad, y los rascacielos de Manhattan que parecían emerger del agua. Se volvió y miró a Katherine, con el cabello revuelto, sin maquillaje, sudada, la boca abierta, aspirando el aire.

—Eres muy hermosa.

Katherine rió y tiró de su camiseta sudada.

—Tú también eres muy buen mozo.

Comenzaron a caminar en círculo.

—Este lugar es inmundado —dijo Katherine.

Abrams asintió. El lugar era una muestra de negligencia y decadencia. Había botellas rotas por todos lados, fuentes que no funcionaban, papeleras rotas y pintadas en todos los lugares posibles. Se imaginó que posiblemente los parques de Roma debieron de ser así después de la llegada de los bárbaros.

Katherine, que lo observaba, pareció sentir lo que estaba pensando.

—Este parque necesita una buena limpieza y también un buen control policial —dijo Katherine.

Abrams la miró. Estaba hablando otra vez de esa manera poco clara y el parque era una metáfora.

—Quizá. Pero no demasiado, Katherine. Hay vitalidad en la gente que prosigue sus vidas, sin molestarse por las interferencias del gobierno. El precio de esa casi absoluta libertad limita con la anarquía.

—Un poco de orden y ley no hace daño.

—¿Qué ley? ¿El orden de quién? Los fascistas y los comunistas tienen en común el deseo de que todos marchen en filas cerradas. Yo no quiero marchar en fila.

—De acuerdo. —Katherine sonrió—. No más política. ¿Listo para correr?

—No. Vamos a caminar un rato.

Katherine comenzó a bajar la colina.

—Te voy a poner en forma antes de que termine en verano.

La miró de reojo pero no dijo nada.

Caminaron un rato en silencio, luego Katherine dijo:

—El próximo lugar en donde Peter puede encontrarnos es bajo el puente Verrazano.

Abrams no contestó.

Caminaron hacia el sur por un angosto sendero de asfalto, paralelo al paseo Shore. Comenzó a levantarse viento desde la bahía. Katherine habló como si continuara una conversación.

—Quiero decir, no tenemos pruebas sólidas, y lo que tenemos se puede explicar por el hecho de que él es de la CIA. —Esperó y luego agregó—: Tus percepciones pueden estar teñidas por consideraciones personales.

Por un rato Abrams no contestó, luego dijo:

—Mis percepciones están influidas por quince años de trabajar como detective. —Y agregó—: Me pedisteis que encontrara al asesino o al secuestrador de Randolph Carbury. Sospecho que lo hice. Ahora estoy tratando simplemente de permanecer con vida.

Katherine no contestó.

Abrams miró hacia la bahía. Unas pocas lanchas privadas navegaban cerca de la costa. Por encima de sus cabezas volvió a pasar el helicóptero. En el parque se veían unos pocos corredores. Señaló hacia la elevada torre de Coney Island.

—Solía pasar horas en la galería para hacer puntería. Había patitos de juguete que se movían por el agua y yo disparaba sobre ellos.

—Apuesto a que todas las chicas de la zona te rodeaban cuando recibías las muñequitas de premio.

—Tenía que apuntarlas con mi rifle para mantenerlas alejadas. De todas maneras, cuando crecí, me asignaron el trabajo de señuelo, vestido como un viejo para atraer a los ladrones. Caminaba por el parque alrededor de Coney Island, como un patito de juguete. Era un trabajo muy malo. Pero recibía su premio. Atraía a un montón de ladrones. Y yo hacía lo que los patitos nunca hicieron. Sacaba mi revólver.

—Y aquí estás de nuevo. Debe de ser una sensación horrible.

—Sí, bueno, puedes sacar al chico de Brooklyn, al hombre fuera de la policía y todo eso... Escucha lo que voy a decirte. Básicamente hay cinco maneras de cazar: con cebo, trampa, estaca, golpeando los arbustos y con señuelo. Depende del animal que se vaya a cazar, la estación del año y el terreno. Con el animal humano se pueden usar todos los métodos o la combinación de ellos, en cualquier terreno o estación. Solamente tienes que tener en cuenta que cuando el animal humano se aproxima, puede tomar cualquier forma, incluyendo la de un animal amigo. Puede saludar afectuosamente o pedirte un cigarrillo. Pero debes darte cuenta de que puedes ser atacada y en ese segundo en que lo descubres tendrás que actuar, porque un segundo más sería demasiado tarde.

—¿Pero qué pasa si uno hiere a un hombre que sólo quería pedir un cigarrillo?

—Para eso está esa fracción de segundo.

Continuaron corriendo durante un rato.

—Eres un hombre complejo. Rudo, amable, que conoce la vida, ingenuo, político, apolítico, educado, antiintelectual, comprometido y no comprometido.

—Estoy representando muchos papeles.

—¿Entonces, quién es Tony Abrams?

—Dímelo tú. ¿Qué día es hoy? ¿Lunes? Estoy armado... entonces hoy soy... no, hoy es mi día libre... entonces...

—Ya está bien.

Caminaron un rato en silencio.

—¿Conoces a un camarero del club University, llamado Donald?

—Solamente tengo permiso para pasar al salón de las damas, así que decidí no ir nunca.

—Bueno, de todos modos, Donald fue raptado y asesinado esta mañana muy temprano.

Katherine no respondió.

—También, un hombre que se supone era el doble de Carbury —agregó Abrams—, fue encontrado en el puerto. Probablemente por allí —y señaló a los Narrows—.

[4] Allí es donde encuentran a la mayoría de los ahogados. Supongo que es por las corrientes.

Sin contestar comenzó a correr. Abrams la siguió dándose cuenta de que estaba en mucha mejor forma física de lo que creyera.

Siguieron por la costa; delante de ellos se elevaba majestuoso el puente Verrazano, que cruzaba los Narrows desde el fuerte Hamilton, en Brooklyn, al fuerte Wadsworth, en Staten Island. Abrams reflexionó en lo sencilla que era la defensa nacional no hacía demasiado tiempo: dos fuertes de piedra con sus cañones para hacer fuego cruzado a cualquiera que se aproximara al puerto de Nueva York. ¿Qué podría ser más lógico que la ciencia militar del siglo XIX?

Sin embargo, en la actualidad la defensa nacional comenzaba en el espacio exterior y terminaba en misiles. Y la complejidad del sistema era tal que si cada cerebro adulto en la nación se pusiera a trabajar manejando ese sistema, no sería suficiente. De pronto dijo:

—Ordenadores.

Katherine se volvió.

—¿Cómo?

—Eso es lo que debe de haber sugerido O'Brien. Deben de haber encontrado una manera de destruir o neutralizar todos los ordenadores militares, financieros, industriales... ¿eso es posible?

Katherine aminoró la marcha y luego contestó:

—Es posible... sí... Oí hablar de eso... la Agencia de Seguridad Nacional, la gente para la que trabaja Ann, se supone que tiene un libro secreto de acceso a los códigos nacionales... no es realmente un libro sino una cinta grabadora con módulo por impulsos... —lo miró—. Esto es algo muy delicado...

—Entonces guárdalo para ti.

Continuó como si no lo hubiera oído.

—La Agencia de Seguridad Nacional posee normas de seguridad para los ordenadores militares y civiles. Sin embargo, tiene un conocimiento interno de ellos y teóricamente puede entrar en cualquier código del país. Pese a que eso sería ilegal.

—Así que, por supuesto, ellos no hacen eso.

—Bueno, siempre ha habido algunas discusiones sobre la idea de tener todos los ordenadores accesibles desde un puesto central de mando en tiempos de emergencia nacional, como guerra o una crisis financiera. La teoría es que el presidente puede mandar y controlar mejor. Ésa es la idea.

—Me doy cuenta. Suena bastante arriesgado.

—Bueno, lo sería si se pudiera acceder a ellos con simultaneidad y traducir todo el lenguaje de los ordenadores a un solo lenguaje. Entonces, por lo menos es teóricamente posible que alguien con intención perversa... pudiera causar estragos.

—Suena un poco sombrío.

—Sería un desastre. —Lo miró—. ¿Qué te hace pensar eso?

Abrams se encogió de hombros.

—No lo sé. Debe de ser algo que oí o deduje. Encaja con el esquema de O'Brien, que excluye la guerra nuclear o química. —Se golpeó la frente—. Mi ordenador personal... algunas veces hace conexiones sin que yo sepa siquiera que está trabajando.

—Puede ser inspiración divina. ¿Crees en Dios?

—Sí. Los seres humanos no son capaces de causar todas estas desgracias solos.

—Cínico.

Caminaron en silencio, escuchando cómo el agua golpeaba contra la milla.

—Voy a investigar eso. ¿Tienes algunas otras ideas sobre el tema?

—No. Tendré que esperar otro mensaje divino. Algunas veces oigo voces.

Sonrió.

—¿De veras? ¿Y qué te dicen esas voces?

—Últimamente me han estado diciendo que debo irme a Miami durante un mes.

—¿De veras? ¿Y en qué idioma te hablan?

Se sonrió ante el tipo de interrogatorio que usaría un sacerdote, rabino o psiquiatra ante el tema de las voces.

—Hablan inglés con acento judío de Brooklyn. A veces creo que no es Dios, sino uno de mis parientes muertos. Ése era el consejo que daban para cualquier problema en la vida: vete a Miami.

—¿Vas a ir?

—No, no es temporada. Mis parientes se revolverían en sus tumbas. Debo ir a Maine. ¿Por qué no vienes conmigo?

Inesperadamente contestó:

—Muy bien.

—¿La condición?

—Ya lo sabes.

Asintió.

—Lo primero es lo primero.

—Sí... y aquí viene algo que es prioridad.

Abrams miró rápidamente. Dos hombres a caballo aparecieron bajo la sombra del puente y trotaron hacia ellos.

—Sigue caminando —indicó Abrams.

Los jinetes se aproximaban; Abrams pudo ver que no eran de la policía, también comprobó que Thorpe no era ninguno de ellos. Había apostado a que Thorpe aparecería, pero en ese momento se preguntaba si el riesgo que aceptaron valía la pena.

—Maldición —dijo—. Bueno, saca tu revólver, pero mantenlo oculto.

Katherine escondió la pequeña pistola en su mano.

Abrams se colocó detrás de ella, para poder sacar su 38. Lo mantuvo pegado a la pierna y volvió a colocarse a un costado. Miró a su alrededor. Había unos cuantos corredores. Y algunas personas en unos bancos.

Katherine también miró.

—¿Todas estas personas son civiles?

—Muy pronto lo sabremos.

Siguieron caminando, observando cómo se aproximaban los jinetes.

—¿Cómo sabremos que ha llegado esa fracción de segundo?

—Es instintivo. Ya lo sabrás. Nunca he disparado contra un civil inocente. Si no estás segura, sigue mis indicaciones.

—De acuerdo... ¿Alguna vez un ladrón te disparó durante esa fracción de segundo?

—Unas cuantas veces. Sin embargo, algunas veces uno tiene una segunda oportunidad.

Los dos jinetes estaban a menos de cien metros de distancia.

—Tuviste tu segunda oportunidad cuando saliste con vida de esa azotea —dijo Katherine.

—Exacto. Y algunas veces también tienes una tercera oportunidad.

—Espero que sí.

—Yo también. ¿Preparada?

Las drogas parecían haberse evaporado y Nicholas West yacía perfectamente inmóvil, capaz de pensar con claridad por primera vez en muchas horas.

Pensó en los secretos y en la forma de ocultárselos a Peter Thorpe y a sus jefes del Este. West deseaba creer que la mente era capaz de sobreponerse casi a Cualquier adversidad, incluidos el dolor, los sufrimientos, las drogas y todos los instrumentos de tortura. Creía que si le daban tiempo, podría alcanzar un estado de protectora autohipnosis, que reduciría el dolor y confundiría el polígrafo y el analizador de la voz. También sabía que era más inteligente que Peter Thorpe, quien tenía serios problemas de personalidad, por no mencionar sus graves trastornos mentales.

Por otra parte, West se daba cuenta de que Thorpe era, como había dicho, un profesional. En la mente de West se formulaba una seria pregunta acerca de si podría o no derrotar a Thorpe o por lo menos detenerlo por un cierto tiempo.

También pensaba en Ann, Patrick O'Brien y Katherine. Thorpe era uno en el reinado del terror, un hombre que había puesto en marcha esa pesadilla viviente para los que lo rodeaban y que podría hacer lo mismo para una nación de doscientos cuarenta millones de personas.

West trató de determinar cuál era su deber y sus obligaciones en esa situación. El manual de la Compañía era explícito en ese tema: «Si es capturado en un país comunista siga adelante con su coartada. Si lo torrarán y es incapaz de resistir, use todos los medios posibles para matarse».

Pero ése no era un país comunista, todavía. El manual continuaba: «En esas raras circunstancias en las que un agente u otros empleados son mantenidos incomunicados por extranjeros y/o agentes enemigos en un país amigo, deberá hacer todos los esfuerzos posibles para escapar de su prisión y, si las circunstancias lo permiten, establecer contacto con el exterior. Si es posible, deberá matar o capturar a uno o más de sus captores. El suicidio se permite como una última posibilidad si el cautiverio conduce a comprometer a otros agentes o a la divulgación de información esencial bajo tortura».

West pensó en eso. Un consejo racional. Pero probablemente no lo había escrito un hombre sujeto a una camilla y conectado a electrodos. Y no estaba dedicado a un hombre que era primordialmente un historiador y profesor de universidad.

—Un centavo de descarga de electricidad por tus pensamientos, Nicko.

West miró rápidamente hacia su derecha.

—El polígrafo muestra que estás pensando en algo profundo y oscuro. —Thorpe tomó el banquillo y se sentó—. Hablé con mis amigos de Glen Cove. No están satisfechos con los resultados de nuestras primeras charlas. Si no aumenta la calidad

quieren que te mande con ellos.

—Estás mintiendo. Estás tratando de asustarme. Coloca el detector de la voz donde yo pueda verlo y te podré decir cuándo me mientes tú a mí.

Thorpe lanzó una carcajada.

—Bueno, eso es lo que sucede cuando las drogas de la verdad pierden efecto y te dan tiempo para pensar con claridad. Vas a necesitar un poco de pentotal sódico para calmarte. —Abrió la llave de paso de la sonda intravenosa—. A nadie le gusta uno que se pasa de listo, Nick.

—Peter, las drogas no son... —dijo West.

Thorpe tenía la vista clavada en el analizador de la voz y la mano en el transformador eléctrico.

—¿No son qué, Nick? ¿No son necesarias? Vamos, termina la frase.

—No son, quiero decir... son...

Thorpe rió.

—Tienes que aprender que no puedes hacer comentarios innecesarios y fuera de lugar, Nicko. Vamos, termina la frase.

—Quiero decir que... que las drogas son útiles para... que yo hable más... y para disminuir mi resistencia...

—Tienes mucha razón. —Thorpe apartó la mano del transformador—. Mira, ahora no tengo tiempo de darte sacudidas, así que ¿por qué no limitas tus comentarios a decir la verdad? Eso es una buena advertencia. ¿De acuerdo?

Thorpe encendió un cigarrillo y movió los dos detectores.

—Muy bien... ¿De qué vamos a hablar ahora? ¿Talbot? No... eso puede esperar a Kate. En realidad, he hablado con mis compañeros de Glen Cove. Están interesados en el hecho de que tú sepas algo sobre su pequeño experimento eléctrico. ¿Por qué no hablamos de eso? Primero...

—Peter, si te digo todo lo que sé, que no es mucho y tú juntas todo con lo demás que descubriste, entonces llegarás a la respuesta de lo que están planeando los soviéticos.

—¿Y entonces? Ésa es la idea. Quieren saber lo que sabe la CIA.

—Pero no van a dejarte con vida una vez que lo sepas. Es probable que solamente diez personas de la Unión Soviética sepan de qué se trata. Es el secreto más grande del mundo, el plan definitivo para destruir Estados Unidos. Tú no debes saber ese secreto.

—¿Estás tratando de asustarme? Sabes, Nick, he pensado en eso. Y creo que James Allerton es Talbot. Y no creo que vaya a dejar que maten a su hijo.

West sonrió ampliamente.

—¿Cómo puedes ser tan ingenuo? ¿Qué significas para él? Cualquiera que pueda traicionar a sus amigos y a su país durante casi medio siglo, es un desalmado. ¿A cuánta gente mató James Allerton o fue la causa de que murieran? Tú eres un aficionado comparado con ese hombre.



Thorpe chupó pensativo su cigarrillo.

—Quizá. Puedo darme cuenta de por qué los soviéticos me quieren fuera del camino hasta el 4 de julio, pero soy demasiado valioso para ellos como para quitarme de en medio. Creo que debo quedarme quieto una temporada. Después del Golpe surgiré en una posición de poder.

—¿Como qué? ¿Comisario de un asilo de locos?

Thorpe pareció no oírlo.

—Pero gracias por pensar en mí, Nick. Para eso estás. Para que yo use tu tierno cerebro a mi servicio.

—Pensé que estaba al servicio de tus patronos.

Thorpe arrojó el cigarrillo.

—Necesitas calmarte un poco más. —Aumentó el paso del pentotal—. Lo que realmente necesitas es una buena descarga de electricidad. Simplemente dame un motivo. —Thorpe tocó los broches que sujetaban el escroto de West—. Tus pelotas no detienen la corriente. Son conductores. —Rió—. Ahora, háblame de esos interruptores de corriente.

El rostro de West palideció, pero tuvo fuerzas para responder:

—Son como interruptores automáticos. Cuando hay un exceso de corriente protegen los componentes eléctricos... Después de que pasa el exceso de corriente... vuelven a interrumpir... y la corriente vuelve...

—¿Y los soviéticos han colocado eso en la casa de Glen Cove?

—Así parece.

—¿Por qué? Y no me digas que es para protegerse contra los rayos.

West tragó porque tenía la garganta seca.

—Agua...

—¡Habla! —Thorpe se inclinó hacia el transformador.

—PEM... —respondió rápidamente West—. Los relámpagos reproducen los efectos de PEM... los relámpagos pueden ser usados para comprobar el dispositivo protector del PEM.

—Espera. ¿Qué diablos es PEM?

—Pulsación electromagnética. El efecto Compton... Como una tormenta eléctrica... Destruiría todos los ordenadores del país... cada circuito estallaría. Se destruirían todas las comunicaciones telefónicas... todas las radios y las televisiones... los controles eléctricos en aviones, coches, lanchas, misiles... instrumentos de laboratorios, aparatos electrónicos de fábricas, hospitales, no quedaría nada... Todo quedaría destrozado... cada circuito en el país, quemado... el fin de la tecnología... la economía quedaría incapacitada... la capacidad de defensa.

Thorpe permaneció unos instantes en silencio.

—Dios mío —se inclinó hacia West—, ¿estás seguro?

—Sí... se sabe desde hace tiempo. Los efectos de la pulsación electromagnética... desastroso... Estados Unidos se precipita a proteger los sistemas

vitales... pero... nadie puede estar seguro de que la protección del mundo funcione... es difícil reproducir los efectos del PEM en una situación de prueba... los rayos son la cosa más cercana para...

—¿Pero cómo pueden producir el PEM los soviéticos, West? ¿Cómo?

—Fácil... pero puede ser arriesgado para ellos... podría ser el origen de una represalia nuclear... no hay otra elección que una represalia... si el presidente puede comunicarse para ordenar el golpe. PEM es la mayor amenaza a la seguridad nacional... O'Brien sospechaba... porque los soviéticos estaban recibiendo protección tecnológica del PEM... fibras ópticas... interruptores de corriente... placas de Faraday... filtros y obstructores PEM... sistemas para fortalecer todas sus instalaciones eléctricas y electrónicas.

—Escúchame, West. ¿Cómo pueden los soviéticos «causar» una tormenta electromagnética por todo el país simultáneamente?

—Fácil... —la voz de West se quebró y comenzó a toser—. Agua... por el amor de Dios, Peter...

Thorpe tomó un recipiente con una pajita y la acercó a los labios de West, quien chupó lentamente y luego miró a Thorpe.

—No puedo continuar. No puedo pensar. Tengo los músculos contraídos... tengo llagas en la espalda y en el trasero... es muy doloroso.

—Voy a hacer que Eva te masajee con aceite, por delante y atrás. Un buen rato de placer. Ahora continúa.

—No. Tengo que estirarme... tengo que moverme, por el amor de Dios, necesito rascarme. Me estoy volviendo loco.

—Te daré Atarax, es una droga contra la comezón...

—Estoy sufriendo...

Thorpe le retiró el recipiente con agua y lanzó una mirada a los detectores de mentiras.

—¿Dónde te pica?

El rostro de West enrojeció.

—En mis genitales... todo alrededor...

—Oh, bueno, voy a buscar a Eva y...

—No, por favor, Peter. Déjame sentarme por un minuto y contestaré a tus preguntas...

Thorpe miró el reloj.

—Muy bien, va a ser más rápido que llamarla a ella. —Le liberó la correa del pecho, dejándole la que le sujetaba la pierna.

West trató de moverse, pero tuvo que intentarlo varias veces hasta poder sentarse.

—Oh... Dios... Gracias... Peter...

—No tiene importancia. Ahora dime, ¿cómo puede la tormenta PEM producirse de manera que obstruya a todo el país?

West flexionaba sus músculos y comenzó a rascarse.

—¡West! ¡Habla! —Thorpe buscó el dial del transformador.

West lo miró.

—No puedes hacer eso. No estoy sujeto a la mesa. Mi espalda se arquearía hasta romperse.

—No si te doy una corriente media. Lo bastante como para tirarte contra esa maldita camilla. Contesta a mi pregunta.

West contempló fijamente los broches que sujetaban su escroto.

—Muy bien... un arma nuclear de baja potencia... estallando a unos quinientos kilómetros por encima de Omaha... No habrá radiación ni efectos destructivos en el terreno... Simplemente un relámpago de luz... pero en milésimas de segundo las pulsaciones electromagnéticas comenzarán a destruir cada pieza de los aparatos electrónicos de costa a costa.

Thorpe lo miró.

—¿Eso es una teoría o una realidad?

—Realidad. Se llama el efecto Compton. Rayos gamma de explosión nuclear en la atmósfera interactuando con los electrones Compton y produciendo PEM... El efecto produce cien veces más voltaje que un relámpago, pero es invisible y silencioso y cubre todo el país, de costa a costa. Sucedió en el Pacífico durante la última prueba atmosférica antes del tratado de prohibición de pruebas de hace unos veinte años... Pero la electrónica en ese tiempo era primitiva... la mayoría eran tubos al vacío que son muy resistentes al PEM... tampoco había mucho como para detectar el PEM... pero en Hawái, a unos mil ochocientos kilómetros, las luces de la calle se apagaron... lo mismo sucedió con las radios y la televisión... Actualmente, casi todos los circuitos están basados en placas de silicona... que son fácilmente destruidas por el PEM...

—Pero no veo cómo los soviéticos van a colocar aunque sea una pequeña cabeza de explosivo encima de Omaha sin que el dedo del presidente oprima el botón nuclear —dijo Thorpe.

West se frotó la cara.

—Tiene que haber una manera...

—No puedo imaginarme... —Se interrumpió para mirar a West—. Pero tú sabes cómo es. Y vas a decírmelo...

De golpe, West se arrancó las pinzas de los cables eléctricos. Instintivamente, Thorpe le agarró la mano. West, todavía sosteniendo las pinzas, atrapó la mano de Thorpe con las dos pinzas apretadas entre las palmas de ambos. Con la mano libre pudo accionar el transformador.

Una corriente de electricidad pasó a través de los cuerpos. Los dos hombres gritaron y Thorpe trató de soltarse, pero los músculos de su mano se endurecían por las contracciones. Ambos se agitaban en grotescos espasmos.

Por último, el brazo de Thorpe chocó contra los cables y arrancó las pinzas de entre sus palmas.

West quedó de espaldas sobre la camilla con el cuerpo crispado. Thorpe cayó al suelo; trató de ponerse de pie pero quedó boca abajo. Los dos hombres se quejaban.

West respiró profundamente varias veces y luego con un enorme esfuerzo de voluntad hizo que sus músculos respondieran. Volvió a sentarse, como un cadáver con *rigor mortis*. Después de lo que le pareció una eternidad, levantó los brazos y sus manos comenzaron a tratar de liberarlo de la correa de la pierna. Podía oír cómo Thorpe gemía en el piso y el sonido del contacto eléctrico de las pinzas.

Pese al estado de aturdimiento, West sabía que debía apresurarse, pero todo parecía suceder con lentitud. La habitación se veía en penumbras, pero sabía que eso era el resultado del *shock* en el nervio óptico. Su corazón latía con esfuerzo. Parecía que no le quedaban fluidos en el cuerpo, tenía los ojos secos, la boca pastosa y la piel como polvo.

Con lentitud, West liberó sus piernas de la correa y se sacó los tubos y los electrodos del pecho y la frente. Con un doloroso movimiento, arrancó el catéter de su pene. Luego buscó entre sus nalgas y se dio cuenta de que la sonda anal estaba suelta. Oyó que Thorpe murmuraba obscenidades desde el suelo. Consiguió contestarle.

—Tú... asqueroso inmundo... y tu espantoso horror.

Despacio, West dejó colgar sus piernas fuera de la camilla y apoyó sus pies desnudos en el frío suelo.

Thorpe, todavía de rodillas, buscó con mano temblorosa el revólver y comenzó a sacarlo del bolsillo.

West se dejó caer de rodillas, tomó los cables y tocó la cara de Thorpe con las pinzas.

Al recibir la corriente, Thorpe dejó escapar un alarido y se tambaleó hacia atrás con la cara entre las manos. El revólver cayó al suelo entre los dos hombres. West se arrastró hacia el arma.

De repente, se abrió la puerta y apareció la silueta de Eva en el corredor iluminado. Dejó escapar un aullido de animal enfurecido y se lanzó dentro de la habitación.

West miró de reojo a su mano que trataba de alcanzar el arma, luego fijó la vista en algo encima de la cabeza de Eva. Entonces reconoció el borroso movimiento de un látigo.

Los dos jinetes estaban a menos de cincuenta metros de distancia, enfilando directamente hacia ellos por el sendero.

—Apartarse. Abrirse —dijo Abrams.

Luego de dar esa orden, se movió hacia la izquierda por la pendiente que bordeaba la avenida. Katherine se dirigió hacia la derecha, casi hasta el borde del agua. Abrams pensó que algunos aspectos de la lógica militar no habían cambiado mucho, en especial las tácticas de infantería que se apoyaban en los instintos básicos de supervivencia y en el sentido común. Los jinetes tendrían que desplegarse o seguir adelante y colocarse en una posición desventajosa para disparar.

A medida que se aproximaban los caballos, Abrams pudo observar que los jinetes eran dos hombres de unos treinta años, con *jeans* y chubasqueros. Los dos sujetaban las riendas con ambas manos y los observó esperando algún movimiento que indicara que iban a sacar las armas o frenar los caballos.

A los diez metros, seguían acercándose al galope. Abrams se detuvo y se apoyó en una rodilla. Katherine lo imitó.

Abrams miró a la gente que paseaba por allí. Podían ser inocentes ciudadanos o muy buenos actores. Mantuvo la 38 entre los muslos con las manos apretadas. El jinete cercano a él sujetó las riendas con una mano y levantó el brazo libre.

Abrams levantó su revólver. El jinete con el brazo levantado para saludar, permaneció con los ojos dilatados y la boca muy abierta, luego gritó algo y los dos apuraron sus caballos.

Abrams se puso de pie y guardó el revólver.

—Otro cuento de terror para los anales de Nueva York. —Dejó escapar un profundo suspiro.

Volvió al estrecho sendero y observó a Katherine que se aproximaba. Estaba pálida y temblaba. Le pasó un brazo por los hombros.

—Creo que debemos tomar un taxi y regresar. Ven. —Comenzó a llevarla hacia la avenida, pero Katherine se liberó.

—No. Debemos seguir. Peter debe de estar esperándonos.

—Ésa ya no es una buena idea. Demasiados riesgos. Ahora hay demasiada gente. Lo miró con serenidad.

—Hay mucho en juego. Estamos armados, juntos y esperamos tener problemas. No quiero que me atropelle un coche una noche de estas... Quiero enfrentarme a esto ahora. ¿Tú no?

—Sí... de acuerdo... prefiero una cita conocida con el destino.

—Vamos. —Se volvió y comenzó a correr. Abrams la siguió. Pasaron bajo el

puente Verrazano, continuaron hasta entrar en el parque Bensonhurst y aminoraron la marcha.

Mientras miraba a su alrededor, Abrams respiró profundamente varias veces. Hacia el oeste, Staten Island y al sur y al este, una gran extensión de asfalto negro de donde surgía la costa con una galería de negocios.

—Bienvenida a Bensonhurst —dijo Abrams.

Katherine se esforzó por sonreír.

—¿Nostalgias del hogar?

—Claro. —La miró—. ¿Nos quedamos un rato?

Asintió.

—Éste es otro de los puntos de encuentro que arreglé con Peter.

Caminaron en silencio. Por último Katherine dijo:

—Habitualmente entro en las galerías para usar el cuarto de baño. Te voy a comprar zumo de naranja.

—Bueno. Debe de haber liquidación por el Día de los Caídos.

Caminaron en dirección a las galerías.

—Ayer hablé con mi hermana, hay un teléfono seguro con mezclador de voces en la oficina del señor O'Brien.

—Simplemente el teléfono normal de un despacho de abogados. ¿Qué te dijo?

—Según Ann no hay ningún nombre en clave para Odiseo o Ulises, que tengan que ver con este asunto. Hubo un Homero, un inglés que resultó ser espía de los soviéticos, pero está muerto y enterrado. Ann trató de llamar a Nick por eso, pero no pudo encontrarlo. De todos modos, los dos tienen la misma información. Creo que allí llegamos a un callejón sin salida.

—Pensé que uno de esos nombres podía tener algún significado esotérico para la gente que está en el secreto.

—También le pregunté a Pat O'Brien, pero me dijo básicamente lo mismo. —Hizo una pausa y luego agregó—: Decidí que debía confiar en él. Pero... parecía... muy callado. Creo que sabe algo.

Abrams asintió.

—También estuve pensando... y si esos nombres no significan nada, entonces deben referirse al argumento de la historia.

—¿Te refieres a un fantasma que vagabundea durante muchos años después de la guerra y luego regresa a casa después de que todos lo creyeron muerto?

—Sí.

—Arnold trataba de darnos la clave de su asesino o asesinos. O una clave para el mismo Talbot.

—Sí. ¿Hay algún guerrero, un jefe, un oficial que ha regresado de la muerte? ¿Alguno que pueda ser descrito como Odiseo?

—Hubo cierta cantidad de gente de la OSS que desapareció en acción y que apareció con vida después de la guerra. Pero Ann lo pasó por el ordenador y

descubrió que la mayoría ya ha muerto. El resto no tiene nada que ver con los servicios de inteligencia o el gobierno. Solamente cuatro siguieron pero no tienen ninguna de las características para relacionarlos con este asunto.

Abrams no respondió.

—Estás pensando en algo —dijo Katherine después de mirarlo.

—Bueno... —contestó—. ¿Y qué sucede si se trata de un hombre que no regresó todavía de la muerte?

Lo miró fijamente.

—Los que no han vuelto de la muerte están muertos.

—Por supuesto. Me refiero a un hombre desaparecido en acción, pero cuyos restos no fueron encontrados o identificados. Quizá alguien que desapareciera en circunstancias poco comunes.

Katherine permaneció en silencio por un rato.

—Sabes, hay una parte en *La Odisea* en que Odiseo está vagando por el otro mundo y ve el espíritu del cazador Orión persiguiendo a los espíritus de los animales que cazara cuando estaba vivo. Y Odiseo dice de Orión: «Él mismo es una sombra, cazando sombras». —Mantuvo la mirada fija en la de Abrams—. Así es como pienso en Arnold algunas veces. También pienso en mi padre. Sombras persiguiendo sombras.

Durante un rato, Abrams no dijo nada, luego decidió dejar pasar esa respuesta, para no perseguir él también sombras.

Entraron en la gran galería. Katherine comentó:

—¿No te resulta extraño caminar entre la gente cuando conoces un gran secreto ignorado por ella? Algo así como un cataclismo que podría llevar al fin a este lugar muy pronto. ¿No tienes la sensación de tener una percepción intensa?

—No estoy seguro de que sepamos mucho más que los que están aquí. A menos, por supuesto, que Peter Thorpe esté en la galería.

Katherine miró a su alrededor.

—No lo veo. ¿Ves a alguien que conozcas?

—No. Tengo sed. ¿Vas a comprar el zumo?

—Creo que no traje dinero.

—Veo que has tratado lo suficiente con O'Brien como para que se te peguen sus malas costumbres, como quitarme las monedas.

Katherine sonrió.

Abrams compró dos zumos de naranja y le alargó uno.

—No quiero perder al señor Thorpe. ¿Cuál era la hora para el encuentro?

—Le dije que entraríamos en el parque Prospect a las once y media. Tomaremos el metro.

Abrams miró el reloj.

—Nos queda tiempo. —Caminó hasta una máquina de juegos y depositó una moneda. Era un juego de los invasores del espacio y Katherine pudo darse cuenta de

que lo hacía a menudo.

—Ahora veo dónde pasas el tiempo.

Abrams se concentró en el juego.

—Esas mierdecitas verdes están tratando de invadir la Tierra, Kate. Mato a ése... y a ése y ¡a ése!

—No puedo creer lo que veo —dijo sonriendo.

—Coordinación entre la mano y la vista... pensar rápido... tomar decisiones. ¡Mira!... ¡Bum!

Miró a la pantalla.

—Oh... se están moviendo con más rapidez.

—No tengas miedo... la Tierra está a salvo cuando Tony Abrams tiene el timón.

—¿Es así?

—Sí. —Terminó el juego y se enderezó—. Juega tú.

Tomó los controles. Abrams apretó el botón y volvió a comenzar el juego.

—No lo entiendo.

—Sigue disparando.

Movió los controles sin dirección fija.

—Los extranjeros verdes están ganando.

—Sigue disparando. —Abrams comenzó a jugar por ella—. Ése fue uno bueno. Los misiles enemigos caen sobre mis ciudades.

—Suenan encantador. ¿Hay algún juego de contraespionaje?

—No..., es demasiado difícil de programar... oh, maldición, allí va Pittsburgh.

—No hay pérdidas. ¿Cómo hago para parar a esos hombrecitos verdes?

—Sigue disparando... —Abrams contempló la pantalla y quitó las manos de los controles. Los misiles pasaban por la pantalla destruyendo las ciudades en nubes de humo, acompañado por el sonido. Dijo tranquilamente—: Sabes, a veces pienso que el mundo real es tan inexistente como este mundo. El destino humano puede ser determinado por un juego de vídeo manejado por seres colosales en una pantalla gigantesca. La historia de la humanidad podría ser una serie de posibilidades programadas y almacenadas en una memoria, un momento de recreación para otros seres. El fin de este mundo llegaría cuando se les acabaran las monedas. O quizá la cinta podría romperse..., veríamos una gran cinta negra en el cielo, un sonido seco. El fin.

—Tienes ganas de filosofar.

Se alejó de los juegos.

—Correr estimula mi mente. Vamos.

Dejaron la galería comercial y caminaron hacia la estación de Bay Parkway.

—Correremos por Prospect Park y habremos terminado.

—Bueno, confío en que Thorpe se reúna con nosotros.

—Sí, ése es el último punto posible para el encuentro. He recorrido con Peter el parque un par de veces y conoce el camino.



—Bien. Mantendremos los ojos bien abiertos.

Mientras bajaban las escaleras hacia la estación del metro, Katherine le observó. Estaban en el andén esperando el tren. Abrams examinó a la poca gente que los rodeaba. Después de un minuto de silencio dijo:

—Siempre queda un uno por ciento de posibilidades de que esté trabajando solamente para los intereses del gobierno de Estados Unidos.

Katherine replicó en voz baja.

—Yo le doy una oportunidad del cincuenta a cincuenta.

—Eres muy generosa. Pero el resultado neto es el mismo. Mientras no esté seguro en un cien por cien, no voy a ejecutarlo sumariamente.

Se volvió irritada.

—No harás eso en ningún caso.

—¿Por qué no?

—Porque no tienes pruebas. No tienes derecho...

—Espera. Tú eres la que me dijiste que matarías a tu mejor amigo si descubrieras que es Talbot.

—Es evidente que Peter Thorpe no es Talbot... puede ser un cómplice... De todas maneras, a la gente como Peter, si se ha pasado al enemigo, se la interroga, no se la mata.

—Bueno, creo que la cosa va por otro lado. Creo que querrías hablar con Talbot y averiguar qué estuvo haciendo durante esos cuarenta años. Por otra parte, Thorpe es de bajo nivel. Y además su conducta desafía todo lo que sabemos sobre anomalías humanas. Porque él no es...

—¿No es qué?

—No es anormal. He visto su tipo antes. Imagina a un psiquiatra tratando de curar al león del horrible hábito de matar otros seres. El león está confundido. Su conducta es instintiva. El león no cree estar loco. Y no lo está. Es un león y hace lo que tiene que hacer. Y si lo hubieran criado en un piso en Park Avenue, su conducta no sería diferente. Si te pones a jugar con él cuando está hambriento o enojado por algo, te despedazará. Los leones no tienen la culpa por asesinar y algunas personas con fuertes instintos asesinos tampoco son culpables. Por otra parte, la forma de enfrentarse a animales peligrosos es disparándoles una bala en el corazón. Y la persona que dispara esa bala no va a perder el sueño por eso.

—¿Crees eso? —preguntó suavemente Katherine.

—Creo que lo creo. Pero nunca actué de esa forma.

—No lo hagas. A menos que tu vida esté en peligro.

—Lo está. Ése es el punto.

—Quiero decir un peligro inmediato. Un claro e inminente peligro, como se dice en derecho.

—Ah, volvemos a la fracción de segundo.

—Siempre se vuelve a eso. —Lanzó una mirada a su reloj y habló con un tono

ligero—. Enséñame a jugar a los invasores del espacio.

—Eso lleva mucho tiempo.

—Bien.

—Lo primero es lo primero, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El tren entró en la estación y subieron.

West encontró la culata del revólver. Simultáneamente oyó que el aire estallaba en sus oídos y un dolor quemaba su espalda desnuda. Levantó el arma con una mano, pero no tuvo la fuerza suficiente para apretar el gatillo.

Un segundo latigazo le raspó el cuello. El arma estalló en su mano y la habitación se llenó de un rugido desafiante. Oyó el grito de Eva.

La mano de West volvió a contraerse para disparar, esa vez apuntando al rostro de Thorpe, a pocos pasos de él. Los dedos apretaron con fuerza, pero no hubo estallido. West se miró la mano y se dio cuenta de que ya no tenía el revólver, pero su mano casi paralizada conservaba la sensación en los dedos, como si aferrara el gatillo.

Thorpe se deslizó hacia adelante y recobró el revólver. Se colocó de rodillas y apuntó a West.

—Eres una... mierda.

West trató de ponerse de pie y sintió que todo daba vueltas. Oyó el sonido, pero casi no sintió nada mientras se volvía a caer de bruces. Eva le golpeó tres veces más en rápida sucesión hasta que quedó inmóvil en el suelo.

West movió rápidamente la cabeza ante ese dolor.

Eva lo agarró de la oreja y lo hizo oler las sales. Abrió los ojos y se encontró mirando el suelo. Lentamente se fue dando cuenta de que estaba en la camilla, con la cabeza colgando al borde. Tenía las pantorrillas sujetas, pero el torso libre. Se incorporó sobre las manos apoyándose en las rodillas. Sintió una punzada de dolor en la espalda y se desplomó. Otro latigazo lo golpeó en las nalgas y notó la sangre que corría por su piel fría.

La voz de Thorpe, temblorosa y ronca, le llegó a través de su dolor.

—Así que... Nicholas, eras mucho más listo de... de lo que yo creía... y más valiente de lo que imaginé... ¿Por qué siempre te he subestimado?

West volvió la cabeza y vio a Thorpe sentado en una silla, con el rostro color ceniza y las ropas y el pelo desordenado. Se dio cuenta de que los pantalones de Thorpe estaban manchados y se preguntó cuánto tiempo había estado inconsciente. También se dio cuenta de que ya no tenía cables en el cuerpo y que habían quitado todo el equipo de al lado de la camilla.

—Eva va a practicar su especialidad por un rato. —Se puso de pie—. Regresaré dentro de pocas horas con Katherine. Mi experiencia me dice que la gente que soporta la tortura y el dolor se afloja rápidamente cuando ve torturar a alguien querido. Ya sabes lo que quiero decir.

West jadeó varias veces antes de poder hablar.

—Asegúrate de estar bien limpio... antes de ir.

Eva le pegó con el látigo y West aulló.

Thorpe sonrió y dijo a Eva:

—Le quiero vivo y consciente cuando regrese.

—Cuando usted vuelva será un hombre diferente.

Thorpe se dirigió a la puerta.

—Peter... —gritó West—. Eres un aficionado... No eres tan listo como crees.

Eva levantó el látigo, pero Thorpe la detuvo con un gesto y miró a West. Había algo en su voz que no le gustaba.

—¿De qué estás hablando?

—Te van a matar por dejarme morir.

—No vas a morir. Todavía.

—Sí, voy a morir. Ahora. —Súbitamente West se arrancó un mechón de pelo y se lo colocó en la boca.

Thorpe corrió y trató de abrirle la boca, pero West lo mordió con tuerza y Thorpe gritó, sacando dos dedos ensangrentados.

West tragó el pelo, lanzó un largo suspiro, y su cuerpo se convulsionó durante unos segundos. Quedó inmóvil, con la lengua fuera y los ojos muy abiertos. El olor a almendras amargas del cianuro que salía de su boca y nariz hizo que Thorpe retrocediera.

—Oh... ¡hijo de puta! ¡Lo hiciste...! ¡Hijo de puta...! Nick... Nick...

Thorpe se acercó cautelosamente y examinó la parte superior de la cabeza de West; faltaba una pequeña parte de pelo, donde estuvo implantado un postizo.

—Estoy condenado. ¿Qué va a pasar ahora?

Eva miró el cadáver.

Thorpe pensó durante un momento.

—Bueno, no voy a subestimarte otra vez, Nick. —Observó a Eva que agitaba frustrada el látigo—. Golpéalo —ordenó.

—¿Qué? —lo miró con ojos de asombro.

—Que lo azotes. Hay una droga que reproduce los efectos del cianuro, pero solamente causa un coma profundo.

Eva asintió y comenzó a golpear el cuerpo de West. Thorpe se acercó y examinó las heridas. No había señal de circulación sanguínea.

—¡Maldición!

Eva contempló a Thorpe con aire acusador.

—No comprendo... ¿el pelo...?

—Estúpida vaca. Cianuro en suspensión en cabello artificial. ¿Nunca oíste hablar de eso?

—No.

Thorpe se sentó y se frotó la frente.

—Controlamos sus dientes, el ano... las fosas nasales... la pipa y el tabaco... ¿no le controlaste el cabello?

—Con un peine y luz ultravioleta. Pero no noté nada.

Thorpe se mordió los labios.

—Demonios. Tenemos problemas.

—¿Yo? Usted es el interrogador. Usted es el que le soltó el brazo cuando todo esto... —Señaló con la mano.

Thorpe asintió y se secó el sudor del labio superior. Pensó un momento y luego replicó:

—Pero tú querías que el torso y los brazos estuvieran libres para azotarlo. Dijiste que querías verlo retorcerse, tratando de cubrirse la cabeza con los brazos... Era tu espectáculo.

Eva tragó saliva antes de contestar.

—Bueno... sí... pero...

Thorpe se perdió en sus pensamientos.

—En realidad, Eva, lo que sucedió es esto. Cuando yo salí, tú le liberaste los brazos y el pecho y le diste la vuelta y comenzaste a azotarlo, contrariando mis órdenes. No pudo soportar el dolor y se suicidó...

—¡No! ¡Fue usted! —Se dio cuenta del peligro en que se encontraba y dio un paso atrás. Gritó—: ¡No! ¡No me mate! —Dejó caer el látigo y levantó los brazos para protegerse.

Thorpe se puso de pie, levantó el revólver y apuntándolo a la cara, disparó.

La cabeza de Eva se bamboleó hacia atrás y los brazos se abrieron para tratar de recobrar el equilibrio. Cayó y, mientras Thorpe la miraba con incredulidad, volvió a levantarse.

Permaneció tapándose la cara con las manos, como si llorase; pero en lugar de lágrimas la sangre corría entre sus dedos.

—Oh... oh..., ¿qué ha pasado?

Thorpe se aproximó y examinó la salida de la bala detrás de la oreja, se veía una masa de sangre, fluido grisáceo, hueso astillado y cartílago. Se dio cuenta de que el tiro no había dado en el lugar correcto.

—¡Mierda! —exclamó. Pensó en dispararle nuevamente, pero los que dispusieran del cuerpo lo considerarían la obra de un aficionado.

Eva cayó de rodillas, tapándose los ojos con una mano y cubriendo la herida con la otra. La sangre le corría por el cuello y los brazos, goteando en el suelo.

—Por Dios, mujer, ¡muérete de una vez!

—Ayúdeme. Por favor... ¿quién hizo esto? Fue West...

Thorpe rió.

—Pobre Nicko, tiene la culpa de todo.

Eva seguía de rodillas, pero no daba señales de morir. Gemía:

—West nos engañó... Se lo diremos a Androv...

Thorpe sonrió otra vez.

—Yo tengo mi historia para Androv. Tú puedes contarle la tuya cuando lo encuentres en el infierno. —Thorpe la empujó para que se pusiera de pie y la arrastró por la habitación. Abrió una gruesa puerta de acero y metió a Eva en una cámara de carnicería. La levantó y sujetó su vestido en un gancho para la carne, luego la soltó.

Eva quedó colgando a unos pocos centímetros del suelo, agitando los brazos y las piernas. Thorpe se limpió las manos en el borde del vestido de la mujer.

Thorpe dio un paso atrás y miró a su derecha. De otro gancho colgaba el cuerpo congelado de Randolph Carbury. Dijo para sí mismo:

—Esto se está llenando. —Se volvió, regresó a la camilla, recogió el cuerpo de West y lo llevó hasta la cámara, dejándolo caer al suelo.

Eva murmuraba en voz baja.

—Oh... Dios... no me deje aquí con la muerte...

Thorpe salió de la cámara y cerró la puerta.

—Bueno... éste ha sido uno de esos días...

Examinó la habitación débilmente iluminada y luego miró su reloj.

—Es hora de ir a correr.

Abrams y Katherine emergieron de la estación en la avenida del fuerte Hamilton y corrieron hacia el norte, entrando en el parque Prospect.

Abrams respiró el aire frío y limpio del parque arbolado. Conocía el lugar y estaba preparado para cualquier sorpresa. Katherine observó una zona abierta llamada el valle de Cashmere.

—Éste es un buen lugar para tomar un descanso. —Se dejó caer en la hierba.

Abrams se arrodilló a su lado y se secó el sudor de la cara con la manga de la sudadera.

—Creo que éste es el lugar en donde estaba el puesto de mando de Washington durante la batalla de Long Island —dijo Katherine.

Abrams asintió.

—Elegió un buen sitio para controlar a los asaltantes.

Katherine sonrió y miró a su alrededor.

—No veo ningún asaltante... solamente gente aprovechando la fiesta.

—Exacto. No creo que a Thorpe le gusten las multitudes. Vamos a tomar el metro para regresar a casa.

Pensó un momento y luego dijo:

—Vamos a terminar el recorrido por el parque.

Abrams se dejó caer de espaldas.

—Este parque va a terminar conmigo.

—Lo has hecho muy bien. No vas a derrumbarte ahora.

Abrams no contestó y miró en silencio hacia el cielo. Después de unos instantes dijo:

—Ya vi antes este helicóptero.

Katherine levantó la mirada y vio cómo un helicóptero gris desaparecía rumbo hacia el norte.

—Sí, yo también lo he visto. —Katherine se puso de pie—. Vamos. Se te van a poner rígidos los músculos.

Abrams se puso de pie lentamente.

—Me parece que me gustaba más disfrazarme de viejo y recorrer el parque.

—Vamos a caminar un rato.

Comenzaron a bajar por el sendero.

—Podría ser un helicóptero de la policía —observó Katherine.

—Es posible. Pero no conozco ese modelo. Ellos usan los Bell. Éste es algo distinto.

Lo miró de reojo.

—¿Tienes apoyo de la policía?

—Yo no soy policía.

Caminaron en silencio hasta que Abrams dijo:

—¿Te das cuenta de que él podría tenerte en cualquier momento? En la lancha, camino a Glen Cove, por ejemplo. O ahogarte con la almohada en la cama.

—¿Qué quieres decir?

—En realidad, no creo que intente matarte. Probablemente quiera raptarte para interrogarte.

Pensó en el desván del Lombardy y luego dijo:

—Pero podría invitarme a tomar una copa en el Lombardy.

—«¿Quieres entrar en mi sala? —dijo la araña a la mosca—, es la sala más bonita que has visto jamás». —Abrams agregó—: ¿Llegarías hasta eso en tu relación con él?

—Llegaría hasta donde fuera si pensara que voy a averiguar o ganar algo.

—Pero tomarías precauciones antes de ir. Y si no regresaras, Thorpe quedaría al descubierto. Mi teoría es que Thorpe te está usando para atrapar a mí. Matar dos pájaros de un tiro. Tiene poco tiempo. Por otra parte yo debo morir, porque no ganará nada interrogándome.

Contestó con un leve acento de provocación.

—¿Esto es una deducción o has vuelto a oír voces?

—No —respondió sonriendo—, pero me estoy metiendo en su cabeza. Es inteligente, pero previsible.

Permaneció un rato en silencio, luego asintió.

—Entonces... Peter me usó como cebo para atraerte y tú me usas como señuelo para atraerlo a él.

—Algo por el estilo.

—Por lo menos eres honrado. No te importan mucho los aspectos de la seguridad nacional, ¿no?

—Me ocuparé de eso cuando mi vida esté fuera de peligro. Por ahora la primera ley no es *salus populi suprema lex* sino *lex talionis*, la ley de la venganza, la *vendetta*.

—Pronunció la palabra con acento italiano.

Katherine se esforzó por sonreír.

—Bueno, nunca trataré de empujarte de una azotea.

—Lo considero como algo personal. No soy muy profesional cuando se trata de mi vida.

Llegaron al Memorial Arch en la plaza Grand Army.

—Le dije a Peter que si no se reunía con nosotros aquí, volvería en metro a Manhattan. ¿Querrías volver conmigo a mi piso?

La miró y el significado de la frase fue bien claro.

—Quiero.

—Vamos a esperarle cinco minutos.

Abrams esperó en silencio, observando el reloj más veces de lo necesario. Luego



miró hacia la dirección por donde ellos habían llegado.

—Bueno, allí viene el conejito Peter Cola de Algodón saltando.

Katherine se volvió y vio a Thorpe que se acercaba corriendo, vestido con chándal de color azul y canela.

—Si habitualmente le besas, hazlo ahora.

—No soy muy buena actriz.

Thorpe aminoró la marcha y se acercó a ellos.

—Bueno, el hombre de la maratón y la dama de carreras de larga distancia. Los dos parecéis derrotados. ¿Una buena carrera?

Katherine le besó en la mejilla.

—Sí. ¿Qué te ha pasado en la nariz?

Se tocó la nariz, que tenía un vendaje.

—Como siempre, la metí donde no debía.

—¿Y en los dedos? —preguntó Abrams.

Thorpe echó una mirada a sus dos dedos vendados.

—Lo mismo que con mi nariz. ¿Por qué siempre te excitas tanto cuando ves mi sangre?

—La sangre me vuelve curioso.

—Típico de la policía.

Katherine intervino.

—Estás pálido.

—¿Eh, qué es esto? ¿Todos contra Peter? —Miró a su alrededor—. Es un lugar horrible para correr, cochecitos de bebés, pequeños salvajes en bicicleta, patinadores y perros que se comen a los que corren. —Se rascó la cabeza y luego dijo con alegría—: Vamos a correr al cementerio de Greenwood, ya lo hice una vez. Es un buen lugar.

—Correr por los cementerios es ilegal —dijo Abrams.

—Vamos, Tony —dijo Thorpe sonriendo—. Apuesto a que has corrido en algún cementerio. Son especiales para estar solo.

—¿No habrá mucha gente? Es el Día de los Caídos.

—Es un antiguo cementerio —replicó Thorpe—. El último entierro debió de ser de hace sesenta años. No recibe muchas visitas.

Thorpe aplaudió y comenzó a correr por el lugar.

—Bueno, tropa, seguidme.

Abrams y Katherine le siguieron. Corrieron por la avenida a lo largo del parque durante veinte manzanas hasta el portón de hierro del cementerio de Greenwood.

—Muy bien, llegamos. —Thorpe saltó el portón y fue a parar al cementerio—. Vamos. —Miró a Abrams y a Katherine a través de las rejas—. ¿Qué esperáis?

Abrams ayudó a Katherine, sujetándola por las piernas y alzándola desde abajo.

—¡Cuidado, Tony! —dijo Peter; cuando Katherine cayó del otro lado, se apresuró a ayudarla. Abrams vio que había descubierto la pistola de la joven.

Abrams trepó y se dejó caer del otro lado. Thorpe se acercó a ayudarlo, pero Abrams le rechazó.

Comenzaron a caminar entre las tumbas hasta llegar a un camino. Abrams conocía el cementerio, lugar del descanso final de medio millón de almas, entre las que figuraban las de personas tan notables como Henry Ward Beecher y Samuel F. B. Morse. Y en algo tenía razón Thorpe, correr por allí era mejor. El lugar era sereno, y además una muestra del gótico Victoriano aplicado al arte funerario. Estatuas, urnas, lápidas, arcadas y rejas llenaban un sitio donde el tiempo parecía detenido.

No había nadie en el cementerio y empezaron a correr por un camino bordeado por mausoleos. Thorpe recitó:

—Sí, mientras camino a través del valle de las sombras de la muerte, no temeré ninguna maldad, porque soy el más conocido hijo de puta del valle.

—Peter —exclamó Katherine casi risueña—, eso es vulgar.

—Como la muerte. Por eso es el tema preferido para las bromas, después de sexo.

Abrams, que corría un poco detrás, los miró. Podía ver cómo Peter Thorpe ejercía una perversa fascinación sobre algunas mujeres. Katherine parecía disfrutar de sus groserías, incluso en aquel momento. Aunque quizá ya no sintiera nada por él y simplemente estuviera actuando, como Abrams le pidió.

Llegaron a una bifurcación y Peter gritó:

—A la izquierda.

Corrieron entre lápidas de piedra negra y mármol blanco durante casi un kilómetro. Peter delante, luego Katherine y Abrams más atrás. Katherine exclamó:

—¡Peter... vas demasiado rápido! Estamos agotados.

—Oh, Kate, tú estás bien. Tony tiene que esforzarse un poquito.

Después de unos cientos de metros más, Thorpe disminuyó la marcha y comenzaron a caminar. Tanto Katherine como Abrams respiraban pesadamente y estaban cubiertos de sudor. Caminaban en silencio. Abrams trató de detectar algo fuera de lo común, pero le zumbaban los oídos por el cansancio. Se sentía muy vulnerable en ese lugar lleno de asechanzas. Thorpe asumió el papel de guía.

—Esta arquitectura es típica del romanticismo. ¿Alguien se siente romántico? —Señaló las lápidas—. ¿Tony, estas cruces te ponen nervioso?

Abrams no contestó.

—¿Habíais visto alguna vez tantos ángeles guardianes? —continuó Thorpe—. ¿Tienes un ángel guardián, Tony?

—Muy pronto lo sabremos.

Thorpe sonrió y miró a su izquierda. A unos cincuenta metros del camino había una fosa abierta con un montón de tierra fresca al lado, en el que había clavadas dos palas. Thorpe atajó entre la hierba y se detuvo ante la fosa.

—Mirad, la lápida debe de tener cien años, pero la fosa está recién abierta. —Se arrodilló y escrutó mientras sus acompañantes se aproximaban—. Vacía... se ve que desentierran los huesos después de cierto tiempo. Venderán el lugar para otro. No es

exactamente el lugar del descanso final.

—Sigamos —dijo Katherine.

—Hoy debe de haber un entierro —dijo Thorpe. Leyó las palabras grabadas en la piedra—. Quentin Mosby, nacido el 21 de abril de 1843, muerto el 6 de diciembre de 1879. Era más joven que nosotros. No vivían mucho en esa época, ¿no? —Se puso de pie y miró a Abrams—. ¿Por qué esperamos vivir tanto?

—Porque nos cuidamos.

Thorpe asintió.

—A propósito, espero que estés preparado para algún problema. Las cosas están un poco tensas este fin de semana —dijo Thorpe.

—No he notado nada inusual.

—¿Pero estás armado?

Abrams lo miró y Tony le devolvió la mirada. Los dos comprendieron que había llegado el momento. Thorpe casi pareció asentir.

Entonces Abrams miró a su alrededor y vio que se aproximaban tres hombres desde diferentes direcciones, vestidos con las ropas de trabajo de los sepultureros.

Katherine observó que los hombres se acercaban.

—Peter, ¿quiénes son esos hombres?

Thorpe se encogió de hombros.

—Cómo puedo saberlo, Kate. Supongo que son lo que parecen ser.

—Vamos —dijo Katherine. Se volvió en dirección al camino y vio otros tres hombres en el límite de la hierba.

—Parece que nos hemos metido en medio de un funeral.

Los tres hombres que se aproximaban se detuvieron a unos seis metros y formaron un semicírculo alrededor de la fosa. Cada hombre se situó detrás de una lápida.

Abrams observó que los otros tres hombres del camino se habían dispersado. También vio que Thorpe se colocaba al lado de la lápida. Cada uno estaba en posición. Abrams no veía otro camino que ése.

Abrams permaneció perfectamente inmóvil. Curiosamente ya no le zumbaban los oídos, su corazón latía normalmente y su respiración era regular. Sentía la fatiga de la larga carrera y sus sentidos se habían agudizado. Olía el aroma de la tierra, el sudor de los cuerpos y la fragancia de las flores. Veía claramente las expresiones fijas en los rostros de los seis hombres y la inescrutable expresión de Peter Thorpe. El sudor se le enfriaba en la piel y sentía la correa de la funda del revólver. En algún sitio un pájaro cantaba desde un árbol distante. Su mirada se encontró por unos segundos con la de Kate, lo bastante como para transmitirse seguridad y confianza el uno al otro.

Thorpe se aclaró la garganta y dijo suavemente:

—Esto parece un poco sospechoso. Si fuera un paranoico, diría que estoy rodeado por hombres cuyas intenciones son cuestionables.

—Yo diría que tienes razón.

—Yo diría que tendríamos que sacar nuestras armas —agregó Katherine.

Thorpe la miró.

—Desgraciadamente no llevo revólver, pero supongo que Tony sí. —Hizo un gesto hacia la fosa—. La ley requiere solamente tres metros. Ésta parece de ocho. Una buena tumba. Una inmunda trinchera.

Thorpe lanzó a Abrams una mirada de inconfundible odio.

—Bueno, ¿qué sugieres?

—Es tu espectáculo, Peter. Dilo tú.

Thorpe lo miró fijamente, luego dijo:

—Bueno, mantengamos la calma. Puede ser que sólo quieran charlar.

—¿Los seis?

Thorpe no contestó, pero se secó la frente.

Los seis hombres comenzaron a moverse al mismo tiempo, como si hubieran recibido una señal. Se acercaron a la tumba, deteniéndose a pocos pasos de Abrams, Katherine y Thorpe. No hablaron ni hicieron ningún gesto de amenaza.

Abrams echó una mirada hacia Katherine. Estaba mortalmente pálida, pero tuvo que admirar su compostura al afrontar la muerte. Miró a Thorpe, que parecía perdido en sus pensamientos. La razón para su grotesco retraimiento, Abrams lo sabía, era porque mantenía todas las opciones abiertas. No tenía intenciones de ponerse en evidencia hasta que estuviera seguro de que eso no era una trampa, de que las cosas no iban a ponerse en su contra.

Los ojos de Thorpe fueron de Abrams hacia Katherine.

—¿Bueno, Tony?

Abrams comprendió la pregunta. Tomó el brazo de Katherine y habló

dirigiéndose directamente a Thorpe.

—Sí, hay un coche esperando para recogernos.

Thorpe miró a su alrededor.

—No veo ningún automóvil. Creo que se han olvidado de ti.

—Creo que no. —Abrams golpeó el bolsillo de su pantalón—. Una radio transmisora. —Y agregó—: Hay cerca un helicóptero.

Thorpe levantó la mirada hacia el cielo.

—Tampoco veo ningún helicóptero.

Abrams miró fijamente a los seis hombres, uno a uno.

—Caballeros, me voy. Les sugiero que hagan lo mismo.

Uno de ellos, que parecía el jefe, contemplaba las letras del chándal de Abrams. Su mirada se volvió hacia Thorpe.

Abrams sujetó el brazo de Katherine; se volvieron hacia el camino y comenzaron a andar.

Katherine dijo en voz baja:

—¿Estamos cubiertos?

—Creo que sí. Es probable que Spinelli esté esperando que Thorpe haga un movimiento.

—¿Vamos a salir de esto?

—Tienes que actuar como si fuera así. Sigue caminando.

—¡Esperad! —Thorpe corrió al lado de ellos mientras se aproximaban al camino—. Hay seis hombres. Creo que deberíamos cooperar con ellos, al menos hasta que llegue la caballería. —Se dirigió abruptamente a Abrams—. ¿Puedo ver el transmisor?

Abrams le sonrió.

—En realidad, no.

Thorpe enrojeció.

—No creo que tengas uno. Creo que estás solo.

Abrams se dio cuenta de que Thorpe se debatía entre la precaución y la acción. También supo que su juego no podía durar mucho sin que alguien hiciera algo. Thorpe parecía a punto de hacerlo.

—En la duda, toma el camino seguro, Peter. Tendrás más ocasiones.

Thorpe se frotó la mandíbula y luego asintió como si aceptara.

—De acuerdo... —Sacó un gran pañuelo de su bolsillo y Abrams pudo captar el reflejo de la pistola automática que llevaba escondida.

Abrams se volvió rápidamente, golpeando a Thorpe, que estaba desprevenido. Le dio en la mandíbula y lo arrojó contra un gigantesco roble. Thorpe se balanceó y Abrams volvió a darle un puñetazo. Thorpe cayó en la hierba.

Katherine se había colocado detrás de una lápida. Abrams pudo oír el sonido de su pistola mientras ella vaciaba el cargador de siete balas en dirección a los hombres de Thorpe.

Abrams se arrojó al suelo y disparó dos veces. El sonido de los disparos resonó en el cementerio.

Rápidamente, Katherine volvió a cargar la pistola; antes de que pudiera disparar, Abrams la llamó.

—Espera.

Los dos escrutaron entre las tumbas. No se veía a nadie y, por lo que Abrams pudo determinar, nadie había contestado a los disparos. Abrams se apoyó sobre una rodilla manteniendo el revólver con las dos manos.

Katherine seguía apuntando con su pistola.

—Creo que se han ido.

—Puede ser. —Se incorporó y miró el cuerpo inconsciente de Peter Thorpe que yacía boca arriba. Abrams luchó consigo mismo durante un segundo o dos, luego echó una mirada a Katherine. Colocó el cañón de su revólver entre los ojos de Thorpe y lo amartilló.

—No lo haga.

Abrams levantó la mirada, esperando ver a uno de los hombres de Thorpe. En lugar de eso, se encontró con un par de ojos fríos, del mismo color azul grisáceo del revólver que lo apuntaba.

Aparecieron dos hombres más detrás de un panteón, también con armas automáticas. Las armas tenían silenciadores y los hombres eran jóvenes, de aspecto duro.

—En pie.

Abrams y Katherine obedecieron. Abrams notó que llevaban ropas comunes, aunque de colores oscuros. Reconoció el atuendo como el de los paramilitares, algo así como guerrillas urbanas.

—Me haré cargo de eso.

Abrams notó que tenía acento. Le alcanzó su revólver.

El hombre hizo un gesto con su arma para que regresaran hasta la fosa.

Abrams caminó entre las lápidas y vio a tres hombres más, vestidos de la misma manera y con armas automáticas. Uno de ellos hizo un gesto a Abrams, quien se acercó y miró dentro de la fosa. Los seis hombres de Thorpe yacían en el fondo, evidentemente muertos con disparos de automáticas.

Katherine se acercó, miró y se colocó una mano en la boca. Se volvió para alejarse.

Uno de los hombres habló.

—Me pareció que era una buena idea que vieran esto; así tienen claro que no estamos jugando.

Abrams reconoció que el acento era inglés. Al mismo tiempo, Katherine miró al hombre que hablaba.

—¡Marc! —Se volvió a Abrams—. Es... un conocido mío, Marc Pembroke.

Abrams pensó: «Con conocidos así, ¿quién necesita desconocidos tratando de

matarle a uno?».

—Casi estropea todo —dijo Pembroke—. Es una suerte que Pat O'Brien me pidiera que le vigilara. Dijo que usted podía tomar iniciativas por su cuenta.

—Habíamos salido a correr —dijo Abrams.

Pembroke no le hizo caso y miró a Katherine.

—Tú deberías saberlo bien.

—No me des lecciones. Yo ni siquiera sé qué papel tienes en todo esto. Pero se lo preguntaré al señor O'Brien.

Pembroke iba a contestarle, pero cambió de idea y se dirigió a Abrams.

—Tiene un trabajo muy importante esta tarde, señor Abrams. No tiene derecho a arriesgar su vida en ese asunto idiota.

Katherine le contempló irónicamente.

Pembroke le devolvió la mirada, molesto.

—Peter Thorpe no debe ser molestado para nada. Le hemos dado algo para mantenerlo dormido... —Observó a Abrams y continuó—: Cuando recobre el conocimiento se encontrará a salvo en un mausoleo. Ese foso será cubierto con césped y nosotros nos iremos. Con toda seguridad, el señor Thorpe estará lo bastante confuso y asustado como para no mencionar el incidente a sus controles. Es importante que Peter Thorpe mantenga sus contactos soviéticos hasta que estemos listos para sacarlo. Buenos días a los dos. —Les dio la espalda.

Abrams tomó a Katherine por el brazo. Uno de los hombres de Pembroke les alargó sus armas y caminaron por el camino bordeado de árboles. Thorpe ya no estaba allí. Abrams estaba seguro de que cuando despertara dentro de un panteón se sentiría muy confuso. Él también se sentía confuso, a pesar de que estaba prevenido.

Dejaron el cementerio por la salida principal de la calle Veinticinco.

—¿Qué pasó con tu apoyo policial?

Abrams volvió de sus pensamientos.

—¿Qué...? Oh... supongo que tu amigo inglés se encargó de ellos.

—Estaba comenzando a creer que fingías.

—Eso hacía. Comprende que si Pembroke nos hubiera dejado morir, todo hubiera sido diferente.

Katherine asintió.

—Eres un poquito rara. ¿Lo sabías? ¿O ya no te das cuenta de ello?

—Lo sé. ¿Qué es esa tarea importante que debes cumplir esta tarde?

—Eres la última persona a la que se lo diría.

—Bien venido al grupo, señor Abrams —le contestó sonriendo.

Murmuró algo y luego dijo:

—Eres una mala influencia para mí.

Caminaron lentamente, absortos en sus pensamientos. Abrams la tomó del brazo y ella se acercó a él. Se detuvieron ante las escaleras del metro.

—Ésa es la línea que tomamos —dijo Abrams—. Daremos toda la vuelta.

—Sí. Éste me llevará de vuelta a Manhattan, ¿no?

—¿A dónde vamos, a tu casa o a la mía?

—A ninguna de las dos —respondió Kate.

Abrams la miró intrigado.

—Vamos a la casa de la calle Treinta y Seis —dijo rápidamente—. Es segura...

—De acuerdo...

—Deberemos dormir en cuartos separados, pero... tú puedes venir al mío o yo ir al tuyo durante la noche...

—Debemos decidirlo antes para no dormir solos en la habitación equivocada.

Rió y se arrojó en sus brazos, hundiendo la cabeza en el pecho de Abrams. Comenzó a llorar y luego se controló.

—Éste ha sido uno de los días más horribles... uno de los mejores días... Ten cuidado esta tarde. Sea lo que sea, ten cuidado.

Abrams observó la gente que los rodeaba en las escaleras.

—Quizá sería mejor que tomáramos un taxi, fuéramos a nuestros pisos, cogiéramos ropa y...

—Sí, buena idea. —Katherine se enderezó y adoptó un aire más compuesto.

Esperaron a que pasara un taxi.

—¿Thorpe? —preguntó Abrams.

—No siento nada.

—¿Enojo? ¿Traición?

—No, nada... absurdo quizá. Todos parecían saber de él.

—¿Vas a ir esta tarde a la mansión de Van Dorn de todos modos?

—Por supuesto. Eso es parte del asunto.

Abrams asintió.

—¿Es posible que aparezca Thorpe?

Katherine lo pensó durante un rato, luego respondió:

—Conociéndolo a él, es posible. Para él también es parte del asunto.



# V

## La misión soviética

Tony Abrams se reunió con la multitud festiva en la estación Penn y abordó el tren de las tres y veinte de la tarde para Garden City, Long Island. Era un trayecto corto, pero le daba tiempo suficiente para considerar los acontecimientos de la mañana: la calle Carmine, el recorrido por Brooklyn, Thorpe, el cementerio. Pensó en el inglés, Marc Pembroke, al que Katherine identificara como otro personaje sombrío, con una oficina en el Rockefeller Center y una puerta siempre cerrada.

Había tomado un taxi con Katherine hasta el piso de Abrams para recoger algunas cosas, incluido el traje que él llevaba puesto y su identificación. Luego regresaron a la calle Carmine y recogieron las cosas de Katherine. Después se dirigieron a la residencia de la calle Treinta y Seis. Durante el trayecto notaron la incomodidad de un hombre y una mujer que saben que van a un lugar a hacer el amor por primera vez.

La vivienda estaba discretamente vigilada. Cuando Abrams y Katherine se aproximaron a la puerta, los abordó un policía de paisano que les pidió que se identificaran y explicaran qué se proponían.

—Abrams —contestó—. No me propongo nada.

El policía sonrió y dijo:

—Spinelli le dice a todo el mundo que usted ha muerto.

—Estoy muy bien.

Condujo a Katherine hasta la casa. Esperaban encontrar a Claudia, pero el lugar estaba vacío. Abrams no consideró que la ausencia de Claudia fuera algo inusual. En algún momento después de la fiesta de Van Dorn, Claudia regresaría a la casa. Abrams tenía intención de hablar con ella. Sabía que era un eslabón muy débil en la cadena y tenía la intención de romperlo antes de que volviera a salir el sol.

Katherine se dirigió a la habitación que fue su cuarto de niña, la misma que Claudia le dio a Abrams la noche de la cena. Abrams dejó sus cosas en una habitación frente a la de ella y luego la ayudó a sacar sus cosas. Cuando terminaron, Katherine dijo:

—Siempre resulta raro regresar a los sitios de la infancia.

—Agridulce, creo que es la palabra.

Cuando Katherine se le acercó, Abrams se preguntó cómo y por qué había pensado en ella como la Reina Helada.

Hicieron el amor en la cama con dosel y Abrams se alegró de no haber dormido allí con Claudia. La relación tuvo todo lo bueno que es característico de la primera vez: pasión, descubrimiento y una sensación de plenitud. Para Abrams la realidad fue mucho más satisfactoria que la fantasía que alimentaba hacía tiempo. Katherine lo hizo notar.

—Lo estaba esperando desde hace seis meses.

A lo que Abrams contestó:

—¿Seis meses?

—Quizá siete. ¿Y tú?

Vaciló y luego le contestó con la misma franqueza que ella.

—Desde mi primer día en O'Brien, Kimberly.

La había dejado en la cama. Le deseó suerte en lo que tuviera que hacer. En el caso de que uno de los dos no regresara a la casa a la madrugada, se citaron para tomar café, antes del trabajo, en la *brasserie*.

Los pensamientos de Abrams regresaron al presente cuando el tren llegaba al pueblo. Salió de la estación casi vacía y se dirigió al estudio jurídico de Edwards y Styler, que ocupaba una mansión georgiana.

El edificio estaba abierto, pero desierto. Abrams se fijó en el tablero del vestíbulo y subió por una escalera hasta el segundo piso. Sacó la 38 de su bolsillo y la mantuvo cerca del costado. Caminó rápidamente por el recibidor hasta una puerta de roble donde se leía EDWARDS Y STYLER. Permaneció ante la puerta cerrada y escuchó durante un rato. No pudo oír nada. Golpeó tres veces con fuerza y se apartó a un lado.

La puerta se abrió con un crujido. Un hombre de su edad sonrió y le tendió la mano.

—¿Señor Abrams? Soy Mike Tanner.

Abrams pasó el revólver a la mano izquierda y le estrechó la mano. Tanner miró el arma, luego recobró la compostura y lo hizo pasar a una habitación interior, en donde se combinaban el roble y el cuero rojo.

Un hombre mayor se puso de pie para recibirlo.

—Soy Huntington Styler.

Abrams le estrechó la mano, preguntándole cómo serían los padres que pusieran Huntington a un bebé, y más aún en quien llevaba ese nombre.

—Por favor, siéntese —indicó.

Abrams se sentó y observó a Styler durante unos instantes pensando en la OSS. Había algo en esa gente que la distinguía. Era como si todos hubieran ido a los mismos colegios, pertenecieran a los mismos clubes y tuvieran el mismo sastre.

A su vez, Styler observó durante un rato a Abrams y luego se dirigió hasta un aparador con bebidas.

—*Whisky* con soda, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Ya ha leído el informe sobre este caso?

—Sí. Creo que la misión soviética tiene un buen caso contra George Van Dorn.

—Nosotros pensamos lo mismo. —Le alcanzó la copa a Abrams—. No es muy popular el representar a los soviéticos en un juicio contra un conocido patriota. Hemos perdido algunos clientes a causa de ello.

—Alguien tiene que ocuparse de que se haga justicia —replicó Abrams.

—Es verdad. —Styler pareció perderse en sus pensamientos—. Aprecio sus dudas sobre unirse a nosotros, basado en el hecho de que realizó algún trabajo para la firma a la que el señor Van Dorn está asociado. Pero el trabajo de pasante no es contrario a la ética. De hecho es de tan poca importancia que no lo hemos mencionado a nuestros clientes soviéticos.

Abrams pensó que las palabras de Styler tenían menos que ver con un conflicto de intereses que con el hecho de que los soviéticos indudablemente sabían qué era en realidad la firma O'Brien y Asociados.

—Hablé el viernes con el señor Androv —dijo Mike Tanner—. Parecía un poco molesto por sus antecedentes en la policía, pero le aseguré que usted estuvo destinado en tráfico. Su expediente está cerrado, supongo.

—Eso es lo que ellos me dijeron —respondió Abrams. Se preguntó si la KGB lo había fichado cuando pertenecía a la Patrulla Roja. Mientras más pensaba en su coartada, que se acercaba mucho a la verdad, más se daba cuenta de que podría haber problemas. Había llenado un largo cuestionario de visitante para los soviéticos, dando informaciones personales. Hubo dos preguntas que no esperaba: «¿Es usted ahora o ha sido miembro del partido comunista?», «¿Tiene parientes o amigos que son o han sido miembros?».

La pregunta sonaba como las que hacía el Comité de Actividades Antinorteamericanas en 1948, pese a que los soviéticos lo preguntaban por razones diferentes.

—¿Mencionó Androv que mis padres fueron miembros del partido comunista? —preguntó Abrams a Tanner.

—Sí. Se preguntó si nosotros tratamos de halagarle. Luego nos echó un discurso sobre la gente a la que se le mostró la luz, que nació en la fe y no continuó con ella.

Abrams asintió.

—Preguntó si usted hablaba ruso —continuó Tanner—. Le dije que mirara el cuestionario en donde usted contestó que no. —Tanner se mordió el labio y agregó—: Supongo que eso fue un disparo a ciegas por parte de él.

—Nunca hablé de mis conocimientos del ruso en ninguna parte, excepto en las fichas de la policía.

Styler asintió.

—Déjeme darle un consejo sacado de una vieja obra llamada *El agente doble*: «No hay mejor máscara que la verdad abierta para encubrir mentiras, así como ir desnudo es el mejor disfraz».

Abrams bebió su *whisky* y pensó. Iba a ir allí con su nombre verdadero y él existía en todos los lugares que los soviéticos podían comprobar, había nacido, asistido al colegio, tenía permiso de conducir y todo lo demás. La alteración más importante de sus antecedentes públicos y privados consistía en haber quitado importancia a su trabajo con O'Brien y alterar el tiempo que llevaba con Styler, para llenar el hueco entre su renuncia a la policía y el presente. En todo lo demás, su coartada era sólida,

porque era verdadera. Sin embargo, era la verdad, como ya había descubierto, la que podría ser su ruina. En especial una gran verdad, que sólo recientemente había descubierto: que su compañero Peter Thorpe era agente de la KGB.

Abrams encendió un cigarrillo y reflexionó sobre el tema. La pregunta era: ¿habría enviado Thorpe un informe a los soviéticos en el que apareciera el nombre de Abrams? Pensó que era tonto apostar a que no lo había hecho. Sabía que debería haber suspendido la misión. Que tendría que haber matado a Thorpe sólo para tratar de protegerse. Pero ya era demasiado tarde, podría ser que el sábado por la mañana ya hubiera sido también demasiado tarde. Abrams miró a Tanner.

—¿Ha hablado con Androv después del viernes?

—No. —Miró su reloj—. Pero debo llamarle para confirmar la cita. —Tomó el teléfono y consiguió la comunicación con Viktor Androv. Tanner confirmó la hora de la reunión y luego dijo—: Sí, señor. El señor Styler y el señor Abrams estarán allí. —Escuchó y luego replicó—: Sí, los dos están ahora aquí... Sí, lo haré.

Tanner colgó y miró a Abrams.

—Quiere que usted sepa que está deseando conocer al hijo de los famosos luchadores por la libertad.

—Me siento halagado —respondió Abrams. Se volvió abruptamente para dirigirse a Styler—. No lo vi en la cena de la OSS el viernes por la noche.

Styler sonrió lentamente.

—Nunca voy. Estoy fuera de ese negocio.

«Excepto hoy», pensó Abrams. Styler estaba aprovechando la liquidación por un único día.

—Pero usted está relacionado con el señor O'Brien.

Styler permaneció en silencio durante un rato y su rostro se puso tenso.

—No sé hasta dónde llegan sus sentimientos personales por el señor O'Brien en esto... Presumo que tiene motivaciones más importantes... y si yo fuera un hombre astuto, no le diría esto ahora...

Abrams colocó su vaso en una mesa y se inclinó hacia adelante.

Styler observó la expresión de su cara y asintió.

—Pat O'Brien salió anoche de Toms River, Nueva Jersey, para saltar en paracaídas. El avión se estrelló en las montañas de Pensilvania. Solamente se encontró a bordo el cuerpo del piloto. Las autoridades creen que el señor O'Brien debe de haber saltado antes. Hay grupos buscándolo. Pero Pine Barrens<sup>[5]</sup> es un área muy grande.

Abrams asintió.

Styler se dirigió a la puerta.

—Le veré más tarde, en la entrada. Un Lincoln color castaño.

Tanner se puso de pie.

—Por favor, sígame.

Abrams tomó su vaso y siguió a Tanner a través de una puerta que conducía a una

oficina con seis divisiones.

—Éste es su compartimento. El señor Evans estará enseguida con usted. A usted le conoce como Smith. Le verá a usted más tarde. —Se dio la vuelta y se marchó.

Abrams entró en un compartimento que tenía su nombre en la separación de vidrio y encontró un escritorio metálico también con su nombre. Se sentó en la silla giratoria, revisó los cajones y encontró en ellos lo mismo que tenía en su escritorio de O'Brien, Kimberly y Rose.

En el suelo había un portafolios con sus iniciales. Lo abrió. Dentro había un grueso expediente titulado MISIÓN SOVIÉTICA ANTE LAS NACIONES UNIDAS CONTRA GEORGE VAN DORN.

Abrams se meció en su silla y bebió el *whisky*. Pensó en Pat O'Brien. ¿Estaba muerto? ¿Secuestrado? Si lo habían secuestrado, ¿delataría a Abrams? Deseó por el bien de ambos que estuviera vivo o muerto, pero que no se tratara de otra cosa. Miró su reloj. Supuso que el señor Evans sería su informante. Jonathan Harker, reflexionó, no tuvo informante o controlador de su misión. Pero, una vez más, tuvo que recordar que el conde Drácula no tenía agentes de la KGB en su castillo.

Pensó en lo ocurrido en los últimos días, en los últimos meses, hasta llegar a los últimos años y se preguntó dónde se había equivocado. Se consoló pensando que hasta un hombre como Huntington Styler se veía envuelto en ese mal asunto.

Oyó pasos y deslizó su mano en el bolsillo donde guardaba el revólver.

Un hombre alto y delgado, de mediana edad, apareció ante él. Tenía una mano en el bolsillo, en la otra llevaba un portafolios. Miró a Abrams pero no dijo nada.

Le dio la impresión de un triste viajante de comercio que había andado demasiado.

El hombre asintió como para sí mismo y dijo:

—¿Sabe una cosa?

—No. ¿Qué?

—La electrónica absorbe.

—Claro. Siempre lo supe.

El hombre se acercó y se enfrentó a Abrams.

—¿Usted es Smith?

—Claro. —De cerca el hombre se parecía a Walter Matthau y hablaba como Humphrey Bogart.

El hombre sacó la mano del bolsillo y se la tendió.

—Evans.

Abrams soltó su 38, se puso en pie y le estrechó la mano. Evans se sentó en una silla frente a Abrams.

—Alrededor del noventa por ciento de la información que acumula este país es a través de la electrónica. ¿Pero sabe una cosa?

—No. ¿Qué? —preguntó Abrams.

—No reemplaza a los ojos y los oídos.

—Nariz y garganta.

—Bueno, la nariz también. Y el cerebro. Y las pelotas. Y el corazón. ¿Tiene de todo eso?

—Estoy completo.

—Bien. —Evans miró ociosamente a su alrededor—. Vaya agujero de mierda. ¿Quién puede trabajar aquí?

—Un tipo llamado Abrams.

Evans volvió a mirar a Abrams.

—Usted habla ruso, ¿no?

—Exacto.

—¿Quién puede querer hablar un idioma de mierda como ése?

—Los soviéticos.

Evans asintió distraído.

—Mire, Smith, voy a hablar con usted durante una hora. Voy a mostrarle los planos de esa mansión de los soviéticos. Voy a enseñarle cómo ser espía.

—Bien. ¿Necesitamos la hora entera?

—Quizá. Usted tiene algunos antecedentes. ¿No es así?

—Cierto. ¿Va a decirme qué debería encontrar allí?

—No. De todos modos no lo entendería. Ni yo. Es electrónica. Pero voy a decirle qué debería buscar.

—Muy bien.

—Radios y televisores.

—¿Radios y televisores?

—Eso es lo que he dicho.

—¿Por qué?

—¿Cómo voy a saberlo? Busque también disyuntores.

—Muy bien, eso es fácil de localizar.

Evans sonrió lentamente.

—Son esas tomas de corriente que se ven en los aseos nuevos y en las cocinas, Smith. Detectan un exceso de corriente y producen un corte de energía; así uno no tiene un cortocircuito o se electrocuta.

—Muy bien.

—Controle las puertas y las ventanas para ver si tienen burletes de metal.

—Quizá necesiten un inspector en lugar de un espía.

—Los burletes pueden estar chapados con algún metal no corrosivo que sea un buen conductor de la electricidad: plata, oro, platino o estaño. Raspe un poco con su cuchillo. ¿Tiene usted un cuchillo de esos inofensivos que ellos no le confiscarían?

—No.

Evans sacó un cortaplumas pequeño y lo colocó sobre el escritorio, luego hurgó en sus bolsillos hasta encontrar un cigarrillo y una caja de fósforos.

—También tiene que intentar ver de cerca sus antenas. La mayoría están en el

techo, pero tienen una grande en la parte norte del parque. En la base de esa antena deberá ver un disyuntor acoplado a un filtro electrónico. A menos que los hayan enterrado.

—Siempre puedo cavar. ¿No tiene una pala de bolsillo?

Evans pensó durante un momento y luego dijo:

—Hace unos meses hubo un jardinero que llegó demasiado cerca de esa antena y casi le volaron la cabeza. Lo que haya allí no debe de estar debajo de tierra, pero sí oculto por arbustos.

—¿Qué aspecto tiene?

Evans sacó una hoja de papel del bolsillo y se la alcanzó.

Abrams observó un dibujo bastante mal hecho.

—Parece algo hecho por un escolar.

—Es gracioso que diga eso. Lo hizo un chico de diecisiete años, hipnotizado.

Abrams lo miró.

—Y con drogas para la memoria también, si quiere saber toda la verdad.

Abrams no contestó nada.

—Una especie de delincuente local, que se divierte jorobando en la propiedad soviética. Una vez se escondió en los arbustos de alrededor de la antena. Eso es todo lo que usted debe saber. Excepto que queremos una verificación de lo que el chico vio.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Pero sabe una cosa?

—No. ¿Qué?

—Que no es asunto suyo.

—Vale. Eso había pensado.

—Tampoco es asunto mío, Smith. Así que quédese sentado, escuche y haga preguntas.

Abrams se echó hacia atrás y encendió un cigarrillo. Evans continuó con su explicación. Mientras escuchaba, se dio cuenta de que había ciertos riesgos en lo que le proponían.

Los señores Styler y Edwards se habían excusado sabiamente de darle esos informes. Pero, para ser justos, ellos también corrían un riesgo al llevarlo allí.

Miró a Evans, que lo contemplaba fijamente.

—Esa casa ha sido objeto de más investigaciones electrónicas, fotos tomadas desde distinta altura y vigilancia desde tierra que ningún otro punto del país, incluidas las casas de los soviéticos en Manhattan y en el Bronx y sus edificios diplomáticos de San Francisco y Washington. ¿Pero sabe una cosa?

—No. ¿Qué?

—Dentro nunca tuvimos antes a un profesional.

—Bueno, yo no soy un profesional, Evans, y todavía no estoy dentro.

—Va a estarlo. Y usted es más profesional que ese jardinero, el chico o este



estúpido tipo de las finas.

—¿Quién?

—Ese tipo de las comidas finas.

—¿Cuál es su nombre?

—¿Cuál es el suyo, Smith?

—¿Es Karl Roth?

—Puede ser. Probablemente. Olvide eso.

Abrams asintió.

Evans le miró durante unos pocos segundos y luego continuó:

—De todas maneras, los soviéticos tienen unas treinta maneras distintas de detectar cualquier cosa rara; por eso lo mando allí bien limpio. ¿Está limpio?

—Todo lo que tengo es una pequeña Smith Wesson 38.

—Será mejor que la deje.

—Supongo que es mejor.

—¿Quiere veneno?

—Para mí, no, gracias.

—Bien. De todos modos no tendrá que usarlo. Pero tenía que preguntárselo.

—Preguntar no hace daño.

—¿Va a entrar allí con nombre supuesto?

—No.

—Bien. Porque si sacan huellas digitales del cuestionario y quieren compararlas, les llevará días y usted no podrá escaparse. Pero no va a querer regresar para una segunda visita. —Lo miró fijamente—. Nada de nombres falsos. ¿De acuerdo?

—Ya le dije que no.

—De acuerdo. Alguna vez tuve clientes a los que mataron por razones imbéciles. Tenían una cobertura que no encajaba bien y los soviéticos tienen bastantes aparatos electrónicos para averiguarlo. Lo mejor es estar limpio y ser quien uno dice que es.

—Soy el que digo que soy.

—Usted personalmente no me importa.

—Lo sé.

—No me gusta perder gente.

—Es malo para el negocio.

—Exactamente. —Evans colocó el portafolios sobre el escritorio y lo abrió de manera que el interior quedara frente a Abrams—. ¿Sabe qué es esto?

—No —respondió Abrams después de mirar los aparatos electrónicos.

—Es un IEM.

—¿Un IEM?

—Sí, un indicador electrónico de mentiras. También lo llaman analizador de cambios de la voz.

—He oído hablar de eso.

—Bien. Los soviéticos usan esto con sus huéspedes. El aparato de ellos está

hecho aquí, como, por supuesto, éste. —Evans lo puso en marcha—. No necesita que lo conecten con usted. Ellos miran esta pantalla digital mientras usted habla... Pueden tenerlo escondido en un portafolios como éste y usted no lo verá.

—Y les indicará cuándo digo una mentira.

—Exacto. Mire, estableceremos un número para mi voz normal. Cuando comienzo a mentir la máquina detecta cambios en el énfasis. Si el marcador sube un cincuenta por ciento o más sobre el campo normal de mi voz, que aquí es cuarenta y cinco, está escuchando una mentira. Bueno, mire el marcador. —Evans habló con un tono que en apariencia era el mismo que usó antes—. Smith, creo que usted tiene buenas posibilidades de lograr su propósito.

Abrams observó que los números subían hasta el ciento seis.

—Mentira —dijo.

—Muy bien —respondió mirándolo—. Ahora hable usted y buscaré el número para su voz normal.

Abrams bebió el *whisky* y dijo:

—De acuerdo, jefe, me rindo. ¿Cómo debo hacer para protegerme contra esto?

Evans movió el portafolios de manera que quedara más cerca de él. Movié el dial y luego respondió:

—En general, manteniendo la boca cerrada. Pero lo que va a hacer ahora también es correcto.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Alcohol. —Evans buscó en su bolsillo y sacó una botellita—. Jarabe para la tos, tiene alcohol y otra cosa para anestesiarle un poco las cuerdas vocales. Confunde a la máquina. —Sacó otro objeto del bolsillo y se lo alcanzó—. Un aerosol para los bronquios. No respire demasiado o va a parecer que le apretaron los huevos con una puerta giratoria. Úselo solamente cuando empiecen a hacerle preguntas muy directas y peligrosas.

Abrams asintió.

Evans se echó hacia atrás, cruzó las piernas y apoyó las manos sobre el abdomen.

—Bueno, yo soy un soviético. Ya he buscado cosas en mi portafolios, aunque en realidad lo que hice fue localizar el número para su voz, hablándole del tiempo y cosas por el estilo. Ahora voy a hacerle una pregunta que le inquiete.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Actuar lentamente, tosiendo y sonándose la nariz, ablandándose la garganta, tomando un trago de jarabe o usando el aerosol.

—Pero después de un rato va a parecer un número de comedia.

—Cuando llegue el momento le va a salir muy natural.

—¿Y ellos no se darán cuenta del motivo del jarabe y el aerosol?

—Claro.

Evans habló parodiando el acento ruso.

—Entonces, señor Smith, ¿le gustaría recorrer nuestra hermosa casa?

Abrams asintió.

Evans lanzó una carcajada.

—No necesita parecer tonto. Conteste la pregunta.

—Sí, me gustaría.

Evans miró en la pantalla.

—Mucha ansiedad, pero puede ser interpretada de dos maneras. Una, está mintiendo y no quiere ver la casa de mierda, dos, su deseo es tan grande que produce esas alteraciones. Ninguna máquina es perfecta. Tenga fe.

—De acuerdo.

Evans se aclaró la garganta y continuó.

—Entonces, señor Smith, ¿qué piensa de nuestro caso contra Van Dorn?

Abrams replicó dando muchas explicaciones.

Evans asintió y luego dijo:

—¿Qué hacía usted en las fuerzas policiales?

—Estaba destinado en tráfico.

Evans sacudió la cabeza.

—Por Dios, Smith, salen demasiados números aquí.

—A la mierda usted y su máquina.

—Pero va a tener que enfrentarse a eso. Bueno, otra vez la misma pregunta, pero usted actúe.

Abrams comenzó a contestar, se aclaró la garganta, y se colocó aerosol en la nariz. Tosió un poco y luego respondió:

—Estaba destinado en tráfico. —La voz salió normal, pero un poco más aguda.

Evans miró el aparato pero no dijo nada.

—¿Y?

No contestó, sino que le hizo otra pregunta.

—¿Cuánto hace que trabaja en Styler y Edwards, señor Smith?

—Desde hace dos horas y media —respondió Abrams.

Evans rió y miró al aparato.

—No hay tensión. Pero la verdad también puede crearle problemas.

—Generalmente, es así.

—De acuerdo. Bueno, a seguir hasta que esté a punto. ¿Listo?

Evans y Abrams pasaron la media hora siguiente trabajando con el analizador de voces, hasta que por último, Evans cerró abruptamente su portafolios y dijo:

—Terminó la clase.

—¿Cómo lo hice?

Evans encendió un cigarrillo.

—Bueno, no puedo hacer un juicio final sobre quién es usted y qué se propone.

—¿Pero se dio cuenta de que me propongo algo?

—Quizá. Sabe, Smith, la gente tiene tensión por razones diferentes. Algunas personas se ponen nerviosas simplemente por estar en suelo soviético. Otras, mienten

para ser amables. De todas maneras, si yo fuera un hombre de la KGB, no estaría seguro de si tengo que sacar el revólver y dispararle.

—Muy alentador.

Evans bostezó.

—La electrónica absorbe todo. ¿Ya se lo dije?

—Sí.

—La tecnología se chupa todo. Quita toda la diversión al peligro. Arranca el alma a estos asuntos.

—Estos asuntos nunca tuvieron alma, Evans.

Evans se inclinó hacia adelante, apoyó los brazos en el escritorio y le miró fijamente.

—Solía ser capaz de decir si un hombre me mentía mirándole a los ojos. Ahora tengo que mirar a esta máquina de mierda.

—Cierto.

—¿Sabe una cosa?

—No. ¿Qué?

—Un agente en el terreno es más valioso que diez satélites espía y toda la basura electrónica de la Agencia Nacional de Seguridad junta.

—Eso no es verdad.

—Lo sé. —Se echó hacia atrás en la silla—. Pero algunas veces se necesita al ser humano. Para analizar. Para la teoría. Para emitir un juicio. Por el instinto. Por la ética, Dios mío.

—Me he perdido en la parte de la ética.

Evans aspiró profundamente.

—Bueno, vamos a terminar este entrenamiento para que no llegue tarde a su cita detrás del Telón de Acero.

—En ese caso, no se dé prisa, tómese su tiempo.

Evans sonrió.

—De acuerdo. —Durante los veinte minutos siguientes, Abrams escuchó. Hizo unas pocas preguntas y recibió unas breves respuestas. Evans le mostró los planos de lo que una vez fuera Killenworth. Por último, Evans se puso de pie y dijo:

—Escuche, sé que se siente un poco inseguro. ¿Quién no lo estaría? ¿Sabe lo que me mantiene frío cuando estoy del otro lado del Telón?

—No. ¿Qué?

—La ira. Me lleno de odio contra esos hijos de puta. Me recuerdo que los soviéticos quieren jorobar la vida de mis hijos. Les gusta molestarnos. Para eso están en esta tierra. Los soviéticos son la gente más peligrosa que creó Dios.

Abrams lo pensó durante un momento, luego dijo:

—¿Para quién trabaja usted?

—No lo sé. Me contrataron a través de una serie de pantallas. Soy un ex CIA. Tengo una firma privada llamada Servicios de Información ejecutiva.

—Un buen nombre que no quiere decir nada.

—Cierto. —Dio a Evans su tarjeta—. Somos un grupo de gente que trabajó en los servicios de inteligencia. La mayoría de mis clientes son empresas multinacionales, que quieren saber cuándo los Yahoos<sup>[6]</sup> van a ocupar algún país de mierda para poder empaquetar su gente, dinero y propiedades y largarse.

—¿Pero quiénes son sus clientes esta vez?

—Se lo dije, no lo sé. Podría ser la Compañía. No puede actuar aquí y no siempre le gusta recurrir al FBI. Así, como no hay nada que diga que no puede contratar gente privada para un trabajo interno, lo hace.

Abrams asintió.

—He oído hablar de un grupo que no ofrece sus servicios, sino que trabaja solamente para él mismo.

La voz de Evans se endureció.

—Eso no es posible, Smith. ¿Quién lo financiaría? ¿Qué harían con el producto de su trabajo?

Abrams se encogió de hombros.

—Quizá oí mal.

—Lo hizo. —Evans se dirigió hacia la puerta.

Abrams se puso de pie.

—¿Conoce a un hombre llamado Peter Thorpe?

—¿Por qué?

—Me dijo que quizá me diera algún trabajo.

Evans asintió.

—Ésa es otra historia. Él dirige un grupo indeterminado de civiles para la Compañía. No paga. Solamente crea problemas.

—Si pierdo el contacto ¿podría usted conectarme con él en cualquier momento?

—Puedo. Es posible.

—¿Y qué me dice de un hombre llamado Marc Pembroke?

La normalmente impávida cara de Evans tomó un aire indeciso.

—Aléjese de ese tipo.

—¿Por qué?

Evans miró al espacio durante un rato.

—Pembroke es un especialista. El producto de su trabajo son los cadáveres. Ya he dicho suficiente. Adiós, Smith.

Abrams salió de detrás del escritorio.

—Gracias.

—Nunca diga gracias hasta que regrese. Mañana me pondré en contacto con usted. Tómese con calma cuando esté allí. Me dejará mal si lo cortan en pedazos y lo tiran al sótano.

—Voy a hacer que se enorgullezca de mí.

—Ajá. —Evans comenzó a alejarse, pero se volvió—. Una cosa más. —Abrams

lo miró y supo que lo que seguía no iba a gustarle—. ¿Ha oído hablar de la brigada Abraham Lincoln?

—Sí. Un grupo de estadounidenses que luchó contra los fascistas en España en los años treinta. Tipo Hemingway.

—Exacto. En su mayor parte eran rosados o rojos. Los soviéticos invitaron a unos veinte de ellos a tomar té y *bortsch* en Glen Cove el Día del Trabajo. Uno, llamado Sam Hammond, se metió allí hace algunos años.

—Sam Hammond está bien, espero.

—Sam Hammond dejó la propiedad soviética aquella noche y tomó el tren en Glen Cove para regresar a Manhattan, pero nunca llegó a su casa.

Abrams no respondió.

—O Hammond se vendió él solo o alguien le vendió incluso antes de que llegara allí. No creo que él lo hiciera solo, creo que lo preparé bien y él era muy listo. Creo que hubo una filtración.

Abrams miró a Evans.

—Casi prefiero creer que su preparación fue mala y que Hammond no servía. Prefiero no creer que hubo una filtración.

—Por el bien de usted espero que tenga razón. —Evans pensó durante un momento, luego volvió a mirarlo—. ¿Cuando usted era policía, estuvo alguna vez en una situación peligrosa, desarmado, con compañeros que podían traicionarlo, sin apoyo por radio y sin nadie que pudiera ayudarlo o que se sintiera responsable de su seguridad?

—No. Nunca me sucedió eso.

—Bueno, pues bienvenido al gran mundo del espionaje, compañero. —Se dio la vuelta y se marchó.

El enorme Lincoln se movía lentamente por Dosoris Lane. Ya era casi de noche y la mayoría de los coches tenían las luces encendidas. Más adelante, Abrams pudo ver las luces giratorias de los coches de policía que se reflejaban entre los árboles.

—¿Esto pasa cada día de fiesta? —preguntó Abrams.

Le contestó Huntington Styler, que iba sentado atrás.

—En general, Van Dorn trata de aparentar que sus fiestas tienen un propósito, como su Día del Derecho que coincide con la celebración del Día del Trabajo de los soviéticos.

Mike Tanner, que iba al volante, agregó:

—Y por supuesto, celebra cada fiesta netamente estadounidense, porque él es un patriota.

—Supe que el último 7 de noviembre, el aniversario de la revolución bolchevique, él celebró... ¿qué diablos era?... ¿el día nacional del notario público?

Tanner rió.

—Juntó unos cincuenta notarios de la ciudad. Conectó sus altavoces y tiró fuegos artificiales. Los notarios quedaron muy confundidos, pero también halagados. — Tanner siguió riéndose.

—Supongo que la más grande es la del 4 de julio.

Tanner asintió.

—Debería haber visto la del año pasado. Había como doscientas personas y seis cañones manejados por hombres con uniformes coloniales. Dispararon esos cañones hacia la propiedad soviética hasta las dos de la mañana. Pólvora negra solamente, por supuesto.

—Unos días más tarde —dijo Styler—, los soviéticos comenzaron a buscar un abogado. Y así es como acabamos metidos en esto.

Abrams lanzó una mirada al expediente que llevaba en el regazo. La forma en que Huntington Styler se había visto específicamente comprometido fue escribiendo una nota para el *Times* condenando rotundamente a Van Dorn por sus fiestas. Abrams no tenía dudas de que todo estaba planeado.

—¿Estará llena de gente la casa el fin de semana del 4 de julio?

Tanner vaciló y después dijo:

—Es una buena pregunta.

—¿Y cuál es la respuesta?

Tanner miró de reojo a Abrams mientras maniobraba entre un tráfico bastante pesado.

—Bueno, le sugerí al consejero legal de los soviéticos, un hombre llamado Alexei

Kalin, que ya conocerá, que todos los diplomáticos y empleados de Nueva York deberían hacer otros planes para ese día...

—Para demostrar —lo interrumpió Abrams— que estaban perturbados por la provocación y hostigamiento de Van Dorn.

—Sí. Que unos cien hombres, mujeres y niños tengan que cambiar sus planes y quedarse en Manhattan por culpa de Van Dorn, es bueno para el caso.

—Es verdad. ¿Y qué dijo Kalin?

Tanner dirigió el coche hacia los portones de la propiedad soviética.

—Kalin dijo que debía preguntar y llamó un día más tarde para decir que iban a cooperar con nosotros y no irían a Glen Cove ese fin de semana.

—¿Entonces, cuál es el problema? —preguntó Abrams.

Tanner no contestó y miró a Styler por el espejo retrovisor.

—Tenemos información —dijo Styler— que indica que pese a la promesa de mantenerse alejados de la residencia de Glen Cove, tienen la intención de estar allí el fin de semana del 4 de julio.

Abrams se volvió.

—¿Qué clase de información?

—Bueno, como usted sabe, Pat O'Brien tiene... tenía... la debilidad de descubrir esas cosas a través de las maneras más mundanas; el personal diplomático o sus mujeres y niños son a menudo fuente de grietas en la seguridad. Comentarios casuales a otros diplomáticos, comerciantes, chicos que hablan con sus amigos estadounidenses. Esa clase de cosas. Por supuesto, eso no significa que el personal soviético esté desinformado, pero hay pequeñas señales de que ellos creen que estarán en Glen Cove el fin de semana.

Abrams pensó que los soviéticos consideraban ese caso como una molestia inevitable. Inevitable porque los habían puesto contra las cuerdas y no tenían otra elección que proceder contra los ultrajes de Van Dorn. Si no lo hacían resultaría raro. Y una molestia, porque no les gustaba que esos abogados fueran a su propiedad o que les dijeran que tenían que permanecer en Manhattan durante el fin de semana del 4 de julio. Eso los ponía frente a un dilema. Por un lado, tenían que cooperar, pero por otro, tenían otras cosas en mente; quizá una manera mucho mejor de solucionar su caso contra Van Dorn y con el resto del país.

—Este caso dio al señor O'Brien una oportunidad única de ver cómo reaccionaban los soviéticos ante ciertos estímulos. Usted comprende lo que estoy diciendo.

—Sí.

—Ya se ha dicho suficiente —agregó Styler.

Mientras se acercaban a los portones, Tanner dio la señal de doblar hacia la izquierda. Se aproximó un guardia de tráfico y Tanner bajó la ventanilla. Los ruidos de los manifestantes inundaron el coche. El policía inclinó la cabeza.

—¿A dónde se dirigen?



Tanner señaló.

—Allí.

—¿Qué les lleva allí?

Abrams pensó que Tanner estaba considerando una versión legal de «eso no es asunto suyo», pero en lugar de ello, sacó una carta escrita en inglés y ruso en papel de la misión soviética ante las Naciones Unidas.

El policía observó la carta sin hacer comentarios.

Abrams miró hacia afuera y vio unos cien manifestantes alrededor de los portones. La escena era muy parecida a la que había visto en el noticiario de la noche por televisión, después de su entrevista con O'Brien en la terraza del edificio de la RCA.

El policía devolvió la carta a Tanner e hizo una seña a otro, que detuvo el tráfico.

Tanner se dirigió hacia los portones, que ya estaban abiertos. Dos guardias soviéticos con uniforme marrón con bordes rojos esperaban a los lados del camino. Tenían levantado el brazo derecho, lo cual recordó a Abrams el saludo fascista. Tanner se detuvo. Un tercer hombre, vestido de civil, se acercó y les habló en inglés con buena pronunciación.

—Por favor, ¿por qué asunto están aquí?

Tanner sacó otra carta de la misión ante las Naciones Unidas, escrita en ruso. Abrams vislumbró una cantidad de pólizas y sellos, así como varias firmas. Pensó que había algo perturbador en un país que no podía hacer nada con un solo sello y una sola firma.

El soviético tomó la carta y fue hasta una garita de guardia, desde donde habló por teléfono. Los dos guardias permanecieron en posición bloqueando la entrada. Tanner dijo indignado:

—Miren a esos dos idiotas. ¿Creerán que voy a tratar de pasar? Esto es como una película de segunda categoría.

—Es una insensatez —agregó Styler—. Ese hombre sabe que íbamos a llegar y tiene una descripción de todos nosotros y el número de chapa.

Abrams le interrumpió.

—Me gustaría oír lo que dicen.

El coche quedó en silencio. El civil estaba ante la puerta abierta de la garita y hablaba en voz alta por teléfono con la tranquilidad de un hombre que sabe que no lo van a comprender.

Colgó el teléfono, regresó al coche y devolvió la carta a Tanner. Abrams olió perfume barato. La camisa se notaba sucia, la corbata manchada y el traje gastado. El hombre era un símbolo soviético. Realmente era como una película de segunda clase.

El hombre miró de forma desagradable a Abrams, como si le leyera el pensamiento. Luego dijo a Tanner:

—Puede seguir por el camino. Verá una zona de estacionamiento. Vaya por allí y estacione en la entrada principal.

Tanner murmuró las gracias y puso el coche en marcha hacia el camino.

—¿Pudo entender qué decía por teléfono? —preguntó Abrams.

—Una charla normal. Dijo: «Styler, Tanner y el judío han llegado».

Siguieron en silencio. Ya podía verse la casa iluminada, una mole de piedra gris. Abrams se recordó que aunque eso fuera técnicamente suelo soviético, estaban muy lejos del Gulag. Por otro lado, el comentario de Evans sobre que podían arrojar sus pedazos al sótano era algo para tener en cuenta. Ya los veteranos de la brigada Abraham Lincoln habían perdido un miembro.

El coche entró en la zona de estacionamiento. Abrams estudió el lado este de la fachada. Anteriormente estaban allí los cuartos del personal de servicio y Evans le había dicho que en la actualidad cumplía las mismas funciones, aunque los soviéticos no los llamaban sirvientes. Al lado derecho de la entrada había unos ventanales que correspondían al comedor; más allá, un gran dormitorio. A la izquierda estuvo el estudio, que ahora se usaba como oficina de seguridad. El tercer piso era un desván dedicado enteramente, de acuerdo con un desertor soviético, al espionaje electrónico.

Tanner detuvo el coche directamente frente a la entrada y apagó el motor. Abrams sacó el revólver y la funda del portafolios y lo guardó en la guantera. Tanner lo observó y dijo:

—No debería haber traído eso. La gente de seguridad va a encontrarlo.

—¿Y qué? —Abrams abrió la puerta y salió al cálido aire de la noche.

Tanner y Styler lo siguieron. Abrams caminó hasta la puerta de madera y tocó el timbre. Dentro de la casa ladró un perro, al que contestaron otros ladridos desde los alrededores de la casa. Abrams comentó:

—Jonathan Harker es recibido por el propio conde Drácula, quien le explica que todos los sirvientes se han retirado.

Tanner rió con nerviosismo. Styler sonrió con rigidez.

De golpe se abrió la puerta y un hombre regordete los recibió.

—Bienvenidos, caballeros. Bien venidos a nuestra *dacha* —rió.

Abrams reconoció al hombre de su época de la Patrulla Roja, Viktor Androv: el conde Drácula.

Abrams miró el vestíbulo tenuemente iluminado. En el fondo se veía una ancha escalera de mármol.

—Señor Styler, es un placer volver a verle y lo mismo a usted, señor Tanner —dijo Androv.

Abrams pensó que había algo de incongruente en ese hombrecito gordo, con pantalones anchos, una camisa floreada abierta y sandalias con calcetines, recibéndolos en esa gran mansión. Pero supuso que desde la revolución de los trabajadores, los soviéticos tenían el compromiso de parecer fuera de lugar en los sitios elegantes. Androv se volvió hacia Abrams.

—Y usted debe de ser el señor Abrams.

Abrams deseaba contestarle: «Debo de serlo o no hubiera podido pasar». Estrechó

la mano de Androv.

Androv los condujo hacia la escalera y comenzaron a subir al salón de arriba. Androv dijo, para explicar el silencio de la casa:

—La mayoría de nuestra gente regresó a Manhattan. El personal permanente, que no es mucho, tiene la noche libre durante este fin de semana largo. Pero —agregó con tono de exasperación— dudo de que podamos dormir esta noche, cuando ese vecino lunático comience su... su...

—Hostigamiento —lo ayudó Styler.

—Sí. Pero hay otra palabra... travesuras... sí, cuando comience a divertirse. Me sorprende que no haya comenzado todavía. ¡Deberían haber estado aquí el Día del Trabajo!

—Estábamos disponibles —puntualizó Styler.

—Sí, sí. Pero no era conveniente.

Llegaron a un salón cuadrado, con paredes y techo de mármol y tres arcadas. Abrams sabía que la que tenían directamente enfrente daba a una gran galería revestida en roble. Las otras dos daban a unos corredores. Androv los llevó hacia la izquierda.

—Llegan tarde —dijo Androv—. Pero estoy seguro de que sé la causa.

Styler sonrió.

—Sí, nos ha retrasado el tráfico.

Androv movió la cabeza con rapidez.

—Me alegro de que entiendan por qué hay que detener esto.

Abrams tenía la impresión de ver a un hombre que actuaba sin tener el guión. Conocía el alma soviética y sus costumbres lo bastante como para detectar una mentira.

Llegaron hasta un gran cortinaje verde. Androv tiró del cordón y la cortina se corrió revelando un detector de metales como los que hay en los aeropuertos.

Una mujer atractiva, vestida con *jeans* y un jersey de cuello alto, les sonrió. Androv dijo:

—Caballeros, debo pedirles que pasen por aquí. —Se encogió de hombros—. Es por precaución —agregó, como si no tuviera nada que ver con ello. Se alejó y encendió un cigarrillo.

La mujer levantó lo que a Abrams le pareció una bandeja barata de plástico.

—Los objetos de metal, por favor.

Los tres hombres colocaron los objetos requeridos en los compartimentos separados de la bandeja. Abrams dejó caer el cortaplumas entre las llaves, bolígrafos, encendedores y monedas.

Styler colocó su portafolios sobre el aparato y la mujer apretó el botón y contempló la pantalla. Styler pasó por el arco del detector de metales, luego lo siguieron Tanner y Abrams.

La mujer abrió distraídamente el portafolios de Tanner y registró los papeles.

Abrams, Styler y Tanner se miraron.

Ese simple acto, pensó Abrams, con su total indiferencia por las costumbres y modales, decía más de esa gente y su sociedad, que nada de lo que hubiera leído o escuchado. La seguridad del estado es la ley más importante.

La mujer sacó un bolígrafo de oro del portafolios de Tanner y lo dejó caer en la bandeja con sus otros objetos de metal. Miró a los tres hombres.

—Estas cosas les serán devueltas muy pronto. Pueden tomar sus portafolios.

Abrams se dio cuenta de que Tanner estaba furioso, pero si la mujer lo había notado, no debía de tener la más mínima idea de la causa de ese enojo. El ultraje era un lujo que sólo se permitía en Occidente. Abrams recordó el consejo de Evans: «Enfurézcase».

Los tres hombres retiraron sus portafolios, Tanner lo hizo con más vigor de lo necesario.

La mujer tomó la bandeja y desapareció por un corredor que Abrams sabía que conducía al antiguo estudio, actualmente oficina de seguridad. Cada objeto de metal sería examinado. Buscarían las huellas digitales y usarían las llaves de Tanner para llevar el Lincoln hasta un lugar de inspección en el ala sur de la casa. Se preguntó si volvería a ver su cortaplumas. Ya nadie confiaba en nadie. Y con razón.

Androv se aproximó a ellos.

—Vamos a necesitar una habitación que dé al norte, para que puedan ver y oír lo que hace el señor Van Dorn. Sígueme hasta la galería.

Los condujo nuevamente al salón y luego los llevó hasta la galería. Abrams se dio cuenta de que podrían haber tomado un camino más corto, cruzando por la sala de música, cuya puerta estaba cerrada por el detector de metales. Pero la sala de música, que en ese momento era una especie de sala para el personal, estaba evidentemente fuera de los límites.

Abrams miró a su alrededor. La galería había sido la sala de trofeos de caza de Charles Pratt; las cabezas de animales fueron reemplazadas por muestras de arte proletario: cuadros con hombres y mujeres trabajando en campos y fábricas. Los primeros capitalistas, reflexionó Abrams, colocaban animales que probablemente nunca habían matado, los dirigentes comunistas exhibían cuadros de felices trabajadores que probablemente nunca habían visto. Las nobles e idealizadas criaturas de la tierra estaban destinadas a convertirse en decoraciones para la élite. En un mundo justo y ordenado, quizá los capitalistas dispararían y embalsamarían a los comunistas y viceversa y dejarían a la gente trabajadora en paz.

Androv se dirigió hacia la ventana que daba al norte.

—Desde aquí pueden ver las luces de la casa de ese loco. —Androv miró su reloj—. ¿Por qué no ha comenzado todavía con sus travesuras?

Porque, pensó Abrams, se está conteniendo para permitirme estar aquí por lo menos una hora. Se dirigió a otra ventana y miró hacia afuera, hacia la colina sobre la que se levantaba una brillante casa blanca. Cada ventana estaba iluminada como era

costumbre en las grandes casas cuando hay fiesta y las suaves luces del jardín daban al lugar un aspecto de cuento de hadas.

Pudo ver a unas pocas personas en la terraza y pensó que Katherine estaría allí. Se preguntó qué pensaría ella si supiera dónde estaba él.

También se le ocurrió que, aunque nunca había considerado el peligro algo romántico, debería tener potencialmente ese fatal defecto en su instinto de supervivencia o nunca habría aceptado tantos trabajos de tanto riesgo. Tampoco estaría allí en ese momento. Sin embargo, desde que salió del dormitorio de Katherine, notó un cambio en su actitud y percepción de la longevidad.

Más allá de las colinas, al oeste y al norte, pudo ver el agua iluminada por la luna. Las luces de los barcos y las lanchas le recordaron que Peter Thorpe todavía estaba en algún lugar. Se dio cuenta de que era posible que apareciera por allí esta noche.

Androv miró a los tres hombres, cada uno en una ventana diferente, y dijo:

—Bueno, vamos a sentarnos y charlar. Cuando comience se van a dar cuenta.

Abrams examinó la bisagra de cobre de la ventana. Estaba bien cerrada y no pudo ver los burletes. Miró hacia la terraza que había abajo.

—¿Qué es eso?

Androv se volvió y se colocó al lado de Abrams.

—Oh, eso es una curiosidad. Es lo que parece. Una esvástica hecha en azulejos.

Abrams entrecerró los ojos por el resplandor de la ventana.

—¿Puedo abrirla?

Androv vaciló un momento. Luego dijo:

—Por supuesto.

Abrams abrió la ventana.

—Me dijeron que esto fue hecho —agregó Androv— en 1914, antes del advenimiento de los nazis. Es la tradicional cruz gamada, un símbolo de buena suerte en el Oriente y entre los indios americanos. Nadie odia ese símbolo tanto como los judíos, excepto quizá los soviéticos, así que no lo tome como una ofensa.

—Por supuesto que no. Simplemente me ha sorprendido. —Los ojos de Abrams recorrieron la ventana. El burlete estaba chapado con un metal brillante que podría ser platino u oro blanco. Aunque tuviera su cortaplumas no hubiera podido rasparlo—. ¿Dejamos esto abierto para poder oír cuando comience la andanada de Van Dorn?

—No es necesario. —Androv cerró la ventana.

Abrams miró el césped iluminado y vio la antena sostenida en su lugar por alambres. En la base estaban los arbustos que Evans mencionó. Cerca de la casa y la terraza estaba el mástil. Pudo ver la reja del desagüe que le habían pedido que verificara. Hacia el borde de la hilera de árboles en el lado oeste, divisó dos hombres con un perro. Uno de los hombres hablaba con lo que parecía ser un *walkie-talkie*, el otro sujetaba un rifle. Todo el lugar tenía algo de irreal. La atmósfera era la de *El castillo*, de Kafka, en donde uno nunca sabía quién contestaría el teléfono o si sería contestado. Un lugar en donde uno tenía la sensación instintiva de que cada

habitación o corredor que no veía estaban llenos de hombres silenciosos que aguardaban, que todos los lugares oscuros o débilmente iluminados tenían peligrosas sombras. Un brillo, un sonido, un olor, una sensación, confirmaban que uno no estaba solo.

—Vengan —dijo Androv con algo de impaciencia—. Vamos a sentarnos. — Señaló un grupo de asientos alrededor de una mesa de café y les indicó sus asientos.

Abrams se sentó en una butaca, Tanner y Styler en un pequeño sofá y Androv en un gran sillón, de espaldas a la ventana.

Durante unos instantes, Abrams observó a Androv. De acuerdo con lo que se conocía sobre el soviético era, en idioma del servicio de inteligencia, jefe de los residentes, o para usar la descripción de la Patrulla Roja de Abrams, Androv era la figura principal de la KGB en Nueva York, bajo la pantalla de cargo diplomático. No era un gran secreto. Lo que sí parecía un misterio era por qué se molestaba en ocultarlo. Conclusión: sospechaba de alguna investigación. Una conclusión más amplia: fuera lo que fuese, era lo bastante importante para que la KGB gastara su tiempo en ello.

—Le he pedido al señor Kalin, nuestro consejero legal, que se reúna con nosotros. Mis funciones se refieren a las relaciones con la comunidad y como la justicia en este país es muchas veces ciega, tiene que ver con las relaciones públicas.

Androv sacó un paquete de cigarrillos soviéticos Troika Ováis y los ofreció con un gesto que Abrams consideró muy típico de los soviéticos. Abrams aceptó uno y a la primera bocanada tuvo que sacarse una brizna de tabaco de la boca.

—¿Le gustan? —preguntó Androv.

—Tienen un sabor diferente —replicó Abrams.

Tanner reprimió una sonrisa.

Abrams se maravilló ante la posibilidad de que un país que no podía hacer bien los cigarrillos hubiera encontrado la manera de destruir a la sociedad más avanzada tecnológicamente del mundo.

Androv miró su reloj.

—El señor Kalin estudia en Fordham y cree que comprende las leyes estadounidenses —dijo con una risita burlona—. Está adquiriendo los peores hábitos de los abogados estadounidenses. La impuntualidad, por ejemplo.

Styler y Tanner sonrieron por compromiso; luego Styler abrió su portafolios y buscó algunos papeles.

—Si no podemos obtener una orden judicial contra Van Dorn para este 4 de julio, entonces, como dijimos al señor Kalin, sugerimos que no vengan por aquí.

—Nosotros le dijimos al señor Tanner —respondió Androv—, hace un par de semanas, que no vendríamos el fin de semana si eso es lo que quieren.

Abrams observó más detenidamente a Androv.

Había una discrepancia entre lo que Androv decía y lo descubierto por O'Brien. Las discrepancias a menudo sugerían mentiras. Había dos buenas razones para que

los soviéticos se mantuvieran alejados: legales y prácticas. Sin embargo, si tenían la intención de permanecer allí soportando todo, debían de tener una buena razón. Conclusión: tenían que estar fuera de Manhattan. Debían estar en esa propiedad porque ese lugar era seguro. Conclusión adicional: no había otro lugar seguro ese fin de semana.

La sabiduría convencional en materia de defensa consideraba que cuando llegara el momento debía ser una fiesta. Navidad o Año Nuevo, era la teoría favorita. Pero el 4 de julio ofrecía una buena posibilidad de simbolismo perverso.

Tanner tomó una ficha y fue directo al grano.

—Hemos pensado que se podrían reclamar daños por unos quinientos mil dólares, más las costas.

Los pensamientos de Androv, así como su mirada, parecían concentrados en Abrams. Miró a Tanner.

—¿Qué? Oh, eso puede esperar al señor Kalin. —Androv se puso de pie y caminó por la habitación hasta llegar a un timbre.

Se presentó un hombre trayendo un carrito. Androv se acercó y anunció:

—Por favor, sírvanse ustedes mismos. —Luego se sirvió él y se sentó con un vaso de té y un plato con pastel.

Abrams le miró. De golpe, Androv parecía distraído, como si pensara en algo más apremiante. También notó que miraba constantemente el reloj.

Luego habló en ruso al camarero:

—Dile a Kalin que entre.

La frase le pareció a Abrams más bien una indicación que una orden de buscar a Kalin.

Styler, Tanner y Abrams se pusieron de pie y se aproximaron para servirse. Al lado del samovar se encontraba la bandeja con las pertenencias de metal de los tres hombres, menos las llaves del automóvil de Tanner. Cada uno tomó sus cosas y luego se sirvieron té en unos vasos de vidrio con asa de metal.

Androv hizo algunos comentarios mientras comía.

—¿Regresa esta noche a Manhattan? —preguntó Abrams.

Androv lo miró de reojo.

—Sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—Pensé que podría volver con usted.

—Usted vive en Brooklyn.

—Esta noche me quedo en Manhattan.

—¿Ah, sí? —Androv pareció momentáneamente desconcertado—. Lo siento, pero en el viaje discutiremos asuntos privados.

—Yo no hablo ruso.

Androv lo miró con frialdad.

—El coche está completo.

—Entonces, tomaré el tren.

La puerta que daba al salón de música se abrió y un hombre muy alto, delgado y rubio, de aspecto escandinavo, entró con un portafolios.

Androv no se puso de pie.

—Caballeros, el señor Kalin. Conoce al señor Styler y al señor Tanner, ¿no es cierto?

Kalin asintió y se sentó entre Androv y Abrams, pero un poco más atrás.

—¿Te dije, Alexei, que el señor Abrams es hijo de famosos comunistas estadounidenses?

—Sí —respondió Kalin.

Abrams miró atentamente a Alexei Kalin. Era un hombre de aspecto duro, con un rostro difícil de olvidar. En realidad, Abrams lo reconoció de los cursos nocturnos de Fordham. Una de las cosas que Abrams aprendió de su época de policía era que un hombre que usa armas tiene una sutil diferencia con los que no las usan. Y una de las cosas que lo impresionaron de Kalin, en las pocas veces que lo vio, era la casi seguridad de que iba armado. Y en ese momento también estaba seguro de ello.

Kalin se colocó el portafolios sobre las rodillas y lo abrió. Buscó algunos papeles y dijo:

—Podemos comenzar.

Styler y Tanner lo imitaron. Abrams sacó un bloc.

—El señor Abrams también es compañero tuyo, Alexei.

Kalin levantó la mirada.

—Sí, le he visto.

—Sí, yo también le conozco —replicó Abrams.

—El señor Abrams es un expolicía de la ciudad de Nueva York —dijo Androv—. ¿Cuáles eran sus tareas allí?

—Tuve muchos trabajos en la policía —respondió Abrams.

Kalin sacó un bolígrafo y pareció escribir, pero Abrams tuvo la seguridad de que estaba manejando el dial del aparato con el bolígrafo.

Otra vez Androv se dirigió a Abrams.

—Es muy triste que los inmigrantes que llegan a este país no enseñen a sus hijos su lengua nativa. ¿Usted no habla nada de ruso, señor Abrams?

Abrams contestó en forma indirecta, como le indicó Evans.

—Mis padres, como muchos otros inmigrantes, deseaban que sus hijos fueran estadounidenses. Usaban su lengua nativa para hablar en secreto delante de sus hijos.

Androv lanzó una carcajada.

—¡Qué lástima!

Styler intervino.

—Quizá debiéramos discutir el caso.

—El señor Abrams es una curiosidad para nosotros —explicó sonriendo Androv—. Pero... —se golpeó la rodilla—. Alexei, vamos a ver qué has aprendido en esa facultad católica.



Kalin levantó la mirada de su portafolios y se dirigió a Styler con un tono poco amistoso.

—¿Qué intenta hacer acerca del incidente del Día del Trabajo?

—Se refiere a su reclamación porque Van Dorn disparó con una pistola a cuatro de sus hombres... —replicó Styler.

—Sí, sí. Y encubrieron a un muchacho que entró para robar.

Styler se aclaró la garganta.

—Van Dorn contó una historia diferente. Les sugeriría que eso lo tratemos por separado. Es un asunto criminal.

La voz de Kalin sonó llena de impaciencia.

—Pero es importante que se interrogue al muchacho. Debemos citarlo para declarar. ¿Han encontrado su nombre y su dirección?

—Sí —contestó Tanner.

—Bueno, ¿cuál es? —preguntó cortante Kalin.

Tanner tomó una hoja de papel.

—Kuchick. Stanley Kuchick. Vive en Woodbury Lane. Está en el instituto. — Tanner le pasó el papel a Androv, que le echó una mirada y se lo entregó a Kalin.

Abrams no consideró una buena idea que entregaran el nombre y la dirección del muchacho, pero no había alternativa si querían conservar la confianza de los soviéticos. Abrams estaba pensando como lo hiciera O'Brien y se preguntó si ese chico no se habría convertido en el queso de una trampa para ratones. ¿Por qué no? Lo habían hipnotizado y dado drogas para decir la verdad. Si lo habían interrogado, podrían convertirlo en carnada. Abrams comenzaba a tener dificultades para recordar que estaba del lado de la verdad y la justicia.

Otra vez Androv se dirigió a Abrams:

—¿Cómo procedería usted contra ese joven delincuente?

Abrams levantó la mirada de su bloc. Le hubiera gustado preguntarle a Androv cómo procedería él. ¿Revólver o cuchillo? En lugar de eso, respondió.

—Como todavía no estoy licenciado, no puedo ofrecer una opinión legal.

—Pero tiene conocimientos, ¿no? —preguntó Androv—. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja para el señor Styler?

Abrams supo que debía hacer una pausa. Iba a contestar, pero se sonó la nariz. Luego usó el aerosol, se aclaró la garganta y contestó:

—Dos años.

Kalin levantó la mirada de su portafolios.

—¿Está resfriado? —quiso saber Androv.

—Alergia.

—Ah, ¿algo de esta habitación?

—Probablemente.

—Entonces debe de ser el señor Kalin —dijo riendo Androv.

Abrams sonrió y se volvió hacia Kalin.

—¿Qué es lo que piensa sobre lo que se pide por daños?

Kalin, sin levantar la mirada, respondió:

—La cifra parece pequeña comparada con lo que uno lee en los periódicos.

Abrams pensó que eso era interesante, considerando que Kalin no estuvo en la habitación cuando Tanner mencionó los quinientos mil dólares.

Kalin se dio cuenta de su error, miró de reojo a Abrams, pero evitó mirar a Androv.

—Creo que deberíamos mandar al señor Kalin de nuevo al colegio.

La reunión continuó durante otros diez minutos, tiempo durante el cual Androv aprovechó para hacer unas cuantas preguntas a Abrams. Éste contestó con evasivas o usando el aerosol o el jarabe. Abrams no pudo darse cuenta de si Kalin estaba contento o desilusionado con los resultados. Tampoco pudo determinar si Androv y Kalin le creían. Los modales de Androv demostraban una creciente preocupación.

Por último, Androv cortó a Tanner en mitad de una frase.

—¿Qué es lo que retrasa a ese loco de hacer sus travesuras? —Miró su reloj, se levantó y se dirigió hasta la ventana. Permaneció mirando a la distancia durante unos pocos segundos, luego se volvió y los encaró—. Debe de saber que ustedes están aquí. Entonces no molestará hasta que la policía le avise de que el automóvil de ustedes se ha retirado. —Se acercó unos pasos—. Será mejor que se vayan. Estacionen en el colegio y esperen hasta que comiencen los fuegos artificiales y los altavoces. Gracias por haber venido en festivo. Buenas noches, caballeros.

Abrams se puso de pie y dijo:

—Sería mejor verlo desde esta perspectiva.

Androv le miró fijamente.

—Tengo una velada muy ocupada.

—Podemos esperar aquí y entretenernos solos.

—Eso va contra las reglas.

Kalin cerró su portafolios y se puso de pie.

—Ya no hay nada más que discutir o ver.

Tanner dijo incómodo:

—Supongo que ya tenemos bastante...

Styler le interrumpió dirigiéndose a Androv.

—Hemos tenido ciertos problemas por venir aquí y nos gustaría ver por nosotros mismos la exacta naturaleza de las injurias de Van Dorn.

Abrams contuvo una sonrisa. Styler tenía pelotas. Miró su reloj. Van Dorn no comenzaría hasta dentro de quince minutos.

Androv comenzó a hablar en un tono helado.

—Caballeros, déjenme ser franco. Ésta es un área de alta seguridad, como ustedes saben, y no tengo el personal adecuado para acompañarles esta noche. —Hizo un movimiento hacia la puerta—. Buenas noches.

Kalin abrió la marcha. Styler, Tanner y Abrams comenzaron a seguirlo, cuando

éste último se volvió y se dirigió a Androv:

—Querría usar el aseo.

—Sí, por supuesto —señaló hacia el fondo de la galería—. Por allí. Verá el cartel.  
—Agregó—: No se pierda, por favor.

Kalin pareció dispuesto a acompañar a Abrams, pero Styler comenzó a conversar con él. Abrams dejó el portafolios sobre una silla y se dirigió a la puerta que le indicó Androv.

Pasó por un largo corredor apenas iluminado y rápidamente controló su reloj. Tenía, con suerte, cinco minutos, antes de que mandaran a alguien a buscarle. Miró hacia lo alto y vio una cámara de televisión sobre la puerta por la que acababa de cruzar. Caminó unos pasos a la derecha, hacia el cuarto de baño, y luego dobló, pero la cámara no lo siguió.

Abrams abrió la puerta del aseo, encendió la luz y miró a su alrededor el pequeño recinto sin ventana. Parecía no tener ventilación. Salió, cerró la puerta y caminó silenciosamente por el pasillo.

Evans no había querido que corriera el riesgo de llevar los planos, pero los recordaba lo bastante como para saber dónde estaba. Cruzando el cuarto de baño había una escalera estrecha, que en los planos estaba marcada como escaleras privadas, que llevaba a los dormitorios. Debajo de la escalera había una puerta que daba al sótano.

Después había dos puertas dobles encaradas. Tenían vidrios cubiertos por persianas. Las de la derecha daban al lado sur del salón. Las de la izquierda eran otra entrada a la sala de música. Al final del corredor había una serie de puertaventanas que se abrían al lado sur de la terraza.

Abrams se acercó rápidamente a las puertaventanas y las abrió. No oyó ninguna alarma, pero eso no quería decir que no hubiera activado alguna alarma silenciosa en la oficina de seguridad. Sin embargo, todavía no había cometido ningún pecado mortal. Salió a la clara luz de la luna. La terraza se extendía sobre la piscina inferior; hacia la izquierda había un patio de servicio que se usaba como zona de estacionamiento. Sospechó que en ese lugar habían revisado convenientemente al Lincoln.

Se volvió y miró la inmensa casa. Todas las ventanas de los pisos superiores estaban oscuras, pero observando mejor pudo darse cuenta de que tenían cortinas para el oscurecimiento. Regresó a las puertaventanas y miró el vestíbulo levemente iluminado. La cámara de televisión no era muy visible, pero aunque le enfocaran, todavía no había cometido ningún delito. Estaba a punto de hacerlo.

Se arrodilló y examinó los burletes de la puertaventana y luego los raspó con el cortaplumas. Dejó caer en su pañuelo los trozos de metal y se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo. Luego se puso de pie y cerró. Esperó, con el corazón latiéndole ferozmente, pero no sucedió nada. Por otra parte, sabía que, aunque lo estuvieran viendo o escuchando, lo dejarían terminar, como diría Androv: para acabar

con sus travesuras. Y en el proceso, cortarle también el cuello.

Abrams miró su reloj. Habían pasado dos minutos. Caminó hasta la sala de música y se quedó a un lado. Esperó durante unos segundos y oyó el ruido de la televisión. Miró a través de las persianas y vio a la joven de seguridad, sentada de espaldas a él, fumando y con una copa en la mano. Miraba un programa en una gran pantalla. Por lo menos no lo estaba mirando a él, pensó Abrams. Comenzaba a creer que iba a salir del paso.

Esa habitación estaba pintada en un tono verde que hizo pensar a Abrams en una nevera o una máquina para abrir latas. Los muebles eran de vinilo rojo y daban al lugar el aspecto de una sala de espera de la policía o de una oficina del gobierno. A la izquierda había una puerta que conducía a la galería. No podía imaginarse por qué Androv no los había llevado por ese lugar, a menos que quisiera proteger a sus huéspedes estadounidenses de sufrir un *shock* en su sentido de la estética. En el rincón opuesto al televisor grande, tipo Sony, había otro modelo antiguo, pero Abrams instintivamente reconoció que no era un viejo modelo estadounidense, sino soviético. Cerca de la chimenea había una antigua y enorme radio Philco.

«Bueno —pensó—, aquí están la radio y la televisión». Por qué tenían un televisor viejo y un enorme Sony en la misma habitación era un poco misterioso. Y esa inmensa radio Philco también era bastante extraña. Volvió a mirar a la joven. Ésta se puso de pie y encendió el televisor, para ver una cinta de *ballet* soviético. Regresó a su silla con un andar vacilante y con uno de los rostros más tristes que viera en su vida. Notó que las lágrimas corrían por sus mejillas y luego se tapó la cara. Extraño, pensó.

Abrams se volvió, cruzó el pasillo y se aproximó a las puertas de vidrio del salón. Volvió a escuchar, pero no se oía nada y la habitación parecía a oscuras. Se acercó para poder mirar mejor. En ese momento sintió que se le congelaba la sangre. Lentamente se volvió hacia la estrecha escalera y metió la mano en el bolsillo donde guardaba el cortaplumas.

La figura que bajaba las escaleras débilmente iluminadas se detuvo y lo miró.

Abrams hizo lo mismo y luego se acercó hasta el borde de la escalera y dijo:

—*Zdrastvoui*.

La niña, de unos cinco o seis años, apretaba una muñeca de trapo y replicó con tono atemorizado:

—Por favor, no se lo diga a nadie.

Abrams sonrió tranquilizador.

—¿Que no diga qué?

—Que fui arriba —susurró.

—No, no se lo diré a nadie.

La niña sonrió.

—Hablas raro.

—No soy de la misma parte de la Unión Soviética que tú. —Miró a la muñeca—.

Qué bonita. ¿Puedo verla? —La niña vaciló y luego bajó otro escalón.

Abrams tendió el brazo y la niña le alcanzó la muñeca. Abrams la examinó admirativamente.

—¿Cómo se llama la muñeca?

—Katia.

—¿Y tú?

—Katerina —lanzó una risita.

Abrams sonrió y todavía con la muñeca en la mano preguntó:

—¿A dónde vas, Katerina?

—Abajo, al sótano.

—¿Al sótano? ¿Juegas allí?

—No. Todos están allí.

Abrams iba a hacer otra pregunta pero se detuvo. Permaneció en silencio durante un instante; luego preguntó:

—¿Qué quieres decir con que todos están allá abajo?

—Fui arriba a buscar a Katia. Pero todos deben estar en el sótano.

—¿Por qué deben estar todos en el sótano?

—No lo sé.

—¿Están tus padres allá abajo?

—Ya te lo he dicho, todos están allí.

—¿Vas a regresar a tu piso en Nueva York esta noche?

—No. Vamos a dormir aquí esta noche. —Sonrió—. Mañana no hay colegio.

Abrams le devolvió la muñeca.

—No le voy a decir a nadie que te he visto. Baja pronto al sótano.

La niña tomó la muñeca, la apretó contra el pecho y pasó a su lado, abrió la puerta que daba al sótano y desapareció, dejándola abierta.

Abrams miró la escalera de piedra y luego cerró la puerta silenciosamente. Permaneció inmóvil durante un rato y pensó: «Algo está mal aquí. Muy mal».

Vaciló, miró su reloj, y se dirigió apresuradamente a la puerta del salón. Despacio, abrió la puerta.

La luz de la luna iluminaba el lugar y Abrams dio un paso y se detuvo. A menos de tres metros se veía la silueta de un hombre sentado en una silla tapizada.

El hombre estaba muy quieto, con las manos descansando sobre las rodillas y al principio Abrams pensó que dormía, luego se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos. Un cigarrillo encendido sobre el cenicero humeaba.

Abrams permaneció inmóvil y respiró el aroma del acre tabaco soviético. Parecía imposible que el hombre no lo hubiera oído entrar, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra se dio cuenta de que tenía colocados un par de audífonos. El hombre estaba escuchando algo, tomando notas, e intuitivamente supo que revisaba la conversación de la galería.

Por último, el hombre pareció sentir la presencia de un intruso y volvió su rostro

hacia Abrams, mientras se quitaba los audífonos. Los dos hombres permanecieron mirándose silenciosamente y entonces Abrams notó que era un anciano. El hombre le habló con peculiar acento ruso:

—¿Quién es usted?

Abrams contestó en inglés.

—Me perdí. Discúlpeme.

—¿Qué está buscando?

—Giré en un sitio equivocado. Buenas noches.

El hombre no contestó, sino que encendió una lámpara de luz verde de lectura.

Abrams se dio cuenta de que no podía irse y continuó mirándolo. Aun después de cuarenta años, el ruso que hablaba el estadounidense no era bueno y eso le resultó extraño. Incluso después de cuarenta años, reconoció el rostro como el que había visto en la oficina de ella. Pero aunque nunca hubiera visto esa fotografía, habría conocido esos ojos grandes de un azul acuoso, porque eran los ojos de ella.

Abrams comprendió y aceptó el hecho de que estaba mirando el rostro del fantasma que había regresado de la muerte, el rostro de Henry Kimberly, el rostro de Talbot.

# VI

## Líneas de batalla

Marc Pembroke permanecía de pie ante la ventana, vestido solamente con un pantalón color tostado. Enfocó sus prismáticos hacia la mansión soviética, casi a un kilómetro de distancia cruzando el valle.

—Puede parecer una forma primitiva de reunir información, pero uno puede aprender muchas cosas espionando por las ventanas.

Joan Grenville se estiró y bostezó desde la cama.

—Será mejor que vuelva abajo antes de que me busquen.

—Sí —respondió Pembroke—. Una hora es demasiado tiempo para ir al inodoro. —Se arrodilló frente a la ventana abierta y apoyó los codos en el alféizar, ajustando el foco—. Hay un tipo en el frontón del tercer piso. Tiene un telescopio montado en un trípode y me está mirando.

—¿Apago las luces para vestirme?

—Por supuesto que no. —Pembroke escrutó con los prismáticos—. Puedo ver claramente el terreno, pero no localizo las luces del Lincoln todavía. Espero que no se vayan durante un rato.

Joan Grenville se sentó en el borde de la cama.

—¿Quiénes no se van a ir a dónde?

—Abrams se va de la propiedad soviética. Por lo menos, espero que lo haga. Si hay algún problema encenderán las luces altas.

Joan Grenville se puso de pie y se acercó a Marc.

—¿Qué clase de problemas? ¿Qué está haciendo Tony Abrams allí?

—Es un asunto legal.

—Oh, mentiras. ¿Cuántas veces tengo que oír eso de Tom y sus amigos?

—Eres refrescante sin profundidad, señora Grenville. Uno termina de cansarse de tantas aguas inmóviles y profundas. Tú eres una riada en movimiento. Puedo tocar el fondo contigo.

—Lo hiciste —dijo con una risita—. Dos veces.

Pembroke sonrió y volvió a enfocar a su observador soviético.

—Iván no puede creer en su buena suerte al poder espiar a una hermosa mujer desnuda bañada por la luz de la luna. Se frota los ojos y babea.

Joan Grenville lanzó una mirada a la ventana.

—¿De verdad puede verme?

—Por supuesto. Ven, toma esto y observa si se encienden las luces altas.

Tomó los prismáticos y se puso frente a la ventana.

Pembroke terminó de vestirse y se encaminó hacia la puerta.

Joan volvió a lanzar una risita.



—El soviético me saluda con la mano.

—Observa las malditas luces o te tiro por la ventana.

Asintió rápidamente. Había algo en su voz que le decía que era capaz de hacerlo.

Sin volverse, preguntó:

—¿A dónde vas?

—Dijo el duque de Wellington cuando le pidieron que diera algún consejo lleno de sabiduría para la vida militar: «Orinar cuando es posible». —Se fue.

Joan Grenville se encogió de hombros y mantuvo la vista en los prismáticos.

—Ya lo creo, orina cuando puedas. Probablemente usas más el teléfono que el cuarto de baño. Esta gente miente hasta sobre el tiempo.

Karl Roth estaba de pie ante la gran mesa de la espaciosa cocina y revisaba las bandejas de comida envueltas en celofán.

—Aquí hay algo para todos.

Maggie Roth se volvió desde el fregadero y observó las bandejas llenas de carne, quesos, verduras, nueces y tortas. Pequeñas etiquetas identificaban las especialidades dietéticas, incluyendo la carne kosher.

—Vas a meterte en líos, Karl. Aunque contrates dos chicas más. No vamos a ganar nada con esto.

—Van Dorn es un buen cliente. Algunas veces hay que dar algo extra. Por las relaciones públicas.

—Eres el mejor comunista capitalista que conozco —dijo sonriendo.

Los ojos de Karl Roth recorrieron nerviosamente la cocina.

—Maggie, cuida tu lengua.

La mujer miró el reloj de la pared.

—Debemos comenzar a servir pronto. —Se dirigió hacia la mesa y comenzó a sacar la cubierta de celofán.

Karl Roth levantó las manos.

—No. Todavía no.

Un camarero pasó y cogió un bocadillo.

—¡Saca tus inmundas manos de ahí! —aulló Roth.

—Tranquilo, viejo —el muchacho se alejó.

—¿Karl, por qué estás tan nervioso? —preguntó Maggie.

No contestó, sino que echó una mirada al reloj y se inclinó protector sobre la mesa con comida.

—Realmente ya es hora. Haz que las chicas destapen y sirvan.

—No. —Comenzó a frotarse las manos y Maggie notó que estaba muy agitado. La mujer se encogió de hombros y volvió al fregadero.

Se abrieron las puertas batientes y Claudia Lepescu entró en la ruidosa cocina, con una copa en la mano y un ajustado vestido negro. Miró a Karl Roth y le preguntó:

—¿Es usted el proveedor de la fiesta?

Roth la contempló durante varios segundos y luego asintió rápidamente.

Maggie Roth volvió la cabeza y observó a Claudia, considerando que su vestido no era apropiado para una fiesta en el jardín. Se preguntó qué acento tenía. Como a muchos inmigrantes, no le importaban mucho los extranjeros. Reflexionó que Karl también era generalmente brusco con sus compañeros europeos. En ese momento, sin embargo, tenía una conducta servil con esa mujer. Extraño. Maggie se volvió hacia el fregadero. Claudia dijo:

—Por favor, déjeme su tarjeta. Puede que utilice sus servicios.

Otra vez Roth asintió, pero no dijo nada y desvió la mirada.

Claudia se acercó a la mesa, sacó la cubierta de celofán de los *hors d'oeuvres* y se llevó uno a la boca.

—Muy bueno. Debe servir esto antes de que se pongan rancios.

Roth movió la cabeza y comenzó a sacar el celofán de las bandejas.

Claudia vagabundeó por la cocina sin rumbo fijo.

Karl Roth se arrodilló debajo de la mesa, en donde tenía varias cajas hasta que encontró una y la abrió. Sacó una botella de plástico con rociador y se puso de pie. Sacudió vigorosamente la botella y comenzó a rociar las bandejas con una mezcla de aceite y agua.

Maggie miró por encima del hombro y dijo:

—Eso no es necesario, Karl. Todo es fresco.

Roth replicó con tono distraído.

—Hace que todo luzca mejor... deberías leer las publicaciones sobre servicios de comida, en lugar de tus estúpidas revistas de cine.

Maggie lo observó y notó que le temblaban las manos.

Roth terminó de rociar las bandejas, se dirigió al fregadero y volcó el resto del contenido de la botella. Enjuagó la botella y la tiró al cubo de basura. Se lavó las manos con jabón y las secó.

Maggie se dirigió deliberadamente hasta la mesa y tomó un trozo de salmón ahumado y se lo llevó a la boca.

Roth vaciló, luego se le acercó rápidamente y le agarró la mano. Sus ojos se encontraron y ella dijo suavemente:

—Oh, Karl... estás loco...

Claudia permaneció mirando; luego se dirigió hacia Maggie.

Katherine Kimberly dobló la esquina del largo pasillo del segundo piso y vio a Marc Pembroke emergiendo por el pasaje que daba a las escaleras de servicio. Le observó durante un momento mientras él se aproximaba a la puerta de su habitación y luego lo llamó y se le acercó.

—Te estaba buscando. ¿Puedo hablarte un momento? —Indicó la puerta.

—En realidad, no. Estoy ocupado.

Katherine echó una mirada a la puerta cerrada.

—Podemos ir a una habitación vacía.

Marc vaciló, pero la siguió por el corredor y entraron en un cuarto lleno de cajas y adornos para las fiestas.

—¿Tienes a Joan Grenville en tu habitación?

—Un caballero no lo diría y una dama no lo preguntaría.

—Lo pregunto porque su marido tiene una posición importante en mi firma.

—Ya. Bueno, sí, admito que le sonsaqué en más de un sentido. Pero no está informada. Tom no le explica mucho.

Katherine dijo tranquilamente:

—¿Para quién trabajas exactamente?

Pembroke parecía algo impaciente y miró su reloj.

—Oh, para distinta gente. Para ti en este momento. O'Brien para ser exacto.

—¿Y qué haces para nosotros, Marc?

—Bueno, no trato de conseguir información, análisis o nada tan inteligente. Yo mato gente.

Katherine lo miró fijamente.

—De verdad. Pero solamente mato a malos. Para contestar a tu próxima pregunta: yo decido quiénes son los malos.

La joven respiró profundamente y preguntó:

—¿Qué sabes de estas recientes muertes?

—Sé que no lo hice yo. Excepto los amigos de tu novio, esta mañana.

—Sí, quería agradecerte...

Agitó la mano, quitándole importancia.

—Ya mandaré la cuenta a tu firma. Te ocuparás de que me paguen, ¿no?

Pasó por alto la pregunta y siguió hablando.

—¿Y no tienes nada que ver con la muerte de Arnold Brin?

—De alguna manera sí. Debería haberlo protegido. Ojalá hubiera sabido que lo tenías trabajando en algo...

—¿Me estás acusando?

—No, no, no quise...

—Y si tenías que protegerlo, ¿por qué no lo hiciste?

—Oh, no era mi trabajo. Quiero decir, no me contrataron para eso. Pero debía hacerlo. Era mi padre.

—¿Qué? ¿Arnold Brin...?

—En realidad Brin era su *nom de guerre*, pero lo mantuvo después de la guerra. Nuestro apellido tampoco es Pembroke, pero eso no tiene importancia.

Lo miró detenidamente, observando sus ojos y luego su boca.

—Sí, sí..., eres su hijo.

—Ya te lo he dicho. El trabajo de Arnie era muy aburrido y no le pagaban bien.

Pero nos daba buenas pistas de los malos. Comencé mi carrera despachando antiguos nazis para los israelíes. Luego dejé los nazis y me dirigí a las dianas del Este.

—¿Ahora estás trabajando para el señor O'Brien? ¿O estás trabajando para vengar la muerte de tu padre?

—No hay dinero en la venganza. —Pembroke caminó hasta la ventanita polvorienta y miró a las distantes siluetas de los rascacielos de Manhattan. Agregó—: De todas maneras, resultó que las necesidades del señor O'Brien y mis deseos coinciden. Pero soy un profesional y, pese a que tu novio fue la causa inmediata de la muerte de mi padre, no lo maté. Voy tras sus patrones.

Katherine se sentó en un cajón y contempló el perfil de Pembroke. Inconscientemente siempre había comparado a Marc con Peter, pero en ese momento los contrastes eran notorios y obvios. Peter era encantadoramente amoral, Marc era encantadoramente inmoral. Peter, como un niño o un animal, no tenía la más vaga idea del bien y del mal; Marc sí, y elegía matar. Para los cánones de la teología convencional, la psicología y la jurisprudencia, Peter era inocente y Marc era culpable. Sin embargo, para esos mismos cánones, Peter estaba más allá de la ayuda o la razón, mientras que Marc podía ser salvado. Pensó en Marc en el cementerio y sospechó que había estado mirando a un asesino renuente, como un soldado que en tiempos de paz no tomaría las armas.

—Me gustas. Desearía que reconsideraras la posibilidad del trabajo del archivo. Hay una vacante.

Vio que por sus labios cruzaba una sonrisa. Se volvió hacia ella pero no contestó. Miró nuevamente su reloj y dijo:

—Bueno, debo irme. Continuaremos con esto en otro momento.

Katherine se puso de pie, bloqueándole la salida.

—Espera. ¿Qué sabes de la misión de Tony Abrams? ¿Dónde está?

—En realidad, muy cerca.

—¿En la puerta de al lado?

Pembroke asintió.

—¿Qué está haciendo allí?

Pembroke no respondió.

—¿Está a salvo?

—Lo dudo, pero si me dejas salir de aquí, podré averiguarlo.

Katherine no se movió.

—¿Si no está a salvo, tú podrás... puedes hacer algo?

—No. El Telón de Acero comienza en la propiedad de al lado.

—Pero...

—Por favor, déjame pasar. Tengo cosas importantes que hacer —y agregó como si pensara que había sido brusco—: no quise ser grosero.

—¿Me mantendrás informada?

—Por supuesto.

Katherine le abrió la puerta. Pembroke se dirigió hacia ella y luego vaciló.

—Nunca pregunté nada, ya lo sabes, pero ¿es verdad que ésta es la última partida de dados?

—Eso es lo que alguna gente parece creer —respondió cuidadosamente Katherine.

Asintió.

—Sí, O'Brien también lo pensaba.

—Sí, él... ¿Qué quieres decir con eso de pensaba?

—Oh, no quise ponerlo en pasado. Por lo que yo sé, está muy bien.

Se miraron el uno al otro durante unos instantes. Pembroke pareció verla por primera vez y su distracción se volvió una atenta mirada. Llevaba pantalones blancos de lino y una blusa del mismo color con los tres botones desabrochados. Se la veía sofisticada y sin embargo sensual.

—Mira, no tengo tiempo para hacer una proposición adecuada ahora, pero más tarde... si es que hay tiempo para nosotros, lo haré.

Se dio cuenta de que evitaba su mirada, lo que no era habitual en ella en esas situaciones.

—Lo siento, ya estoy comprometida.

—Oh, pero va a morir dentro de muy poco.

Lo miró rápidamente.

—¿Qué? ¿Quién...?

—Thorpe.

—Oh —dejó escapar un suspiro—. No... me refería... a otro.

Pareció sorprendido, luego asintió.

—Ya veo... sí, por supuesto. No me había dado cuenta. Bueno, Abrams es un gran tipo. Hazle un favor y dale el trabajo del archivo. —Se volvió y se fue.

Katherine lo miró alejarse. Marc Pembroke, pese a toda su astucia, era un mal mentiroso. Tenía noticias de Pat O'Brien y sospechaba que no eran buenas. No estaba sorprendida ni impresionada. Lo esperaba. También había esperado que si O'Brien enfermaba o se estaba muriendo, o se había perdido o estaba muerto, la noticia se ocultaría todo lo posible, de la misma manera que la muerte de un gran general se mantenía en secreto para evitar el pánico de las tropas y la alegría del enemigo.

Sintió que temblaba y se apoyó contra la puerta.

No, pensó, no era accidental que el pasado regresara, o que hubiera tantas relaciones coincidentes, familiares y personales. Todo había sido planeado por Patrick O'Brien y sus amigos. Marc Pembroke por lo menos debía de tener una vaga idea de que había sido manejado desde su infancia para cumplir una función. Los reclutamientos y las maniobras de O'Brien eran de más alcance de lo que imaginara. Su corporación tenía muchas sucursales. Pensó en algo que escribió un jurista inglés en el siglo XVII: «Las corporaciones no pueden cometer traición ni ser declaradas fuera de la ley ni excomulgadas, porque no tienen alma». También, eran

ostensiblemente inmortales. Y aunque Pat O'Brien hubiera muerto, esperaba que hubiera suficiente fuerza viva en ese ser sin alma que había creado para que, al menos, siguiera por inercia hacia el último encuentro con el enemigo.

Mike Tanner condujo el Lincoln hasta el estacionamiento de la estación de trenes de Glen Cove. La conversación se limitó a temas legales, tal como lo instruyó Evans, quien los había prevenido sobre la costumbre de los soviéticos de colocar micrófonos en los coches de sus invitados «solamente para oír cómo hablaban sobre el mal momento pasado».

El Lincoln se detuvo y Abrams abrió la puerta.

—Muchas gracias por traerme. Les veré mañana en la oficina. —Tomó su portafolios y cerró la puerta.

Styler también salió del coche.

—Le acompañaré. —Tomó a Abrams del brazo y se detuvieron a unos pocos pasos del coche—. ¿Qué sucedió allí?

—Vi un fantasma.

—Tiene ese aspecto. Dios, todavía está pálido. Aún no está a salvo. ¿Van a protegerle?

Los dos habían comenzado a caminar y Abrams se volvió para mirarlo detenidamente. Era la primera vez que Styler reconocía el hecho de que la situación implicaba peligro mortal.

—Me imagino que sí —replicó Abrams.

—Espero que hayan visto las luces altas.

—Si estaban mirando, tienen que haberlas visto.

Styler echó una mirada a su reloj.

—Tiene diez minutos antes de que llegue el tren. —Hizo un gesto hacia las escaleras descendentes—. Éste es el paso subterráneo que le lleva al lado oeste.

Abrams miró hacia el edificio de la estación, una pequeña casa estilo Victoriano que estaba cerrada y a oscuras. En el andén frente al edificio de la estación, cuatro personas permanecían debajo del poste de la luz: una pareja joven y dos adolescentes que esperaban el tren para Manhattan. No había nadie en el andén de enfrente. Abrams no se había dado cuenta de que estaba en el lado equivocado de las vías y al notararlo, no consideró el hecho de que tendría que ir por el túnel para cruzar al otro lado.

—Esperaremos hasta que suba al tren —dijo Styler.

—No. Váyanse. Eso es lo que dijeron. —Abrams se dirigió hasta las escaleras.

—Sé que no se deben cuestionar las órdenes, pero podemos llevarle de vuelta a Garden City y podrá tomar el tren allí.

—No, recibí instrucciones de tomar este tren en esta estación y si empiezo a hacer cambios perderé mi protección como estaba planeado. —También, pensó, si Androv

tenía algo planeado, sería interesante ver de qué se trataba. Se preguntó qué había pasado con su resolución de ser más cuidadoso.

Abrams tendió la mano y Styler se la estrechó.

—Espero haber sido de alguna ayuda en este caso.

Styler sonrió.

—Creo que nos hizo perder el cliente, Abrams. —Su sonrisa se cambió en una expresión de preocupación—. Buena suerte. —Se dirigió hacia el coche.

Abrams comenzó a descender las escaleras. Oyó cómo el Lincoln se alejaba. Mientras descendía, pudo oler la humedad y el aire fétido. Llegó hasta el último escalón y miró el pasaje. Era un corredor de unos cincuenta metros de largo y cinco o seis luces, de las cuales solamente una, en el centro, estaba encendida. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la poca luz.

Era evidente que el túnel era usado por los chicos como lugar de reunión. Había unas cuantas botellas rotas de vino y cerveza. Las paredes grises estaban cubiertas de pintadas con una increíble variedad de obscenidades, mucho mejores que las de las paredes de Brooklyn. Mejor escuela la de las zonas residenciales, pensó.

Comenzó a caminar con paso normal a través del largo túnel de cemento. Había llegado casi a la mitad cuando oyó el inconfundible sonido de pasos que avanzaban hacia él. Apareció una figura, luego otra. Eran dos hombres con traje de calle. Abrams se detuvo.

También notó que por detrás se acercaban otros dos tratando de que no los oyera. Luego abandonaron la cautela y avanzaron a paso normal.

Abrams volvió la cabeza y vio a los dos hombres que se le acercaban. No era el momento de fijarse en la ropa que llevaban, pero al notar que eran trajes pasados de moda pensó también por asociación: soviéticos.

Se volvió y continuó su camino hacia el andén rumbo al este. Los dos hombres que estaban frente a él se acercaron a la zona de luz. Abrams pudo ver que uno de ellos era alto y rubio. Primero creyó que era Pembroke. Pero era Kalin.

Kalin se detuvo y lo llamó:

—Así que estaba aquí, Abrams. —Su voz retumbó en el estrecho túnel—. Le buscaba en la otra punta. Androv dijo que usted podía volver con nosotros a Manhattan.

Abrams no respondió pero aminoró la marcha.

—Por favor, dese prisa. El automóvil está por aquí. Venga.

Abrams sintió que los pasos de los que venían por detrás se acercaban. Continuó acercándose lentamente a Kalin. El hombre que acompañaba a éste se mantenía a cierta distancia.

—Vamos, vamos, Abrams. No pierda el tiempo.

Abrams aceleró el paso. Kalin se metió las manos en los bolsillos.

—Será más rápido por aquí.

—Estoy seguro que sí —replicó Abrams y desenfundó el revólver mientras



caminaba.

Kalin levantó las cejas en un gesto de burlona sorpresa, luego una peligrosa sonrisa iluminó su cara mientras buscaba su arma.

Abrams había examinado su revólver en el coche. Le pareció que no lo habían tocado, pero en ese momento estuvo seguro de que si apretaba el gatillo fallaría o las balas estarían cargadas de nitroglicerina y estallarían en sus manos. Dejó escapar un grito terrible y se lanzó hacia adelante.

Kalin tardó un segundo o dos en recobrar su compostura, luego apuntó con la pistola.

—¡Alto!

Abrams se detuvo directamente debajo de la luz.

—¡Manos arriba!

Abrams levantó las manos y rápidamente golpeó con el cañón del revólver la lámpara del techo haciendo estallar la bombilla. Se agachó y se pegó a la pared.

No se oyó ningún sonido en el túnel. Abrams permaneció inmóvil, controlando su respiración. Tomó el revólver como si fuera una cachiporra, levantó silenciosamente el portafolios y buscó su cortaplumas, abriéndolo. Luego se quedó esperando.

Sospechó que no tenían linternas, porque si no las usarían. Pero debían de tener cachiporras y quizá cuchillos. Los de la KGB nunca salían de casa sin ellos.

Cuidadosamente, Abrams se quitó los zapatos y comenzó a caminar a lo largo de la pared hacia el andén que iba al oeste. Recordó que la oscuridad, más que los revólveres, era lo que igualaría todo. No notó ningún movimiento de los soviéticos, ni siquiera los oía respirar.

Pisó un vidrio que se le clavó en el empeine. Contuvo un gemido y se detuvo. Con cuidado, levantó el vidrio, sintiendo que le corría la sangre por el calcetín. Tiró el vidrio hacia la salida del este, pero no provocó ninguna reacción. Eran disciplinados, pensó. Pero ¿qué esperaban?

El impulso natural de Abrams era terminar con esa espera, pero sabía que si no tenían linternas, era posible que pudiera aguantar. El tiempo estaba de su parte. Ellos no podían quedarse en el túnel para siempre. Pero él sí podía.

Kalin debió de llegar a la misma conclusión porque llamó suavemente a sus hombres y Abrams pudo comprender sus órdenes: los dos hombres del lado del este —Feliks y Vasili— debían arrodillarse en el túnel, que tenía solamente dos metros y medio de ancho, tomarse de las manos y tocar las paredes con las manos libres. Kalin y su compañero, Boris, iban a avanzar a lo largo de las paredes. El espacio entre ellos lo cubrirían sosteniendo por las mangas la chaqueta del traje de Boris y arrastrando el borde por el suelo. Una técnica muy bien pensada. Abrams pensó que era muy ingeniosa.

En ese momento estaba seguro de que Kalin no sabía que él entendía el ruso. Pero lo supiera o no, Kalin tenía que dar órdenes a sus hombres y por consiguiente estaba previniendo a Abrams.

Abrams oyó que se le acercaban los pasos de Kalin y Boris y calculó que debían de estar a unos tres metros. Podía oír sus respiraciones y el ruido de la chaqueta arrastrada por el suelo de cemento. Hasta pensó que podía oler el sudor y el aroma de la colonia. Abrams retrocedió hacia el lado opuesto, en dirección a Feliks y Vasili.

—¿Dónde está? Decid algo —exclamó Kalin.

Abrams supuso que la pregunta no iba dirigida a él, pero le interesaba la respuesta.

Uno de los dos hombres replicó:

—Parece estar cerca. A unos cinco metros.

—Está aquí —contestó Kalin—. Entre nosotros. Estad alerta ahora. —Luego agregó en inglés—: Abrams, escúcheme. No queremos hacerle daño. Queremos hablar con usted. ¿Podemos hablar con usted?

Abrams pensó que Kalin había elegido un lugar muy curioso para charlar. Eso es lo que sucede cuando se mezcla un hombre de la KGB con un abogado: se consigue un asesino que quiere discutir los pro y los contra de cortar a uno la garganta en la oscuridad.

Se dio cuenta de que tenía que hacer un movimiento antes de que la trampa se cerrara sobre él. Lanzó una mirada hacia los escalones del otro lado. Como hacía rato que se encontraba en la oscuridad, podía ver algo que no advirtió antes: había una luz suave que provenía de la zona de estacionamiento y que llegaba hasta los escalones. Si de alguna manera lograba dejar atrás a los soviéticos y llegar hasta el final del túnel, se destacaría contra la luz como un pato en una galería de tiro.

Retrocedió unos pasos más mientras Kalin y Boris se aproximaban. Calculó que tenía menos de un metro para moverse.

Entonces, pensó, sin tener a dónde correr ni a dónde esconderse, que tenía que luchar. Y tenía que hacerlo lo bastante cerca como para que temieran usar revólveres, cuchillos o cachiporras. Su única ventaja era el hecho de que cuando comenzara la lucha, él no tendría que preocuparse por la seguridad de ningún compañero. En cambio, ellos tendrían problemas.

Abrams pensó en el consejo de su madre de que consiguiera un trabajo que no fuera en la calle y se preguntó si eso contaría. Se preguntó también qué dirían sus padres si supieran que sus camaradas trataban de matar a su hijo.

Dio un largo paso alejándose de la pared y se colocó en el centro del túnel. Levantó bien alto su portafolios y lo arrojó hacia las escaleras que iban al lado este. Giró en dirección a Kalin y Boris, apoyándose en una rodilla, mientras el portafolios caía pesadamente sobre el suelo de cemento.

Boris disparó sobre las cabezas de Abrams, Feliks y Vasili, en dirección al portafolios. Abrams vio el resplandor, oyó el impacto de la bala y el aire se llenó de olor a pólvora.

Abrams apuntó con su cortaplumas a unos noventa centímetros más abajo de donde vio el fogonazo y lo clavó. Sintió que el pequeño cuchillo se deslizaba en lo

que supuso sería el abdomen de Boris. Incluso antes de oír el gemido de sorpresa retrocedió y se agachó.

La voz de Boris sonó temblorosa.

—¡Me ha herido! Sangre. Oh... me estoy muriendo. ¡Sangre!

—¡Cállate, Boris! —Era la voz de Kalin—. Coge la manga de tu chaqueta.

Abrams se dio cuenta de que tenía una posibilidad de paso y trató de pasar entre Boris y Kalin.

Pero Kalin lo había anticipado y se colocó en el centro, con los brazos extendidos, con una pistola en una mano y la cachiporra en la otra.

La frente de Abrams rozó el frío cañón del arma y al sentirlo, Kalin bajó la cachiporra. Abrams sintió un fuerte golpe en su hombro derecho, dejó escapar un involuntario gemido y su cortaplumas cayó al suelo. Una patada en el muslo lo hizo caer y susurró en ruso:

—No, soy yo.

Kalin vaciló. Abrams se puso rápidamente de pie y golpeó con su revólver contra algo. Oyó que Kalin dejaba escapar un grito.

Abrams se acercó a la pared, luchando con el dolor de su hombro derecho. Sabía que tenía que conseguir uno de los revólveres de los soviéticos, pero mientras lo pensaba oyó la voz de Kalin.

—¡Dejad las pistolas! Usad sólo cuchillo y cachiporra. Venga.

Un poco más allá, se encontraba Boris, Abrams pudo oír su respiración irregular. Allí todavía podía conseguir un revólver. Para hacer el menor ruido posible se acercó apoyándose sobre pies y manos, y tocó algo húmedo. Supuso que tanta sangre se debía a que le había cortado la arteria ilíaca.

Abrams tocó la pierna de Boris y lo revisó buscando la pistola. Kalin y los otros se acercaban atraídos por el ruido de la búsqueda frenética de Abrams.

Abrams se apoyó en una rodilla, tomó el cuerpo de Boris, se incorporó y arrojó al moribundo en dirección hacia Feliks y Vasili. Oyó el choque de los cuerpos, seguido de gritos, golpes de cachiporras y entrechocar de cuchillos. Abrams se unió al grupo, agitando la pistola, golpeando una y otra vez y oyendo los confusos gritos de tres, luego de dos y finalmente de uno de los hombres.

La voz de Kalin llegó hasta la oscuridad.

—Informad.

Nadie respondió durante unos instantes, luego una voz llena de dolor replicó:

—Vasili.

—¿Los otros? ¿El judío?

—No sé —respondió Vasili—. No puedo ver.

Abrams oyó que otro hombre, debía de ser Feliks, gemía y lloraba y finalmente daba un grito de agonía:

—¡Me estoy muriendo!

—Kalin, debemos irnos —gritó Vasili—. Ayúdame con ellos.

Abrams se sentía cada vez más mareado. Trató de mantenerse de pie, pero cayó al suelo. Se dio cuenta de que había hecho ruido.

—¡Vasili! ¡Aquí! —gritó Kalin.

Abrams oyó los pasos que se aproximaban cautelosos. Luego la voz de Kalin que decía:

—Está tirado contra la pared. No uses el revólver. Es demasiado cerca y puede rebotar.

Luego Kalin habló en inglés.

—Su última oportunidad, Abrams. Va a venir con nosotros, vivo o muerto.

La cabeza de Abrams daba vueltas. Por una fracción de segundo consideró la posibilidad de ir con ellos. Todavía no iban a matarle, eso era obvio. Más tarde tendría una oportunidad de escapar. Entonces recordó el sótano lleno de soviéticos, esperando algo, y dudó de que tuviera una oportunidad. Tenía que escapar en ese momento.

El mareo pasó, pero no estaba seguro de poder mantenerse de pie. Sintió que lo rozaba la pierna de un pantalón, pero le pareció que el hombre no lo había detectado. Tomó un pedazo de vidrio que estaba a su lado y se lo clavó en la pierna, sintiendo que atravesaba la piel y llegaba al hueso.

El hombre —Vasili— aulló, saltó sobre un pie, perdió el equilibrio y cayó al suelo, gritando y maldiciendo.

Abrams se puso de pie con cautela, aprovechando el ruido que hacía Vasili.

—¿Qué ha sucedido? —gritó Kalin.

—¡Tengo una herida!

Mientras tanto, Abrams había llegado a la pared opuesta y caminaba rápidamente hacia el andén del lado oeste. Kalin gritó:

—¡Abrams! ¡Las manos contra la pared!

Abrams comprendió que Kalin gritaba a la pared opuesta a donde él estaba. Kalin se volvió y gritó otra vez:

—¡Abrams! ¡Contésteme o disparo!

Había un toque de ansiedad y frustración en la voz de Kalin. Abrams no envidió a Kalin por su próxima reunión con Androv. Se sacó el cinturón y lo agitó en dirección a los dos soviéticos. Pegó en el suelo y se oyó el grito asombrado de Vasili.

Abrams alcanzó la escalera y se detuvo, apoyando la espalda contra la pared. Las luces de la zona de estacionamiento iluminaban los escalones, pero no quería quedarse allí más tiempo. Respiró profundamente y se preparó para subir a toda velocidad. Justo antes de ponerse en movimiento, oyó una descarga un escalón más abajo. La bala rebotó y golpeó en la pared encima de la cabeza de Abrams. Otro disparo retumbó en el túnel; pero golpeó en el lado opuesto. Eso quería decir que no sabían dónde estaba, pero que le avisaban de que subir la escalera tenía sus riesgos. De hecho era una locura apostar a que podría dejar atrás las balas. Sin embargo, tenía que regresar y entregar el informe; y si era lo que sospechaba, debía hacerlo rápido.

Tuvo un pensamiento perturbador: Kalin podría tener gente con coches en los terrenos de estacionamiento de los dos lados de las vías. Todavía no estaba en libertad. Ni siquiera cerca. Esperó.

Karl Roth sujetó la muñeca de su esposa con fuerza.

—Vete de aquí —dijo en un susurro—. Ve al camión y regresa a casa. —Le temblaban las manos y la voz.

—Al demonio con eso —se liberó y retrocedió.

Roth dio un paso hacia ella, pero Maggie se refugió detrás de la mesa y dijo:

—Estúpido, idiota... eres un... —se ahogó y las lágrimas le corrieron por la cara.

Algunas de las ayudantes de cocina volvieron la cabeza.

Karl Roth miró a la gente con una sonrisa forzada.

—Por favor, comiencen a servir. Vamos. Esto no es asunto de ustedes.

Las muchachas tomaron las bandejas y salieron.

Maggie se debatía entre denunciar a su marido y protegerlo.

Roth esperó hasta que salieron todas las muchachas y luego tendió las manos para calmar a su mujer.

—Vamos, vamos, Maggie. Cálmate. —Se acercó hacia ella, pero Maggie dio la vuelta a la mesa y tomó una gran bandeja con verduras y se la tiró. La bandeja le rozó el brazo y cayó al suelo.

—Karl, Karl, ayúdame a tirar todo esto... Karl... no dejes que lo sirvan...

Karl asintió y agitó las manos en forma conciliadora mientras se aproximaba.

—Sí. Sí. Muy bien.

Lo miró a los ojos y tomó un cuchillo de la mesa.

—Mantente alejado, Karl. No te acerques...

Claudia Lepescu se acercó por detrás de ella. Con rapidez y pericia le aplicó una media llave y con la otra mano le dio un golpe seco en la muñeca haciendo que tirara el cuchillo; Maggie dejó escapar un grito, pero Claudia le tapó la boca y la nariz y Maggie aspiró un olor extraño y comenzó a marearse.

Karl Roth ayudó a Claudia a llevar a Maggie a la antecocina y la dejaron en el suelo.

—Es una mujer fuerte. —Claudia se lavó las manos en un pequeño lavabo para quitarse el cloroformo—. Sabía que nos traería problemas.

Roth miró a su mujer que ya tenía los ojos cerrados.

—¿Estará bien?

Claudia se secó las manos con una toalla.

—Mucho mejor que los invitados de Van Dorn —dijo sonriendo.

Roth temblaba tanto que tuvo que sentarse en una silla.

—¿Por qué esta noche? Dijeron que sería en Navidad.

Claudia se encogió de hombros.

—Navidad, 4 de julio, Año Nuevo, había muchas fiestas para elegir. —Pensó durante un momento y luego agregó—: Sospecho que los estadounidenses deben estar demasiado cerca. Todo está sucediendo muy rápido.

Roth tenía la cara entre las manos y Claudia advirtió que lloraba. Sus palabras eran casi ininteligibles.

—Esto es terrible... terrible...

Claudia se le acercó y le dio un golpe en la cabeza.

—¡De pie!

Roth se puso de pie y la miró sin decirle nada.

—Levántala.

Roth se inclinó y tomó a su mujer por los brazos; Claudia la tomó de los tobillos. Juntos la llevaron hasta el fondo, a un estrecho pasillo, y allí subieron por la escalera de servicio hasta que encontraron una pequeña habitación y la colocaron sobre la cama.

El hombre recuperó el aliento y preguntó a Claudia.

—¿Qué debemos hacer ahora?

—Yo voy a disfrutar de la fiesta. Y usted se ocupará de que todos tengan mucho para comer.

Roth miró con nerviosismo el pequeño cuarto, como si pensara que había alguien más, luego dijo en voz baja:

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Claudia miró su reloj de pulsera.

—Unas cuatro horas. No tendrá ningún efecto antes de entonces.

Roth la miró fijamente.

—¿Qué había en esa botella? ¿Es para que se duerman?

—Usted sabe que era veneno.

Comenzó a sacudir la cabeza, luego asintió desconsoladamente. Su voz era casi un susurro.

—¿Qué sucederá si notan el gusto? ¿O si lo huelen? ¿Puse bastante en...?

Claudia lo miró fastidiada.

—Es algo llamado ricino, que me dijeron que se extrae del aceite de castor. Por eso se mezcla bien con el aceite vegetal. Pero a diferencia del aceite de castor, éste no tiene ni olor ni gusto y solamente necesita una ligera rociada porque es muy mortífero. La sangre comienza a desintegrarse. La muerte es por ahogo y pese a lo que le dijo Androv, el final es muy doloroso. La KGB está muy avanzada en el tema de los venenos. No habrá supervivientes.

Roth se sentó en el borde de la cama en donde se encontraba su mujer.

—Pero... pero... ¿qué va a suceder conmigo?

Claudia contestó irritada.

—Imbécil. Éste es el final. ¿Entiende eso? Mientras la sangre de esa gente comienza a desintegrarse, este país también comenzará a desintegrarse. Nadie se va a

preocupar por usted. Simplemente recoja a su estúpida mujer y vaya a la finca de al lado. Pero no lo haga hasta que termine con todo y deje las cosas en orden. Actúe con naturalidad. Le estaré observando.

Roth trató de ponerse de pie, pero se derrumbó sobre la cama.

—¿Pero... qué sucederá si eso no pasa esta noche?

Claudia lanzó una carcajada.

—Bueno, entonces todos estaremos un poquito incómodos. Tendrá unos doscientos cadáveres tirados por el jardín y la policía querrá hablar con usted. —Rió de nuevo y agregó—: No hay antídoto para el ricino.

Roth la miró fijamente. Claudia se dirigió hasta la ventana y miró hacia los jardines. Había unas doscientas personas alrededor de las mesas con manteles a cuadros azules y blancos. Las criadas pasaban las bandejas y las colocaban en las mesas.

—Todos estos cerdos que nos han creado tantos problemas durante estos años estarán muertos para la medianoche.

Roth se puso de pie y se colocó a su lado.

—Allí abajo hay chicos —dijo Roth.

—Son los que tienen más suerte, *Herr* Roth. Cuando usted vea lo que va a suceder con el resto del país, no sentirá pena por ellos.

Roth sacudió la cabeza en dirección a la ventana.

—Algunas de esas personas han sido amigas tuyas. Los Van Dorn, los Grenville, la señorita Kimberly... ¿No siente nada?

—No. —Y agregó con un toque de fatalismo en la voz—: ¿Cuál es la diferencia? Ya no hay retorno. Lo que deba suceder sucederá. En su mayoría todos son enemigos y debían morir. Androv quiere que mueran ahora para que no resulten una amenaza en el momento crítico. Además, creo que quiere la muerte de algunos por razones personales.

—¿Pero nosotros estamos a salvo?

Lo miró con desprecio.

—¿Eso es todo lo que le preocupa? Me dijeron que usted era un héroe, un luchador de la resistencia que cazaba nazis entre las ruinas de Berlín mientras caían las bombas.

—Uno envejece.

—Ésa es una paradoja, ¿no? Los jóvenes que tienen mucha vida por delante no se preocupan y los viejos se preocupan por los pocos meses o años que les quedan. —Se volvió y se dirigió hacia la puerta—. ¿Estamos a salvo? ¿Quién lo sabe? ¿Cuando se apagan las luces, hay alguien a salvo?

Roth recordó el apagón en Nueva York en 1977, las depredaciones e incendios.

Claudia se volvió hacia él.

—Ninguno de nosotros desea quedar atrapado en un país a punto de morir. Usted recuerda cómo era eso, *Herr* Roth.



Roth recordaba exactamente cómo había sido. Muertos de hambre, suicidios en masa, ejecuciones sumarias y enfermedad. Los días eran pesadillas y las noches, el infierno.

—Pero es nuestro deber y nuestro destino ser testigos de esto —agregó Claudia—. Si triunfamos y sobrevivimos seremos premiados.

Roth asintió. Eso le dijeron en Berlín en 1945. Pero esa vez por lo menos no había más explotadores del pueblo ni enemigos de la revolución. Qué raro, pensó, cuánto tiempo hacía que no hablaba o pensaba con palabras y consignas de ese tipo. De golpe se le ocurrió que hacía mucho tiempo que había dejado de creer en la revolución.

Claudia pareció adivinar sus pensamientos.

—Es demasiado tarde, Roth. —Luego agregó en un susurro—: Mañana por la mañana el sol saldrá sobre un mundo nuevo. La lucha habrá terminado y podrá descansar. Simplemente tiene que sobrevivir las próximas veinticuatro horas. —Y se marchó de la habitación.

Roth volvió a mirar el cuerpo inconsciente de su esposa. Recordó como si fuera ayer el último mensaje que recibió de Henry Kimberly en Berlín. Era, palabra por palabra, el susurrante mensaje que acababa de recibir de esa mujer.

George Van Dorn permanecía en su estudio de la planta baja y miraba por la ventana.

—Es toda una fiesta. Me ha salido bien.

Tom Grenville, de pie en el centro de la habitación, estuvo de acuerdo.

—Muy agradable, George. ¿Vamos afuera?

—No. Odio las fiestas.

Grenville se encogió de hombros. George Van Dorn reflexionó, era de alguna manera como su mítico vecino Jay Gatsby, que daba fiestas perfectas a las que nunca asistía.

—¿Puedo servirte una copa, George?

—No. Quiero tener la cabeza despejada esta noche.

Grenville levantó las cejas.

—Y tú deberías hacer lo mismo —agregó Van Dorn.

Grenville miró la copa que tenía en la mano y la colocó sobre una mesa.

Van Dorn se apartó de la ventana y se puso a pasear por la habitación, con las manos a la espalda. Grenville lo observó entre los mapas de la Segunda Guerra Mundial que colgaban de las paredes y un gran globo terráqueo colocado en el centro del estudio. Le recordó a Napoleón meditando sobre el destino del mundo.

—¿En qué estás pensando, George?

—En muchas cosas. —Dejó de pasearse y miró el reloj de la repisa de la chimenea—. Supongo que debo comenzar mi asalto a las posiciones enemigas.

—¿Asalto...? Oh, los fuegos artificiales. —Grenville sonrió.

Van Dorn asintió.

—Siéntate, Tom. Quiero hablar contigo.

Grenville se sentó en el borde de una silla de respaldo recto.

Van Dorn permaneció de pie. Guardó silencio por un rato y luego dijo:

—Tu padre era un hombre al que yo respetaba. Su muerte después de la guerra por el trato brutal que recibió en el campo de concentración japonés me conmovió profundamente. Más, creo, que si hubiera muerto en la batalla.

Grenville asintió cautelosamente.

—De todas maneras, fuera de ese respeto, voy a hablarte como si fuera un tío. Sobre tu mujer.

La cara de Grenville reveló algo de desilusión, como si esperara que Van Dorn quisiera hablarle de algún asunto importante.

—Oh... —Su rostro tomó una expresión neutra.

—Quiero ser prudente, pero al mismo tiempo directo. —Van Dorn encendió un cigarro y exhaló el humo—. Ella se dedica a fornicar con casi todo el mundo. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Oh... —Grenville se pasó la mano por el cabello y bajó la cabeza. Su problema doméstico se estaba convirtiendo en un problema profesional. Eso era serio. Levantó la cabeza—. Me divorciaré de ella.

—Normalmente estaría de acuerdo. Pero tengo una idea mejor... —Se frotó el mentón y continuó—: Joan está en muy buena forma física como cualquiera puede verlo. —Contempló a Grenville, que parecía algo turbado—. Sabes, Tom, que durante la guerra la OSS reclutó a toda clase de gente. Muchos reclutamientos se hicieron por una utilidad momentánea. Si una persona tenía una habilidad o un atributo necesario, entonces él o ella eran reclutados, en general para una sola misión.

—George, si estás sugiriendo que debo permitir que usen a mi mujer... que usen su atractivo físico para alguna misión...

Van Dorn lo interrumpió con un gesto.

—No, Tom, puedo encontrar cincuenta mujeres fatales. Estoy interesado en su cuerpo, pero de una forma periférica. Lo que tengo en mente es una misión que requiere alguien con una buena cantidad de aguante, junto con un cuerpo delgado. Además de todo su encanto, Joan tiene el cuerpo de un chico. —Pensó para sí: «He visto mejores tetas y trasero en una víbora».

Grenville se aclaró la garganta.

—No creo que Joan considerara siquiera...

—Tengo un expediente tan grande sobre ella que puedes ponerte encima y cambiar la bombilla del techo. Será la divorciada más pobre de Scarsdale o tendrá que jugar el juego. —Van Dorn contempló a Grenville—. También quiero que sepas que hay peligro en...

La puerta se abrió de golpe y Van Dorn se volvió rápidamente con la mano en el bolsillo.

Entró Kitty Van Dorn, con una bandeja en la mano.

—Estabas aquí.

—Y aquí estás tú —respondió Van Dorn.

—Y Tom. ¿Dónde está Joan? Hace rato que no la vemos. —Kitty sonrió.

Grenville se puso de pie y sonrió débilmente.

—Fue al cuarto de baño...

—¿Qué estáis haciendo los dos en este cuarto lleno de humo?

—Tom y yo estamos teniendo una relación homosexual, Kitty —replicó Van Dorn.

—Oh, George. Prueba el paté. Siéntate.

Grenville hizo lo que le decía en el mismo orden.

—*Ginger* adora el paté.

—Tengo una mujer que se llama Kitty y una gata llamada *Ginger* —comentó Van Dorn.

Kitty alcanzó la bandeja a su marido.

—Esta vez, Karl realmente se ha superado. Nunca vi tanta variedad de cosas.

Van Dorn se sirvió una tostada cubierta de salmón rosado. Notó los globitos de lo que parecía aceite o glicerina, vaciló y luego se la metió en la boca. «Comida de gatos. La próxima vez voy a hacer carne asada y salchichas». Kitty colocó la bandeja sobre el escritorio.

—George, todos están esperando los fuegos artificiales.

—Bueno si ellos los pagaron, díles que den la orden cuando estén listos.

Una sombra cruzó la cara de Kitty como si acabara de recordar algo.

—¿George, quiénes son los encargados? Nunca los había visto antes. ¿Qué sucedió con los Grinaldi?

—Ellos mismos se hicieron estallar.

Kitty se volvió hacia Grenville.

—Los Grinaldi tienen reputación en todo el país como pirotécnicos. George lo sabe bien.

Grenville asintió.

—Sí, claro...

Van Dorn se volvió abruptamente hacia su esposa.

—¿Has visto a Pembroke?

—Pembroke...

Van Dorn aclaró irritado:

—El inglés alto con un cubito de hielo en el trasero.

—Oh... sí... el amigo de Tom... y Joan... —Miró de reojo a Grenville al recordar que durante la fiesta del 1 de mayo tuvieron un problema y se volvió rápidamente hacia su marido—. El señor Pembroke no se sentía bien y subió a su habitación.

—Manda a alguien que lo busque.

—No se sentía bien...

Van Dorn sopló su cigarro con un gesto de conocida indignación para su esposa que se dirigió rápidamente hasta la puerta.

—Sí, querido. —Se marchó.

Van Dorn echó una mirada de reojo a Grenville para ver si había aprendido la lección de cómo tratar a una esposa.

Grenville lo miró incómodo. Se puso nuevamente de pie y dijo:

—Supongo que es mejor que me vaya.

—Supongo que es mejor que no.

Sonó una campanilla y Van Dorn cruzó la habitación y desapareció detrás de un biombo de seda japonés; reapareció con una hoja de télex y caminó hasta una caja de seguridad oculta detrás de un cuadro. Abrió la caja y sacó un pequeño libro de códigos y alcanzó ambas cosas a Grenville.

—Descifra este mensaje, luego terminaremos la discusión sobre tu mujer.

Grenville recibió el mensaje y el libro y se instaló en el escritorio de Van Dorn.

George Van Dorn abrió las puertaventanas que daban a un pequeño jardín al lado de la casa, separado de toda la actividad de la parte trasera. Se dejó caer en un antiguo sillón de madera y fumó su puro mientras oía los ruidos de su fiesta.

Pensó en Pat O'Brien dándose cuenta de que el sombrío manto del mando caería sobre sus hombros, pese a que ni él ni nadie sabían cómo se decidían esas cosas.

También pensó en Styler, Tanner y Abrams y se preguntó cómo les habría ido. La opinión de Van Dorn sobre Abrams comenzó en una simple tolerancia que se convirtió en un creciente respeto después de que le informaron de sus recientes actividades. Tenía que aceptar que O'Brien conocía a los hombres.

Pero, concluyó Van Dorn, tenía que haber un hombre al que O'Brien creyera conocer bien como para permitirle estar a su lado, pero no lo bastante bien como para sospechar que ése iba a ser su asesino.

Van Dorn miró hacia la claridad del cielo de esa noche. Qué curioso, pensó, que el infierno estuviera abajo y los cielos arriba, cuando el final, al llegar, vendría desde los cielos, como casi todos los escritos apocalípticos lo predecían.

Y estaba llegando. Eso lo habían descubierto. Pese a que ninguno de ellos conocía exactamente cuándo o cómo. Pero Van Dorn sabía lo suficiente como para tratar de detenerlo y lo bastante como para saber que era algo cercano.

Marc Pembroke regresó a su habitación.

—¿Viste alguna luz?

—Sí. —Joan Grenville siguió mirando por la ventana, temerosa de su reacción si se volvía—. Hace unos dos minutos.

—¿Pudiste ver el coche?

—Sí, cuando pasaba por la carretera, pude ver un destello. Eran las luces de un

Lincoln.

Pembroke tomó los prismáticos y enfocó la casa de los soviéticos.

—¿No viste las luces altas?

—Bueno...

Se volvió hacia ella.

—Sí. Estoy segura, dos veces. Vi los árboles iluminados.

Pembroke tiró los prismáticos sobre la cama y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

Joan lo llamó.

—Marc..., hay algo que quiero decirte.

Se volvió y preguntó con impaciencia:

—¿Qué?

—Tony Abrams... el viernes por la noche fue a mi habitación en la casa del centro...

Pembroke le dio la espalda y tomó el picaporte.

—¿Qué importa?

—No... no estoy confesando... quiero decir, no lo hicimos... pero me dijo algo que se supone debo decir...

Pembroke dejó el picaporte y se volvió.

—Continúa.

—Tony dijo que si desaparecía o lo mataban, debía darle un mensaje a Katherine Kimberly. —Miró a Pembroke—. ¿Le ha sucedido algo?

—Cualquier informe sobre su muerte sería prematuro, pero yo no le garantizaría un seguro de vida. ¿Qué tenías que decirle a Katherine?

Joan vaciló. Muy a pesar suyo había absorbido con el correr de los años ciertas rudimentarias precauciones y no estaba segura de si Pembroke era la persona indicada para recibir el mensaje. Pero tampoco creía que Katherine —una mujer— fuera adecuada para recibir secretos. Y Marc la había estado interrogando sobre esto y aquello y parecía preocupado por Tony Abrams. Sin embargo...

Pembroke cruzó la habitación y se detuvo frente a ella. Deslizó las manos por debajo de los brazos de Joan y dijo:

—Vamos, Joan. Todo está bien.

Lo miró a los ojos y supo que todo iba a estar bien si hablaba, pero que si no lo hacía, nada iba a estar bien.

—Puedes decírselo a Katherine si quieres. Tony dijo: «Descubrí en la azotea que Claudia es amiga de Talbot». —Se encogió de hombros—. Eso es todo. ¿Sabes qué quiere decir?

—¿Por qué confió en ti?

—Dijo que yo era la última persona que estaría implicada en una intriga que no tuviera nada que ver con el sexo.

Pembroke asintió. Había llegado a la misma conclusión sobre Joan. Abrams

juzgaba bien. También era interesante que Abrams dejara así su aviso a Katherine. Pensaba que ella era de fiar, pero no iba a arriesgar su vida apostando a eso. Era mejor que quedara como una revelación póstuma. Si estaba equivocado, nadie podría matarlo. Pembroke soltó a Joan.

—Vístete y vuelve a la fiesta. Si no regreso dentro de una hora, dile a Katherine lo que te dijo Abrams. —Se volvió y caminó hacia la puerta.

—¿Qué diablos va a suceder ahora? ¡Marc!

—Un asunto legal. —Se apresuró a abrir la puerta.

Kitty Van Dorn, fiel al dicho de que si uno quiere que algo salga bien, debe hacerlo uno mismo, estaba por picar a la puerta. Sonrió.

—Oh, Marc, George quisiera verte si te sientes... —alcanzó a ver la figura desnuda de Joan Grenville y dejó escapar un gemido, una curiosa mezcla de desilusión y desesperación, como si de alguna manera la fiesta se hubiera estropeado definitivamente por culpa de esa conducta bestial y egoísta bajo su propio techo—. Oh...

Pembroke se disculpó formalmente y se alejó con rapidez.

Joan Grenville sonrió con nerviosismo.

—Oh, Kitty...

Kitty Van Dorn se llevó una mano a la frente y volviéndose se alejó por el corredor.

Stanley Kuchick estaba sentado con las piernas cruzadas en el rincón más alejado de la piscina vacía, con una bandeja con pastel y tres botellas de cerveza alineadas contra la pared. Se limpió la boca con la manga y eructó.

—¡Eh! —lo llamó un hombre desde el fondo de la piscina vacía—. ¿Eh, no se supone que deberías estar trabajando?

Stanley miró hacia la parte profunda de la piscina olímpica, débilmente iluminada, y contestó:

—Estoy en el recreo.

—Te estás masturbando.

—No, estoy en un descanso.

—Seguro. Levanta tu trasero y ven a echarnos una mano o te despido.

—Mierda. —Stanley dejó a un lado la bandeja, tomó una botella de cerveza y se acercó malhumorado. Las tres cuartas partes del suelo de la piscina estaban cubiertas de cajas, alambres y grupos de lanzacohetes, preparados para ser lanzados.

El hombre que le había llamado le habló con un poco más de amabilidad.

—Yo soy Don. Ellos son Vally y Lou. ¿Cuál es tu nombre?

—Kuchick. Stanley Kuchick.

—Polaco.

—No. Checoslovaco.

—Es lo mismo.

Stanley miró a los tres hombres. Eran viejos. Treinta y pico de años, calculó. Vestían *jeans* oscuros y polos color caqui. Estaban todos sudados.

—Somos pirotécnicos —dijo Don—. ¿Sabes lo que significa eso?

Stanley miró a su alrededor y observó las cajas con letras en chino.

—Supongo que quiere decir que tiran fuegos artificiales.

—Chico listo. ¿Ves esos barriles? Cuando comencemos a disparar, te ocuparás de meter todo lo que sobra en los barriles. Si lo haces bien podrás disparar también.

Stanley se debatía entre la curiosidad innata y su haraganería habitual.

—Bueno. Pero tengo que regresar dentro de un rato.

—De acuerdo. Puedes empezar ahora. Toma esas cajas vacías de cartón y aplástalas. Pero no toques nada más, no aprietes ningún botón y no fumes.

—Bueno. —Stanley comenzó a juntar cajas y las apiló dentro de los grandes barriles de madera.

Después de un rato volvió al centro de la piscina en donde estaba camuflado algo que parecía una pila de cajas. Se acercó y leyó: «81 MM ALTA TEMPERATURA».

Continuó mirando el embalaje un rato y pensó: «Deben de usar esto para guardar cosas».

Miró a su alrededor subrepticamente, luego abrió la cobertura para espiar. Situado en el piso de cemento de la piscina había un largo tubo de metal apuntando en un ángulo de cuarenta y cinco grados. El tubo estaba colocado sobre una base redonda sostenida por un soporte de dos pies. Era, Stanley lo sabía, un arma mortal de ochenta y un milímetros y apuntaba hacia la casa de los soviéticos.

¡Mierda!

Abrams se agazapó contra la pared. La situación no había mejorado. Ni tampoco se había deteriorado. El tren no había pasado sobre su cabeza, por lo que supuso que era tarde. El tiempo y el espacio parecían congelados en ese lugar negro y silencioso y la única señal de vida era su propia respiración y el latido de su corazón.

Decidió que necesitaba ayuda y como nadie parecía estar a mano para ayudarlo, se inventó un amigo imaginario, uno peligroso.

—¿Pembroke? ¿Eres tú? —Su voz retumbó en el túnel. Esperó, pero no hubo disparos. Volvió a llamar—. Sí, están aquí abajo. ¿Puedes bloquear la otra salida? —Hizo otra pausa—. Bien. Me quedaré aquí.

Escuchó y oyó los inconfundibles sonidos de la retirada de Kalin y Vasili llevando a sus accidentados.

Abrams resistió, luego se dejó llevar por un impulso infantil. Gritó hacia el túnel en un casi perfecto ruso:

—Kalin, dile a Androv que el judío le manda saludos. —Esperó un segundo y luego, pese a sus dolores y su debilidad, se lanzó escaleras arriba, hasta que se dio cuenta de que ya estaba fuera de la vista desde el túnel. Se detuvo y miró hacia la zona de estacionamiento.

Un Ford negro era visible, con la trasera frente a él. Tenía matrícula diplomática. Supuso que pertenecía a los soviéticos. Podía ver la cabeza del conductor y la de otro hombre sentado a su lado. Ése era el automóvil que iba a llevarle a dar un paseo si los hubiera seguido pacíficamente.

Subió un poco más, pero no vio a nadie. Oyó un ruido y se quedó rígido, escuchando. Era el tren a Manhattan, que venía a lo lejos.

Subió los últimos escalones y accedió al andén. Lanzó una mirada hacia los soviéticos del coche. Lo descubrieron. Un hombre lo observaba y Abrams pudo ver, pese a la luz débil, que el conductor se llevaba algo a la cara: un radiotransmisor. Comenzó a caminar hacia el edificio de la estación, unos cincuenta metros más adelante. Había unas diez personas esperando en el andén. Detrás de él, el del tren dio dos cortos silbidos y las vías temblaron.

Del otro lado de las vías vio otro Ford negro que se movía paralelamente a él, a través del estacionamiento del lado opuesto. Pudo ver el rostro del pasajero y pensó que podría ser Kalin.

Abrams se detuvo a unos cinco metros del grupo de gente y los miró. Todos parecían correctos. Kalin nunca había supuesto que llegarían tan lejos. Muchas personas le miraban a él. Se dio cuenta de que tenía sangre en la cara, en las manos y en la camisa. También que estaba sin zapatos. Deseó que un buen ciudadano llamara



a la policía.

Decidió evaluar la situación: había perdido su portafolios, pero no tenía nada allí, excepto el expediente de la misión soviética contra Van Dorn. Había perdido su licencia para portar armas y eso podría traerle algún problema legal, suponiendo que alguien pudiera interesarse después de que cayeran las bombas o lo que fuera a suceder. Pero no había perdido la vida y eso era una ventaja.

Se preguntó si habrían atrapado a Sam Hammond en el túnel, en el tren o en la estación Penn. También se preguntó dónde diablos estaba su protección. ¿Lo habían dejado solo a propósito? No, lo querrían con vida para que informara. Si supieran que se había encontrado con Henry Kimberly, le habrían enviado una limusina.

El tren pasó silbando otra vez y aminoró la marcha hasta detenerse.

Abrams caminó entre los pasajeros que subían y bajaban. Subió a la plataforma que conectaba los dos últimos vagones. El tren volvió a ponerse en movimiento. Abrams esperó hasta que pasara al lado del edificio de la estación, que tapaba la vista de los soviéticos desde la zona de estacionamiento. Saltó del tren en movimiento y rodó de espaldas. Rápidamente se dirigió al ala más alejada del edificio hasta la parada de taxis y encontró uno estacionado. El conductor, un joven negro, dormía sobre el volante. Abrams, todavía agachado, abrió la puerta de atrás y se deslizó rápidamente. Se tiró al suelo y desde allí, sacudió el hombro del chófer.

—¡Vamos!

El chófer se despertó sobresaltado.

—¿Qué? ¿A dónde? —Automáticamente puso en marcha el motor—. ¿Qué? ¿A dónde va? —Miró por el espejo retrovisor—. ¿Dónde está?

—Atrás. Dese prisa.

—¿Que vaya a dónde?

—A la mansión de Van Dorn. Una propiedad en Dosoris Lane. Vamos.

El coche comenzó a moverse lentamente.

—¿Está bien?

—He perdido el cepillo de dientes. Vaya más deprisa.

El chófer tomó rumbo a la salida del estacionamiento.

—¿Quiere la luz encendida?

—No. Conduzca.

—¿De quién escapa?

—De la policía secreta soviética.

El chófer silbó.

—¿Qué mierda quieren de usted?

—Siempre me están tirando mierda. —Abrams se acomodó en el suelo del automóvil. El chófer dobló hacia el norte.

—¿Van Dorn, ha dicho? No es difícil encontrarlo. Hay que seguir a los fuegos artificiales.

Abrams miró por la ventanilla y vio los estallidos en el cielo.

—¿Nos están siguiendo?

El chófer miró por el espejo.

—Hay luces... no sé si nos siguen.

—Bueno, suponga que nos siguen y dese prisa.

El coche ganó velocidad.

Abrams jugó con la idea de que el chófer fuera del enemigo, pero luego decidió que estaba influido por demasiadas películas de espías.

—¿Cuál es su nombre?

—Wilfred.

Abrams le mostró la tarjeta de su billetera.

—Departamento de policía de Nueva York, Wilfred. Apaga las luces.

El conductor lanzó una mirada a la tarjeta de identificación.

—De acuerdo, jefe, pero éste es el condado de Nassau.

—No te tortures por la geografía. Somos todos estadounidenses.

El chófer aumentó la velocidad, luego miró por el espejo y dijo:

—Nos siguen.

—¿Qué coche tienen?

Wilfred volvió a mirar por el espejo.

—Parece un Ford negro. Son cuatro.

De repente se detuvo.

—¿Qué sucede, Wilfred?

—Un atasco. Siempre pasa aquí cuando comienzan los fuegos artificiales.

—¿Siguen detrás de nosotros?

—Me están besando el culo.

—¿Hay policías delante?

—Sí.

Abrams se incorporó y miró por la ventanilla trasera. El coche negro, estaba, como dijera Wilfred, casi pegado al taxi. Podía ver a los cuatro hombres a través de la ventanilla. Unos cien metros más adelante estaban los coches de la policía. Abrams dio al chófer un billete de veinte dólares.

—Gracias, Wilfred. No pareces soviético. Nunca debía haber dudado de ti.

Wilfred asintió.

—¿Va a arrestar a esos tipos?

—Ahora no. —Abrió la puerta y comenzó a caminar por la carretera. Algunas personas lo miraron desde los coches detenidos. Oyó que se abría una puerta, seguido de unos rápidos pasos. Un hombre apareció detrás de él y dijo:

—Estabas aquí.

Abrams siguió caminando y contestó:

—Si eres la caballería, llegas un poco tarde.

Pembroke se puso a su lado.

—Lo siento, viejo. Dejaste a Iván un poco antes de lo que pensábamos. El tráfico

en la estación era terrible. Noche de fiesta. Sin embargo, no es una excusa.

Abrams no contestó.

—Por otra parte —continuó Pembroke— puse a un tipo en el tren unas estaciones antes para que te cuidara.

—Muy amable. ¿Qué tal si me das un cigarrillo?

Pembroke se lo dio y lo encendió; luego dijo:

—Se te ve un poco desarreglado. Te encontraron en el túnel, ¿no? Sabía que no iban a atraparte en la casa, por supuesto, pero pensé que lo harían en el tren o al regreso, en Manhattan.

—Bueno, ellos tenían otras ideas.

—Sé que estás molesto y me disculpo por ello. —Miró hacia abajo—. Estás rengueando. ¿Podrás llegar sin zapatos?

—¿Puedo entrar en la casa de Van Dorn con los calcetines sucios?

Pembroke sonrió.

—Te haré entrar de contrabando por la puerta de servicio.

—Magnífico.

Caminaron un rato más y Pembroke dijo:

—¿Por qué has vuelto aquí?

—Porque decidí no tomar el tren.

Pembroke asintió y después de un minuto siguió hablando.

—Sin embargo, nunca intentaste tomar ese tren, ¿no? Descubriste algo de valor inmediato. Por eso hiciste encender las luces altas. Pensaste que te íbamos a encontrar en la estación para traerte a casa de Van Dorn.

—Puede ser.

Otra vez Pembroke asintió.

—Bueno, eso no es asunto mío, a menos que alguien decida lo contrario. Pero voy a conseguirte una audiencia con George.

—Eso es todo lo que quiero.

—Siento muchísimo lo que pasó. ¿Pensaste que te dejé colgado a propósito?

Abrams arrojó su cigarrillo.

—Mientras estaba en el túnel, ese pensamiento se cruzó por mi mente.

—Yo estoy de tu lado, Abrams. Me hiciste un inmenso favor al permanecer con vida. Podrías haber estropeado mi carrera.

—La mía también.

—¿Quieres trabajar para mí?

—¿Cuál es el producto de tu trabajo?

—Cadáveres. Supongo que lo sabes. La paga es excelente.

—No, gracias.

—Eres muy bueno. Hablas ruso, eres expolicía...

—¿Tienes seguro médico?

—Por supuesto. Estoy protegido por las leyes del estado de Nueva York.

Tecnologías Inglesas. Una prestigiosa oficina en Rockefeller Center, secretaria, agua helada...

—Lo pensaré.

—Bien.

Se acercaron a los portones de la finca soviética. Esa noche no había manifestantes y los vehículos de la policía estaban alineados.

—La policía puede llegar a sentir curiosidad por tu aspecto —dijo Pembroke.

Abrams se quitó la chaqueta y la arrojó detrás de un arbusto, se arremangó la camisa y se quitó los calcetines. Luego tomó el pañuelo que le alcanzó Pembroke y se limpió las manos y la cara.

—¿Tengo aspecto campestre y veraniego?

—Bueno... en la oscuridad. Vamos, entonces.

Continuaron caminando entre los coches de la policía, provocando algunas miradas duras e inquisidoras. Después de unos minutos comenzaron a ver el camino a la finca de Van Dorn y Pembroke dijo:

—Es una muy buena fiesta, y después de que informes podrás disfrutar de ella. Te conseguiré ropa.

—¿Claudia está allí?

Pembroke echó una mirada a Abrams y contestó con ligereza.

—Sí, pero Katherine también. Ten cuidado, viejo. No has llegado tan lejos para terminar acuchillado por una mujer celosa —rió.

Abrams se detuvo para sacarse algo que le molestaba en el pie.

—¿Está Thorpe?

—No.

Abrams continuó caminando.

—¿Dónde está?

—En realidad no lo sé. Sabes, Abrams, me pregunto si no hemos cometido un error no matándolo cuando teníamos la oportunidad.

—¿Cuando empezamos a ser nosotros?

—Bueno, quiero decir...

—Escucha, Pembroke, nunca maté a sangre fría, pero hubiera matado a Thorpe. Sin embargo tú, que has hecho del asesinato una industria casera, no mataste al hombre que más se lo merecía.

Pembroke no respondió inmediatamente; luego asintió.

—Sí, quizá tengas razón.

Abrams se secó el sudor de la frente. La noche estaba tranquila y la caminata empezaba a cansarle. Los días que comenzaban al alba nunca le sentaban bien. Los días que incluían hechos criminales, hacer el amor y pensar mucho lo dejaban exhausto. Bostezó.

—Joan Grenville me contó lo de Claudia. Hubiera querido saberlo antes.

—Todos desean haber sabido antes las cosas —dijo Abrams—. Yo desearía haber

sabido esta mañana quién ganaría esta tarde el Metropolitan de Belmont. ¿Y qué? ¿Qué vas a hacer con Claudia? ¿O ya lo habéis hecho?

—Ella está entre los vivos. No es asunto mío decidir lo que hay que hacer con ella, y tuyo tampoco.

—Nunca pensé que fuera asunto mío.

Pembroke agregó:

—Estoy sorprendido de que O'Brien y Asociados la hayan aceptado. Yo no he tenido hasta ahora experiencia con los residentes del bloque oriental. —Pensó durante un momento y luego dijo—: pero quizá ella se dio la vuelta o siempre ha sido agente doble. Por eso no se puede ir admitiendo gente por ahí hasta no conocer los hechos.

—Bien, como la noche del viernes Claudia me hizo subir para que me tiraran de la azotea, debía de estar trabajando para ellos.

—Me preguntaba quién te indujo a subir a la azotea. Tu historia parecía tener algunos fallos. En realidad, yo había pensado que podría ser Joan e incluso Katherine.

—No, fue Claudia.

—Interesante... pero no dejes de lado la posibilidad de que lo haya hecho para demostrar su *bona fides* con Thorpe y/o los soviéticos. Algunas veces un agente debe sacrificar a otro para establecer su propia credibilidad.

—Jugáis un juego muy sucio.

—Oh, no yo; por eso me mantengo fuera de este asunto, Abrams.

Matar gente es mucho menos confuso. A mi padre le gustaba la intriga, yo lo encuentro de una moral demasiado ambivalente para mi gusto.

—¿Tu padre estaba en el servicio de inteligencia?

—Sí, recientemente retirado.

Continuaron por el camino hasta que de repente Abrams preguntó:

—¿James Allerton está con Van Dorn?

Pembroke lo miró fijamente durante unos instantes.

—No. Regresó a Washington. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Va a estar con el presidente este fin de semana?

Pembroke consideró la pregunta antes de contestar.

—No estoy seguro. El presidente está en Camp David, según los periódicos. ¿Por qué es necesario saber si Allerton está con el presidente?

—Puede ser necesario para ponerse en contacto con el presidente. Pensé que Allerton estaba con él, Van Dorn podría llegar más rápido a través de Allerton...

—¿Es urgente?

Abrams lo miró.

—Creo que sí. Pero tú no estás interesado en esa parte de la intriga.

Pembroke sonrió amablemente.

—Normalmente, no. Pero cuando la gente comienza a sugerir que el conocimiento de lo que hacen los soviéticos puede ser útil para la supervivencia, mi interés crece.

—Debo hablar con Van Dorn —replicó Abrams.

Caminaron en silencio, luego cruzaron la ruta y entraron en la finca de Van Dorn. Un guardia de seguridad sentado en un coche reconoció a Pembroke y lo saludó con la mano. Abrams siguió a Pembroke y vio las luces de los fuegos artificiales que estallaban desde la parte trasera de la casa brillantemente iluminada.

—¿Puedo confiar en Van Dorn? —preguntó Abrams.

—Por Dios, espero que sí —respondió Pembroke—. Creo que él ahora maneja el espectáculo.

—¿Por qué no ir al FBI?

—Puedes hacerlo si lo deseas. O a la CIA. Los dos están muy cerca. Si decides ir yo te llevaré con mi coche, es decir, te sacaré de aquí. —Rió.

Abrams lo miró de reojo y entendió perfectamente el significado de esa frase.

—Vamos a hablar con Van Dorn.

Viktor Androv permanecía de pie frente a la ventana que daba al norte, dando la espalda a los tres hombres que se encontraban en la habitación. Miró hacia la casa de Van Dorn. Androv se imaginó que estaba observando una miniatura de la explosión que muy pronto iluminaría la mayor parte del continente norteamericano por unos breves pero fatales segundos.

—Por lo menos no aturde con su música. Bueno, después de esta noche, nunca más nos volverá a molestar.

Androv se volvió y encaró a Alexei Kalin, que permanecía en posición de firmes.

—¿Entonces Alexei, dónde nos equivocamos, amigo mío? Tenías a tres hombres entrenados en el túnel. Dos coches, cada uno con dos hombres, lo que hace un total de... déjame ver... sí, ocho hombres, incluyéndote a ti, todos agentes de la *Komitet Gossudarstvennoy Bezopasnosti*, la agencia de seguridad del estado más temida del mundo. Se os pidió que trajerais a un judío para ser interrogado. ¿Es cierto?

—Cierto. —Kalin asintió con rigidez.

—Entonces... entonces no era una misión particularmente difícil, ¿no es cierto, Alexei?

—No, no lo era.

—Pero en lugar de traerme al judío, regresas con un hombre muerto, cuya pobre esposa está esperando abajo para que le digas dónde está su marido. También te presentas con el infortunado Feliks, que parece que fue golpeado y acuchillado por sus camaradas y Vasili que aparenta sufrir una terrible confusión mental. Y mírate. Estás inmundado.

Kalin permaneció mirando al frente.

—Quizá tengas una explicación de qué pasó con el judío.

—No tengo explicación.

—¿No? —preguntó Androv con amargo sarcasmo—. ¿No hay una explicación lógica para este deplorable fallo? Por lo menos dime que el judío contó con la intervención divina. Dime que Moisés descendió sobre ti en la oscuridad para ayudarlo. Es más fácil que crea eso que un solo judío haya podido contra cuatro hombres de la KGB. Por favor, Alexei, déjame informar a Moscú de que Dios existe y trabaja para los judíos.

El rostro de Kalin permanecía impassible. Sabía que lo que Androv dijera finalmente a Moscú los exoneraría a los dos. Feliks y Vasili no lo pasarían tan bien. Kalin, por supuesto, estaría a disposición de Androv hasta pagar su deuda o hasta que las cosas se dieran la vuelta. Así funcionaba el sistema.

Androv terminó su perorata y agregó:

—Lo que siento es que nuestro distinguido huésped sea testigo de esto.

Henry Kimberly estaba sentado en una silla, con las piernas cruzadas y las manos juntas. Llevaba pantalones deportivos, chaqueta azul y mocasines. Dijo en ruso:

—Por favor, no me consideres otra cosa que un hombre leal al partido.

Androv protestó.

—Pero es que eres un distinguido huésped. Antes de que termine esta semana serás el hombre más famoso de América. Quizá del mundo. Serás el nuevo presidente estadounidense.

Henry Kimberly no dijo nada.

Androv se volvió hacia Kalin.

—Bueno, Alexei, toma asiento. Tenemos que recibir a otro estúpido. Tu amigo Thorpe. —Miró a Kimberly—. ¿Estás deseando conocer al amante de tu hija?

Kimberly pareció algo sorprendido por la pregunta.

—Realmente, no.

Androv se instaló en otra silla giratoria.

—Si quieres, Henry, podemos hacer que la traigan esta noche.

Henry Kimberly permaneció inmóvil en su asiento. Pensó en Katherine cuando la vio por última vez, una niña de dos años. De golpe recordó la foto que le envió antes de su supuesta muerte y recordó que alguien, creía que Thorpe, le había dicho a Kalin que esa foto colgaba en la oficina de Katherine. Pensó también en su hija Ann y recordó las cartas que se enviaban. Tuvo que dejar todo eso atrás en Brompton Hall cuando se marchó a Berlín. También tuvo que dejar atrás a Eleanor, sus últimas palabras para ella fueron: «Te veré en dos semanas, Ellie. Para entonces la guerra habrá terminado y abriremos una botella de Moët del 37».

Había dejado sus asuntos en orden, como lo hace cualquier hombre que parte en una misión arriesgada. Pero no hizo nada, ni llevó nada consigo que hiciera pensar que sabía que no regresaría más. En realidad, recordaba con un toque de ironía, le había pedido prestados cien dólares a George Van Dorn antes de partir para Berlín. Con intereses, le debía cuatro mil dólares.

Androv tosió.

—La decisión sobre tu hija es totalmente tuya, Henry. Pero debes saber que ahora Karl Roth está envenenando a todos los de la finca de al lado.

Kimberly no pareció conmovido por las noticias.

—Elegimos una sustancia extremadamente rara —continuó diciendo Androv—, para la que no hay antídoto conocido en Occidente, pero nuestro director de Operaciones Tácticas ha desarrollado un antídoto. Si traemos a tu hija dentro de cuatro horas, podrá ser salvada. —Miró a Henry Kimberly—. Por favor, avísame.

—¿Qué es lo que dijo el novio de ella?

Androv sonrió lentamente antes de contestar.

—Ah, los jóvenes son inconstantes. Él ya no la ama, pero no le importará si ella vive para ver cómo la ola del futuro se lleva sus castillitos de arena. Creo que la



quiere conservar como sirvienta. Es un joven maligno.

Kimberly asintió y luego contestó:

—Si podéis salvarla sin arriesgar la misión —hizo un gesto hacia Kalin— o a ningún otro hombre, entonces hacedlo. Pero no tengo ningún deseo de verla. Si la traéis aquí, mantenedla alejada de mí.

—Sí —estuvo de acuerdo Androv—, sería perturbador para ti encontrarla. Y tienes un trabajo importante que hacer.

—Por favor, no anticipes mis reacciones psicológicas.

—Perdóname. —Androv observó durante un momento a Kimberly. Después de estar un mes bajo el mismo techo, Androv no podía comprender las motivaciones de ese hombre y mucho menos sus deseos, necesidades, temores o aspiraciones. Sin embargo, Kimberly era en muchos aspectos como tantos otros desertores de Occidente que había conocido en Moscú; extranjeros en tierra extraña, detenidos en un tiempo pasado.

Kimberly se volvió hacia Kalin.

—¿Conoces bien a Peter Thorpe?

—Soy su oficial de control.

—¿Te cae bien? ¿O te parece, como sugirió Viktor, que es un joven maligno?

Kalin respondió en forma diplomática.

—Es algo... raro. Pero puede ser encantador con las mujeres.

Kimberly asintió.

—Eso lo heredó de su padre verdadero. James Allerton no era un mujeriego. —Sonrió y preguntó a Kalin—: ¿Es la clase de hombre que voy a querer tener cerca para que me ayude?

Los ojos de Kalin se encontraron con los de Androv, y éste último contestó la pregunta.

—Es la clase de hombre al que debería matarse. —Agregó con rapidez—: Pero eso lo decidirás por ti mismo, por supuesto. Vamos a hacerlo entrar. También he invitado a otros a los que apenas conoces. —Apretó el intercomunicador—. Hazlos pasar.

Androv miró la extensión del gran desván. Las paredes estaban cubiertas de consolas electrónicas cuyas luces proporcionaban casi toda la iluminación de la habitación. En el extremo más alejado, a unos treinta metros, un hombre solo, el oficial de comunicaciones, se encontraba inclinado sobre la radio que estaba en contacto permanente con el Kremlin.

—Caballeros —dijo Androv—, no sé el momento exacto del Golpe, pero creo que será antes del amanecer. —Señaló al otro lado de la habitación—. ¿Ven esas luces fijas verdes? —los dos hombres se volvieron y miraron las luces verdes, brillando como los ojos de un gato en la noche. Androv continuó—: Ésa es la alerta más importante que hemos tenido de Moscú, significa que el Golpe es inminente. Hay una tercera luz verde que comenzará a parpadear cuando se inicie la cuenta atrás.

Cuando las tres luces estén encendidas, el Golpe comenzará en pocos minutos.

La pesada puerta de metal del desván se abrió dejando ver la silueta de un hombre alto con uniforme militar. Entró seguido de otro soviético con gafas negras, el pelo peinado hacia atrás y traje color castaño. Peter Thorpe entró en último término. Los dos soviéticos permanecieron a sus lados y uno de ellos cerró la puerta.

Androv se puso de pie y los presentó.

—Mayor Henry Kimberly, éste es el mayor Peter Thorpe.

Kimberly se puso de pie y estrechó la mano de Thorpe.

—¿Cómo está?

Thorpe no pudo ocultar su sorpresa al encontrarse con el hombre al que creía muerto desde hacía cuarenta años, pero luego se esforzó en mantener un rostro impasible. Miró a los ojos claros de Kimberly y contestó:

—Es un placer conocerle.

De improviso, Androv interrumpió.

—Éste podría ser el último placer que experimentes, Thorpe.

Thorpe lo miró con una mezcla de ira y temor en los ojos, pero no dijo nada.

—Henry —dijo Androv dirigiéndose a Kimberly—, debes recordar a estos dos caballeros. Éste es el coronel Mijail Karpenko del Octavo Directorio de la KGB, que, como sabes, es responsable de las comunicaciones por satélite, claves y transmisiones diplomáticas. Esta habitación es su reino.

Karpenko, un hombre alto y cadavérico, calvo y con gruesas venas marcadas en su cabeza, se inclinó para saludar.

—Y éste es Valentin Metkov —continuó Androv—, del Quinto Departamento del Primer Directorio, conocido extraoficialmente como el Departamento de *Mokrie Dela*, Asuntos Erróneos —miró a Thorpe—. Lo que sus camaradas de la CIA llaman asesinato.

Metkov se mordió los delgados labios y asintió como si descubriera esa información.

Androv hizo un gesto para que los recién llegados se sentaran. Notó que los dos soviéticos echaban miradas de reojo a las luces verdes de la consola.

—Sí —dijo Androv—, se acerca el momento.

Thorpe pensó que Alexei Kalin, que no se había dado por enterado de su presencia, parecía malhumorado. También advirtió que Kalin estaba despeinado y tenía un golpe en la mejilla. En Langley, la conclusión hubiera sido que el hombre se había raspado con algo; allí lo más probable era que el jefe lo hubiera golpeado. Esa gente era mucho más grosera de lo que Thorpe estaba acostumbrado a tratar. Sintió que un desconocido temor le oprimía la garganta.

Terminó la charla y Androv se echó hacia atrás en su silla. Miró a Thorpe con rostro ceñudo.

—Bueno, Peter, te dijeron que no debías venir nunca por aquí, pero estás. Habitualmente, esto sería una imperdonable quiebra en la seguridad. De todos modos, como resulta que esta noche es la noche del Golpe, puedo considerar perdonarte si me convences de que no eres un imbécil.

El rostro de Thorpe enrojeció. En todos sus encuentros clandestinos con los soviéticos, él había sido el grosero, irónico y arrogante. Su único encuentro con Androv, dos años antes, había finalizado con una clase de Thorpe sobre la higiene personal de uno de los enviados de Androv. Pero en ese momento estaba en la madriguera del lobo y al parecer era la última noche que lo necesitaban. Suerte podrida.

—Para un hombre con tanto para decir, estás muy tranquilo. Quizá eres un imbécil.

Thorpe sabía que tenía que ser cauteloso, sin llegar a disculparse. No debía rebajarse. Puso un tono de fastidio en su voz.

—Quiero saber por qué se cambiaron los horarios sin avisarme. Quiero saber qué iba a hacer para ocuparse de mi seguridad.

—Los horarios se cambiaron por los acontecimientos recientes —respondió Androv—, uno de los cuales es lo que descubriste sobre West. Si hubieras ido a la fiesta a la casa de al lado como se suponía que debías hacer, Claudia te habría dado las instrucciones necesarias para sobrevivir. ¿Esa explicación te resulta satisfactoria?

Thorpe asintió.

—Se suponía que no debías venir aquí a menos que fuera urgente. Dinos qué sucede.

Thorpe cruzó las piernas y dijo:

—Nicholas West está muerto. Eva lo mató. Yo la maté a ella.

Androv miró a su alrededor, miró a Kimberly y luego observó a Thorpe.

—Eso es infortunado pero no urgente y de ninguna manera crucial. Dime, ¿dónde pasaste la tarde?

Thorpe se mojó los labios.

—Bueno..., ésa es la otra cosa... Después de la muerte de West, me di cuenta de que debía seguir adelante con lo que estaba averiguando y decidí... secuestrar a Katherine Kimberly. —Lanzó una mirada a Henry Kimberly, pero no vio cambios en su expresión—. Ella estaba con Tony Abrams, así que él también está implicado...

—Tienes el don único de alterar la verdad sin alterar los hechos —lo interrumpió Androv—. Pero eso ahora no tiene importancia. Presumo que tu intento de secuestro falló, ya que el señor Abrams estuvo con nosotros esta tarde y la señorita Kimberly está en la casa de al lado.

Thorpe sintió que sudaba en la habitación con aire acondicionado. Se aclaró la garganta y se dirigió a Henry Kimberly.

—Por supuesto que yo no tenía idea de que...

Androv interrumpió con voz cortante.

—Hay muchas cosas que no sabes, señor Thorpe —dejó escapar un bufido de exasperación, luego recobró la calma—. Sabes, Peter, que no tienes ningún compromiso político o personal con el socialismo. Eres un individualista. Y también un idiota, porque has ayudado a destruir el sistema que te engendró y el único en el que sabes moverte. No sobrevivirás mucho en el mundo que has ayudado a crear.

Thorpe recordó las advertencias que O'Brien le hizo antes de morir. Y, por supuesto, las predicciones de West sobre su futuro. Como siempre, los dos habían tenido razón.

Androv se inclinó hacia atrás con las manos descansando sobre su vientre.

—Pero mataste a O'Brien. Eso es lo mejor que has hecho en tu vida. Si consideramos que podemos usarte, entonces quizá te dejemos vivir.

Thorpe pasó por alto la amenaza y preguntó:

—¿James Allerton es el segundo Talbot?

—Sí —respondió sonriendo Androv—. Y es una suerte para ti que él te tenga cariño, pese a que no eres un buen hijo. Ahora está enfadado contigo. Olvidaste mandarle una tarjeta el día del padre. —Androv lanzó una carcajada—. ¿Ves cómo esos pequeños detalles se vuelven contra ti? Por el precio de una tarjeta de felicitación, podrías tener derecho a amparo.

Thorpe sabía que se estaba burlando, pero ya no estaba tan seguro de que no lo hubieran sentenciado a muerte. Se relajó imperceptiblemente y preguntó:

—¿Dónde está mi padre?

—En Camp David —contestó Androv—. Va a tener unas noticias importantes que comunicar al presidente antes del amanecer. —Androv rebuscó en el escritorio y sacó un estuche de cuero—. Ahora vamos a proseguir con el siguiente tema de mi agenda. —Mostró el estuche a Kimberly—. Esto, de acuerdo con el señor Thorpe, es de tu propiedad.

Kimberly miró fijamente el antiguo estuche pero no dijo nada.

Androv sacó una serie de papeles y se los alcanzó a Kimberly.

Henry Kimberly examinó las hojas amarillentas. Eran cartas escritas en el papel que se usaba durante la guerra. Los sobres estaban dirigidos a él, con letra de una persona adulta, pero las cartas estaban escritas con lápiz con la letra infantil de Ann. Tenían dibujos de corazones, flores y X para marcar los besos. Leyó unas pocas líneas: «¿Cuándo vas a ganar la guerra y volver a casa? Papá, te quiero XXXX Ann».

Kimberly levantó los ojos y miró a Androv.

—¿Dónde las conseguiste?

Androv le alcanzó tres hojas de fotocopias.

—Esto lo explicará.

Kimberly abrió las hojas y vio el membrete: «*Lady Eleanor Wingate, Brompton Hall, Tongate, Kent*». Debajo del membrete decía: «Querida señorita Kimberly: Un

curioso y quizá irrevocable incidente hizo que me apresurara a escribirle...»

No siguió leyendo y fijó la vista en un punto indeterminado en el espacio.

—Al poco tiempo de llegar a Moscú me dijeron que nunca preguntara sobre nadie del pasado. Dijeron que sería más fácil para mí... si yo estaba muerto para ellos, ellos lo estarían para mí. —Sonrió levemente—. Sin embargo, me dieron algunas informaciones sobre mis hijas. Con el tiempo, por supuesto, perdí interés en ello... los muertos pierden muy pronto el interés en los asuntos de los vivos. —Kimberly miró a Androv—. Este mes ha removido muchos recuerdos. Claro que no sabía que Eleanor estuviera viva.

—No lo está —replicó bruscamente Androv—. Perdió la vida en el incendio de Brompton Hall.

Kimberly miró los rostros de los soviéticos, cuyos ojos no revelaban nada. Inclino la cabeza y siguió leyendo. Al terminar, dobló las hojas y se las devolvió a Androv.

—¿Dónde está el diario? —preguntó.

—Aquí, en este estuche.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto. Pero primero, si me lo permites, quiero hacerte una pregunta. ¿Recuerdas al oficial inglés, Carbury?

—Sí, Randolph Carbury, fue asignado al despacho soviético. Contraespionaje. Estaba implicado en la operación *Matalobo* con O'Brien. En realidad, me buscaba a mí.

—Bueno, Henry —respondió sonriendo Androv—, ni Carbury ni O'Brien dejaron de buscarte. Por esa insistencia los dos sufrieron el mismo destino y por la misma mano. —Con la cabeza indicó a Thorpe.

—Por supuesto, estoy aliviado con la muerte de esos hombres. Pero tengo curiosidad por saber cómo es que las reglas del juego han cambiado tanto que se permite a los peones dar mate a los reyes. —Miró fijamente a Thorpe.

—Sí, hay veces en que yo también me lo pregunto. —Androv sacó el diario y se lo alcanzó a Kimberly.

Henry Kimberly examinó la tapa y luego lo abrió y recorrió las páginas amarillentas. Una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Es una inteligente falsificación —dijo Androv.

Kimberly cerró el diario.

—¿Quién hizo este trabajo?

Androv se encogió de hombros.

—Supongo que un falsificador de la OSS. Hace poco, creo. Me parece que es obra de O'Brien. ¿Tenías un diario en realidad?

—Sí y estaba en el cuarto de los documentos, pero no es éste.

Androv se encogió de hombros.

—Fue una desgracia para O'Brien que eligiera de entre todos los hombres muertos de la OSS, el diario del propio Talbot.

—Confiaba en mí —contestó Kimberly—. Ése fue uno de los pocos errores que cometió. A veces pensé que tenía poderes extrasensoriales, pero era humano.

—Y mortal —agregó Androv.

Kimberly asintió.

—Y después de todo, ¿qué consiguió O'Brien con toda su inteligencia? Eligió al hombre equivocado como autor de este diario y nosotros no nos pusimos histéricos ni quedamos al descubierto. Fueron demasiadas casualidades y perdió su vida mientras nosotros mantuvimos el secreto de la identidad de los tres Talbot. Es verdad que nos forzó a apresurar nuestros planes, pero eso es mejor. Sí, los ancianos caballeros de la OSS han perdido el último y final *round* con la KGB.

Tony Abrams estaba de pie ante la gran ventana del estudio de George Van Dorn y miraba cómo se desarrollaba la fiesta. Pudo ver a Katherine hablando con un hombre y sintió la extraña sensación de los celos. Katherine y el hombre se separaron y ella se reunió con dos mujeres mayores sentadas en un banco. Abrams se apartó de la ventana.

Caminó hasta la pared cercana a las puertaventanas y examinó las fotografías. Contempló un grupo de hombres con uniformes de verano. Reconoció a George Van Dorn, el más alto de todos. A la derecha estaba Patrick O'Brien, muy joven, con un brazo apoyado en los hombros de Henry Kimberly.

Marc Pembroke volvió a servirse y le miró desde el bar.

—No hay nada como las viejas fotografías para dar perspectiva a la vida.

—Un roce o dos con la muerte dan una cierta perspectiva —respondió Abrams y miró otra foto, la ampliación de una instantánea de tres hombres: James Allerton, otra vez Kimberly y otro hombre que le pareció conocido, lo observó bien y tuvo la seguridad de que se trataba de alguna figura nacional, aunque no pudo localizar su nombre. Pembroke lo trajo a la realidad.

—Éramos niños en esa época. Sin embargo, recuerdo cuando caían las bombas. Me evacuaron de Londres y viví en el campo con una tía. ¿Tú tienes recuerdos?

Abrams lo miró por encima del hombro.

—Unos pocos. Nada tan cercano como eso. —Siguió examinando las otras fotos. Descubrió al padre de Tom Grenville y al conde Ilie Lepescu. No encontró ningún parecido con Claudia, pero recordó que era la nieta de ese hombre.

Marc Pembroke se repantigó en una silla de cuero y examinó a Abrams.

—Estás casi elegante con mi ropa blanca para el trópico.

Abrams continuó recorriendo las fotos.

—¿Esto es una prueba de buen humor? —preguntó Abrams.

—Es hilo de Egipto, Abrams. Me hicieron ese traje en Hong Kong...

—El sastre de Charlie Chan —interrumpió Abrams.

Pembroke pareció ofendido.

—Bueno, a mí me queda muchísimo mejor que a ti.

—No quiero parecer desagradecido —respondió Abrams.

Pembroke se calmó.

—¿Te quedan bien las sandalias? ¿Qué tal el vendaje?

—Muy bien. —Marc Pembroke había lavado y vendado la herida del pie de Abrams con la indiferencia que uno relaciona con médicos, soldados, policías y todos los que no son ajenos a las desgracias que ocurren en el cuerpo de los seres humanos.



—Las heridas en los pies necesitan antibióticos. Voy a ver si George tiene algo aquí.

Abrams dio la espalda a las fotos.

—Solamente un perfecto hipocondríaco se preocuparía simultáneamente de la vaporización nuclear y de una infección en un pie.

—Sin embargo —dijo sonriendo Pembroke—, nos afeitamos y lavamos en la víspera de una batalla. Somos criaturas de hábitos y de optimismo infinito.

—Cierto —replicó Abrams mientras contemplaba el grupo de hombres uniformados de una instantánea. Uno de ellos era Arnold Brin, con mucho mejor aspecto que cuando Abrams lo vio. Llevaba uniforme de oficial, no de sargento. Era interesante, pero ya había llegado a la conclusión de que esa gente cambiaba rápidamente de nombre, grado, ocupación y otras particularidades. Buscó una foto de Carbury, pero no pudo encontrarlo, aunque vio una foto de Brompton Hall y un retrato de una adorable joven con cabello oscuro y ojos soñadores.

—¿Es Eleanor Wingate? —preguntó.

Pembroke levantó la mirada.

—Creo que sí. Sí, al lado de la foto de Brompton Hall. Qué lástima, una hermosa casa.

—Sí. —Abrams observó una foto con marco de plata, una escena de un banquete que le recordó a La Última Cena. La miró más de cerca y pudo reconocer los uniformes de los oficiales soviéticos mezclados con los estadounidenses. Entre ellos se encontraba Van Dorn y un oficial soviético le palmeaba la espalda. Van Dorn no parecía muy contento. Pensó que era extraño cómo una foto podía captar la esencia de una época y un lugar al mismo tiempo que un presentimiento del futuro.

—¿Ya encontraste a los progenitores del hijo de puta? A tu derecha. Con un adecuado marco negro.

Abrams pudo ver la foto del fuselaje de un gran avión. Doce paracaidistas, ocho hombres y cuatro mujeres, permanecían de pie o arrodillados, en lo que debía de ser la penúltima foto; la última debió de ser la que los metódicos miembros de la Gestapo tomaban a los agentes extranjeros antes de la ejecución. Entre los nombres figuraban Jeanne Broulé y Peter Thorpe.

Abrams miró detenidamente a la madre de Thorpe. Una rubia, tan alta como los hombres que la rodeaban, con una silueta que la ropa de paracaidista no lograba ocultar. El padre de Thorpe era rubio y buen mozo, pero también algo arrogante.

—Sí —contestó Abrams—, sí, una bonita pareja.

—De todos modos, si hubieran sido menos cálidos habrían librado al mundo de una gran maldición.

—Amén —replicó Abrams y siguió mirando rostros que reconoció como vagamente familiares, quizá eran hombres y mujeres que había visto en la oficina o en la cena de la OSS. Se dio cuenta de que había visto a algunos de ellos hacía pocos minutos, paseando por el jardín, como prematuros fantasmas.

Pembroke interrumpió sus pensamientos.

—¿Cómo te metiste en este grupo?

—Vi un anuncio en el *Times* —respondió Abrams y se dirigió hasta el escritorio en donde había dejado su vaso con *whisky*, tomó un trago y eligió un canapé de la bandeja—. Hígado de pollo.

—No, paté.

—Para usar una expresión de los años cuarenta, no importa cómo lo cortes, sigue siendo una salchicha. —Sonrió y se comió el canapé.

Pembroke miró su reloj y se puso de pie.

—Bueno, ya te traje hasta aquí. Buena suerte. —Le tendió la mano y Abrams la estrechó con firmeza.

—¿Estarás por aquí esta noche? —preguntó Abrams.

—¿Debería estar?

—Quizá..., no tengo ningún plan.

—Me quedaré cerca.

Se volvió y se dirigió hasta la puerta que se abrió para dejar pasar a Katherine Kimberly. Se saludaron con una sonrisa. Pembroke salió y Katherine dio unos pasos vacilantes. Abrams dejó la copa y se acercó a la joven que se precipitó en sus brazos. Se abrazaron y ella lo miró. Sus palabras salieron como un torbellino.

—¿Estás bien? George me dijo hace un momento que estabas aquí...

—Sí, estoy bien. Excepto este traje y las sandalias.

Katherine rió y dio un paso atrás.

—Esto no es tuyo.

—Tampoco lo era el esmoquin. ¿Qué ha sucedido conmigo?

Katherine lo abrazó nuevamente.

—Bueno, ya estás aquí y eso es lo que importa. —Le tocó la mejilla lastimada—. ¿Qué te sucedió?

Abrams permaneció en silencio durante un instante, luego preguntó:

—¿Vas a estar aquí cuando informe a Van Dorn?

—¿Hablarás entonces? —preguntó mientras asentía—. Viene enseguida. Voy a esperarlo.

Abrams fue hasta el bar.

—*Whisky*, ¿no es cierto?

—No quiero tomar nada.

Abrams le sirvió *whisky* con agua, colocó la copa en la mesa de café y se sentó en el borde del sofá. La tomó de la mano y la hizo sentarse a su lado.

Lo miró atentamente.

—¿Qué sucede? ¿Qué anda mal, Tony? ¿Tiene algo que ver con Pat O'Brien? Está muerto, ¿no es verdad? Puedes decírmelo, ya no soy una niña.

Vio que los ojos se le llenaban de lágrimas. No sabía cuáles eran las peores noticias: si decirle que Pat O'Brien había desaparecido o que su padre estaba con

vida.

—El avión de O'Brien se estrelló el domingo por la noche. Todavía no han encontrado su cuerpo. Debemos presumir que está muerto o que lo secuestraron.

Katherine asintió lentamente, pero antes de que pudiera decir nada, Abrams continuó hablando rápidamente.

—Mientras estaba en la casa de los soviéticos, pude investigar un poco y me encontré frente a frente con Henry Kimberly.

Katherine se secaba los ojos con un pañuelo y lo miró. Abrams se dio cuenta de que no había captado lo que le estaba diciendo.

—Me encontré con tu padre. Está vivo.

Seguía sin comprender. Luego súbitamente sacudió la cabeza y se puso de pie. Abrams la imitó y la tomó por los hombros. Se miraron durante un rato, hasta que Katherine asintió.

—¿Comprendes?

Asintió otra vez rápidamente, pero sin decir nada. Estaba muy pálida. La hizo sentarse nuevamente en el sofá y le dio la copa con *whisky*. Bebió un gran trago y luego respiró profundamente.

—Odiseo.

—Sí, el fantasma ha regresado. —Le tocó la mejilla—. ¿Estás bien?

—Sí; sí. —Lo miró a los ojos—. Tú lo sabías, ¿no? Trataste de decírmelo... y creo que lo comprendí... por eso no estoy tan impresionada.

—Solamente lo sospechaba. Ahora lo sé.

Katherine le tomó una mano.

—¿Lo reconociste?

Asintió con una sonrisa forzada.

—Los ojos de los Kimberly.

Le devolvió una débil sonrisa, pensó un momento y exclamó:

—Dios... Oh, Dios mío... Tony. ¿Qué significa esto?

Abrams sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero no presagia nada bueno, ¿verdad?

Le apretó la mano con fuerza.

—No, no. Es sombrío y de mal agüero.

Abrams asintió. La presencia de Henry Kimberly en Estados Unidos debía considerarse como la señal de que había comenzado la cuenta atrás.

Y de hecho, ese sótano estaba lleno de gente. Entonces todos los sistemas estaban en marcha.

El desván estaba silencioso y Peter Thorpe sólo oía el sonido de las consolas electrónicas y sentía las vibraciones de las máquinas en el suelo. La gran habitación le recordaba su propio desván en el Lombardy, en donde hubiera preferido estar en ese momento. Sin embargo, este lugar era más complejo. Era el legendario centro de espionaje soviético en Estados Unidos, el tema de editoriales en los periódicos, debates en el Congreso y documentales en la televisión. Ese lugar tenía inmunidad diplomática y el de él, no. Además su desván tenía que servir como centro de comunicaciones y cuarto de interrogatorios, lo que no siempre era conveniente. Los soviéticos usaban los sótanos para los trabajos sucios. Ésa era la ventaja de una gran casa en las afueras sobre un piso en la ciudad. Sonrió irónicamente ante su forzado sentido del humor.

Miró su reloj. Los cuatro soviéticos se habían marchado para colocar a la gente y los sistemas en estado de alerta, pero no habían regresado. Se volvió para observar al oficial de comunicaciones trabajando en las consolas. Henry Kimberly, sentado allí cerca, desdeñaba a Thorpe y leía un periódico soviético a la luz de la pantalla de un ordenador.

Thorpe notó el olor raro en la habitación, era producido por los aparatos, y notó el calor que generaban. Observó a Kimberly. Era evidente que todo no estaba bien en su desván. Estaba seguro de que la indiferencia de Kimberly era adquirida. Le volvió a la mente el antiguo término «lavado de cerebro». Pero era más que eso. «Cuarenta años», pensó. No era sólo lavado de cerebro, sino también del corazón y el alma.

Sin embargo, probablemente no habían hecho con él más de lo que hacían con los otros doscientos setenta millones de ciudadanos soviéticos: le habían hecho vivir allí.

Thorpe recordaba sus dos breves y furtivos viajes a la Unión Soviética. Mientras caminaba por las calles de Moscú tuvo la impresión de que la mitad de la población iba a un entierro y la otra mitad volvía de él.

Mientras observaba a Kimberly se preguntó cómo harían los soviéticos para presentar a ese hombre sin sangre al público estadounidense como su nuevo dirigente; su forma de hablar, sus movimientos, sus expresiones, toda su persona, le recordaban a un ser de otro mundo tratando de hacerse pasar por un terráqueo. Estaba seguro de que la KGB había mantenido a Kimberly al tanto del desarrollo de la vida estadounidense, pero la escuela de entrenamiento estadounidense en Kutuzovsky Prospekt era un pobre sustituto de la vida real.

Kimberly sintió que le miraban y levantó los ojos de su periódico. Thorpe vaciló y luego preguntó:

—¿Fue usted o James, o algún otro, el que envió a la muerte a mis padres?

Kimberly no pareció sorprendido o molesto por la pregunta.

—Fui yo. Uno de los agentes que tenían que saltar era comunista. Uno de los míos. Una vez que llegó a tierra, hizo una llamada anónima a la Gestapo. Los doce que saltaron fueron arrestados y ejecutados. ¿Cuál es la diferencia para usted?

—No estoy seguro.

—Está en una posición que difícilmente le permite hacer algún juicio moral sobre mí o sobre cualquier aspecto de lo que hacemos.

—No estoy haciendo juicios. Solamente deseaba saber. —Volvió a dudar, luego dijo—: James y los otros hablaban bien de ellos. —Miró a Kimberly.

Kimberly se encogió de hombros.

—*De mortuis nihil nisi bonum*, hay que hablar bien de los muertos. Pero si lo que quiere es la verdad, y supongo que es así, le diré que su madre era una puta francesa y su padre un diletante pomposo y malcriado.

—Eso no se compagina con gente que se presta voluntariamente para lanzarse en paracaídas en territorio enemigo.

—Sus motivaciones eran tan confusas como las suyas propias. Debe de ser algo de familia.

Thorpe contuvo una respuesta y sacó un cigarrillo.

Kimberly dejó pasar un rato en silencio.

—¿Cómo es ella? ¿Me menciona alguna vez?

Thorpe vio una posible salvación en esas preguntas.

—En realidad, es un poco puta. Supongo que lo ha heredado de su madre. Y sí, menciona la muerte de su padre, héroe de la guerra, frecuentemente. —Agregó—: Katherine y yo tenemos una buena relación, pese a que pueden haberle dicho lo contrario.

Thorpe estaba sorprendido por las cosas que pensaba y decía. Lo atribuyó al hecho de saber que Estados Unidos iba a terminar y que a él también podría pasarle lo mismo. No estaba arrepentido por lo que había hecho, sino enojado consigo mismo por tener mal juego.

Kimberly sonrió sin decir nada.

—También puedo hablarle de Ann, la conozco. Y puedo contestarle otras preguntas, cosas que pueden plantearse en los próximos meses.

Otra vez Kimberly sonrió.

—Alguien escribió una vez que el verdadero genio es la persona que puede inventar su propio trabajo. Bueno, Thorpe, supongo que usted sería un consejero presidencial aceptable. O quizá un bufón en la corte de la Casa Blanca.

Thorpe parpadeó, pero mantuvo el control.

Kimberly se recostó en la silla.

—Antes de que usted llegara estuvimos discutiendo el destino de Katherine. Está en la casa de al lado.

—Lo sé.

—¿Sabe que van a envenenarlos a todos y morirán en pocas horas?

Los ojos de Thorpe se abrieron de asombro.

—Hay una forma de salvarla. ¿Quiere hacerlo?

Thorpe volvió a sentir que se movía por un campo minado.

—¿Y usted?

La expresión de Kimberly se volvió lejana.

—Hay veces en que creo que me gustaría tener una reunión con la familia y los amigos. En otros momentos deseo olvidar el pasado... —Miró a Thorpe—. ¿Sabía que me casé con una muchacha soviética? Ella está todavía allí, por supuesto. Difícilmente puede ser una primera dama. Tengo dos hijos... uno es coronel en la KGB... ¿Cree que sería buena idea aniquilar la línea estadounidense de los Kimberly? Eso fortificaría la familia Kimberly soviética.

Antes de que Thorpe pudiera contestar se abrió la puerta y Mijail Karpenko entró seguido de Androv y Valentín Metkov. Kalin no estaba con ellos y Thorpe no supo si eso era bueno o malo.

Karpenko se dirigió apresuradamente al fondo de la habitación y habló con el oficial de comunicaciones. Tomó la hoja que éste le entregó y volvió rápidamente al grupo. Leyó en voz alta:

—Agregado de Asuntos Culturales Gordik, llega aeropuerto Kennedy, a las ocho y cuarenta y ocho de la noche, hora de Estados Unidos. Vendrá a Glen Cove.

Androv asintió.

—Es un correo con un mensaje verbal. Es evidente que Moscú no quiere correr el riesgo de transmitir ninguna información que la Agencia de Seguridad Nacional pueda descubrir. —Androv miró el reloj—. Gordik llegará pronto. Debe entregar las últimas órdenes directas que recibiremos de la Unión Soviética casi inmediatamente después del Golpe. —Se dirigió hacia el extremo más alejado del desván—. Síganme, por favor.

Metkov, Karpenko, Kimberly y Thorpe lo siguieron.

Androv giró y encendió la luz en un recinto más pequeño transformado en un elegante despacho. Tenía un escritorio de nogal, estanterías, una chimenea de mármol y a un lado una bandera estadounidense.

Los ojos de Thorpe se acostumbraron a la luz y descubrió unas cámaras de televisión y micrófonos. Era un estudio de televisión. Androv dijo a Kimberly:

—Desde aquí, tu voz y tu imagen llegarán al mundo, vía satélite, por todas las radios y los televisores. —Androv hizo un gesto hacia la silla de cuero colocada detrás del escritorio—. Por favor, ponte cómodo.

Kimberly rodeó el escritorio y se sentó en la silla. Inspeccionó el lugar y comentó:

—Este lugar tiene el aspecto adecuado para que se haga oír la voz de la autoridad.

—Fue diseñado en la Unión Soviética por la Sección Especial Cuatro. Se supone que transmite dignidad, tranquilidad, autoridad y control.

Kimberly miró una funda de plástico con un traje que colgaba de la pared.

—¿Eso es lo que debo ponerme?

—Sí, también elegido por la Sección Especial Cuatro. Es un traje con chaleco de color azul grisáceo con rayas finas. Vas a parecer un miembro del departamento de Estado.

—¿Qué te parece, Peter? —preguntó Kimberly a Thorpe.

—Los estadounidenses creen en todo lo que ven por televisión —replicó Thorpe.

—Eso es lo que he oído decir —contestó riendo Kimberly. Se volvió hacia Karpenko—. ¿A cuánta gente voy a llegar?

Karpenko se pasó un pañuelo por la calva sudada.

—Nosotros calculamos que el ocho por ciento de la población tendrá acceso a radios y televisores en funcionamiento. ¿Usted sabe, mayor, que solamente los equipos que estén encendidos en el momento del Golpe actuarán como pararrayos para las ondas electromagnéticas y quedarán destruidos?

Kimberly asintió.

—Pero no habrá otras estaciones de radio o televisión operando. Y el interruptor de la energía auxiliar tampoco lo pondrá en funcionamiento, porque esas estaciones no habrán sufrido una simple pérdida de energía, como en un corte, sino un catastrófico aumento de energía, como si diez millones de voltios cayeran como un rayo. La única estación que emitirá en Estados Unidos, sur del Canadá y norte de México será la nuestra. Aquí, desde esta habitación. La única voz que todos oirán será la voz del mayor Henry Kimberly.

Kimberly miró a Karpenko, que permanecía de pie ante el escritorio.

—¿Estaré en el aire inmediatamente después de la tormenta de PEM?

—Cuando veamos que el cielo se ilumina. Durante las primeras horas usted hará periódicas presentaciones identificándose como el mayor Henry Kimberly y pidiendo al público que permanezca en calma. Que cada uno saque las conclusiones que quiera hasta que sea el momento de decirles que usted es el nuevo dirigente. ¿Tiene alguna pregunta...?

Thorpe interrumpió a Karpenko.

—Perdóneme. ¿Pero aquí nadie ha oído el término «guerra termonuclear»?

Androv respondió a su pregunta.

—Para responder a tu sarcasmo, Thorpe, el gobierno estadounidense no estará seguro de cómo sucedió eso, pero incluso si se dan cuenta de que es una tormenta de PEM, no estarán seguros de si la causó la Unión Soviética. —Se encogió de hombros—. En todo caso, la mayoría de los E-31 en este país —las redes de mando, control, comunicaciones e inteligencia— todavía no están a prueba de PEM. Estados Unidos quedará sordo, ciego y mudo.

—Pero hasta un ciego, sordo y mudo puede apretar un botón —dijo Thorpe.

—Sí, pero considera otros factores importantes: primero, el presidente estará en Camp David con tu padre; segundo, la cajita negra del presidente estará inutilizada y

tercero, Estados Unidos no tiene misiles, bombarderos o barcos de guerra a prueba de PEM. Cualquier ataque nuclear estadounidense iniciado por una respuesta automática, será un ataque muy débil. Nuestras pérdidas serán aceptables.

—Moscú está preparado para cada eventualidad —dijo Henry Kimberly—. Así que no hablemos de guerra, sino de victoria sin guerra.

Thorpe pensó para sí: «Así de simple, doscientos años construyendo una nación y no habrá ni un disparo».

—Una gran parte dependerá de James Allerton. Cuando informe al presidente y sus consejeros de la importancia de la situación y requiera formalmente la rendición de Estados Unidos, habrá algunos histéricos en Camp David. Puede que le disparen allí mismo. Sin embargo, él es un consumado diplomático y eso será su corona de gloria si puede conseguir que prevalezca la serenidad. Con suerte, persuasión y amenazas, podrá hacer entender al presidente que la capitulación es la única alternativa para prevenir la destrucción nuclear.

—El último deber del presidente será leer un corto discurso preparado para que anuncie al pueblo estadounidense «un tratado de paz» entre la Unión Soviética y Estados Unidos —dijo Metkov—. También anunciará que renuncia a la presidencia. Ya no se le volverá a oír nunca más.

Androv caminó por el estudio, pasó ante el escritorio de Kimberly y se detuvo frente a la chimenea. Contempló la bandera estadounidense, luego tomó una punta y la frotó entre los dedos como si fuera un comerciante considerando la calidad de la compra. Hubo un largo silencio y finalmente Androv dijo:

—Nunca pudimos vencerlos militarmente. Pero el destino ha permitido que hubiera una pequeña brecha en la compleja estructura en la armadura del país. Ellos la localizaron y se apresuraron a taparla. Nosotros la localizamos y nos apresuramos a aprovecharla. Llegamos primero, ellos demasiado tarde. Guerras espaciales, protones y neutrones, rayos láser y satélites asesinos. Nunca los hubiéramos vencido. Pero en su camino a las estrellas, olvidaron cerrar la única ventana vulnerable. Y nosotros entramos.



Katherine estaba sentada en el sofá con las piernas encogidas, contemplando el cielo raso. Abrams se paseaba con impaciencia por el estudio, mirándola de vez en cuando y controlando su reloj. Se preguntaba qué retrasaría a Van Dorn.

El teléfono del escritorio sonó y alguien en otro lugar de la casa contestó, luego lo hizo sonar en el estudio. Abrams atendió rápidamente.

—Aquí Tony Abrams.

—¿Sí?

—¿Spinelli? ¿Recibiste mi mensaje?

—No. Marqué un número al azar y mira qué ha pasado.

—¿Dónde estás?

—Donde me dijiste que estuviera para llamarte, en la sala de patrulla. He recorrido este camino de mierda desde Jersey, en mi día libre para llamarte desde este teléfono. Ahora dime, ¿por qué estoy aquí?

—Ya te lo diré. ¿Qué ves desde la ventana?

—Espera.

Abrams pudo oír cómo levantaba las persianas. Lanzó una mirada a Katherine y le sonrió con tristeza. Katherine le devolvió una sonrisa tranquilizadora. Spinelli regresó al teléfono.

—Bueno, que me cuelguen, Abrams. ¿Sabías que la misión soviética ante las Naciones Unidas está justo enfrente? Nunca lo hubiera imaginado.

Abrams ignoró el sarcasmo irritado en la voz de Spinelli.

—¿Los autobuses están afuera?

—Solamente el gris grande.

—¿Y qué pasa con los minibuses?

—O están en el garaje o todavía no han llegado de Glen Cove.

Abrams imaginó el edificio de ladrillo blanco de doce pisos en la calle Sesenta y Siete Este que albergaba las oficinas soviéticas de las Naciones Unidas.

—¿Ves algo que no parezca *kosher*?

—Mira, Abrams, espiar a los soviéticos es tu tarea, no la mía.

—Bueno, suponte que eres tan astuto como yo. ¿Qué ves?

Spinelli miró desde el segundo piso del cuarto de patrulla.

—De acuerdo... la calle está relativamente tranquila. Algunos transeúntes. La garita del policía está ocupada. Tres patrulleros están estacionados a mitad de manzana. Todo rutinario. Muy apacible.

Abrams evocó la escena familiar: la calle residencial, el edificio soviético con marquesina, la amenazadora valla enfrente y las tres lejanas cámaras de televisión

barriendo la calle. Cruzando la calle se hallaban el cuartel de bomberos y la comisaría Diecinueve, en donde Abrams trabajó para la Patrulla Roja. Conocía cada centímetro de esa manzana, entre la Tercera Avenida y Lexington. Conocía la calle mejor que su propia manzana de Brooklyn.

—¿Cómo ves el edificio? —preguntó.

—La puerta del garaje está cerrada —respondió Spinelli—. Las puertas del frente también y los tres primeros pisos están oscuros. Los pisos de la residencia están iluminados, con las cortinas bajas, pero puedo ver algunas sombras. La *suite* del embajador, arriba de todo, está iluminada. ¿Qué sucede, muchacho? ¿Preparo el escuadrón de bombas?

Abrams pensó: «Si pueden con las bombas de hidrógeno, llámalos».

—¿Dónde están los tipos del FBI esta noche?

—Aquí no están. Deben de estar en el cuartel de bomberos. El café es mejor.

—¿Dom, puedes conectarme con el retén del FBI? ¿O de la CIA? —Abrams sabía que la CIA mantenía varios apartamentos en el edificio de al lado de los soviéticos y escuchaban a través de las paredes. También tenían el tercer piso del edificio, al lado de la policía, desde donde grababan el edificio soviético en vídeo día y noche, una interminable filmación del edificio y la calle.

—No, no quiero deberles favores.

—Entonces conéctame con la garita de la policía. Puedes escuchar.

—Oh, ¿puedo? —Spinelli murmuró una serie de obscenidades.

Abrams oyó el ruido del teléfono y luego una voz de mujer que decía:

—Agente Linder al habla. —Spinelli se identificó y luego dijo:

—Bueno, Abrams, estás conectado.

Abrams se presentó rápidamente y preguntó:

—¿Éste es su destino habitual, agente?

—Sí, señor, a intervalos durante seis meses.

—Muy bien, primera pregunta: ¿vio qué sacaban del autobús gris?

—Sí, señor. En su mayor parte equipaje, como de costumbre. Algunos pasajeros del autobús ayudaron a los porteros a llevar los equipajes por la puerta de servicio, a la derecha del edificio. Eso sucedió hace una hora.

Abrams pensó durante un momento.

—¿Qué cantidad de equipaje?

Vaciló y luego respondió:

—La de siempre.

Abrams no deseaba orientar a su testigo. Quería que la agente Linder le dijera lo que había visto, no lo que él hubiera querido que viera.

—¿Podría decirme si algo le pareció inusual esta noche? ¿Algo que no fuera lo normal de la última noche de un fin de semana?

La agente Linder permaneció en silencio por un rato.

—Bueno... no... no, señor. ¿Podría ser más preciso?

—Mejor será que me cuente lo que sucedió desde que usted entró en servicio. Eso fue a las cuatro de la tarde, ¿es así?

—Sí, señor. —Pensó un minuto—. Bueno, esta tarde ha sido muy tranquila. Hace una hora llegó el Ford Fairlane negro, con el embajador, su esposa, los tres hijos y el chófer.

—¿Qué aspecto tenían?

La mujer policía se dio cuenta de que le estaba preguntando por sus impresiones.

—La esposa y los chicos estaban muy bien. La mujer sonreía y saludó a los policías como hace habitualmente. Él parecía un poquito... no puedo decir exactamente cómo... simplemente no era el mismo.

—Muy bien, comprendo. ¿Pasaron más coches?

—No, señor. Esta noche no. Algunas veces hay solamente uno.

—Muy bien. ¿Qué me dice de los autobuses?

—Sí, llegaron. Los estacionaron en el garaje.

—¿Cuántos eran? ¿Cómo llegaron?

—Llegaron en dos grupos, como siempre. El primer grupo llegó hace unos cuarenta y cinco minutos. Seis o siete autobuses. Ése era el grupo más grande, supongo, en el que estaban los niños.

Abrams asintió. A menos que hubieran cambiado de procedimiento, los seis o siete autobuses debieron abandonar el campamento de pioneros de Oyster Bay y hacer una parada en la propiedad en Glen Cove. El propósito exacto de esa parada era desconocido, pero probablemente era una rutina administrativa para recoger encargados adultos o contar a los que viajaban. Cuando se trataba de chicos, los soviéticos no eran muy distintos del resto de la gente.

De todos modos, pensó Abrams, los autobuses siempre entraban por la parte del servicio, donde no se podían observar las cargas y descargas. Abrams pensó que si esa noche era diferente de todas las otras noches de fin de semana, entonces los niños debieron ser descargados en la propiedad de Glen Cove y llevados al sótano.

—¿Qué me dice de los autobuses con adultos?

—Llegaron unos quince minutos después que los de los chicos. Eran cuatro. También entraron directamente al garaje.

Abrams recordó la gran puerta de metal del garaje. Cuando los autobuses llegaban al edificio, se abría la puerta y los vehículos desaparecían por la rampa. La garita de Linder quedaba a unos tres metros de allí.

—¿Los autobuses estaban llenos?

—Tienen vidrios especiales y no se puede ver.

—Lo sé. Escuche, agente Linder, usted ha estado viendo cómo entraban y salían esos autobuses. Piénselo un momento. ¿Iban llenos?

Linder replicó casi de inmediato.

—No. No. No iban llenos. —Agregó—: Creo que iban casi vacíos.

Abrams la dejó continuar sin presionarla.

Linder dijo con creciente firmeza:

—Algo me llamó la atención cuando entraron, y ahora que usted me pregunta, advertí una cosa cuando cruzaban hacia el garaje.

—¿Sí?

—Bueno, los autobuses se balanceaban, como cuando llevan poco peso. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Sí.

—¿Algo más?

—No, no, está muy bien. Muchas gracias.

—De nada. —Cortó la comunicación y habló Spinelli:

—¿Bien?

—Bien, Spinelli, ya lo has oído.

—Ajá. Lo oí. Así que quizá el embajador estaba descompuesto. A lo mejor tenía hemorroides. Quizá los autobuses llegaron vacíos. Quizá el embajador les dio otro día para pasar en el campo.

—Puede ser —respondió Abrams—. ¿Para qué iban a trabajar el martes después de tres días de fiesta? ¿Por qué no mandar los equipajes a la ciudad en el autobús grande y los otros doce autobuses vacíos?

—Bueno, nosotros no sabemos si estaban vacíos, Abrams.

—Ella lo sabe.

—Bueno... De acuerdo, quizá casi todos los soviéticos estén escondidos en Glen Cove. Está bien, quieren que se piense que están de vuelta aquí. Entonces ¿cuándo estallará la bomba, Abrams?

Abrams permaneció en silencio durante un rato.

—¿Me estoy poniendo paranoico?

Spinelli también dejó pasar un rato antes de contestar en un tono calmado.

—No. Esto apesta. Voy a hacer un rápido informe verbal. ¿Alguna Otra novedad sobre la tercera guerra mundial?

—No, eso es todo. Una noche tranquila. ¿Qué me dices tú, Dom?

—Bueno, tengo algunas cosas para ti... Ya no sé si son importantes.

Abrams pudo detectar una ligera ansiedad en su voz.

—Adelante, Dom.

Spinelli se aclaró la garganta.

—Bueno, West ha desaparecido. Dos docenas de personas vigilándole y ha desaparecido. Ese O'Brien sigue sin dar señales. La autopsia del piloto mostró que tenía el cráneo fracturado, posiblemente con una cachiporra. ¿Qué más...? Oh, Arnold Brin. El médico forense dijo que era un asesinato. Y tú sigues vivo.

—Exacto. —Abrams miró a Katherine, quien pretendía no estar escuchando; no había razón para fingir un amable desinterés cuando el tema era el apocalipsis y se refería al momento presente.

—También —agregó Spinelli—, pediste un libro en la biblioteca central. *La*

*Odisea*. No sabía que leyeras griego, y menos aún que tuvieras una tarjeta de la biblioteca. ¿Quieres hablarme de eso?

—Es un libro de Homero.

—¿A quién mierda le importa? —Spinelli aspiró su cigarro y dijo—: Mira, Abrams, comprendo que esto va más allá de mis posibilidades. No puedo conseguir nada del FBI, de la CIA, del servicio de inteligencia del departamento de Estado ni de ti. Todos me preguntan cosas pero nadie me dice nada. Así que ¿a quién le importa? Mira, si hay algo que pueda hacer, llámame. Te veré más tarde.

—Bueno. —Vaciló y luego dijo—: No es tan grave como parece, Dom. Gracias. —Colgó el teléfono y se volvió hacia Katherine, quien lo miraba atentamente.

—Entiendo qué querías decir —dijo Katherine.

Abrams asintió.

—Están todos en la casa de al lado.

—La mayoría. Unos cuantos han vuelto a Manhattan.

—Dios mío... —Se puso de pie y se acercó rápidamente a él, apoyando las manos sobre sus hombros—. Desearía que Pat O'Brien estuviera aquí.

—Creo que O'Brien sería el primero en decir que hemos hecho todo lo posible.

—Sí, creo que se acabó la fase de planeamiento, desarrollo y reuniones del servicio de inteligencia. Comienza la etapa de operaciones, estemos listos o no. Creo que quizá es el momento de Marc Pembroke. Y considero que debemos hacer una visita a la casa de al lado.

Ann Kimberly pensó que era bastante difícil encontrar un taxi en festivo desde el aeropuerto Kennedy a aquella zona de Long Island. Y, después de haberlo encontrado, era difícil de creer en una coincidencia tan grande como compartir el taxi con un soviético, cuyo destino era Dosoris Lane, aunque fuera al otro lado del Telón de Acero.

Ann cruzó las piernas y miró abiertamente al joven soviético sentado a su lado. Consideró que era muy apuesto, con cabello ondulado color dorado, largas pestañas, ojos almendrados y boca de cupido.

Lo había visto en el vuelo de Lufthansa desde Frankfurt. Luego ambos salieron rápidamente hacia la parada de taxis. El soviético había llegado primero. Ann lo observó con curiosidad profesional y personal mientras él trataba de tomar un taxi, pero tuvo la mala suerte de encontrar un conductor que era un emigrado judío soviético. El chófer aprovechó la oportunidad para destilar veneno en su lengua nativa y parecía a punto de golpearlo.

Ann se acercó para rescatar al soviético y después de conversar un rato descubrieron que iban hacia el mismo lugar. Finalmente, Ann consiguió un taxi y acompañó al vacilante joven.

Ya en el taxi, Ann observó que, como ella, el soviético no tenía equipaje, lo que no era significativo: sus pertenencias podían venir en barco por correo diplomático. Tenía un bolso de un infortunado color rojo y un portafolios de buen cuero de cerdo, proporcionado por el gobierno. El bolso de Ann era de Vuitton, lo que para el soviético no debía significar nada, y su portafolios del gobierno no era de tan buena calidad. Supuso que el soviético iba a Dosoris Lane para hablar con su gente; ella iba para hablar con la suya.

Conversaron sobre el viaje y la necesidad de compartir el taxi. Luego, el joven se refugió en un protector silencio.

Ann habló en un lento, pero aceptable ruso:

—¿Ha estado antes en Glen Cove?

La miró, sonrió nervioso y asintió.

—¿Se va a quedar mucho tiempo en Estados Unidos?

Pareció sopesar la respuesta como si fuera un asunto muy importante. Por último replicó en un cuidado inglés:

—Voy a trabajar aquí.

—Yo trabajo en Múnich.

—Ah.

Se preguntó por qué no habrían ido a buscarlo, aunque eso tampoco era inusual.

Como los coches de los soviéticos eran seguidos siempre por el FBI, así los correos podían entrar y salir del país sin llamar mucho la atención. Por supuesto, que el control de aduanas debió de avisar al FBI de la llegada de un soviético con pasaporte diplomático, pero no había notado que los siguieran.

Ann Kimberly miró el portafolios que el soviético tenía sobre sus rodillas. No tenía dudas de que su contenido era de suma importancia. Consideraba una victoria personal el hecho de que los soviéticos no transmitieran todo por radio. Sus claves eran buenas, pero no tanto. Se dirigió al soviético.

—Hace mucho calor.

—Mucha humedad.

Ann casi rió por lo intrascendente de la conversación.

—Washington es peor, Múnich es mucho más agradable.

—Sí.

Su conducta taciturna, decidió Ann, era una combinación de la tradicional desconfianza soviética, reserva burocrática y la timidez de un hombre joven que se ve forzado a la compañía de una mujer mayor y mucho más sofisticada.

—Estuve una vez en Moscú. Y en Leningrado dos. ¿De dónde es usted?

El joven pareció incomodarse ante esa pregunta. «Debe de pensar, como se me ocurrió a mí, que este encuentro casual estaba preparado». Sin embargo, no era así. Por lo menos no en lo que se refería a ella.

—Soy de Saratov —replicó el soviético.

—En el Volga.

Los ojos se abrieron con algo de asombro y luego miró por la ventanilla. Ann se dio cuenta de que no podía quitar la vista del portafolios del soviético y también notó que él le echaba miradas de reojo. Reflexionó que un hombre atractivo y una mujer que compartían un taxi no deberían estar observando sus respectivos portafolios. Sonrió.

El soviético miró su reloj.

Ann Kimberly notó que, por delante, el tráfico comenzaba a disminuir. En el horizonte vio los fuegos artificiales. Tocó al soviético, que se volvió sobresaltado y apretó el portafolios. Ann señaló por la ventanilla, incapaz de recordar la palabra rusa para fuegos artificiales.

—Una fiesta. Un día en honor a los caídos en la guerra. Como ustedes tienen el 9 de mayo, Día de la Victoria.

El joven pareció más preocupado que contento por su familiaridad con su lenguaje y su país. Sonrió con rigidez.

—Sí. Un día de fiesta.

—Mi nombre es Ann Kimberly. ¿Cuál es el suyo?

Vaciló para replicar finalmente:

—Nikolai Vasilevich —dando sus nombres, pero no el apellido.

—El nombre de mi novio es Nikolai, Nicholas en inglés.

—¿Sí? —no parecía de humor para las coincidencias.

Ann lo miró a los ojos hasta que el joven volvió la cabeza. Se preguntó por qué el soviético iba a Glen Cove en lugar de ir a la calle Sesenta y Siete.

—¿Está en las Naciones Unidas?

El soviético había dejado de sorprenderse por sus preguntas. Asintió.

—Sí, estoy en las Naciones Unidas. —Esta vez no apartó la mirada. Sonrió. Después de un instante dijo—: ¿Estará aquí durante mucho tiempo?

—Quizá —contestó. Ann Kimberly pensó que había muy poco que ella no supiera sobre la delegación soviética ante las Naciones Unidas. Estaba formada, la mitad por gente del verdadero servicio diplomático y sus subordinados, una cuarta parte por gente del servicio diplomático, nombrada por la KGB, y otra de agentes de la KGB y algunos de la GRU, el servicio de inteligencia del ejército soviético.

Ann se echó hacia atrás en el asiento y volvió a mirar al joven soviético. No tenía la arrogancia de los hombres de la KGB, ni el *savoir faire* de un diplomático. Asintió para sí. Debía de ser de la GRU, un correo militar, fuerte, disciplinado, cauteloso, inteligente; tenía en su mente tanto como en el portafolios. Probablemente más. Los papeles que llevaba debían de ser inflamables y se incinerarían en un segundo, lo que llevaba en su mente se destruiría con la misma rapidez con la pastilla de cianuro que tenía con él. Estaba armado, pero no con una pistola convencional. Seguramente era algún juguete del Departamento Catorce. Volvió a echar una mirada al portafolios y pensó: «Lleve lo que lleve está preparado para protegerlo con su vida». Cruzó las piernas y recostó la cabeza en el asiento.

El taxi se detuvo y el chófer giró la cabeza para hablarles.

—Creo que esos fuegos artificiales están juntando una muchedumbre ahí adelante.

—Me aparearé y seguiré andando —replicó Ann, luego miró al soviético—. Es mejor, Nikolai. Yo le mostraré el camino.

El joven miró ansiosamente su reloj y pareció dudar. Ann le animó:

—Es más rápido. Estamos a cinco minutos de la casa de la delegación soviética. Va allí, ¿no?

Asintió, pero no se bajó del coche.

Ann sonrió levemente, luego se encogió de hombros. Sacó un billete de veinte dólares de su cartera y lo colocó sobre el portafolios del soviético, que lo miró.

Ann tomó su bolso y el portafolios, abrió la puerta del taxi y descendió. Luego miró por encima del hombro. Vaciló y luego se dejó llevar por un impulso.

—Eres muy apuesto, Nikolai Vasilevich. Deberías desertar. Las mujeres estadounidenses se volverían locas por ti. —Y agregó—: Saluda de mi parte a Viktor Androv. —Guiñó un ojo al boquiabierto joven y se alejó.

Ann caminó entre los automóviles, cruzó Dosis Lane y en pocos minutos estuvo ante el portón de la finca soviética y espío la entrada. Siguió unos metros más hasta llegar a la entrada de la finca de Van Dorn.



Entró y se identificó ante el guardia con el pasaporte. Aunque su nombre no estaba en la lista de invitados, el hombre la recordaba vagamente y conocía a su hermana Katherine.

—Lamento no poder llevarla, señorita Kimberly —dijo el hombre—. ¿Le pido un coche?

—No, gracias, voy andando —respondió—. ¿Llegó ya Nicholas West?

El guardia recorrió la lista de invitados.

—No, señora.

Ann le dio las gracias y se dirigió al camino que llevaba a la entrada. Nicholas no estaba en el Princeton Club, ni en la oficina ni en el departamento. El oficial de guardia de Langley no fue muy explícito. Tenía sospechas, pero no eran las sospechas de una enamorada.

Aspiró el cálido aire de la noche y vio la gran mansión en la cima de la colina.

Había decidido súbitamente ese viaje por varias razones: Nick, las llamadas telefónicas de Katherine, un mensaje por teletipo de O'Brien pidiendo informaciones muy importantes. Pero también existía un punto de intuición. Su trabajo en la estación de la Agencia Nacional de Seguridad en Múnich consistía en descifrar mensajes. De alguna manera, a través de los años, esa habilidad técnica había llegado a incluir un matiz casi telepático. Sabía que había algo en el aire que era necesario descifrar y que no era un mensaje rutinario.

Las puertaventanas que daban al patio se abrieron y George Van Dorn entró en el estudio. Miró a Abrams y pareció más sorprendido por su traje blanco de lino y las sandalias que por el pie vendado, las contusiones en la cara y el hecho de que estuviera con vida.

Van Dorn saludó con un gesto a Katherine y se dirigió a Abrams.

—¿Deseaba verme?

—Quizá.

Van Dorn había hecho los suficientes interrogatorios como para comprender el estado psicológico de un agente que regresa de una misión difícil. Su actitud era a menudo arrogante, taciturna, e insubordinada.

—Siéntese, Abrams. Voy a servirle otra copa.

—Prefiero quedarme de pie y no quiero una copa.

Van Dorn se sentó ante su escritorio.

—¿Por dónde quiere comenzar?

—Me gustaría empezar preguntándole si no debería estar presente alguien más.

—Debería, pero ahora no puede venir.

—Sé lo de Pat O'Brien —dijo Katherine.

Van Dorn la miró, pero no dijo nada.

—Lo que he descubierto es importante —continuó Abrams—. Quiero estar seguro de que mi informe llegará a donde puedan hacer algo.

—Esté seguro de que no será así a menos que crea que debo hacerlo.

—¿Cómo sé que usted no es uno de ellos?

—No puede saberlo. Sabe que yo encajo con la descripción de Talbot, así que sus sospechas están justificadas.

Abrams pensó durante un momento, luego dijo:

—No dije que usted pudiera ser Talbot. Acabo de encontrarme con él.

Van Dorn sonrió.

—¿Lo encontró?

—Sí, lo hice.

Katherine intervino.

—Tony, creo que puedes hablar libremente.

—De acuerdo, no tengo muchas opciones.

Van Dorn no pareció especialmente ofendido por esa desconfianza.

—Pembroke me ha informado sobre lo que pasó en la estación. Fue una acción desesperada por parte de ellos. —Agregó con una ligera sonrisa—: ¿Qué hizo para molestarles, Abrams?

—Solamente lo que me pidió su amigo Evans. —Sacó un pañuelo doblado de su bolsillo y lo abrió sobre el escritorio de Van Dorn—. Parece oro.

Van Dorn tomó una de las raspaduras.

—Lo es. Buen trabajo. ¿De la ventana o de la puerta?

—Puertaventanas. ¿Eso qué significa?

Van Dorn ignoró la pregunta e hizo otra.

—¿Lo vieron quitando esas raspaduras?

—No.

—¿Entonces por qué le descubrieron? ¿Por el detector de mentiras?

—Me cogieron espionando.

Van Dorn asintió.

—Muy bien. ¿Qué otra cosa descubrió?

—Bueno, me dijeron que controlara los enchufes, los equipos de radio y televisión y la antena de afuera.

Van Dorn hizo unas preguntas más y tomó nota de lo que respondía.

—Buen trabajo, Abrams. Tuvo pelotas —miró de reojo a Katherine—. Tuvo agallas. Pero no es por eso por lo que decidieron matarle en el túnel de la estación. ¿Qué hizo o vio para que se volvieran asesinos?

Abrams caminó hasta la pared, sacó una foto y la llevó hasta el escritorio de Van Dorn. Señaló la imagen de Henry Kimberly y miró fijamente a Van Dorn.

La mirada de Van Dorn se fijó en la cara de Abrams, luego en el rostro de la foto y después volvió a mirar a Abrams, pero no dijo nada.

Abrams dejó la foto y miró a Katherine.

Van Dorn se puso de pie lentamente y se frotó la mandíbula. Miró a Katherine y se dio cuenta de que ella ya lo sabía y creía en ello. Se volvió hacia Abrams y asintió varias veces antes de poder hablar.

—Sí... Sí, por Dios. —Fue a buscar el vaso de *whisky* de Abrams y lo bebió de dos tragos. Volvió a sentarse.

Abrams observó cómo el rostro de Van Dorn se ponía pálido y luego recuperaba el color.

—Tengo más cosas que contar. Pero no lo haré hasta que reciba algunas respuestas.

Van Dorn se puso nuevamente de pie.

—Mire, Abrams, aprecio mucho lo que hizo, pero no tengo la costumbre de hacer confidencias a los agentes de campo.

—Bueno, tampoco es mi costumbre ser uno de ellos. Lo hice por un hombre al que respetaba. Descubrí algo que merece una inmediata atención. Quiero decírselo, pero quiero que primero me diga por qué he arriesgado mi vida.

Van Dorn vaciló.

—George —dijo Katherine—, ¿me gustaría saber qué diablos pasa! —Se acercó a Van Dorn—. Mi padre está en la casa de al lado, por el amor de Dios. Ha muerto

gente...

Van Dorn levantó la mano, bajó la cabeza y pensó antes de contestar.

—Muy bien. Se lo diré.

—Por favor, hágalo rápido. No creo que nos quede mucho tiempo.

Van Dorn lo miró fijamente.

—Lo sé. Está muy cerca. Es cuestión de días o semanas...

—No, es cosa de horas.

—¿Qué?

—¿Hay alguien en el gobierno o en ejército al que pueda llamar?

Van Dorn asintió lentamente.

—¿Horas? ¿Cómo lo sabe? —Lo miró y luego dijo—: Comprenda, Abrams, que no puedo gritar simplemente lobo... una alerta total cuesta diez millones de dólares... No quiero hacer el papel de tonto. Necesito algo más que el hecho de que usted haya visto a Henry Kimberly. Necesito algo que señale que llega la cuenta atrás final. Dígame algo así, Abrams, y llamaré... y luego le diré qué es todo esto.

—Muy bien. Esto es lo que me hace pensar que llegamos al final de la cuenta atrás. El sótano de la casa vecina está lleno de soviéticos y no están allí para cambiar los tapones.

Van Dorn miró a Katherine y luego se levantó rápidamente.

—¿Está seguro? ¿Abrams, los vio?

Abrams sacudió la cabeza.

—No, no los vi. Me lo dijo una niña. Y luego una mujer me lo confirmó. —Le explicó brevemente lo ocurrido.

Cuando Abrams terminó, Van Dorn permaneció inmóvil y silencioso, con la cabeza gacha. Abrams notó que se estremecía. «¿Y por qué no iba a hacerlo? —pensó Abrams—. Acaba de oír la sirena de alarma».

Van Dorn tomó el teléfono y marcó un número.

—Habla George Van Dorn. La frase de identificación es: «Pasamos a través del fuego y del agua». Déjeme hablar con Pegaso, por favor. —Van Dorn esperó, luego dijo—: Bueno, localícele y dígame que me llame a casa. Situación Omega, sí. —Colgó y miró su reloj—. Pegaso nunca tarda más de diez minutos cuando hay un mensaje. Esto no es normal.

Abrams se preguntó quién era Pegaso y dónde estaría, pero supo que era mejor no preguntar.

—En una oportunidad, O'Brien me indicó que la amenaza no era una guerra nuclear ni tampoco la química o biológica. Eso descarta a tres modernos jinetes del Apocalipsis y debería ser un pensamiento reconfortante. Pero conociendo la capacidad que hemos desarrollado para destruirnos a nosotros mismos, no me siento consolado.

—Hay un cuarto jinete —dijo asintiendo Van Dorn—. ¿Alguno de ustedes oyó hablar de las PEM, las pulsaciones electromagnéticas?

Abrams asintió con cautela.

—Algunos periodistas lo llaman las Pulsaciones del Día del Juicio Final.

—Tiene algo que ver con una explosión nuclear en el espacio —agregó Katherine.

—Sí, así es —replicó Van Dorn—. Pero la amenaza en sí misma no es nuclear. La gente del sótano está escondiéndose de nosotros, no de la explosión nuclear. La explosión, cuando llegue, si llega, será en algún lugar sobre Omaha. No habrá una nube en forma de hongo ni olas ni calor ni radiación ni la destrucción física que se asocia con una detonación termonuclear. Solamente habrá un chispazo de luz en el cielo y luego...

—¿Luego qué? —preguntó Katherine.

—Luego, para parafrasear a lord Grey, las luces se irán de toda Norteamérica. Y no creo que volvamos a verlas encenderse nunca más en nuestra vida.

Durante un rato nadie habló, finalmente Abrams preguntó:

—¿Es alguna clase de fenómeno eléctrico? ¿Como una tormenta de rayos?

—Sí —asintió Van Dorn—. Es muy complejo, con algo de tecnología secreta; se descubrió a principios de 1960 durante nuestra última prueba nuclear de altura. Desgraciadamente, fue descubierto por los soviéticos al mismo tiempo.

Van Dorn encendió un cigarro y continuó:

—Lo que al parecer sucede es esto: cuando un dispositivo nuclear estalla más allá de la atmósfera, los rayos gamma dirigidos a la Tierra, liberados por la explosión, alteran las moléculas de aire y crean algo llamado electrones Compton. Esos electrones experimentan un movimiento de rotación alrededor de las líneas de los campos magnéticos de la Tierra y emiten pulsaciones electromagnéticas. Cada aparato eléctrico y electrónico en el país, incluyendo el reloj digital que usted usa, Abrams, actuará como un pararrayos para esa onda. No quedará nada que funcione, incluyendo las plantas de energía nuclear, los motores de aviones, coches y camiones, motores diésel y hornos caseros. —Van Dorn hizo una pausa y continuó—: Es difícil imaginar la magnitud de tal catástrofe. —Miró a su teléfono, como subrayando lo dicho.

Nadie dijo nada hasta que Abrams habló suavemente.

—Supongo que habrá alguna protección contra eso.

—Nuestros amigos de la casa de al lado, al parecer, probaron su protección contra la PEM con pararrayos y supongo que los hijos de puta consideran que están muy bien cubiertos. De todas maneras, nadie lo sabrá con seguridad hasta que se produzca una tormenta de PEM.

—¿Qué pasa con el Ejército?

—Identificaron el peligro con retraso, pero lo que han hecho para fortalecer los sistemas vitales es muy poco y tardío. Por ejemplo, solamente uno de los cuatro puestos de mando de la aviación es a prueba de PEM.

Van Dorn tocó con el dedo las raspaduras de oro.

—A propósito, esto conduce las PEM e impide que pasen a través de los espacios alrededor de las puertas y ventanas.

Abrams pensó: «El equivalente científico del ajo o del matalobos».

—¿Y los tubos al vacío? —preguntó Abrams.

—Ésa es otra ironía. El tipo antiguo de esos tubos es diez millones de veces más resistente a la PEM que los circuitos que los reemplazaron. —Se detuvo pensativo—. Los soviéticos no descubrieron las PEM antes que nosotros, pero evidentemente han actuado con mayor rapidez. ¿Recuerda el Foxbat soviético, el MIG-25 que voló a Japón conducido por un desertor en 1976? Se pensó que era el avión de guerra más avanzado del mundo. Los técnicos estadounidenses lo desarmaron y encontraron que era un producto de alta tecnología. Pero la parte electrónica estaba basada en tubos al vacío. Al principio, los técnicos estadounidenses se sorprendieron ante el uso de una electrónica tan primitiva. Pero a medida que avanzaron en la inspección del avión descubrieron que los soviéticos poseían una tecnología avanzada. Entonces, ¿por qué tubos al vacío? Bueno, ahora sabemos la respuesta. La parte electrónica cercana al exterior del avión podría recibir las PEM y por eso tenían tubos al vacío. Ésa fue la primera evidencia importante de que ellos tomaban las PEM en serio. Los israelíes hicieron similares descubrimientos al capturar equipo soviético. Tenemos que presumir que la mayoría del arsenal soviético está diseñado teniendo en cuenta las PEM.

—Al parecer la casa de al lado está preparada para soportar la tormenta —dijo Abrams—. Supongo que usarán el lugar como un centro de mando y control después del ataque de PEM.

Van Dorn asintió.

—¿Esta casa...? —preguntó Katherine.

Van Dorn sacudió la cabeza.

—No, tampoco tengo un refugio antiaéreo. No hago planes para los desastres, los prevengo.

Abrams pensó durante un momento, luego se dirigió a Van Dorn.

—Su proximidad física debe de ponerles muy nerviosos... ¿Es posible que tengan planeado algo especial para esta casa?

—Estoy totalmente seguro de que es así. Yo también tengo planeado algo especial para ellos y no es mi habitual espectáculo de luz y sonido. Es algo muy poco amistoso. —Sonrió de una manera que a Abrams le resultó maligna y siniestra al mismo tiempo. Van Dorn agregó—: Las grandes discusiones de política mundial palidecen ante las pequeñas rencillas entre vecinos. Si mis días en este planeta deben terminar, voy a llevarme un buen número de esos hijos de puta conmigo.

Van Dorn no hizo más aclaraciones sobre los métodos para tratar con vecinos poco amistosos y Abrams no preguntó. El silencio en el estudio permitía escuchar el tictac del reloj de la repisa. También les llegaba el ruido de los invitados, con los obligatorios «ohh» y «ahh» mientras se encendían los fuegos artificiales. Abrams se fijó en Katherine que parecía triste pero no desesperada, como si hubiera perdido un juego pero no el partido de tenis.

Van Dorn observó a Abrams durante un rato.

—Lo enviamos allí solamente para confirmar algunas de nuestras sospechas. No esperábamos que tuviera una charla con Henry Kimberly o que descubriera que la gente no había tomado el autobús de vuelta a Manhattan. Muy buen trabajo.

Abrams agradeció el cumplido con un movimiento de la cabeza.

—Imagino que los acontecimientos de los últimos días o semanas, que usted y sus amigos precipitaron, les ha asustado. Quizá los impulsaron a entrar en acción.

Van Dorn estudió la punta de su cigarro.

—Sí, es la ironía final. Los empaquetamos y los mandamos actuar. Quizá incluso antes de estar completamente listos.

—Tampoco parece que nosotros estemos completamente listos —observó Abrams.

—Bueno..., estamos prevenidos.

—¿No sería posible, George, que se tratara de un simulacro? ¿Una prueba para ver si pueden ocultar su gente en Glen Cove sin que los descubran?

Van Dorn sacudió la cabeza.

—Al contrario. Normalmente no tendrían que esconder a nadie. Simplemente coordinarían la tormenta de PEM con el habitual fin de semana en Glen Cove. Siempre supimos que los soviéticos preferirían un fin de semana largo para una guerra termonuclear o un ataque de PEM. Su gente en Washington y San Francisco también estaría en sus casas de campo y la respuesta a la alerta roja, no importa lo que les hayan dicho, es dos o tres minutos más lenta durante los fines de semana. Por ejemplo, Pegaso todavía no ha llamado y ya debería haberlo hecho. —Miró su reloj—. Han pasado doce minutos. —Se dirigió a Katherine—. No, desearía creer que es una prueba, pero el hecho es que han escondido a su gente en Glen Cove, en una noche en la que tendrían que estar de regreso a Manhattan, y eso significa que esta noche es la noche. El señor Abrams tiene razón.

Katherine asintió.

—Me pregunto por qué los soviéticos se han tomado la molestia de hacer su casa resistente a la PEM. ¿Por qué no quitaron los fusibles y desmontaron los enchufes

unos minutos antes de la tormenta de PEM?

—Nadie sabe con certeza si cortando la corriente quedan totalmente seguros los aparatos eléctricos —respondió Van Dorn—. Pero incluso si fuera así, los soviéticos no apagarían la toma general porque el FBI controla su electricidad y avisaría al presidente en cinco segundos.

Abrams recorrió la habitación con la mirada, como si estuviera tomando nota de todos los aparatos eléctricos.

Van Dorn pareció saber lo que Abrams pensaba en ese momento.

—Sí, la vida sería muy distinta. Podríamos helarnos en la oscuridad. —Miró su escritorio—. Hasta mi calculadora de bolsillo entregaría su alma a Dios.

—Parece que no tenemos defensa. ¿Pero no podríamos vengarnos?

Van Dorn iba a contestarle cuando sonó el teléfono y atendió.

—Van Dorn. Sí. —Repitió la frase de identificación, escuchó por un momento y luego dijo—: Bueno, ¿dónde diablos está? No, no voy a darle a usted la información. ¿Está allí Unicornio? ¿Y Centauro? Repito, ésta es una situación Omega. —Van Dorn asintió varias veces mientras escuchaba—. Muy bien. De acuerdo. Yo sigo aquí. Consiga que alguno de ellos me llame. —Colgó y miró a Abrams y a Katherine—. Pegaso, inexplicablemente, no está. Unicornio y Centauro regresarán muy pronto. Mientras tanto, han aceptado mi análisis de la situación como un estado de alerta Omega y las cosas se están moviendo.

Katherine miró súbitamente por la ventana y sus ojos se dilataron. Van Dorn miró por sobre el hombro.

—¿Qué pasa?

Katherine respiró profundamente, luego habló:

—Yo... yo pensé... debe de haber sido un relámpago.

Van Dorn se mojó los labios.

—Bueno, las luces todavía están encendidas, así que debe de haber sido eso. Pero probablemente sucederá así... Qué mala suerte que justamente esta noche haya relámpagos, ¿no?

—Tal vez no sea mala suerte sino una broma del cosmos —dijo Abrams.

—Lo que sea, es algo que me pone nerviosa —agregó Katherine.

Van Dorn se aclaró la garganta.

—No puedo hacer mucho más por ahora. La pregunta se refiere a una represalia y es un problema complejo. ¿Podemos? ¿Queremos? ¿Debemos?

—¿Qué quiere decir con «debemos»?

—Es un problema moral —replicó Van Dorn—. El presidente debe ser convencido de que son los soviéticos los que causarán la tormenta de PEM. Y tendrá que decidir si una respuesta nuclear servirá a algún otro propósito que no sea una invitación a un contraataque masivo de los soviéticos.

—Comprendo —dijo Katherine asintiendo lentamente.

—¿Y cómo enviarán ese dispositivo nuclear que provocará la tormenta PEM?



Supongo que cada misil que salga de la Unión Soviética será detectado instantáneamente —dijo Abrams.

—Ése es el problema. No lo sabemos. Pero sí sabemos que un submarino soviético lejos de la costa de California puede lanzar un misil que estallaría en el centro de Estados Unidos, con la altitud requerida para causar una tormenta PEM y un tiempo de vuelo de tres a cuatro minutos. Antes de que el lanzamiento del submarino se confirme ya sería demasiado tarde. La red de mando, control y comunicación, lo que aglutina todo nuestro programa nuclear habría desaparecido. Y una vez que suceda eso, todo habría terminado. Como dijo un general, el ganador de la próxima guerra será el que tenga las dos últimas radios que funcionen.

Abrams se dirigió hacia el ventanal y miró por encima del jardín, lleno de gente, hacia el horizonte. Uno de los cohetes se elevó desde la piscina vacía y estalló en una lluvia de partículas doradas contra el cielo oscuro. Se volvió y dijo:

—En efecto, toda nuestra avanzada tecnología, de la que dependemos tanto, nos vuelve muy vulnerables. Si nosotros respondemos con una tormenta electromagnética sobre la Unión Soviética, las consecuencias no serían tan catastróficas para ellos.

—Así es —contestó Van Dorn—. Éste es uno de esos casos en los que el primitivismo es una clara ventaja. No se pueden destruir los aparatos de un país si no los tiene. Y si los tienen pero no dependen de ellos, no son tan vulnerables como nosotros.

Van Dorn tomó su calculadora y la miró.

—Cada civilización tiene su talón de Aquiles. Si introducimos una plaga de arroz en China y la desparramamos por sus cultivos, morirán en masa. Si ellos hacen lo mismo con nosotros nadie lo notaría. ¿Se dan cuenta? ¿Entienden por qué estamos en el umbral de la extinción?

Abrams asintió y Van Dorn miró a Katherine.

—En un combate mortal, no es solamente el talón de Aquiles lo que buscamos, también necesitamos el instrumento adecuado para tratar con el estallido mortal. —Van Dorn caminó alrededor de su escritorio—. Algunas veces, el instrumento adecuado es el PEM. Otras veces, la plaga de arroz. —Abrió el cajón superior de su escritorio—. Pero si uno está detrás del hombre lobo —colocó algo sobre el escritorio—, lo que necesita es una bala de plata.

Katherine y Abrams observaron la brillante bala del calibre 45, colocada como un misil en miniatura, listo para el lanzamiento.

—No, no es de O'Brien —dijo Van Dorn—. Tengo la mía. Hay una más. Porque hay tres Talbot.

Los ojos de Katherine fueron de la bala al rostro de Van Dorn.

—¿Tres...?

—Sí. De hecho, tu padre tiene la tercera bala.

Katherine no contestó.

—Pero creo —dijo suavemente Van Dorn—, que ésta tiene su nombre, Kate.

¿Tienes alguna objeción si la uso?

Katherine vaciló un instante y luego sacudió la cabeza.

Van Dorn asintió, tomó la bala y la guardó en el bolsillo de su traje.

—No importa qué suceda esta noche, un desastre nacional o el milagro de sobrevivir; Henry Kimberly debe morir. Después podemos discutir la manera.

Abrams contempló el perfil de Van Dorn, notando por primera vez las facciones angulosas que no se percibían mirándolo de frente. Pensó que podría parecer un viejo perro de caza, pero que ocultaba un animal más vengativo.

El sonido del teléfono interrumpió el silencio. Van Dorn tomó el aparato y se identificó. Escuchó mientras tomaba algunas notas.

—Debe comprender que uno de los hombres que está con el presidente este fin de semana, James Allerton, es posiblemente un agente soviético. —Van Dorn escuchó durante un segundo, luego dijo irritado—: Sí, maldito sea, ese James Allerton. ¿Cuántos otros Allerton están en Camp David con el presidente? Sí, muy bien. Pero todavía necesito hablar con uno de los tres. —Escuchó y luego contestó—: De acuerdo, tengo una fuerte evidencia que apunta a un ataque de PEM esta noche. Ponga en marcha el motor, coronel. Sí. Muy bien. —Colgó y se secó la frente con un pañuelo—. Bueno, ahora saben lo de Allerton, si no lo habían sospechado ya. —Miró de reojo a Katherine.

—Dios, esto es demasiado... —dijo Katherine sacudiendo la cabeza.

—¿Quién es el tercero?

Van Dorn se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Ni siquiera sé si todavía vive. Pero si los soviéticos terminan con la Casa Blanca, supongo que lo descubriremos.

—George —dijo Katherine mirando a Van Dorn—. ¿Qué pasará después? ¿Después del ataque de la PEM? Quiero decir... si no hay intercambio nuclear... ¿Qué pasará después? ¿Rendición? ¿Ocupación? ¿Qué?

—Ése es un pensamiento muy negativo, Katherine.

—En absoluto —respondió Abrams—. Es una buena pregunta.

Van Dorn miró a Abrams, luego a Katherine y se dio cuenta de lo que sucedía. Sonrió, y Katherine pareció mortificada. Abrams trató de permanecer impassible. Van Dorn caminó hasta la caja de seguridad de la pared y regresó con una carpeta. La abrió, sacó unas hojas y las colocó sobre el escritorio ante Abrams.

—¿Puede leer esto?

Abrams miró las hojas escritas en ruso.

—«Informe sobre expropiación y administración de la industria de la confección de Nueva York». —Miró irónicamente a Van Dorn.

—No es interesante de leer. Lo interesante es que exista.

Katherine lanzó una mirada al grueso expediente.

—¿Dónde lo conseguiste?

Van Dorn se permitió una sonrisa.

—De un delincuente juvenil de la zona. —Les explicó el caso de Stanley Kuchick y agregó—: El chico dijo que había montones de archivos llenos de papeles. Si hubiera entendido ruso, habría elegido algo más interesante, quizá sus planes para los tribunales y el sistema legal... no estas cosas.

Abrams pasó las páginas. Pensó que había algunos elementos de coincidencia allí; sus padres habían trabajado activamente en el movimiento de los obreros de la confección, y habrían aprobado la expropiación.

Van Dorn sacó unas fotografías de la carpeta y las colocó sobre el escritorio.

—El muchacho también tomó fotos. Ésos son los paneles eléctricos en el sótano. Esto no fue una sorpresa. Pero la CIA consideró que era fascinante que hubiéramos podido entrar y salir del sótano de Iván. —Van Dorn lanzó una risa burlona—. No les dije que las conseguimos por pura casualidad. —Empujó otra foto hacia Abrams—. ¿Reconoce al gordo?

—Androv —respondió asintiendo Abrams—. El supuesto agregado de asuntos culturales.

—Sí y el hombre que está a su lado fue identificado como Valentín Metkov, del Departamento Cinco de la KGB. Asociación para el Crimen.

Katherine contempló los rostros de la foto. Androv parecía bondadoso y Metkov siniestro. Pero no parecía haber correspondencia entre sus aspectos y sus conductas.

—Metkov no es un asesino profesional —continuó Van Dorn—, es un oficial de alto grado que dirige matanzas en masa. Ha trabajado en Polonia, Afganistán, la república soviética de Lituania y en todos los lugares en donde la KGB tiene libertad para ocuparse de los enemigos del estado. Nunca pensé que lo vería en Estados Unidos. Es un heraldo de la muerte.

—¿Quién es un heraldo de la muerte?

Todos se volvieron hacia la puerta por donde Ann Kimberly acababa de entrar.

—¿Quién es un heraldo de la muerte, George? Yo no, espero.

Se produjo un silencio lleno de asombro hasta que Van Dorn contestó:

—Uno de mis vecinos, Valentín Metkov, del Departamento Cinco, que está planeando asesinarnos a todos, Ann.

—Bueno, George, hace años que lo estás pidiendo. —Sonrió—. Hola, Kate. Supongo que he llegado en el momento adecuado. ¿Ése es tu nuevo amigo, Tony? Hola. ¿Me he perdido algo? Dame un trago, ¿quieres, George? Tengo la sensación de que voy a necesitarlo.

Ann Kimberly se sentó en el borde de la mesita de café con un vaso de *whisky* en la mano.

—¿Parezco una novia celosa? Me siento un poco tonta montando este lío para buscar a mi novio.

Katherine, que estaba sentada frente a ella, respondió:

—No, no es una tontería. Peter podría desaparecer por semanas, pero el trabajo de Nick y su... su forma de ser contradicen esa manera de irse, sin dejar rastros.

Van Dorn no se preocupaba por esa charla entre mujeres. Nicholas West era uno de los hombres más protegidos del país.

—A consecuencia de lo que pase, es muy probable que la Compañía lo tenga escondido para su propia seguridad. Muy pronto tendremos noticias.

Ann deseaba señalar que no era una joven histérica, que ella era la primera persona en la lista de contactos de Nicholas West y que estaba en el mismo asunto que ellos. Pero en cambio dijo:

—Vamos a ocuparnos de lo que tenéis en mente. —Se inclinó hacia adelante—. Contadme todo.

Van Dorn intercambió una mirada con Katherine, quien se volvió hacia su hermana y dijo:

—La primera cosa que tengo que decirte es que nuestro padre vive.

Ann pareció no reaccionar, pero Abrams, que estaba a su lado, vio cómo temblaba el vaso en su mano.

Katherine continuó:

—Está en la casa de al lado, Ann. Es un desertor. Un traidor.

—Es Talbot —dijo Ann.

—Es Talbot —repitió Katherine.

Ann asintió pensativa, como si estuviera guardando la información para una futura referencia.

—Y hay otros dos. —Miró a Van Dorn—. ¿Recibiste un télex de Inglaterra hace unas pocas horas?

Van Dorn asintió.

—De nuestro contacto en el MI5. —Abrió el cajón de su escritorio y sacó el mensaje descifrado—. «En respuesta a su pregunta: Llamada de larga distancia desde Nueva York, ruta local Tongate, a Brompton Hall, a las diecinueve, hora de EE.UU. Duración ocho minutos. Llamada de Brompton Hall a Nueva York a las diecinueve y cuarenta y tres horas de EE.UU. Duración seis minutos. Las dos llamadas en Nueva York en el United Nations Plaza Hotel». —Van Dorn levantó la mirada y dijo—:

Unos quince minutos después de la llamada desde Brompton Hall, los vecinos informaron sobre el incendio. —Se dirigió a Abrams—. Creo que sé lo que sucedió, pero quizá usted pueda reconstruir los hechos. Me va a sonar mejor si lo dice un policía.

Abrams no se sintió halagado con la petición, pero dijo:

—La persona que estaba en el United Nations Plaza Hotel era James Allerton. —Vio cómo Van Dorn asentía—. Allerton hubiera querido borrar las huellas de esas llamadas, pero tuvo poco tiempo y estaba algo nervioso. Así que se arriesgó a que nadie lo controlara. La hora de su llamada a Brompton Hall corresponde a la hora en que se debe haber enterado de la existencia del diario y de la carta de Wingate. Probablemente lo supo por Thorpe, a quien se lo contó Katherine. —Mantuvo la mirada fija en Van Dorn.

—No estamos seguros de que Allerton y Thorpe sepan el uno del otro. Pero las noticias llegaron a Allerton como resultado de la conversación de Thorpe con Katherine y la hora es correcta. Continúe.

Abrams pensó durante un momento.

—Allerton habló durante ocho minutos con *lady* Wingate o con su sobrino. Probablemente trató de determinar si su nombre aparecía en el diario de forma negativa. —Abrams hizo una pausa, luego prosiguió—: Eso hace suponer que Allerton creyó que el diario era verdadero, pese a que hace poco le dijeron que no lo era. —Lanzó una mirada a Katherine y luego a Van Dorn—. Allerton nunca supo que él y Kimberly estaban del mismo lado, que es como habitualmente funcionan esas cosas.

Van Dorn asintió.

—Allerton estaba muy atemorizado, que era el propósito del diario. O, para usar la otra metáfora, el hombre lobo siente el peligro, pero a diferencia de los lobos, no corre para alejarse, sino para aproximarse.

Abrams encendió un cigarrillo.

—Allerton debe de haber convencido a Eleanor Wingate de que trabajaba con Carbury, O'Brien y Katherine y que estaban preocupados por su seguridad o algo por el estilo. Allerton quería una copia del diario.

Abrams observó el humo del cigarrillo. Era consciente de la absoluta inmovilidad que reinaba en la habitación. También se daba cuenta del asombroso contraste entre el caballero que conoció en la comida de la OSS y que vio por televisión y el hombre que en ese momento estaba describiendo; pero eso se correspondía con la naturaleza del hombre lobo.

—Allerton envió a alguien a Brompton Hall y O'Brien hizo lo mismo. El tiempo es muy corto y es difícil decir quién llegó primero, pero Eleanor Wingate dejó que los dos entraran. —Abrams recordó un párrafo de la carta e hizo notar—: Debe de haber estado tan confusa como lo estuvo en 1945, cuando dos hombres diferentes fueron a Brompton Hall con la misión de recobrar los papeles de Henry Kimberly.

Van Dorn volvió a asentir.

—De todas maneras, el hombre de Allerton asesinó a Eleanor Wingate, a su sobrino y al hombre de O'Brien. Debe de haber..., debe de haberlos interrogado primero y recobró la copia del diario. Luego llamó a Allerton y le informó. Quince minutos después de la llamada, la casa estaba en llamas. —Miró a Abrams—. Es reconfortante que haya llegado a la misma conclusión. No podemos acusar a Allerton con la prueba de las llamadas telefónicas, pero podemos matarle.

Abrams no contestó directamente a la sugerencia de homicidio, sino que dijo:

—¿Y en este momento James Allerton está con el presidente en Camp David?

Van Dorn rió sin ganas.

—Me temo que sí. Como si no tuviéramos bastantes cosas para preocuparnos.

—¿De qué tenemos que preocuparnos, George? —preguntó Ann.

—De muchas cosas. Por un lado, del tercer Talbot. Pero no tengo pruebas de que esté con vida. —Miró a Ann.

—Creo que está vivo —contestó—. Pero no tengo nada más que decir. Antes de que me cuentes lo que piensas, déjame decirte que no ha habido ningún movimiento fuera de lo común entre Moscú y Washington, Manhattan o Glen Cove. Simplemente cosas administrativas. Por ejemplo, la aprobación de la licencia de Androv, y asuntos diplomáticos de poca importancia. Hice un análisis con el ordenador y parece que cada vez que ocurrió ese fenómeno, entre el sitio de Berlín en 1948 hasta ahora, habitualmente, pero no siempre, significó que esos hijos de puta estaban tramando algo. Nosotros lo llamamos Calma Antes de Desparramar Mierda.

—Aquí no han estado muy tranquilos —observó Van Dorn.

—Además —continuó Ann—, esta noche he compartido un taxi con el soviético más atractivo que he visto en mi vida. —Lo explicó brevemente y agregó—: Cuando comprobé que era un correo de alto nivel, que no llevaba el portafolios sujeto a la muñeca aparentando normalidad, tuve sospechas. Podría haberlo atacado —continuó sonriendo—, pero parecía muy fuerte. Y no todos los correos llevan los planes de la tercera guerra mundial, ¿no?

—No, pero creo que éste sí —agregó Van Dorn.

—Bueno, entonces habla, George.

—De acuerdo. —Sonó el teléfono y Van Dorn atendió. Dijo las frases de identificación, contestó e hizo varias preguntas y luego cortó—. Bueno, no me dan mucha seguridad, pero querían que supiera que ya están en estado de alerta y han informado al presidente. Más tarde mandarán detalles codificados por télex. —Miró a Ann—. Bien, ¿estás de humor para malas noticias?

—Adelante, George, dispara.

Abrams observó a Ann Kimberly mientras Van Dorn la informaba rápidamente. Preguntó algunas cosas e hizo unos breves comentarios. Notó que era rápida, inteligente y comprensiva. También era atractiva. Tenía el mismo color de pelo que su hermana, pero lo llevaba más corto y su cuerpo era más redondeado. Era unos tres

años mayor que Katherine. Mientras esta última daba la sensación de vivir al aire libre, Ann parecía que pasaba la mayor parte del tiempo en espacios cerrados.

En cuanto a la personalidad, Ann Kimberly era más jovial y espontánea, se burlaba y hacía observaciones irreverentes. Ya le había dicho a Van Dorn que estaba demasiado gordo y que Kitty se buscaría un amante y sugirió que sus fiestas eran aburridas.

Al mismo tiempo, no parecía particularmente preocupada por las noticias que le daba Van Dorn sobre el inminente ataque, pero Abrams se dio cuenta de que creía en lo que le decían.

Se preguntó cómo Ann Kimberly y Nicholas West se habían relacionado y permanecían juntos. Le parecía que, al menos aparentemente, Ann Kimberly y Peter Thorpe combinarían mejor que Thorpe y Katherine.

Ann se sirvió de la bandeja mientras terminaba de hablar con Van Dorn.

—¿Entonces el presidente no puede ordenar un ataque nuclear? —preguntó Van Dorn.

—Así es, George. El presidente no tiene la posibilidad de mandar lo que se llama un mensaje de acción de emergencia al menos hasta que logremos una lobotomía electrónica. —Ann se puso de pie, miró a su alrededor y dijo—: Pero voy a darles parte de una información clasificada como Mayor Secreto de Estado. El ejército había previsto un PEM y convenció al presidente de que si ocurría un corte total de energía, la falta de comunicaciones sería la señal para poner en marcha un plan. Se llama Mereal, método de respuesta de autolanzamiento. Es una respuesta incluso más rápida que Lanzamiento de Advertencia. —Respiró profundamente—. Para decirlo más poéticamente, el silencio de las radios será, irónicamente, la última llamada a las armas.

Contempló los tres rostros que la miraban y agregó para asegurarse de que la comprendían:

—Una suspensión total de las comunicaciones equivale al lanzamiento. ¡Bum! *Auf wiedersehen*, mundo, como dicen en la vieja alegre Alemania. —Terminó su trago y le tendió el vaso a Van Dorn—. Un poco más, George. *Danke*.

Van Dorn recibió la copa y se dirigió lentamente hacia el bar.

Abrams miró a Ann hasta encontrar sus ojos. Al principio pensó que estaba borracha o loca, pero luego decidió que no le importaba nada. Pero al encontrarse con sus ojos se dio cuenta de lo mucho que le preocupaba. Debía de ser la forma en que hablaba con sus colegas sobre la aniquilación nuclear, como si discutieran alguna guerra pasada, no la próxima. Realmente *auf wiedersehen*. No, si él podía evitarlo.

—Supongo que los soviéticos saben eso —dijo Van Dorn. Alargó el vaso a Ann.

Ann levantó el vaso.

—Éste es un buen *whisky* de Kentucky. —Tomó un trago y luego se dirigió a Van Dorn—. Sí, lo saben. De otra manera, ¿para qué serviría la amenaza sino para detenerlos? Pero, o no lo creen o han decidido correr el riesgo. Nuestra respuesta

nuclear a un corte de energía de PEM podrá ser débil, pero no tanto. Tenemos los submarinos.

Ann caminó hasta las puertaventanas y miró hacia el cielo. Un trueno distante rompió la quietud del estudio.

—Dios está tratando de prevenirnos. —Se volvió y se puso frente a todos—. Bueno, éste es el aspecto oscuro. Estáis preocupados por una derrota instantánea y total, sin un tiro. No tengáis miedo. Tendremos nuestra guerra nuclear. —Contempló su copa—. Es el clásico caso de subestimación de la respuesta al ataque enemigo. Desilusión en Moscú. Estúpidos. —Levantó la mirada—. Así, todo indica que mañana los rayos del sol brillarán entre despojos nucleares.

Van Dorn dejó escapar un gran suspiro.

—Quizá no. Presumo que el presidente está hablando en este momento con el primer ministro soviético. Si les hace saber que estamos al corriente de todo, puede que suspendan el ataque.

Ann no respondió.

—El presidente puede informar a los soviéticos —continuó Van Dorn— de que va a dar la orden de lanzamiento a todas las fuerzas nucleares tan pronto como nuestros satélites detectores de misiles detecten un lanzamiento soviético.

Ann sacudió la cabeza.

—No verán ningún lanzamiento ni desde la Unión Soviética ni desde submarinos soviéticos ni desde ningún otro lado.

Van Dorn dio unos pasos hacia Ann.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo van a detonar ese dispositivo nuclear sobre el centro de Estados Unidos?

—Por satélite, por supuesto —replicó Ann.

Van Dorn permaneció en silencio durante un momento, luego estalló:

—¡Maldición! Por supuesto...

—Es lo más simple del mundo —continuó Ann—. Hay miles de satélites de todo tipo y aspecto dando vueltas, pasando libremente por las fronteras sin protección del espacio. Hay un tipo de satélite soviético que se llama *Molniya*, que apropiadamente significa relámpago. Hay gran cantidad de esos inofensivos satélites de comunicación pasando diariamente por encima de Estados Unidos. Uno de ellos tiene particular interés para la Agencia de Seguridad Nacional... El *Molniya* número 36.

Ann caminó hasta el escritorio de Van Dorn y se sentó en el borde.

—El *Molniya* 36 fue lanzado desde la base soviética de Plesetsk hace un año. Tiene una órbita muy elíptica, con un apogeo de unos cuarenta mil kilómetros y un perigeo de solamente seiscientos. La razón manifiesta de esa órbita inusual es prolongar los tiempos de comunicación, lo que es parcialmente verdad. Pero con una órbita así, también está fuera del alcance de nuestros satélites intrusos y nuestros satélites asesinos. Su apogeo es sobre el lago Baikal, en la Siberia central. —Agregó casi espontáneamente—: Su perigeo de seiscientos kilómetros es sobre Norteamérica,



en Nebraska para ser exactos.

Nadie habló y Ann se dirigió hasta la mesa de café y se sirvió de la bandeja casi vacía.

—Mi gente de la Agencia Nacional de Seguridad determinó por métodos electrónicos que el *Molniya 36* no tiene la carga normal de equipos de comunicación a bordo. Deducción: parte de su espacio está ocupado por algo más. A saber, unas pocas libras de plutonio. —Se sirvió un trozo de salmón ahumado y lo comió—. El *Molniya 36* es muy probablemente lo que nosotros llamamos BOS, una bomba orbital satélite. Los BOS fueron prohibidos por tratado de las Naciones Unidas de 1966, pero supongo que Iván ha perdido su ejemplar de ese tratado. —Volvió a servirse salmón ahumado—. Muy buena comida, George. ¿Todavía tienes a ese nazi loco trabajando para ti?

Van Dorn contestó con tono distraído.

—No es nazi. Es un judío alemán.

—Creía que era un hombre de las SS.

—No, pretendía serlo. Escucha, Ann, ¿estás segura...?

Abrams interrumpió.

—¿Cuál es el tiempo de órbita de ese *Molniya*? —Lo pronunció en ruso y Ann lo miró de reojo.

—Bueno, ésas son las buenas noticias. El tiempo de la órbita alrededor de la Tierra es largo, doce horas y diecisiete minutos, unos pocos minutos más o menos. —Sacudió los cubitos de hielo de su copa y bebió el resto de *whisky*—. Las malas noticias son que no recuerdo cuándo estará sobre Nebraska otra vez. —Alcanzó su copa a Van Dorn—. Muy suave esta vez. Con mucha soda.

Van Dorn tomó la copa y fue hasta el bar.

—Bueno, estoy seguro de que podemos averiguarlo.

—No hay problema. ¿Tienes un ordenador con terminal?

—No, nunca pasé del télex.

—Oh, George. —Ann recibió la copa y con la otra mano tomó el teléfono—. Creo que puedo averiguarlo a través de Fort Meade. —Sostuvo el auricular con el hombro y apretó los botones.

Abrams observó. Nunca había visto antes un número telefónico de veintiuna cifras. Ann cumplió con el procedimiento de identificación. Abrams recordó que alguien decía que la Agencia de Seguridad Nacional era tan secreta que en realidad no existía. Ann hablaba con alguien al que parecía conocer.

—Sí, Bob, soy Ann Kimberly. Estoy en Nueva York y necesito una información. ¿Tienes tu pequeño ordenador frente a ti?

También le habían dicho a Abrams que la Agencia Nacional de Seguridad tenía en Fort Meade un arsenal de ordenadores, así que Bob tenía muchas posibilidades de encontrarse frente a uno de ellos.

—No —dijo Ann—, este teléfono no es seguro. Pero quiero algo de muy poca

importancia. ¿De acuerdo...? —Hizo un gesto a la gente que estaba con ella en la habitación y luego siguió hablando—. Marca las series de *Molniya*. —Esperó y luego continuó—: Muy bien, necesito la *Molniya 36*. ¿La tienes? Ahora necesito la hora y el lugar de perigeo. —Escuchó—. Muy bien... muy bien, Bob. Gracias... No, es algo sin importancia. De acuerdo. Hasta pronto. —Colgó y miró a las tres personas que la observaban—. No os gustará saberlo.

Van Dorn replicó ásperamente:

—Quiero saberlo.

Ann miró su reloj, lo que para Abrams fue una mala señal. Se preguntó si miraría el minuterero o el segundero. Ann levantó la cabeza.

—El *Molniya 36* está viajando en dirección suroeste, descendiendo ahora de su apogeo hacia la Tierra. La hora de perigeo sobre Blair, Nebraska, una pequeña ciudad a unos cuarenta kilómetros de Omaha, es a las doce seis de la mañana hora del Este, veintitrés seis hora central, lo que es en cualquier caso... noventa y seis minutos a partir de ahora.

Contempló la ventana como si lo estuviera buscando, pensó Abrams.

—Puede que esperen a la próxima órbita... —dijo Katherine.

—No creo —replicó Van Dorn—. Ni siquiera a los soviéticos les gusta estar sentados en el sótano durante doce horas.

—Si las oficinas de la misión no atienden como de costumbre y la delegación no aparece mañana en las Naciones Unidas, resultará un poco sospechoso —agregó Abrams—. No, van a hacerlo esta noche. Con esta órbita.

Katherine estalló repentinamente.

—¡Esos hijos de puta! —Miró a Van Dorn—. En parte somos responsables. Debimos hacer más o no hacer nada. Nos comprometimos, así que tendremos que llegar hasta el final.

Van Dorn permaneció inmóvil por un rato y luego dijo suavemente:

—Sí, estoy de acuerdo. No intento liquidar esto con unas pocas llamadas telefónicas, Kate. Vamos a abordar directamente la situación en la casa de al lado. —Tomó el teléfono y marcó el número de la cocina, en donde atendió alguien de la servidumbre—. Busque a Marc Pembroke y dígame que venga a mi estudio. Inmediatamente.

Van Dorn colgó el aparato y miró a cada uno de los presentes.

—Puede que seamos o no capaces de parar esto, pero por Dios, no hay razón para que no nos permitamos una venganza personal. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la ventana—. Esta noche también es la última de ellos. —Miró a Ann Kimberly—. ¿De acuerdo?

Ann se encogió de hombros.

—No creo que importe mucho si uno encuentra su fin con una bala de poco calibre o con un disparo nuclear. Cuando uno está muerto, está muerto. Si tienes un revólver, tengo el dedo listo para el gatillo.

Van Dorn miró a Abrams.

—Estoy seguro —dijo— de que están preparados para resistir un ataque violento.

Van Dorn sonrió con una mueca.

—Pembroke y yo tenemos algunos planes para un ataque.

Abrams lo consideró desagradable pero no increíble. Cambió de tema.

—¿Qué pasa si no es esta noche? ¿Cómo explicaremos un ataque a la residencia diplomática de la Unión Soviética ante las Naciones Unidas?

—Mira —contestó Ann—, estamos proponiendo un ataque preventivo, no una agresión sin provocación.

Van Dorn se frotó la mandíbula.

—Abrams, si sus objeciones son más prácticas que morales, por favor, quédese tranquilo. Podemos ser espías aficionados, pero somos soldados profesionales. De hecho, en la parte trasera de la casa hay un mortero de ochenta y un milímetros.

Los ojos de Abrams se dilataron.

Van Dorn sonrió casi avergonzado.

—Podemos arrasar esa maldita casa en diez minutos y luego ir a rematarlos.

Abrams lo miró fijamente.

—Como dispuso el destino —agregó Van Dorn—, mis tres pirotécnicos de esta noche están entrenados para matar.

Abrams pensó que el destino tenía muy poco que ver con eso. Se pasó la mano por la frente. Cuando todo el asunto era espionaje de aficionados, ya resultaba bastante raro. En ese momento que se había convertido en una discusión sobre tácticas de infantería, era alarmante. En su mente se formó la imagen de la niña soviética y su muñeca. Katerina y Katia. «¿A dónde vas, Katerina? Abajo, al sótano». Sacudió la cabeza y se dirigió a Van Dorn.

—Hay mujeres y niños en el sótano.

Van Dorn dejó escapar un suspiro. Luego habló con suavidad, amablemente.

—Hay mujeres y niños por todo Estados Unidos. Si quiere hablar de mujeres y niños, trate de ampliar su imaginación para ver los resultados de una guerra nuclear.

Abrams contestó irritado:

—Matar a esa gente no servirá para prevenirla. —Agregó—: Si hay un ataque de PEM, su mortero funcionará igual. ¿Por qué no espera a ver qué sucede a medianoche?

Van Dorn iba a contestar, pero sonó el teléfono y lo atendió. Escuchó y luego dijo:

—Sí, está aquí. —Alcanzó el teléfono a Abrams—. El capitán Spinelli.

Abrams pareció sorprendido.

—¿Qué sucede, Dom?

—¿Todavía de fiesta, Abrams? Bueno, ahora prepárate para las noticias de la noche.

—No tengo ninguna noticia.

—Yo sí.

Abrams tomó el teléfono y lo llevó hasta la chimenea, dando la espalda a los otros tres. Comenzaron a hablar en voz baja.

—¿Dónde estás? —preguntó Abrams.

—En la Diecinueve.

Abrams continuó en el mismo tono.

—Muy bien, ¿qué pasa? —preguntó sin mucho interés.

—He estado investigando a partir de la nota que me dejaste sobre la casa de la calle Treinta y Seis.

—Oh, sí, el Lombardy. Fue un tiro por aproximación. No creo que Thorpe haya dejado nada. Es una guarida de la CIA y la usa otra gente...

—No es de la CIA y nadie más la usa, aparte de Thorpe. Él dijo eso para cubrirse.

—¿Qué encontraste, Sherlock? ¿Radios, códigos, té soviético y ejemplares firmados de *El capital*?

—Bueno, había radios. Escucha, no pudimos conseguir una orden judicial, así que llamé a Henly, el contacto que tenemos con la CIA. Fuimos al Lombardy y tiramos la puerta con hachas de bomberos. Por Dios, qué lugar tiene ese payaso. Al final de una escalera estrecha, en el tercer piso, había una gran puerta negra hecha de algún material sintético. Algo elástico como la goma. Intentamos derribarla durante diez minutos, Henly estaba seguro de que íbamos a encontrar algo. Pero la puerta no cedía. Tuvimos que llamar al Servicio de Emergencia, y por último la volaron con medio kilo de plástico.

Abrams oyó que Spinelli encendía un cigarro.

—¿Y...?

—Encontramos un gran desván que parecía un cruce entre el *Enterprise* y el cuarto de recreo del marqués de Sade. Había un reguero de sangre en el piso de baldosas blancas que nos llevó hasta la cámara frigorífica, como las que hay en las carnicerías. Pero dentro no había jamones, no, señor. Ese hijo de puta tenía allí su depósito de cadáveres.

Abrams miró por encima del hombro para comprobar que los otros no le prestaban atención; seguían conversando entre ellos.

—¿Quiénes estaban allí? —preguntó en voz baja.

Spinelli lanzó un suspiro.

—Un mal grupo, Tony. Eran tres: uno, el desaparecido Randolph Carbury, con el cráneo destrozado; dos, una mujer de mediana edad identificada por el conserje como el ama de llaves, con una bala en el ojo derecho, con salida por la parte de atrás de la oreja derecha. Y el número tres, Nicholas West, torturado, causa de la muerte, desconocida. ¿Todavía estás ahí?

Abrams asintió varias veces hasta que se aclaró la garganta y pudo responder.

—Sí..., sí...

—Bien. Ahora estamos buscando al señor Peter Thorpe. ¿Alguna sugerencia?

—No... bueno, quizá. Debe de estar en la finca vecina a ésta.

Spinelli dejó escapar un silbido.

—Bueno, esto es todo para el departamento de policía de Nueva York. —Spinelli hizo una pausa, luego dijo—: Creo que la CIA quiere sacarlo de allí.

—Escucha, Dom... Buen trabajo. Gracias por llamarme.

—No hay problemas, Abrams. Te lo debo. No sé qué, pero te lo devolveré. ¿Qué vino tomas?

—Villa Banfi Brunello di Montalcino, cosecha del setenta y ocho. Vete a casa, Dom, en serio. Vete a tu casa. —Abrams cortó la comunicación y se volvió hacia los otros.

Van Dorn dejó de hablar y lo miró.

—¿Noticias para nosotros, Abrams?

Abrams volvió a colocar el teléfono sobre el escritorio. Vaciló y luego respondió:

—La policía y la CIA entraron en el apartamento de Thorpe y encontraron el cadáver del coronel Carbury en una nevera del desván.

Katherine se tapó la boca con la mano y se dejó caer en una silla.

La voz de Van Dorn sonó fuerte e irritada.

—Ese hijo de puta. Esperad a que le ponga las manos...

Ann interrumpió.

—Oh, no lo tomes como algo personal. George, Peter no tiene nada personal contra ninguno de nosotros. Es simplemente un loco. —Miró a su hermana—. Lo siento, Kate, debería haberte advertido.

—Lo hiciste, yo no te escuché.

Ann se volvió hacia Abrams.

—¿Qué más dijo tu amigo policía? —Sostuvo la mirada de Abrams durante unos segundos y éste comprendió que ella sabía. Ann se volvió.

—La policía y la CIA están buscando a Thorpe, por supuesto. Le dije que probaran en la casa de al lado —dijo Abrams.

—Si Thorpe está ahí, está en libertad. Otra razón para volar el lugar.

Katherine se puso de pie y aspiró profundamente.

—No, George, estoy de acuerdo con Tony en que no debemos hacer eso. —Se volvió hacia Abrams—. Pero es imprescindible que entremos en esa casa. Puede haber algo que podamos hacer para detener esa... —Vaciló y luego continuó—: Mi padre está allí... Peter puede estar allí... Creo que una confrontación personal, no un tiroteo, está más de acuerdo con el espíritu de nuestro grupo.

Van Dorn no contestó nada.

—Por razones prácticas y profesionales, me gustaría echar mano a ese equipo de comunicación. Puede ser la llave para cortar esa operación. —Se dirigió a Van Dorn—. Nada de artillería, George. Vamos allá en un mano a mano.

Van Dorn asintió.

—De acuerdo.

Katherine puso una mano sobre el brazo de Abrams.

—¿De acuerdo?

Abrams no creía que una elección entre un ataque de artillería y una operación de comando ofreciera muchas posibilidades, pero podía darse cuenta de las ventajas de la segunda proposición.

—No necesitáis mi aprobación. Adelante. Si quieres, dispara en la barriga de Androv. Pero por el amor de Dios, dejad aquí al señor Van Dorn para que trate de controlar por teléfono este ataque de PEM.

Van Dorn chupó su cigarro antes de hablar.

—No voy a perder tiempo haciendo el número de que no mando a mi gente a donde yo no voy. Durante la guerra mandé a miles de hombres y mujeres para que se enfrentaran a su destino. Cada uno tiene su trabajo. Esta noche, el mío es quedarme aquí, al lado del teléfono y el télex. Y al diablo con el que piense mal de mí.

Ann lo abrazó.

—Vamos, George, nadie va a pensar mal de ti. Si nosotros caemos en la casa de al lado, vendrán a buscarte y te matarán.

Van Dorn sonrió con una mueca y se alejó de Ann. Se palpó el revólver que llevaba en el bolsillo.

—En 1945 tuve un duelo con dos tipos de la KGB, en el sector soviético de Viena. Todos perdimos. Esta vez no quiero perder.

—Bueno, George —dijo Ann sonriendo—. Nunca es tarde para redimirse. Por supuesto, voy a ir a la casa de al lado, porque puedo hacerme con el control de las comunicaciones. —Se volvió a Katherine—. Tú irás porque debes hacerlo. —Miró a Abrams.

Abrams se encogió de hombros.

—Yo voy porque tengo un tornillo flojo.

Katherine le sonrió.

—Y porque hablas bien ruso y conoces el lugar.

—Deberías terminar con esta fiesta tan aburrida, George —indicó Ann.

Van Dorn sacudió la cabeza.

—No puedo. Eso sería sospechoso. Las invitaciones decían hasta la una y mis vecinos lo saben. —Pensó un momento y luego agregó—: De todos modos quiero mantenerlos aquí. —Miró a Katherine—. ¿Qué arma llevas?

Katherine hizo un gesto señalando su bolso.

—Una Browning automática, calibre 45.

Van Dorn buscó de su bolsillo y sacó la bala de plata calibre 45.

—Sé que esto es melodramático... pero entonces éramos jóvenes y nos gustaba lo teatral. De todos modos, la bala es real.

Katherine la tomó en silencio.

—Bueno, George, si no regresamos para cuando se apaguen las luces, espero que no vacilarás en disparar tu artillería.

—Si no os veo regresar y no sé nada de vosotros, haya o no un ataque de PEM, para medianoche usaré el mortero. —Miró a los tres—. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

Hubo un golpe en la puerta y entró Pembroke. Ann le sonrió.

—Estás muy bien, Marc. ¿Dispuesto para un trabajo?

—Oh, hola, Ann. Hacía tiempo que no te veía. —Se dirigió a Van Dorn—. ¿Es esta noche, no?

—Así es. —Van Dorn miró de reojo a Abrams; luego dijo a Pembroke—: Hay niños en el sótano. Por supuesto, son inocentes. También hay mujeres y diplomáticos. Actúa con juicio.

Pembroke asintió.

—Es una complicación, pero no un problema... ¿Cuándo empezamos?

Van Dorn miró su reloj.

—¿Puedes estar listo en treinta minutos?

—No, pero lo haré.

—Entonces junta tu gente y la mía y llévalos allí.

—Voy a buscarlos. —Pembroke se giró para salir.

Van Dorn lo llamó.

—Una cosa más. Es tiempo de ajustar viejas cuentas. Como discutimos.

Pembroke asintió y se retiró rápidamente.

Van Dorn se acercó al escritorio y tomó el teléfono. Miró a las tres personas que estaban en la habitación mientras marcaba.

—En la última guerra, el radar daba como una hora de aviso. Ahora, con suerte, se consiguen quince minutos. Les he dado unas pocas horas. Confío en Dios para que usen el tiempo positivamente. —Habló por teléfono—. Hola, habla Van Dorn. Hemos pasado a través del fuego y a través del agua. —Comenzó a hablar con alguien.

Abrams se aproximó a la pared de donde colgaban las fotos y las contempló. Katherine se acercó.

—En realidad hemos tenido unos cuarenta años de aviso, ¿no?

Abrams no contestó.

—Nosotros todavía no hemos podido conocernos —agregó Katherine suavemente.

Abrams la miró.

—Tenemos una cita para desayunar juntos mañana. En la *brasserie*.

—No llegues tarde —respondió sonriendo y se volvió para dirigirse hasta donde estaba su hermana.

Abrams continuó mirando las fotos, pero sin concentrarse. Pensó en cómo todos los acontecimientos habían completado el círculo. Recordó a sus padres y sus amigos reunidos en habitaciones, conspirando y planeando el día en que los trabajadores se librarán de sus cadenas. Pensó en George Van Dorn batiéndose con el futuro enemigo en las calles de Viena. Consideró la personalidad de James Allerton, más de medio

siglo al servicio de un poder extranjero, convirtiéndose en quizá el traidor más antiguo del país. Reflexionó en el diario de Kimberly, en el mensaje de Arnold Brin, en otros mensajes y expedientes muertos. Y pensó que de alguna manera la pasada muerte había regresado para enterrar a los vivos y a los que no habían nacido.



# VII

## El ataque

Claudia Lepescu se movió rápidamente por el estrecho sendero del despeñadero. Por encima, en el amplio terreno de Van Dorn, oyó que un hombre le gritaba con acento inglés. Era uno de los hombres de Marc Pembroke.

Se quitó de una patada los zapatos de tacón alto y continuó bajando por el oscuro sendero, más ligera aunque llena de temor a caer por el saliente. Detrás de ella, oyó dos pares de pisadas que tomaban el sendero.

Claudia alcanzó el final del declive y corrió por la ladera cubierta de laurel, aumentando la velocidad hasta que tropezó y cayó. Los hombres que la perseguían oyeron su grito y se dirigieron hacia ella. Claudia se puso de pie y continuó hasta llegar al muro. Apoyó las palmas contra él, respiró profundamente y miró hacia las estacas puntiagudas, que se dibujaban contra el cielo como los dientes de un dragón. Se volvió y apoyó la espalda contra la pared.

El viento del norte agitaba las ramas a su alrededor y empujaba las nubes sobre la cara blanca de la luna. Hacia el noreste, un estallido de luz iluminó el cielo y pudo ver las siluetas de dos hombres inmóviles a la distancia. Uno de ellos gritó:

—¡Claudia! ¡No vamos a hacerte daño! ¡Claudia...! —Un trueno sacudió la tierra debajo de sus pies y apagó las palabras.

Claudia se volvió y se movió insegura a lo largo del muro, pero parecía imposible de atravesar. Le habían dicho que podía saltar la pared por ese lado, pero allí era casi dos veces más alta que ella. Oyó ruidos de pasos a sus espaldas. Corrió otros cincuenta metros y se detuvo para recuperar el aliento. Se había lastimado los pies y sentía correr la sangre entre sus medias. El vestido negro estaba desgarrado en varias partes y tenía la cara y los brazos con rasguños y golpes. El sudor le corría por el cuerpo.

De golpe dos rayos de luz cruzaron en el aire.

Claudia se agachó debajo de un arbusto. Los rayos de luz recorrían sistemáticamente el muro y a través del laurel que la ocultaba. Esperó hasta que pasara; luego se puso de pie, dio un paso atrás y corrió hasta el muro. Con manos y pies buscó un apoyo para trepar, pero el primer travesaño horizontal de la verja estaba muy alto.

—Allí está. —Los pasos se acercaron.

Claudia sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Gritó:

—Tengo un revólver.

Los pasos aminoraron la marcha y volvió la luz. Uno de los hombres dijo al otro:

—Espacio ahora. En círculo.

Claudia contempló otra vez el cerco. Parecía un cerco de una película de

cowboys. Eso la hizo pensar en un lazo... Rápidamente se quitó los *panties* y buscó una piedra de buen tamaño. Metió la piedra en un pie y lo ató para que no pudiera salirse. Lanzó los *panties* por encima de su cabeza. Al segundo intento, el pie con la piedra cayó entre dos de las estacas puntiagudas y pudo comenzar a trepar, aferrándose con las manos a las medias de nailon y apoyando los pies desnudos en el muro.

Sus pies llegaron al primer travesaño y descansó un momento, luego continuó hasta el segundo.

Las luces continuaron su búsqueda y un rayo la enfocó en la cara. Un hombre gritó:

—Detente o disparamos. —Claudia oyó el ruido metálico de un revólver que era amartillado.

Con un último resto de energía, debido al miedo, se elevó sobre las estacas puntiagudas, sintiéndolas hundirse en su pecho y su abdomen.

Desde dos direcciones diferentes oyó el ruido de las balas chocando contra la pared. Toda la verja se balanceó por el impacto. Dejó escapar un grito de terror, luego cerró los ojos y se dejó caer. Antes de darse cuenta de lo que hacía sintió el choque de su cuerpo contra la tierra. Permaneció inmóvil durante unos segundos y luego respiró ansiosamente. Oyó ruidos y se dio cuenta de que no había descolgado la media y que ellos la usarían.

Se puso de pie de un salto y comenzó a correr. Oyó a los dos hombres tras ella y trató de correr más aprisa, olvidando el dolor de los pies y las puntadas en las piernas. El vestido le impedía correr y se lo levantó.

Los dos hombres de Pembroke se acercaban, pero ya no disparaban ni gritaban y tampoco usaban las linternas. Sabía que no lo harían estando tan cerca de la propiedad soviética. La pared de piedra estaba cada vez más cerca, hasta que de golpe llegó a ella. Se apoyó y cayó entre los arbustos del otro lado. Los pasos de sus perseguidores disminuyeron la velocidad y se detuvieron ante la pared. Claudia también disminuyó la marcha y comenzó a caminar con cuidado.

De golpe, las luces se encendieron junto a ella y oyó un grito con un desagradable acento inglés.

—¡Deténgase! ¡Deténgase, vamos a disparar!

Claudia quedó petrificada.

—¡Manos sobre la cabeza!

Hizo lo que le decían.

—¡De rodillas!

Se arrodilló, sintiendo la tierra en sus rodillas desnudas. La luz hirió sus ojos y los cerró, pensando que quizá tenían órdenes de dispararle en el acto.

Pasó un tiempo desacostumbradamente largo y luego Claudia oyó amartillar un revólver.

Los dos hombres de Pembroke, Cameron y Davis, permanecieron inmóviles ante la pared de piedra. Davis levantó un telescopio y recorrió el terreno. La débil luz de la luna cubierta de nubes daba un tinte verdoso a todo. Davis ajustó la mira.

—Allí está. La interceptaron... pero no veo qué sucede.

—Regresemos —dijo Cameron. Dieron la vuelta y caminaron por la tierra de nadie que separaba las dos propiedades hasta el muro. A unos cinco metros de éste se arrodillaron al lado de una barraca de madera.

Tony Abrams, también arrodillado sobre una pierna, los observó. A diferencia de los soldados convencionales, pensó Abrams, cuyos uniformes y equipo tienen que servir en diversos terrenos y circunstancias, esos hombres estaban específicamente preparados para una cosa: un ataque corto y nocturno. Sus ropas y equipo tenían parches de color negro y gris, y sus rostros eran oscuros e inescrutables. Cameron se volvió a Abrams.

—¿Micrófonos ocultos?

Abrams echó una mirada al detector de micrófonos.

—No indica nada.

Cameron asintió.

Katherine, acurrucada al lado de Abrams, preguntó en un susurro a Cameron:

—¿Qué sucede?

Cameron se encogió de hombros.

—Han cogido a Claudia.

Davis agregó:

—No sé cómo fue el recibimiento.

—Espero que no se den cuenta de que la usamos para poder llegar hasta aquí —dijo Abrams.

—¿Cuándo cruzaremos? —preguntó Katherine.

—Muy pronto —contestó Cameron mirando su reloj.

—Vi por lo menos a cinco de ellos —dijo Davis—. Si dos la llevan hasta la casa, entonces habremos mejorado un poco nuestras posibilidades.

Abrams pensó que tres soviéticos eran más de los que quería encontrar esa noche. Observó a Cameron y a Davis. Incluso a esa distancia eran casi invisibles, pero irradiaban amenaza. Profesionalmente, impresionaban sus equipos: capuchas negras y chalecos antibalas, pertrechos ligeros y de la mejor calidad; todo silencioso y camuflado.

Miró a Katherine que se encontraba a su lado, con la misma ropa y equipo; su largo cabello rubio estaba recogido dentro de la capucha. La joven se inclinó y le habló al oído.

—Estos hombres son muy competentes. Nos van a ir bien.

—Estoy seguro —respondió sonriendo Abrams.

Katherine le besó en la mejilla.

Cameron sacó una pistola del cinturón y disparó al aire. La luz estalló a unos cien

metros. Explicó a Katherine y Abrams:

—Ésta es la señal de que Claudia ha cruzado. Los hombres de Van Dorn van a responder con más luces. —Mientras hablaba una salva de luces estalló por encima de ellos.

—Los fuegos artificiales son una buena cobertura para tapar las señales luminosas —dijo Davis—. Los ruidos también nos benefician.

—Las comunicaciones, órdenes y control son un poco problemáticas sin transmisores, pero los soviéticos tienen un equipo muy bueno de seguimiento y no queremos que sus guardias nos atrapen —agregó Cameron.

Abrams asintió, mientras pensaba: «Si crees que vamos a tener problemas de comunicación, espera a que todas las radios de Nueva York dejen de funcionar». Observó a Cameron y a Davis bajo el reflejo de los fuegos artificiales. Cuando los vio en el sótano de Van Dorn, los reconoció por el encuentro en el cementerio. Pembroke le había dicho que ambos eran veteranos de la guerra de las Malvinas, comandos reclutados por él. Cameron era escocés y Davis inglés. Pembroke, de acuerdo con lo que decía Van Dorn, solamente alistaba soldados británicos: ingleses, escoceses, irlandeses y galeses. Abrams miró hacia arriba. Las nubes se movían del norte hacia el sur. El aire estaba frío y se oía la lluvia. La última frase de Van Dorn fue: «Si el cielo se ilumina en el oeste, sabréis lo que sucede. Vuestra misión ya no será un ataque preventivo, sino la venganza. Matad a todos los que podáis: ya no habrá ninguna razón para volver a casa».

A Abrams le resultaba difícil combinar la imagen pública de amabilidad de O'Brien, Van Dorn y sus amigos con su tendencia a comprometerse en asesinatos políticos y ataques de comandos. Katherine le sacó de sus pensamientos.

—Tony, mira.

Abrams siguió su mirada. Un enorme petardo se elevó lentamente en el aire hasta que de golpe estalló en luces. La noche se sacudió con la explosión y los árboles se estremecieron. Al mismo tiempo los altavoces dejaron oír las notas del himno nacional estadounidense. Abrams pensó: «Un bonito detalle, George».

Cameron y Davis se pusieron de pie, seguidos por Abrams y Katherine. Cameron se hizo oír por encima del ruido.

—Fila india. Tres metros de intervalo. Cuidado ahora, vamos a cruzar.

Abrams nunca había oído esas indicaciones, salvo en las películas de guerra inglesas. Lanzó una mirada a Katherine, quien le guiñó un ojo, levantó el pulgar y se cubrió la cara con la capucha.

La fila se puso en movimiento. Objetivo: la sala de comunicaciones, en el desván de la mansión soviética. La distancia era de cerca de un kilómetro, pero Abrams pensó que el último tramo, si es que llegaban a las escaleras del desván, sería un poquito problemático, como decía Cameron.

Se preguntó si volvería a encontrarse con Androv. No le importaría toparse con Alexei Kalin. Ni con Peter Thorpe. También se preguntó cómo se sentiría Katherine

ante la posibilidad de enfrentarse con su padre.

El Hado y las Furias estaban sueltos esa noche, dispersos por el viento que anunciaba tormenta. Y todas las corrientes del tiempo y la historia convergían hacia la colina en cuya cima se levantaba la casa, más allá de la línea de árboles.

Recordó para sí mismo que el Hado conducía los deseos y arrastraba lo que no se deseaba.

Karl Roth condujo en dirección al sur por Dosis Lane durante unos cuatrocientos metros, luego puso el intermitente para tomar la carretera hacia la propiedad soviética.

El patrullero reconoció a Roth y su camioneta y lo saludó con la mano; Roth giró a la derecha y se detuvo ante la entrada. Le temblaban las manos y las piernas. Dos guardias soviéticos, armados, aparecieron y le bloquearon la entrada. Roth bajó la ventanilla. De la garita salió un hombre vestido de civil. Se detuvo a corta distancia de la camioneta. Roth se aclaró la garganta y saludó al hombre en inglés.

—¿Cómo está, Bunin?

Bunin le respondió también en inglés.

—¿Qué hace aquí, Roth? Dijeron que vendría más tarde.

—He tenido que venir ahora.

Bunin se apoyó en la ventanilla y espió dentro de la cabina.

—¿Dónde está su mujer? Dijeron que ella debía estar con usted.

—Todavía está en casa de Van Dorn.

El soviético miró atentamente a Roth.

—Apesta a *whisky* y tiene un aspecto horrible.

Roth no contestó.

Bunin dijo en voz susurrante:

—Nos tienen a todos en alerta total. ¿Sabe algo de lo que pasa?

—¿Cree que a mí me dicen algo, Bunin?

Bunin profirió un sonido despectivo.

—¿Qué tiene para nosotros?

Roth se chupó el labio y miró en dirección a la casilla del guardia. A través de la ventana se veía a un joven de uniforme sentado ante el escritorio, escribiendo. Los dos guardias estaban a unos pocos pasos de la camioneta. Echó una mirada por el espejo lateral y se dio cuenta de que las verjas y el camino no eran visibles desde ese ángulo.

—¡Roth!

Karl Roth vaciló.

—Sí..., sí, tengo bocadillos, caviar y crema agria. Por la puerta trasera.

Bunin hizo una seña a los dos guardias que se acercaron rápidamente a la parte de atrás de la camioneta.

Marc Pembroke estaba agazapado en el costado de la puerta izquierda, que estaba cerrada. Sostenía una pistola apuntando a la nuca de Roth. Una lona tapaba las cajas y entre ellas estaban escondidos dos hombres de Pembroke, Sutter y Llewelyn. Dentro

de un baúl estaba Ann Kimberly.

Se abrió la puerta de la derecha y los dos guardias tomaron las cajas con comida.

Pembroke miró rápidamente hacia su derecha. Uno de los brazos de los guardias estaba a menos de un metro de su pie. Contempló a Roth y vio que observaba a los guardias y a Pembroke a través del espejo retrovisor. Si Roth iba a traicionarlos, tenía que hacerlo en ese momento. Pero parecía paralizado por el terror.

La puerta trasera se cerró de un golpe y Pembroke oyó los pasos de los guardias que se alejaban hasta la casilla.

—Espere aquí —dijo Bunin—. Debo llamar a la casa para averiguar si quieren que vaya tan pronto.

Roth no contestó.

—Ahora —susurró Pembroke.

Llewelyn y Sutter corrieron la lona y Ann Kimberly salió del baúl. Pembroke abrió las dos puertas y cuatro enmascarados de negro saltaron al camino, se ocultaron a un costado de la camioneta y entraron en el pequeño cuarto de la caseta de la guardia.

Los dos guardias soviéticos todavía con las cajas miraron por encima del hombro con la boca y los ojos muy abiertos. El joven uniformado se puso de pie. Bunin, con la mano izquierda en el teléfono de pared, permaneció a un lado del escritorio. Ann gritó en ruso:

—¡No se muevan!

La mano derecha de Bunin se deslizó por la chaqueta.

El primer disparo de Pembroke salió de su M-16 con silenciador. Las balas dieron contra Bunin arrojándolo contra la pared. Se mantuvo de pie durante un segundo, dio un paso y cayó contra las piernas del joven, que tenía las manos levantadas. Los dos guardias habían dejado caer las cajas, que se abrieron y su contenido se esparció por el suelo. Bunin parecía contemplar el revoltijo, observando su sangre que se mezclaba con la comida.

Ann dio una serie de órdenes. En unos minutos los tres soviéticos supervivientes quedaron atados en el cuarto trasero. Sutter estaba al lado del camión, vigilando a Roth y el camino. Llewelyn controló el pulso de Bunin, se dio cuenta de que estaba muerto y lo sentó detrás del escritorio, para que cualquier coche oficial pudiera ver que había alguien allí.

Pembroke encontró el cuaderno de las guardias y lo tomó. Los cuatro regresaron rápidamente al camión. Pembroke dijo a Roth:

—Fue una buena representación, Roth. Supongo que el aguardiente ayudó un poco. Encienda las luces. ¡Muévase!

Ann se arrodilló al lado de Pembroke y examinó el cuaderno con una linterna.

—Hay un control cada treinta o cuarenta minutos. Bunin entró hace diez minutos, así que por un rato no lo echarán de menos.

Pembroke asintió.



Nadie habló ni se movió mientras la camioneta tomaba la curva del camino. Sutter vigilaba las ventanillas traseras. Llewelyn miraba por encima del asiento. Ann recorrió las pocas páginas del cuaderno y dijo:

—Peter Thorpe está registrado hace dos horas. Todavía está ahí.

Pembroke volvió a asentar.

Ann miró de reojo a Pembroke.

—Hay órdenes de Androv de arrestar a Karl y Maggie Roth en cuanto lleguen. — Guiñó un ojo a Pembroke, éste sonrió y luego se volvió hacia Roth.

—¿Ha oído eso?

Roth asintió sin decir nada.

Ann pasó la página.

—Oh... hay algo aquí... el oficial de guardia viene a intervalos regulares y firma el registro. La última vez que estuvo en la puerta fue... hace casi una hora. Puede venir en cualquier...

Roth hizo un ruido y todos se volvieron. A través de la ventanilla vieron una luz brillando entre los árboles. Pembroke gritó a Roth:

—Siga avanzando hasta que estemos a unos tres metros, entonces deténgase. — Pembroke y los otros tres se agacharon en los asientos. El interior del camión se iluminó.

Pembroke colocó su pistola en la nuca de Roth.

—¿Quién es? —preguntó Pembroke.

—Es el oficial de guardia. Va en una Lambretta abierta... con un conductor...

—No lo deje pasar.

Roth asintió mientras sentía el arma en su nuca. Colocó el camión en el centro del estrecho camino y se detuvo. La Lambretta también se detuvo. El conductor habló en ruso.

Ann susurró a Pembroke:

—Quiere saber qué diablos está haciendo Roth.

—Muy bien —dijo Pembroke a Roth—, retroceda despacio y déjelos pasar por el costado derecho.

Roth comenzó a dar marcha atrás. El conductor soviético dirigió el pequeño vehículo de tres ruedas hacia el espacio entre el camión y el borde de piedra.

Pembroke abrió la puerca de la derecha mientras aparecía el pequeño vehículo. El conductor iba en el asiento delantero, mientras el oficial de guardia iba en uno de los dos asientos traseros. Los dos hombres oyeron que la puerta se abría y se volvieron. Se encontraron ante los cañones de dos rifles automáticos. El conductor fue arrojado del vehículo, que se volcó. El oficial de guardia salió y cayó entre los árboles.

Pembroke y Llewelyn saltaron del camión y dieron el tiro de gracia a los dos soviéticos y luego los arrastraron entre los árboles. Sutter los ayudó a enderezar la Lambretta y la empujaron entre los árboles. Los tres hombres volvieron a la camioneta.

—En marcha.

Roth puso el motor en funcionamiento y las ruedas crujieron en el camino de grava. Ann rompió el silencio.

—Supongo que no podíamos dejarlos pasar.

Pembroke la observó durante un momento.

—No, iban derechos a la caseta de la guardia.

—Podríamos haberlos capturado.

—Se nos está haciendo tarde —replicó cortante Pembroke.

—Hay otros puestos de guardia —agregó Llewelyn— y no queremos que se den cuenta de que los atacamos.

Ann no replicó.

—Esto es nuevo para ti, Ann, lo sé. Más tarde, si las cosas no nos salen bien, desearás que los muertos hubieran sido más. Éste es un negocio horriblemente sangriento. Pero es así.

La camioneta completó el último tramo y la mansión soviética apareció ante la vista de ellos, recortándose contra el cielo tormentoso. Unas pocas ventanas estaban iluminadas en el segundo piso y todas las del altillo. Pembroke hizo notar:

—Esta noche Iván trabaja hasta tarde.

Sutter dejó de mirar por las ventanillas traseras y agregó:

—Vamos a apagarles las luces y hacerlos dormir.

Pembroke asintió.

—¿Cómo se siente, Karl?

Roth dejó escapar un profundo suspiro y sacudió la cabeza sin decir nada. Miró su reloj y se preguntó cuándo comenzarían a morir por efecto del veneno. Esperaba que fuera pronto.

La camioneta entró por el terreno de la pista de tenis y dio la vuelta en dirección a la casa.

—Damas y caballeros —dijo Pembroke—, ante ustedes está Killenworth. Nos detendremos aquí durante un rato para que podamos estirar las piernas. No olviden llevar con ustedes sus rifles.

Roth sacudió la cabeza. «Están locos».

Tom Grenville se consideraba un buen elemento para la compañía y comprendía que en el estilo indirecto de las comunicaciones entre sus superiores, una sugerencia era de hecho igual que una orden, algo muy parecido a cuando era teniente en la Marina. Los deseos del capitán son sus órdenes.

Así que cuando George Van Dorn comentó que el golf era un deporte que no aprobaba, Tom Grenville lo dejó, pese a que le encantaba.

Pero George no era realmente una persona injusta o arbitraria. Tenía alternativas positivas; en lugar de un palo de golf un hombre debía tener en sus manos un arma, decía. Por lo tanto, Grenville comenzó a cazar y a participar en competiciones de tiro.

Luego, en un almuerzo un año atrás, O'Brien y Van Dorn le preguntaron si alguna vez había considerado la posibilidad de hacer paracaidismo. Grenville lo había pensado tanto como tirarse en un barril por las cataratas del Niágara, pero contestó con todo entusiasmo.

Cuando llegó el momento de la verdad, Grenville tuvo algunas reservas muy comprensibles sobre ese primer salto. De todos modos, se dio cuenta de que casi todos los antiguos miembros de la OSS eran exparacaidistas y muchos, como O'Brien, todavía saltaban. Se abrirían muchas puertas para el joven que compartiera un salto con Pat O'Brien y sus amigos.

Van Dorn pareció muy complacido y lo mismo sucedió con O'Brien y otros socios de la firma. En ese momento, Grenville sabía el porqué de ese entusiasmo.

Miró a su alrededor en la cabina débilmente iluminada del gran Sikorsky anfíbio, un helicóptero de rescate. El jefe, Barney Farber, era un viejo amigo de O'Brien y Van Dorn; y la compañía de Farber en Long Island era una de las dedicadas a la protección de empresas electrónicas.

Otros dos compañeros estaban sentados en el banco opuesto a él, Edgar Johnson, un general de paracaidistas recientemente retirado, y Roy Hallis, un semirretirado agente de la CIA.

Grenville comprendía que esta operación había sido planeada y controlada por todos ellos. Y no se completaría sin la actuación de algunos más. Grenville lanzó una mirada de reojo hacia Johnson y Hallis. Los dos eran veteranos de la Segunda Guerra Mundial, pero no parecían tener más de sesenta años. Pensó que ésa debía de ser su última misión, su último salto. Quizá eran los últimos miembros veteranos de la OSS que participarían directamente en una operación. Grenville se dio cuenta de que los estaba observando detenidamente. Parecían psicológicamente preparados para la lucha, que era más de lo que Grenville podía decir de sí mismo.

En realidad, sentía náuseas. El viento agitaba el helicóptero. Nunca se había

mareado en un salto con paracaídas.

Cerca de Grenville estaban sentados dos hombres de Pembroke: Collins y Stewart. Se los veía particularmente feos con esa ropa negra.

Stewart, que estaba a su lado, dijo:

—¿Has hecho saltos nocturnos, muchacho?

Grenville había realizado uno por sugerencia de O'Brien.

—Unos pocos —respondió.

—Es más fácil desde un helicóptero fijo —dijo Stewart.

—Sí...

—Excepto con un tiempo como éste. Un golpe de viento puede dar la vuelta a todo.

Grenville asintió con aire desgraciado.

Stewart continuó:

—Es como tratar de saltar de un bote ladeado. Ten cuidado de no chocar con los flotadores. Eso le pasó a un tipo en el Atlántico Sur.

Grenville volvió a asentir. Había aprendido que el Atlántico Sur quería decir las Malvinas. Stewart parecía estar enterado de todas las desgracias y calamidades que les sucedían a los seres humanos.

—Se rompió la nuca —agregó Stewart.

Grenville sintió que se le revolvía el estómago, pero se consoló pensando en que la grasa que protegía su cara ocultaría el cambio de color que seguramente había sufrido.

Collins encendió un cigarrillo y el humo llenó la cabina. Hablaba con fuerte acento irlandés.

—Este viento te volará la cabeza si abres el paracaídas demasiado pronto, muchacho.

Grenville asintió tristemente.

—Espera hasta el último segundo —le aconsejó Collins—, luego espera otros segundos más para estar seguro y luego reza un rápido avemaría y tira del cordón. —  
Rió.

El jefe puso las manos sobre los auriculares, escuchó y luego habló en el micrófono.

—Roger —se puso de pie y dijo—: La palabra es vamos. —Se inclinó, palmeó al piloto y levantó los pulgares.

Grenville sintió que el gran pájaro casi tocaba el agua y el movimiento de balanceo fue reemplazado por una oscilación. Grenville volvió la cabeza y escrutó por la ventanilla. Todavía estaban a treinta metros de altura, pero su estómago seguía a nivel del mar.

Stewart gritó para hacerse oír sobre el ruido del motor.

—Maldita luna en cuarto creciente, las nubes no la tapan. Van a descubrirnos, Tom.

Grenville se apretó los ojos con los dedos.

Stewart agregó con tono siniestro:

—Puedo hacerlo sin el maldito relámpago. ¿Alguna vez viste a un paracaidista alcanzado por un rayo, Tom?

—Últimamente, no.

—¿Qué pasa, muchacho? ¡No puedo oírte!

Grenville lo miró fijamente durante unos segundos y luego gritó:

—Dije que me encanta saltar durante la noche con tormenta. ¡Me enloquece!

Collins se rió estrepitosamente.

—Oh, Tom, muchacho, vamos a hacer de ti un comando antes de que termine la noche.

Grenville se puso de pie y se dirigió hasta la puerta. No deseaba ser un comando. Deseaba ser socio de la firma y deseaba trabajar fuerte para conseguir esa meta. Pero algunas veces Van Dorn y O'Brien pedían demasiado. Saltar por la noche sobre el ejército enemigo era realmente mucho.

Joan Grenville caminaba por la pequeña bodega, iluminada por tubos fluorescentes. Encima había una pista cerrada de tenis que fue parte de Killenworth y en ese momento pertenecía al local de la YMCA. Un alambrado y una verja con cadena separaban a los cristianos de los ateos.

Joan recordó que Tom había mencionado que el FBI tenía sus cuarteles en el edificio principal de la YMCA, pero sólo veía gente de la OSS.

Stanley Kuchick estaba sentado observando el ir y venir de Joan.

—¿Está asustada, señora Grenville?

Lo miró con furia.

—Por décima vez, llámame Joan y por centésima vez, sí, estoy asustada como la gran puta.

Stanley nunca había oído a una mujer de esa edad decir tantos tacos. En realidad, había muchas cosas que le interesaban de Joan Grenville. La miró con el rabillo del ojo. La ropa negra se le pegaba al cuerpo como una segunda piel.

—Mire, puede quedarse si quiere. Yo me arreglaré.

—Stanley... deja de tratarme como a una adolescente. Soy una mujer adulta. Puedo hacer todo lo que tú haces y mejor.

—Seguro, señora... de acuerdo, Joan. —Stanley le sonrió—. Supongo que éste es un trabajo para dos.

Joan se apretó las sienes.

—Me duele la cabeza.

—¿Es uno de los agentes secretos de la OSS? —preguntó Stanley.

—Supongo que ahora lo soy. —Se cogió la cabeza con las manos y recordó las amenazas de chantaje de Van Dorn. Y Tom, el cobarde, sentado oyéndolo todo.

Pero luego, Van Dorn la había tomado por los hombros, diciéndole:

—Joan, los dos sabemos que no harás lo que te pido por las amenazas. Tu país está en peligro. Te necesita. —Le explicó brevemente y luego preguntó—: ¿Quieres ayudar a tu país?

Stanley la sacó de sus meditaciones.

—¿Cómo se lió con ese grupo de locos?

Joan lo contempló.

—Mi país me necesita.

Stanley vaciló y luego dijo:

—Yo no lo hago por armar follón. Ésta es mi décima misión.

Joan lo miró dudando y la palabra «idioteces» se formó en sus labios, pero se contuvo pensando que su vida podía depender de ese adolescente vulgar. Le lanzó

una mirada en la que se juntaban la interrogación y el disgusto.

—Esto es increíble.

—Quédese cerca de mí y haré que regrese.

«Mejor que lo hagas, maldición». Le sonrió.

—Muy bien. —Joan reflexionó en lo que Van Dorn le dijo, que sonaba muy aterrador. No deseaba que terminara la fiesta. No había hecho mucho en la vida, pero iba a luchar profundamente comprometida para que todo continuara. El patriotismo, razonó, aparece de muchas maneras.

Stanley lanzó una mirada al reloj militar que le habían dado. Y luego miró su ropa negra. Era de un material elástico y parecía ropa para un bailarín de *ballet*, pero el tipo que se la había dado le dijo que era ropa de ladrón, así que debía de estar bien. Stanley sintió el revólver que llevaba en la cintura.

—¿Alguna vez ha matado a alguien? —preguntó Stanley.

Joan se sobresaltó.

—¿Qué...? No, claro que no. Pero soy capaz de hacerlo. —Pensó que le gustaría matar a Tom, George y Marc, no necesariamente por ese orden.

Se abrió la puerta en lo alto de la escalera y dos pares de pisadas resonaron en los escalones de cemento. Stanley sacó su pistola y Joan ordenó indignada:

—Deja eso tranquilo.

Aparecieron un hombre y una mujer, ambos de bastante edad, pero de movimientos rápidos y expresiones alertas. Llevaban buena ropa y Joan sabía que no estaban buscando compañeros para jugar al tenis. La mujer, Claire Goodwin, avanzó hacia Joan con la mano tendida.

—¿Cómo estás, Joan?

Joan se puso de pie y estrechó su mano.

—Muy bien, Claire.

—Casi no te vi en casa de George.

—Estaba aquí abajo.

—Pobrecilla. ¿Conoces a Gus Bergen?

Joan se dio un apretón de manos con el hombre.

—Sí, ya nos conocemos. —Recordó que Bergen había estado en la misión en Hanoi con el padre de Tom.

—¿Qué hace Tom últimamente? —preguntó Bergen.

—Se dedica al paracaidismo.

Bergen sonrió y se volvió hacia Stanley, que estaba de pie.

—Hola, jovencito.

Stanley estrechó las manos de Bergen y Claire.

—He oído hablar muy bien de ti —dijo Claire.

Stanley murmuró una respuesta y echó una mirada a Joan.

Joan también había oído muchas cosas sobre Claire, como que durante la guerra se había acostado con la mitad del cuerpo diplomático alemán en Suiza. Por Dios y el

país, por supuesto. Joan pensó que debían haberle dado una tarea de ese tipo en lugar de ésta.

Los cuatro hablaron unos minutos hasta que Bergen miró el reloj.

—Bueno, es hora de ponernos en movimiento.

La pequeña habitación quedó en silencio.

—Ambos habéis sido instruidos sobre lo que tenéis que hacer cuando estéis allí —continuó Bergen—. Ahora voy a mostraros cómo vais a entrar.

Bergen se dirigió hasta la pared más lejana y señaló un agujero redondo.

—Éste es un antiguo conducto que va desde aquí hasta la casa principal. Antes contenía la tubería de las calderas de la mansión, la cañería de agua, la instalación eléctrica. Desde que la finca se dividió, el YMCA se ocupa de los servicios de este edificio.

Stanley contempló el agujero, que antes no había notado. No parecía más grande que una *pizza* gigante.

—Ahora no tiene cañerías —dijo Claire—. Gus tuvo que utilizar enanos para hacer el trabajo. —Agregó—: Gus es miembro de la comisión de la asociación.

Stanley asintió apreciativamente.

Joan pensó: «Miembro de YMCA. Enanos. Conductos hasta la mansión soviética. Muy exótico». Miró a la abertura y dijo:

—Todavía hay alambres que salen de allí.

—En realidad son cables —respondió Bergen—. Verá, hay muchos cientos de metros hasta el sótano de la mansión, todo en pendiente. Es prácticamente imposible trepar. Así que instalé un sistema de polea eléctrica.

Stanley sonrió. Esos viejos estaban en todo.

Bergen y Claire Goodwin les explicaron durante algunos minutos y luego el primero preguntó:

—¿Alguna duda?

Stanley sacudió la cabeza.

—¿Cómo estáis tan seguros de que esto desemboca en una habitación que no se usa? —preguntó Joan.

Bergen miró a Stanley.

—Tú estuviste una vez en el cuarto de las calderas, ¿no es verdad, hijo?

—No había nadie allí —contestó asintiendo el muchacho.

Joan se encogió de hombros.

—Por supuesto que no tienes obligación de ir —dijo Bergen mirando a Joan.

Joan Grenville miró de reojo a Stanley. También tenía miedo, pero su ego masculino le impulsaría en ese agujero con ella o sin ella, tan seguro como si lo amenazaran con un revólver.

—Tengo que ir, por supuesto. Así que vamos.

Stanley se colocó la capucha negra en la cabeza. Bergen le deseó buena suerte. El muchacho se puso de espaldas, se acomodó la polea y se aferró al cable con las



manos enguantadas.

—Listo.

Oyó que el motor se ponía en marcha y el cable comenzó a moverse llevándolo por la abertura. «Como un torpedo», pensó.

Joan Grenville se dirigió a Bergen con un tono calmado.

—Deben de estar terriblemente desesperados o ser muy insensibles para mandar a este chico a una misión como ésta.

—Tiene diecisiete años —respondió fríamente—. Conozco hombres que combatieron a esa edad.

Joan se encogió de hombros.

—Bueno, mujeres y niños primero. —Espió por el agujero—. ¿Tienes sitio para uno más?

—Seguro. —La voz de Stanley resonó haciendo eco.

Joan miró a Claire y Bergen. Vaciló y luego dijo:

—Mirad, sé que esto es importante. Si nos sucediera algo, recordad que somos voluntarios. No os sintáis mal.

—Si pasa algo, vamos a sentirnos mal, pero no culpables —respondió Claire—. Buena suerte.

Joan los observó. «Viejos pajarracos obstinados». La vieja guardia de la OSS. Respiró profundamente, se colocó y tomó el cable con las manos enguantadas.

—Lista.

Otra vez se puso en marcha el motor eléctrico y el cable la arrastró por la oscuridad del tubo. Oyó los sonidos distantes del motor y de la fricción de sus hombros contra las paredes. Se aclaró la garganta y llamó suavemente.

—¿Stanley?

—Sí.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Joan observó:

—Esto absorbe.

—Funciona bien —respondió Stanley con una risa débil.

No volvieron a hablar. La luz se fue debilitando y el sonido del motor se apagó.

Joan sabía que podía tirar del cable en cualquier momento y la polea la llevaría de regreso al sótano del edificio del club. Pero no quería hacerlo.

«Unos pocos minutos más —pensó— y estaremos allí». De todos modos siempre había sentido curiosidad por esa casa.

George Van Dorn estaba de pie mirando por la ventana y observando los cohetes que se elevaban desde la piscina vacía. Tomó uno de los teléfonos recién instalados. Le contestó Don LaRosa, el jefe de los pirotécnicos. Van Dorn le pidió que los cohetes cayeran sobre el blanco.

—No quiero mucha iluminación sobre el terreno, pero sí ruido para cubrir a los otros.

—Muy bien —respondió LaRosa—. ¿Eh, oyó el estallido de ese cohete?

—Creo que sí.

—Asustó hasta al gato de su esposa, señor Van Dorn.

Van Dorn lanzó una mirada a Kitty, que estaba de pie en el otro extremo de la habitación.

—Me alegra oírlo, Don. Escucha, ¿está listo el mortero?

—Está listo para cuando quiera.

—Para medianoche. —Y Van Dorn dio las indicaciones. LaRosa las repitió.

—Tengo un helicóptero anfibia para sacarlos de aquí junto con el mortero. Ya están hechos todos los arreglos para aterrizar en Atlantic City.

—Perfecto.

—Te llamaré más tarde.

Van Dorn cortó la comunicación. Sería perfecto, pensó, si LaRosa y sus amigos pudieran pasar la noche jugando hasta el amanecer. No le hubiera importado unirse a ellos.

—¿De qué hablabas, George? —preguntó Kitty.

—De fósforo blanco. Incendia.

—Oh, qué horrible. Una casa tan hermosa.

—La guerra es un infierno, Kitty.

—Es tan destructiva...

—Sí, también eso. —Se acercó al estéreo, subió el volumen y movió la cabeza al compás de la música.

—¿George, realmente vas a volar a esa horrible gente de la casa de al lado?

Van Dorn bajó el sonido.

—¿Qué? Oh, solamente si fallan mis tropas de ataque. ¿Arreglaste todo con los doctores Frank y Poulos?

—Sí, están en el sótano de la sala de auxilios, esperando. Ah, Jane Atkins y Mildred Fletcher también están. Ambas pueden ayudar. Son enfermeras.

—Bueno, trataré de no desilusionarlos, Kitty. Si no hay víctimas, yo mismo me dispararé en un pie.

—Belle la Ponte es psiquiatra. ¿La llevo?

—¿Por qué no? Estamos todos locos.

—Me refiero a que también es médica...

—Muy bien, Kitty. ¿Tienen todo lo que necesitan?

—Creo que sí. El doctor Frank parecía muy impresionado.

Van Dorn asintió distraído. Trató de pensar qué otra cosa debía hacerse. Se volvió a uno de los dos hombres que se encontraban en el estudio, el coronel William Osterman, que había sido un joven teniente en la OSS de Londres.

—La fase uno debe completarse ahora —dijo Van Dorn.

Osterman levantó la mirada de los planos y fotos aéreas de la propiedad soviética desparramados por el escritorio de Van Dorn.

—Eso pensaba. El problema con este plan, George, es que necesita una coordinación perfecta sin contacto por radio. Si un grupo tiene problemas, a los otros tres les pasará lo mismo.

—Pembroke y su gente son muy buenos, Bill —replicó Van Dorn—. Están acostumbrados a esta especie de pegue y corra sin comunicaciones. A veces pienso que usan la telepatía.

Wallis Baker, un socio antiguo de la firma, apareció de atrás del télex con un mensaje.

—Ésta es una larga comunicación de la reunión de jefes, George.

Van Dorn le señaló el escritorio.

—Descífralo de inmediato.

Baker se centró en el libro de códigos.

Sonó el teléfono y Van Dorn vio que era el aparato común. No hizo caso, pero tampoco nadie lo atendió. Entonces se dio cuenta de quién podía ser y levantó el auricular.

—Residencia Van Dorn.

—Oh —dijo la voz—. Señor Van Dorn.

Van Dorn miró a los dos hombres, luego a Kitty y por último contestó.

—Sí, señor Androv.

—Oh, estoy halagado de que reconozca mi voz.

—No conozco mucha gente con acento ruso. ¿Por qué me llama a esta hora, Androv? No es de buena educación llamar a la gente tan tarde.

Androv respondió con tono algo cortante.

—Como hombre que trata de dormir, no me importan su música o los fuegos artificiales. ¿Sabe que sus cohetes están explotando peligrosamente cerca de nuestra casa?

—¿Hasta dónde llegan?

—Señor Van Dorn —dijo en tono agraviado—, como encargado de relaciones de la comunidad he intentado mantener buenas relaciones con mis vecinos...

—No, no lo hace, Androv. Puedo decir que su gente nunca devuelve las pelotas

de tenis que caen en su finca.

Androv resopló de exasperación.

—Oh, ¿qué importa eso ahora?

Van Dorn sonrió. Estaba divertido por la llamada de Androv. Pero más importante era que esa llamada significaba que ni la gente de Pembroke ni el grupo con Katherine y Abrams habían sido descubiertos. Por su parte, Androv comprobó que Van Dorn se encontraba en su casa.

—Es nuestra fiesta, señor Androv. Seguramente los protocolos de la diplomacia requieren respeto por las tradiciones del país que los recibe, señor.

—Sí, sí, pero esa música, debo pedirle respetuosamente que...

—Esta noche no acepto peticiones. Pongo la música que está en las casetes, yo no soy *disc-jockey*, señor Androv.

—No, no, quiero decir que le pido que baje esa música o llamaré a la policía.

—Creo que no está siendo razonable.

—No lo soy. La poca gente que hay aquí está muy molesta y mis perros muy nerviosos...

—Entonces compre perros con buenos nervios, Viktor, o mándelos al psicoanalista.

Androv pasó por alto las observaciones.

—¿Y a qué hora debo esperar que cesen la música y los fuegos artificiales?

—A medianoche. Se lo prometo, no será molestado después de la medianoche.

—Muchas gracias, señor Van Dorn. Tenga usted una velada agradable.

—Lo mismo le deseo, señor Androv. —Van Dorn colgó y miró a los que estaban en la habitación—. Qué presencia de ánimo que tiene este hombre, llamarme para quejarse por mi fiesta, mientras espera a que se produzca una detonación nuclear.

Osterman y Baker sonrieron.

—Otra vez fuiste grosero con él, George —dijo Kitty.

Van Dorn contempló a su esposa.

—Tu idea de la etiqueta es extravagante, Kitty. Hubieras pedido esmoquin y ujieres para asistir a la crucifixión.

—De todos modos, pienso, como el señor Churchill, que si vas a matar a un hombre, no cuesta nada ser amable.

Van Dorn sonrió a su mujer.

—Tienes toda la razón.

—Debo irme —anunció Kitty—, pero antes de hacerlo, quiero decirte, George, que me niego a que el señor Pembroke o Joan Grenville vuelvan a esta casa. —Hizo una pausa y agregó—: Si los hieren haré una excepción. Buenas noches, George. Caballeros. —Se volvió y salió.

Hubo un silencio en la habitación hasta que el coronel Osterman miró su reloj.

—Es muy frustrante sin tener contacto por radio.

—Pueden capturarlos o matarlos y no lo sabremos —agregó Baker.

—Ésa es la razón del mortero —contestó Van Dorn—. La próxima llamada que recibamos de la casa de Androv tiene que ser de uno de los nuestros. Si para medianoche no sabemos nada, entonces mi respuesta automática se pondrá en marcha. Como ya le dije, Viktor Androv no volverá a ser molestado por mí nunca más.

Viktor Androv estaba sentado ante el escritorio de su oficina. La excapilla permanecía en la oscuridad, iluminada solamente por una lámpara con pantalla cuya luz daba contra una ventana cercana con vitrales.

Androv contempló la pintura religiosa: los habitantes de Sodoma acelerando su marcha hacia la casa de Lot para capturar a los dos hermosos ángeles; éstos les enviaban un relámpago de luz celestial y los sodomitas retrocedían.

—Alguien ha dicho que los ángeles eran extraterrestres —hizo notar Androv—, y que destruyeron Sodoma y Gomorra con un aparato nuclear.

—Dentro de cuatro mil años, quién sabe cómo se interpretará lo de esta noche —respondió Henry Kimberly, sentado en una silla de cuero verde.

—Esta noche será interpretada de la forma que quiera el partido. De la misma manera que los acontecimientos de la Biblia fueron interpretados como lo desearon los sacerdotes y rabinos.

—No habrá partido dentro de cuatro mil años, Viktor, y tú lo sabes. Ni tampoco habrá sacerdotes o rabinos. —Kimberly encendió un cigarrillo—. De todas maneras, como lo has sugerido, el partido escribirá la historia del mundo por lo menos en los próximos mil años.

Androv se encogió de hombros. Se puso de pie y se acercó a la ventana y la abrió. El viento del norte penetró y agitó los papeles del escritorio. Los altavoces de Van Dorn podían oírse a la distancia y Androv levantó el tono de su voz.

—He dado la orden de que cualquiera que abra una ventana o puerta después de las once y media lo pagará con su vida. —Permaneció un momento en silencio—. Es un fenómeno extraño eso de PEM. Como un miasma sobrenatural, que puede entrar por las cerraduras y los espacios de las ventanas y puertas. Un poquito que puede causar un gran daño. Pero esta casa ha sido inspeccionada cientos de veces. Es tan hermética como un submarino. Puede flotar —agregó en voz confidencial y luego rió.

Kimberly no respondió.

Androv elevó la vista al cielo.

—*Molniya* avanza hacia nosotros desde el espacio.

—¿*Molniya*?

—El satélite que producirá la explosión nuclear. Me lo dijo el correo. Muy ingenioso.

Kimberly asintió apreciativo.

—¿A qué hora?

—Alcanzará su punto más bajo unos pocos minutos después de medianoche, en algún lugar sobre Nebraska.

—¿Qué más te dijo el correo? —preguntó Kimberly mientras contemplaba el humo de su cigarrillo.

—El primer ministro nos envía sus buenos deseos y para ti muy particularmente. También informa de que las noticias sobre el Golpe se están comunicando ahora entre gente clave de Moscú. A diferencia de la preparación para una guerra nuclear, esta guerra es tan simple que es necesario decírselo a muy poca gente. Y solamente unas pocas personas deben actuar. Únicamente una persona tiene que apretar el botón nuclear y eso lo hará el propio primer ministro.

Kimberly se puso de pie y caminó hasta donde se encontraba Androv.

—Sabes, Viktor, George Van Dorn y yo fuimos a la misma academia militar. La filosofía del ejército estadounidense es agresiva, no defensiva. Creen firmemente en los ataques preventivos, los comandos, igual que los ingleses. —Miró de soslayo al soviético—. Deberás enfrentarte con Van Dorn, antes de que él lo haga contigo.

Androv cerró la ventana y regresó a su escritorio. Apretó un botón y apareció la voz de Van Dorn.

Kimberly escuchó en silencio.

—Ésta es la grabación de George Van Dorn llamando al presidente —dijo Androv—. Como ya los ha prevenido sobre nuestros planes y cree que la situación está bajo control, no va a intentar nada contra nosotros.

Androv apretó otro botón y se oyó una voz de mujer.

—Es tu hija, Ann.

Kimberly no respondió nada.

—Está hablando a la Agencia de Seguridad Nacional —explicó Androv—. Sobre el *Molniya*.

Kimberly escuchó unos segundos la voz de Ann y luego se puso de pie y apretó el botón para detener la grabación.

—¿Cómo se han dado cuenta?

Androv se encogió de hombros.

—Presumo que comenzaron con la premisa de que nosotros deseamos destruirlos y trabajaron en eso. Cuántas soluciones hay para el problema, se preguntaron a ellos mismos. ¿Cómo destruirían a Estados Unidos sin dañarnos a nosotros? Y llegaron a la respuesta.

Kimberly asintió lentamente.

—Como puedes ver, Henry, no hemos subestimado a Van Dorn o su organización. Van Dorn supo algo y llamó a sus amigos del área militar para combatirlo. No va a venir aquí con un arma.

Kimberly no respondió por un rato.

—Pero él los ha prevenido, Androv. Los estadounidenses tienen un aparato automático que responde bajo ciertas...

Androv levantó la mano.

—Lo sé, pero déjame continuar, por favor. En este país todas las comunicaciones

de larga distancia son recibidas por una estación de microonda. Esto es muy conveniente para nosotros porque esta casa está ubicada en medio de lo que se conoce como el «pasillo de la microonda». Nosotros interceptamos esas llamadas y escuchamos. Cada llamada a la agencia del gobierno en Washington se detecta desde aquí. Van Dorn, por supuesto, ha tomado precauciones contra eso. Tiene un teléfono que cree que es virtualmente inalcanzable, por eso habla tan libremente por él.

Androv miró a Kimberly.

—De todos modos y como esas líneas son pocas, el técnico de teléfonos pudo ser sobornado. Por eso podemos oír sin que él lo sepa y nos enteramos...

Kimberly lo interrumpió.

—Eso ahora no sirve de mucho. El Pentágono está alertado...

Androv sonrió.

—También podemos dirigir las llamadas a otro lugar que no sea el Pentágono, Henry. Recibir las aquí, por ejemplo. En realidad tu amigo no habló con el Pentágono, sino con Nikita Tulov, que está en el altillo, que ha pasado muchos años de su joven vida aprendiendo a hablar como la gente del Pentágono.

El rostro de Kimberly se iluminó con una sonrisa.

—*Touché*, Viktor.

Androv inclinó la cabeza.

—Tuvimos que dejar la llamada de tu hija porque no estamos preparados para imitar a nadie de la Agencia Nacional de Seguridad. Pero podemos escuchar. También interceptamos el molesto télex de Van Dorn. —Se puso de pie—. Tu hija también es molesta. No quería tocar el tema, pero ahora que ella está aquí en Estados Unidos...

Kimberly agitó la mano con un gesto de cansancio.

—Oh, haz lo que quieras, Viktor. Deja de molestarme con esas cosas. Si tienes algo personal contra ella, actúa de acuerdo con eso. Si no es así, entonces deja que el aparato del Estado se encargue, como una más de los diez millones de enemigos. —Se dirigió a la puerta—. Te veré más tarde, arriba. —Abrió la puerta de la capilla.

—Una cosa más, Henry.

Kimberly se volvió.

—¿Sí?

—El correo. Dijo algo que puede interesarte. —Androv se acercó a Kimberly—. Esta noche... Talbot tres estará aquí esta noche.

Kimberly asintió.

—Sospechaba que Talbot tres estaba vivo y en este país; entonces él o ella aparecería con el Golpe. Pensé que podría encontrarlo esta noche.

—¿Tienes idea de quién puede ser?

—Quiquiera que sea, es alguien a quien conozco.

—Sí, estoy seguro de eso. Uno de tus amigos de sangre azul de la Ivy League. Tendremos una reunión en la Casa Blanca. Presidente Kimberly, secretario de Estado,



Allerton y jefe de Seguridad del Estado, ¿quién?

La expresión de Kimberly permaneció impasible.

—No tiene sentido hacer especulaciones. Ya veremos cuando suceda.

Androv asintió pensativo.

—Sí. Y tampoco sabemos por dónde llegará, él o ella, si por tierra, mar o aire. Pero será interesante ver cuando llegue esta noche a nuestra puerta.

—Muy interesante. —Kimberly se volvió y se fue.

Claudia Lepescu sintió la pistola que acariciaba su nuca, mientras permanecía arrodillada con la cabeza baja. El jefe de la patrulla le habló en inglés.

—¿Quién es usted?

Dejó escapar un suspiro.

—Claudia Lepescu. Trabajo para Alexei Kalin.

El oficial movió la linterna por su cuerpo y luego le iluminó la cara.

—¿No es estadounidense?

—Soy rumana.

—¿Qué quiere aquí?

—Asilo.

—¿Por qué?

—Me siguen.

—¿Quién la sigue?

Claudia dijo cortante en ruso:

—Le he dado toda la información que necesita. Lléveme de inmediato ante Kalin o lo pasará mal. —Tan pronto como habló se dio cuenta de que no debía haber hablado en ruso para que los hombres entendieran. Esperó.

El oficial no dijo nada durante un rato, luego le dio una bofetada. Claudia gritó y se llevó la mano a la mejilla.

—De pie —gritó el soviético.

Otro hombre la empujó.

—Por favor, debo ver a Kalin. Tengo una información urgente.

—Si es urgente, puedes correr. Vamos ¡en marcha!

Claudia, flanqueada por los dos hombres, comenzó a correr. Dos veces tropezó y cayó. Después de lo que pareció un tiempo interminable, vio la mansión.

La hicieron entrar por la parte de servicio. Los guardias se detuvieron, abrieron una puerta y la empujaron. Pudo ver por la luz del corredor que era un cuarto pequeño con un catre y un balde. La puerta se cerró y oyó cómo daban la vuelta a la llave.

Permaneció inmóvil y luego se secó el sudor con el borde del vestido. Había una ventana con barrotes que daba a un patio.

Claudia se dejó caer en el catre. Eran la espera y la incertidumbre lo que acababa

por hundir la mente y los deseos. Los interrogatorios y los abusos eran casi un alivio, si no iban muy lejos en el castigo. Por lo menos durante las sesiones uno sabía dónde estaba. Hacían preguntas, acusaciones y por último dictaban una sentencia de prisión o muerte. Algunas veces, sin embargo, hacían otra cosa. Ofrecían trabajo. En su caso le ofrecieron el trabajo de personificar a la condesa Claudia Lepescu, arrestada al mismo tiempo que ella. Aceptó el trabajo y pasó un año en la misma celda que la excondesa, hasta que la KGB quedó satisfecha con Magda Creanga, su verdadero nombre. La condesa presumiblemente fue ajusticiada para proteger el secreto.

La nueva Claudia Lepescu pudo emigrar a Estados Unidos bajo la protección de Patrick O'Brien y sus amigos, que habían tramitado su visado para dejar Rumania.

Y había cumplido con su deber hacia los soviéticos, integrándose en el círculo de O'Brien. También había llevado al pobre Tony Abrams a la terraza. Le dijeron que iban a secuestrarlo, pero ella sabía que los soviéticos eran traicioneros. Y en ese momento su utilidad como espía había llegado a su fin. Sin embargo, tenía una leve esperanza. Además de su entrenamiento como espía, también había recibido un extenso entrenamiento en otra área: era una seductora con talento, una prostituta muy refinada. Quizá, pensó, por esa razón, Kalin o Androv, ambos amantes suyos, la salvarían.

Se lavó y arregló lo mejor posible, peinándose con los dedos. Los soviéticos, reflexionó, eran la conquista sexual más sencilla. Sabían menos sobre técnicas sexuales que un adolescente estadounidense. Las mujeres sabían menos todavía.

Claudia oyó pasos en el pasillo. Se detuvieron. Una llave dio la vuelta en la cerradura. Se abrió la puerta y vio el perfil de un hombre que no llevaba uniforme, sino ropa de civil. El hombre encendió la luz.

—¡Alexei! —Claudia se dirigió hacia él.

Alexei Kalin la empujó y cerró la puerta.

—¿Por qué viniste aquí de esa manera? Te esperaban en la entrada.

Claudia pensó: «Vine de esta manera porque Van Dorn me lo dijo, para darles tiempo a sus hombres a tomar posiciones».

—Me perseguían. De alguna manera encontraron...

—¿El veneno?

Asintió rápidamente.

—Sí. Todo salió bien. Roth hizo lo que le dijeron y yo también. —Volvió a acercarse y esa vez no la rechazó—. ¿Qué van a hacerme, Alexei?

—Puedes manejar un fusil —respondió fríamente—. Quizá te necesitemos más tarde.

Notó que no le hacía promesas a largo plazo. Le escrutó el rostro.

—¿Qué te ha pasado?

—Tuve un encuentro con tu amigo Abrams. ¿Dónde está ahora ese hijo de puta?

Se encogió de hombros.

—No le vi en casa de Van Dorn. —Escondió la cabeza en el pecho de Kalin y comenzó a acariciarlo y a sacarle la camisa de los pantalones.

Kalin se libró del abrazo, miró el reloj y dijo:

—Bueno, pero hay poco tiempo.

Claudia se desvistió rápidamente, dejando caer las ropas a sus pies y le sonrió.

—Te deseo, Alexei.

Kalin la imitó y colgó la cartuchera del picaporte.

—No tenemos tiempo para todo tu repertorio; por favor, comienza por el final.

Claudia cruzó la habitación y se arrodilló frente al soviético, acariciándole los muslos y las pantorrillas. Kalin se inclinó contra la puerta. Dijo suavemente:

—Una mujer como tú debe estar a mano siempre..., no creo que Androv te haga usar un rifle. No, tienes otros talentos... —Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Las manos llegaron a su trasero. Sintió el cuero de la cartuchera rozando su antebrazo.

Davis había llegado al lugar. Cameron guardaba la distancia establecida y Abrams le seguía. Miró por encima del hombro hacia Katherine. Ambos movieron la cabeza para darse ánimos.

Se aproximaron al muro de piedra y Davis lo saltó sin vacilar. Los otros lo siguieron. La patrulla se movió rápidamente entre los árboles de la propiedad soviética.

Abrams miró hacia adelante. Davis casi no era visible. La noche era oscura y resultaba alienante para un hombre civilizado, reflexionó Abrams, y un continente en la oscuridad era la pesadilla de las pesadillas. Oyó un sonido y miró rápidamente. Cameron tenía el brazo levantado y encendía un pequeño encendedor. Abrams se detuvo y se arrodilló. Cameron y Davis se acercaron, hablaron entre ellos un momento y luego Cameron se arrodilló al lado de Abrams. Le susurró al oído.

—Davis dice que ha visto huellas. Probablemente es el lugar donde interceptaron a Claudia. —Agregó—: Me gustaría apartar a esa patrulla del camino antes de internarnos más.

Abrams asintió. Nunca cesaba de maravillarse ante los eufemismos para nombrar la muerte y el asesinato.

—Vamos a atraerlos hasta aquí —dijo Cameron y dio instrucciones a Abrams, que hizo un gesto a Katherine.

Katherine se arrodilló al lado de Abrams para recibir el mensaje.

Davis trepó a un árbol y exploró el terreno con los prismáticos. Cameron, que traía las medias de Claudia, las arrastró por el sendero que usaron los soviéticos.

Abrams buscó en su bolsa y sacó un pequeño aparato ultrasónico. Emitió una serie de sonidos cortos, inaudibles para el oído humano. Casi de inmediato se oyó ladrar a un perro.

Cameron colgó las medias en una rama de un árbol.

Davis accionó el encendedor, dos cortos, tres largos, cuatro cortos: enemigo a la vista, tres hombres, cuarenta metros de distancia.

Abrams y Katherine se colocaron en posición y Davis trepó a una rama baja de un arce. Ya estaba lista la emboscada.

Conteniendo la respiración, Abrams escuchó el sonido de los hombres que se acercaban y el continuo ladrido del perro. De repente, un gran ovejero alemán apareció en el claro tirando de un hombre uniformado, que llevaba un rifle. Rápidamente, Abrams apagó el aparato y el perro se tranquilizó, luego comenzó a husmear y se acercó al árbol de donde colgaban las medias.

Apareció otro soviético, con un rifle bajo el brazo, hablando por el

radiotransmisor. A continuación, caminando despacio, hizo su aparición el tercero. No tenía rifle, pero Abrams pudo ver que llevaba una pistola en la mano y pensó que debía de ser el jefe.

El perro estaba parado en dos patas ante el árbol, gruñendo. El soviético se acercó y descolgó las medias. Hizo un juego obsceno con ellas y todos rieron.

El radiooperador habló por el transmisor. Abrams escuchó e hizo un gesto a Cameron que lo miraba. El hombre estaba informando una falsa alarma. Cameron hizo un gesto con la mano a Katherine y Abrams y luego se levantó, se colocó el M-16 con silenciador en el hombro y apuntó.

Abrams también se puso de pie y tuvo una vaga conciencia de que Katherine hacía lo mismo.

Los tres soviéticos se volvieron hacia el camino. El perro ladró otra vez y tiró de su dueño. El hombre levantó la mirada y divisó a Cameron a unos seis metros de distancia. Dejó escapar un grito de asombro.

El rifle de Cameron disparó y el soviético pareció saltar hacia atrás y luego cayó arrastrando al perro con él. El radiooperador permaneció inmóvil, sin comprender lo sucedido, hasta que dejó caer el transmisor y levantó el rifle. Un disparo de Davis lo hizo caer. El jefe, después de los dos disparos, se había arrojado al suelo y se arrastraba. Katherine y Abrams dispararon simultáneamente. El soviético se arrastró unos pasos más y se desplomó.

Durante unos segundos nadie se movió. El bosque estaba en calma. Luego el perro comenzó a aullar, acompañado por los quejidos de uno de los hombres. Cameron se acercó rápidamente a los otros dos soviéticos. Parecían muertos, pero de todos modos les disparó un tiro en la cabeza y luego se acercó al perro herido. Cameron susurró a Katherine:

—Sigue unos treinta metros y mantente alerta.

Katherine pasó entre los cadáveres sin mirar. Cameron disparó un tiro en la cabeza del perro malherido.

Davis permanecía en el árbol, vigilando la zona. Abrams se aproximó al soviético que seguía con vida. El hombre, un oficial por el uniforme, habló en ruso:

—Ayúdeme, por favor —y repitió en inglés—: Por favor, ayuda.

—Vamos a mandar a alguien lo más rápido posible —contestó Abrams al soviético.

El soviético le miró asombrado y luego asintió.

Abrams se inclinó.

—¿Qué pasó con la mujer? Claudia.

El soviético vaciló, pero finalmente respondió.

—Está en la casa.

—¿Cuántas patrullas hay en esta zona?

El soviético pareció considerar la pregunta. Abrams lo apremió.

—Dime la verdad y te mandaré un médico.

—Otras dos patrullas... más atrás...

Cameron se acercó y Abrams le repitió la conversación. Luego preguntó:

—¿Algo más para preguntar?

Cameron se encogió de hombros.

—Este hijo de puta no te va a decir la verdad. —Se inclinó y le disparó un tiro en la frente.

Abrams estaba asustado, pero no sorprendido. Nunca se sabía si el golpe de gracia era misericordia o maldad y sospechaba que Cameron no lo sabía ni le importaba.

Abrams arrojó entre los arbustos las armas de los soviéticos. Davis se bajó del árbol y se acercó a ellos. Miró a los tres cadáveres de los soviéticos.

—¿Ves esos distintivos verdes en sus uniformes? —dijo Cameron—. Estos tipos eran de la guardia del Directorio.

Cameron asintió y explicó a Abrams:

—Es la élite de la KGB. Del tipo de los marines. No eran simples guardias de embajada.

Abrams no supo si eso debía hacerles sentirse mejor o peor.

—Bueno, en movimiento —dijo Cameron.

Abrams alcanzó a Katherine y volvieron a formarse en dirección a donde explotaban los cohetes. Se detuvieron cerca de la casa, ante el terreno iluminado por reflectores.

—Tranquilos —dijo Cameron—. Las luces son automáticas. Iluminan a intervalos.

—Estoy seguro de que los malditos aparatos de escucha están por aquí —dijo Davis.

—A Iván no le gustan los merodeadores —respondió Cameron.

—No lo seremos por mucho tiempo. Pronto estaremos dentro de la casa.

Abrams vio tres guardias con rifles en la terraza. Katherine miró su reloj.

—Estamos atrasados algunos minutos.

Cameron asintió.

—No importará si los otros no han alcanzado sus objetivos. No vamos a cruzar esta tierra sin su ayuda.

Davis levantó los prismáticos y enfocó la casa.

—Veo las paredes... puedo ver las linternas japonesas del sendero —elevó la voz—. ¡Allí está la camioneta! Pembroke pudo pasar la caseta de la guardia. La camioneta se dirige a la puerta principal. —Dejó los prismáticos y miró a sus compañeros—. Una buena demostración.

—Han conseguido hacerlo. Nosotros también lo haremos. —Cameron permaneció un momento en silencio—. Son quince segundos para cruzar... —Miró a Abrams y Katherine—. Tenéis que elegir un poema o una oración que dure ese tiempo. Yo siempre rezo el padrenuestro. Cuando diga amén espero estar en la terraza. Siempre funciona.

Abrams pensó que debía de ser verdad o Cameron no estaría allí para contarlo.  
—Muy bien —dijo Cameron—, preparad las bayonetas.

La camioneta de Roth avanzaba lentamente por el camino iluminado. Pembroke espiaba cautelosamente por detrás del asiento. Había guardias armados a unos diez metros. Se volvió hacia Ann.

—Esto no es muy alentador.

Mientras conducía, Roth balbuceaba con una voz transida por el miedo:

—Todos van a morir... Los soviéticos ganarán... Me van a matar... Oh, Dios, Pembroke... yo no quería trabajar para ellos... me chantajearon... tenía miedo... yo no creo...

—Cierra la boca, Roth.

La camioneta se detuvo ante la puerta principal. Pembroke y Ann se deslizaron hacia la parte trasera, donde estaban Llewelyn y Sutter, que tenían las manos en los abridores de las puertas, listos para saltar y pelear. Los cuatro tenían capuchas negras.

Un guardia se aproximó a la ventanilla y habló en inglés.

—¿Qué haces aquí, Roth? No me han avisado desde la entrada.

Roth abrió la boca pero no salió ningún sonido.

—Apesta a *whisky*. Quédate aquí. —El hombre se alejó.

Pembroke y sus dos hombres prepararon sus armas. Ann hizo lo mismo. Pembroke se elevó un poquito y alcanzó a ver las cabezas de cuatro hombres uniformados que pasaban.

El guardia regresó.

—El teléfono no funciona. ¿A qué vienes?

Roth dejó escapar un suspiro.

—Más comida. Para Androv.

El guardia no dijo nada.

Roth recuperó la voz.

—Tengo algo para ti. —Sacó una bolsa y se la alcanzó—. Vodka y *whisky*. Seis botellas.

El guardia miró a su alrededor y luego ocultó la bolsa en un claro.

—En marcha, Roth.

Roth asintió rápidamente y puso en marcha la camioneta. Las piernas le temblaban tanto, que apretaba el acelerador y el vehículo se sacudía. Volvió a girar a la izquierda y luego a la derecha por un pequeño camino que bordeaba el lado sur de la mansión.

Pembroke se acercó a Roth.

—Muy bien, un paso más. Llévanos hasta allí y habrás comprado tu perdón. Tranquilo. Lo has hecho bien.



La camioneta paró ante las puertas de hierro del patio de servicio. Un guardia hizo un gesto de reconocimiento y las abrió. Roth pasó y se detuvo nuevamente. El guardia se acercó a la ventanilla.

—¿Tienes algo, Roth?

Roth asintió y le entregó una pequeña bolsa. El soviético miró en el interior.

—¿Qué es esta mierda?

—Licores. Dulces. Para las damas. Son muy caros.

El guardia resopló.

—Voy a estar un tiempo bajando y preparando el *buffet* —explicó Roth—. Tardaré cerca de una hora.

—Por la puerta de servicio. No cierres el camino a nadie.

Roth asintió y siguió adelante.

Pembroke susurró a los otros tres:

—La mitad de los malditos soviéticos están comiendo y bebiendo a costa del pobre George.

—Pero no es gratis, ¿verdad? Esta noche vamos a reclamar el pago en nombre del señor Van Dorn —dijo Sutter.

Ann miró de reojo a los tres hombres. Nunca había visto tanta frialdad y optimismo en el rostro de esos extraños hombres. Supuso que no imaginaban que pudieran perder.

Roth maniobró la camioneta por el atestado estacionamiento y colocó la parte trasera frente a las puertas de servicio.

—Abre las puertas de servicio. Rápido —dijo Pembroke.

Roth saltó del vehículo y abrió las grandes puertas dobles, formando con las puertas de la camioneta una especie de corredor hasta la casa.

Pembroke contempló una gran despensa. Al fondo había una puerta cerrada. No se veía a nadie.

Pembroke saltó de la camioneta y siguió a Roth. Sutter, Ann y Llewelyn agarraron unas cuantas cajas y las llevaron a la habitación, apilándolas contra la pared. Sutter regresó y cerró las puertas de la camioneta y comenzó a cerrar las puertas de la despensa.

—¡Detente! —Se oyeron unas pisadas.

Pembroke empujó a Roth hacia las puertas. Los otros se ocultaron.

El guardia entró.

—Roth, me olvidé de decírtelo. No dejes estas puertas abiertas. Si quedan abiertas después de las once y media Androv hará que te maten.

Roth asintió rápidamente.

—Las estaba cerrando.

—No vuelvas a abrirlas.

—No, no.

—¿Qué te sucede, Roth? —preguntó el guardia mirándolo.

—He bebido demasiado.

El guardia lo contempló fijamente.

—¿Por qué tiembles? ¿Roth? ¿Qué...?

Pembroke avanzó, empujó a Roth y se enfrentó al soviético. El hombre parpadeó ante la aparición de una capucha negra y abrió la boca. Pembroke lo tomó de la correa de cuero de la cartuchera y con un enérgico movimiento lo empujó para adentro, tirándolo contra la pared. Sutter golpeó al soviético en la ingle y, cuando se dobló, Llewelyn le asestó un salvaje golpe de kárate en la nuca. El soviético cayó y quedó inmóvil. Sutter lo volvió y se arrodilló para controlar sus signos vitales.

—Todavía está vivo, Lew. Estás envejeciendo.

—Traedlo —dijo Pembroke.

Sutter y Llewelyn le tomaron de los brazos y le arrastraron por la habitación, seguidos de Pembroke y Roth. Ann cerró las puertas y puso el cerrojo y luego se apresuró a seguirlos. Pembroke abrió lentamente la puerta del fondo y espió en un lugar lleno de caños. Pasó por allí hasta llegar a otra puerta que daba a un corredor, mientras los demás lo seguían. Tomó por el estrecho corredor en donde estaban las puertas de las antiguas habitaciones de servicio. Pembroke escuchó ante la primera puerta y luego giró el viejo picaporte. Se abrió la puerta y entró en la habitación oscura. Hizo un gesto a los otros, que lo siguieron rápidamente, arrastrando al soviético inconsciente con ellos. Ann cerró la puerta y Pembroke encendió la luz.

La habitación estaba amueblada con una cama, una cómoda y unas pocas sillas. Una habitación de mujer. Pembroke abrió la puerta del armario y vio ropa colgada. Se volvió a Roth y susurró:

—Entra aquí.

Roth entró rápidamente y se acomodó entre la ropa.

—Has sido un traidor durante cuarenta años, Roth, pero te has redimido por este acto. Así que vivirás. Date la vuelta.

Roth se colocó de cara a la pared. Llewelyn le ató las manos con un cable y comenzó a ponerle una mordaza.

—Espera —dijo Pembroke—. Roth, ¿hay algo que quieras decirnos? ¿Alguna otra cosa que debemos saber para ayudarnos a terminar con esta misión? Piénsalo con cuidado.

Roth permaneció en silencio un rato.

—No... no, nada.

Pembroke hizo un gesto a Llewelyn, quien le colocó la cinta en la boca.

Sutter se acercó rápidamente y pasó por el cuello de Roth una cuerda de alambre y tiró con su mano enguantada. Roth tuvo una convulsión y cayó al suelo.

Ann permaneció mirando con los ojos muy abiertos sin decir nada. Pembroke se dirigió a ella.

—El castigo por traición en mi país es la horca. Esto es lo mejor que podemos hacer, dadas las circunstancias. —Miró al soviético que estaba tirado en el suelo—.

Quitadle el uniforme y dormirlo.

Sutter y Llewelyn se ocuparon de sacarle la ropa, le inyectaron en un brazo y luego lo colocaron junto a Roth y cerraron la puerta del armario.

—Llewelyn —dijo Pembroke—, tú eres del tamaño de este tipo. Y tienes las facciones siniestras de un eslavo. —Sonrió.

Llewelyn se quitó la ropa negra y se vistió con el uniforme, escondiendo su equipo debajo de la cama. Se miró al espejo y se colocó el gorro en la cabeza.

—Pareces un conserje —comentó Sutter.

—Mierda —contestó Llewelyn.

Pembroke miró su reloj.

—Bueno, ya estamos aquí.

Sutter también controló su reloj.

—Más o menos a tiempo.

Ann hizo sonar los dedos y todos miraron. Espió por el ojo de la cerradura. Se oía ruido de pasos en el pasillo. Ann levantó tres dedos, luego hizo el gesto de un revólver, para indicar tres hombres armados. Los pasos se detuvieron y un hombre habló en ruso. Otro contestó y todos rieron. Los pasos se alejaron. Ann se volvió y susurró:

—Algo sobre la chica rumana, Claudia. Y un hombre llamado Kalin. Están en uno de estos cuartos. El cuarto de detenidos. ¿Podemos ayudarla?

—No, ella se las arregla sola —replicó Pembroke y agregó—: se ofreció voluntaria y es más útil así. —Pensó un momento—. Además, tampoco me fío completamente de ella.

Pembroke se dirigió a la puerta y la abrió despacio cuando estuvo seguro de que los soviéticos se habían marchado. Hizo un gesto a Llewelyn, quien salió primero, miró a ambos lados y les dio la señal. Ann y Sutter salieron seguidos por Pembroke, quien cerró la puerta. Fueron rápidamente hasta el ascensor y entraron. Llewelyn pulsó el botón de subida.

—Próxima parada —dijo Pembroke—, segundo piso. Después tendremos que subir por las escaleras al desván. «Cerca de ti, Señor». El ascensor se detuvo. Sutter escuchó al lado de la puerta. Pembroke y Ann empuñaron sus rifles automáticos. Llewelyn abrió la puerta ante un pequeño recibidor.

Los cuatro aguardaron un momento y luego salieron velozmente. Llewelyn caminó rápidamente por un largo corredor. A ambos lados del corredor había, a intervalos irregulares, varias puertas de roble, todas cerradas. Llewelyn se dirigió a la tercera puerta de la derecha. Apoyó la espalda y se colocó en posición de descanso. Escuchó, miró y esperó. Luego, todavía de espaldas a la puerta, giró el picaporte. Cerrado. Sacó una herramienta de su bolsillo y abrió la puerta. Pembroke, Ann y Sutter corrieron tras él y atravesaron un pequeño vestíbulo hasta llegar al pie de la escalera del altillo.

Llewelyn iba a seguirlos, cuando quedó petrificado. Dos soviéticos con traje civil

se acercaban cruzando el vestíbulo.

Llewelyn cerró la puerta y permaneció en una postura rígida. Con el rabillo del ojo vio que los dos hombres se aproximaban. Uno era delgado y calvo, el otro un joven de muy buen aspecto.

Pembroke, Ann y Sutter estaban al otro lado de la puerta, escuchando.

El hombre mayor habló.

Llewelyn sabía dos palabras en ruso, *da* y *nyet*. Mantuvo la cabeza erguida y replicó:

—*Da!*

Los soviéticos se miraron extrañados.

Ann susurró a sus compañeros:

—El soviético le preguntó quién le puso en esa puerta y por qué. Me temo que la respuesta no es satisfactoria.

Pembroke asintió y murmuró:

—El ruso de Llewelyn es muy limitado.

Los dos soviéticos se pararon frente a Llewelyn y otra vez el hombre calvo le habló.

Llewelyn replicó irritado:

—¡Maldición *da*, *nyet* y a la mierda!

Golpeó con su puño en el rostro del hombre y lo envió al otro lado del vestíbulo. El joven soviético que no había dicho una sola palabra, lanzó una exclamación, contempló el cuerpo que caía y al volverse hacia Llewelyn se encontró ante un revólver que le apuntaba.

La puerta se abrió y salió Ann. Dijo en ruso:

—Hola, Nikolai Vasilevich. —Se quitó la capucha y agitó su cabello—. Venga, por favor, quiero hablar con usted.

El joven permaneció con la boca abierta. Llewelyn lo empujó. Luego arrastró al hombre inconsciente. Sutter cerró la puerta.

Pembroke contempló al hombre; éste tenía el rostro irreconocible por la nariz rota y la mandíbula dislocada.

—Creo que es Karpenko, el jefe de comunicaciones de la KGB. —Miró al joven soviético y preguntó—: ¿Karpenko?

El joven asintió vacilante, y sus ojos buscaron los de Ann.

—No tenga miedo. No vamos a hacerle daño. —Lanzó una mirada a Pembroke y luego volvió a mirar al joven—. Debe repetir, palabra por palabra, el mensaje que trajo a Viktor Androv de Moscú.

Nikolai Vasilevich se enderezó y sacudió la cabeza con energía.

—No lo haré. Pueden matarme.

Ann tradujo la respuesta.

Pembroke sacó su pistola, la amartilló y apuntó al rostro de Karpenko. Dijo en un aceptable ruso:

—*Smert Komitet Gossudarstvennoy Bezopasnosti*. Muerte a la KGB. —Luego disparó tres veces en la cara del hombre inconsciente, convirtiendo sus facciones en una masa sanguinolenta.

Nikolai Vasilevich contempló ese rostro, se puso pálido y sus piernas comenzaron a temblar.

Pembroke volvió el arma hacia el joven y dijo en inglés:

—Muerte a todos los cerdos de la KGB.

Nikolai Vasilevich sacudió la cabeza rápidamente y habló en inglés:

—No, no. No soy de la KGB. Soy militar. GRU... inteligencia militar.

Ann le apoyó una mano en el hombro y dijo en ruso:

—Eres muy joven para morir, Nikolai. Te juro que no te harán nada si cooperas.

—Lo miró a los ojos, el joven bajó la mirada y asintió.

—Palabra por palabra —dijo Ann—. Yo sabré si es tu mensaje o cambias algo. Empieza.

Nikolai Vasilevich se puso de pie y, con la cabeza erguida, recitó en un tono monótono, como hizo para Androv. Cuando terminó, Ann lo resumió en inglés y dijo a Pembroke:

—Así que era *Molniya* y esta noche. Pero ya lo sabíamos. Lo que no sabíamos era que Talbot tres va a estar o quizá ya está aquí.

Pembroke asintió pensativo y luego contempló al joven soviético.

—Ya no es costumbre matar a los portadores de malas noticias, pero...

Ann puso la mano sobre el revólver.

—No, Marc.

La miró irritado.

—Lo prometí —y agregó—: además, es muy atractivo.

Pembroke sonrió lentamente y luego ordenó a Sutter:

—Colócalo debajo de la escalera.

Sutter sacó una jeringa y se acercó al soviético, que retrocedió.

—Hora de dormir, Iván. Déjame ver algo de piel.

Ann le habló en ruso, el joven vaciló y luego levantó el brazo. Sutter le aplicó la inyección, llevó al soviético al pequeño armario debajo de la escalera y lo colocó allí en estado de inconsciencia.

Pembroke miró la estrecha escalera, débilmente iluminada. Después había un descansillo y una puerta de metal, que sabía daba a la parte sur del altillo principal. Había otras tres escaleras; todas acababan entre puertas de metal, al otro lado. Dijo en voz baja a Ann:

—El Santo Grial está detrás de esa puerta.

Ann sonrió.

—Guárdatelo. Yo estoy interesada en las radios. Debo hablar con Washington y Moscú antes de medianoche.

Pembroke miró su reloj.

—Haremos todo lo que podamos.

Llewelyn estaba al final de la escalera, preparando cargas explosivas para abrir la puerta de metal.

—Procura que la explosión sea poco potente. Los aparatos electrónicos son sensibles —dijo Ann.

—Comprendido.

Ann lo miró fijamente.

—Si triunfamos, no quiero una matanza, Marc. Sólo quiero poder salir.

—¿Y si no tenemos éxito?

Lo miró a los ojos mientras hablaba.

—Entonces, como dijo George, nos llevaremos con nosotros a todos los que podamos. No habrá razón para salir de aquí.

Pembroke asintió.

—¿Cómo quieres a tu padre? ¿Muerto o vivo?

Contestó sin vacilar:

—Quiero que esté de nuevo en su sepultura, que es donde le corresponde estar.

—¿Y Thorpe?

—Vivo. Le quiero vivo.

—¿Alguna otra cosa?

—Sí. Si Talbot tres está por fin aquí, encuéntralo.

Pembroke asintió y luego dijo:

—Antes de que me vaya, esta casa mostrará todos sus secretos.

El gran helicóptero Sikorsky se dirigía hacia el sur por la línea de la costa de Long Island. Farber, el piloto, llamó:

—¡Blanco, cinco kilómetros proa al sur! —Agregó—: Vientos del norte a quince kilómetros por hora al nivel del mar. Veinte o veinticinco kilómetros desde aquí. Nubes parciales cubriendo las tres cuartas partes de la luna. El blanco es fácilmente identificable. No aterricéis sobre la propiedad de George, que os disparará. —Farber rió, luego gritó—: ¡En fila!

Grenville se puso de pie y se aproximó a la puerta corrediza. Detrás de él estaban los hombres de Pembroke, Stewart y Collins. Luego, los viejos, Johnson y Hallis. Grenville sabía lo suficiente sobre prácticas de paracaidismo como para conocer que el sistema de compañeros era muy importante. Stewart y Collins eran compañeros. Y suponía que Johnson y Hallis también. Solamente Tom Grenville parecía haber perdido a su compañero.

Súbitamente las luces de la cabina se apagaron y las luces de la cabina del piloto disminuyeron hasta la oscuridad. Los pilotos corrieron las cortinas en las ventanillas y apagaron las luces de navegación, algo que Grenville consideró altamente peligroso. Farber pareció leer sus pensamientos.

—No os preocupéis, muchachos, nadie más va a estar tan loco como para volar a esta altura en una noche como ésta —dijo Farber, luego gritó—: Blanco un kilómetro y medio, proa al sur.

Grenville controló su equipo y ajustó su M-16. Escudriñó por la ventanilla de la puerta. El cielo todavía estaba iluminado y las nubes pasaban ante las ventanillas.

—Altitud mil setecientos metros. Blanco treinta metros sobre el nivel del mar, más o menos.

Grenville decidió que le gustaba el humor de Farber. También decidió en un raptó de lucidez que no iba a saltar. Se volvió y se encontró mirando los ojos negros de Stewart que reflejaban la débil luz de la luna.

De golpe, Farber hizo correr la puerta y una ráfaga de aire entró en la cabina oscura. El ruido hizo que Grenville no pudiera oír lo que él mismo estaba diciendo: que Stewart se fuera al diablo.

Stewart sonrió y empujó a Grenville a través de la puerta abierta.

Tom Grenville sintió que le faltaba el suelo bajo los pies, una sensación que nunca le había gustado. Miró hacia atrás y vio a Stewart y Collins. Luego, Johnson saltó de la cabina, seguido por Hallis.

En la cabina oscura, Farber observó cómo Hallis salía del helicóptero, entonces tomó el abridor de la puerta corrediza.

—Hola, Barney.

Los ojos de Farber se abrieron por la sorpresa mientras el hombre empujaba a Farber, que no tenía paracaídas, por la puerta abierta. El hombre se tiró tras él.

Tom Grenville miró hacia la línea costera. Confiaba en caer en la casa de los soviéticos, pese a que no estaba seguro de querer hacerlo. Podía desviarse del blanco y caer en el club.

El aire se calentaba a medida que descendía. Miró hacia abajo. La tierra se acercaba más rápido, como siempre sucedía al final. Se dio cuenta de que podía aprovechar ese momento para alejarse del terreno soviético. Unos pocos segundos más y no podría hacerlo. Puso su mano en la cuerda.

Pero algo que le dijo Van Dorn lo hizo vacilar. Más allá de toda la cháchara patriótica y las seguridades sobre una promoción en su trabajo, Van Dorn había dicho: «Si regresáis tú y Joan, todo irá mejor entre vosotros en lo sucesivo».

Grenville sabía instintivamente que eso era verdad. Realmente la amaba. Tenían que compartir algo especial para arreglar su relación. Algo como una operación de comandos. Grenville se oyó decir:

—No puedo dejarte sola allí. Tengo que ir también.

Miró el área iluminada alrededor de la casa. Estaba muy cerca y era demasiado tarde para evitar su encuentro con la muerte o con la vida.

—Oh, mierda...

Grenville miró por encima de su hombro. El helicóptero ya no era visible. Sospechaba que todavía estaba por allí, controlando los descensos, pero su camuflaje no permitía divisarlo.

Los otros cuatro estaban muy cerca de él. Contó, uno, dos, tres, cuatro... ¡cinco! Eso no era posible, volvió a contar una y otra vez y eran cinco. ¿Qué diablos...? ¿Farber? Pero Farber no llevaba paracaídas y no hubiera tenido tiempo de ponérselo. ¿Qué diablos era eso? Quizá era un compañero para él. Pero Grenville pudo ver que los otros hombres también miraban al desconocido. Instintivamente supo que ese sexto hombre no era uno de ellos. No era un compañero.



Stanley Kuchick mantuvo tirante el cable. Pensó que estaba cerca del final del conducto. Llamó suavemente a Joan.

—¿Todavía está ahí?

—En cuerpo solamente. Estoy proyectando mi espíritu a la Costa Azul.

—Oh... —dijo Stanley—. No se abandone. Si lo hace, avíseme. Iré también.

Joan pensó que el muchacho parecía asustado.

—Serás el primero en saberlo.

Stanley permaneció en silencio mientras el cable le guiaba. La luz iluminó el conducto; Stanley quedó cegado por el resplandor. El aire frío le golpeó el rostro. Apuntó con su pistola al frente.

Si había alguien en el cuarto de calderas o venía a investigar por el ruido, debía gritar «¡rojo!» y ambos volverían al sótano debajo de la pista de tenis.

Stanley miró la puerta cerrada a unos seis metros de distancia. Se dio cuenta de que era el único que sabría si la puerta se abría o no. Siguió observando, mientras rezaba, pero sin saber si pedía que se abriera o permaneciera cerrada.

Joan susurró con tono de urgencia.

—¿Verde o rojo?

—Amarillo —contestó el muchacho. Esperó por un rato, acostumbrándose a la luz hasta que de golpe exclamó—: ¡Verde, verde!

Joan contestó algo triste:

—Entendido. Verde.

Stanley guardó la pistola en su bolsillo, se quitó el mecanismo de poleas y lo dejó sobre el suelo. Empujó y salió del conducto. Lanzó una mirada a su alrededor. Volvió a sacar rápidamente su pistola y llamó suavemente por el conducto:

—Ya está. La saco en un minuto. —Se dirigió nuevamente hasta la puerta del cuarto de calderas y escuchó. Se oían sonidos a distancia, pero Stanley no pudo identificarlos. Luego recorrió el cuarto de cemento, encontró un banco de madera y lo llevó hasta la pared. Se subió y escudriñó el conducto. Vio la cabeza de Joan y sus hombros a unos pasos de distancia. Estaba acostada sobre la espalda. Al mirarla se preguntó cómo habían hecho para pasar por allí. Los soviéticos jamás esperarían algo así—. Bueno, ya estoy aquí...

—Sácame de este lugar de mierda, no podré aguantarlo mucho tiempo más.

—De acuerdo... —Stanley se agachó y estiró los brazos y puso las manos en el espacio entre los antebrazos y pechos de Joan.

—Cuidado con lo que haces, Stanley.

—Así fue como me dijo Bergen...

—Vamos, tira.

Después de tirar y empujar, Joan salió en libertad y cayó en brazos de Stanley. Se miraron con los ojos bien abiertos, mientras escuchaban cómo la polea de Joan caía por el conducto.

—Oh, diablos... —se lamentó Joan.

Stanley la miró.

—Se suponía que debía haberla asegurado con una cuerda...

—Me olvidé. Ayúdame.

Miró por el conducto pero ya no estaba.

—Se fue sin mí, Stan.

—Debí recordárselo.

—Eh, me olvidé yo, no tú. No te hagas el hombretón conmigo.

—Perdón...

—Bueno —dijo Joan suspirando—, comencemos el espectáculo.

—¿Y cómo va a hacer para regresar?

—En primera clase. —Miró a su alrededor—. Bueno, primero tenemos que borrar nuestra llegada. ¿De acuerdo?

Joan y Stanley trabajaron rápidamente borrando los rastros y el muchacho se subió al banco y tapó el conducto con un pedazo de material que parecía cemento. Joan lo miró y pensó que podía pasar cualquier inspección.

Stanley bajo del banco y lo colocó de nuevo en su lugar. Joan desenroscó dos bombillas, con sus manos enguantadas, dejando la zona en penumbra.

—Así es mucho mejor. Bueno, vamos.

El muchacho vaciló; luego se dirigió hasta la puerta. Empuñó nuevamente su pistola y lanzó una mirada a su compañera. Vio que había hecho lo mismo. Abrió la puerta y escrutó el enorme almacén, que recordaba de su anterior visita. Hizo un gesto y ambos se deslizaron a través de la puerta.

Stanley dirigió la marcha entre cajas de comida enlatada. Conocía el camino, pero sacó el plano y lo estudió. Ese sector del sótano era un laberinto de tabiques de madera. Había puertas por todos lados, algunas con carteles en ruso y unos pocos en inglés. Encontró la que buscaba, con las mismas letras rusas de su diagrama. La abrió lentamente y comenzó a recorrer un estrecho y oscuro pasillo, con Joan detrás.

Se dirigían hacia la parte oeste de la casa. El pasaje terminó y caminaron por un área abierta. A tres metros había una pared de cemento, con aspecto de nueva, de unos quince metros de largo. Se aproximó a una puerta maciza revestida de plomo y supo que era el refugio contra bombardeos. Allí dentro, le habían dicho, se encontraban unos cien soviéticos, hombres, mujeres y niños. Él y Joan tenían que encargarse de que se quedaran allí.

Joan se le acercó y asintió. Ambos sacaron unos tubos de pegamento y comenzaron a cubrir el borde de la puerta, uniéndola con la jamba. Los soviéticos no podrían abrir la puerta desde dentro. Stanley volvió a revisar su diagrama. Tenía que

buscar una escalera que subía al primer piso y daba a un pasillo, entre el salón y el cuarto de los trofeos. Van Dorn parecía saber muchísimo sobre el lugar, pero no sabía si la escalera iba por dentro o por fuera del refugio.

Joan recorría el lugar débilmente iluminado. Probó con algunas puertas pero ninguna daba a una escalera.

—La escalera debe de estar dentro del refugio —susurró.

Stanley asintió.

—Tenemos que hacer lo siguiente —dijo Joan—. Es por aquí.

Condujo al muchacho a lo largo de la pared. Había tres cajas de metal del tamaño y aspecto de neveras grandes. De hecho cada una era un aparato de aire acondicionado y purificador de aire del refugio. Los conductos penetraban en la pared de éste.

En ese momento ninguna de las tres unidades estaba en funcionamiento y Stanley las controló hasta encontrar la que estaba caliente.

—Ésta es. —Examinó los costados de metal. Era completamente hermética, pero descubrió un panel donde estaban los filtros. Joan le alcanzó una bolsa de plástico y dejó caer su contenido en donde había sacado un filtro. Se alejó rápidamente, porque sabía que los cristales que había arrojado se vaporizarían en un gas invisible e inodoro. Cerró el panel y dio unos pasos para alejarse.

—Vámonos de aquí —susurró Joan.

—Tengo que asegurarme de que esta unidad funciona. Son órdenes.

—Yo te voy a hacer funcionar de una patada. Vamos, Stan, no tentemos a la suerte.

Stanley permaneció inmóvil, contemplando la gran caja de metal.

Después de lo que pareció un largo tiempo y fue menos de un minuto, oyó el «clic» de la corriente eléctrica y la unidad comenzó a vibrar produciendo el ruido del motor de una nevera. El muchacho asintió satisfecho.

—Muy pronto estarán durmiendo. Vamos a... —se volvió y vio que Joan regresaba por el pasillo. La siguió rápidamente.

Giraron a la derecha, regresaron al cuarto de calderas, pero no entraron, continuaron hasta la puerta del cuarto de los objetos de limpieza.

Stanley abrió la puerta y entró en un cuarto grande y estrecho. Allí se encontró a tres metros de un hombre en ropa de trabajo. Joan dejó escapar un grito. El hombre hizo lo mismo. Instintivamente el muchacho levantó su arma y disparó tres veces. El hombre, con una mirada de sorpresa, se cubrió el pecho y los muslos como si lo hubieran encontrado desnudo.

Stanley no sabía qué hacer. Suponía que la gente caía muerta después de recibir un tiro. Trató de disparar nuevamente, pero su mano temblaba demasiado.

Joan cerró los ojos. Por último, el hombre cayó. Stanley se aproximó vacilante. La sangre salía por la espalda del hombre, se extendía por el mono y corría por el suelo. Los ojos del hombre se fijaron en los de Stanley. El muchacho giró la cabeza.

Estaba mareado y vomitó bilis y un pedazo de chocolate. Joan se le acercó y lo tomó de los hombros.

—Oh... oh... Dios..., Stanley...

Stanley respiró profundamente para tratar de controlarse.

—Tenemos que... acabar con él...

Joan no contestó.

Stanley se volvió hacia el hombre deseando que ya estuviera muerto. No deseaba matarlo, pero tenía órdenes: no dejar testigos. Apuntó a la cabeza del hombre, cerró los ojos y le disparó a la cabeza.

Joan y Stanley permanecieron inmóviles durante unos segundos, luego Joan dijo con una calma forzada:

—Ayúdame a moverlo. —Arrastraron al hombre hasta un rincón. Joan encontró una bayeta, Stanley consiguió agua y pudieron limpiar.

Se contemplaron durante un instante. En sus expresiones se veía que acababan de compartir una experiencia que jamás olvidarían. Joan miró su reloj.

—Oh, Dios, vamos casi cuatro minutos retrasados.

Rápidamente Stanley sacó una foto de su bolsillo y la comparó con el panel de electricidad. La foto era una ampliación de la que él tomó un mes atrás. Los circuitos estaban marcados. Uno había que cortarlo, el otro, que era el único que estaba fuera de servicio, había que encenderlo.

Van Dorn le había explicado que no tocara ninguna otra cosa. El que había que encender no funcionaría inmediatamente. Stanley repasó una vez más la foto y accionó los que estaban marcados. Las últimas instrucciones de Van Dorn fueron que se alejaran rápidamente.

—¡Vamos! —dijo el muchacho. Cuando se dirigían hacia el cuarto de la caldera, oyeron pasos—. ¡Mierda! —Tomaron por otro camino, pero era la zona de pequeños compartimientos y Stanley se perdió.

—Creo que pasamos de largo —susurró Joan.

De golpe se abrió una puerta. Stanley permaneció inmóvil. Joan lo imitó. Cuatro hombres, dos guardias armados y dos hombres con monos de trabajo pasaron rápidamente. Giraron a la izquierda y corrieron por el pasaje por el cual acababan de pasar Joan y Stanley.

—Vámonos de aquí —ordenó Joan.

Se movieron con cautela, hasta que por último encontraron el cuarto donde almacenaban las latas de comida. Joan permaneció oculta por una pila de cajas.

—Adelante —dijo—. Yo te cubro.

Stanley no perdió tiempo, comprobó que no había nadie en el cuarto de calderas, hizo un gesto a Joan, corrió el banco y lo colocó debajo del conducto. Sacó la tela que cubría el agujero y se colocó la polea. Se suponía que la polea tendría que servir de contrapeso, pero Joan la había dejado caer. Se preguntó por qué Bergen y Claire no la habían hecho regresar con el cable. Enfocó la linterna hacia el conducto.

—Dios... —Pudo ver la silueta de la polea a unos sesenta metros. Se había atascado—. ¡Oh... mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó Joan—. ¿Por qué no entras?

—Su polea está atascada. Ellos no saben que la ha perdido.

Joan asintió y pensó en la situación.

—Realmente hice una de las mías. Bueno, vete, Stanley. Ven, te voy a ayudar. — Se subió al banco.

—No, no, vaya usted. Yo esperaré aquí. Dígales qué ha pasado y ellos me enviarán otra vez la polea. Yo, mientras, esperaré.

Joan le dio una bofetada.

—Vete por ese maldito agujero o te mato.

El muchacho se tocó la cara mientras la miraba fijamente. Joan le ayudó a colocarse el aparato y sujetárselo al cuerpo.

—Muy bien, chico, estás listo. —Lo miró un momento, luego se inclinó y lo besó en los labios.

Stanley se ruborizó y abrió mucho los ojos.

—Vamos, muévete.

Stanley sintió que Joan le empujaba de los pies y comenzó a avanzar. Llegó hasta donde estaba la polea de Joan y la liberó. Stanley cerró los ojos durante lo que le pareció una eternidad y cuando volvió a abrirlos vio la luz al final del largo túnel oscuro. Entonces los ojos se le llenaron de lágrimas.

Joan Grenville empuñó su pistola y caminó lentamente hasta la puerta del cuarto de las calderas. Sabía que pronto iba a producirse el ataque y no sabía si ese lugar recibiría los disparos del mortero. Tom estaba fuera, en algún lugar, y lo mismo pasaba con los otros. Ella había realizado una tarea difícil y podía irse. Los otros, no. Pero como había dicho Van Dorn, ya no habría un lugar seguro para nadie. Quizá, pensó, arriba podrían necesitar otra persona armada. Abrió la puerta sin darse cuenta del todo de lo que hacía.

Se encontró vagabundeando por una serie de pasajes en penumbra en el sótano, buscando la escalera que la llevaba al piso de arriba. Pensó que, después de todo, quería estar con Tom.

Claudia Lepescu se las arregló para sacar la pequeña pistola automática de la cartuchera que colgaba del picaporte. Kalin, perdido en su ensueño sexual, no se dio cuenta de nada. La joven quitó el seguro del arma y colocó ésta entre las piernas de Kalin para amortiguar el sonido. Disparó.

Los pies de Kalin se levantaron del suelo por el impacto y luego cayó contra la puerta, dejando escapar un gemido. Claudia retrocedió mirándolo. Parecía no estar herido, todavía de pie, con una expresión de asombro en el rostro. Entonces vio la sangre que corría entre las piernas como si fuera un grifo abierto. Kalin también lo sintió y colocó sus manos sobre la herida.

Claudia se puso de pie y retrocedió, manteniendo el arma y esperando la señal que le indicara que estaba mortalmente herido. Entonces vio cómo su rostro perdía color, al tiempo que daba un paso hacia ella, diciendo:

—Claudia.

Claudia escupió en el suelo y se secó la boca.

Kalin trató de dar otro paso, pero le fallaron las piernas y cayó. Claudia juntó su ropa y se vistió rápidamente. Salió al pasillo y comenzó a caminar, con la pistola automática a un costado. No había estado antes en la casa, pero conocía los planos por Van Dorn y pensaba que podía localizar la oficina de Androv. Tenía muchas cosas que cobrarse. Era una mujer orgullosa y no la habían roto, ni convertido en una dócil prostituta como ellos creían. Desde que llegó a Estados Unidos había comenzado a jugar un doble juego.

Pasó una puerta, subió unos escalones y entró en el ala principal de la casa. Claudia creía en la maldad y tenía las supersticiones de su pueblo. Podía sentir la maldad de Androv a medida que se acercaba.

Abrams, Katherine, Davis y Cameron sacaron las bayonetas y las colocaron en sus rifles. Abrams pensó que tenían un aspecto mortífero.

Nunca había participado en una carga con bayoneta, pero lo que parecía impensable esa noche era perfectamente razonable.

Katherine miró su reloj.

—¿Por qué se retrasarán tanto?

De repente todos los reflectores y luces del ala norte de la casa comenzaron a brillar, primero de blanco hasta un rojo mortecino; luego se apagaron, dejando la zona en la oscuridad.

Cameron se puso de pie y dijo simplemente:

—¡A la carga!

Los cuatro se lanzaron desde la línea de los árboles y cruzaron el parque. Todos eran buenos corredores y Abrams supuso que Cameron no había tenido tiempo de terminar el padrenuestro cuando llegaron a los escalones que daban a la terraza.

Abrams tuvo una vaga noción de que pasaba por la esvástica del centro de la terraza. Divisó un guardia en una esquina. Se volvió y cargó contra él.

El guardia oyó los pasos que corrían y levantó el rifle. En esa fracción de segundo, Abrams supo que no le alcanzaría con la bayoneta. Disparó y el hombre cayó doblado sobre la terraza.

Cameron cargó contra dos soviéticos que estaban hablando animadamente. Se volvieron en el último momento, pero Cameron pudo matar a uno, al tiempo que Davis acababa con el otro.

Katherine, de acuerdo con sus instrucciones, vigilaba todas las ventanas y puertas de vidrio, con el rifle preparado, pero nadie parecía haberlos oído.

Rápidamente los tres hombres se reunieron con ella.

—Vámonos de la terraza antes de que vuelva la luz —dijo Katherine.

Corrieron por la terraza y llegaron a un porche, en la parte trasera de la casa. Davis pasó a través de la puerta de tela metálica y los demás lo siguieron. Doblaron a la izquierda y Davis abrió una puerta que daba a un salón.

Abrams casi esperaba encontrar a Henry Kimberly sentado como lo viera la última vez, pero el lugar estaba vacío. Notó que había cigarrillos humeantes en el cenicero.

—Vamos —susurró Cameron.

Cameron y Davis se dirigieron a la izquierda, hacia la puerta que daba a la galería. Abrams y Katherine fueron hacia la puerta desde la cual Abrams habló con Kimberly. Tenía que recorrer el piso principal de oeste a este, cuarto por cuarto, una operación de búsqueda y destrucción.

Buscaban, pensó Abrams, a Viktor Androv y sus compinches de la KGB, a Peter Thorpe y a Henry Kimberly. Los buscaban en un sentido físico tanto como en un sentido metafísico, por un cambio que debía detener el reloj.

Tom Grenville miró hacia abajo. La casa de Van Dorn estaba directamente debajo, enmarcada por sus pies. Se preguntó si podría volver alguna vez.

Miró a su alrededor y vio que el resto de la gente estaba agrupada muy cerca. Habían elegido para aterrizar el techo de la mansión soviética dependiendo, de acuerdo con lo dicho por Van Dorn, del «grupo de exploración». El trabajo de ese grupo era iluminar o marcar las zonas peligrosas y aunque desde el techo cubrían casi media hectárea de terreno, Van Dorn les había señalado en fotos todos los peligros que podrían encontrar.

Pero el aterrizaje sólo era posible si el grupo de exploración conseguía encender

las luces del techo. De todos modos, como Grenville sabía, el grupo de exploración estaba formado por Joan y un adolescente granujiento. No tenía mucha confianza en que las luces se encendieran y eso le producía cierta comodidad.

Estaban descendiendo más despacio por la corriente ascendente, pero Grenville sabía que en los próximos segundos Stewart debía decidir dónde descenderían. Miró a su izquierda, desde donde Stewart estaba a punto de encender una señal luminosa: una luz intermitente significaba bajar en el techo, una luz continua significaba buscar un claro en el bosque. Mientras Grenville miraba, la luz comenzó a hacer guiños. La observó asombrado y luego miró hacia abajo.

Las luces del parque del lado norte se habían apagado y las luces del techo se encendieron.

—Oh, mierda, Joan... ¿qué me has hecho? —Pero un inexplicable sentimiento de orgullo se adueñó de Grenville y se sintió aliviado al saber, que después de todo, todavía estaba viva.

Grenville lanzó una mirada al sexto y misterioso personaje que guiaba su paracaídas hacia el techo iluminado.

Collins también observó al sexto hombre. No sabía quién era, pero sí que no pertenecía al grupo de ellos. Collins levantó su rifle y disparó a través de los cincuenta metros que los separaban.

La distancia a ese blanco no era mucha, pero el movimiento de los paracaidistas hacía difícil establecer un punto de referencia.

El sexto hombre vio el chispazo y disparó en respuesta. Collins cayó sobre su arnés, soltó el rifle y quedó inmóvil. El viento lo llevó hacia la distante línea de árboles.

Grenville observó todo con una sensación de incredulidad. Esa muerte silenciosa en el aire no debía de haber sucedido. Vio cómo el sexto paracaidista desaparecía hacia la izquierda del techo. Estaba muy cerca de Stewart, Johnson y Hallis; los cuatro buscaban un lugar libre de antenas y alambres donde aterrizar. Grenville dio un tirón final a sus elevadores para aminorar la caída. A los tres metros era evidente que aterrizarían en la terraza, en donde los soviéticos se hallaban en estado de alerta por la caída de Collins y los matarían a todos. Grenville cerró los ojos y esperó.

Joan Grenville deambulaba por el sótano oscuro, con la pistola en una mano y el plano en la otra. Había decidido ser sensata y regresar al cuarto de calderas, que era donde debía estar. Desgraciadamente, se había perdido. Estaba en un sector que al parecer no era conocido, porque figuraba en el plano como «Desconocido. Personal de la KGB». Eso la ponía nerviosa.

Miró su brújula y regresó por el estrecho corredor hasta llegar a una puerta pintada de rojo. La pasó, dudó, regresó y escuchó sin oír nada. Lentamente abrió la puerta. Había un vacío oscuro ante ella. Permaneció en silencio en las tinieblas. Notó



un olor muy desagradable.

Joan encendió la linterna que llevaba en un bolsillo elástico. Iluminó las paredes. Simplemente un cuarto vacío. Dio un paso y tropezó y para su sorpresa se encontró cayendo en la arena.

—¿Qué diablos...?

Joan se incorporó y alumbró toda la habitación y vio que el suelo estaba cubierto de arena. No podía imaginarse para qué era ese cuarto. ¿Un cuadrado de arena para juegos infantiles? No, absurdo.

Se puso de pie y la luz de su linterna enfocó algo en la pared más alejada. Se acercó y vio que era la base de una chimenea. Consultó el plano y estudió la posición de las chimeneas. Volvió a mirar a la reja de hierro para las cenizas y advirtió que era mucho más grande que las comunes. Parecía más bien un horno o una estufa.

Joan dirigió la luz hacia el espacio oscuro y vio una calavera quemada, con las cavidades de los ojos mirando hacia ella. Dio un grito, dejó caer la linterna y se tambaleó hacia atrás, cayendo en la arena.

—¡Oh... oh... Dios!

Comprendió, en un chispazo de intuición, junto con cosas que alguna vez escuchara, que estaba en la arena de un foso de ejecución. Se puso de pie de un salto y salió corriendo de la habitación, cerrando la puerta tras ella.

Se apoyó contra la pared para recobrar el aliento. Había perdido la linterna, pero al menos conservaba la pistola en su mano temblorosa.

Comenzó a caminar otra vez, tratando de tranquilizarse. «Está bien Joan, todo está bien». Pero la imagen de la calavera permanecía en su mente.

—Dios santo... ¿qué clase de gente es ésta? —Entonces, de repente, toda esa estupidez de capa y espada tuvo un sentido que Tom nunca había podido explicarle. Nada de lo que leyera u oyera sobre la KGB o los soviéticos le había causado la más mínima impresión. Pero ese cuarto se había grabado en su mente y ya nada podría borrarlo.

Caminó hasta que se dio cuenta de que estaba dando vueltas en círculos.

—Mierda. —Contempló el plano y se dirigió hacia una puerta que no había visto antes. Era de roble, a diferencia de las otras puertas delgadas. Debía de conducir al ala del sótano a donde quería ir.

Apoyó el oído contra la puerta, pero no oyó nada. Sacó la tranca y tuvo que empujar para poder abrir.

Una luz cegadora la hizo retroceder, lista para escapar, pero no oyó nada amenazante. Entró y contempló una habitación de unos seis metros cuadrados, el suelo y las paredes cubiertas de cerámica blanca. «Como un baño gigantesco», pensó. En realidad en una pared pudo ver una ducha, un lavabo y un inodoro. En un rincón había una camilla de hospital y en la pared colgaban correas de cuero. «Una sala de operaciones», pensó. Pero sabía que no era eso. Las correas de cuero o las manchas rojas alrededor de la rejilla de la ducha le indicaron que estaba contemplando una

moderna cámara de tortura.

—Hola, Joan.

Sintió que se le secaba la boca y casi perdió el control de su vejiga. Miró hacia el rincón y sus ojos se abrieron con asombro.

—Gracias a Dios que eres tú —dijo Peter Thorpe.

Joan trató de hablar pero no pudo. Sus ojos se fijaron en él. Thorpe estaba sentado desnudo, con los brazos alrededor de sus rodillas dobladas. Tenía el rostro magullado y un ojo cerrado. Joan empuñó con fuerza su arma.

—Muy linda ropa, Joan. Te queda muy bien. ¿Atacasteis, no? Sabía que lo haríais.

Joan asintió. Ya nada la sorprendía y pudo hablar.

—¿Cómo has llegado aquí?

Thorpe ignoró la pregunta y contestó con otra.

—¿Quién está ganando la guerra?

—Nosotros.

Thorpe la contempló fijamente.

—¿Los otros están por aquí?

—Sí.

—Bueno, entonces vamos. —Se le acercó.

—Detente. —Joan levantó la pistola y permaneció cerca de la puerta abierta.

Thorpe se detuvo y luego dijo cortante:

—Entra y cierra la puerta antes de que pase alguien —y agregó—: Tenemos que hablar.

Joan vaciló, luego cerró la puerta y se acercó.

—Dime por qué me estás apuntando. Seguro que un hombre desnudo no te pone nerviosa.

—Eres un agente soviético —contestó irritada Joan—. Eso es lo que ellos me dijeron cuando me entrenaron.

Thorpe sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Estaría aquí, en esta habitación, si trabajara para ellos?

Joan no contestó.

—Van Dorn y sus payasos creen que tienen todas las respuestas, pero esos atolondrados aficionados no saben nada. Soy un agente triple, un leal agente de la CIA.

Joan parpadeó ante ese lenguaje propio de los miembros del espionaje.

—Oh, a la mierda esta doble y triple historia, Peter. Todos vosotros me dais dolor de cabeza. Me dijeron que si te veía debía disparar de inmediato y eso es lo que haré.

Thorpe rió y dijo amablemente:

—Joan..., no me he olvidado de la época en que estuvimos juntos...

—Vete a la mierda.

Peter se quedó cabizbajo.

—¿Qué me estás haciendo? Casi es mejor que me mates antes de dejarme aquí para que me torturen los soviéticos. Vamos, decídetelo de una vez.

Joan le miró el cuerpo. Por lo que se veía no le habían lastimado demasiado. Trató de sacar conclusiones. O trabajaba para la CIA o lo hacía para los soviéticos. Van Dorn podía estar equivocado. Después de todo, si estaba trabajando para los soviéticos, ¿por qué lo habían torturado? Y si era un agente de la CIA, no podía dejarlo allí... Pensó durante un momento.

—Mira, Peter, soy un poco nueva en esto, pero creo que ni siquiera un viejo profesional sabría qué demonios hacer contigo.

Peter dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo, pero no puedes dejarme aquí para que me maten.

Joan no contestó.

—Déjame salir —imploró Peter—. Tienes el revólver. Yo estoy desnudo e indefenso. Por el amor de Dios, Joan, deja la puerta sin cerrar para que pueda salir. —Dejó caer la cabeza—. No estaría en este cuarto si no fuera enemigo de ellos.

Joan tomó una decisión.

—Me voy, Peter, y voy a cerrar la puerta. Pero regresaré en seguida con unos hombres de Pembroke.

Lo observó con cuidado y creyó detectar cierto temor en sus ojos.

—Me van a matar.

—¿Por qué?

—Ellos no saben que soy un agente triple de la CIA.

—Díselo.

—No van a creerme.

—Tampoco van a matarte. Antes tienen que hablar con tus superiores de la CIA.

—No... no los llames. Vete.

Joan retrocedió hasta la puerta, apuntando a Peter, que estaba a unos tres metros de distancia.

—Hasta luego, Peter. Regresaré pronto. —Abrió la puerta con la mano libre y lanzó una mirada hacia afuera, como Thorpe esperaba que hiciera.

Thorpe saltó hacia ella. Los reflejos de Joan eran buenos, pero jugar al tenis o soportar el peso de un hombre eran cosas muy distintas, y quedó inmovilizada una fracción de segundo. Una mano de Thorpe se agarró a su garganta y la otra buscó la pistola. Joan disparó y la bala chocó contra la pared. El arma cayó al suelo; Joan vio que la bala había atravesado la palma de la mano de Peter. Sintió que la otra mano le apretaba la garganta y la tiraba al suelo como si no pesara nada.

Thorpe se le acercó y le lanzó una patada a la ingle. Joan gritó y juntó las rodillas con el pecho. Thorpe se inclinó para recoger la pistola.

Joan se puso de pie de inmediato, pensando confusamente que Thorpe había cometido dos errores: patearla en la ingle como si fuera un hombre y darle la espalda porque era una mujer. Joan sacó un largo cuchillo del bolsillo elástico del muslo y lo

enterró profundamente en la espalda de Thorpe mientras éste se enderezaba.

Thorpe dio dos rápidos pasos, con el cuchillo todavía clavado, y se balanceó apuntándola con la pistola.

Joan gritó, se volvió y corrió hacia el rincón más lejano, zambulléndose debajo de la camilla mientras una bala pasaba sobre su cabeza.

Thorpe dio unos pasos hacia ella. Su pulmón se estaba llenando de sangre y comenzaban a formarse burbujas blancas en su boca mientras respiraba con dificultad... Se detuvo, luego se volvió y con movimientos de autómatas, se dirigió hacia la puerta. La abrió y se deslizó en el corredor. La puerta se cerró tras él y Joan oyó que trataba de echar el cerrojo. Se puso de pie y corrió hacia la puerta.

Tom Grenville sintió que la antena raspaba sus pies mientras caía sobre el techo. Stewart gritó:

—¡Liberaos! —y se liberó para la caída. Cayó sobre el techo. Johnson y Hallis lo imitaron y los tres paracaídas volaron en el viento.

Grenville vaciló durante una fracción de segundo, luego decidió que prefería romperse el cuello en el techo a que le dispararan en el parque. Cayó con violencia sobre las rodillas y giró sobre la espalda. Se puso en pie, inseguro. Miró a su alrededor y vio a Stewart que yacía cerca de allí. Stewart se sentó y lanzó una mirada a Grenville.

—Me he roto la pierna.

—Bueno, ése es el problema de saltar sobre un tejado por la noche —observó Grenville.

Stewart lo miró fijamente.

—Yo estoy bien —agregó Grenville.

—A la mierda, Tom. —Stewart vio que Johnson se aproximaba rápidamente. Se arrodilló a su lado.

—Hallis cayó por el lado sur de la terraza. Creo que está muerto.

—Mierda —respondió Stewart—. Bueno, esté donde esté el otro hijo de puta, es mejor que nos movamos.

Grenville y Johnson llevaron a Stewart hasta el borde norte del techo y luego se situaron en sus posiciones.

Grenville se arrodilló detrás de la pared sur, que daba a la terraza, la piscina y el salón de té. El cuerpo de Hallis estaba sobre las lajas y vio que estaba muerto. También pudo ver a cuatro guardias soviéticos que corrían hacia la terraza. Lanzó una mirada a Johnson, que se encontraba arrodillado en el lado oeste del techo que daba al porche. Luego miró hacia Stewart que cubría el lado norte. Pensó: «Un tullido, un viejo y un abogado tonto. Unos veinte guardias armados alrededor de la propiedad, una cantidad desconocida de civiles armados, más el contingente de la KGB de fuerzas desconocidas». Y solamente él pensaba que era una locura. Luego el loco era él.

Grenville volvió a mirar a los cuatro soviéticos, que se encontraban en el sendero, cerca de la piscina. Movié su M-16, lo colocó en automático y esperó hasta que los guardias se reunieran junto al cadáver de Hallis. Dos de los guardias miraron hacia el techo y apuntaron sus rifles. Grenville disparó toda la carga. Rápidamente volvió a cargar el arma, pero se dio cuenta de que no había razón para disparar otra vez. Había matado a cuatro hombres. Esperó un choque emocional, pero no sintió nada. Stewart

lo llamó suavemente.

—¿Qué diablos pasa ahí, Grenville?

—Bajé a cuatro.

—¿Quién le autorizó a disparar, hombre? Bueno, no importa.

«Bien, vete a la mierda». De repente, Grenville pensó en Joan y miró hacia el edificio del YMCA. Vio que estaba parcialmente iluminado. Ya debía de estar de regreso. Luego miró hacia la propiedad de Van Dorn. Grenville sabía que aunque esas tierras solitarias se llenaran de sonidos de muerte, nadie en el pueblo o en Dosoris Lane pensaría en algo así. Simplemente creerían que era el loco de George molestando otra vez a los soviéticos.

Claudia Lepescu abrió la puerta del estudio de Viktor Androv y entró, cerrándola otra vez. Llevaba la pistola oculta en la espalda.

Androv levantó la mirada, con el rostro blanco por el resplandor de la lámpara. Estaba hablando por teléfono y dijo:

—Volveré a llamarte. —Colgó y la miró—. Vaya, qué sorpresa inesperada. ¿Kalin está contigo?

Claudia no respondió. La habitación estaba a oscuras excepto la zona del escritorio.

—Ahora no tengo tiempo para ti —dijo Androv.

—Esto no va a llevar mucho tiempo —contestó en ruso.

Androv se mordió los labios.

—¿Le diste el veneno a Roth?

—No, le di aceite vegetal.

La miró fijamente, luego asintió.

—Ya veo.

—¿Creías que yo era una asesina de cientos de personas, como tú y tus asquerosos nazis?

—Estás excitada. ¿Kalin abusó de ti?

—Kalin está muerto.

Otra vez Androv asintió, como si dijera: «Comprendo, siempre te comprendí». Dijo en voz alta:

—¿Qué tienes ahí? ¿Una pistola?

Claudia sacó la pistola y le apuntó.

—En pie.

Androv se puso de pie lentamente.

—Desearía tener tiempo para humillarte como tú me humillaste. Me gustaría tener un látigo. Querría tenerte en una celda de tortura...

—Claudia.

Claudia se puso rígida. La voz provenía del rincón oscuro a su izquierda. La voz

dijo en inglés:

—Claudia, baja esa pistola.

Mantuvo la pistola apuntando a Androv, pero sus manos temblaban. «No —pensó—, no puede ser él, no puede ser...» Alcanzó a ver un chispazo con el rabillo del ojo y sintió un dolor en el costado, luego otros. Después no sintió nada.

El hombre del rincón permaneció en la oscuridad. Androv lo miró y dijo:

—Por cierto, nunca pensé que sería salvado por un paracaidista de la OSS. —Rió y agregó—: Qué juego éste.

Joan Grenville corrió hacia la puerta de la cámara de tortura, tratando de llegar al picaporte. No deseaba quedar encerrada en esa habitación, pero tampoco quería enfrentarse a Thorpe. Tiró de la puerta para impedir que él pasara el cerrojo y repitió el movimiento hasta que Thorpe comprendió que no iba a poder encerrarla. Empujó la puerta, pero ella resistió con más fuerza, maravillada al ver cómo la pérdida de sangre había debilitado a Peter. Oyó el silenciador de la pistola, pero la bala del calibre 25 no penetró en la puerta de roble. Continuó sacudiendo la puerta y gritando:

—¡Vete! ¡Fuera!

Oyó que tosía y luego el ruido de pasos desnudos que se alejaban.

Joan esperó un minuto y luego miró. Había un rastro de sangre en el suelo del pasillo. Tuvo la tentación de seguir las huellas con la esperanza de recuperar su pistola si Thorpe se desmayaba, pero decidió que ya había hecho demasiadas estupideces para una sola noche. Se deslizó a través de la puerta y tomó por el estrecho pasillo que iba hacia la derecha de la cámara de torturas. Tenía la intención de alejarse rápidamente de ese manicomio.

El pasillo fue una mala elección. Terminaba en una puerta y había resuelto no abrir más puertas en ese sótano. Se volvió y comenzó a regresar cuando oyó que alguien hablaba en un idioma que no era inglés. Mierda.

Rápidamente volvió hasta la puerta. Respiró profundamente, la abrió y entró, escuchando en la total oscuridad. Nada. Sus manos tocaron un interruptor y encendió la luz.

Joan Grenville contempló el lugar y se dio cuenta de que estaba en una cocina. Todo parecía de los años cuarenta. La cocina que el tiempo olvidara. Casi se echa a reír.

Joan sabía que si el plan básico había resultado, Abrams, Katherine y los hombres de Marc Pembroke debían de estar en la casa. Marc también debía de estar allí, aunque no oía nada que indicara pelea. Decidió esperar en esa cápsula del tiempo.

Encontró un pequeño montacargas y decidió usarlo. Pensó que era el último lugar donde buscarían. Comenzó a tirar de los cables y el montacargas se movió. Eso le hizo recordar la maldita polea. Continuó ascendiendo. «Arriba debe de haber alguien que pueda ayudarme», pensó. Su suerte ya no podría ser peor. Sintió pena por ella

misma, pero se consoló pensando que al menos estaba viva, y podía seguir así mientras se quedara en el montacargas. Detuvo el cable al ver la luz del primer piso. Se acomodó y cerró los ojos, sintiéndose segura por primera vez en horas. Dormitó por un rato hasta que una luz le dio en los ojos.

—Oh —trató de coger el cable, pero una mano aferró su muñeca.

Una voz dijo:

—Estabas roncando.

Miró el rostro ennegrecido de un hombre muy apuesto.

—Lo sé. Todos me lo dicen. ¿Eres Davis, no?

—Para servirte. ¿El chico está bien?

—Sí, ya regresó.

—¿Habéis acabado las otras partes de la misión? —preguntó Davis.

—Sí. Gas somnífero en el refugio, las luces del techo...

Cameron se acercó corriendo. Lanzó una mirada al montacargas y a Joan sin demostrar mayor curiosidad. Se dirigió a Davis.

—Un paracaidista cayó allí afuera. Lo encontraron en la parte del frente.

—¿Era Tom? ¿Mi marido?

—No... era un hombre mayor. —Volvió su atención a Davis—. No creo que fuera Johnson o Hallis..., sin embargo, el rostro me resultó familiar.

—Escuchad —dijo Joan—. ¿Puedo salir de aquí? Soy una civil.

—Todavía no —respondió sonriendo Davis—. Aquí estarás a salvo por un rato. Vendremos a buscarte más tarde.

Joan asintió. Cuando los hombres se alejaban, los llamó.

—Peter... Peter Thorpe. ¿Es bueno o malo?

—Malo —respondieron los dos al mismo tiempo.

—Bien —replicó—. Porque creo que le he matado.

Katherine y Abrams entraron por el corredor. A la derecha estaban las puertaventanas de las que Abrams sacó trozos de metal. Cruzando el vestíbulo se encontraba la sala de música y a la izquierda estaban el cuarto de baño y la escalera al sótano. Abrams espío por las puertaventanas y vio algo en la terraza norte que no había visto en su anterior visita: cuatro guardias soviéticos hablaban animadamente alrededor del cuerpo de un hombre vestido de negro.

—Maldición. —Mientras miraba, dos de los soviéticos levantaron sus rifles. Luego los cuatro cayeron derribados por los disparos que provenían desde el techo.

Por lo menos algunos de los paracaidistas alcanzaron el techo, pensó Abrams. Se apresuró a dirigirse a la escalera del sótano, seguido por Katherine. La puerta estaba entornada y la abrió del todo con el cañón del rifle.

Katherine reprimió un gemido. La escalera estaba repleta de hombres, mujeres y niños tirados unos encima de los otros. Algunos hombres tenían armas en las manos.



—Allí abajo está el refugio —dijo Abrams.

Katherine asintió.

Abrams buscó a la niña de la muñeca, pero no la encontró. Empujó a Katherine y cerró la puerta.

—Todavía queda algo de gas...

Asintió de nuevo y se dio cuenta de que estaba algo mareada.

—Sigamos adelante.

Se acercaron a las puertas de vidrio que daban a la sala de música y Abrams espió a través de las cortinas. La habitación se encontraba a oscuras, excepto por el resplandor de una pantalla de televisión. Abrams abrió lentamente la puerta y entraron. Una cabeza apareció y una voz de mujer preguntó en ruso:

—¿Quién está ahí?

—Yo —replicó Abrams en ruso. Se inclinó sobre el sofá donde estaba la mujer que los revisó. Lo miró sin demostrar temor o sorpresa.

—¿Qué quiere?

—Mira demasiada televisión —respondió Abrams.

—Es mi trabajo de esta noche —dijo sonriendo—. Mirar los noticiarios. Habla un ruso muy malo.

—Está borracha. ¿Cuál es su nombre?

—Lara. —Miró su ropa camuflada y el rifle y dijo en perfecto inglés—: ¿Va a matarme?

—Es muy posible —contestó en inglés—. Ése es mi trabajo esta noche.

La mujer se encogió de hombros y buscó su vaso en la mesa.

—Todos tenemos que morir. Esos brutos van a comenzar una guerra nuclear. —Tomó un largo trago y agregó—: Todos están en el refugio.

Abrams recordó la expresión de su rostro cuando la vio anteriormente. En ese momento tenía la misma expresión.

—Levántese.

Se puso de pie con bastante poca firmeza.

Katherine se acercó y Abrams le explicó:

—Es Lara, una desertora de última hora.

La mujer miró a Katherine sin curiosidad y volvió a encogerse de hombros. Abrams condujo a las dos mujeres al pasillo donde estaba el detector de metales. Del otro lado del vestíbulo había dos grandes puertas de roble; una daba a la oficina de seguridad, la otra era la puerta del despacho de Androv. Abrams susurró a Lara:

—¿Hay alguien en esas habitaciones?

Hizo un gesto hacia la oficina de seguridad.

—Siempre hay dos hombres por lo menos. —Miró hacia la otra puerta—. Es el despacho de Androv. Estaba ahí hace unos minutos. Tiene un prisionero. Un paracaidista estadounidense.

Abrams miró a la mujer.

—Llame a la puerta.

Lara vaciló, luego fue hasta la puerta de Androv y golpeó. No tuvo respuesta. Golpeó otra vez.

—Viktor, ¿puedo hablar contigo?

Abrams la empujó con el cañón del rifle y ella abrió la puerta. Entraron. La oficina estaba vacía, pero un cigarrillo todavía humeaba en el cenicero. En el suelo estaba el cuerpo de Claudia Lepescu. Abrams cerró la puerta. Contemplaron el cadáver, pero nadie dijo nada. Abrams pensó: «Éste es el santuario de la segunda autoridad de la KGB en Estados Unidos». Una excapilla en la exresidencia de una de las familias más antiguas del país. Un anticipo de lo que vendría.

Katherine se arrodilló ante el cuerpo de Claudia. Vio la pistola que tenía en la mano.

—Mira.

Abrams se arrodilló a su lado.

—Lo hicieron los soviéticos...

Katherine se puso de pie y tomó el cenicero.

—Camel, cigarrillos estadounidenses. —Vio la botella de *whisky*—. Dewar's.

—Por lo que parece, este paracaidista no era un prisionero sino un aliado —dijo Abrams.

Súbitamente sonó una alarma. Katherine, Abrams y Lara corrieron hacia el recibidor. Las campanas de alarma sonaban por toda la casa. Se abrió la puerta de la oficina de seguridad y apareció un oficial uniformado con una pistola en la mano. Abrams disparó con la M-16 y el hombre cayó hacia dentro de la oficina.

Katherine arrojó una granada a la oficina. Cameron y Davis llegaron rápidamente y dispararon. Las luces estaban apagadas, pero por el resplandor de las ventanas pudieron ver dos hombres muertos. Había un tercer hombre que tropezaba dirigiéndose hacia una pequeña puerta oculta. Disparó y Davis cayó muerto de un tiro en el centro de la frente. Abrams también disparó en la oscuridad; oyó un grito y pasos que se alejaban. Cameron se acercó y entraron a través de la puerta del panel en una pequeña habitación sin ventanas. A la izquierda había una estrecha escalera de servicio y subiendo la escalera, un hombre con ropas de civil. Le chorreaba sangre por las piernas. El hombre sangraba por la nariz y la boca a consecuencia de la granada, pero Cameron lo reconoció.

—Valentín Metkov, el cerdo más grande de los encargados de asesinatos. ¿Quién dijo que no había justicia en este mundo?

Metkov contempló a Cameron con los ojos nublados.

—Por favor..., puedo ayudarle..., por favor, no...

—¿Dónde está Androv?

—Arriba. En el altillo.

Cameron disparó y Metkov se desplomó.

La alarma continuaba sonando y la casa había cobrado vida, como si la hubieran

despertado de un sueño artificial.

Abrams oyó disparos en la oficina de seguridad y volvió sobre sus pasos. Katherine disparaba por la puerta abierta. Abrams hizo lo mismo.

—¡Rápido! ¡Corre!

Katherine entró en la habitación mientras Abrams buscaba a Lara. Vio su cuerpo tirado cerca de la puerta. Se arrodilló al lado de Davis y buscó los latidos de su corazón, pero ya estaba muerto. Cameron gritó:

—¡Vamos!

Abrams tomó una granada del cinturón de Davis y la arrojó a través de la puerta. Retrocedió mientras estallaba la granada.

Cameron y Katherine estaban en el primer descansillo de la estrecha escalera de servicio y Abrams se unió a ellos de un salto. Continuaron subiendo rápidamente hacia el altillo.

Marc Pembroke oyó los disparos. En el corredor que daba al recibidor de la escalera del altillo, sonaban las alarmas y la gente corría.

—Toda la maldita casa está en movimiento —dijo—. Bueno, otra explosión no se notará. —Hizo un gesto a Sutter.

Sutter encendió un fósforo y prendió la mecha del detonador que subía por la escalera. Se encendieron las cargas plásticas colocadas en la puerta de metal.

La casa se sacudió y cayeron trozos de yeso de las paredes y el cielo raso. Pembroke subió por la escalera, seguido por Llewelyn, Ann y Sutter. Todos comenzaron a disparar en el altillo débilmente iluminado.

—¡Alto el fuego! —gritó Pembroke.

Sutter y Ann se cubrieron detrás de una pared de ficheros de metal.

—Es una habitación grande. Esta parte es sólo la mitad —dijo Pembroke—. Vacía. Al final hay compartimientos de ladrillo. Las salas de comunicación deben de estar del otro lado. —Lanzó una mirada a Ann y Sutter—. Bueno, vamos.

De golpe se oyó un sonido en la escalera y Pembroke se volvió. Se oyó un disparo y Pembroke cayó.

Llewelyn tuvo tiempo de ver la cabeza y los hombros de un hombre uniformado que subía la escalera con un rifle. Llewelyn disparó, enviando al hombre escaleras abajo. Luego sacó una granada del cinturón y la arrojó. Hubo una gran explosión, seguida por el ruido de la vieja escalera que se derrumbaba. Llewelyn escudriñó por el espacio abierto. «Esto protegerá nuestra retaguardia —pensó—. También nos corta la retirada». Se acercó a Pembroke. Sutter y Abrams estaban a su lado.

—Tengo una costilla rota —dijo Pembroke pasándose la mano debajo del chaleco antibalas.

—No te muevas. —Llewelyn vio que le corría sangre por el costado de su pálida boca—. Ha tocado el pulmón, ¿sabes?

—Sí, es mi pulmón y mi costilla, así que ya lo sé. Vamos, moveos.

—Sí, te veremos más tarde. —Ann y Sutter siguieron a Llewelyn con precaución hacia la pared que separaba las alas.

Sutter se puso a la cabeza. Una chimenea de piedra formaba parte de la pared y a la izquierda había una puerta de metal.

—Esto es más de lo que esperábamos —susurró Sutter.

—Una hermosa vieja casa —dijo Llewelyn—. Construida como una fortaleza y los soviéticos le agregaron la puerta de metal. Bueno, tenemos algo de plástico todavía. Posiblemente hay más puertas que plástico.

Ann se acercó y golpeó con el rifle en la puerta.

—¡Androv! ¡Quiero hablar con Androv!

Sutter y Llewelyn no dijeron nada. Ann golpeó otra vez. Después de un minuto, una voz respondió en inglés:

—¿Quién es usted?

—Soy Ann Kimberly, hija de Henry Kimberly. ¿Es usted Androv?

—Sí.

—Escuche con atención. Sé que mi padre está aquí, en algún lugar. Lo sé todo sobre *Molniya*, y también mi gobierno, el cual ha preparado un ataque nuclear contra su país. Van Dorn tiene morteros apuntando a esta casa. ¿Comprende?

—¿Qué quiere? —replicó Androv.

—Quiero que suspendan esta operación. —Miró su reloj—. Tiene dieciocho minutos antes de que estalle *Molniya*. Quiero que abra esta puerta y me deje enviar un mensaje por radio.

—Yo llamaré a Moscú. Regresaré en pocos minutos.

Ann gritó:

—¡Está mintiendo! No tiene permiso para hablar de esto por radio. ¡No trate de engañarme! ¡Abra esta puerta! ¡Ahora!

Androv no contestó. Ann volvió a gritar:

—¡Su situación es desesperada, idiota!

No hubo respuesta.

—No se puede razonar con él. Vamos a usar nuestros métodos —dijo Sutter.

Llewelyn colocó los explosivos plásticos restantes. Miró a Sutter y dijo:

—Hay peligro de que se caiga el techo. —Miró a Ann—. Pero ahora es su función.

Ann volvió a mirar el reloj.

—Adelante. No hay nada que perder.

Abrams, Katherine y Cameron alcanzaron el final de la escalera y se detuvieron en un pequeño cuarto sin ventanas del tamaño de un armario. Una escalera daba a una trampilla en el cielo raso.

Cameron fijó su atención en ella. Sacó un pequeño tubo y lo extendió como un periscopio. En la punta tenía un cohete de sesenta milímetros y se lo colocó en el hombro en posición para disparar. Se arrodilló.

—Tapaos los oídos y abrid la boca —ordenó. Apretó el detonador. El cohete atravesó la delgada madera de la trampilla y explotó dentro del altillo.

Abrams ya estaba listo en la escalerilla, tiró una granada por la abertura y se hizo a un lado. Luego pasó por el hueco seguido por Katherine y Cameron. Se quedaron inmóviles en el suelo, apuntando hacia adelante. La granada había producido daños en el cielo raso; una vez que el ruido de la explosión dejó de producirle zumbido de oídos, Abrams oyó unos gemidos sordos.

Cameron se apoyó en una rodilla y encendió la linterna. No se produjeron disparos y todos se pusieron de pie.

Revisaron el lugar y encontraron a tres hombres y dos mujeres, heridos y aturcidos. Cameron disparó sobre cada uno de ellos, sin pedir ayuda a sus compañeros, ni hacer comentarios sobre el hecho.

—Mirad esto —susurró Katherine.

Abrams y Cameron la siguieron.

—Es un estudio de televisión —dijo Katherine.

Abrams iluminó el escritorio, la chimenea, la bandera estadounidense. Katherine tomó unas hojas de papel que estaban desparramadas. Leyó la escritura a máquina. Levantó la mirada.

—Es el discurso de mi padre al pueblo estadounidense. Como próximo presidente.

—No sabía ni que fuera candidato —respondió Abrams.

Cameron dirigió el haz de luz de la linterna hacia la chimenea y la puerta de metal.

—Si Pembroke está al otro lado —dijo—, hemos tomado los dos brazos de la T. La parte principal todavía está en manos de los soviéticos, pero Stewart tiene que estar en el techo, encima de ellos. Los tenemos encerrados.

—Pero nosotros estamos fuera —dijo Katherine mirando su reloj—. Tenemos diecisiete minutos hasta el PEM y menos tiempo todavía para que George comience a disparar con el mortero. Debemos entrar y controlar las radios.

Cameron hizo un gesto hacia la puerta de metal.

—Podemos volar esa puerta.

Abrams oyó ruidos de abajo.

—Vienen por las escaleras. —Tomó la última granada de Cameron y la arrojó desde la trampilla. Cameron tomó un kilo de explosivo plástico, lo colocó alrededor del vano de la puerta, conectó los detonadores y se alejó.

—Maldito el poco tiempo que nos queda —dijo Cameron mirando su reloj—. Bueno, supongo que todos estarán en sus puestos.

—Si no es así —replicó Abrams— es que están muertos.

Katherine asintió.

—No podemos regresar. Adelante y volemós la puerta. Tenemos que ver a unas personas ahí dentro.

Abrams encendió un fósforo.

George Van Dorn miró el mensaje de télex parcialmente descifrado y luego dirigió la vista a los otros dos hombres, el coronel William Osterman y Wallis Baker.

—Se debe de haber usado una clave equivocada. Eso es confuso.

—He pedido una repetición —dijo Baker— pero todavía no ha llegado.

Van Dorn miró el reloj de la chimenea. Quedaban menos de dieciséis minutos. Impulsivamente, tomó el teléfono y llamó al Pentágono, cumplió con el procedimiento de identificación y luego dijo:

—¿No ha llegado el coronel Levin? Quiero hablar con él.

—Todavía está fuera, señor —respondió la voz.

—¿Por qué no puedo hablar con otra persona que no sea usted?

—Porque soy el agente de guardia.

—Llame a su sargento.

—No está disponible.

—Llame a otro. Cualquiera que no sea usted.

Hubo una pausa, luego la voz dijo:

—¿Hay algún problema, señor?

«Sí —pensó Van Dorn—, un problema muy serio». Sintió una corriente helada que le recorría la espina dorsal.

—Usted va a morir dentro de pocos minutos.

—¿Señor?

—Dígale a Androv que voy a disparar mis últimos fuegos artificiales. Veinte explosivos de alta potencia con un mortero. Sobre su maldito techo. Tápanse los oídos.

—No le comprendo.

Van Dorn colgó el teléfono y miró a Osterman y Baker.

—Bueno, creo que he avisado a los soviéticos de que ellos mismos venían.

Nadie habló.

—Es culpa mía. Nunca he subestimado al enemigo, pero a veces he sobrevalorado nuestra tecnología y la lealtad de la gente que la maneja.

—Siempre queda el mortero —dijo Osterman con una mueca—. Eso no nos va a fallar, George.

Van Dorn asintió y se dirigió al teléfono para comunicarse con la piscina.

—Señor LaRosa, temo que tendrá que proceder dentro de pocos minutos. Por favor, acepte mis cumplidos por la tarea. Todos la disfrutaron mucho. —Colgó y miró a los demás—. A nadie le gusta disparar contra su propia gente, pero ellos ya lo sabían cuando fueron.

—Dales unos minutos más, George. Puede que estén cerca —pidió Baker.

—*Molniya* también puede estar cerca. Todo lo que sabemos de la operación es que el chico Kuchick regresó con su misión cumplida. Las luces funcionaron como debían. Jura que tiraron el gas en el refugio, pero creo que se equivocó. Joan está perdida. Los micrófonos direccionales han recogido sonidos como de disparos. Y también sabemos que nuestra gente no llegó a la sala de comunicaciones o yo no habría estado hablando con un impostor. Todo esto me huele a derrota.

—Pero aunque no hayamos podido hablar con el Pentágono, Androv sabe lo que le espera —dijo Osterman—. Quizá hable con Moscú y detenga la operación.

—Los soviéticos son lentos, seguros e inexorables —replicó Van Dorn sacudiendo la cabeza—. No cambian de rumbo tan fácilmente.

—Bueno, nosotros jugamos todas nuestras cartas y ellos jugarán las suyas.

Van Dorn tomó una llave y se la alcanzó a Osterman.

—Es de mi cuarto de armas. Quiero que vayan afuera, pongan en el sótano a los borrachos, débiles, cobardes o enfermos y entreguen armas a todos los demás. Que Kitty les ayude.

Los dos hombres asintieron y se retiraron.

—Si alguien quiere rezar que lo haga, pero no les digan por lo que están rezando. Sólo Dios lo sabe. El resto es información secreta.

Luego fue hasta la mesa y se sirvió un canapé.

—¿Con que tratando de envenenar mi comida, Androv? Desgraciado. —Comió el paté. Se detuvo ante la foto tomada en Londres pocas semanas antes de terminada la guerra. Se vio junto a O'Brien, Allerton y Kimberly. La última vez que los cuatro mosqueteros estuvieron juntos. «Dios —pensó—, qué poco sabemos de las almas y corazones de los hombres».



Abrams encendió la mecha, el explosivo plástico estalló y la puerta se desprendió de sus goznes y cayó al suelo.

El ala que comunicaba con la sala de comunicaciones estaba a tres o cuatro pasos. La habitación parecía iluminada por las luces de las consolas electrónicas. Una cantidad de hombres y mujeres con monos de trabajo corrían, alejándose de la explosión.

Abrams, Katherine y Cameron comenzaron a disparar.

Llewelyn, Sutter y Ann oyeron la explosión en la otra puerta del altillo.

—Bueno, lo hicieron —dijo Sutter—. Ahora es nuestro turno. —Encendió la mecha.

La explosión abrió una brecha en forma de V. Ann contempló el cuarto lleno de aparatos electrónicos.

—Cuidado con los equipos —dijo Ann.

—Ellos saben que queremos las malditas radios y, a menos que nos apresuremos, los tipos de la KGB van a destruirlas —dijo Llewelyn.

Un hombre con una barra de metal recibió un disparo de Llewelyn antes de poder golpear la máquina.

Ann miró el reloj, casi medianoche. El verdadero momento de las brujas, cuando los cementerios aúllan y el infierno derrama su aliento infectando al mundo. *Molnija* se acercaba rápidamente al momento en que iluminaría por un instante al continente y luego dejaría al mundo con una nueva y terrible maldición. «En donde las luces son más brillantes —pensó—, las sombras son más profundas».

Tom Grenville se puso de pie ante la trampilla. Johnson y Stewart estaban con él.

—¿Listo? —preguntó Stewart.

Grenville no estaba seguro de estar listo. Miró su reloj.

—¿No se supone que esto terminará pronto?

—¡Listo! ¡Abre!

Grenville obedeció y el ruido de los disparos se oyó con mayor claridad. Comenzaron a arrojar unas cápsulas que producían un gas lacrimógeno y vomitivo. Grenville tiró las dos últimas y cerró nuevamente la trampilla.

—Tenemos que esperar cinco minutos —dijo Grenville.

—Vamos a esperar sólo uno. Tenemos que estar allí en menos de cinco segundos,

Tom. No tengas miedo y cuélgate de la soga o te romperás los huesos. Vi cómo sucedía una vez.

—¿En el Atlántico Sur?

—No, muchacho, en Glasgow. Un muchacho tratando de salir por una ventana antes de que lo pescara el marido. —Rió y palmeó el hombro de Grenville—. Eres un buen tipo. Tranquilo ahora. —Miró a Johnson—. Cuidé al muchacho, general. Yo le cubriré lo mejor que pueda desde aquí. Listos. Poneos las máscaras.

Grenville y Johnson abrieron la trampilla y se descolgaron.

Abrams y Cameron oían las toses que provenían de la habitación. Abrams entró primero seguido por Cameron. Se movieron lo más rápidamente posible a través del cegador humo. Cameron, pensó Abrams, pasaba entre la gente herida, con gran disgusto, como un alcohólico ante una botella. Pero tenían que encontrar la radio principal, a Androv, a Henry Kimberly y al tercer hombre, quienquiera que fuese.

Sutter vio una figura que se desplomaba. La arrastró, sacándola del gas. Era una joven soviética. Ann se arrodilló y la abofeteó.

—Respira, respira —dijo Ann.

La muchacha respiró profundamente.

—¿Cuál es la radio que usan para transmitir mensajes a Moscú?

La muchacha parpadeó. Ann repitió la pregunta, agregando:

—Tienes cinco segundos para contestar o te mato.

—La radio... contra la pared del norte...

Ann le hizo otras preguntas técnicas sobre frecuencias, voces, ruidos y la dejó seguida por Sutter y Llewelyn. La mayoría de los soviéticos habían tratado de escapar del gas, subiéndose a las consolas. Vasili Churnik, un superviviente del incidente en el túnel del tren los vio llegar.

Tom Grenville sintió que sus pies tocaban el suelo. Johnson estaba a su lado. La visibilidad era muy escasa por el gas.

—En marcha —dijo Grenville—. Vaya por su lado, yo iré por el mío. Nos veremos después. —Vio a tres figuras, dos hombres y una mujer, pero como estaba desorientado, no supo si era el grupo de Pembroke, con Ann, que venían del norte, o el grupo de Cameron, con Katherine, que venían del sur. Pero no eran soviéticos y se acercó a ellos.

Vasili Churnik observó a los tres estadounidenses que pasaban. El resto del grupo de soviéticos, que eran técnicos, estaban resignados a la invasión de comandos y sólo se preocupaban por respirar. Pero Churnik, por temperamento y entrenamiento, como Cameron, tenía dificultades en dejar pasar un blanco. En especial después de la humillante derrota de la tarde. Empuñó su 38 y disparó seis veces contra la espalda de

los tres. Grenville que estaba muy cerca oyó, y luego vio, al hombre que disparaba y disparó a su vez; el hombre cayó. Se oyeron gritos y Abrams gritó:

—¡Abajo! ¡Abajo! —Disparó contra las paredes y los hombres y mujeres soviéticos comenzaron a bajar al suelo.

Cameron corrió hasta las tres personas que yacían en el suelo. Llewelyn estaba muerto, con un disparo en la nuca. Sutter estaba atontado pero las dos balas habían chocado contra el chaleco antibalas. Ann sangraba en el cuello. Cameron examinó la herida.

—Bueno, no es tan mala como parece. Simplemente sangra. Vamos a ponerla de pie. Tenemos que encontrar la radio.

Ann se puso de pie trastabillando.

Los técnicos soviéticos, al ver que nadie los detenía, huyeron de la habitación.

Katherine se sentó en el escritorio del estudio de televisión y observó cómo huía la gente. Los soviéticos saltaban desde la trampilla al suelo. Uno de ellos se separó del resto y avanzó hacia ella. Katherine empuñó su pistola y se deslizó debajo del escritorio.

El hombre, alto, bien vestido y de aspecto distinguido, se dirigió directamente al escritorio. La luz era tan mala, que Katherine estaba segura de no haber sido vista. El hombre abrió el cajón superior del escritorio y sacó varias cosas, entre ellas una pistola. Luego se volvió y comenzó a alejarse.

Katherine salió de debajo del escritorio. El hombre oyó el ruido y se volvió.

—Hola —dijo Katherine.

El cielo estaba más claro y la luna brillaba a través de la ventana cercana a la chimenea. Las motas de polvo que flotaban por las detonaciones, les daban a ambos un aspecto espectral, como si se hubieran encontrado en un sueño. Una sonrisa cruzó el rostro de Henry Kimberly.

—Debes de ser Kate.

—Así es.

Kimberly asintió.

—Tira tu arma —dijo Kate.

Kimberly tenía una mano metida en el bolsillo derecho.

—No creo que deba hacerlo.

—Entonces, si te mueves, me veré obligada a disparar.

—Trataré de quedarme inmóvil.

Katherine miró a su padre y luego dijo:

—De alguna manera nunca acepté tu muerte. Eso debe de ser una reacción normal. Cuando Carbury fue a mi oficina, tuve la irracional sensación de que iba a decirme que tú estabas en el vestíbulo.

Kimberly no contestó.

—Siempre fantaseé sobre cómo sería nuestro encuentro, pero nunca pensé que sería a punta de revólver.

Kimberly se forzó a sonreír.

—Seguro que no. —La miró fijamente y continuó—: Bueno, Kate, yo también pensé en cómo sería encontrarnos. Pero no era una fantasía. Yo sabía que algún día iba a volver.

—Sí —dijo Katherine, lanzando una mirada al escritorio—. Vas a ser presidente. Asintió y dijo suavemente:

—Iba a emplear los años que me quedaran para tratar de conoceros a ti y a Ann.

—¿Eso ibas a hacer? ¿Y qué te hace pensar que Ann y yo quisiéramos conocer a un traidor?

—Ése es un término subjetivo. Yo actué por conciencia. Abandoné a mis amigos, familia y mi fortuna para trabajar por algo en lo que yo creía. Lo mismo hicieron muchos hombres y mujeres en esa época.

Kate rió burlona.

—¿Y ahora vas a decirme que ya no crees? ¿Que deseas rectificar ante tu familia y tu país?

—Mentiría si dijera eso. No voy a rectificar ni intento hacerlo. —Su voz sonaba lejana como si estuviera en otra habitación—. Tienes que entender que cuando una persona invierte tanto en algo, es difícil que admita, aun ante sí, que se ha equivocado. Y una vez que uno va a Moscú, no es fácil regresar a casa otra vez. Uno trata con el diablo porque es el camino más corto para llegar al poder. Y cuando uno vive en Moscú, se comienza a apreciar el poder y todo lo que proporciona. —Dejó escapar un suspiro—. No espero que me comprendas. Alguno de mi misma edad que hubiera vivido esa época sería más comprensivo.

—Conozco muchos hombres de esa época. Y no son comprensivos. —Dejó pasar un instante—. Algunos hombres se comprometen con una causa y anuncian sus intenciones. Si fueras un renegado o un desertor, podría entenderlo. Pero has mentido y hecho trampas, traicionaste a todos los que pusieron su fe y confianza en ti. Has causado la muerte de amigos y dejaste que tus hijas crecieran sin padre. Debes de ser un hombre muy frío y sin corazón, Henry Kimberly. No tienes alma ni conciencia. Y ahora me dices que fuiste una víctima de las circunstancias. —Hizo una pausa y dijo con tono cortante—: Creo que todo lo que has hecho es comprometerte con la traición. Creo que... —Las lágrimas corrían por su cara y su voz se volvió ronca—. Creo... ¿Por qué? ¿Por qué, en nombre de Dios, hiciste eso... me lo hiciste a mí?

Henry Kimberly dejó caer la cabeza pensativo y luego sus miradas se encontraron. Habló casi como si susurrara.

—Algunas veces creo que la última vez que sentí una alegría honrada en mi corazón fue el día de mi última partida. Os llevé a Ann y a ti al Central Park... te llevaba en brazos, Ann tenía su pequeña mano en la mía y nos reíamos de los monos del zoológico...

—¡Cállate! ¡Cállate!

Ninguno de los dos habló por un momento.

—¿Puedo irme?

—¿Irte... irte a dónde?

—¿Eso qué importa? No regresaré a Moscú, eso te lo aseguro. Quiero ir... a caminar por el pueblo... ver mi país... encontrar algo de paz... ya no soy importante. Nadie me quiere, ni como héroe ni como villano. No soy una amenaza... soy un hombre viejo...

Katherine se aclaró la garganta, luego dijo fríamente:

—¿Quién es el tercer Talbot?

Kimberly levantó las cejas.

—No hay un tercer Talbot... Bueno, había un tercer Talbot, pero murió hace muchos años.

Lo miró detenidamente.

—Estás mintiendo.

Se encogió de hombros, luego preguntó suavemente:

—¿Puedo irme? Por favor.

—No.

Kimberly no contestó de inmediato.

—Me temo que debo irme, Kate. Y tú no vas a dispararme, como yo tampoco voy a hacerlo. —Luego agregó en un tono que sugería que el tema había terminado—: Me alegro de que nos hayamos visto. Debemos encontrarnos otra vez. —Comenzó a volverse.

—¡No! —gritó Katherine—. No, no debes irte. —Amartilló la Browning automática.

Henry Kimberly la miró por encima del hombro. Sonrió y le guiñó un ojo.

—*Au revoir*, pequeña Kate. —Caminó por el oscuro altillo y se dirigió hacia la trampilla abierta.

Katherine lo observó, con la pistola apuntando a su espalda. Le temblaban las manos y tenía los ojos nublados. Una corriente de confusos pensamientos inundó su mente, luego súbitamente se centraron en Patrick O'Brien. Durante todos esos años, él había sido su verdadero padre y Henry Kimberly, un hombre desconocido para ella y sus amigos, le había matado. Henry Kimberly tenía que pagar. O'Brien no lo hubiera dejado ir y no aprobaría que ella lo hiciera. Dijo o pensó que había dicho «Detente», pero en realidad no estaba segura de haber hablado. Kimberly siguió caminando. Kate disparó.

El sonido de la bala de plata calibre 45 rompió el silencio y luego su eco resonó en la lejanía. Katherine miró al abierto espacio de tres metros que los separaba. Henry Kimberly se volvió y la contempló. No parecía sorprendido por el disparo, ni porque hubiera fallado. Ambos entendieron que era un acto de catarsis, un gesto simbólico. Kimberly bajó por la abertura y desapareció.

Katherine se dio cuenta de que las piernas no la sostenían y se sentó en la silla ante el escritorio, su silla, su escritorio. Su discurso yacía ante ella. Apoyó la cabeza en la mesa y lloró.

Marc Pembroke estaba sentado en el oscuro rincón del frontón. Oyó pasos que corrían en su dirección y observó unos cuantos hombres y mujeres con los ojos llenos de lágrimas y rostros pálidos que se encaminaban hacia la escalera opuesta a donde él estaba. Colocó su rifle en posición y esperó. Su respiración se había vuelto trabajosa y sabía que se estaba ahogando en su propia sangre, aunque su mente todavía se mantenía lúcida.

Los soviéticos estaban a unos tres metros de él y vio que algunos llevaban armas. Hubo una discusión entre los guardias que deseaban subir y los técnicos que querían bajar. Un hombre con traje de civil avanzó y terminó con la discusión. Se lo veía pálido y desarreglado, pero todavía arrogante. Era Viktor Androv que empujó a la gente y comenzó a bajar su cuerpo corpulento por la escalera. Pembroke sacó el seguro de su rifle y gritó:

—¡Androv! ¡No se mueva! —Disparó al cielo raso y la gente se tiró al suelo. Se quedaron mirando él y Androv. La cabeza y los hombros de Androv eran visibles en la escalera. Pembroke estaba sentado con la espalda apoyada contra la pared.

—¿Sabía que Arnold Brin era mi padre?

Androv abrió la boca, pero antes de que pudiera decir nada, Pembroke disparó. El rostro de Androv se llenó de disparos como si tuviera acné. Agitó los brazos y cayó por la escalera.

Pembroke pensó que podía haber matado a Androv de una manera más interesante. Pero se alegró de que en medio de ese pandemónium, el destino le hubiera puesto justo en su punto de mira.

Pembroke tosió y una punzada de dolor le atravesó el pecho. Miró a los hombres sin ningún interés, y ellos tampoco parecieron interesarse en él. Vio pasar los rostros y luego desaparecer. Pero uno de ellos le pareció el rostro de alguien que no debería estar allí. Pembroke pensó que comenzaba a tener alucinaciones.

Ann Kimberly apretó la gasa que tenía en el cuello, mientras observaba las consolas electrónicas; había toda clase de radios, ordenadores, transmisores y receptores.

—Misión diplomática, un carajo. Estos hijos de puta...

Se sentó ante una gran radio SM-35 y sus ojos recorrieron los instrumentos. La radio no parecía dañada y estaba en funcionamiento. Un ordenador transmitía continuos mensajes en clave a Moscú, en general palabras al azar, para cubrir verdaderos mensajes y dar dolores de cabeza a la Agencia de Seguridad Nacional. Apagó el botón. Sabía que eso alertaría de inmediato a la Agencia. Revisó un folleto de instrucciones escrito en ruso.

—Maldito lenguaje, ya es bastante difícil entenderlo cuando hablan, pero esas letras... ¿Qué quiere decir esta palabra, Abrams?

—Confundir.

—Quiere decir mezclador. —Apagó el mezclador de voces. De ese modo, cualquiera que estuviera en esa frecuencia podría oír la transmisión.

Sutter había encontrado los ventiladores y el aire estaba despejado, permitiéndoles quitarse las máscaras, aunque todos lagrimeaban y les escocía la piel por el gas. Cameron hablaba por teléfono con George Van Dorn.

—Sí, soy Cameron, señor Van Dorn. Si quiere, puede quitar esos morteros. Tenemos todo controlado. Ann Kimberly va a comenzar a transmitir. Sí, señor. No, no estoy bajo amenazas. Iván está amenazado. Estoy bien. Sí, informaré.

Abrams miró a su alrededor. Se dio cuenta de que nunca había pensado que hubiera todo eso allí y que nunca había pensado que viviría lo suficiente para verlo. Miró las ventanas rotas.

—Este lugar no me parece que esté a prueba de PEM —dijo a Ann.

—Ya no —respondió sonriendo. Se inclinó sobre la consola—. Aquí, creo que lo tengo. —Ajustó el micrófono y lanzó una mirada al reloj digital de la radio—. Faltan diez minutos para la medianoche aquí y diez minutos para las ocho de la mañana en Moscú. Quédate aquí para ayudarme con el ruso —dijo a Abrams.

Abrams asintió. Volvió a mirar la habitación. Sutter se había colocado en lo alto de una consola, desde donde dominaba todo el lugar. Grenville y Johnson se ocupaban de ventilar el altillo. Ann comenzó a hablar en ruso.

—A todas las estaciones que estén escuchando, habla Ann Kimberly, ciudadana estadounidense, desde la misión soviética ante las Naciones Unidas en Glen Cove, Nueva York. Por favor, Moscú, confirme la recepción. —Se volvió hacia Abrams—: No van a dar una mierda de confirmación y saben exactamente de dónde proviene esta transmisión. Pero ahora todos los que controlan esta radio están alerta: la

Agencia de Seguridad Nacional, la Agencia de Defensa y la CIA. Voy a esperar un momento. ¿Qué tal mi ruso?

—No está mal..., pero la pronunciación es un poco rara.

—En otras palabras, apesta. —Se encogió de hombros—. He escuchado mucho, pero casi nunca he tenido la oportunidad de hablar. —Vaciló un momento—. Toma el micrófono. Se supone que tú seguirás si me matan.

Abrams también vaciló; luego colocó el micrófono en donde estaba sentado.

—Muy bien, éste será el mensaje por radio más importante de la historia de la humanidad, pero no te pongas nervioso. Yo te ayudo. Ya está. Identifícate. —Ann apretó el botón de transmisión.

—Habla Tony Abrams, ciudadano estadounidense. —Repitió lo que dijera Ann, luego respiró profundamente y siguió—: Éste es un mensaje directamente dirigido a los dirigentes del Kremlin, la Casa Blanca, el Pentágono y todos los que estén en posición de lanzar un ataque nuclear. —Mientras hablaba sus ojos se fijaban en el reloj digital—. Si el dispositivo nuclear a bordo del satélite *Molniya* estalla, Estados Unidos no tendrá otro recurso que contestar con armas nucleares. —No sabía si estaba realizando una política de defensa, poniendo en las cabezas de la gente de Washington esa idea o tratando de engañar a Moscú para que creyeran que hablaba en nombre de su gobierno. Habló otro minuto y luego apagó el micrófono y dijo a Ann —: Es todo lo que tenía que decir.

Ann lo miró y asintió.

—Voy a hablar en inglés. Hay gente que entiende inglés en la radio de Moscú. Además, quiero dirigirme a Washington y a la Agencia, en Fort Meade.

Abrams se secó el sudor de la frente.

—Voy a dar un paseo. Buena suerte. —Se fue.

—Habla Ann Kimberly otra vez y me dirijo a mis compañeros de la Agencia de Seguridad Nacional. Por favor, confirmen la recepción.

Hubo un largo silencio y Ann repitió la transmisión, entonces se oyó una voz.

—Chet Forbes, de Fort Meade. Recibido.

—De acuerdo, Chet. Dame un informe de las condiciones.

La voz todavía sonaba vacilante, hasta incrédula, pero el equipo de Forbes no mentía, estaba hablando con Glen Cove y sabía por la impresión de la voz que se trataba de Ann Kimberly, una empleada de la Agencia.

—NORAD está en estado de alerta de DEFCON 5, condición de prelanzamiento. El presidente está en Camp Davis en comunicación con todos los mandos nucleares.

—¿Moscú? —dijo Ann en ruso—. ¿Han comprendido a Fort Meade?

Moscú no respondió.

Ann respiró profundamente y encendió un cigarrillo.

—¿Chet, puedes hacer que el presidente hable directamente con esos payasos?

—El presidente intenta tomar contacto con el primer ministro en Moscú.

—Diles a los de Camp Davis qué el asistente del presidente, James Allerton, es



un agente soviético.

Forbes permaneció en silencio durante un momento, luego volvió a hablar.

—Entendido. Lo haremos. No sabemos cómo diablos has llegado a Campos Verdes —dijo usando el código de la Agencia para la estación Glen Cove—, pero por lo que transmitías a Moscú, nos alegramos mucho de que estés ahí.

—Espero que estén escuchando. Mientras tanto, díles a todos los aliados de la OTAN y a los países del pacto de Varsovia que si comienza la tercera guerra mundial, comienza en Moscú. —Hizo una pausa y dijo en ruso—: ¿Está escuchando, señor primer ministro?

Pero Moscú permanecía en silencio.

Tony Abrams caminó rápidamente hacia el ala norte del altillo y se arrodilló al lado de Marc Pembroke.

—¿Pembroke?

Abrió los ojos lentamente. Abrams lo notó muy pálido.

—¿Cómo estás? —preguntó Abrams.

—¿Sobre qué?

—Escucha —respondió sonriendo Abrams—, Van Dorn va a mandar el helicóptero para sacarnos. Muy pronto estarás en el hospital.

—Bien. Allí es a donde pertenezco. ¿Cómo va la misión?

—Ganamos la batalla, pero la guerra todavía está en tocar y correr. Ann está transmitiendo. Ahora depende de los soviéticos.

—Muy malo. Son unos miserables imposibles de predecir. ¿Qué hora es?

—Cerca de medianoche. Por lo menos no vamos a tener que esperar mucho.

—No... y cumplimos con nuestra misión, ¿no?

—Sí.

—Perdí algunos buenos hombres... No me digas cuáles, ya lo descubriré antes de lo que quiero. Escucha, Abrams... mi oferta de trabajo sigue en pie. Eres muy bueno.

—Gracias, pero estoy comprometido.

—¿Con qué? ¿Con quién...?

—Con los Diablos Rojos.

—Nunca he oído hablar de ellos.

—Es muy secreto. Bueno, vine a controlarte la temperatura. ¿Puedes quedarte solo un rato?

—Siempre he estado solo y siempre estoy bien. Pero gracias por venir.

Abrams se puso de pie. Pembroke miró hacia el espacio abierto.

—Unos pocos soviéticos se fueron por allí. Solamente eran técnicos. Los dejé ir...

—Por supuesto. Ahora quédate tranquilo...

—Escucha, Abrams, Androv estaba con ellos... —Tosió y le salió sangre por la

boca. Abrams volvió a arrodillarse. Pembroke parecía tratar de recordar algo—. Le disparé al hijo de puta. Sé un buen chico y ve a ver si está muerto. Ten cuidado, amigo... hay guardias por ahí.

Abrams se movió con cautela y miró hacia abajo. No había señales ni de vivos ni de muertos.

—Los guardias se fueron y se llevaron los cadáveres con ellos.

—Me pregunto a dónde habrán ido. —Pensó por un momento—. Estoy seguro de que le di a ese hijo de puta en la cabeza...

—Estoy seguro de que lo hiciste.

—Joan... Joan Grenville está aquí abajo... en el montacargas... Toma algunos de mis hombres...

—Sí, ella estará bien. —No quería decirle que quedaba muy poca gente. Él iría a buscarla—. Deja de preocuparte. No estamos indefensos sin ti. —Miró su reloj—. Tengo que irme.

—Espera... espera... Escucha, vi... vi...

—¿Sí?

—Yo... yo pensé que eran alucinaciones, pero no... tengo la cabeza clara...

—¿A quién viste?

—Vi a Patrick O'Brien.

Abrams permaneció inmóvil, luego miró a Pembroke, quien le devolvió la mirada.

—¿Dónde lo viste?

Pembroke señaló con la cabeza.

—Allí.

Abrams sacudió la cabeza.

—No.

—Sí. Estaba vestido de negro...

Abrams permaneció en silencio, luego asintió.

—Sí, lo viste.

—No me tomes el pelo.

—No, te creo.

Ninguno de los dos habló durante un rato.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Pembroke.

—¿Qué harías tú? La misión ha terminado. Te ganaste tu paga. ¿Querías hacer horas extras y esperar que te paguen?

—Sí, si pudiera lo haría.

Abrams dejó escapar un suspiro, miró a la escalera y controló su reloj.

—¿Dijiste que allá abajo?

—Allá abajo. Busca en la oficina de Androv. Debe de haber alguna prueba y querrá destruirla.

Abrams se dirigió al hueco de la escalera.

Henry Kimberly caminó rápidamente por el desierto corredor del primer piso. Se detuvo ante la puerta de Androv. Pensó que éste debía de estar allí, recuperando fichas importantes. Empujó la puerta y entró en la habitación débilmente iluminada. Oyó amartillar una pistola cerca de su oreja. Permaneció inmóvil.

Una voz dijo en inglés:

—Supongo que usted es Henry Kimberly.

Kimberly asintió lentamente. Volvió la cabeza y vio a un hombre vestido de negro. Los dos hombres se enfrentaron, mirándose fijamente. La voz de Kimberly fue casi inaudible.

—Patrick...

O'Brien asintió.

—Se suponía que estabas muerto.

O'Brien sonrió.

—Tú también.

Los ojos de Kimberly se fijaron en el revólver.

—Si vas a matarme, hazlo y líbrame de otra reunión sensiblera.

O'Brien bajó la pistola.

—Te vi en el altillo. Androv, al parecer, estaba demasiado preocupado esquivando balas como para decírtelo.

—¿Decirme qué?

—Que soy uno de los vuestros.

—Dios... No... Tú no puedes ser...

—¿Por qué no? Fui sospechoso durante la guerra, y por buenas razones. Sin embargo, tú nunca fuiste el tema de la gran caza del hombre lobo. Yo debería haber desaparecido en Moscú, Henry. Y tú debiste volver a casa y dirigir la firma. Tú tenías familia, prestigio y mejores contactos aquí... pero la gente de Moscú trabaja por caminos muy raros, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y nunca cuestionamos las órdenes, ¿no?

—No, no lo hacemos. —Kimberly miró a su alrededor, contempló el cadáver de Claudia y luego volvió a fijarse en O'Brien—. ¿Dónde está Androv?

O'Brien se encogió de hombros.

—Le estaba esperando. ¿Le has visto?

—Debe de estar en el sótano con los otros. Vamos. —Se dirigió hacia la puerta.

O'Brien no hizo movimiento alguno para seguirlo.

—Debemos esperarle aquí.

—¿Por qué?

—Porque, con la excepción de nosotros dos, nadie en Estados Unidos sabe que estoy vivo o quién soy en realidad. Creo que perdimos esta vez y no quiero que Androv caiga en manos de nuestros compatriotas.

Kimberly lo miró y luego asintió lentamente.

—Sí..., entiendo..., creo que Moscú lo aprobaría.

—Estoy seguro de eso. —Sonrió—. Así que ibas a ser el próximo presidente.

—Todavía podría serlo. Aún no vimos el resplandor.

—Puede ser. Solamente Moscú sabe lo que Moscú va a hacer. —Hizo un gesto a Kimberly—. Vamos a esperar a Androv aquí. —Fue hasta la ventana y se sentó en el marco. Kimberly se acercó, pero permaneció de pie—. Ya ves, Henry, la vida debe de haber sido dura para ti en Moscú, pero por lo menos no viviste la pesadilla de ser un agente doble. Jugué el más peligroso y difícil juego que un hombre puede jugar. Dirigí una red de espionaje de gente extremadamente inteligente, nuestra vieja gente, mientras servía a los intereses de nuestros amigos de Moscú.

—¿Cómo lo hacías?

—Con espejos. Soy un mago, un ilusionista y también un acróbata y un payaso. Es una representación muy dura, amigo mío. El año pasado, por ejemplo, tuve que satisfacer a la OSS, trabajando en algo que ellos sabían que era muy importante, mientras que al mismo tiempo tenía que proteger la operación Golpe de Moscú, sobre la que sabía muy poco.

Kimberly asintió apreciativamente.

—Para empeorar las cosas, Van Dorn, Arnold Brin y algunos más tenían alguna idea sobre el Golpe y me empujaban a que averiguara más. Les puse algunas pistas, una explosión nuclear en Wall Street y un complot contra todos los ordenadores de Estados Unidos, pero ellos seguían hacia el PEM. Los viejos eran muy buenos, Henry.

—Sí, así es. ¿Y el diario?

—Eso fue un golpe de genio y un acto de locura. Estaba desesperado en ese momento. Les lancé el diario y deseé que la vieja cacería de Talbot les consumiera las energías y obsesionara sus mentes como lo hizo hace cuarenta años. Sabía quién era Talbot. Era yo. No sabía que tú también lo eras.

—Provocaste una reacción en cadena, ¿no, Patrick?

O'Brien le devolvió la sonrisa.

—Sí. Primero ese idiota de Thorpe casi me mata. Luego Tony Abrams, puesto por tu hija y que resultó mucho más inteligente de lo que pensé. Usé a Claudia —hizo un gesto señalando el cadáver— para quitarle de en medio. Ella pensó que estaba trabajando para Moscú. Abrams supuso que Thorpe quería hacerlo matar. Las cosas no son como aparecen en la multiplicidad de los espejos. Les decía eso a todos y todos asentían, pero nadie entendió que hablaba de mí mismo. —Rió.

Kimberly miró fijamente a O'Brien durante un momento.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Salté del helicóptero.

—Tienes valor, Patrick. Pero siempre lo tuviste.

—Sí, por algo permanecí vivo mientras otros morían. Y también soy duro. Soy un desvergonzado buscador del poder. Quiero ser rey.

—Yo soy el aparente heredero.

—Es lo que me dijo Androv. —Se encogió de hombros y miró por la ventana—. Sabes, Henry, si la operación Golpe tiene éxito, si *Molniya* estalla y esparce sus ondas electromagnéticas de destrucción por este continente, entonces, sin importar lo que pasó en esta casa esta noche, tú y yo seremos los hombres más poderosos de Estados Unidos.

—Tenemos otro compatriota que será premiado con el poder. James Allerton. ¿Te lo dijo Androv?

O'Brien hizo un gesto de desprecio.

—Androv lo hizo, pero lo sabía desde tiempo atrás. Allerton es débil. Casi senil. Si no fuera por su reputación, hace tiempo que Moscú lo habría descartado.

—Pero no lo hicieron, y va a formar parte de nuestra troika.

Los ojos de O'Brien se achicaron mientras sacudía la cabeza.

—Hay un hombre del Servicio Secreto en Camp David al que entrené para que, pase lo que pase esta noche, se ocupe de que James Allerton no salga de allí con vida.

Kimberly miró de reojo la pistola en la mano de O'Brien. Dijo con tranquilidad:

—Eso nos deja a ti y a mí, y es demasiado, ¿no?

O'Brien asintió distraído.

—Ves, Henry, si los estadounidenses ganan esta mano, entonces podré salir a la superficie como un héroe que escapó de la muerte. Pero no podré hacerlo si sois capturados tú o Androv.

—Mi desgracia fue abrir esta puerta.

—La suerte tiene muy poco que ver con esto. Siempre sospeché de la existencia de un tercer hombre y planeé eliminarlo a la primera oportunidad. El hecho de que seas tú, mi viejo amigo, hace las cosas más difíciles para mí, pero sin embargo, necesarias.

—En otras palabras, si Moscú gana esta noche, quieres ser presidente. Si Moscú pierde, quieres volver a ser el jefe de la OSS otra vez, hasta que Moscú triunfe.

—Exacto. Y tú, Henry, eres un obstáculo en ambos casos.

—Podemos escapar juntos. Ir a Moscú.

—No quiero ir a Moscú. Mañana quiero estar en mi vieja oficina de O'Brien, Kimberly y Rose o en el Despacho Oval. Ningún jefe del servicio de inteligencia que valga puede ser un fugitivo. Siempre habrá otro oficial por el que puedan canjearlo. Ésa es la recompensa por vivir como lo hacemos.

—Moscú no va a protegerte. Descubrirán que me mataste... y a Androv.

O'Brien señaló a Claudia.

—Los muertos en la batalla ocultan los asesinatos. ¿Recuerdas?

Los ojos de Kimberly volvieron a fijarse en el arma.

—Patrick... esto no es... Es desleal... Me quieren con vida... Moscú quiere...

—¿Por qué voy a preocuparme por lo que quiera Moscú? Ellos crean traidores y esperan lealtad de nosotros. Para mí Moscú es solamente un medio. El camino más rápido hacia Washington para mí, como para ti, era vía Moscú. Igual que los últimos emperadores romanos fueron hechos y deshechos por los bárbaros así los bárbaros de Moscú me coronarán emperador de Estados Unidos.

—Y te depondrán cuando quieran. Estarías más seguro si compartiéramos el poder.

—Quizá, si hubiera poder para compartir. Pero puede no haberlo. Mañana puedo estar de vuelta en el Rockefeller Center para asombro y alivio de mi grupo. Tengo que planear todas las contingencias, Henry. Nada de rencores, viejo soldado.

—No... —Kimberly buscó su pistola. O'Brien disparó al corazón de Kimberly, que cayó al suelo.

O'Brien miró a su exsocio de la firma legal y excamarada de armas.

—Y ahora hay uno.

Tony Abrams bajó al primer piso y vio que habían retirado el cadáver de Valentín Metkov. Pasó cuidadosamente a través de la puerta del panel a la destruida oficina de seguridad. El cuerpo de Davis yacía entre los escombros, pero también se habían llevado el cadáver de Lara.

Sintió que seguía el rastro de la muerte y que lo llevaba de regreso a donde comenzó, en la oficina de Patrick O'Brien, tiempo atrás. Entonces no había podido comprender los motivos por los que O'Brien lo reclutó y en ese momento le resultaban menos claros todavía.

No vio a nadie en el pasillo, pero oyó voces en la distancia. Se acercó apresuradamente hasta la puerta de Androv. Vio que habían volado la cerradura. Empujó la puerta con el hombro.

O'Brien estaba arrodillado, revolviendo el escritorio de Androv. Miró por encima rápidamente y buscó la pistola que estaba sobre el escritorio.

Abrams lo apuntó con el rifle y O'Brien bajó la mano.

—No pensé que ninguno de vosotros volviera por aquí.

Abrams no contestó nada y le miró fijamente.

—¿Quién me ha entregado?

—Lo deduje yo.

O'Brien sonrió casi amablemente.

—No, no lo hiciste, Tony. Por lo menos dame la satisfacción de creer que soy el agente doble más inteligente que viera este país.

—Lo era. Ya no lo es.

O'Brien lo aceptó.

—¿Cómo te sientes? ¿Enojado? ¿Traicionado? ¿Burlado?

—Sí. Fue muy convincente.

—Es un asunto de creer en lo que uno hace y dice mientras lo está haciendo o diciendo. Cuando trabajaba para los viejos muchachos, di lo mejor de mí. Cuando trabajaba para los soviéticos hice lo mismo. No te sientas demasiado mal. Engañé a cada uno de los llamados mejores agentes de inteligencia del país y de Inglaterra durante casi cuarenta años.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Al principio era joven e idealista. Luego quise abandonar, pero ellos trataron de matarme. Me dispararon en un viaje a Utah. Sobreviví, evidentemente, pero mientras estuve en el hospital, me di cuenta de que eran despiadados y que nosotros habíamos sido despiadados con los nazis, pero luego nos volvimos blandos. Era la expresión

que se usaba en esa época. ¿Recuerdas? Estados Unidos se ha vuelto blando. Y era verdad. Los soviéticos, los comunistas, comenzaban a abrirse camino por el mundo. En 1948, parecía simplemente una cuestión de tiempo que tomaran todo el poder. Me uní a los despiadados. La soga se torció para el otro lado, pero entonces era feliz o por lo menos estaba en paz con mi doble vida. No tenía la responsabilidad de un hogar con esposa e hijos y me consagré al juego. Al haber sido víctima de un intento de asesinato, nunca volví a ser sospechoso, como durante la guerra.

Abrams echó una mirada al cadáver de Claudia y vio el cadáver de Henry Kimberly parcialmente oculto por el escritorio.

—¿Esto es trabajo suyo?

—Sí.

—Parece que matar no le perturba.

—Todos los asesinatos en el mundo del espionaje desde la última guerra no se igualan a las muertes en una simple batalla. Si las naciones se limitaran a dejar que sus espías se mataran entre ellos, todos estaríamos mejor. Es el sacrificio que hacemos ante el altar del dios de la guerra para que no mate a más de nosotros. Si ganamos esta noche, nunca volverá a existir la oportunidad de una guerra en esta tierra. Pero ahora, gracias a ti, Van Dorn y sus amigos, volveremos a estar al borde de la guerra nuclear.

—Prefiero vivir en el borde que en un agujero.

—Ahora es fácil de decir. Dímelo dentro de cinco años, cuando se produzca otra crisis.

—Usted no se quedará aquí más de cinco minutos.

O'Brien lo miró resueltamente.

—¿Vas a matarme?

—¿Por qué no?

—Porque la organización de inteligencia estadounidense me quiere vivo. Cada espía canta cuando lo atrapan. Yo puedo cantar durante diez años sin repetir la canción.

Abrams asintió. Sabía que eso era verdad. Cuanto más importante es un criminal o un traidor, más fácil es hacer un trato con él.

O'Brien pareció relajarse y habló en tono indiferente.

—Mi único verdadero error en los últimos años fue no haber matado a Van Dorn. Pero pensé que antes lo haría el alcohol. —Rió.

—Puede ser. Pero a usted no le daría ningún provecho.

—No. —O'Brien se volvió y miró por la ventana—. Puede que veamos el resplandor en el cielo.

—Puede. Dígame. ¿Por qué creyó necesario fingir su muerte? Usted podría haberles sido más útil si estaba en la escena.

O'Brien lanzó una carcajada.

—No tenía intención de fingir mi muerte. Ese idiota de Thorpe casi me mata. Lo



que fingí fue un ataque al corazón antes de abrir mi paracaídas. Muchos hombres cuyos paracaídas no se abren tienen un ataque al corazón antes de llegar a tierra.

—¿Qué planea para esta vez?

—Nada... estoy listo para ir contigo. La CIA va a convertirte en un dios, Tony. Nunca necesitarás nada más mientras dure tu vida. —O'Brien dio un paso detrás del escritorio—. Por aquí, hay un pasaje para no volver a pasar por el vestíbulo.

Abrams lo empujó con el rifle y O'Brien pasó por el panel de la pared.

—Sabes, a menudo traté de imaginar cómo terminaría esto. Pero nunca imaginé este final. —Pensó por un momento—. ¿Sabes lo que siento? Me siento incómodo. No tengo ganas de enfrentarme con Kate, Van Dorn o los otros.

Abrams se le acercó más.

—Camina.

Caminaron atravesando la oficina de seguridad y llegaron hasta la base de la escalera.

—Por si te importa, en realidad te tenía afecto.

Abrams pensó: «Ésta es la única cosa que no quería oír». Miró a su alrededor y escuchó. Todo estaba tranquilo.

—He decidido librarle de la incomodidad. No voy a arrestarle y hacerle sufrir, pese a que se lo merece.

O'Brien abrió la boca para hablar.

Abrams levantó el rifle y disparó. Patrick O'Brien cayó sobre los escalones con una expresión de asombro en el rostro.

Durante un largo rato, Abrams lo contempló. Luego se dirigió a buscar a Joan Grenville mientras pensaba: «Lo sabía. Siempre supe que era él. Todos lo sabíamos, pero ninguno de nosotros quería aceptar que Papaíto era un mentiroso, que Dios era un fraude o el sacerdote ateo. Ésa era su fuerza. Él no tenía que engañarnos. Nosotros lo hacíamos por nuestra cuenta».

Cameron y Sutter encontraron dos botellas de vodka y Tom Grenville un elevador hidráulico que se usaba para reparar el techo. Se habían sentado en el techo con Stewart y el general Johnson y se pasaban las botellas, mientras miraban el cielo claro de la noche y esperaban. Pembroke todavía estaba abajo porque no deseaban moverlo y Ann seguía en la radio, con Abrams como ayudante. Katherine también estaba abajo cuidando a Pembroke.

Hubo un sonido al ponerse en movimiento el elevador hidráulico y Joan Grenville salió por la trampilla como una aparición en una tragedia griega. Salió de la plataforma.

—Hola, Tom.

Levantó la mirada de la botella.

—Hola, Joan. —Tomó otro trago—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Perdí mi polea. ¿Puedo tomar eso?

Tom le pasó la botella y tomó un largo trago y la devolvió.

—Es horrible.

—Verdadero vodka ruso. Botín de guerra.

—Estás borracho.

—Eres preciosa —dijo Stewart—. Estoy borracho.

Joan le lanzó una mirada apreciativa, luego se volvió hacia Tom.

—Te dije que debíamos habernos quedado en casa esta noche.

—Los negocios son los negocios. ¿Cuántas veces tengo que explicarte de dónde viene el dinero?

Joan se sentó en el piso del techo.

—¿Qué estamos esperando?

—A que venga el helicóptero —respondió Stewart—. También, estamos esperando el fin del mundo. Mire al oeste, joven señora.

—¿Para qué lado es el oeste?

—Allá —señaló Sutter.

Joan miró hacia el oeste.

—Puedo ver Manhattan desde aquí. —Miró a Stewart—. ¿Puedo tomar otro trago?

—¿Tu pierna está rota? La mía, sí. Era muy doloroso hasta hace un rato. —Le pasó la botella de mala gana.

—He perdido mi reloj —dijo Grenville—. ¿Alguien sabe la hora?

Contestó Johnson.

—Es cero, cero, cero, cinco horas.

Grenville miró asombrado.

—¿Qué hora es ésa en tiempo de verdad?

—Las doce menos cinco, Tom —respondió Sutter.

—Bueno, ¿por qué no dijo eso?

—¿A qué hora se va a terminar el mundo? —preguntó Joan.

—Dentro de un minuto.

Joan miró a su marido.

—Te amo.

Grenville se ruborizó.

—Por favor.

Se volvieron a pasar la botella y esperaron.

Ann empujó a un lado el micrófono y apagó el transmisor.

—No puedo hacer nada más.

—Ahora todo está en manos de los dioses.

Tony Abrams fue hasta la ventana y miró fijamente.

—Hiciste un buen trabajo. Si yo fuera el primer ministro soviético detendría todo.

—¿Lo harías? Quiero decir, tú los conoces, ¿no es cierto? Yo conozco solamente sus voces y sus mensajes en clave. Nunca conocí realmente a uno hasta esta noche. Sé lo que dicen, pero no cómo piensan. No conozco sus almas.

—Nadie las conoce. Incluso pueden no contestarnos.

—No... no harán eso. Deberían reconocer algo y no reconocen nada.

—¿Qué hora es en el reloj digital?

Ann miró el reloj.

—Doce cero minutos y veinte segundos. *Molniya* está cerca de su punto más bajo.

Katherine entró rápidamente en la habitación y se aproximó a ellos. Tenía el rostro ceniciento y Ann la miró preocupada. Abrams preguntó:

—¿Pembroke?

—Muerto.

Abrams asintió. Sabía que no iba a tener tiempo para hablarle de O'Brien.

—¿Bueno? —preguntó Katherine.

Ann hizo un gesto hacia el reloj. Marcaba 12.06.

—Mirad —dijo Ann y señaló.

Abrams y Katherine miraron a las tres luces verdes en la pantalla electrónica. Una a una se apagaron.

El reloj digital marcó 12.07, luego 12.08.

—Ya está —dijo Ann—. *Molniya* se pierde en el espacio.

Katherine se acercó rápidamente a Abrams.

—Después de todo es una noche preciosa.

—Sí.

—¿Te apetece desayunar en mi casa? —preguntó Abrams a Katherine.

—Sí. Me parece bien.

Abrams miró por la ventana hacia el norte. Un estallido de fuegos artificiales se elevaba sobre la propiedad de Van Dorn; en la distancia, las luces verdes y rojas de navegación de un helicóptero se aproximaban.

—Bueno —dijo Abrams—. Me siento bien.

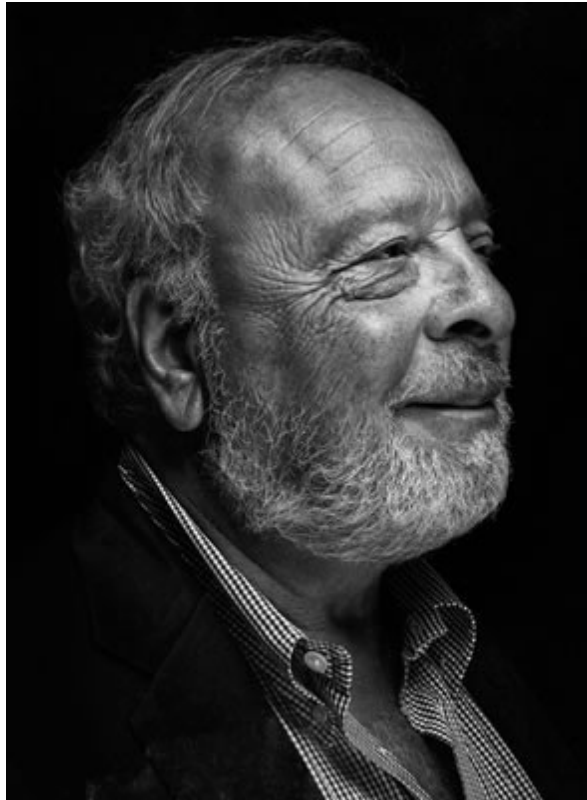
—Es bueno estar con vida, ¿no? —replicó Ann—. Pero esta noche hemos perdido algunos buenos amigos. Me temo que tengo que incluir a Nick. —Miró a Katherine y a Tony—. Hacéis una buena pareja. ¿Vas a unirte a la firma, Tony?

—Sí..., sí, quiero unirme a la firma. Todavía queda mucho por hacer.

Abrams tomó la mano de Katherine.

—La tormenta pasó.

—Sí —respondió Katherine—. Y hemos sobrevivido. Pero esto es sólo un descanso. Emplearemos con más sabiduría el tiempo que hemos ganado.



RICHARD NELSON DEMILLE nació en Nueva York en 1943. Asistió durante tres años a la Universidad de Hofstra, tuvo que abandonar sus estudios para luchar en la guerra de Vietnam, donde fue coronel del ejército. Al regresar a Nueva York se reincorporó a la universidad y se licenció en Ciencias Políticas e Historia.

A partir de entonces, dedicó todo su tiempo a la escritura demostrando su talento narrativo tanto en libros de ficción como en artículos, críticas literarias o relatos breves publicados en diversos diarios y revistas. Una constante en su estilo narrativo es el uso del sarcasmo y el humor seco. No le gustan los finales de película y suele dejar cabos sueltos para que el lector los descifre.

Escribe principalmente novelas de misterio, dos de ellas han sido llevadas al cine: *Palabra de honor* (1985), protagonizada por Don Johnson, y *La hija del general* (1992), protagonizada por John Travolta.

Es doctor *honoris causa* por tres universidades, Hofstra, Long Island y Dowling College.

# Notas

[1] Se refiere al personaje de la novela *El Gran Gatsby*, de F. S. Fitzgerald. (N. de la T). <<

[2] *Ivy League*: confederación de antiguas universidades del noroeste norteamericano, famosas por su prestigio académico y social. (N. de la T). <<



[3] Ground Zero: punto en el terreno directamente encima o debajo de la explosión atómica. (*N. de la T.*) <<

[4] En inglés, «estrechos». (*N. del E.*) <<

[5] La región de Pine Barrens («páramos del Pino») ocupa buena parte del centro del estado de Nueva Jersey. (*N. del E.*) <<

[6] *Yahoos*: brutos con forma humana en *Los viajes de Gulliver*, de J. Swift. <<